

Annotation

Camino Viejo, Nubes Blancas presenta la vida y las enseñanzas del Buda Gautama desde su salida de palacio hasta su fallecimiento. La historia inspirada en un gran número de fuentes provenientes de los sutras en pali, en sánscrito y en chino, está recontada en el inimitable estilo del monje vietnamita Thich Nhat Hanh. Este libro describe la vida del Buda de una manera tranquila y sosegada a lo largo de sus ochenta años de vida. Los dos protagonistas ante cuyos ojos discurre el relato son Svasti, un joven pastor de

búfalos y el mismo Buda.

'Me he abstenido de describir los numerosos milagros que se citan a menudo en los sutras para embellecer la vida del Buda. Él mismo aconsejó a sus discípulos que no perdieran tiempo ni energía en el logro y el empleo de los poderes sobrenaturales. No obstante, he incluido muchas de las dificultades que encontró durante su vida causadas por la sociedad civil y por sus propios discípulos. Si el Buda aparece en este libro como un hombre próximo a nosotros es, en parte, gracias al relato de tales dificultades'.



- [Capítulo uno](#)
- [Capítulo dos](#)
- [Capítulo tres](#)
- [Capítulo cuatro](#)
- [Capítulo cinco](#)
- [Capítulo seis](#)
- [Capítulo siete](#)
- [Capítulo ocho](#)
- [Capítulo nueve](#)
- [Capítulo diez](#)
- [Capítulo once](#)
- [Capítulo doce](#)
- [Capítulo trece](#)
- [Capítulo catorce](#)
- [Capítulo quince](#)
- [Capítulo dieciséis](#)
- [Capítulo diecisiete](#)
- [Capítulo dieciocho](#)

- [Capítulo diecinueve](#)
- [Capítulo veinte](#)
- [Capítulo veintiuno](#)
- [Capítulo veintidós](#)
- [Capítulo veintitrés](#)
- [Capítulo veinticuatro](#)
- [Capítulo veinticinco](#)
- [Capítulo veintiséis](#)
- [Capítulo veintisiete](#)
- [Capítulo veintiocho](#)
- [Capítulo veintinueve](#)



- [Capítulo treinta](#)
- [Capítulo treinta y uno](#)
- [Capítulo treinta y dos](#)
- [Capítulo treinta y tres](#)
- [Capítulo treinta y cuatro](#)
- [Capítulo treinta y cinco](#)

- [Capítulo treinta y seis](#)
- [Capítulo treinta y siete](#)
- [Capítulo treinta y ocho](#)
- [Capítulo treinta y nueve](#)
- [Capítulo cuarenta](#)
- [Capítulo cuarenta y uno](#)
- [Capítulo cuarenta y dos](#)
- [Capítulo cuarenta y tres](#)
- [Capítulo cuarenta y cuatro](#)
- [Capítulo cuarenta y cinco](#)
- [Capítulo cuarenta y seis](#)
- [Capítulo cuarenta y siete](#)
- [Capítulo cuarenta y ocho](#)
- [Capítulo cuarenta y nueve](#)
- [Capítulo cincuenta](#)
- [Capítulo cincuenta y uno](#)
- [Capítulo cincuenta y dos](#)
- [Capítulo cincuenta y tres](#)

- [Capítulo cincuenta y cuatro](#)
- [Capítulo cincuenta y cinco](#)



- [Capítulo cincuenta y seis](#)
- [Capítulo cincuenta y siete](#)
- [Capítulo cincuenta y ocho](#)
- [Capítulo cincuenta y nueve](#)
- [Capítulo sesenta](#)
- [Capítulo sesenta y uno](#)
- [Capítulo sesenta y dos](#)
- [Capítulo sesenta y tres](#)
- [Capítulo sesenta y cuatro](#)
- [Capítulo sesenta y cinco](#)
- [Capítulo sesenta y seis](#)
- [Capítulo sesenta y siete](#)
- [Capítulo sesenta y ocho](#)
- [Capítulo sesenta y nueve](#)
- [Capítulo setenta](#)

- Capítulo setenta y uno
- Capítulo setenta y dos
- Capítulo setenta y tres
- Capítulo setenta y cuatro
- Capítulo setenta y cinco
- Capítulo setenta y seis
- Capítulo setenta y siete
- Capítulo setenta y ocho
- Capítulo setenta y nueve
- Capítulo ochenta
- Capítulo ochenta y uno



- Abreviaciones empleadas para los sutras
- Nota del autor
- Fuentes y contenidos de los capítulos
- Equivalentes sánscritos de

los nombres y lugares palis

- notes



Camino viejo, nubes blancas

TRAS LAS HUELLAS DEL BUDA

Thich Nhat Hanh

Traducción de Mercedes Pérez-
Albert

Sinopsis

Camino Viejo, Nubes Blancas presenta la vida y las enseñanzas del Buda Gautama desde su salida de palacio hasta su fallecimiento. La historia inspirada en un gran número de fuentes provenientes de los sutras en pali, en sánscrito y en chino, está recontada en el inimitable estilo del monje vietnamita Thich Nhat Hanh. Este libro describe la vida

del Buda de una manera tranquila y sosegada a lo largo de sus ochenta años de vida. Los dos protagonistas ante cuyos ojos discurre el relato son Svasti, un joven pastor de búfalos y el mismo Buda.

“Me he abstenido de describir los numerosos milagros que se citan a menudo en los sutras para embellecer la vida del Buda. Él mismo aconsejó a sus discípulos que no perdieran tiempo ni energía en el logro y el empleo de los poderes sobrenaturales. No obstante,

he incluido muchas de las dificultades que encontró durante su vida causadas por la sociedad civil y por sus propios discípulos. Si el Buda aparece en este libro como un hombre próximo a nosotros es, en parte, gracias al relato de tales dificultades”.

©1991, Thich Nhat Hanh
©2007, Ediciones Dharma
www.edicionesdharma.com
Colección: Varios
Generado con: QualityEbook
v0.72



THICH NHAT HANH
Old Path White Clouds

*Walking in the footsteps of
the Buddha*

Dibujos © 1991 de Nguyen
Thi Hop

ISBN: 978-84-96478-04-6

PRIMERA PARTE

Capítulo uno

ANDAR, SÓLO ANDAR



SVASTI, el joven bhikkhu¹, se sentó con las piernas cruzadas a la sombra del verde bambú y se concentró en la respiración. Había estado meditando durante más de una hora en el Monasterio del Bosque de Bambú, junto a otros cientos de monjes que allí practicaban a la sombra de los árboles o en sus chozas de paja.

El gran maestro Gautama, a quien la gente llamaba afectuosamente el

“Buda”, vivía en el monasterio con cerca de cuatrocientos discípulos. A pesar de lo concurrido, era un lugar muy apacible. Lo rodeaban veinte hectáreas de tierra donde florecían múltiples variedades de fino bambú, procedentes de todo Magadha. El Monasterio del Bosque de Bambú había sido ofrecido al Buda y a su comunidad por el Rey Bimbisara, siete años atrás; y se situaba a apenas treinta minutos a pie desde la capital Rajagaha, en dirección norte.

Svasti se frotó los ojos y sonrió. Al estirar las piernas las sintió aún un poco entumecidas. Tenía veintiún años y había sido ordenado tres días antes por el Venerable Sariputta, uno de los discípulos más avanzados del Buda.

Durante la ceremonia de ordenación, a Svasti le habían afeitado la cabeza de castaño y espeso cabello.



A Svasti le hacía muy feliz formar parte de la comunidad del Buda. Muchos monjes eran de noble cuna como el Venerable Nanda, hermano del Buda, y Devadatta, Anuruddha y Ananda. Svasti aún no les había sido presentado, pero él sí los había reconocido de lejos. Su noble porte era inconfundible.

“Pasará mucho tiempo antes de que pueda ser amigo de personas de tan noble linaje”, pensó Svasti. Pero, aunque el propio Buda era hijo de rey, Svasti sentía que nada les separaba fundamentalmente. Svasti era un

“intocable”, inferior a la más baja y pobre de las castas en las que estaba dividida la población india en aquel tiempo. Durante más de diez años había cuidado búfalos pero, desde hacía dos semanas, vivía y practicaba con monjes de todas las castas. Todo el mundo era muy amable con él y le dedicaba cálidas sonrisas y profundas reverencias, pero Svasti todavía no se sentía cómodo y sospechaba que, para estarlo realmente, necesitaría años.

De repente, una amplia sonrisa le subió de muy adentro al pensar en Rahula, el hijo del Buda, de dieciocho años. Rahula llevaba en la comunidad como novicio desde los diez y, en sólo dos semanas, Svasti y él se habían hecho

grandes amigos. Había sido Rahula quien le había enseñado a seguir la respiración durante la meditación. Rahula comprendía bien la enseñanza del Buda, a pesar de que todavía no era un monje. Tendría que esperar a cumplir veinte años antes de poder recibir la ordenación completa.



Svasti volvió a ese día, sólo dos semanas atrás, en que el Buda había pasado por Uruvela, su pequeño pueblo cerca de Gaya, para invitarle a que se hiciera monje. Cuando el Buda llegó a su casa, Svasti estaba fuera, cuidando de los búfalos con su hermano Rupak. Sus dos hermanas, Bala, de dieciséis años y Bhima, de doce, estaban en casa. Bala

reconoció al Buda inmediatamente. Quiso correr en busca de Svasti pero el Buda le dijo que no era necesario, que Él y los monjes que le acompañaban, incluido Rahula, caminarían hasta el río para encontrarse con su hermano. Había caído, la tarde cuando hallaron a Svasti y a Rupak, bañando a sus nueve búfalos en el río Neranjara. Tan pronto como vieron al Buda, los jóvenes subieron corriendo por la orilla del río, juntaron las palmas de las manos en forma de flor de loto e hicieron una profunda reverencia.

“Habéis crecido mucho”, les dijo el Buda con una cálida sonrisa. Svasti enmudeció. Al contemplar el rostro apacible del Buda, su generosa sonrisa y

su mirada brillante y penetrante, se le saltaron las lágrimas. El Buda vestía un hábito color azafrán hecho con retazos, como el dibujo que forman los arrozales. Aún iba descalzo, igual que cuando le conoció, diez años atrás, no lejos de ese mismo lugar. Entonces, habían pasado muchas horas juntos, sentados a la sombra del árbol *bodhi* que se encontraba sólo a diez minutos a pie de la orilla del Neranjara.

Svasti miró a los veinte monjes que venían detrás del Buda y que, como Él, iban descalzos y con el mismo hábito, aunque el suyo era un palmo más largo que el de los demás. Junto al Buda, se encontraba un novicio de una edad similar a la de Svasti, y que le miraba

directamente, sonriéndole. El Buda posó con suavidad las manos sobre las cabezas de Svasti y Rupak y les dijo que, de regreso a Rajagaha, se había detenido a saludarles; y que estaba encantado de esperar a que acabaran de bañar a los búfalos para poder volver todos juntos a su choza.

Cuando iban hacia allí, el Buda les presentó a su hijo Rahula, el joven novicio que había sonreído tan bellamente a Svasti. Rahula era tres años menor, pero ambos tenían la misma estatura. Rahula era un *samanera*, un novicio, aunque iba vestido prácticamente igual que los monjes. Caminaba entre Svasti y Rupak y, en un momento dado, le pasó a éste su cuenco

de mendicante y puso sus brazos sobre los hombros de sus dos nuevos amigos. Su padre le había hablado tanto de Svasti y su familia que sentía que ya les conocía. Los hermanos disfrutaron del cálido afecto de Rahula.

En cuanto llegaron a la casa, el Buda invitó a Svasti a que se uniera a la comunidad de monjes. Cuando Svasti conoció al Buda, diez años atrás, le expresó su deseo de estudiar el Dharma con Él. El Buda estuvo de acuerdo en aceptarle como discípulo y, ahora que Svasti tenía veintiún años, había regresado a buscarle. No había olvidado su promesa.

Rupak condujo a los búfalos hasta la casa de su dueño, el señor Rambhul.

El Buda se sentó fuera de la cabaña de Svasti, en un pequeño banco; los monjes permanecieron de pie, detrás de Él. Con paredes de barro y tejado de paja, la diminuta casa de Svasti no era lo suficientemente grande como para albergar a todo el mundo. Bala le dijo a Svasti, “hermano, vete, por favor, con el Buda. Rupak es incluso más fuerte que tú cuando empezaste a ocuparte de los búfalos y yo soy muy capaz de llevar la casa. Has cuidado de nosotros durante diez años y ahora estamos preparados para seguir adelante sin ti”.

Sentada junto a la cubeta del agua de lluvia, Bhima miraba a su hermana mayor sin decir una palabra. Svasti la miró. Era una jovencita encantadora.

Cuando Svasti conoció al Buda, Bala tenía seis años, Rupak tres y Bhima era sólo un bebé. Bala cocinaba para la familia mientras Rupak jugaba en la arena.

Seis meses después de la muerte de su padre, su madre falleció de parto. Con sólo once años, Svasti se convirtió en el cabeza de familia. Encontró trabajo como cuidador de búfalos y, puesto que era un chico responsable, ganaba lo suficiente para alimentar a su familia. Podía incluso traer leche de búfalo a casa para la pequeña Bhima.

Bhima sonrió al comprender que Svasti le estaba preguntando por sus sentimientos. Dudó un instante y luego dijo, “hermano, vete con el Buda”.

Después, volvió el rostro para ocultar las lágrimas. Ella, que le había oído tantas veces expresar su deseo de estudiar con el Buda, quería realmente que lo hiciera pero, ahora que el momento había llegado, no podía disimular su tristeza.

Rupak volvía entonces del pueblo y pudo oír las palabras de Bhima, “vete con el Buda”. Comprendiendo lo que sucedía, miró a Svasti y le dijo, “sí, hermano, vete con el Buda”, y toda la familia guardó silencio. Rupak miró al Buda y dijo; “Venerable Señor, confío en que permitiréis que mi hermano estudie con usted. Tengo edad suficiente para ocuparme de la familia”. Luego, volviéndose hacia Svasti y reteniendo

las lágrimas, añadió, “pero, hermano, por favor, pídele al Buda que te deje venir a visitarnos de vez en cuando”.

El Buda se levantó y acarició suavemente el cabello de Bhima. “Niños, por favor, comed ahora. Mañana por la mañana vendré a buscar a Svasti y caminaremos juntos hasta Rajagaha. Esta noche, los monjes y yo descansaremos bajo el árbol *bodhi*”.

Al llegar a la verja, el Buda se volvió y dijo, “Svasti, mañana por la mañana no necesitas traer nada. La ropa que llevas ahora es suficiente”.



*El Buda se sentó fuera de
la cabaña de Svasti, en un
pequeño banco.*

Aquella noche, los cuatro hermanos se acostaron tarde. Como un padre que abandona el hogar, Svasti orientó a su familia sobre cómo apoyarse los unos a los otros y cuidar de la casa. Abrazó largamente a cada uno. La pequeña Bhima no pudo retener las lágrimas cuando su hermano mayor la tomó entre sus brazos. Pero después le miró, respiró profundamente y sonrió. No quería que Svasti se entristeciera.

La lámpara de aceite proyectaba una luz tenue pero suficiente para que

Svasti viera esa sonrisa y se la agradeciera.

Al día siguiente, temprano, Sujata, la amiga de Svasti, vino a despedirse. La víspera, al anochecer, cuando Sujata se dirigía al río, se había encontrado con el Buda; le había dicho que Svasti iba a unirse a la orden de los monjes. Sujata, la hija del jefe del poblado, tenía dos años más que Svasti y, como él, había conocido a Gautama antes de que se convirtiera en un Buda. Sujata entregó a Svasti un tarro de hierbas medicinales e intercambiaron unas pocas palabras antes de que el Buda y sus discípulos llegaran.

Los hermanos de Svasti ya se habían levantado para despedirse.

Rahula habló amablemente a cada uno de ellos, animándoles para que fueran fuertes y se cuidaran mutuamente, y les prometió que, siempre que pasara por allí, se detendría en Uruvela y les visitaría. Sujata y la familia de Svasti caminaron con el Buda y los monjes hasta la orilla del río y, allí, juntaron las palmas de las manos para decir adiós al Buda, a los monjes, a Rahula y a Svasti.

Svasti sentía tanto temor como alegría. Tenía un nudo en el estómago. Era la primera vez que salía de Uruvela. El Buda dijo que tardarían diez días en llegar a Rajagaha. La mayoría de la gente lo hacía en menos tiempo pero el Buda y los monjes caminaban lenta y tranquilamente. A medida que Svasti

aflojaba el paso, su corazón se tranquilizaba. Estaba acercándose con entusiasmo al Buda, al Dharma y a la Sangha, y ése era el camino. Volvió por última vez la mirada hacia la única tierra y la única gente que conocía y vio a su familia y a Sujata como motitas que se fundían con las sombras de los árboles del bosque.

A Svasti le pareció que el Buda andaba sin más, por el simple disfrute del paseo, sin preocuparse por su destino. Igual hacían los monjes. Ninguno parecía ansioso o impaciente por llegar. Su paso era lento, equilibrado y sereno. Era como si estuvieran dando un agradable paseo todos juntos. Ninguno mostraba el menor

consancio, a pesar de que recorrían cada día un buen trecho.

Cada mañana se detenían en el pueblo más cercano para pedir comida. Iban por las calles en fila, con el Buda a la cabeza. Svasti, el último, detrás de Rahula. Avanzaban con silenciosa dignidad, observando cada respiración y cada paso. De vez en cuando se detenían, y la gente del lugar les ponía ofrendas de comida en los cuencos. Algunos lugareños se arrodillaban al borde del camino en señal de respeto. Mientras recibían las ofrendas, los monjes rezaban en voz baja por sus benefactores.

Cuando terminaban, salían del pueblo con paso lento y buscaban un

lugar donde comer, a los pies de un árbol o en algún campo de hierba. Se sentaban en círculo y dividían la comida en partes iguales, esmerándose por llenar cualquier cuenco que estuviera todavía vacío. Rahula llenaba la jarra en el riachuelo mas próximo y se la llevaba respetuosamente al Buda. Éste juntaba las palmas para formar lo que parecía una flor de loto, y entonces Rahula vertía el agua sobre sus manos y las enjuagaba. Hacía lo mismo con todos los demás. A Svasti le tocaba el último; como no tenía aún su propio cuenco. Rahula ponía la mitad de su comida en una hoja fresca de plátano y se la ofrecía a su nuevo amigo. Antes de comer, los monjes unían las palmas de las manos y

cantaban juntos. Luego comían en silencio, conscientes de cada bocado.

Después de comer, algunos monjes practicaban la meditación caminando, otros lo hacían sentados y otros echaban una pequeña siesta. Cuando bajaba el calor del día reanudaban su marcha hasta el anochecer. Los mejores lugares para el descanso nocturno eran los bosques poco frecuentados. Caminaban hasta encontrar un lugar adecuado. Cada monje tenía su propio cojín, y muchos pasaban la mitad de la noche en posición de loto. Luego, extendían sus hábitos y se tumbaban para dormir. Todos llevaban consigo dos hábitos, uno puesto y otro para protegerse del viento y del frío. Svasti se sentaba en

meditación, como los demás, y aprendió a dormir en el suelo, usando como almohada una raíz de árbol.

Cuando Svasti se despertaba por la mañana, veía que el Buda y muchos de los monjes ya estaban sentados, apaciblemente, en meditación, irradiando profunda calma y majestuosidad. Tan pronto como el sol se elevaba sobre el horizonte, los monjes doblaban su hábito de repuesto, cogían el cuenco e iniciaban el recorrido del día.

Caminando durante el día y descansando por la noche, transcurrieron diez días antes de llegar a Rajagaha, capital de Magadha. Era la primera vez que Svasti veía una ciudad.

Carros tirados por caballos se precipitaban por calles bordeadas de viviendas llenas de gente. Gritos y risas resonaban por doquier. Pero la silenciosa procesión de monjes avanzaba con la misma tranquilidad que cuando paseaba por las orillas de los ríos o por los arrozales, a las afueras de los pueblos. Algunos lugareños se detuvieron para verles pasar y unos cuantos, al reconocer al Buda, se inclinaron profundamente en señal de respeto.

Los monjes continuaron su tranquila procesión hasta el Monasterio del Bosque de Bambú, del otro lado de la ciudad.

La noticia del regreso del Buda se

se difundió rápidamente por todo el monasterio y, en pocos minutos, cerca de cuatrocientos monjes se reunieron para darle la bienvenida. El Buda no habló mucho, pero se interesó por el estado y la práctica de meditación de todos ellos. A Svasti lo dejó al cuidado de Sariputta, que era también el instructor espiritual de Rahula. Sariputta era el maestro de los novicios del Monasterio del Bosque de Bambú y supervisaba los estudios de cerca de cincuenta jóvenes monjes, ninguno de los cuales llevaba más de tres años en la comunidad. El abad del monasterio era un monje llamado Kondanna.

A Rahula le pidieron que explicara a Svasti la conducta a seguir en el

monasterio —cómo andar, sentarse, ponerse de pie, saludar a otros, hacer meditación sentado o caminando y observar la respiración—. También le enseñó el modo correcto de vestir el hábito de monje, de pedir comida, de rezar y de lavar su cuenco. Para aprenderlo todo bien, Svasti no se separó de su amigo durante tres días. Rahula puso todo su corazón en la tarea de instruir a Svasti, pero éste supo enseguida que necesitaría años de práctica antes de ser capaz de hacer todas esas cosas de un modo relajado y natural. Después de que Svasti completara esta instrucción básica, Sariputta le invitó a su cabaña y le explicó los preceptos del monje.

Un monje era aquél que abandonaba a su familia para seguir al Buda como Maestro, al Dharma como el camino que conduce al despertar y a la Sangha como la comunidad que le apoya a lo largo de dicho camino. La vida de un monje era simple y humilde. Mendigar la comida era útil para fomentar la humildad y era, también, un medio para estar en contacto con otros y ayudarles a comprender el Camino del Amor y la Comprensión que el Buda enseñaba.

Diez años antes, bajo el árbol *bodhi*, Svasti y sus amigos habían escuchado al Buda hablarles del Camino del Despertar como un camino de amor y comprensión, así que no le resultaba

difícil entender ahora todo lo que Sariputta le estaba diciendo. Su rostro parecía serio, pero sus ojos y su sonrisa irradiaban profundo afecto y compasión. Sariputta le dijo a Svasti que pronto tendría lugar la ceremonia de la toma de preceptos en la que se le aceptaría formalmente en el seno de la comunidad de monjes, y enseñó a Svasti las palabras que debería decir allí.

El propio Sariputta presidió la ceremonia de los preceptos a la que asistieron unos veinte monjes. El Buda y Rahula estaban presentes, lo que aumentó la felicidad de Svasti. Sariputta recitó silenciosamente un *gatha* y, a continuación, cortó a Svasti varios mechones de pelo. Después, pasó la

navaja de afeitar a Rahula, que completó la tarea de afeitar la cabeza de Svasti. Sariputta entregó a Svasti tres hábitos, un cuenco y un filtro de agua. Puesto que Rahula ya le había enseñado cómo vestirlo, Svasti se puso el hábito sin dificultad. Después, se inclinó ante el Buda y los monjes para expresarles su profunda gratitud.

Esa misma mañana, Svasti practicó por primera vez la mendicidad como un monje ordenado. Los monjes del Monasterio del Bosque de Bambú entraron en Rajagaha en grupos pequeños; Svasti formaba parte del que dirigía Sariputta. Nada más salir del monasterio, Svasti recordó que mendigar era un vehículo para la

práctica del camino. Observó la respiración y empezó a andar calladamente y plenamente consciente de cada paso. Rahula caminaba detrás de él. Svasti era ahora un monje, pero sabía que tenía mucha menos experiencia que su amigo y decidió, resueltamente, alimentar dentro de sí la humildad y la virtud.

Capítulo dos

EL CUIDADO DE LOS BÚFALOS DE AGUA



EL día era fresco. Los monjes lavaron sus cuencos tras comer con plena atención y se sentaron en sus cojines frente al Buda. Las numerosas ardillas del Bosque de Bambú se entremezclaban con los monjes, y algunas trepaban a los árboles para mirar a la asamblea desde lo alto. Svasti vio a Rahula sentado justo enfrente del Buda y, de puntillas, se dirigió silenciosamente hasta allí,

colocando el cojín a su lado. Se sentaron en la posición del loto. En aquel ambiente sereno y digno, nadie pronunciaba palabra. Svasti sabía que los monjes seguían atentamente su respiración, en espera de que el Buda hablara.

La plataforma de bambú desde la que enseñaba el Buda era lo suficientemente alta como para que todo el mundo le viera sin dificultad. El Buda tenía un aire relajado y al mismo tiempo majestuoso, como el de un príncipe león. Al dirigir su mirada hacia la asamblea, sus ojos estaban llenos de afectuosa compasión. Cuando se posaron sobre Svasti y Rahula, el Buda sonrió y comenzó su discurso.

“Hoy deseo hablaros de la tarea de cuidar búfalos de agua —lo que un buen pastor de búfalos debe saber y debe hacer—. El joven que cuida bien de los búfalos reconoce fácilmente a cada uno de ellos, conoce sus características y tendencias, sabe cómo limpiarlos, sana sus heridas, les ahuyenta con humo los mosquitos, les conduce por sendas libres de peligro, les ama, halla lugares seguros y poco profundos para que vadeen el río, les busca hierba fresca y agua, preserva los prados en donde pastan y permite que los más viejos sirvan de ejemplo a los más jóvenes”.

“Escuchad, monjes, así como el joven que cuida búfalos reconoce a cada uno de sus búfalos, el monje reconoce

cada uno de los elementos esenciales de su cuerpo. Así como el joven que cuida búfalos conoce las características y tendencias específicas de sus animales, el monje conoce las acciones dignas del cuerpo, de la palabra y de la mente y las que no lo son. Así como el joven que cuida búfalos sabe lavar perfectamente a sus animales, el monje ha de limpiar su mente y su cuerpo de deseos, apegos, enfados y aversiones”.

Mientras hablaba, los ojos del Buda no se separaron de Svasti; éste sintió que era la fuente de las palabras del Maestro y recordó que, años atrás, estando sentado a su lado, el Buda le había pedido que le describiera detalladamente su trabajo como pastor

de búfalos. ¿De qué otro modo podía saber tanto de búfalos un príncipe que había crecido en un palacio?

Aunque el Buda hablaba con voz normal, cada sonido se elevaba de forma clara y diferenciada y nadie se perdió una sola palabra: “Así como el joven que cuida búfalos vigila las heridas de sus animales, el monje vigila los seis órganos de los sentidos —ojos, oídos, nariz, lengua, cuerpo y mente— de manera que no se pierdan en la dispersión. Así como el joven que cuida búfalos les protege de las picaduras de mosquito prendiendo fuego para hacer humo, el monje emplea la enseñanza que conduce al despertar para mostrar a los de su entorno el modo de evitar las

aflicciones del cuerpo y de la mente. Así como el pastor de búfalos encuentra un camino libre de peligros, el monje evita las sendas que conducen al deseo de fama, riqueza y placer sexual; evita los lugares como las tabernas y los teatros de variedades. Así como el cuidador de búfalos ama a sus búfalos, el monje aprecia la alegría y la paz de la meditación. Así como el joven que cuida búfalos encuentra un lugar seguro y de aguas poco profundas para que crucen el río, el monje confía en las Cuatro Verdades Nobles para atravesar esta vida. Así como el cuidador de búfalos encuentra hierba fresca y agua para ellos, el monje sabe que las Cuatro Maneras de Establecer la Mente en la

Plena Atención es el alimento que conduce a la liberación. Así como el cuidador de búfalos preserva los campos evitando el apacentamiento excesivo, el monje se esmera por preservar las relaciones con la población cuando pide ofrendas. Así como el joven que cuida búfalos permite que los más viejos sirvan de modelo a los más jóvenes, el monje aprende de la sabiduría y la experiencia de sus mayores. Oh monjes, el monje que sigue estos once puntos y los practica, alcanzará el estado de *arhat* en seis años”.

Svasti escuchaba estupefacto. El Buda recordaba todo lo que le había contado hacía diez años y aplicaba cada

detalle a la práctica de un monje. Aunque Svasti sabía que el Buda se dirigía a toda la asamblea de monjes, tenía la clara impresión de que le hablaba especialmente a él. Sus ojos no se apartaron ni una vez del rostro del Maestro.

Estas palabras debían permanecer en su corazón. Svasti comprendía el significado esencial de la enseñanza pero había términos, como “seis órganos de los sentidos”, “Cuatro Verdades Nobles”, “Cuatro Maneras de Establecer la Mente en la Plena Atención”, que no entendía todavía. Le pediría más tarde a Rahula que se los explicara.

El Buda continuó hablando.

Explicó a la asamblea cómo elegir un camino seguro por el que los búfalos pudieran transitar. Si la senda estaba cubierta de espinas, los búfalos se harían cortes que se infectarían si el pastor no sabía cómo curarlos; podían tener fiebre e incluso morir. Con la práctica del camino ocurría lo mismo. Si un monje no encontraba el buen camino, su mente y su cuerpo podían herirse; la codicia y el enfado podían envenenar sus heridas y la infección obstaculizar el Camino a la Iluminación.

Tras una pausa, el Buda hizo señas a Svasti para que se levantara y acudiera a su lado. Svasti permaneció de pie, con las palmas juntas, mientras el Buda, sonriendo, le presentó a la asamblea:

“Hace diez años, poco antes de alcanzar la Iluminación, conocí a Svasti en el bosque, cerca de Gaya. Tenía entonces once años y me traía haces de hierba *kusa* para mi asiento cuando meditaba bajo el árbol *bodhi*. Todo lo que os he enseñado sobre los búfalos de agua lo aprendí de él. Sé que ha sido un buen cuidador de búfalos y que será un excelente monje”.

Toda la asamblea miraba a Svasti que sentía hormiguear y enrojecer sus orejas y mejillas. Los monjes juntaron las palmas de las manos y se inclinaron ante él. Svasti, a su vez, se inclinó ante ellos. El Buda, entonces, concluyó la plática de Dharma pidiendo a Rahula que recitara los dieciséis métodos que

conducen al dominio de la respiración consciente. Rahula se puso de pie, juntó las palmas de las manos y recitó las dieciséis prácticas con una voz tan vibrante y clara como el sonido de una campana. Cuando acabó, se inclinó ante la comunidad. El Buda se levantó y caminó despacio hasta su cabaña. Los monjes cogieron entonces sus cojines y caminaron del mismo modo hasta sus lugares en el bosque. Algunos vivían en cabañas pero muchos dormían y meditaban al aire libre, bajo los árboles de bambú. Cuando la lluvia era muy fuerte, cogían el cojín y buscaban refugio en las cabañas de alojamiento o en las salas de conferencias.

Sariputta le había pedido a Svasti

que compartiera un espacio al aire libre con Rahula quien, cuando era pequeño, dormía en la cabaña de su maestro; ahora tenía su propio lugar bajo los árboles y Svasti se alegraba de encontrarse en su compañía.

A última hora de la tarde, después de practicar la meditación sentado, Svasti meditó caminando, en solitario. Para evitar al resto, escogió una senda por la que no pasara nadie pero le resultó difícil permanecer concentrado en la respiración. Sus pensamientos estaban llenos de añoranza por sus hermanos y su pueblo natal. La imagen del sendero que conducía hasta el río Neranjara aparecía con nitidez en su mente. Vio a la pequeña Bhima bajando

la cabeza para ocultar las lágrimas y a Rupak, solo, cuidando los búfalos de Rambhul. Trató de ahuyentar esas imágenes para centrarse en los pasos y la respiración, pero volvían una y otra vez. Estaba avergonzado de no poder entregarse a la práctica y se sintió indigno de la confianza del Buda. Se dijo a sí mismo que pediría ayuda a Rahula. Había también varias cosas del discurso de Dharma de aquella mañana que no había entendido del todo y estaba seguro de que él podría explicárselas. Pensar en su amigo le devolvió el ánimo y le calmó. Después le pareció más fácil concentrarse en la respiración y en cada paso lento que daba.

Svasti no había salido todavía en

su busca cuando llegó Rahula. Éste le condujo hasta un árbol donde sentarse y le dijo, “esta tarde me he encontrado con el anciano Ananda. Dice que le gustaría mucho escuchar cómo conociste al Buda”.

“¿Quién es Ananda, Rahula?”.

Es un príncipe del linaje Sakya, primo del Buda. Se hizo monje hace siete años y es uno de los mejores discípulos. El Buda le quiere mucho. Es él quien cuida de la salud del Maestro. Ananda nos ha invitado a que vayamos a su cabaña mañana a última hora de la tarde. Yo también quiero saber cómo vivía el Buda en el Bosque de Gaya”.

“¿No te lo ha contado?”.



*“Así como el joven
cuidador de búfalos
encuentra hierba fresca
para sus búfalos,
también el monje sabe que
las
Cuatro Maneras de
Estabilizar la Mente
conducen a la liberación”*

“Sí, pero no detalladamente. Estoy seguro de que tienes montones de anécdotas para contarnos”.

“Bueno, en realidad no hay mucho que decir, pero os contaré todo lo que recuerdo. Rahula. ¿cómo es Ananda? Estoy un poco nervioso”.

“No te preocupes. Es muy

bondadoso y muy simpático. Le he hablado de ti y de tu familia y está encantado. ¿Quieres que nos encontremos aquí, mañana por la mañana, cuando vayamos a mendigar? Ahora tengo que lavar el hábito para que se seque a tiempo”.

Cuando Rahula se levantó para partir, Svasti tiró ligeramente de su hábito, “¿Puedes sentarte un poco más? Hay ciertas cosas que quiero preguntarte. Esta mañana, el Buda ha hablado de once puntos que un monje debe seguir pero no los recuerdo todos. ¿Puedes repetírmelos?”.

“Yo sólo me acuerdo de nueve pero, no te preocupes, mañana se lo preguntaremos a Ananda”.

“¿Estás seguro de que el monje Ananda se acordará de todos?”.

“¡Segurísimo! Y si fueran ciento once, también los recordaría. Todavía no conoces a Ananda; su memoria es admirada por todo el mundo. Es increíble. Puede repetir todo lo que el Buda ha dicho sin excluir el más mínimo detalle. Aquí se le considera el más erudito de los discípulos. Así que, cuando alguien tiene una duda sobre alguna enseñanza del Buda, le pregunta a él. A veces, la comunidad organiza sesiones de estudio en las que Ananda repasa las enseñanzas básicas del Buda”.

“Entonces, somos muy afortunados. Esperaremos y mañana le preguntaremos

a Ananda. Pero hay algo más que quiero preguntarte, ¿cómo consigues calmar tu mente cuando caminas en meditación?”.

“¿Te refieres a cuando te invaden ciertos pensamientos durante la práctica? ¿Pensamientos, quizá, de añoranza por tu familia?”.

Svasti cogió la mano de su amigo, “¿cómo lo sabes? ¡Eso es exactamente lo que me ha pasado! No sé por qué echo tanto de menos a mi familia esta tarde. Me siento fatal, parece que no tengo suficiente determinación para practicar el camino. Me avergüenzo ante ti y ante el Buda”.

Rahula sonrió. “No debes avergonzarte. Cuando entré en la Sangha del Buda, echaba de menos a mi madre,

a mi abuelo y a mi tía. Muchas noches hundía mi rostro en el cojín y lloraba a solas pero, al cabo de un tiempo, lo superé”.

Rahula ayudó a Svasti a ponerse de pie y le abrazó amistosamente.

Tus hermanos son encantadores. Es natural que les eches de menos. Pero te acostumbrarás a tu nueva vida y la práctica y el estudio te mantendrán ocupado. Escucha, cuando encontremos un momento, te hablaré de mi familia, ¿de acuerdo?”.

Svasti cogió la mano de Rahula entre las suyas y asintió. Después se marcharon, Rahula a lavar su hábito y Svasti a buscar una escoba para barrer de los caminos las hojas de bambú.

Capítulo tres

UN HAZ DE HIERBA *KUSA*



ANTES de dormir, Svasti se sentó bajo un árbol de bambú y recordó los primeros meses con el Buda. Tenía entonces sólo once años y su madre había fallecido recientemente, dejándole a cargo de sus tres hermanos menores. No tenía leche para alimentar a la pequeña, que era sólo un bebé. Por suerte, un hombre del pueblo, llamado Rambhul, le contrató para que cuidara

de sus búfalos —cuatro búfalos adultos y una cría—. Así, Svasti pudo ordeñar a una búfala todos los días y alimentar a su hermanita. El muchacho cuidaba con sumo cuidado a los búfalos, pues sabía que debía conservar el empleo si quería que sus hermanos no pasaran hambre. Desde la muerte de su padre, no se había reparado el tejado de su cabaña y, cada vez que llovía, Rupak tenía que correr de aquí para allá, colocando recipientes bajo los boquetes para recoger las goteras. Bala tenía sólo seis años pero tuvo que aprender a cocinar, cuidar del bebé e ir en busca de leña al bosque. Aunque era muy pequeña, podía amasar harina y hacer *chapatis* para sus hermanos. En contadas ocasiones podían

comprar un poco de curry. A Svasti se le hacía la boca agua cuando, de regreso al establo con los búfalos, de la cocina de Rambhul emanaba el tentador aroma del curry. Desde la muerte de su padre, los *chapatis* rebozados en salsa de carne con curry habían sido un lujo desconocido. La ropa de los niños era poco más que harapos. Svasti no tenía más que un *dhoti* ya muy gastado. Cuando hacía frío, se cubría los hombros con una vieja tela marrón. Estaba raída y descolorida pero, para él, era valiosísima.

Svasti debía buscar lugares con buenos pastos para los búfalos, pues sabía que si los devolvía hambrientos al establo, el Señor Rambhul le pegaría.

Además, todos los días, al atardecer, tenía que llevar a la casa un considerable manojo de hierba para que los búfalos comieran durante la noche. Las tardes de muchos mosquitos, hacía fuego para ahuyentarlos con el humo. Rambhul le pagaba cada tres días con arroz, harina y sal. A veces, Svasti volvía a su hogar con algunos peces que había pescado a orillas del río Naranjara, para que Bhima los cocinara.

Una tarde, después de bañar a los búfalos y cortar un montón de hierba, Svasti quiso pasar un rato, tranquilo y solo, en el frescor del bosque; dejó a los búfalos pastando y buscó un árbol alto para apoyarse mientras descansaba. De repente se detuvo. Había un hombre

sentado en silencio bajo un árbol *pippala*, a no más de cincuenta metros. Svasti asombrado, le miró fijamente. Nunca en su vida había visto a nadie sentado de una manera tan bella; la espalda perfectamente recta y los pies descansando con elegancia sobre los muslos. El hombre permanecía inmóvil y concentrado. Sus ojos parecían estar medio cerrados y sus manos, una sobre la otra, descansaban ligeras sobre el regazo. Vestía un descolorido habito amarillo que dejaba un hombro al descubierto. Su cuerpo irradiaba paz, serenidad y majestuosidad. Sólo con mirarle una vez, Svasti se sintió sorprendentemente confortado. Su corazón se estremeció. No entendía

cómo podía sentir algo tan especial por una persona a la que ni siquiera conocía, pero permaneció inmóvil un largo rato, con absoluto respeto.

El extraño abrió los ojos. Mientras descruzaba sus piernas y masajeaba suavemente sus tobillos y plantas de los pies no vio a Svasti. Lentamente, se levantó y empezó a caminar. Al hacerlo en dirección opuesta, no le veía. El chico, sin hacer un solo ruido, contempló al hombre caminar con pasos lentos y meditativos por el bosque; después de siete u ocho pasos, se giró y fue entonces cuando le vio.

Sonrió al muchacho. Nadie le había sonreído nunca con tan dulce tolerancia. Como si fuese arrastrado por una fuerza

invisible, Svasti corrió hacia el hombre pero, cuando se encontraba a unos pocos metros de él, se paró en seco al recordar que no tenía derecho a acercarse a ninguna persona de casta superior.

Svasti era un intocable. No pertenecía a ninguna de las cuatro castas sociales. Su padre le había explicado que la casta brahmán era la más alta, y que la gente nacida en ella eran sacerdotes y maestros que leían y comprendían los Vedas y otras escrituras y hacían ofrecimientos a los dioses. Cuando Brahma creó la raza humana, los brahmanes salieron de su boca. La segunda casta superior era la *kshatriya*. Los nacidos en ella podían acceder a posiciones políticas y militares, ya que

habían surgido de las dos manos de Brahma. Los de la casta *vaisya* eran mercaderes, agricultores y artesanos que habían brotado de los muslos de Brahma. Los de la casta *sudra* habían surgido de los pies de Brahma y era la casta inferior. Se dedicaban exclusivamente a las labores manuales que no efectuaban ninguna de las castas superiores. Pero los miembros de la familia de Svasti eran “intocables”, que no tenían casta alguna. Se les obligaba a construir sus casas fuera de los límites del pueblo y llevaban a cabo los trabajos más bajos como recoger basura, abonar los campos, hacer caminos, alimentar a los cerdos y cuidar búfalos. Todo el mundo debía aceptar la casta en

la que había nacido. Las sagradas escrituras enseñaban que la felicidad residía en la habilidad de aceptar la propia posición.

Si un intocable como Svasti tocaba a una persona de casta superior, era apaleado. En el pueblo de Uruvela, un intocable había sido severamente golpeado por tocar a un brahmán. El brahmán o el *kshatriya* que fuera tocado por un intocable se contaminaba y, para purificarse, tenía que ayunar y hacer penitencia durante varias semanas. Siempre que Svasti conducía los búfalos al establo, trataba de no pasar cerca de las personas de casta superior que se encontrara en el camino o fuera de la casa de Rambhul. Tenía la impresión de

que incluso los búfalos eran más afortunados que él pues un brahmán podía tocarlos sin contaminarse. Incluso en el supuesto de que un intocable, sin ser su culpa, rozara accidentalmente a alguien de una casta superior, podía ser golpeado cruelmente.



*Svasti ofreció a
Siddhartha
un haz de hierba kusa
para que usara de
asiento.*

Frente a Svasti se hallaba ahora el más atractivo de los hombres y era evidente, a decir por su porte, que no compartían la misma condición social. Sin duda, una persona con una sonrisa tan bondadosa y tolerante no le pegaría aunque llegara a tocarle pero Svasti no quería ser la causa de la contaminación de alguien tan especial: por eso se quedó paralizado a sólo unos pocos pasos de él. Al ver su vacilación, el hombre avanzó hacia el muchacho.

Svasti retrocedió para evitar el contacto pero el hombre era más rápido y, en un abrir y cerrar de ojos, le puso la mano izquierda sobre el hombro. Con su mano derecha, le dio unas cálidas palmaditas en la cabeza. Svasti permaneció inmóvil. Nadie le había tocado nunca la cabeza de una manera tan dulce y afectuosa y, sin embargo, se sintió, de repente, presa del pánico.

“No tengas miedo, chico”, dijo el hombre con una voz serena y tranquilizadora. Al sonido de esa voz, los temores de Svasti se desvanecieron. Levantó la cabeza y miró fijamente aquella sonrisa bondadosa y tolerante. Tras vacilar un momento, balbuceó: “Señor, me gusta usted muchísimo”.

El hombre alzó la barbilla de Svasti y le miró a los ojos. “Y tú también me gustas. ¿Vives por aquí?”.

Svasti no respondió. Tomó entre sus manos la mano izquierda de aquel desconocido y formuló la pregunta que tanto le preocupaba, “cuando le toco así, ¿no está contaminándose?”.

El hombre se rió y sacudió la cabeza. “Para nada, hijo. Tú y yo somos seres humanos. No puedes contaminarme. No escuches lo que diga la gente”.

Tomó la mano de Svasti y caminó con él hasta el linde del bosque. Los búfalos pastaban aún apaciblemente. El hombre miró a Svasti y preguntó: “¿Cuidas estos animales? Y ésta debe de

ser la hierba que has cortado para su cena. ¿Cómo te llamas? ¿Vives por aquí?”.

Svasti respondió educadamente, “sí, Señor. Cuido estos cuatro búfalos y esta cría, y esa es la hierba que he cortado. Mi nombre es Svasti y vivo al otro lado del río, justo detrás del pueblo de Uruvela. Por favor, Señor, ¿cuál es su nombre y dónde vive? ¿Puede decírmelo?”.

El hombre respondió amablemente: “Por supuesto. Mi nombre es Siddhartha y mi hogar está muy lejos, pero ahora vivo en el bosque”.

“¿Es usted un ermitaño?”.

Siddhartha asintió. Svasti sabía que los ermitaños eran hombres que,

generalmente, vivían y meditaban en lo alto de las montañas.

Aunque acababan de conocerse y habían intercambiado pocas palabras, Svasti sintió un cálido vínculo con su nuevo amigo. En Uruvela, nadie le había tratado jamás de una forma tan amistosa ni hablado con tal calidez. Una gran felicidad brotó en su interior; deseaba expresar de alguna manera su júbilo. ¡Si tan sólo tuviera algún obsequio para ofrecer a Siddhartha! Pero no tenía ni un centavo en el bolsillo, ni siquiera un trozo de caña de azúcar, nada. ¿Qué podría ofrecer? Entonces, se armó de valor y dijo,

“Señor, me gustaría tener algo que ofreceros como obsequio, pero no tengo

nada”.

Siddhartha miró a Svasti y sonrió. “Sí que tienes. Algo que me gustaría mucho”.

“¿Tengo algo?”.

Siddhartha señaló el montón de hierba *kusa*. “Esa hierba que has cortado para los búfalos es suave y fragante. Si pudieras darme unos pocos haces, haría un asiento para sentarme en meditación bajo el árbol. Eso me haría muy feliz”.

Los ojos de Svasti resplandecieron. Corrió hasta la pila de hierba, cogió un gran manojo en sus delgados brazos y se lo ofreció a Siddhartha.

“He cortado esta hierba más abajo, cerca del río. Por favor, acéptela. No me

cuesta nada cortar más para los búfalos”.

Siddhartha unió sus manos formando una flor de loto y aceptó la ofrenda. Dijo: “Eres un chico muy amable. Te lo agradezco. Ve y corta más hierba para tus búfalos antes de que se haga tarde y, si tienes oportunidad, ven por favor a verme al bosque mañana por la tarde”.

El joven Svasti inclinó la cabeza para despedirse y permaneció de pie, viendo a Siddhartha adentrarse en el bosque. Después, cogió su hoz y se dirigió hacia la orilla, su corazón henchido con el más cálido de los sentimientos. El otoño comenzaba. La hierba estaba todavía blanda y acababa

de afilar su hoz. El muchacho no tardó nada en cortar otro gran haz de hierba *kusa*.

Svasti condujo a los búfalos a casa de Rambhul, guiándoles por un paso poco profundo del Neranjara; el búfalo pequeño se mostraba reacio a abandonar la hierba de la ribera y Svasti tuvo que convencerle. Con la hierba ligera sobre el hombro, Svasti vadeó el río junto a los búfalos.

Capítulo cuatro

EL CISNE HERIDO



AL día siguiente, por la mañana temprano, Svasti llevó a los búfalos a pastar. Al mediodía ya había cortado suficiente hierba como para llenar dos cestos. A Svasti le gustaba que los búfalos pastaran en la ladera del río que bordeaba el bosque. Así, cuando terminaba de amontonar la hierba, podía relajarse con la fresca brisa y no preocuparse de que los búfalos se adentraran en los campos de arroz.

Llevaba su hoz, la herramienta con la que ganaba su salario. Svasti desenvolvió la hoja de plátano en la que Bala había puesto el montoncito de arroz para su almuerzo pero, cuando iba a comérselo, pensó en Siddhartha.

“Llévaselo a Siddhartha”, pensó. “Seguro que mi arroz no le parece demasiado humilde”. Svasti lo envolvió y, dejando a los búfalos a la entrada del bosque, siguió el camino que conducía al lugar donde, el día anterior, se había encontrado con Siddhartha.

De lejos, vio a su nuevo amigo sentado bajo el gran árbol *pippala*. Pero no estaba solo. Frente a él se sentaba una chica de aproximadamente la misma edad que Svasti, vestida con un elegante

sari blanco. Ya había comida dispuesta delante de Siddhartha; Svasti se detuvo súbitamente. Pero Siddhartha alzó la mirada y le llamó, “¡Svasti!”, y le hizo señas para que se reuniera con ellos.

La joven del sari blanco le miró y Svasti la reconoció por haberse cruzado a menudo con ella en el camino del pueblo. Al acercarse, la muchacha se desplazó hacia la izquierda para hacerle sitio y Siddhartha le indicó que se sentara; frente a él, sobre una hoja de plátano, había un puñado de arroz y un poco de sésamo salado. Siddhartha dividió el arroz en dos porciones.

“¿Has comido ya, chico?”.

“No, Señor, no he comido todavía”.

“Bien, compartamos esto”.

Siddhartha dio a Svasti la mitad del arroz; el chico juntó sus manos en agradecimiento, pero lo rehusó. Sacó su humilde porción y dijo, “yo también he traído algo”.

Desenvolvió su hoja de plátano revelando unos ásperos granos de arroz integral, muy distintos a los suaves granos de arroz blanco sobre la hoja de Siddhartha. Sonrió a los dos niños y dijo: “¿Juntamos todo el arroz y lo compartimos?”.

Tomó la mitad del arroz blanco rebozado en sésamo salado y se lo pasó a Svas— ti. Después, partió en dos la bola de arroz de Svasti y empezó a comérsela con evidente deleite. Svasti se sentía incómodo pero, al ver la

naturalidad de Siddhartha, empezó a comer también.

“Tu arroz es tan fragante, Señor”.

“Lo ha traído Sujata”, respondió Siddhartha.

“Así que su nombre es Sujata”, pensó Svasti. Parecía un poco mayor que él, quizá uno o dos años. Sus grandes ojos negros brillaban. Svasti paró de comer y dijo, “te he visto alguna vez en el camino del pueblo, pero no sabía que tu nombre fuera Sujata”.

“Sí, soy la hija del jefe del pueblo de Uruvela. Tu nombre es Svasti, ¿verdad? El Maestro Siddhartha estaba justo hablándome de ti”, dijo, añadiendo amablemente, “Svasti, es más correcto llamar a un monje ‘maestro’ que

‘señor’”.

El chico asintió.

Siddhartha sonrió. “Bien, niños, ¿por qué como en silencio? Estos granos de arroz y este sésamo son muy valiosos. Me gusta comer en silencio para poder apreciarlos plenamente. Sujata, ¿alguna vez has tenido oportunidad de comer arroz integral? Aunque ya lo hayas probado, toma por favor un poco del arroz de Svasti. Es delicioso. Ahora, comamos juntos en silencio y, cuando hayamos acabado, os contaré una historia”.

Siddhartha separó una porción de arroz integral y se la pasó a Sujata. Ella juntó las manos como un loto y la aceptó respetuosamente. Los tres comieron en

silencio, en la profunda calma del bosque.

Cuando acabaron de comer, Sujata recogió las hojas de plátano. Tomó un cántaro de agua fresca que tenía a su lado y vertió un poco en la única taza que había traído. Levantó la taza para ofrecer agua a Siddhartha que la cogió con ambas manos y se la ofreció a Svasti. Confundido, Svasti dijo bruscamente, “por favor, Señor, quiero decir, Maestro, por favor, beba primero”.

Siddhartha respondió con voz suave: “Tú primero, chico. Quiero que seas el primero en beber”. De nuevo levantó la taza y se la ofreció.

Svasti se sentía confuso, pero no

supo cómo rehusarían insólito honor. Juntó sus manos en señal de agradecimiento y tomó la taza. Se bebió el agua de un trago y devolvió la taza a Siddhartha, quien pidió a Sujata que la llenara de nuevo. Después, se la acercó a los labios y bebió lentamente, sorbo a sorbo, con respeto y profundo placer. Durante este intercambio, los ojos de Sujata no se separaron de Siddhartha y Svasti. Cuando acabó de beber, le pidió a Sujata que sirviera una tercera taza. Esta vez se la ofreció a ella. Sujata dejó el cántaro de agua, juntó sus manos y la aceptó. Se la acercó a los labios y bebió a pequeños sorbos, lentamente, tal como había hecho Siddhartha. Era la primera vez que bebía de la misma taza que un

intocable. Pero Siddhartha era su Maestro y, si él lo había hecho, ¿por qué no iba a hacerlo ella? Además, no tenía ninguna sensación de contaminación. Espontáneamente, estiró el brazo y tocó el cabello del cuidador de búfalos. Fue tal la sorpresa, que Svasti no tuvo tiempo de apartarse. Después, Sujata acabó de beber. Dejó la taza vacía en el suelo y sonrió a sus dos compañeros.



*Siddhartha, Svasti y
Sujata
compartieron el almuerzo
comiendo con plena
conciencia.*

Siddhartha asintió. “Vosotros, niños, lo habéis entendido. La gente no nace con casta. Las lágrimas de todas las personas son saladas y su sangre es roja. No es correcto dividir las en castas y crear prejuicios y división entre ellas. Lo he visto muy claro en mi meditación”.

Sujata parecía pensativa y habló, “nosotros somos tus discípulos y creemos en tu enseñanza. Pero no parece haber en el mundo otra persona como tú.

Todos los demás creen que los sudras y los intocables surgieron de los pies del Creador. Hasta las escrituras lo dicen. Nadie se atreve a pensar de otro modo”.

“Sí, lo sé. Pero la verdad es la verdad tanto si alguien cree en ella como si no. Aunque un millón de personas crea en una mentira, sigue siendo una mentira. Hay que tener un gran coraje para vivir de acuerdo con la verdad. Dejad que os cuente una historia de cuando era niño”.

“Un día, tenía nueve años y paseaba solo por el jardín cuando, de repente, del cielo, cayó un cisne que se retorció de dolor en el suelo. Corrí a cogerlo, y descubrí que una flecha le había atravesado un ala. Agarré

firmemente la flecha con la mano y la extraje de un tirón. El ave gritó mientras, de su herida, brotaba sangre. Presioné con mi dedo para detener la hemorragia y llevé al cisne al interior del palacio en busca de la princesa Sundari, la dama de honor, quien se dispuso a preparar una cataplasma con hojas medicinales para curar la herida. El cisne tiritaba, así que me quité la chaqueta y le arropé. Después lo puse cerca de la chimenea real”.

Siddhartha se detuvo un momento para mirar a Svasti. “Svasti, no te lo he dicho todavía pero, de joven, yo era un príncipe, el hijo del rey Suddhodana, en la ciudad de Kapilavatthu. Sujata ya lo sabe. Estaba a punto de ir en busca de un

poco de arroz para el cisne cuando mi primo de ocho años, Devadatta, irrumpió en la habitación. Llevaba consigo su arco y sus flechas y preguntó agitadamente, ‘Siddhartha, ¿has visto caer un cisne blanco por aquí?’”.

Antes de que pudiera responder, Devadatta vio al cisne descansando cerca del hogar. Corrió hacia él, pero yo le detuve.

“No lo toques”.

“Mi primo protestó, ‘este cisne es mío. Mi flecha lo ha alcanzado’”.

“Permanecí entre Devadatta y el cisne, decidido a no dejar que lo cogiera, Le dije, este ave está herida. La estoy protegiendo. Necesita quedarse aquí”.

“Devadatta era muy terco y poco dispuesto a ceder. Dijo, ‘escucha, primo, cuando el pájaro volaba por el cielo, no pertenecía a nadie. Puesto que yo lo he derribado, me pertenece legítimamente’”.

“Su argumento parecía lógico, pero sus palabras me hicieron enfadar. Sabía que había un error en el razonamiento pero no lograba dar con él. Así que permanecí ahí, mudo, sintiéndome cada vez peor. Entonces, vi un modo de responderle”.

“‘Escucha, primo’, le dije, ‘los que se quieren viven juntos y los enemigos viven separados. Trataste de malar al cisne, luego tú y él sois enemigos. El ave no puede vivir contigo. Yo le he

salvado, vendado su herida, dado calor y estaba a punto de ir a buscarle comida cuando has llegado. El cisne y yo nos queremos y podemos vivir juntos. Él me necesita a mí y no a ti””.

Sujata aplaudió, “¡es cierto!, ¡tenías razón!”.

Siddhartha miró a Svasti: “¿Y qué piensas tú, hijo, de mi argumento?”.

Svasti reflexionó y respondió lentamente, “creo que tenías razón. Pero no muchos estarían de acuerdo contigo. La mayoría de la gente apoyaría a Devadatta”.

Siddhartha asintió. “Estoy de acuerdo. La mayoría de la gente comparte el punto de vista de Devadatta”.

“Dejad que os cuente lo que sucedió a continuación. Como no conseguíamos llegar a un acuerdo, decidimos exponer el asunto a los adultos. Ese día había una reunión del gobierno en el palacio, así que nos dirigimos a toda prisa al salón de justicia donde estaban reunidos. Yo sostenía el cisne y Devadatta, el arco y las flechas. Planteamos nuestro problema a los ministros y les pedimos que dieran su veredicto. Los asuntos de Estado se paralizaron mientras los hombres escuchaban, primero a Devadatta y después a mí. Discutieron largo y tendido sobre el asunto, pero eran incapaces de llegar a un acuerdo. La mayoría parecía inclinarse por

Devadatta cuando mi padre, el rey, de repente, se aclaró la garganta y tosió varias veces. Todos los ministros, de pronto, callaron y —decidme si no es extraño—, de mutuo acuerdo, decidieron que mi argumento era correcto y que el ave me pertenecía. Devadatta estaba enfurecido pero, evidentemente, no tenía nada que hacer.

Tenía el cisne, pero no estaba del todo contento. Aunque aún era pequeño, sabía que mi victoria había sido menos que honorable. Me dieron el ave porque los ministros querían complacer a mi padre, no porque vieran la verdad en mis palabras”.

“Es triste”, dijo Sujata frunciendo el ceño.

“Sí, fue triste. Pero, al pensar en el cisne y ver que estaba a salvo, me consolé. De otro modo, hubiera acabado en la olla”.

“En este mundo, son pocos los que miran con los ojos de la compasión; por ello somos crueles y despiadados unos con otros. Los débiles son siempre oprimidos por los fuertes. Todavía sigo pensando que mi razonamiento de aquel día era correcto, pues surgió del amor y la comprensión. El amor y la comprensión pueden aliviar el sufrimiento de todos los seres. La verdad es la verdad, tanto si es aceptada por la mayoría como si no. Por eso, niños, os digo que se necesita gran coraje para defender y proteger lo que

es correcto”.

“¿Qué fue del cisne, Maestro?, preguntó Sujata”.

“Durante cuatro días cuidé de él. Cuando vi que su herida había sanado, lo solté tras aconsejarle que volara muy lejos para que ninguna flecha pudiera alcanzarle de nuevo”.

Siddhartha miró a los dos niños. Sus rostros estaban serenos y serios. “Sujata, tienes que regresar a tu casa antes de que tu madre empiece a preocuparse. Svasti, ¿no es hora de que vuelvas con tus búfalos y cortes más hierba? El haz de hierba *kusa* que me ofreciste ayer ha sido un perfecto cojín de meditación. Ayer noche y esta mañana me he estado sentado en él y mi

meditación ha sido muy apacible. He visto muchas cosas claras. Me has ayudado mucho, Svasti. A medida que mi comprensión se haga más profunda, compartiré el fruto de mi contemplación con vosotros. Ahora, continuaré sentado”.

Svasti miró la hierba que Siddhartha había transformado en cojín. Aunque compacta, sabía que estaba todavía fragante y blanda. Traería a su maestro un haz cada tres días para que se hiciera un nuevo cojín. Svasti se levantó y, con Sujata, juntó sus manos y se inclinó ante Siddhartha. Sujata se dirigió hacia su casa y Svasti condujo a sus búfalos a pastar más allá, junto a la ribera del río.

Capítulo cinco

UN CUENCO DE LECHE



SVASTI iba todos los días al bosque a visitar a Siddhartha. Si para el mediodía podía cortar dos haces de hierba, almorzaba con él. Pero, según avanzaba la estación seca y la hierba fresca escaseaba, no podía visitar a su amigo y maestro hasta el atardecer. A veces, Svasti llegaba cuando Siddhartha estaba sentado en meditación. Se sentaba un momento en silencio. Luego, abandonaba el bosque para no perturbar

su meditación. No obstante, cuando llegaba y encontraba a Siddhartha andando lentamente por el camino del bosque, se unía a él compartiendo, a veces, simples conversaciones. Svasti también coincidía frecuentemente con Sujata porque, cada día, ésta le llevaba a Siddhartha una bola de arroz condimentada con sésamo salado, cacahuets o un poco de curry; también leche, gachas de arroz o azúcar candi. Los niños conversaban a menudo a las afueras del bosque, mientras los búfalos pacían. A veces, Sujata iba acompañada de su amiga Supriya, una joven de la edad de Svasti. Svasti quería llevar a sus hermanos para que conocieran a Siddhartha. Estaba convencido de que

no tendrían dificultad en vadear el río por el punto menos profundo.

La niña le contó a Svasti cómo había conocido a Siddhartha hacía unos meses. Desde entonces, todos los días le había traído comida alrededor de las doce de la mañana. Sujata, a instancias de su madre, se había puesto un sari nuevo de color rosa y llevaba una bandeja con leche, cuajada y miel al bosque, para ofrecérsela a los dioses del lugar.

Brillaba el sol del mediodía. Al aproximarse al río, vio a un hombre en el suelo, inconsciente. Dejó la bandeja y corrió hacia él. Apenas respiraba y sus ojos estaban cerrados. Sus mejillas hundidas le daban el aspecto de alguien

que no ha comido durante mucho tiempo. Por su cabello largo, su enredada barba y su ropa harapienta, Sujata supo que era un asceta de las montañas. Debía de haberse desmayado de hambre. Sin vacilar, sirvió una taza de leche y la acercó con mucho cuidado a los labios del desfallecido, derramando sobre ellos unas pocas gotas. Al principio no hubo respuesta pero, después, sus labios temblaron y se entreabrieron ligeramente. Sujata vertió lentamente la leche en la boca del asceta. Éste empezó a beber y, al poco rato, había vaciado la taza.



*“Hija, sírveme, por favor,
un poco más de leche”.*

Sujata se sentó a la orilla del río y esperó a que el hombre recobrara la conciencia. El asceta se incorporó lentamente y abrió los ojos. Al ver a Sujata, sonrió. Se cubrió el hombro con el extremo de su hábito y dobló las piernas en la posición del loto. Empezó a respirar, primero superficialmente y luego de manera más profunda. Su postura era estable y bella. Pensando que se trataba de un dios de la montaña, Sujata juntó las manos y empezó a postrarse ante él pero el hombre le indicó que se detuviera. Se sentó. El asceta le dijo con voz suave: “Hija, sírreme, por favor, un poco más de leche”.

Feliz de oírle hablar, Sujata sirvió

otra taza de leche y el asceta se la bebió entera. Sintió lo nutritiva que era. Apenas una hora antes, pensó que iba a exhalar su último suspiro. Ahora, sus ojos brillaban y sonreía bondadosamente. Sujata le preguntó por qué se había desmayado en el camino.

“He estado practicando la meditación en las montañas. La disciplina ascética rigurosa ha debilitado mi cuerpo y hoy había decidido bajar al pueblo para mendigar algo de comida pero he agotado mis fuerzas viniendo hasta aquí. Gracias a ti estoy vivo”.

Se sentaron en la orilla del río y el monje le contó a la niña que su nombre era Siddhartha y que era hijo de un rey

que gobernaba en el país del clan Sakya. Sujata escuchaba atentamente mientras Siddhartha le decía: “He comprendido que abusar del cuerpo no es útil en la búsqueda de la paz y la comprensión. El cuerpo no es sólo un instrumento, es el templo del espíritu, la balsa con la que cruzamos a la otra orilla. No volveré a practicar la mortificación. Iré al pueblo todas las mañanas para mendigar comida”.

Sujata juntó las manos. “Honorable ermitaño, si me lo permites, yo te traeré comida todos los días. No necesitas interrumpir tu práctica de meditación. Mi casa no está lejos y sé que mis padres se alegrarán”.

Siddhartha permaneció un momento

en silencio. Después respondió: “Acepto con alegría tu ofrecimiento. Pero también me gustaría ir de vez en cuando al pueblo a mendigar para conocer a los lugareños. Y desearía, asimismo, conocer a tus padres y a otros niños”.

Sujata estaba muy contenta. Juntó las palmas de las manos y se inclinó en muestra de agradecimiento. La idea de que Siddhartha visitara su hogar y conociera a sus padres era maravillosa. Además sabía que, llevarle comida todos los días, no sería difícil ya que su familia era una de las más ricas del pueblo. Pero no se lo dijo. Intuía que ese monje era importante y que ofrecerle comida era más beneficioso que hacer

una docena de ofrecimientos a los dioses del bosque. Si la meditación de Siddhartha avanzaba —pensó— su amor y comprensión podrían aliviar mucho sufrimiento en el mundo. Siddhartha señaló la montaña de Dangsiri, donde había vivido en las cuevas. “A partir de hoy, no volveré. El bosque es apacible y refrescante, y hay un magnífico árbol *pippala* que convertiré en el lugar de mi práctica. Mañana, cuando vengas con el ofrecimiento de comida, llévalo por favor allí. Ven, te enseñaré el lugar”.

Siddhartha cruzó el río con Sujata hasta el fresco bosque que bordeaba la otra orilla del Naranjara y le mostró el árbol donde meditaría. Tras admirar su enorme tronco, Sujata alzó la vista para

observar las frondosas ramas que se extendían hacia afuera, como un inmenso dosel. Era un *figus religiosa*, una especie de higuera tropical típica de la India, con hojas en forma de corazón y un rabo largo y puntiagudo. Las hojas eran del tamaño de la mano de la niña. Sujata escuchó el alegre gorjeo de los pájaros entre las ramas. Era realmente un lugar apacible y refrescante. De hecho, ya había estado allí con sus padres para hacer ofrecimientos de comida a los dioses del bosque.

“Así que éste es tu nuevo hogar”. Sujata miró a Siddhartha con sus redondos ojos negros. “Vendré a visitarte todos los días”.

Siddhartha asintió. Le acompañó

hasta las afueras del bosque y se despidió de ella a la orilla del río. Después, regresó al árbol *pippala*.

A partir de aquel día, Sujata llevó arroz o chapatis para ofrecer al monje justo antes de que el sol proyectara sombras. A veces, leche o cuajada. De vez en cuando, Siddhartha cogía su cuenco de mendicante y se iba al pueblo. Conoció al padre de Sujata, el jefe, y a su madre, que vestía un bonito sari amarillo. Sujata le presentó a otros niños del vecindario y le llevó al barbero para que le afeitara la barba y el cabello. Siddhartha recobró rápidamente la salud y le comentó a Sujata que su práctica de meditación estaba empezando a dar fruto. Y llegó el

día en que Sujata conoció a Svasti.

Aquel día, Sujata había ido más temprano. La víspera, Siddhartha le había hablado de su encuentro con él; ella le había dicho que deseaba conocerle personalmente cuando apareciera. Después, cada vez que se encontraban, nunca se olvidaba de preguntarle por su familia. Ella y su sirvienta Purna fueron varias veces a visitar la choza de Svasti. Purna empezó a trabajar en casa de Sujata cuando Radha, su predecesora, murió de fiebre tifoidea. Sujata llevaba ropa usada en perfecto estado para ofrecer a la familia de Svasti y, ante el asombro de Purna, cogía en brazos a Bhima. Después, le advertía a Purna que no dijera a sus

padres que había tenido en sus brazos a un intocable.

Un día, los niños decidieron visitar a Siddhartha. Acudió toda la familia de Svasti. Sujata trajo a sus amigas Balagupta, Vijayasena, Ulluvillike y Jatilika e invitó también a su primo Nandabala, de dieciséis años, que trajo a sus hermanos pequeños, Nalaka, de catorce, y Subash, de nueve. Los once niños se sentaron en semicírculo alrededor de Siddhartha y comieron en silencio. Svasti había instruido previamente a Bala y a Rupak sobre cómo comer con apacible dignidad. Incluso la pequeña Bhima, sentada en el regazo de Svasti, comió sin hacer ruido, con los ojos abiertos como platos.

Svasti trajo un nuevo haz de hierba fresca para Siddhartha. Había pedido a Gavampati, un chico que también cuidaba búfalos, que vigilara los del Señor Rambhul para, así, poder comer con Siddhartha. En el campo el sol ardía pero, en el interior del bosque, Siddhartha y los niños estaban al fresco, a la sombra del árbol *pippala*. Sus frondosas ramas abarcaban un área superior a la de una docena de casas. Los niños compartieron su comida con los demás y Rupak y Bala, especialmente, disfrutaron del chapati con curry y del fragante arroz con cacahuets y sésamo salado. Sujata y Balagupta trajeron agua suficiente para que bebiera todo el mundo. El corazón

de Svasti desbordaba felicidad. El ambiente era apacible y sereno y, al mismo tiempo, rebosaba alegría. Aquel día, a petición de Sujata, Siddhartha relató la historia de su vida. Los niños le escucharon embelesados de principio a fin.

Capítulo seis

BAJO EL YAMBO



CUANDO tenía nueve años, a Siddhartha le contaron el sueño que tuvo su madre antes de que él naciera. Un magnífico elefante blanco, con seis colmillos, había descendido de los cielos rodeado por un coro de beatíficas alabanzas. El elefante, de una piel blanca como una montaña nevada, se acercó a la reina. Portaba en su trompa una flor de loto, de color rosa brillante, que colocó en el interior del cuerpo de

la futura madre, penetrando después él mismo sin dificultad. La reina se sintió inmediatamente invadida por una tranquilidad y una alegría profundas. Percibía que no padecería jamás ningún tipo de sufrimiento, preocupación o dolor y se despertó impregnada de una sensación de gozo puro. La etérea música del sueño resonaba todavía en sus oídos cuando se levantó del lecho. Le contó el sueño a su marido, el rey, quien, al oírlo, quedó igualmente maravillado. Aquella mañana, el monarca hizo llamar a todos los hombres santos de la capital para que interpretaran el sueño de su esposa.

Tras escuchar atentamente el sueño, los hombres santos respondieron:

“Majestad, la reina dará a luz a un hijo cuyo destino es el de un gran dirigente. Será un poderoso emperador que gobernará en las cuatro direcciones o bien un gran maestro que mostrará el camino de la verdad a todos los seres del cielo y de la tierra. Nuestro país, Majestad, llevaba mucho tiempo esperando que apareciera un ser de tal grandeza”.

El rey Suddhodana resplandeció. Después de consultar a la reina, ordenó que las provisiones de los almacenes reales fueran distribuidas entre los enfermos y los desafortunados por todo el país. De este modo, los habitantes del reino Sakya compartieron el júbilo del rey y la reina con la noticia del futuro

hijo.

La madre de Siddhartha se llamaba Mahamaya. Era una mujer de gran virtud, cuyo amor abarcaba a todos los seres —personas, animales y plantas—. En aquellos tiempos, era costumbre que la esposa regresara a casa de sus padres para dar a luz. Mahamaya era del país de Koliya, así que partió hacia Ramagama, la capital. En el camino, se detuvo a descansar en los jardines de Lumbini. El bosque estaba repleto de flores y el canto de los pájaros resonaba por doquier. Los pavos reales desplegaban sus espléndidas colas a la luz de la mañana. La reina vio un árbol *ashok* en flor y, prendada de su belleza, se acercó. De pronto, sintiéndose

desfallecer, se agarró a una de sus ramas para no caerse. Un minuto después, todavía sujeta a la rama, la reina Mahamaya dio a luz a un precioso niño.

El príncipe fue bañado en agua fresca por las damas de compañía de Mahamaya y envuelto en seda amarilla. Como ya no había necesidad de ir a Ramagama, la reina y el recién nacido fueron conducidos de vuelta a su hogar, en un carruaje tirado por cuatro caballos. Cuando llegaron al palacio, el bebé fue bañado de nuevo en agua tibia y acomodado al lado de su madre.

El rey Suddhodana, al oír la noticia, fue inmediatamente a ver a su mujer y a su hijo. Su alegría era infinita. Sus ojos centelleaban y puso al príncipe

el nombre de “Siddhartha”, “El que logra su propósito”. Todo el mundo en el palacio se regocijó y, uno por uno, fueron a dar la enhorabuena a la reina. El rey convocó sin pérdida de tiempo a los adivinos para que le hablaran del futuro de Siddhartha. Tras examinar las características del bebé, los sabios acordaron unánimemente que el niño tenía las marcas de un gran dirigente y que, definitivamente, gobernaría un poderoso reino que se extendería en las cuatro direcciones.

Una semana después, un hombre santo, llamado Asita Kaladevala, visitó el palacio. Su espalda estaba curvada por los años y necesitaba un bastón para descender de la montaña en la que vivía.

Cuando los guardias anunciaron su llegada, el rey Suddhodana en persona salió a recibirle y le acompañó al interior para que examinara al príncipe recién nacido. El hombre santo miró fijamente al niño durante mucho rato sin decir palabra. Después empezó a llorar; su cuerpo, soportado por el bastón, temblaba. Las lágrimas salían de sus ojos a borbotones.

El rey Suddhodana, alarmado, le preguntó, “¿qué ocurre? ¿Acaso presientes algún infortunio para mi hijo?”.

El maestro Asita se enjugó las lágrimas con las manos y meneó la cabeza. “Majestad, no percibo en tu hijo ningún infortunio. Lloro por mí, ya que

puedo ver claramente que este niño posee verdadera grandeza y que penetrará en todos los misterios del universo. Majestad, tu hijo no será un político, sino un gran maestro del camino. El cielo y la tierra serán su hogar y todos los seres, sus familiares. Lloro porque moriré sin la oportunidad de oír su voz proclamando las verdades que llegará a comprender. Majestad, tú y tu país poseéis gran mérito al haber dado a luz a este niño”.

Asita se dispuso a partir. El rey le rogó que se quedara, pero de nada sirvieron sus palabras. El anciano emprendió el camino de regreso a la montaña. La visita del maestro Asita dejó al rey en un estado de gran frenesí.

No quería que su hijo fuera monje. Deseaba que asumiera el trono y que extendiera las fronteras de su reino. El rey pensó, “Asita es sólo uno entre cientos, entre miles de hombres santos. Quizá su profecía esté equivocada. Sin duda, los otros hombres santos que han asegurado que Siddhartha llegará a ser un gran emperador estén en lo cierto”. Y, aferrándose a esa esperanza, se consoló.

La reina Mahamaya falleció ocho días después del parto. Todo el reino la lloró. El rey Suddhodana hizo llamar a Mahapajapati, la hermana de la difunta, y le rogó que aceptara ser la nueva reina. Mahapajapati, conocida también como Gotami, aceptó de buen grado y cuidó de Siddhartha como si fuera su

propio hijo. El niño al crecer y preguntar por su verdadera madre, comprendió lo mucho que Gotami había querido a su hermana y que ella, más que nadie en el mundo, podía amarle tanto como su propia madre. Al cuidado de Gotami, Siddhartha creció fuerte y sano.



*La alegría del rey
Suddhodana era infinita
cuando entró,
apresurado, a ver a su
mujer y a su hijo recién
nacido.*

Un día, Gotami estaba observando a Siddhartha mientras jugaba; pensó que el niño ya tenía edad para lucir oro y joyas preciosas y ordenó a sus damas de compañía que trajeran unas cuantas alhajas para probárselas. Pero ninguna de las joyas le hacía más bello de lo que ya era. Y, puesto que el príncipe se sentía incómodo con tales objetos, Gotami dispuso que las alhajas volvieran a guardarse en sus estuches.

Cuando Siddhartha alcanzó la edad escolar, estudió literatura, escritura, música y atletismo con los demás príncipes de la dinastía Sakya. Entre los compañeros de clase, se encontraban sus primos Devadatta y Kimbila así como el hijo de un dignatario del palacio, un chico llamado Kaludayi. Naturalmente inteligente, Siddhartha aprendía las lecciones con gran rapidez. Su maestro Visvamitta solía decir que el joven Devadatta era un alumno brillante pero que, en toda su carrera de profesor, nunca había tenido un estudiante tan admirable como Siddhartha.

Un día, a los nueve años, Siddhartha y sus compañeros de clase obtuvieron autorización para asistir al

ritual del primer cultivo de la estación. La propia Gotami vistió a Siddhartha desde la cabeza hasta las elegantes pantuflas. El rey Suddhodana, ataviado con sus galas reales, presidía la ceremonia. La alta jerarquía de hombres santos y brahmanes desfilaron con ropajes y tocados de todos los colores imaginables. La ceremonia tenía lugar cerca de los mejores campos del reino, no lejos del palacio. Banderas y estandartes ondeaban en cada puerta de la ciudad y a ambos lados de las calles. Un despliegue multicolor de comida y bebida abarrotaba los altares a lo largo de las calles. Trovadores y músicos se paseaban entre la multitud, aportando alegría y risas a la bulliciosa festividad.

Los hombres santos cantaban solemnemente, mientras el padre de Siddhartha y los dignatarios de la corte permanecían de pie, contemplando el desarrollo del ritual. Siddhartha se hallaba más atrás, con Devadatta y Kaludayi a ambos lados. Los niños estaban muy contentos porque les habían dicho que, cuando terminaran los rituales, todo el mundo podría disfrutar de una gran fiesta campestre en la herbosa pradera. Siddhartha no tenía muchas oportunidades de salir a comer al campo, así que estaba entusiasmado. Pero los hombres santos cantaban y cantaban sin cesar, como si no fueran a acabar nunca, y los chicos empezaron a impacientarse. Incapaces de soportar

aquello un segundo más, partieron en dirección de la música y los bailes. Kaludayi iba agarrado a la manga de Siddhartha. El sol ardía y los trajes de los actores se humedecían con la transpiración. Gotas de sudor brillaban en la frente de las bailarinas. Después de vagar de un lado a otro por las diversas atracciones, Siddhartha se sintió también acalorado y dejó a sus amigos para buscar la sombra de un *yambo*, junto al camino; bajo sus frescas ramas, Siddhartha se sintió reanimado. En ese momento apareció Gotami y, al ver a su hijo, exclamó, “¡te he estado buscando por todas partes! ¿Dónde te habías metido? Tienes que volver para presenciar la conclusión de la

ceremonia. A tu padre le gustará”.

“Madre, la ceremonia es demasiado larga. ¿Por qué tienen que cantar tanto rato los hombres santos?”.

“Están recitando los Vedas, hijo mío. Las escrituras tienen un profundo significado que el Creador transmitió a los brahmanes hace innumerables generaciones. Pronto las estudiarás”.

“¿Por qué no recita padre las escrituras, en lugar de hacerlo los brahmanes?”. “Sólo los que han nacido en la casta de los brahmanes pueden recitar las escrituras, hijo mío. Incluso los reyes, dotados de gran poder, dependen de ellos para los servicios sacerdotales”.

Siddhartha reflexionó sobre las

palabras de Gotami. Tras una larga pausa, juntó las palmas de las manos y dijo: “Por favor, madre, pregúntale a padre si puedo quedarme aquí. Me siento feliz, sentado bajo este árbol”.

Cediendo bondadosamente a la súplica de su hijo, Gotami sonrió y dio su consentimiento. Acarició el cabello de Siddhartha y se fue camino abajo.

Finalmente, los brahmanes terminaron sus oraciones. El rey Suddhodana descendió a los campos y, acompañado por dos oficiales militares, aró el primer surco de la temporada, mientras los vítores resonaban entre la multitud. A continuación, los labradores siguieron el ejemplo del rey y empezaron a arar sus campos. Al oír las

aclamaciones del gentío, Siddhartha corrió hacia allí. Vio a un búfalo esforzarse por tirar de un pesado arado, seguido de un robusto labrador, cuya piel estaba quemada por las muchas horas de faena bajo el sol. Su mano izquierda sostenía el arado, mientras que la derecha esgrimía un látigo para hacer avanzar al búfalo. El sol ardía y el sudor de aquel hombre brotaba a chorros de su cuerpo. La rica tierra quedó dividida en dos limpios surcos. Siddhartha advirtió que, al remover la tierra, el arado cortaba asimismo los cuerpos de los gusanos y de otras pequeñas criaturas. Mientras los gusanos se retorcían en el suelo, los pájaros bajaban en picado y los atrapaban. Después, Siddhartha vio

un ave grande que se abatía sobre una más pequeña y la apresaba entre sus garras.

Profundamente absorto en tales sucesos y de pie bajo el sol abrasador, el príncipe se empapó de sudor. Corrió de nuevo hacia la sombra del *yambo*. Acababa de presenciar muchas cosas extrañas y desconocidas para él. Se sentó con las piernas cruzadas y cerró los ojos para reflexionar sobre lo que había visto. Sereno y erguido, permaneció sentado un buen rato, ajeno a los cantos, las danzas y la fiesta al aire libre, absorto en las imágenes del campo y de las numerosas criaturas. Algo más tarde, cuando el rey y la reina pasaban por allí, descubrieron a Siddhartha

todavía sentado, en profunda concentración. Gotami se emocionó al ver al príncipe bello como una estatua, pequeña e inmóvil. Pero el rey Suddhodana quedó paralizado por un repentino temor. Si su hijo era capaz de sentarse tan solemnemente a una edad tan temprana, ¿acaso no sería cierta la profecía del santo Asita? Demasiado turbado como para permanecer en la fiesta campestre, el rey regresó solo al palacio en su carruaje real.

Unos niños pobres, hijos de campesinos, pasaron por el lugar, hablando y riendo alegremente. Gotami les indicó que se callaran, señalando al príncipe sentado bajo el *yambo*. Curiosos, los niños le miraron fijamente.

De repente, Siddhartha abrió los ojos y, al ver a la reina, sonrió.

“Madre”, dijo el príncipe: “Recitar las escrituras no beneficia de ningún modo a los gusanos ni a los pájaros”.

Siddhartha se levantó, corrió hacia Gotami y la tomó de la mano. Fue entonces cuando vio a los niños. Tenían, más o menos, su edad, pero su ropa estaba hecha jirones, sus caras sucias y sus brazos y piernas lastimosamente delgados. Consciente de su atavío principesco, Siddhartha se sintió avergonzado pero también con muchas ganas de jugar con ellos. Sonrió y saludó indecisamente con la mano y un niño le devolvió la sonrisa. Ese era todo el estímulo que Siddhartha necesitaba.

Le pidió permiso a su madre para invitarles a la fiesta campestre. Al principio, Gotami dudó pero después asintió con la cabeza.

Capítulo siete

UN ELEFANTE BLANCO PARA EL VENCEDOR



LA reina Gotami tuvo un hijo, Nanda, cuando Siddhartha tenía catorce años. Todos en el palacio se regocijaron, incluido Siddhartha, feliz de tener un hermano menor. Todos los días, después de clase, corría a casa para verle. Aunque Siddhartha ya tenía edad como para interesarse por otras cuestiones, a menudo se llevaba al pequeño a pasear, en compañía de Devadatta.

Siddhartha tenía otros tres primos a los que quería mucho. Se llamaban Mahanama, Baddhiya y Kimbila. Siddhartha les invitaba con frecuencia a jugar con él en los jardines florales, detrás del palacio. La reina Gotami disfrutaba viéndoles jugar, sentada en el banco de madera, junto al estanque de lotos. Su fiel sirvienta estaba siempre dispuesta a llevar bebidas y algún refrigerio para los niños en el momento en que la reina así lo dispusiera.

Con el paso del tiempo, Siddhartha era cada día más y más hábil en sus estudios, y Devadatta tenía que esforzarse para disimular su envidia. Siddhartha dominaba fácilmente todas las materias, incluidas las artes

marciales. Aunque Devadatta era más fuerte, Siddhartha era más ágil y más despierto. En matemáticas, los otros chicos se rendían ante la brillantez de Siddhartha. Arjuna, su profesor, se pasaba horas respondiendo a sus avanzadas preguntas.

Siddhartha estaba especialmente dotado para la música. Su profesor le había regalado una flauta rara y valiosa y, en los atardeceres del verano, solía sentarse en el jardín, a solas, para tocar el nuevo instrumento.

Unas veces, su música era dulce y suave, y otras, tan sublime que los oyentes se sentían transportados más allá de las nubes. Al atardecer, Gotami se sentaba fuera para escuchar la música

de su hijo. Sentía una satisfacción profunda cuando su corazón se dejaba llevar por el sonido de la flauta.

Como correspondía a su edad, Siddhartha dedicaba ahora más tiempo a sus estudios religiosos y filosóficos. Fue instruido en los Vedas y reflexionó sobre el significado de las enseñanzas y creencias que en ellos se exponían, especialmente, los de las escrituras *Rigveda* y *Atharveda*. Desde pequeño, Siddhartha había visto a los brahmanes recitar las escrituras y efectuar rituales. Ahora, era él quien empezaba a profundizar en las sagradas enseñanzas. Se daba gran importancia a los escritos sagrados del Brahmanismo, cuyas palabras y sonidos se consideraban

dotados de gran poder para influir, e incluso provocar cambios, en la vida de los seres humanos y del mundo natural. Las posiciones de las estrellas y el desarrollo de las estaciones estaban íntimamente enlazados con las oraciones y los ofrecimientos rituales. Los brahmanes eran los únicos a los que se consideraba capaces de comprender los misterios ocultos del cielo y de la tierra, y sólo ellos podían emplear la oración y el ritual para traer el orden apropiado al reino de los humanos y a la naturaleza.

Siddhartha aprendió asimismo que el cosmos había surgido de un ser supremo conocido como Purusa o Brahma, y que las castas en la sociedad provenían de diversos lugares de su

cuerpo. Cada persona contenía parte de la esencia del Creador trascendental, y esa esencia universal constituía la naturaleza básica o el alma de la persona.

Siddhartha también estudió seriamente los otros textos brahmánicos, incluyendo los *Brahmanas* y los *Upanishads*. Los maestros se limitaban a enseñar a sus discípulos las creencias tradicionales, pero Siddhartha y sus compañeros insistían en hacer preguntas que les obligaban a abordar ideas contemporáneas que no siempre parecían estar en concordancia con la tradición.

Los días que no tenían clase, Siddhartha persuadía a los chicos a que

visitaran a los sacerdotes y brahmanes más conocidos de la capital, para discutir con ellos esas cuestiones. Gracias a tales encuentros, Siddhartha supo que existían varios movimientos en el país que cuestionaban abiertamente la autoridad absoluta de los brahmanes. Los miembros de dichos movimientos no eran sólo laicos descontentos, deseosos de compartir algo del poder que durante mucho tiempo había pertenecido exclusivamente a la casta brahmana, sino que incluía también a reformistas pertenecientes a dicha casta.

Desde el día en que Siddhartha obtuvo permiso para invitar a aquellos niños pobres a la merienda campestre, pudo también visitar, de vez en cuando,

las aldeas que rodeaban la capital. En tales ocasiones, Siddhartha siempre tenía cuidado de vestir ropa sencilla. Hablando directamente con la gente, el príncipe aprendió muchas cosas que nunca le habían sido reveladas en el palacio. Sabía, evidentemente, que la gente servía y veneraba a las tres deidades del Brahmanismo —Brahma, Vishnu y Shiva—. Pero lo que no supo hasta entonces era que los sacerdotes brahmanes manipulaban y oprimían al pueblo. Si una familia deseaba llevar a cabo los rituales apropiados para los nacimientos, las bodas y los funerales, tenía que pagar a los brahmanes con comida, dinero y trabajo físico, por muy pobre que fuera.

Un día, al pasar por delante de una choza, Siddhartha se sobresaltó con los tristes lamentos procedentes del interior. Tras pedir a Devadatta que entrara a preguntar qué ocurría, se enteró de que el cabeza de familia había fallecido recientemente. La familia era extremadamente pobre. La mujer y los niños estaban patéticamente delgados y vestían ropas harapientas; y la casa parecía a punto de desmoronarse. Siddhartha supo que el marido había solicitado los servicios de un brahmán para purificar la tierra y reconstruir, después, la cocina. Pero antes de conceder sus servicios, el brahmán le había exigido que trabajara para él. Durante varios días, le hizo transportar

grandes piedras y cortar leña. Extenuado, el padre cayó enfermo. El brahman, entonces, le permitió regresar a su casa pero, a medio camino, se desplomó y murió.

Como resultado de mis propias reflexiones, Siddhartha empezó a poner en duda algunas de las enseñanzas fundamentales del Brahmanismo: que los Vedas habían sido entregados exclusivamente a la casta brahmana, que Brahma era el Supremo Gobernante del universo y que las oraciones y los rituales poseían por sí mismos un poder omnipotente. Siddhartha simpatizaba con aquellos sacerdotes y brahmanes que se atrevían a desafiar directamente estos dogmas. Su interés no decayó nunca y

jamás se perdió una clase o una discusión sobre los Vedas. También prosiguió con los estudios de lengua y de historia.

Siddhartha disfrutaba de la compañía de monjes y ermitaños con los que podía discutir pero, como su padre desaprobaba tales encuentros, tenía que buscar excusas para salir del palacio y poder entrevistarse con ellos. Esos monjes y ermitaños no estaban interesados en las posesiones materiales ni en la condición social, a diferencia de los brahmanes, que rivalizaban abiertamente por el poder. Ellos lo abandonaban todo con el fin de buscar la liberación y cortar con los lazos que les mantenían atados a las penas y las

preocupaciones del mundo. Eran hombres que habían estudiado y comprendido el significado de los Vedas y los Upanishads. Siddhartha sabía que muchos de ellos vivían en Kosala, el reino que lindaba por el oeste con el suyo, y en Magadha, situado al sur, y confiaba en que un día tendría la oportunidad de visitar tales regiones y estudiar seriamente con ellos.

Evidentemente, el rey Suddhodana era consciente de las aspiraciones de Siddhartha. Temía que su hijo pudiera dejar un día el palacio para hacerse monje y confió sus preocupaciones a su hermano menor, Dronodanaraja, el padre de Devadatta y de Ananda.

“Hace tiempo que el país de

Kosala tiene su mirada puesta en nuestro territorio. Tenemos que contar con jóvenes de talento, como Siddhartha y Devadatta, para proteger el destino de nuestro país. Tengo miedo de que Siddhartha decida hacerse monje, como profetizó el maestro Asita Kaladevela y, si eso ocurre, es muy probable que Devadatta siga sus pasos. ¿Sabes cuánto les gusta la compañía de los ermitaños?”.

Las palabras del rey dejaron perplejo a Dronodanaraja quien, tras reflexionar un momento, susurró al oído de su hermano, “si quieres saber mi opinión, creo que deberías encontrar una esposa para Siddhartha. Con una familia que le mantenga ocupado, abandonará

fácilmente su deseo de hacerse monje”. El rey Suddhodana estuvo de acuerdo.

Aquella noche, el rey confió sus preocupaciones a Gotami y la reina prometió encargarse de que Siddhartha se casara en un futuro próximo. A pesar de que recientemente había dado a luz a una niña, la princesa Sundari Nanda, Gotami no tardó en organizar una serie de encuentros para los jóvenes del reino consistentes en veladas musicales, competiciones de atletismo y viajes de estudios. Siddhartha participaba con entusiasmo en todos ellos y trabó amistad con muchos jóvenes, tanto hombres como mujeres.



*Siddhartha se clasificó
primero en todas las
pruebas.
Yasodhara le entregó el*

*premio, un elefante
blanco.*

El rey Suddhodana tenía una hermana menor, llamada Pamita, casada con el rey Dandapani de Koliya. La pareja mantenía residencias tanto en Ramagama, la capí tal de Koliya, como en Kapilavatthu. Los reinos de Sakya y Koliya estaban separados únicamente por el río Rohini y sus gentes habían mantenido estrechos lazos durante muchas generaciones. Las capitales se hallaban a un día de viaje de distancia. A petición de Gotami, el rey y la reina de Koliya organizaron una competición de artes marciales en el amplio terreno que bordeaba el lago Kunau. El rey

Suddhodana presidió personalmente el evento para animar a los jóvenes de su reino a desarrollar fuerza y destreza en el combate. Todos los jóvenes de la capital, chicos y chicas, estaban invitados. Las jóvenes no participaban en las competiciones atléticas, pero animaban a los chicos con sus elogios y aplausos. Yasodhara, la hija de la reina Pamita y del rey Dandapani, se encargó de dar la bienvenida a todos los invitados. Era una joven adorable y encantadora, de una belleza fresca y natural.

Siddhartha quedó primero en todas las pruebas, incluyendo tiro al arco, esgrima, equitación y halterofilia, y fue Yasodhara quien le hizo entrega del

premio, un elefante blanco. Con las palmas juntas, la cabeza ligeramente inclinada y una voz noble y serena, declaró, “Príncipe Siddhartha, acepta por favor este elefante blanco por tu bien merecida victoria. Y acepta también mi sincera enhorabuena”.

Los movimientos de la princesa eran graciosos y naturales y su manera de vestir, elegante y refinada. Su sonrisa era tan fresca como un loto entreabierto. Siddhartha se inclinó y, mirándola a los ojos, le dijo quedamente: “Gracias, princesa”.

Devadatta, que estaba detrás de Siddhartha, disgustado por haber quedado en segunda posición y porque Yasodhara ni siquiera le hubiera mirado,

agarró la trompa del elefante y le golpeó maliciosamente en un punto sensible. Vencido por el dolor, el elefante se dejó caer sobre sus rodillas.

Siddhartha miró severamente a Devadatta: “Primo, lo que has hecho es deshonroso”.

Siddhartha frotó el punto dolorido del elefante mientras le hablaba tiernamente. Poco a poco, el animal se puso de nuevo en pie e inclinó la cabeza ante el príncipe como signo de respeto. Los espectadores aplaudieron estrepitosamente. Siddhartha se subió al lomo del elefante y, con ello, dio comienzo el desfile de la victoria. Bajo la guía del domador, el elefante blanco llevó a Siddhartha por toda la capital de

Kapilavatthu entre los vítores de la gente. Yasodhara caminaba al lado, con pasos lentos y graciosos.

Capítulo ocho

EL COLLAR ENJOYADO



AL final de la adolescencia, Siddhartha se sentía asfixiado en el ambiente de palacio, así que empezó a hacer excursiones, más allá de los límites de la ciudad, para ver cómo era la vida en el mundo exterior. Iba siempre acompañado por Channa, su fiel servidor y, a veces, también por sus amigos o sus hermanos. Channa era el responsable del coche de caballos de Siddhartha y se turnaba con su amo para

llevar las riendas. Puesto que Siddhartha nunca usaba el látigo, Channa tampoco lo hacía.

Siddhartha visitó todos los rincones del reino Sakya, desde las escarpadas estribaciones de las montañas himalayas, situadas al norte, hasta las grandes planicies del sur. Kapilavatthu, la capital, estaba emplazada en la región más rica y poblada de las tierras bajas. Comparado con los reinos vecinos de Kosala y Magadha, Sakya era un país bastante pequeño pero, lo que le faltaba en superficie, estaba más que compensado con su ideal ubicación. Los ríos Rohini y Banganga, que nacían en las tierras altas y descendían regando las ricas

planicies, proseguían su trayecto hacia el sur para unirse finalmente al río Hiranyavati, antes de desembocar en el Ganges. A Siddhartha le encantaba sentarse a orillas del Banganga y ver correr el agua.

Los lugareños creían que el Banganga tenía el poder de limpiar el mal karma de la vida presente y de las precedentes, así que se sumergían a menudo en sus aguas, incluso a temperaturas extremadamente bajas. Un día, estando sentado a la orilla del río con su sirviente, Siddhartha preguntó, “Channa, ¿crees que este río limpia el mal karma?”.

‘Tiene que ser así, Alteza, si no, ¿por qué vendría tanta gente a bañarse

aquí?”.

Siddhartha sonrió. “Bien, entonces, los cangrejos y los peces que se pasan toda la vida en estas aguas, ¡tienen que ser los seres más puros y virtuosos del mundo!”.

Channa contestó, “bueno, por lo menos, puedo asegurar que este río ¡lava la suciedad y el polvo del cuerpo!”.

Siddhartha se rió y, dando unos golpecitos en el hombro de Channa, exclamó. “En eso estoy totalmente de acuerdo”.

En otra ocasión, cuando Siddhartha regresaba al palacio, se sorprendió al ver a Yasodhara en un pueblito pobre, acompañada por algunas de sus sirvientas. Yasodhara atendía a los niños

con infecciones en los ojos, gripe, enfermedades de la piel y otras dolencias. La princesa vestía sencillamente y aún así parecía una diosa que se había manifestado entre los pobres. Siddhartha se sintió profundamente conmovido al ver a la hija de una familia real dejando de lado su propia comodidad para cuidar a los indigentes, a quienes limpiaba los ojos y la piel infectados, distribuía medicinas y lavaba la ropa sucia.

“Princesa, ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?”, preguntó Siddhartha. “Es conmovedor verte aquí”.

Yasodhara levantó la mirada mientras seguía lavando el brazo de una niña. “Casi dos años, Alteza. Pero es

la segunda vez que vengo a este pueblo”.

“Yo me detengo aquí a menudo. Los niños me conocen bien. Tu trabajo debe de darte mucha satisfacción, princesa”.

Yasodhara sonrió sin responder y se inclinó para seguir lavando el brazo de la niña.

Aquel día, Siddhartha tuvo oportunidad de hablar un poco más con Yasodhara. Asombrado, constataba que compartían muchas ideas. La princesa no se conformaba con permanecer en los alojamientos de las mujeres, actuando ciegamente, conforme a la tradición. También estudiaba los Vedas y se oponía secretamente a las injusticias sociales.

Al igual que Siddhartha, la princesa no se sentía verdaderamente

feliz siendo un miembro privilegiado de una opulenta familia real. Odiaba las luchas de poder entre los cortesanos e incluso entre los brahmanes. Sabía que, como mujer, no podía realizar grandes cambios sociales, así que expresaba sus convicciones a través del trabajo benéfico y confiaba en que sus amigas pudieran valorarlo.

Ya en su primer encuentro, Siddhartha había sentido una simpatía especial por Yasodhara. Ahora, se veía a sí mismo absorto en cada palabra que brotaba de los labios de la princesa. Su padre había expresado el deseo de que se casara pronto. Quizá Yasodhara fuera la mujer adecuada. Durante las reuniones musicales y atléticas,

Siddhartha había conocido a muchas jóvenes encantadoras, pero Yasodhara no sólo era la más bella sino la única con la que se sentía cómodo y satisfecho.

Un día, la reina Gotami decidió organizar una recepción para todas las jóvenes de la capital y le pidió a Pamita, la madre de Yasodhara, que le ayudara con los preparativos. Invitarían a todas las mujeres jóvenes de Kapilavatthu y cada una de ellas sería obsequiada con una magnífica alhaja. La reina Pamita sugirió que fuera el propio Siddhartha quien hiciera entrega de los obsequios, tal como había hecho Yasodhara al dar la bienvenida a los invitados en la competición de artes marciales. El rey

Suddhodana y los miembros de la familia real estarían presentes.

El festejo se celebró una hermosa noche. Había comida y bebida en todos los salones del palacio y los músicos entretenían a los invitados. A la luz de los faroles, llegaron las elegantes jóvenes vestidas con saris de vivos colores adornados con hilos de oro. Una por una pasaron delante de los dignatarios reales, incluyendo al rey y a la reina. Siddhartha, vestido con el atuendo principesco, permanecía a la izquierda, detrás de una mesa cubierta de collares de perlas, oro y gemas preciosas con que obsequiar a casi un millar de jóvenes damiselas.



*Siddhartha se sintió
profundamente conmovido
al ver a Yasodhara
cuidando a los niños
indigentes.*

Al principio, Siddhartha se había negado a entregar los regalos personalmente, pero Gotami y Pamita le habían suplicado. “Sería un gran honor y una gran felicidad para cualquiera recibir un regalo directamente de ti. Tienes que comprenderlo”, dijo Pamita con una convincente sonrisa. Siddhartha no quiso negarse a proporcionar felicidad a otros seres, así que aceptó. Pero ahora, hallándose frente a miles de personas, no sabía cómo elegir el

obsequio adecuado para cada dama. Las jóvenes pasaban ante los invitados antes de acercarse a Siddhartha. La primera en recibir un obsequio fue Soma, hija de un príncipe; siguiendo las instrucciones de Pamita, subió las escaleras del estrado real, se detuvo para inclinarse ante el rey y la reina y los distinguidos invitados y caminó después lentamente hacia Siddhartha. Una vez frente al príncipe, inclinó la cabeza y Siddhartha lo hizo, a su vez, ante ella. Después le ofreció un collar de cuentas de jade. Los invitados aplaudieron en signo de aprobación. Soma se inclinó de nuevo y dio las gracias, aunque lo hizo tan quedamente que Siddhartha no alcanzó a comprender sus palabras.

La siguiente mujer se llamaba Rohini, como el río. Siddhartha no pretendía elegir la joya que hiciera juego con la belleza y encanto de cada joven, sino que tomaba el ornamento que estuviera dispuesto a continuación, sobre la mesa, y se lo ofrecía a la siguiente dama. De este modo, la entrega de regalos transcurrió rápidamente, a pesar de ser muchas las jóvenes obsequiadas. Alrededor de las diez de la noche, casi todas las alhajas habían sido entregadas. Todo el mundo pensaba que una joven llamada Sela era la última pero, justo cuando Siddhartha daba por concluida la tarea, surgió de la audiencia otra mujer que, poco a poco, se abrió paso hasta el estrado. Era

Yasodhara. Vestía un sari color marfil, simple y ligero como la fresca brisa de la mañana. La princesa se inclinó ante el rey y la reina. Siempre elegante y natural, se acercó a Siddhartha, sonrió y preguntó: “¿Tienes, Alteza, algo para mí?”.

Siddhartha miró a Yasodhara y, después, confusamente, a los escasos ornamentos que quedaban. Parecía nervioso —no había sobre la mesa nada digno de la belleza de la princesa—. De pronto, sonrió. Se quitó el collar de su cuello y se lo mostró a Yasodhara. “Este es mi regalo para ti, princesa”.

Yasodhara sacudió la cabeza. “He venido para honrarte. ¿Cómo puedo aceptar tu propio collar?”.

Siddhartha respondió: “Mi madre, la reina Gotami, dice a menudo que estoy mejor sin joyas. Por favor, princesa, acepta este obsequio”.

Tras indicarle a Yasodhara que se acercara, puso las resplandecientes cuentas alrededor de su cuello. Los invitados aplaudieron estruendosamente; parecía que sus vítores no iban a cesar jamás. Y se pusieron de pie para expresar su jubilosa aprobación.

Capítulo nueve

EL CAMINO DE LA COMPASIÓN



LA boda de Siddhartha y Yasodhara fue un motivo de gran alegría para todo el reino. Se celebró el otoño siguiente. La capital, Kapilavatthu, se adornó con banderas, farolillos y flores, y hubo música por todas partes. Por donde Siddhartha y Yasodhara pasaban con su carruaje, se les daba la bienvenida con sonoros vítores. Visitaron aldeas y pueblos apartados, llevando comida y

ropa a muchas familias pobres.

El Rey Suddhodana supervisó la construcción de tres palacios para la joven pareja, uno para cada estación. El palacio de verano se erigió en una hermosa ladera, en las tierras altas, mientras que los de la estación de las lluvias y de invierno se ubicaron en la capital. En todos ellos había diversos estanques de lotos, para los lotos azules, los rosas y los blancos. La elegante ropa y las pantuflas, así como la fragante madera de sándalo que ardía todos los días en el hogar, se encargaban especialmente en Varanasi, la capital del reino Kasi, en el sudoeste.

El rey Suddhodana, ahora que Siddhartha había tomado el camino que

él le deseaba, estaba tranquilo. Seleccionó personalmente a los mejores músicos y bailarinas del reino para proporcionar un divertimento constante y placentero a su joven hijo y a su nuera.

Pero, para Siddhartha y Yasodhara, la felicidad no consistía en una vida placentera de riqueza y prestigio social. Su felicidad procedía de sus corazones y de compartir mutuamente sus más profundos pensamientos.

No les motivaban los exquisitos y sabrosos manjares ni los elegantes y sedosos ropajes. Si bien apreciaban el arte de las bailarinas y los músicos, no se sentían arrastrados por los placeres que ofrecían. Tenían sus propios sueños —encontrar respuestas a la búsqueda

espiritual y la renovación de la sociedad
—.

El verano siguiente, mientras se dirigían al palacio estival conducidos por Channa, su fiel cochero de la niñez y la adolescencia, Siddhartha le enseñó a Yasodhara lugares que ella desconocía. Permanecieron varios días en cada localidad, durmiendo en los hogares de los campesinos, compartiendo comida sencilla y descansando en camas de cuerda tramada. Aprendieron muchísimo sobre la manera de vivir y las costumbres de aquellos parajes.



*La boda de Siddhartha y
Yasodhara
fue una ocasión de gran
alegría y celebración
para todo el reino.*

A veces descubrían una pobreza terrible. Conocieron a familias con nueve o diez hijos, en las que todos estaban enfermos; los padres trabajaban duramente día y noche, pero no alcanzaban a ganar lo suficiente para mantener a su prole. Las penalidades iban parejas a la vida de los campesinos. Siddhartha miraba fijamente a los niños, con brazos y piernas tan delgados como cerillas y estómagos hinchados a causa de las

lombrices y la desnutrición. Las escenas de minusválidos y enfermos forzados a mendigar por las calles le hacían infeliz. Vio a personas en condiciones inexcusables; además de la pobreza y la enfermedad, estaban oprimidas por los brahmanes y no había nadie a quien pudieran presentar sus quejas. La capital estaba demasiado lejos y, si acaso llegaban, ¿quién les ayudaría? Siddhartha sabía que ni siquiera el rey tenía poder para cambiar tal situación.

Hacía tiempo que Siddhartha había comprendido el funcionamiento interno de la corte real. Cada oficial se dedicaba exclusivamente a proteger y fortalecer su propio poder y no a aliviar el sufrimiento de los necesitados. Había

sido testigo de las potentes conspiraciones de unos y otros y no sentía más que repulsión por la política. Sabía que incluso la autoridad de su propio padre era frágil y restringida — un rey no tenía verdadera libertad, pues era prisionero de su posición—. Su padre era consciente de la codicia y la corrupción de muchos de sus funcionarios, pero se veía forzado a confiar en ellos para mantener la estabilidad de su reino. Siddhartha comprendió que, si estuviera en su lugar, tendría que hacer lo mismo, y que las condiciones cambiarían sólo cuando la gente se liberase de la codicia y de la envidia. Por eso, su deseo de buscar un camino de liberación espiritual volvió a

encenderse en su interior.

Yasodhara era brillante e intuitiva. Comprendía los anhelos de Siddhartha y estaba segura de que, si él decidía buscar el camino de la liberación, lo encontraría. Pero también era muy práctica. Esa búsqueda podría durar meses, incluso años. Mientras tanto, el sufrimiento continuaba manifestándose a su alrededor. Por consiguiente, ella creía importante responder ya, en el momento presente. Discutió con Siddhartha sobre los modos de aliviar el sufrimiento de los miembros más pobres de la sociedad. Yasodhara había estado haciendo ese tipo de trabajo durante varios años, y sus esfuerzos habían reducido un poco la miseria de la gente

y aportado también cierta paz y felicidad a su propio corazón. Creía que, con el afectuoso apoyo de Siddhartha, podría continuar con esa tarea durante mucho tiempo.

Desde Kapilavatthu, llegaron sirvientes y toda clase de bienes para abastecer a la pareja en sus necesidades estivales. Siddhartha y Yasodhara mandaron a sus casas a la mayoría de los criados, conservando sólo a unos pocos para que les ayudaran en los jardines, la cocina y los quehaceres domésticos. Y, por supuesto, mantuvieron los servicios de Channa. Yasodhara organizó su vida cotidiana de la manera más sencilla posible. Ella, personalmente, dirigía en la cocina la

preparación de comidas simples que complacieran a Siddhartha, y se cuidaba de la ropa de su marido con sus propias manos. Buscaba el consejo de Siddhartha en los proyectos de ayuda que pretendía proseguir en cuanto regresaran a la capital. Siddhartha comprendía la necesidad de Yasodhara de implicarse en una acción social y nunca dejó de expresarle su apoyo. Debido a ello, Yasodhara confiaba aún más profundamente en su esposo.

No obstante, aunque Siddhartha comprendía la importancia del trabajo de Yasodhara, sentía que ese camino, por sí solo, no podía traer verdadera paz. Las personas no estaban únicamente atrapadas por la enfermedad y las

condiciones sociales injustas, sino por las penas y las pasiones que ellas mismas generaban en sus corazones y mentes. Si, con el tiempo, Yasodhara caía víctima del temor, del enfado, de la amargura o la decepción, ¿dónde hallaría la energía necesaria para continuar su tarea? El propio Siddhartha había experimentado recelo, frustración y dolor cuando vio cómo funcionaban las cosas en el palacio y en la sociedad. Sabía que el logro de la paz interior era la única base para un trabajo social auténtico, pero no confiaba esos pensamientos a Yasodhara, pues temía que le causaran incertidumbre y preocupación.

Cuando la pareja regresó a su

palacio de invierno, tuvo que atender a un continuo flujo de invitados. Yasodhara recibía con gran cordialidad y respeto a los miembros de la familia y a los amigos, pero estaba especialmente atenta cuando Siddhartha hablaba con ellos de filosofía y religión y de su relación con la política y la sociedad; incluso cuando se dirigía a los sirvientes, no se perdía una palabra de las conversaciones. Tenía la esperanza de descubrir, entre sus amigos, a alguien que deseara unirse a su trabajo con los pobres, pero muy pocos expresaron interés por tales ocupaciones. La mayoría estaba más interesada en las fiestas y en pasarlo bien. Aun así, Siddhartha y Yasodhara les atendían

pacientemente.

Además de Siddhartha, había otra persona que comprendía y apoyaba sinceramente los esfuerzos de Yasodhara —Gotami, la reina Mahapajapati—. La reina estaba muy atenta a la felicidad de su nuera pues sabía que, si Yasodhara era feliz, lo sería también Siddhartha. Pero esa no era la única razón por la que apoyaba la buena obra de Yasodhara. Gotami era una mujer compasiva y, desde la primera vez que acompañó a su nuera en una visita a un pueblo pobre, comprendió inmediatamente el verdadero valor de su trabajo. No eran sólo los bienes materiales, como arroz, harina, ropa y medicinas lo que se ofrecía a los pobres, sino miradas

afectuosas, la ayuda, el buen corazón de alguien que desea responder directamente a los que sufren.

La reina Mahapajapati no era como otras damas del palacio. Le había dicho frecuentemente a Yasodhara que las mujeres poseían tanta sabiduría y fortaleza como los hombres y que necesitaban cargar igualmente con las responsabilidades de la sociedad. Si bien las mujeres poseían una especial habilidad para aportar calor y felicidad a sus familias, no había razón alguna para que permanecieran encerradas en la cocina o en el palacio. Gotami halló en su nuera a una mujer con la que podía compartir una amistad verdadera pues, al igual que ella, era independiente y

considerada. La reina dio su aprobación a Yasodhara y además trabajó a su lado.

Capítulo diez

ESPERANDO UN BEBÉ



EN esa época, el rey Suddhodana expresó el deseo de que Siddhartha permaneciera más tiempo a su lado para instruirle en los asuntos de política y de la corte. El príncipe estaba citado a muchas reuniones oficiales, a veces a solas con el rey y otras con la corte. Les prestaba toda su atención. Llegó a la conclusión de que los problemas políticos, económicos y militares que acosaban a cualquier reino tenían su raíz

en las ambiciones egoístas de los implicados en la política los cuales, interesados solamente en proteger su propio poder, eran incapaces de crear normas basadas en el bien común. La ira invadió el corazón de Siddhartha cuando vio a ciertos ministros corruptos simular virtud y moralidad. Pero no manifestó sus sentimientos ya que no tenía una alternativa que ofrecer.

“¿Por qué no aportas ideas a la corte, en lugar de permanecer tan callado en tu asiento?”, le preguntó un día el rey Suddhodana a Siddhartha después de una larga reunión con varios ministros.

Siddhartha miró a su padre. “No es que carezca de ideas, pero exponerlas

no serviría de nada. Sólo apuntan a la enfermedad. Todavía no veo un remedio para las ambiciones egoístas de los miembros de la corte. Mira a Vessamitta, por ejemplo. Tiene un poder impresionante; sin embargo, sabes que está corrompido. Más de una vez ha intentado usurpar tu autoridad pero, aun así, te ves obligado a depender de sus servicios, ¿por qué? Porque sabes que si no lo haces se desencadenaría el caos”.

El rey Suddhodana miró en silencio a su hijo. Después de un largo rato, habló. “Siddhartha, sabes que, para mantener la paz en la propia familia y en el país, hay que tolerar ciertas cosas. Mi poder es limitado pero estoy seguro de que, si te preparas para ser rey, lo harás

mucho mejor que yo. Posees el talento necesario para erradicar la corrupción y evitar, al mismo tiempo, que se instaure la confusión en nuestra tierra”.

Siddhartha suspiró. “Padre, no pienso que sea una cuestión de talento. Estoy convencido de que la cuestión fundamental es liberar el propio corazón y la propia mente. Yo también estoy atrapado por sentimientos de odio, celos, temor y deseo”

Intercambios similares entre padre e hijo preocupaban cada vez mas al rey Suddhodana. Reconocía que Siddhartha era una persona de una profundidad inusual pero constataba que él y su hijo tenían una manera muy diferente de ver el mundo. Aun así, abrigaba la

esperanza de que, con el tiempo, Siddhartha acabaría por asumir su papel y cumplir de la manera más digna.

Siddhartha, además de sus obligaciones en la corte y de su ayuda a Yasodhara, proseguía los estudios con famosos brahmanes y monjes. Sabía que la búsqueda de la religión no se limitaba únicamente al estudio de las sagradas escrituras, sino que abarcaba la práctica de la meditación para poder liberar el corazón y la mente; trataba de aprender más sobre la meditación. Cuanto aprendía de sus estudios, lo aplicaba a su vida en el palacio y lo compartía con Yasodhara.

“Gopa”, —así es como a Siddhartha le gustaba llamar

afectuosamente a Yasodhara—, “quizá, deberías practicar también la meditación. Traerá paz a tu corazón y te permitirá continuar con el trabajo durante mucho tiempo”.

Y Yasodhara siguió su consejo. Por muy ocupada que le mantuviera su trabajo, reservaba tiempo para la meditación. A menudo, marido y mujer se sentaban juntos, en silencio. En tales ocasiones, sus sirvientes les dejaban solos y la pareja pedía a los músicos y a las bailarinas que se trasladaran a otro lugar.

Siddhartha había aprendido, desde niño, los cuatro estadios de la vida de un brahmán. En la juventud, un brahmán estudiaba los Vedas. En el segundo

estadio, se casaba, tenía hijos y servía a la sociedad. En la tercera etapa, cuando los hijos habían crecido, podía retirarse y dedicarse a los estudios religiosos. Y, en el cuarto estadio, liberado de toda atadura y obligación, un brahmán podía hacer vida de monje. Siddhartha pensó en ello y llegó a la conclusión de que, cuando fuera viejo, sería demasiado tarde para estudiar el camino. No quería esperar tanto.

“¿Por qué un hombre no puede vivir los cuatro caminos a la vez? ¿Por qué no puede llevar una vida religiosa cuando tiene familia?”.

Siddhartha quería estudiar y practicar el camino en su vida presente y, como es natural, no podía evitar

pensar en famosos maestros de lugares lejanos, como Savatthi o Rajagaha. Estaba seguro de que, si pudiera estudiar con ellos, progresaría mucho más rápido. Todos los monjes y maestros con los que frecuentemente se reunía habían mencionado los nombres de ciertos grandes maestros, como Alara Kalama y Uddaka Ramaputta. Todo el mundo aspiraba a estudiar con ellos y, día tras día, Siddhartha sentía crecer su propio deseo, cada vez más urgente.

Una tarde, Yasodhara volvió a casa; su rostro estaba lleno de dolor. No habló con nadie. Acababa de morir un niño que había cuidado durante más de una semana. A pesar de sus esfuerzos, no había podido rescatarle de las garras de

la muerte. Vencida por la tristeza, se sentó en meditación mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Era imposible contener sus sentimientos. Cuando Siddhartha regresó de una reunión en la corte, Yasodhara rompió a llorar de nuevo. Siddhartha la tomó entre sus brazos y trató de consolarla.

“Gopa, mañana iré contigo al funeral. Ahora, llora; eso aliviará el dolor de tu corazón. El nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte son pesadas cargas que cada uno de nosotros debe soportar en esta vida. Lo que le ha ocurrido a este niño podría ocurrirnos a cualquiera de nosotros, en cualquier momento”.



*A menudo, marido y mujer
se sentaban juntos, en
silencio.*

Yasodhara habló entre sollozos, “cada día compruebo cuán cierto es todo lo que dices. Mis manos son tan pequeñas, comparadas con la inmensidad del sufrimiento. Mi corazón está constantemente lleno de ansiedad y dolor. Oh, esposo mío, por favor, enséñame cómo puedo eliminar el sufrimiento de mi corazón”.

Siddhartha abrazó fuertemente a Yasodhara. “Querida esposa, yo también estoy buscando el modo de eliminar el sufrimiento y la preocupación en mi corazón. He observado la situación de la sociedad y de los seres humanos pero, a pesar de todos mis esfuerzos, todavía no veo el camino de la liberación. Sin

embargo, estoy convencido de que un día lo hallaré para todos nosotros. Gopa, por favor, ten fe en mí”.

“Nunca he dejado de tenerla, mi amor. Sé que cuando decides conseguir algo, lo persigues hasta lograrlo y que un día dejarás atrás la riqueza y los privilegios para ir en busca del camino. Pero, por favor, esposo mío, no me dejes justo ahora. Te necesito”.

Siddhartha levantó la barbilla de Yasodhara y la miró a los ojos, “no, no, no te dejaré ahora. Sólo cuando, cuando...”.

Yasodhara puso la mano sobre los labios de Siddhartha. “Siddhartha, por favor, no digas más. Quiero preguntarte algo: si fueras a tener un hijo conmigo,

¿qué querías que fuera, niño o niña?”.

Siddhartha estaba sorprendido. Miró detenidamente a Yasodhara. “¿Qué estás diciendo, Gopa? ¿Quieres decir que... no estarás...?”.

Yasodhara asintió. Señaló su vientre y dijo, “estoy tan contenta de portar el fruto de nuestro amor. Deseo que sea un niño y que sea como tú, con tu inteligencia y tu bondadosa virtud”.

Siddhartha rodeó con sus brazos a Yasodhara, manteniéndola muy cerca. A pesar de sentir una gran alegría, sentía también las semillas de la preocupación. Aun así, sonrió y dijo: “Seré igualmente feliz, tanto si es niño como si es niña, siempre y cuando el bebé tenga tu compasión y tu sabiduría. Gopa, ¿se lo

has dicho a tu madre?”.

“Tú eres la única persona que lo sabe. Esta noche, me acercaré al palacio principal y se lo diré a la reina Gotami. Le pediré consejo sobre el mejor modo de cuidar de nuestro futuro bebé durante el embarazo. Mañana iré a decírselo a mi madre, la reina Pamita. Estoy segura de que todo el mundo se alegrará mucho”.

Siddhartha asintió. Sabía que su madre se lo comunicaría a su padre tan pronto como conociera la noticia. El rey estaría muy contento y, evidentemente, organizaría un gran banquete para celebrarlo. Siddhartha sintió que los lazos que le mantenían atado a la vida de palacio se fortalecían.

Capítulo once

FLAUTA DE LUZ DE LUNA



UDAYIN, DEVADATTA Kimbila, Bhadya, Mahanama, Kaludayi y Anuruddha eran los amigos de Siddhartha que más a menudo le visitaban y con los que discutía de política, ética y otras cosas. Cuando Siddhartha fuera rey, ellos serían, junto con Ananda y Nanda, sus principales consejeros. Los debates daban comienzo después de beber varios vasos de vino

y, cediendo a los deseos de sus amigos, Siddhartha permitía que los músicos y las bailarinas reales les amenizaran hasta bien entrada la noche.

Devadatta podía extenderse hasta el infinito sobre temas de política. Udayin y Mahanama cuestionaban infatigablemente cada uno de los puntos que Devadatta defendía. Siddhartha hablaba poco; a veces, en plena danza o canto, observaba a Anuruddha que cabeceaba, medio dormido, obviamente aburrido de las actividades de la noche. Siddhartha le daba un codazo y ambos salían a hurtadillas. Fuera podían contemplar la luna y escuchar el fluir de un arroyo cercano. Anuruddha era el hermano pequeño de Mahanama y el hijo

del príncipe Amritodana, tío paterno de Siddhartha. Era un tipo afable y bien parecido, muy admirado por las damas de la corte, aunque él, por su parte, no sentía inclinación alguna por los romances. A veces, Siddhartha y él se sentaban en el jardín hasta medianoche. A esas horas, sus amigos, demasiado intoxicados o cansados para seguir discutiendo, ya se habían retirado a las habitaciones de los invitados. Entonces, Siddhartha sacaba su flauta y tocaba bajo la luz de la luna. Gopa ponía un pequeño quemador de incienso sobre una roca y se sentaba silenciosamente junto a ellos, escuchando la suave música que subía y bajaba en el cálido aire de la noche.

El tiempo pasaba volando y Yasodhara estaba a punto de dar a luz. La reina Pamita dijo a su hija que no necesitaba regresar a su hogar para tener el niño ya que ella vivía entonces en Kapilavatthu. Pamita y la reina Mahapajapati seleccionaron las mejores comadronas de la capital para asistirle. Ambas estuvieron presentes el día del parto. Una atmósfera solemne y expectante inundaba el palacio. Aunque el rey Suddhodana no hizo acto de presencia, Siddhartha sabía que su padre esperaba ansiosamente noticias del nacimiento en sus propios aposentos.



*Siddhartha tocaba la
flauta para Anuruddha,
bajo la luz de la luna.*

Cuando los dolores de parto de Yasodhara empezaron a ser serios, los sirvientes condujeron a la futura madre a la alcoba. Eran las doce del mediodía pero, de repente, el cielo quedó oscurecido por las nubes, como si la mano de una deidad hubiera ocultado el sol. Siddhartha se sentó afuera. Aunque dos muros le separaban de su mujer, podía oír claramente sus gritos; su ansiedad crecía cada momento que pasaba. Ahora, los gemidos de Yasodhara se sucedían; Siddhartha

estaba fuera de sí. Aquellos gritos le rasgaban el corazón de tal manera que le fue imposible permanecer sentado. Se levantó y se puso a caminar de un lado a otro. A ratos, los gemidos de Yasodhara eran tan intensos que Siddhartha no podía sofocar el pánico. Su madre, la reina Mahamaya, había fallecido a causa de su parto, una tristeza que nunca olvidaría. Ahora le tocaba a Yasodhara dar a luz un niño, que era el suyo. Parir era un pasaje que la mayor parte de las mujeres casadas experimentan, un pasaje lleno de peligros, incluyendo el de la muerte. A veces morían ambos, madre e hijo.

Siddhartha, recordando lo que había aprendido de un monje hacía unos

meses, se sentó en posición de loto y empezó a controlar la mente y el corazón. El momento era una verdadera prueba. Debía mantenerse sereno en medio de los gritos de Yasodhara. De pronto, la imagen de un bebé recién nacido surgió en su mente. Era la de su propio hijo. Todo el mundo esperaba que tuviera un hijo y todo el mundo se alegraría cuando lo tuviera. Él mismo había deseado tenerlo. Pero ahora, en pleno acontecimiento, comprendía cuán inmensamente importante era un nacimiento. Siddhartha no había encontrado todavía su propio camino, no sabía todavía a dónde iba, y aun así, ahí estaba él, teniendo un niño —¿acaso no era eso triste para el bebé?—.

Los gritos de Yasodhara cesaron abruptamente. Siddhartha se levantó. ¿Qué ocurría? Podía sentir los latidos de su corazón. Observó de nuevo la respiración para recuperar la calma. Justo en ese momento, se escuchó el llanto de un infante. ¡El bebé había nacido! Siddhartha se enjugó el sudor de la frente.

La reina Gotami abrió la puerta y le miró. Sonrió y Siddhartha supo que Yasodhara estaba a salvo. La reina se sentó frente a él y dijo, “Gopa ha dado a luz a un niño”.

Siddhartha sonrió, y miró a su madre con gratitud.

“Llamaré al niño Rahula”.

Aquella tarde, Siddhartha entró en

la habitación para visitar a su esposa e hijo. Yasodhara le miró fijamente, sus ojos brillantes llenos de amor. El niño yacía al lado de ella, envuelto en sedas, y Siddhartha, que sólo podía ver su carita rellena, miró a Yasodhara como preguntando algo. Yasodhara comprendió, asintió con la cabeza y le hizo un gesto para que cogiera en brazos a Rahula. Lo tomó en brazos mientras Yasodhara les miraba. Siddhartha se sintió como si estuviera flotando. Sin embargo, su corazón estaba pesadamente preocupado.

Yasodhara descansó varios días. La reina Gotami se ocupó de todo, desde preparar comidas especiales, hasta cuidar del fuego para mantener calientes

a la madre y al niño. Al día siguiente de regresar a su hogar, Siddhartha visitó a su mujer e hijo y, mientras sostenía a Rahula en los brazos, se maravillaba pensando en lo preciosa y frágil que es una vida humana. Recordó el día en que él y Yasodhara asistieron al funeral del niño pobre de cuatro años. El pequeño estaba todavía acostado en su lecho de muerte cuando llegaron. Todos los signos de vida se habían desvanecido y la piel del difunto aparecía pálida y cerosa; su cuerpo no era más que huesos y piel. La madre del pequeño estaba arrodillada junto a la cama, enjugándose las lágrimas para romper a llorar otra vez. Algo más tarde, llegó el brahmán encargado de los ritos funerarios. Los

vecinos, que habían guardado vigilia durante toda la noche, levantaron el cadáver y lo pusieron sobre una camilla de bambú que habían hecho para transportarlo hasta el río. Siddhartha y Yasodhara siguieron a la procesión. Una simple pira funeraria había sido erigida a la orilla del río. De acuerdo con las instrucciones del brahmán, los portadores bajaron la camilla hasta el río donde sumergieron el cuerpo. Después, la volvieron a subir y la dejaron en el suelo para que escurriera el agua. Éste era un rito de purificación, pues la gente creía que las aguas del río Banganga limpiaban el karma negativo. Un hombre vertió perfume sobre la pira funeraria y, seguidamente, se colocó

sobre ella el cuerpo del difunto. El brahmán sostenía una antorcha encendida y caminaba alrededor mientras cantaba. Siddhartha reconoció los pasajes de los Vedas. Después de dar tres vueltas, le prendió fuego y, enseguida, ardió en llamas. La madre y los hermanos del pequeño se lamentaban. Al poco rato, el fuego había consumido el cuerpo. Siddhartha miró a Yasodhara y vio sus ojos llenos de lágrimas. Él también tenía ganas de llorar. “Pequeño, oh pequeño, ¿a dónde vas ahora?”, pensó.

Siddhartha devolvió a Rahula a Yasodhara. Salió afuera y se sentó solo en el jardín hasta que anocheció. Un sirviente vino a buscarle. “Alteza, la

reina me ha ordenado que le avisara. Su real padre ha venido a visitarles”.

Siddhartha se dirigió de nuevo hacia el interior. Todas las antorchas del palacio estaban encendidas y parpadeaban resplandecientes.

Capítulo doce

KANTHAKA



YASODHARA se recuperó rápidamente y pronto pudo regresar a su trabajo. También pasaba mucho tiempo con su bebé, Rahula. Un día de primavera, ante la insistencia de la reina Gotami, Siddhartha y Yasodhara fueron de excursión al campo conducidos por Channa. Llevaban consigo a Rahula y les acompañaba una joven sirvienta, llamada Ratna, que les ayudaba con el cuidado del niño.

La agradable luz del sol iluminaba las tiernas hojas verdes. Los pájaros cantaban en las ramas de los árboles. Channa dejó que los caballos trotaran sin prisa. Los campesinos, reconociendo a Siddhartha y a Yasodhara, se levantaban y saludaban con la mano. Estaban llegando a orillas del río Banganga, cuando Channa tiró repentinamente de las riendas y detuvo el carruaje. Un hombre se había desplomado en el camino bloqueando el paso. Sus brazos y piernas estaban encogidos y apretados contra el pecho. Débiles gemidos se escapaban de su boca entreabierta. Siddhartha saltó del coche seguido por Channa, “Está muy enfermo, parece que tiene una mala

gripe, ¿no crees? Démosle un masaje y veamos si le alivia”.

Channa sacudió la cabeza. “Alteza, no son los síntomas de una mala gripe. Me temo que tiene algo mucho más grave —una enfermedad para la que no se conoce remedio—”.

“¿Estás seguro?”. Siddhartha miró fijamente al hombre. “¿No podríamos llevarlo al médico real?”.

“Alteza, ni siquiera el médico real puede curar esta enfermedad. He oído que es extremadamente contagiosa. Si le llevamos en nuestro carruaje, podría infectar a tu mujer y a tu hijo, e incluso a ti. Por favor, Alteza, por tu propia seguridad, suelta su mano”.

Siddhartha no soltó la mano del

hombre —la miró y después miró la suya—. Siempre había gozado de buena salud pero ahora, al mirar a ese moribundo, que no era mayor que él, todo lo que había dado por supuesto se desvanecía. Desde las orillas del río llegaron lamentos de duelo. Al alzar la mirada vio un funeral. Había una pira funeraria. El sonido de los cantos se mezclaba con los llantos desconsolados y el crepitar del fuego.

Cuando Siddhartha miró de nuevo al hombre, había dejado de respirar. Sus ojos vidriosos miraban lijamente hacia arriba. Siddhartha le soltó la mano y, pausadamente, le cerró los ojos. Cuando se levantó, Yasodhara estaba de pie, justo detrás de él; no sabía cuánto

tiempo llevaba allí.

Yasodhara habló dulcemente, “por favor esposo mío, ve a lavarte las manos al río. Channa, tú también. Luego, iremos hasta el próximo pueblo e informaremos a las autoridades para que se hagan cargo del cuerpo”.

Después de lo ocurrido, nadie tuvo ánimos para continuar la excursión primaveral. Siddhartha pidió a Channa que diera media vuelta; en el camino de regreso, nadie dijo una palabra.

Aquella noche, mientras dormía, Yasodhara tuvo tres extraños sueños que le turbaron. En el primero, aparecía una vaca blanca cuya cabeza estaba adornada por una joya tan resplandeciente como la estrella del

norte. La vaca caminaba por Kapilavatthu en dirección a las puertas de la ciudad. Del altar de Indra, resonó una voz divina; “Si no retenéis a esa vaca, no habrá luz en toda la capital”. Los lugareños corrieron tras ella, pero ninguno fue capaz de alcanzarla. Salió por las puertas de la ciudad y desapareció.

En su segundo sueño, cuatro dioses-reyes de los cielos, en la cima del monte Sumeru, proyectaban luz sobre la ciudad de Kapilavatthu. De repente, la bandera izada sobre el altar de Indra se agitó violentamente y cayó al suelo. Flores de todos los colores descendieron a modo de lluvia desde los cielos y el sonido de cantos celestiales

resonó por todas partes. En su tercer sueño, Yasodhara oía una poderosa voz que, sacudiendo los cielos, proclamaba: “¡El tiempo ha llegado! ¡El tiempo ha llegado! Yasodhara, aterrorizada, miraba a la silla de Siddhartha: se había ido. Las flores de jazmín prendidas en su cabello cayeron al suelo y se convirtieron en polvo. La ropa y ornamentos que Siddhartha había dejado en la silla se transformaron en una serpiente que salía arrastrándose por la puerta. Yasodhara estaba espantada. De repente, oyó el mugido de la vaca blanca desde más allá de las puertas de la ciudad, el batir de la bandera sobre el altar de Indra y las voces de los cielos gritando: “¡El tiempo ha llegado! ¡El

tiempo ha llegado!”.

Yasodhara se despertó. Su frente estaba empapada de sudor. Se giró hacia Siddhartha y le zarandeó. “Siddhartha, Siddhartha, por favor, despierta”.

Siddhartha ya estaba despierto. Acarició los cabellos de Yasodhara para calmarla y le preguntó: “¿Qué has soñado, Gopa? Dime”.

Después de contarle los tres sueños, le preguntó: “¿Son estos sueños un presagio de que pronto me dejarás para ir en busca del camino?”.

Siddhartha permaneció callado por un momento y, a continuación, la consoló diciendo: “Gopa, por favor, no te preocupes. Tú eres una mujer de conocimiento. Eres mi compañera, la

única que realmente puede ayudarme a lograr mi propósito. Tú me comprendes mejor que nadie. Si en un futuro próximo tengo que partir lejos de ti, sé que tienes coraje para continuar con tu trabajo y cuidar y educar a nuestro hijo. Aunque me haya ido, aunque esté lejos de ti, mi amor por ti seguirá siendo el mismo. Nunca dejaré de quererte, Gopa. Si lo tienes presente, podrás soportar nuestra separación. Y, cuando haya encontrado el camino, volveré junto a ti y junto a nuestro hijo. Ahora, por favor, intenta descansar un poco”.

Las palabras de Siddhartha, expresadas con tanta ternura, penetraron en el corazón de Yasodhara. Reconfortada, cerró los ojos y se

durmió.

A la mañana siguiente, Siddhartha fue a hablar con su padre. “Mi real padre, te pido permiso para abandonar el hogar y hacerme monje para buscar el Camino de la Iluminación”.

El rey Suddhodana estaba completamente alarmado. Aunque sabía desde hacía tiempo que llegaría este día, no esperaba que fuera de una manera tan repentina. Tras un largo rato, miró a su hijo y respondió, “en la historia de nuestra familia, pocos optaron por hacerse monjes, pero ninguno de ellos lo hizo a tu edad. Todos esperaron a tener cincuenta años. ¿Por qué no puedes esperar tú? Tu hijo es todavía pequeño y el país confía en ti”.

“Padre, cada segundo en el trono sería para mí un suplicio... Si mi corazón no está en paz, ¿cómo corresponderé a tu confianza y a la de la gente? He visto lo rápido que pasa el tiempo y sé que mi juventud no es distinta. Por favor, concédeme tu permiso”.

El rey trató de disuadir a su hijo. “Tienes que pensar en tu reino, en tus padres, en Yasodhara y en tu hijo, que es todavía una criatura”.

“Padre, precisamente porque pienso en todos vosotros te pido permiso para partir. No es que quiera abandonar mis responsabilidades. Tú sabes, padre, que no puedes liberarme del sufrimiento de mi corazón más de lo

que puedes liberar del sufrimiento el tuyo”.

El rey se levantó y tomó la mano de su hijo entre las suyas. “Siddhartha, sabes lo mucho que te necesito. En ti he puesto todas mis esperanzas. Por favor, no me abandones”.

“No te abandonaré nunca, padre. Sólo te pido que me dejes partir por un tiempo. Cuando encuentre el camino, volveré”.

Una sombra de dolor inundó el rostro del rey Suddhodana y, sin decir palabra, se retiró a sus aposentos.

Más tarde, la reina Gotami fue a visitar a Yasodhara con quien pasó el día y, al caer la tarde, Udayin, uno de los amigos de Siddhartha, acompañado

por Devadatta, Ananda, Bhadya, Anuruddha, Kimbila y Bhadríka les visitó. Udayin había organizado una fiesta para la que contrató a una de las mejores compañías de danza de la capital. Festivas antorchas iluminaban el palacio.

Gotami dijo a Yasodhara que el rey había convocado a Udayin para confiarle la tarea de hacer lo posible para que Siddhartha permaneciera en el palacio. La fiesta de esa noche era su primer plan.

Antes de retirarse a sus aposentos con Gotami, Yasodhara ordenó a los sirvientes que prepararan comida y bebida para los invitados. Siddhartha salió personalmente a recibirles. Era el

día de luna llena del mes de Uttarasalha. Justo cuando comenzaba la música, la luna surgió, en el cielo del sureste, de una hilera de árboles.

Gotami se confió a Yasodhara hasta tarde y, después, se dispuso a regresar a su residencia. Yasodhara caminó con ella hasta la veranda, donde vio la luna llena, ahora ya bien alta, suspendida en el cielo nocturno. La fiesta estaba en pleno apogeo. El sonido de la música, las conversaciones y las risas llegaban desde el interior. Yasodhara condujo a Gotami a la puerta principal y, seguidamente, fue en busca de Channa, que estaba ya dormido. Yasodhara le despertó y, susurrando, le dijo, “es posible que el príncipe requiera tus

servicios esta noche. Prepara a Kanthaka y ensilla otro caballo para ti”.

“Alteza, ¿A dónde se dirige el príncipe?”.

“Por favor, no preguntes. Haz simplemente lo que te he dicho ya que es muy probable que el príncipe necesite cabalgar esta noche.”

Channa asintió y entró en el establo, mientras Yasodhara volvía al palacio. Allí, preparó un atuendo propio para viajar y lo colocó en la silla de Siddhartha. Cogió una manta ligera para cubrir a Rahula y, después, ella misma se acostó en la cama, desde donde podía escuchar perfectamente el sonido de la música, las conversaciones y las risas. Transcurrió mucho tiempo antes de que

el silencio volviera al palacio. Los invitados se habían retirado a sus alojamientos. Yasodhara permaneció acostada. Esperó mucho, pero Siddhartha no regresaba a la habitación.

Estaba sentado solo, afuera, mirando la radiante luna. Mil estrellas centelleaban. Había decidido abandonar el palacio esa misma noche. Entró en sus aposentos y se puso la ropa de viaje que le aguardaba. Corrió la cortina y miró hacia la cama. Gopa estaba ahí, acostada, sin duda dormida. Rahula yacía a su lado. Siddhartha deseaba acercarse y despedirse de ella, pero dudó. Ya le había dicho todo lo esencial. Si la despertaba ahora, sólo serviría para hacer más dolorosa la separación.

Dejó caer la cortina y se dispuso a salir, pero de nuevo dudó. Una vez más, corrió la cortina para mirar por última vez a su mujer y a su hijo. Los miró profundamente, como si deseara imprimir en su memoria esa escena tan querida y familiar. Luego, soltó la cortina y se marchó.

Al pasar por el salón de los invitados, Siddhartha vio a las bailarinas dormitando, desparramadas por las alfombras. Sus cabellos estaban sueltos y despeinados y sus bocas colgaban abiertas, como peces muertos. Sus brazos, tan suaves y flexibles durante la danza, parecían ahora rígidos como tablas. Sus piernas estaban enredadas con las de otros cuerpos, cual

víctimas en un campo de batalla. Siddhartha sintió como si atravesara un cementerio.

Se dirigió hacia los establos y encontró a Channa despierto.

“Channa, por favor, ensilla a Kanthaka y tráemelo”.

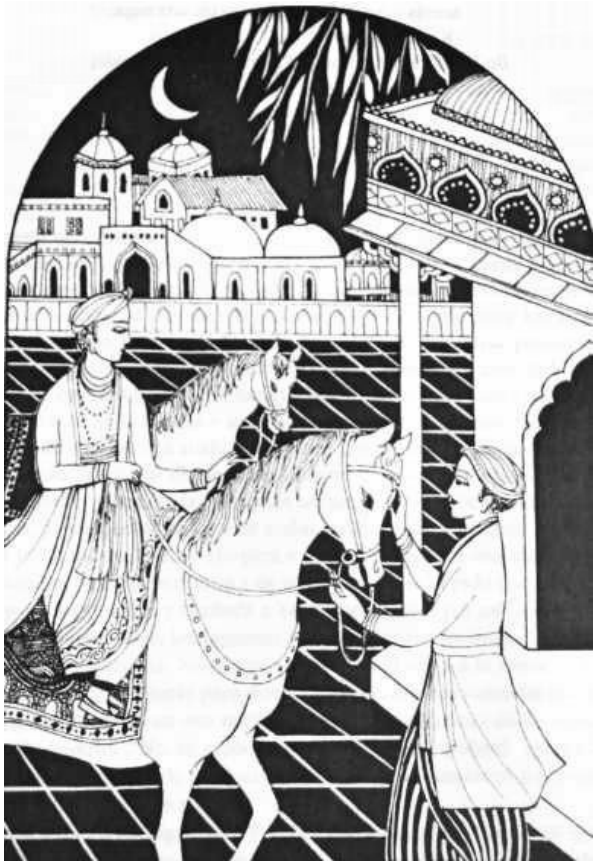
Channa asintió. Había preparado todo. Kanthaka ya estaba embridado y ensillado. Channa preguntó, “¿debo acompañarte, príncipe?”.

Siddhartha asintió y Channa entró en el establo en busca de su montura. Condujeron a los caballos fuera del terreno del palacio. Siddhartha se detuvo y acarició la crin de Kanthaka. Kanthaka, le dijo: “Esta noche es muy importante. Tienes que darme lo mejor

de ti en este viaje”.

Siddhartha montó a Kanthaka y Channa subió a su caballo. Iban al paso para no hacer ruido. Los guardias estaban profundamente dormidos. Traspasaron fácilmente las puertas de la ciudad. Cuando estaban a cierta distancia de Kapilavatthu, Siddhartha se giró para mirarla por última vez. En esa ciudad había nacido y crecido, había experimentado alegrías y tristezas, preocupaciones y aspiraciones. En esa misma ciudad dormían ahora sus seres queridos —su padre, Gotami, Yasodhara. Rahula y todos los demás—. Se dijo a sí mismo en voz baja: “Si no encuentro el camino, no regresaré a Kapilavatthu”.

Enfiló su caballo hacia el sur y
Kanthaka arrancó a todo galope.



*Tras preparar a Kanthaka
para un largo viaje,
Channa preguntó a
Siddhartha, “¿debo
acompañarte?”.*

Capítulo trece

LOS INICIOS DE LA PRÁCTICA ESPIRITUAL



A pesar de cabalgar sin descanso, no alcanzaron la frontera de Sakya hasta el amanecer. Ante ellos corría el río Anoma, cuyo curso siguieron hasta encontrar un lugar poco profundo donde vadearlo. Poco después llegaron a la entrada de un bosque. Un ciervo paseaba tranquilamente entre los árboles y los pájaros revoloteaban muy bajo. Ningún animal parecía sentirse perturbado por

la presencia humana. Siddhartha desmontó, sonrió y acarició la crin de Kanthaka.

“Kanthaka, eres estupendo. Me has ayudado a llegar hasta aquí y te lo agradezco”.

El caballo levantó la cabeza y miró afectuosamente a su amo. Siddhartha desenvainó la espada que llevaba atada a su silla y, tras sujetar sus largos cabellos con la mano izquierda, los cortó de un tajo. Channa bajó de su montura. Siddhartha le entregó su cabello y la espada y después se quitó el collar de piedras preciosas.

“Channa, entrega a mi padre este collar, esta espada y mi pelo y dile por favor que tenga fe en mí. No me he ido

para evitar egoístamente mis responsabilidades. Parto en nombre de todos vosotros y de todos los seres. Te pido que consueles al rey y a la reina en mi nombre y también a Yasodhara. Hazlo por mí”.

Channa cogió el collar; las lágrimas rodaban por sus mejillas. “Alteza, todos se entristecerán terriblemente. No sé qué voy a decir al rey y a la reina, ¡o a tu esposa Yasodhara! Alteza, ¿qué harás para dormir bajo los árboles como un asceta, cuando toda la vida has dormido en una mullida cama, arropado por cálidas mantas?”.

Siddhartha sonrió. “No te preocupes, Channa, me apañaré. Debes

regresar e informar a todo el mundo de mi decisión antes de que empiecen a preocuparse por mi ausencia. Ahora, déjame solo”.

Channa se enjugó las lágrimas. “Por favor, Alteza, permite que me quede contigo para servirte. ¡Ten compasión de mí y no me obligues a llevar tan tristes noticias a las personas que tanto aprecio!”.

Siddhartha le dio unos golpecitos en el hombro. “Channa, es preciso que regreses e informes a mi familia. Si realmente te preocupas por mí, haz lo que te digo. No te necesito aquí, Channa. ¡Ningún monje necesita un asistente personal! Por favor, ¡regresa a casa!”.

Channa obedeció a regañadientes.

Guardó cuidadosamente el collar y el cabello en el interior de su chaqueta y envainó la espada en la montura de Kanthaka. Después, agarrando con las dos manos el brazo de Siddhartha, le imploró: “Haré lo que tu digas pero por favor, Alteza, acuérdate de mí, acuérdate de todos nosotros. ¡No olvides regresar cuando encuentres el camino!”.

Siddhartha asintió ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora. Después acarició la cabeza de Kanthaka. “Kanthaka, amigo mío, vuelve a casa”.

Channa tomó las riendas de Kanthaka y montó su propio corcel. Kanthaka se giró para mirar a Siddhartha por última vez. Sus ojos estaban también llenos de lágrimas.

Siddhartha esperó a que Channa y los dos caballos desaparecieran de su vista antes de adentrarse en el bosque y comenzar su nueva vida. El cielo sería ahora su techo y el bosque, su hogar. Un sentimiento de tranquilidad y de satisfacción brotó en su interior. Justo en ese momento, un hombre salía del bosque. Vestía el hábito de un monje pero llevaba también un arco y una aljaba atada a su espalda.

“Eres cazador, ¿no es así?”, preguntó Siddhartha.

“Es cierto”, respondió el hombre.

“Si eres cazador, ¿por qué te vistes como un monje?”.

El cazador sonrió y dijo, “gracias a estos hábitos, los animales no me temen

y puedo matarles más fácilmente”.

Siddhartha sacudió la cabeza. “Entonces estás abusando de la compasión de los que siguen el camino espiritual. ¿Aceptarías cambiar tu hábito por mi ropa?”.

El cazador miró a Siddhartha, vestido con ropajes de inestimable valor.

“¿Deseas realmente hacerlo?”, preguntó el cazador.

“Absolutamente”, dijo Siddhartha. “Podrías vender estas prendas y obtener dinero suficiente para abrir un negocio y dejar de cazar. En cuanto a mí, deseo ser monje y necesito un hábito como el tuyo”.

El cazador estaba alborozado.

Después de intercambiar su hábito por las lujosas ropas de Siddhartha, se marchó a toda prisa. Siddhartha tenía ahora la apariencia de un verdadero monje. Se adentró en el bosque y buscó un árbol para sentarse a meditar, por primera vez, como un monje errante. Tras un largo día en el palacio y una noche de otoño a lomos de su corcel, Siddhartha experimentaba ahora una maravillosa tranquilidad. En su primera meditación pudo saborear y alimentar el sentimiento de alivio y libertad que le colmaba desde el momento en que se adentró en el bosque.

La luz del sol filtrándose entre los árboles vino a caer sobre las pestañas de Siddhartha. Al abrir los ojos vio a un

monje de pie, frente a él. Su rostro y su cuerpo estaban claramente marcados por una vida de austeridades. Siddhartha se levantó y juntó las palmas de las manos para saludarle. Le dijo que acababa de abandonar su hogar y que tenía intención de viajar hacia el sur hasta el centro espiritual del maestro Alara Kalama. Quería pedirle que le aceptara como discípulo.

El monje, que había estudiado con Alara Kalama, le informó de que el maestro acababa de abrir un centro al norte de la ciudad de Vesali donde más de cuatrocientos discípulos se habían reunido para escuchar su enseñanza. El monje conocía el camino y le dijo que estaría encantado de conducirle hasta

allí.

Los dos hombres anduvieron a través del bosque hasta el mediodía. El monje le enseñó cómo recoger frutos silvestres y plantas comestibles y le explicó que, cuando no encontrara esa clase de víveres, buscara raíces. Siddhartha sabía que habitaría mucho tiempo en los bosques, así que se interesó por los nombres de todas las plantas comestibles y tomó nota de cuanto el monje le decía. Siddhartha supo que su compañero de viaje era un asceta llamado Bhargava que se alimentaba solamente de frutos silvestres, plantas y raíces. Bhargava le dijo que el maestro Alara Kalama no era asceta pues, además de comer frutos

silvestres, sus monjes mendigaban comida y aceptaban los alimentos que los lugareños les ofrecían.

Nueve días después, llegaron al centro de Alara Kalama, ubicado en el interior de un bosque, cerca de Anupiya. El maestro Alara estaba impartiendo una enseñanza a más de cuatrocientos discípulos. Debía de tener unos setenta años y, aunque parecía delgado y frágil, sus ojos brillaban y su voz resonaba como un tambor de cuero. Siddhartha y su compañero permanecieron fuera del círculo de discípulos y escucharon el discurso en silencio. Cuando acabó de hablar, los discípulos se desperdigaron por el bosque para proseguir con la práctica. Siddhartha se le acercó y,

después de presentarse, dijo respetuosamente: “Venerable maestro, te ruego que me aceptes como unos de tus discípulos. Deseo vivir y estudiar bajo tu guía”.

El maestro observó atentamente a Siddhartha y finalmente dijo: “Siddhartha, te acepto complacido como discípulo. Puedes quedarte. Si practicas mis enseñanzas, alcanzarás el fruto en poco tiempo”.

Siddhartha se postró para expresar su gratitud.

El maestro Alara vivía en una choza de paja construida por sus discípulos. Las de sus seguidores estaban desperdigadas por el bosque. Aquella noche, Siddhartha buscó un

lugar suficientemente llano para dormir y usó la raíz de un árbol como almohada. Estaba agotado del largo viaje y durmió profundamente hasta la mañana. Cuando se despertó, el sol ya estaba alto y el canto de los pájaros inundaba el bosque. Se sentó. Los otros monjes habían acabado su meditación matinal y se disponían a bajar a la ciudad para mendigar comida. A Siddhartha le dieron un cuenco y le enseñaron cómo mendigar.

Siguiendo el ejemplo de los otros monjes, cogió su cuenco y entró con ellos en la ciudad de Vesali. Practicando la mendicidad por primera vez, Siddhartha se sorprendió al constatar lo mucho que la vida del monje dependía

de la laicidad para su sustento. Aprendió la manera de sostener el cuenco, de caminar, de permanecer de pie, de recibir los ofrecimientos de comida y de recitar las oraciones para dar las gracias a quienes hicieran las ofrendas. Aquel día, Siddhartha recibió un poco de arroz con salsa de curry.

Regresó al bosque con sus nuevos compañeros para comer. Cuando acabó, fue a solicitar instrucción espiritual al maestro Alara. Le encontró sentado en profunda meditación. Siddhartha se sentó en silencio frente a él y trató de concentrarse. Después de un largo rato, Alara abrió los ojos. Siddhartha se postró y pidió al maestro que le instruyera.

Alara habló al nuevo monje sobre la fe y la diligencia y le enseñó cómo utilizar la respiración para desarrollar la concentración.

“Mi enseñanza no es una simple teoría. El conocimiento surge de la experiencia directa y no de argumentos conceptuales. Para alcanzar los distintos estadios de la meditación debes deshacerte de todos los pensamientos del pasado y del futuro y concentrarte sólo en la liberación”.

Siddhartha preguntó cómo controlar el cuerpo y las sensaciones y, después de darle las gracias respetuosamente, se alejó lentamente en busca de un lugar para practicar. Siddhartha se hizo una pequeña choza con ramas y hojas bajo

un árbol *sal*. Practicaba diligentemente y, cada cinco o seis días, pedía consejo a Alara sobre cualquier dificultad que pudiera experimentar en la meditación. En poco tiempo, Siddhartha progresó considerablemente.

Sentado en meditación, pudo liberar los pensamientos e incluso el apego a su pasado y futuro alcanzando un estado de maravillosa serenidad y éxtasis. Pero sentía que las semillas del pensamiento y del apego estaban todavía presentes en él. Varias semanas más tarde, Siddhartha alcanzó un estado más profundo de meditación; las semillas del pensamiento y del apego se disolvieron. En el siguiente estadio, el éxtasis y el no-éxtasis dejaron de existir. Era como

si las cinco puertas de la percepción sensorial se hubieran cerrado completamente, su corazón estaba tan sereno como un lago en un día sin viento.

Cuando presentó los frutos de su práctica al maestro, Alara estaba impresionado. Le dijo a Siddhartha que había hecho extraordinarios progresos en poco tiempo y le enseñó cómo lograr el estado meditativo llamado “el reino del espacio sin límite”. En él, la mente se vuelve una con el infinito, todos los fenómenos materiales y visuales dejan de manifestarse y el espacio es percibido como la fuente ilimitada de todas las cosas.

Siddhartha siguió las instrucciones

de su maestro y concentró sus esfuerzos en alcanzar dicho estado. En menos de tres días había logrado su propósito. Pero Siddhartha sentía que la experiencia del espacio infinito no le liberaba de sus ansiedades y tristezas más profundas. Tenía todavía interferencias, así que volvió a visitar a Alara para pedirle consejo. El maestro le dijo: “Debes pasar a la etapa siguiente. ‘El reino del espacio sin límite’ tiene la misma esencia que tu mente. No es un objeto de tu conciencia, sino tu conciencia misma. Ahora debes experimentar ‘el reino de la conciencia sin límite’”.

Siddhartha regresó a su choza en el bosque y, en sólo dos días, alcanzó el

logro de “el reino de la conciencia sin límite”. Veía que su mente estaba presente en cada fenómeno del universo pero sus aflicciones y ansiedades más profundas continuaban oprimiéndole. Siddhartha fue a ver al maestro una vez más y le explicó su dificultad. Alara le miró con profundo respeto y dijo, “estás muy cerca de la meta final. Regresa a tu choza y medita en la naturaleza ilusoria de los fenómenos. Todo el universo es creación de la mente. La mente es la fuente de todos los fenómenos. Forma, sonido, olor, sabor y percepción táctil —como calor y frío, duro y blando— son creaciones de la mente. No existen tal como las concebimos habitualmente. Nuestra conciencia es como el pintor

que, con su arte, da vida a los fenómenos. Cuando alcances el estado de “el reino de la no-materialidad”, habrás tenido éxito. El “reino de la no-materialidad” es el estado en el que vemos que ningún fenómeno existe fuera de la mente”.

El joven monje juntó las palmas de las manos para expresar su gratitud al maestro y volvió a su rincón del bosque.

Durante su estancia en el centro del maestro Alara Kalama, Siddhartha conoció a muchos monjes. Todo el mundo se sentía atraído por su carácter bondadoso y agradable. A menudo, cuando salía de la meditación, encontraba algo de comida a la puerta de su choza, unos plátanos o una bola de

arroz, que algún monje le había ofrecido secretamente. Más de uno quería hacerse amigo de Siddhartha para aprender de él ya que el maestro Alara había ensalzado en varias ocasiones su espectacular progreso.

Una vez, el maestro Alara preguntó a Siddhartha sobre su pasado y supo de su vida principesca. Pero cuando los monjes le preguntaban sobre su pasado real, Siddhartha sonreía y respondía modestamente: “No es nada importante. Hablemos, si os parece, de nuestras experiencias en la práctica del camino”.

En menos de un mes, Siddhartha alcanzó “el estado del reino de la no-materialidad”. Las siguientes semanas las dedicó a hacer uso del nuevo estado

de conciencia para disolver las obstrucciones más profundas en su mente y corazón. No obstante, aunque el reino de la no-materialidad era un profundo estado de meditación, tampoco servía para su propósito. Finalmente, volvió a pedir consejo al maestro Alara Kalama.

Alara Kalama se sentó y escuchó atentamente a Siddhartha. Sus ojos brillaban. Expresando un profundo respeto, le elogió diciendo: “Monje Siddhartha, tienes un don excepcional. Has alcanzado el nivel más alto de mi enseñanza. Todo lo que yo he logrado, lo has logrado tú también. Unámonos para guiar y dirigir esta comunidad de monjes”.

Siddhartha permaneció callado contemplando la propuesta de Alara. El reino de la no-materialidad era, en efecto, un precioso fruto de la meditación, pero no resolvía el problema fundamental del nacimiento y la muerte ni tampoco liberaba completamente del sufrimiento y la ansiedad; no conducía a la liberación total. Siddhartha no deseaba convertirse en el líder de una comunidad, sino encontrar el camino de la verdadera liberación.

Juntó las palmas de las manos y respondió. “Venerable maestro, el estado de “el reino de la no-materialidad” no es la meta suprema que busco. Por favor, acepta mi gratitud por

tu apoyo y atención, pero ahora debo pedirte permiso para abandonar la comunidad con el fin de buscar el camino en otro lugar. Estos meses me has instruido con todo tu corazón y te estaré eternamente agradecido”.

El maestro Alara Kalama parecía decepcionado pero Siddhartha estaba decidido. Al día siguiente, se puso de nuevo en camino.

Capítulo catorce

AL OTRO LADO DEL GANGES



SIDDHARTHA atravesó el río Ganges, también conocido como Ganga, y se adentró en el reino de Magadha, una región famosa por sus maestros espirituales realizados. Estaba decidido a encontrar a un ser capaz de enseñarle cómo conseguir control sobre el nacimiento y la muerte. Casi todos los maestros espirituales vivían en montañas o bosques apartados. Un mes

tras otro, a pleno sol o bajo la lluvia, Siddhartha recorrió infatigablemente grandes distancias en su busca.

Conoció a ascetas que se negaban a llevar ropa y a otros que rehusaban los ofrecimientos de comida, viviendo solamente de frutos silvestres, plantas y raíces que crecían en los bosques. Creían que exponiendo sus cuerpos a los elementos y soportando austeridades extremas entrarían en el Paraíso después de la muerte.

Un día, Siddhartha les dijo: “Aunque renazcáis en el Paraíso, el sufrimiento de la Tierra seguirá siendo el mismo. La búsqueda del camino consiste en hallar una solución a los sufrimientos de la vida y no en tratar de

escapar de la vida. Es cierto que no se puede lograr gran cosa abusando de los placeres sensuales, pero mortificar el cuerpo tampoco es útil para nuestro propósito”.

Siddhartha continuó su búsqueda. Su poder de concentración en la meditación aumentaba, pero todavía no era capaz de liberarse del ciclo de nacimiento y muerte. Los meses pasaban deprisa. Hacía tres años que había abandonado su hogar. A veces, mientras meditaba sentado en el bosque, surgían en su mente imágenes de su padre, Yasodhara y Rahula, y de su niñez y juventud. A veces le resultaba difícil controlar su impaciencia y su desánimo pero su convencimiento de que un día

hallaría el camino permanecía inamovible.

Durante un periodo, Siddhartha vivió solo en las colinas de Pandava, cerca de Rajagaha, la capital. Un día, cogió su cuenco y bajó a la ciudad para mendigar. Su andar era lento y dignificado, su semblante sereno y resuelto. La gente en las calles se detenía para admirar al monje que caminaba con la elegante prestancia de un león. El rey Bimbisara de Magadha, que en ese preciso momento pasaba por ahí en su carruaje real, ordenó al cochero que se detuviera para observarle detenidamente. Pidió a su asistente que le ofreciera comida al monje y que le siguiera para saber

dónde vivía.

Esa misma tarde, el rey Bimbisara fue a visitar a Siddhartha. Dejando su carruaje al pie de la colina, subió con uno de sus asistentes. Cuando vio al monje sentado bajo un árbol, se acercó para saludarle.

Siddhartha se levantó. El atuendo de su visitante le revelaba que era el rey de Magadha. Tras saludarle juntando las palmas de las manos, le invitó a sentarse en una roca frente a él.

El rey Bimbisara estaba visiblemente impresionado por el noble porte y la digna conducta del monje. “Soy el rey de Magadha”, dijo, “y deseo invitarte a que vengas a vivir conmigo a la capital. Me complacería mucho

tenerte junto a mí para beneficiarme de tu enseñanza y virtud. Estoy seguro de que con tu ayuda el reino de Magadha viviría en paz y prosperidad”.

Siddhartha sonrió. “Gran rey, estoy acostumbrado a vivir en el bosque”.

“Esta vida es demasiado dura. No tienes cama, ni un sirviente que te asista. Si aceptas venir a la ciudad, tendrás tu propio palacio. Por favor, regresa conmigo para impartir tu enseñanza”.

“Gran rey, la vida de palacio no va conmigo. Me esfuerzo por encontrar un camino de liberación del sufrimiento para mí y para todos los seres y la vida que me propones no es compatible con la búsqueda sincera de este monje”.

“Todavía eres joven, como yo.

Necesito un amigo de confianza. Cuando te vi, sentí una conexión natural contigo. Acompáñame. Si aceptas, compartiré mi reino contigo y, cuando seas viejo, podrás regresar a tu vida de monje. No será demasiado tarde”.

“Agradezco tu generosa oferta pero no tengo más que un deseo en la vida: hallar el camino que libere a todos los seres del sufrimiento. El tiempo pasa rápidamente. Gran rey, si ahora no aprovecho la fuerza y la energía de la juventud, cuando llegue a viejo sentiré un profundo arrepentimiento. La vida es muy frágil —la enfermedad o la muerte pueden sorprendemos en cualquier momento—. Las llamas de la agitación causadas por el apego, el enfado, el

odio, la pasión, los celos y el orgullo siguen ardiendo en mi corazón. La liberación de todos los seres será posible cuando descubra el gran camino. Si realmente sientes afecto por mí, permíteme proseguir la búsqueda”.

El rey Bimbisara estaba aún más impresionado. Dijo, “escuchar tus palabras tan llenas de determinación me conmueve. Querido monje, permíteme que te pregunte de dónde eres y cuál es el nombre de tu familia”.

“Gran rey, soy del reino de Sakya. Mi nombre de familia es Sakya. Mi padre es el rey Suddhodana que gobierna actualmente en Kapilavatthu y mi madre era la reina Mahamaya. Yo era el príncipe heredero del trono, pero mi

deseo de ser monje para buscar el camino me obligó a abandonar a mis padres, esposa e hijo hace ya más de tres años”.

El rey Bimbisara estaba estupefacto. “Entonces, ¡tú también eres de sangre real! Me siento extremadamente honrado de conocerte, ¡noble monje! Hace tiempo que las familias reales de Sakya y Magadha mantienen estrechas relaciones. Que estúpido he sido animándote a que regreses conmigo e intentando impresionarte con mi posición y riqueza. Por favor, perdóname. Deja que te pida sólo esto: ven de vez en cuando a visitarme al palacio y permíteme que te haga ofrecimientos de comida. Cuando

encuentres el gran camino, vuelve para enseñarme como a un discípulo. ¿Me lo prometes?”.

Siddhartha junto las palmas de las manos y respondió: “Prometo que cuando encuentre el camino regresaré para compartirlo contigo, Alteza”.

El rey Bimbisara se inclinó profundamente ante Siddhartha. Después, descendió la colina con su asistente.

Más tarde, ese mismo día, el monje Gautama abandonó definitivamente aquel lugar temiendo que el joven rey, con sus visitas y ofrecimientos, interrumpiera su retiro. Dirigiéndose hacia el sur, buscó otro lugar favorable para la práctica. Había oído hablar del

centro espiritual de Uddaka Ramaputta, un gran maestro de quien se decía que había alcanzado niveles muy profundos de comprensión. Trescientos monjes vivían como residentes en su centro, situado a poca distancia de Rajagaha, y otros cuatrocientos discípulos practicaban en las cercanías del lugar. Siddhartha se encaminó hacia allí.



*El rey Bimbisara estaba
visiblemente impresionado
por el noble porte y la*

digna conducta del monje.

Capítulo quince

EL ASCETA DEL BOSQUE



EL maestro Uddaka, de setenta y cinco años de edad, era venerado por todos como un dios viviente. Uddaka exigía que sus discípulos comenzaran por los niveles más elementales de la práctica, así que Siddhartha comenzó de nuevo con las técnicas de meditación más simples. No obstante, en pocas semanas, demostró a su maestro que ya había alcanzado el reino de la no-materialidad. Impresionado, el maestro

Uddaka vio en este joven de noble porte un heredero potencial y le instruyó con el máximo interés.

“Monje Siddhartha Gautama, en el estado de la no-materialidad, la vacuidad no es lo mismo que el espacio vacío ni tampoco es lo que normalmente llamamos conciencia. Lo que resta es la percepción y el objeto de la percepción. Así pues, el camino de la liberación es trascender toda percepción”.

Siddhartha preguntó respetuosamente: “Maestro, si se elimina la percepción, ¿qué queda? ¿En qué nos diferenciamos entonces de un trozo de madera o de una roca?”.

“Un trozo de madera o una roca no existen sin la presencia de una

percepción exterior. Los objetos inanimados son proyecciones de la mente. Tienes que lograr un estado de conciencia donde ambos, percepción y no-percepción, sean eliminados. Éste es el estado de ni percepción ni no-percepción. Ahora, joven discípulo, concéntrate en alcanzar este logro”.

Siddhartha reanudó su meditación y, en sólo quince días, realizó el *Samadhi* llamado ni percepción ni no-percepción. Dicho estado le permitía trascender todos los niveles ordinarios de conciencia. Sin embargo, a pesar de ser una experiencia extraordinaria y sumamente apacible, no proporcionaba una solución al problema de la vida y la muerte; no era la llave de la

comprensión de la realidad.

Cuando Siddhartha visitó de nuevo al maestro Uddaka Ramaputta, éste le felicitó calurosamente y, tomando la mano de su discípulo entre las suyas, le dijo: “Monje Gautama, eres el mejor estudiante que jamás he tenido. Has progresado enormemente en muy poco tiempo y has alcanzado el nivel más alto de mi enseñanza. Soy viejo y pronto abandonaré este mundo. Si te quedas conmigo, dirigiremos juntos esta comunidad y, cuando muera, tú serás el maestro espiritual”.

Una vez más, Siddhartha declinó educadamente la oferta. Sabía que el estado de ni percepción ni no-percepción no ofrecía la liberación de la

muerte y el nacimiento; tenía que continuar con su búsqueda. Expresó su más profunda gratitud al maestro y a la comunidad de monjes y se despidió. Todo el mundo le apreciaba mucho y fue triste verle partir.

Durante su estancia en el centro de Uddaka Ramaputta, Siddhartha trabajó amistad con un joven monje llamado Kondanna que le admiraba enormemente y le consideraba como un maestro. Siddhartha era el único estudiante en la comunidad que había alcanzado el estado de la no-materialidad así como el estado de ni percepción ni no-percepción. Kondanna sabía que el maestro consideraba a Siddhartha digno de ser su heredero espiritual. Él mismo

sentía crecer su fe en la práctica con sólo mirarle. A menudo se acercaba a Siddhartha para aprender de él y, con el tiempo, un vínculo especial se estableció entre ambos. Kondanna, sentía mucho que su amigo se marchara. Le acompañó hasta el pie de la montaña y esperó a que desapareciera en el horizonte antes de regresar junto a su comunidad.

Siddhartha había aprendido mucho de los dos maestros de meditación, considerados como los mejores del país. No obstante, el problema fundamental de la liberación del sufrimiento ardía todavía en su interior. Comprendiendo que no aprendería mucho más de los otros sabios de la tierra, decidió buscar

la llave de la Iluminación por su cuenta.

Caminando lentamente hacia el oeste, entre campos de arroz y a través de extensas lagunas y numerosos arroyos, Siddhartha llegó al río Neranjara. Después de vadearlo, se dirigió a la montaña Dangsi, a medio día de camino del pueblo de Uruvela, donde las escarpadas y rocosas pendientes ocultaban numerosas cuevas. Siddhartha decidió instalarse en una de ellas hasta que descubriera el camino a la liberación y aprovechó para practicar todas las técnicas que había aprendido durante más de cinco años. Recordó que había aconsejado a los ascetas que no abusaran de su cuerpo, diciéndoles que eso sólo incrementaría el sufrimiento del

mundo. Pero ahora se replanteaba la cuestión: “No es posible encender el fuego con madera verde y húmeda. Con el cuerpo ocurre lo mismo. Si los deseos físicos no se controlan, es difícil que el corazón alcance la iluminación. Practicaré la penitencia para alcanzar el estado liberado”.

Así pues, el monje Gautama comenzó un periodo de ascetismo extremo. En noches oscuras, se sentaba en lo más profundo del bosque y permanecía quieto hasta el amanecer, incluso cuando le dominaba el pánico. Cuando un ciervo se acercaba resoplando, el miedo le decía que los demonios venían a matarle, pero no se movía. Cuando un pavo real quebraba

con su paso alguna rama seca, el miedo le decía que era una serpiente pitón descendiendo de un árbol, pero no se movía. Incluso cuando el pánico le atormentaba como la picadura de mil hormigas rojas, no se movía.

Siddhartha se esforzaba por superar todos sus miedos físicos creyendo que su mente rompería las cadenas del sufrimiento si el cuerpo se liberaba de la esclavitud del temor. A veces empleaba la fuerza de voluntad para sofocar el miedo y el horror y no se movía aunque el sudor frío empapara todo su cuerpo. Otras, retenía la respiración durante mucho rato hasta que un rugido, como el del trueno o el de un homo ardiendo, aporreaba sus oídos.

Entonces sentía como si alguien le partiera con un hacha la cabeza en dos. A veces imaginaba su cabeza estrujada por una banda de acero y su estómago, abierto de un tajo como el de una cabra a manos de un carnicero. En ocasiones, sentía que su cuerpo se asaba en el fuego. A través de estas prácticas austeras, pudo consolidar su coraje y disciplina y aprendió a soportar dolores físicos indecibles. No obstante, su corazón seguía sin conocer la paz.

El monje Gautama practicó la mortificación durante seis meses. Al principio estaba solo pero, al cuarto mes, se unieron a él cinco discípulos del maestro Uddaka Ramaputta encabezados por su viejo amigo Kondanna.

Siddhartha se alegró de verle de nuevo. Un mes después de su partida del centro de meditación, Kondanna alcanzó también el estado de ni percepción ni de no-percepción y, viendo que no aprendería nada nuevo del maestro Uddaka, persuadió a cuatro amigos para que partieran con él en busca de Siddhartha. Habían tardado varias semanas en encontrarle. Tras expresar su deseo de permanecer y practicar con él, Siddhartha, les explicó por qué exploraba el camino de la mortificación y cuáles eran las austeridades que deberían soportar, pero los cinco jóvenes, Kondanna, Vappa, Bhaddiya, Assaji y Mahamana, decidieron quedarse. Cada monje se instaló en una

cueva y, todos los días, uno de ellos iba a la ciudad a mendigar comida. Después dividían los alimentos en seis partes de manera que todos ellos disfrutaran diariamente de una alimentación frugal pero suficiente.

Pasaron los días y los meses, y los seis monjes estaban cada vez más delgados y demacrados. Dejaron la montaña y se dirigieron hacia el pueblo de Uruvela, a orillas del Neranjara, donde prosiguieron con su práctica. Pero las austeridades de Siddhartha empezaron a alarmar incluso a sus cinco compañeros que ya no eran capaces de seguirle. Siddhartha dejó de bañarse en el río e incluso de tomar su porción de comida. Algunos días, comía solamente

una guayaba arrugada que encontraba por casualidad en el suelo, o un trozo seco de estiércol de búfalo. Su cuerpo se había consumido terriblemente —su carne era poco más que pellejo colgando de unos huesos que sobresalían exageradamente—. No se había cortado el pelo ni la barba durante los seis meses y, cuando se frotaba la cabeza, se le caía el cabello a mechones como si ya no quedara espacio para crecer en el poco de carne que le quedaba todavía adherida al cráneo.

Un día, mientras practicaba la meditación sentado en un cementerio, vio con absoluta claridad que la práctica de la penitencia no era el camino a seguir. Tras permanecer todo el día

sentado bajo un sol ardiente, la brisa del atardecer sobre su piel le resultó deliciosamente refrescante, y un bienestar que no había experimentado en mucho tiempo invadió su mente. Comprendió entonces que el cuerpo y la mente formaban una realidad inseparable. La paz y el bienestar del cuerpo estaban directamente relacionados con la paz y el bienestar de la mente. Maltratar el cuerpo era maltratar la mente.

Recordó la primera vez que se sentó en meditación bajo la fresca sombra de un *yambo*, durante la celebración del primer día de labranza. Tenía entonces nueve años y la refrescante tranquilidad de aquella

meditación le había aportado claridad y serenidad. Recordó asimismo su primera meditación como monje errante, en el bosque, justo después de que Channa se despidiera. Pensó en sus primeros días junto al maestro Alara Kalama —esas sesiones iniciales de meditación habían nutrido su mente tanto como su cuerpo, procurándole una profunda capacidad de concentración—. Pero, después, Alara Kalama le había aconsejado que trascendiera las alegrías de la meditación para alcanzar los estados existentes más allá del mundo material, como el de los reinos del espacio sin límite y de la conciencia sin límite, y el estado de la no-materialidad. Más tarde, había conocido el estado de

ni percepción ni no-percepción. Pero la meta había sido siempre hallar un modo de escapar del mundo de la sensación y del pensamiento, del mundo de la sensación y de la percepción. “¿Por qué seguir solamente las tradiciones que recogen las escrituras?”, se dijo Siddhartha. “¿Por qué temer el alegre sosiego que trae la meditación? Tales alegrías no tienen nada en común con las cinco categorías del deseo que oscurecen la conciencia. Por el contrario, la alegría de la meditación puede alimentar el cuerpo y la mente y aportar la fortaleza necesaria para avanzar en el Camino a la Iluminación”.

El monje Gautama se propuso recobrar la salud y emplear la

meditación para nutrir la mente y el cuerpo. Volvería a mendigar y sería su propio maestro sin depender de las enseñanzas de nadie. Feliz con esta decisión, se tendió sobre un montículo de tierra y se quedó apaciblemente dormido. La luna llena acababa de salir y la Vía Láctea se extendía clara y radiante sobre un cielo completamente despejado.

A la mañana siguiente, el monje Gautama se despertó con el trinar de los pájaros. Se levantó y recordó las decisiones que había tomado la víspera. Estaba sucio y lleno de polvo y su hábito, tan gastado y raído que apenas le cubría. Recordó haber visto un cadáver en el cementerio el día anterior y se dijo

que ese cuerpo ya no necesitaría aquella tela de color ladrillo. Se acercó a él y, reflexionando serenamente sobre el nacimiento y la muerte, tomó la tela que lo cubría. El cuerpo era el de una mujer joven y estaba hinchado y descolorido. Siddhartha emplearía la tela azafrán como hábito.

Caminó hasta el río para bañarse y lavar la tela. Siddhartha encontró el agua irresistiblemente refrescante. Disfrutó de la agradable sensación de la corriente sobre la piel, aceptándola con un nuevo estado mental. Tomó un baño largo y después lavó y escurrió su nuevo hábito. No obstante, cuando trató de salir del agua, le flaquearon las fuerzas. No tenía energía suficiente para subir a

la orilla. Permaneció en calma y respiró serenamente. A un lado, la rama de un árbol se reclinaba sobre el río; sus hojas rozaban la superficie del agua. Anduvo lentamente hasta allí y se apoyó en ella para salir del agua.

Exhausto, se sentó en la orilla a descansar. El sol se encaramaba hacia lo alto. Siddhartha extendió la tela sobre la hierba. Cuando estuvo seca, se envolvió en ella y se puso en camino hacia el pueblo de Uruvela. No obstante, apenas había recorrido la mitad del trayecto, las fuerzas le abandonaron de nuevo y se desmayó.



*Pero cuando Siddhartha
trató de salir del agua, le
flaquearon las fuerza*

Permaneció inconsciente hasta que lo descubrió Sujata, una niña del pueblo, de trece años de edad, a quien su madre había enviado con una bandeja de arroz con leche, pasteles y semillas de loto para ofrecer a los dioses del bosque. Cuando Sujata vio al monje yaciendo en el camino, inconsciente y apenas respirando, se arrodilló a su lado y le acercó un cuenco de leche a los labios. Sabía que era un asceta que se había desmayado a causa de su debilidad

física.

En cuanto las gotas de leche humedecieron su lengua y garganta, Siddhartha recobró el conocimiento. Saboreó a pequeños sorbos la bebida hasta vaciar el cuenco. La encontró sumamente refrescante. Después, respiró varias docenas de veces y, cuando se sintió con energía para incorporarse, hizo señas a Sujata para que le sirviera otro cuenco de leche. El líquido restableció sus fuerzas con sorprendente rapidez. Aquel día, Siddhartha decidió abandonar las austeridades y buscar el frescor del bosque, al otro lado del río, para proseguir con la práctica.

Durante los días que siguieron, Siddhartha empezó a beber y a comer

progresivamente. Unas veces, Sujata le traía ofrecimientos de comida, otras veces, tomaba su cuenco y se iba al pueblo a mendigar. Todos los días practicaba la meditación caminando por la orilla del río y el resto del tiempo lo dedicaba a la meditación sentada. Por las tardes, se bañaba en las aguas del Neranjara. Había dejado de depender de la tradición y de las sagradas escrituras para encontrar el camino y se remitía a sí mismo para aprender de sus propios éxitos y fracasos. Permitía que la meditación nutriera su mente y su cuerpo mientras un sentimiento de paz y tranquilidad crecía en su interior. No trataba de apartarse de las sensaciones y las percepciones ni tampoco pretendía

escapar de ellas; permanecía simplemente en un estado de atención plena para observarlas en cuanto surgieran.

Siddhartha abandonó el deseo de escapar del mundo fenoménico y, al regresar a sí mismo, comprendió que estaba completamente presente en el mundo de los fenómenos. Una respiración, el canto de un pájaro, una hoja, un rayo de sol —todos ellos eran objetos válidos de meditación—. Comprendió que la llave de la liberación yacía en cada respiración, en cada paso, en cada guijarro del camino.

El monje Gautama pasó de la meditación en el cuerpo a la meditación en las sensaciones, y de ésta a la

meditación en las percepciones incluyendo todos los pensamientos que surgían y se desvanecían en su mente. Vio la unidad de cuerpo y mente y la presencia de toda la sabiduría del universo en cada una de las células de su cuerpo. Vio que le bastaba observar profundamente una partícula de polvo para ver el verdadero rostro de la totalidad del universo; vio que esa mota de polvo era en sí misma el universo y que si no existiera, el universo tampoco existiría. El monje Gautama trascendió la idea de una entidad separada, el *atman*, y comprendió que hasta entonces había estado dominado por una visión falsa, tal como se exponía en los Vedas. En realidad, todas las cosas existían sin

una entidad separada. La no-entidad o *anatman* era la naturaleza de toda la existencia. No obstante, *anatman* no era sólo un término para describir una nueva entidad sino un rayo que destruía las visiones erróneas. Con la no-entidad, Siddhartha era como un general blandiendo la afilada espada de la visión penetrante en el campo de batalla de la meditación. Día y noche se sentaba bajo el árbol *pippala*, mientras nuevos niveles de conciencia se despertaban continuamente como resplandecientes relámpagos.

Mientras tanto, los cinco amigos de Siddhartha perdieron fe en él. Le habían visto comiendo ofrecimientos de comida a orillas del río, hablando y sonriendo a

una muchacha, tomando leche y arroz y llevando su cuenco al pueblo. Kondanna dijo a los demás, “ya no podemos confiar en Siddhartha. Ha abandonado su búsqueda y ahora sólo le interesa alimentar su cuerpo. Debemos dejarle y buscar otro lugar donde proseguir con nuestra práctica. No veo razón alguna para continuar aquí”.

Siddhartha advirtió la ausencia de sus cinco amigos sólo después de que hubieran partido. Animado por los nuevos descubrimientos, había consagrado todo su tiempo a la meditación y no les había explicado aún lo que estaba viviendo. Pensó: “Mis amigos no me han comprendido, pero eso no ha de preocuparme ahora. He de

concentrarme plenamente en la búsqueda del camino verdadero y, cuando lo haya encontrado, lo compartiré con ellos”.

Durante ese periodo de grandes progresos espirituales, Siddhartha conoció a Svasti, el joven cuidador de búfalos de once años. Siddhartha aceptaba con gratitud los haces de hierba fresca que el chico le ofrecía. Aunque Sujata, Svasti y sus amigos eran sólo niños, Siddhartha compartía con ellos sus descubrimientos espirituales, constatando que, aunque iletrados, comprendían fácilmente su enseñanza. Siddhartha se sentía inmensamente animado, pues sabía que la puerta de la Iluminación completa se abriría pronto de par en par. Sentía que tenía en sus

manos la maravillosa llave del camino
—la verdad de la interdependencia y la
naturaleza sin entidad de todas las cosas
—.

Capítulo dieciséis

¿ESTABA YASODHARA REALMENTE DORMIDA?



SVASTI pertenecía a una familia pobre. No había tenido oportunidad de ir a la escuela. Sujata le había dado algunas lecciones básicas, pero le faltaba todavía habilidad para expresarse. Cuando narraba su encuentro con el Buda, no encontraba a veces las palabras adecuadas. Sus oyentes, no obstante, le ayudaban. Además de Ananda y Rahula, otras dos personas

fueron a escuchar su relato: una monja mayor llamada Mahapajapati y Assaji, un monje de unos cuarenta años.

Rahula les presentó. Svasti se sintió profundamente conmovido al saber que Mahapajapati era la reina Gotami, la tía del Buda que cuidó de Siddhartha desde niño y la primera mujer aceptada como monja en la Sangha. Mahapajapati era ahora abadesa, con más de setecientas monjas a su cargo y venía desde el norte para hablar con el Buda sobre los preceptos de las monjas. La abadesa había llegado la víspera y su nieto Rahula, sabiendo lo mucho que disfrutaría escuchando la historia de Svasti, la había invitado a unirse al grupo. Svasti recordaba

perfectamente todo lo que el Buda le había contado de ella y, con el corazón lleno de afecto y admiración, juntó las palmas de las manos y se inclinó respetuosamente ante ella. Mahapajapati miró a Svasti con el mismo afecto que brindaba a su nieto.

Rahula le presentó también a Assaji. Los ojos de Svasti se encendieron al saber que era uno de los cinco amigos que practicaron la mortificación con el Buda cerca de Uruvela. El Buda le había dicho entonces que sus amigos le abandonaron cuando le vieron renunciar a la práctica de las austeridades. ¿Cómo había llegado Assaji a ser un discípulo del Buda? Se lo preguntaría más tarde a

Rahula.

La monja Gotami ayudaba todo lo que podía a Svasti en sus esfuerzos por relatar su historia. La abadesa hacía preguntas sobre detalles que a él no le parecían importantes pero que, para ella, eran obviamente de gran interés. Mahapajapati preguntó dónde cortaba la hierba *kusa* que ofrecía al Buda para el cojín de meditación y con cuánta frecuencia le proporcionaba un nuevo haz de hierba. Deseaba saber también si, después de entregar la hierba al Buda, los búfalos tenían todavía suficiente comida para la noche. Y preguntó asimismo si el propietario de los búfalos le había pegado alguna vez.

Quedaba mucho por contar, pero

Svasti pidió permiso para continuar su relato al día siguiente. No obstante, antes de despedirse, preguntó a la monja Gotami si podía hacerle algunas preguntas que, durante diez años, habían permanecido sin respuesta en su corazón. Ella le sonrió y dijo, “adelante, pregunta. Si puedo contestarte, estaré encantada de hacerlo”.

Svasti deseaba saber varias cosas. En primer lugar, ¿estaba Yasodhara realmente dormida la noche que Siddhartha abandonó el palacio o sólo lo pretendía? Svasti quería saber también lo que el rey, la reina y Yasodhara pensaron y dijeron cuando Channa regresó con la espada, el collar y el cabello de Siddhartha. ¿Qué sucedió

en la vida de la familia del Buda durante los seis años de su ausencia? ¿Quién fue el primero en conocer la noticia de que el Buda había alcanzado el Camino? ¿Quién le saludó primero a su regreso? ¿Fue toda la ciudad a darle la bienvenida cuando volvió a Kapilavatthu?

“¡Realmente tienes un montón de preguntas!”, exclamó la monja Gotami sonriendo afectuosamente a Svasti. “Deja que trate de responder brevemente. Primero de todo, ¿estaba Yasodhara realmente dormida o no? Si quieres saberlo con certeza, tendrás que preguntárselo a ella pero no creo que durmiera. Fue Yasodhara quien preparó la ropa, el turbante y los zapatos de

Siddhartha. Le dijo a Channa que ensillara y preparara a Kanthaka. Sabía que el príncipe partiría aquella misma noche. ¿Cómo podría dormir? Estoy convencida de que sólo lo pretendió para evitar a ambos una separación demasiado desgarradora. Aún no conoces a Yasodhara, Svasti, pero la madre de Rahula es una mujer con una gran determinación. Comprendió el propósito de Siddhartha y le ofreció calladamente su sincero apoyo. Lo sé mejor que nadie porque, después de Siddhartha, yo era la persona más próxima a Yasodhara.

La monja Gotami contó que, a la mañana siguiente, cuando se supo que Siddhartha había partido, todo el

palacio excepto Yasodhara entró en estado de shock. El rey Suddhodanna, encolerizado, gritaba y culpaba a todo el mundo por no haber evitado la huida del príncipe. La reina Gotami corrió enseguida en busca de Yasodhara, a quien halló sentada, llorando calladamente. Partidas oficiales de búsqueda salieron a caballo en las cuatro direcciones con órdenes de regresar con el príncipe. La que se dirigía hacia el sur se encontró con Channa, que regresaba al palacio con el caballo de Siddhartha. Channa les impidió continuar, diciendo, “dejad que el príncipe siga su búsqueda espiritual. Yo ya he llorado y le he suplicado, pero su decisión de encontrar el camino de la

liberación es inamovible. De todas forma, se encuentra en los espesos bosques del país vecino donde no tenéis derecho a perseguirle”.

Cuando Channa regresó al palacio, inclinó tres veces la cabeza hasta el suelo como signo de remordimiento y presentó la espada, el collar y el pelo de Siddhartha ante el rey, que se encontraba en compañía de la reina Gotami y de Yasodhara. Al ver sus lágrimas, el rey no le reprendió pero exigió que le explicara con todo detalle todo lo que había sucedido. Después, le dijo que entregara la espada, el collar y el cabello a Yasodhara. En el palacio se respiró por mucho tiempo un ambiente tenso y sombrío. Perder al príncipe era

como perder la luz del día. El rey se retiró a sus aposentos y se negó a salir durante muchos días. El ministro Vessamitta tuvo que hacerse cargo de todos los asuntos del palacio en su nombre.

Kanthaka, una vez en su establo, dejó de comer y de beber y murió a los pocos días. Channa, deshecho de dolor, pidió a Yasodhara que se celebrara un ritual de cremación para el caballo del príncipe.

La narración de la monja Gotami fue interrumpida por el sonido de la campana que anunciaba la hora de la meditación. Todo el mundo parecía decepcionado, pero Ananda dijo que, por muy apasionante que fuera el relato,

nadie debía perderse la sesión de meditación y les invitó a todos a que volvieran a su cabaña al día siguiente. Svasti y Rahula juntaron las palmas de las manos y se inclinaron ante la monja Gotami, Ananda y Assaji antes de regresar junto a su maestro Sariputta. Los dos amigos caminaron juntos sin decir palabra. Las lentas reverberaciones de la campana iban cobrando velocidad, como olas rompiendo unas sobre otras. Svasti siguió su respiración y, en voz baja, recitó el *gatha* de la escucha de la campana, “escucha, escucha, este maravilloso sonido me trae de nuevo a mi verdadero ser”.

Capítulo diecisiete

HOJA DE PIPPALA



BAJO el árbol *pippala*, el ermitaño Gautama encaminó sus formidables poderes de concentración a explorar el cuerpo en profundidad. Vio que cada célula era como una gota de agua en el eterno flujo del río del nacimiento, la existencia y la muerte. No halló nada que permaneciera inmutable o que contuviera una entidad separada. Con el río del cuerpo, mezclándose, estaba el río de las sensaciones. Cada sensación

era una gota de agua. Asimismo, las gotas se empujaban unas a otras en un proceso de nacimiento, existencia y muerte. Algunas sensaciones eran agradables, otras desagradables y otras neutras, pero todas eran impermanentes: aparecían y desaparecían, como las células del cuerpo.

Con gran concentración, Gautama exploró a continuación el río de las percepciones, que fluía junto a los del cuerpo y las sensaciones. Las gotas del río de las percepciones se mezclaban e influían entre sí en el proceso de nacimiento, existencia y muerte. Si las percepciones son exactas, la realidad se revela fácilmente; pero si son erróneas, la realidad queda velada. La gente

estaba atrapada en un sufrimiento infinito debido a las percepciones erróneas, creyendo que lo transitorio es permanente, que lo que carece de entidad propia la tiene, que lo inmortal nace y muere y que lo indivisible puede dividirse en partes.

Gautama dirigió después su atención a los estados mentales, fuente del sufrimiento —el miedo, el enfado, el odio, la arrogancia, los celos, la codicia y la ignorancia—. Su conciencia, plenamente despierta, brillaba como un sol resplandeciente. La utilizó para iluminar la naturaleza de los estados mentales negativos. Constató que todos surgían de la ignorancia y que eran lo opuesto a la sabiduría; eran oscuridad

—la ausencia de luz—. Vio que la llave de la liberación consistía en destruir la ignorancia penetrando en el corazón de la realidad a través de la experiencia directa, no del intelecto.

En el pasado, Siddhartha se había esforzado por vencer el miedo, el enfado y la codicia, pero sus métodos no habían fructificado porque no eran más que tentativas de suprimir las sensaciones y las emociones. Siddhartha comprendía ahora que la causa de las mentes negativas era la ignorancia y que, si se liberaba de ella, las obstrucciones mentales se desvanecerían por sí mismas como sombras que huyen ante el sol naciente. La visión penetrante de Siddhartha era fruto de su profunda

concentración.

Sonrió y alzó la mirada hacia una hoja de *pippala* impresa en el cielo azul; su cola, se mecía en el viento como si le llamara. Mirando profundamente a la hoja, vio en ella la presencia del sol y de las estrellas —sin el sol, sin luz ni calor, la hoja no podía existir— Esto era así porque aquello era así. También vio en ella la presencia de las nubes —sin nubes no podía haber lluvia y, sin lluvia, la hoja no podía existir—. Vio la tierra, el tiempo, el espacio y la mente —todos estaban presentes en la hoja—. De hecho, la totalidad del universo existía en ella en ese preciso momento. La realidad de la hoja era un milagro maravilloso.

Aunque se dé por supuesto que una hoja nace en primavera, Gautama comprendía que estaba allí desde hacía mucho, mucho tiempo; en la luz del sol, en las nubes, en el árbol y en sí mismo. Viendo que la hoja nunca había nacido, comprendió que él tampoco lo había hecho nunca. Tanto la hoja como él se habían manifestado simplemente —no habían nacido y, por consiguiente, no morirían—. Con esta visión, las ideas de nacimiento y muerte, de aparición y desaparición se disolvieron y el verdadero rostro de la hoja y de sí mismo se revelaron naturalmente. Siddhartha vislumbró que la presencia de cualquier fenómeno hacía posible la existencia de todos los demás. Uno

incluía a todos y todos estaban contenidos en uno.

La hoja y su cuerpo eran uno. Ninguno poseía una existencia separada y permanente. Ninguno podía existir independientemente del resto del universo. Al ver la naturaleza interdependiente de todos los fenómenos, Siddhartha comprendió la naturaleza vacía de todos ellos —que todas las cosas están vacías de una existencia separada y aislada—. Comprendió que la llave de la liberación descansaba en estos dos principios de interdependencia y de ausencia de un yo. Las nubes flotaban en el cielo formando un telón blanco para la traslúcida hoja de *pippala*. Quizás

aquella noche las nubes encontrarán un frente frío. Se transformarían en lluvia. Las nubes eran una manifestación; la lluvia otra. Las nubes tampoco habían nacido y no morirían. Si lo comprendieran, pensó Gautama, sin duda cantarían alegremente al caer en forma de lluvia sobre las montañas, los bosques y los campos de arroz.

Iluminando los ríos de su cuerpo, de sus sensaciones, de sus percepciones, de sus formaciones mentales y de su conciencia, Siddhartha comprendió que la transitoriedad y la vacuidad del yo eran las condiciones necesarias para la vida. Sin la transitoriedad y la vacuidad del yo, nada podría crecer o desarrollarse. Si la naturaleza de un

grano de arroz no fuera transitorio y vacía de una entidad propia, no podría transformarse en planta de arroz. Si las nubes no estuvieran vacías de una entidad propia y no fueran impermanentes, no podrían transformarse en lluvia. Sin la naturaleza transitoria y vacía de un yo, un niño no podría ser adulto. “Por lo tanto”, pensó, “aceptar la vida significa aceptar la transitoriedad y la vacuidad del yo o de una entidad propia en los objetos. La fuente del sufrimiento es creer equivocadamente en la permanencia y en la existencia de entidades separadas. Viéndolo, se entiende que no hay nacimiento ni muerte, producción o destrucción, uno o muchos, interior o

exterior, grande o pequeño, impuro o puro. Todos los conceptos son falsas distinciones creadas por el intelecto. Si se penetra en la naturaleza vacía de todas las cosas, se trascienden todas las barreras mentales y se obtiene la liberación del ciclo del sufrimiento”.

Una noche tras otra, Gautama meditó bajo el árbol *pippala* enfocando la luz de la conciencia sobre el cuerpo, la mente y todo el universo. Sus cinco amigos le habían abandonado hacía tiempo; ahora, sus compañeros de práctica eran el bosque, el río, los pájaros y los millares de insectos que vivían en la tierra y en los árboles. El gran árbol *pippala* era su hermano en la práctica, al igual que la estrella

vespertina, que aparecía cuando se sentaba en meditación hasta bien entrada la noche.

Los niños del pueblo venían a visitarle a primera hora de la tarde. Aquel día, Sujata le había traído un ofrecimiento de gachas de arroz, cocinadas con leche y miel, y Svasti un nuevo haz de hierba *kusa*. Cuando el muchacho se marchó, Gautama sintió que alcanzaría el gran despertar esa misma noche. La víspera había tenido sueños inusuales. En uno de ellos se veía a sí mismo tumbado sobre un costado con las rodillas rozando los Himalayas, la mano izquierda tocando la orilla del Mar del Este, la derecha, la del Mar del Oeste y los pies

descansando sobre la del Mar del Sur. En otro sueño, un loto tan grande como una rueda de carro se elevaba desde su ombligo hasta tocar las nubes más altas. En el tercero, pájaros de todos los colores, demasiados para contarlos, volaban hacia él desde todas las direcciones. Tales sueños parecían anunciar la inminencia de un gran despertar.

Al atardecer, Gautama meditó caminando por la orilla del río y después se bañó. Cuando cayó la noche, volvió para sentarse bajo el árbol *pippala* donde tantos descubrimientos importantes había hecho. Sonrió al ver la hierba *kusa* recién extendida al pie del mismo. El momento esperado se

aproximaba. La puerta de la Iluminación estaba a punto de abrirse.

Lentamente, Siddhartha se sentó en posición de loto. El río fluía apaciblemente en la distancia mientras una suave brisa mecía la hierba de la orilla. El bosque estaba tranquilo y al mismo tiempo muy animado; miles de insectos chirriaban a su alrededor. Dirigió la atención a la respiración y cerró ligeramente los ojos. La estrella vespertina apareció en el cielo.

Capítulo dieciocho

LA ESTRELLA MATUTINA HA SALIDO



GRACIAS a la atención plena, la mente, el cuerpo y la respiración de Siddhartha se hallaban en perfecta armonía. Dicha práctica le había permitido desarrollar gran poder de concentración que ahora utilizaba para irradiar sabiduría sobre su mente y su cuerpo. Tras entrar en un estado de meditación profunda, percibió la presencia de innumerables seres en su interior: seres orgánicos e inorgánicos,

minerales, musgos y hierbas, insectos, animales y personas. Vio que otros seres eran él mismo en ese mismo momento. Vio sus vidas previas, todos sus nacimientos y muertes. Vio la creación y la destrucción de miles de mundos y de miles de estrellas. Sintió las alegrías y tristezas de cada ser vivo —los nacidos de madres, los nacidos de huevos y los nacidos por fisión—. Vio que cada célula de su cuerpo contenía cielo y tierra y abarcaba los tres tiempos —pasado, presente y futuro—. Ésta fue su realización durante la primera fase de la noche.

Gautama entró en un nivel aún más profundo de meditación. Vio la creación y destrucción de innumerables mundos.

Vio incontables nacimientos y muertes de incontables seres. Vio que tales nacimientos y muertes no eran más que apariencias exteriores pero no la realidad, como los millones de olas que se forman y se disuelven en la superficie del mar, mientras el mar está más allá del nacimiento y la muerte. Si las olas comprendieran que son agua, trascenderían el nacimiento y la muerte y alcanzarían la verdadera paz interior liberándose de todo temor. Gautama acababa de trascender el ciclo de nacimiento y muerte, y sonrió. Su sonrisa era como una flor abriéndose en la noche profunda e irradiando un halo de luz. Era la sonrisa de una maravillosa comprensión, la comprensión profunda

de la destrucción de todos los engaños. Siddhartha alcanzó este nivel de realización en la segunda fase de la noche.

En ese mismo momento, un trueno retumbó y grandes relámpagos destellaron en el cielo como si quisieran rasgarlo en dos. Las negras nubes ocultaron la luna y las estrellas. Llovía. Gautama estaba empapado pero no se movió. Siguió meditando.

Sin vacilación, proyectó la luz de la sabiduría sobre su mente. Vio que los seres vivos sufren porque no comprenden que comparten una misma realidad con los demás. La ignorancia da origen a infinitas penas, confusiones y problemas y es la causa raíz de la

codicia, el enfado, la arrogancia, la duda, los celos y el miedo.

Cuando aprendemos a calmar la mente y contemplamos la verdadera naturaleza de las cosas, llegamos a la perfecta comprensión que disuelve toda tristeza y ansiedad y da origen a la aceptación y el amor.

Gautama vio a continuación que la comprensión y el amor son uno. Sin comprensión no puede haber amor. La personalidad de cada persona está constituida por condiciones físicas, emocionales y sociales. Con la comprensión no se puede odiar a nadie, ni siquiera a las personas crueles, pero sí se les puede ayudar a transformar sus condiciones físicas, emocionales y

sociales. La comprensión da origen a la compasión y al amor que, a su vez, engendran la acción correcta. Para amar, es necesario comprender primero. Por lo tanto, la comprensión es la llave de la liberación. Y para alcanzar una clara comprensión es necesario vivir con plena atención, conectando directamente con la vida en el momento presente, viendo realmente lo que ocurre dentro y fuera de uno mismo. La práctica de la atención plena fortalece la capacidad de mirar profundamente y, cuando miramos profundamente en el corazón de las cosas, éstas se revelan por sí mismas. He aquí el tesoro secreto de la atención plena: conduce al logro de la Liberación y de la Iluminación. La vida se ilumina

con la comprensión correcta, el pensamiento correcto, la palabra correcta, la acción correcta, el modo de vida correcto, el esfuerzo correcto, la atención correcta y la concentración correcta. Siddhartha llamó a este método el Camino Noble: *Aryamarga*.

Contemplando profundamente el corazón de los seres, Siddhartha vio la mente de todos, allí donde se hallaran, y oyó los gritos de dolor y de alegría de cada uno de ellos. Alcanzó el estado de la visión y la audición divinas y la capacidad de viajar en todas las direcciones sin moverse del lugar. Concluía ahora la tercera fase de la noche. Los truenos habían cesado; las nubes se retiraron para dejar paso a la

luz resplandeciente de la luna y las estrellas.

Siddhartha sintió que la prisión en la que había estado confinado durante miles de vidas se desintegraba. La ignorancia había sido su carcelero oscureciendo su mente, como la luna y las estrellas por las nubes tormentosas. La mente, empañada por las olas incesantes de los pensamientos engañosos, había dividido la realidad en sujeto y objeto, uno mismo y los demás, existencia y no-existencia, nacimiento y muerte y, de dichas diferenciaciones, habían surgido las visiones erróneas — la prisión de las sensaciones, el ansia, el aferramiento y el devenir—. Los sufrimientos del nacimiento, la vejez, la

enfermedad y la muerte no hacían más que engrosar los espesos muros de la prisión. La única solución era atrapar al carcelero —la ignorancia— y contemplar su verdadero rostro. El medio para eliminar la ignorancia era el Noble Camino Óctuple. Una vez eliminado el carcelero, la cárcel desaparecería para siempre jamás.

El ermitaño Gautama sonrió y se dijo para sus adentros: “Oh carcelero, ¿cuántas vidas me has tenido confinado en las cárceles del nacimiento y la muerte? Pero ahora veo claramente tu rostro y ya no podrás construir más cárceles a mi alrededor”.

Siddhartha miró al cielo y vio que la estrella matutina aparecía ahora en el

horizonte, centelleando como un inmenso diamante. La había visto muchas veces sentado bajo el árbol *pippala*, pero aquella mañana tenía la impresión de descubrirla por primera vez. Era deslumbrante como la jubilosa sonrisa de la Iluminación. Siddhartha miró fijamente a la estrella. Movido por una compasión profunda, exclamó: ‘Todos los seres tienen en su interior las semillas de la Iluminación y, sin embargo, ¡se ahogan en el océano del nacimiento y la muerte durante miles y miles de vidas!’.

Siddhartha había hallado el gran camino; había alcanzado su propósito y su corazón experimentaba ahora una paz y serenidad perfectas. Pensó en sus años

de búsqueda, llenos de decepciones y penalidades. Pensó en su padre, en su madre, en su tía, en Yasodhara, en Rahula y en todos sus amigos. Pensó en el palacio, en Kapilavatthu, en sus gentes, en su país y en todos los que vivían en la pobreza y la opresión, especialmente los niños. Prometió hallar el modo de compartir su descubrimiento para ayudar a todos los demás a liberarse por sí mismos del sufrimiento. De su profunda comprensión, emergió un amor puro hacia todos los seres.

Flores multicolores se abrían a la luz de la mañana en las verdes orillas del río.

El sol danzaba sobre las hojas y destellaba sobre las aguas. El dolor de

Siddhartha había desaparecido. Las infinitas maravillas de la vida se revelaban naturalmente. Todo parecía extrañamente nuevo. ¡Qué formidables el cielo azul y las nubes blancas llevadas por el viento! Siddhartha se sentía como si él y todo el universo hubieran sido nuevamente creados.

Justo entonces apareció Svasti. Cuando Siddhartha le vio correr hacia él, sonrió. De pronto, Svasti se paró en seco y le miró fijamente con la boca abierta. Siddhartha le llamó, “¡Svasti!”.

El niño volvió en sí. Respondió: “¡Maestro!”.

Svasti juntó las palmas de las manos y se inclinó. Avanzó unos pocos pasos, pero de nuevo se detuvo y

contempló una vez más a Siddhartha. Turbado por su comportamiento, habló con voz vacilante: “Maestro, hoy pareces muy distinto”.

Siddhartha le hizo señas para que se acercara. Le tomó entre sus brazos y preguntó: “¿Qué es lo que ha cambiado?”.

Tras observar atentamente a Siddhartha, respondió, “es difícil de explicar. Es simplemente que estás muy cambiado. Pareces una estrella”.

Siddhartha le acarició la cabeza y dijo: “¿Eso parezco? ¿Y qué más parezco?”. “Pareces un loto que acaba de abrirse. Eres como, ¡como la luna sobre el Pico Gayasisa!”.

Siddhartha miró al niño

directamente a los ojos y dijo: “¡Eres un poeta, Svasti! Ahora dime, ¿por qué has venido hoy tan temprano? ¿Y dónde están los búfalos?”.

Svasti le explicó que tenía el día libre ya que su amo necesitaba los búfalos para arar los campos. El pequeño se había quedado en el establo. Hoy, su única responsabilidad era cortar hierba. Durante la noche, él y sus hermanos se habían despertado con los truenos. La lluvia se colaba a través del resquebrajado tejado, mojando las camas. Nunca habían visto una tormenta tan violenta. Habían estado preocupados por Siddhartha, solo en el bosque. Habían permanecido apretados unos contra otros hasta que amainó la

tormenta y pudieron acostarse otra vez. Al amanecer, Svasti había corrido al establo. Cogió la hoz y el cesto y se puso en camino hacia el bosque para ver si Siddhartha estaba bien.

Siddhartha tomó la mano de Svasti entre las suyas. “Éste es el día más feliz de mi vida. Si puedes, di a todos los niños que vengan a verme esta tarde al árbol *pippala*. No te olvides de traer a tus hermanos. Pero antes, ve a cortar la hierba *kusa* que necesitas para los búfalos”.

Svasti se marchó trotando, feliz, mientras Siddhartha se dirigía con paso lento hacia la orilla bañada por el sol.



*Svasti juntó las palmas de
las manos y dijo con voz
vacilante:*

*“Maestro, hoy pareces
muy distinto”.*

Capítulo diecinueve

LA MANDARINA DE LA ATENCIÓN DESPIERTA



AQUEL día, cuando Sujata llevó la comida, halló a Siddhartha sentado bajo el árbol *pippala*. Irradiaba paz, alegría y ecuanimidad. Le había visto sentado más de cien veces, solemne y majestuoso. Sin embargo, ese día había algo distinto en él. Al mirarle, Sujata sintió que sus pesares y preocupaciones se desvanecían. Una felicidad, fresca como la brisa primaveral, colmó su corazón.

Ya no deseaba nada más en la tierra. Todo en el universo le parecía bueno y beneficioso. Nadie tendría por qué preocuparse nunca más. Sujata avanzó unos pasos y dispuso la comida delante de Siddhartha. Se inclinó respetuosamente y se dejó inundar por la paz y la alegría que emanaban de su maestro.

Siddhartha le sonrió y dijo: “Siéntate aquí conmigo. Quiero darte las gracias por haberme traído comida y agua todos estos meses. Hoy es el día más feliz de mi vida pues ayer noche descubrí el gran camino. Por favor, disfruta tú también de esta felicidad. En un futuro próximo, me iré para compartir este descubrimiento con todos los

seres”.

Sujata le miró desconcertada. “¿Quieres decir que te marchas? ¿Nos dejas?”.

Siddhartha sonrió bondadosamente. “Sí, debo partir, pero no te preocupes, no os abandonaré. Antes de marcharme, os enseñaré el camino que he descubierto”.

Sujata no parecía muy convencida. Siddhartha continuó: “Me quedaré aquí unos cuantos días para compartir con vosotros lo que he aprendido y después me iré. Pero no significa que vayamos a separarnos para siempre. Vendré a visitaros de vez en cuando”.

Sujata se tranquilizó. Se sentó al lado de Siddhartha y desenvolvió la

hoja de plátano que contenía el ofrecimiento de arroz. Mientras Siddhartha comía, Sujata permaneció en silencio, observando cómo tomaba un poco de arroz el maestro y lo untaba en la sal de sésamo. Su corazón rebosaba una felicidad inexpresable.

Cuando acabó de comer, Siddhartha le pidió a Sujata que regresara a su casa y que volviera por la tarde con los niños del pueblo.

Muchos acudieron a la cita, incluidos los hermanos de Svasti. Los chicos se habían bañado y se habían puesto ropa limpia. Las chicas lucían sus saris más bonitos. El de Sujata era de color marfil, Nandabala vestía uno del color de los brotes del banano, y

Bhima, uno rosa. Todos los niños, frescos y coloridos como las flores, se sentaron alrededor de Siddhartha bajo el árbol *pippala*.

Sujata había llevado una cesta repleta de cocos y de trozos de azúcar de palma como ofrecimiento especial. Los niños extraían su sabrosa carne y la comían acompañada del delicioso azúcar. Nandabala y Subash ofrecieron una cesta llena de mandarinas. Siddhartha se sentó con los niños. Era completamente feliz. Rupak le ofreció un trozo de coco con un pedazo de azúcar de palma sobre una hoja del árbol *pippala* y Nandabala, una mandarina. Siddhartha aceptó ambos ofrecimientos y comió con los niños.

Estaban disfrutando todavía de la comida cuando Sujata tomó la palabra y dijo, “queridos amigos, hoy es el día más feliz de nuestro maestro, pues ha descubierto el gran camino. Y es también un gran momento para mí. Hermanos y hermanas, consideremos el día de hoy como una ocasión de gran júbilo para todos nosotros. Estamos aquí reunidos para celebrar la Iluminación de nuestro maestro. Respetado Maestro, el gran camino ha sido hallado. Sabemos que no puedes permanecer para siempre con nosotros. Por favor, enséñanos lo que consideres adecuado a nuestra comprensión”.

Sujata juntó las palmas de las manos y se inclinó ante Gautama para

expresar su respeto y devoción. Nandabala y los otros niños hicieron lo mismo con profunda sinceridad.

Siddhartha les invitó amablemente a que se enderezaran y dijo: “Sois todos muy inteligentes y estoy seguro de que sois capaces de comprender y practicar lo que voy a compartir con vosotros. El gran camino que he descubierto es profundo y sutil. No obstante, cualquier persona dispuesta a aplicarse con todo su corazón y toda su alma, podrá entenderlo y practicarlo”.

“Cuando coméis una mandarina, podéis hacerlo con atención o sin ella. ¿Qué significa comer una mandarina con atención? Significa que, cuando coméis una mandarina, sois conscientes de que

estáis comiendo una mandarina; experimentáis su maravillosa fragancia y su dulce sabor. Cuando peláis una mandarina, sabéis que estáis pelando una mandarina. Cuando tomáis un gajo y os lo lleváis a la boca, sabéis que estáis tomando un gajo y os lo estáis llevando a la boca. Cuando oléis su agradable fragancia y paladeáis su dulce sabor, sois conscientes de que estáis oliendo su agradable fragancia y paladeando su dulce sabor. La mandarina que Nandabala me ha ofrecido tenía nueve gajos. He comido cada gajo con plena atención y he visto que todos ellos eran preciosos y deliciosos. No me he olvidado de la mandarina y, por consiguiente, la mandarina se ha vuelto

algo muy real para mí. Si la mandarina es real, la persona que la come es real. Éste es el significado de comer una mandarina con atención”.

“Niños, ¿qué significa comer una mandarina sin atención? Significa que, cuando coméis una mandarina, no sabéis que estáis comiendo una mandarina; no experimentáis su agradable fragancia ni su dulce sabor. Cuando peláis una mandarina, no sabéis que estáis pelando una mandarina. Cuando tomáis un gajo y os lo lleváis a la boca, no sabéis que estáis tomando un gajo y os lo estáis llevando a la boca; cuando oléis su agradable fragancia y paladeáis su dulce sabor, no sois conscientes de que estáis oliendo su agradable fragancia y

paladeando su dulce sabor. Si coméis una mandarina de esta manera, no podéis apreciar su preciosa y maravillosa naturaleza. Si no sois plenamente conscientes de que estáis comiendo una mandarina, la mandarina no es real. Si la mandarína no es real, la persona que la come tampoco es real. Niños, éste es el significado de comer una mandarina sin atención”.



*Los niños se pasaron la
cesta de mandarinas con
plena atención.*

“Niños, cuando coméis una mandarina con atención, estáis realmente en contacto con ella. Vuestra mente no se agita con pensamientos de ayer o de mañana sino que reside completamente en el momento presente. La mandarina es real para vosotros. Vivir conscientemente significa vivir en el momento presente; el cuerpo y la mente en el aquí y ahora”.

“La persona que practica la atención consciente puede ver, en la

mandarina, cosas que otros no ven, como el árbol que la produce y sus brotes en primavera, la luz del sol y la lluvia que la nutren y diez mil cosas más que la han hecho posible. Observando la mandarina, el que practica la plena conciencia ve en ella las maravillas del universo así como la interacción de cada una de ellas con todas las demás. Niños, nuestra vida cotidiana es exactamente como una mandarina. De la misma manera que una mandarina se compone de gajos, cada uno de nuestros días se compone de veinticuatro horas. Una hora es como un gajo de mandarina. Vivir las veinticuatro horas del día es como comerse todos los gajos de la mandarina. El camino que he hallado

permite vivir cada hora del día con plena conciencia, con la mente y el cuerpo en el momento presente. Lo contrario es vivir en la distracción. Si vivimos en la distracción, no sabemos que estamos vivos; no experimentamos plenamente la vida porque nuestra mente y nuestro cuerpo no están en el aquí y ahora”.

Gautama miró a Sujata y le preguntó: “¿Una persona que vive plenamente consciente comete muchos errores o pocos?”.

“Respetado Maestro, una persona que vive plenamente consciente comete pocos errores. Mi madre me dice siempre que una chica debe prestar atención a su modo de andar, de

levantarse, de hablar, de reír y de trabajar para evitar pensamientos, palabras y acciones que puedan dañar a otros o a sí misma”.

“Así es, Sujata. Una persona que vive conscientemente sabe lo que piensa, lo que dice y lo que hace en todo momento y evita los pensamientos, las palabras y las acciones que puedan dañar a otros o a sí misma”.

“Niños, vivir plenamente consciente significa vivir en el presente. Uno es consciente de lo que sucede dentro y fuera de su ser y está en contacto directo con la vida. La persona que vive constantemente de esta manera adquiere una comprensión profunda de los demás y de sí misma. La

comprensión conduce a la tolerancia y al amor. Cuando todos los seres se comprendan unos a otros, podrán aceptarse y amarse. Entonces, no habrá tanto sufrimiento en el mundo. ¿Qué piensas tú, Svasti? ¿Es posible amar si no se es capaz de comprender?”.

“Respetado Maestro, sin comprensión, el amor es extremadamente difícil. Recuerdo que, una vez, Bhima estuvo llorando toda la noche. Finalmente, mi hermana Bala perdió la paciencia y le dio una zorra, lo cual no hizo más que incrementar el llanto de la pequeña. La cogí en brazos y vi que tenía liebre. Lame a Bala y le dije que le tocara la frente. Cuando Bala vio que la niña tenía liebre, comprendió

inmediatamente por qué lloraba. Sus ojos se enternecieron y, tomándola en brazos, lo cantó una nana con amor. Bhima dejó de llorar a pesar de seguir con fiebre y creo, respetado Maestro, que fue debido a que Bala había comprendido por qué lloraba. Así pues, estoy convencido de que, sin comprensión, el amor no es posible”.

“¡Exacto, Svasti! El amor es posible sólo cuando hay comprensión. Y sólo cuando hay amor puede haber aceptación. Niños, esforzaos por vivir plenamente conscientes y vuestra comprensión se hará cada vez más profunda. Seréis capaces de comprenderos a vosotros mismos, a los demás y todas las cosas y vuestros

corazones rebosarán amor. Éste es el maravilloso camino que he hallado”.

Svasti juntó las manos. “Respetado Maestro, ¿podemos llamar a este camino el ‘Camino de la Atención Despierta’?”.

Siddhartha sonrió. “Por supuesto. Podemos llamarle el Camino de la Atención Despierta. Me gusta mucho. El Camino de la Atención Despierta conduce al perfecto Despertar”.

Sujata juntó las manos para tomar la palabra. “Tú eres el despierto, el que muestra cómo vivir con atención despierta. ¿Podemos llamarte ‘el Despierto’?”. Siddhartha asintió. “Me encantaría”.

Los ojos de Sujata resplandecieron. Y añadió: “‘Despierto’ en magadhi se

pronuncia ‘*Bud*’. A una persona despierta la llamaríamos ‘*Buda*’. ¿Podemos llamarte ‘*Buda*’?”.

Siddhartha asintió. Los niños estaban entusiasmados. Nalaka, de catorce años, el mayor del grupo, habló, “respetado Maestro, estamos muy contentos de recibir tus enseñanzas sobre el Camino de la Atención Despierta. Sujata me ha dicho que has meditado bajo este árbol durante los últimos seis meses y que ayer noche alcanzaste el Despertar. Respetado Buda, este *pippala* es el más bello del bosque. ¿Podemos llamarlo el ‘Árbol del Despertar’ o ‘Árbol *Bodhi*’! El término ‘*bodhi*’ tiene la misma raíz que la palabra ‘*buda*’ y también significa

despertar”.

Gautama asintió complacido. No había imaginado que, durante la reunión con los niños, el camino, él mismo e incluso el gran árbol, iban a ser bautizados tan acertadamente. Nandabala juntó las palmas de las manos. “Está oscureciendo y tenemos que regresar a nuestros hogares, pero volveremos pronto para recibir más enseñanzas”. Los niños se levantaron, juntaron las palmas de las manos para dar las gracias al Buda y se fueron caminando hacia sus hogares, charlando como una bandada de pájaros felices. El Buda también se sentía feliz. Decidió prolongar su estancia en el bosque con el fin de explorar caminos para sembrar

de la mejor manera las semillas del Despertar y, también, permitirse un tiempo especial para disfrutar de la gran paz y alegría que el descubrimiento del camino le había proporcionado.

Capítulo veinte

EL CIERVO



TODOS los días, el Buda se bañaba en el Neranjara y meditaba después caminando por la orilla y por los pequeños senderos del bosque que sus propios pasos iban trazando. Luego se sentaba a meditar junto al río o bajo el árbol *bodhi* mientras centenares de pájaros trinaban entre las ramas. Había cumplido su promesa y sabía que debía regresar a Kapilavatthu, donde muchas personas esperaban noticias de su

búsqueda espiritual. Recordó al rey Bimbisara, en la ciudad de Rajagaha; sentía una afinidad especial con él y deseaba visitarle. Esperaba encontrarse también con sus cinco antiguos compañeros que podían alcanzar rápidamente la liberación y que, seguramente, se hallaban todavía en los alrededores.

El río, el cielo, la luna y las estrellas, las montañas, el bosque, cada brizna de hierba y cada mota de polvo, todo, le parecía ahora distinto. Los largos años vagando en busca del camino no habían sido en vano. De hecho, al final, gracias a las dificultades y privaciones, lo había descubierto en su propio corazón. Todos los seres vivos

poseían el corazón de la Iluminación. La semilla de la Iluminación estaba en cada uno de ellos y no necesitaban buscar el Despertar fuera, pues toda la sabiduría y la fuerza del universo estaban presentes en su interior. Este era el gran descubrimiento del Buda y era causa de regocijo para todos.

Los niños iban a visitarle con frecuencia. El Buda se sentía animado y feliz de constatar que el camino de la liberación podía ser expresado simple y llanamente y ser comprendido incluso por los que nunca habían ido a la escuela.

Un día, los niños llegaron con una cesta de mandarinas. Querían comerlas con atención para practicar la primera

lección que les había dado el Buda. Sujata se inclinó cortésmente ante Él y le ofreció la cesta para que se sirviera. El Buda juntó las palmas de las manos formando una flor de loto y cogió una. Sujata se la ofreció después a Svasti; tras unir las manos, cogió también una fruta. Sujata ofreció la cesta a cada uno de los niños hasta que todos estuvieron servidos. Luego se sentó, juntó las palmas de las manos y cogió una para ella. Los niños permanecieron en silencio. El Buda les pidió que siguieran la respiración. Después, levantó la mandarina con la mano izquierda y la miró profundamente; los niños siguieron su ejemplo. Empezó a pelarla lentamente; ellos le imitaron. Cuando

todo el mundo acabó de comer, Bala recogió las mondaduras. Los niños habían disfrutado enormemente comiendo sus mandarinas en silencio, plenamente conscientes y en compañía del Buda. Él, por su parte, estaba feliz de haber compartido la práctica con ellos.

Los niños visitaban al Buda por la tarde. Les enseñó a sentarse inmóviles y a seguir la respiración para calmar sus mentes cuando se sintieran tristes o enfadados. Les enseñó a meditar caminando para refrescar sus mentes y sus cuerpos. Les enseñó a mirar detenidamente a otros y a sus propias acciones para ser capaces de ver, de comprender y de amar. Los niños

comprendieron todo lo que les enseñaba.

Nandabala y Sujata estuvieron todo un día confeccionando un nuevo hábito para el Buda. Era de color ladrillo, como el que usaba. Cuando Sujata supo que el Buda se había hecho el hábito con la tela que cubría el cadáver de Radha, la antigua sirvienta que había muerto de fiebre tifoidea, apenas pudo contener sus lágrimas.

El Buda estaba sentado bajo el árbol *bodhi* cuando las dos niñas llegaron para ofrecerle el nuevo hábito. Esperaron en silencio a que acabara su meditación para entregarle el regalo.

“Gracias, niñas, necesitaba uno”, dijo el Buda muy contento. Y añadió que

se quedaría también con el viejo para tener algo que ponerse cuando lavara el nuevo. Nandabala y Sujata decidieron secretamente hacerle otro hábito lo antes posible.

Un día, Balagupta, la amiga de Sujata, de doce años, pidió al Buda que hablara de la amistad pues, la víspera, había discutido con Jatilika, su mejor amiga, y se había negado a pasar por su casa cuando iban a visitar al Buda. Finalmente cambió de parecer, pero lo hizo sólo porque Sujata había insistido. Jatilika, por su parte, aceptó acompañarlas únicamente porque Sujata se lo había pedido. Cuando las niñas llegaron al árbol *bodhi*, se sentaron bien lejos la una de la otra.

El Buda les habló entonces de la amistad que compartían un ciervo, una urraca y una tortuga. La historia había ocurrido hacía varios miles de años, en una de sus vidas previas en la que había nacido como ciervo. Los niños le miraron sorprendidos, pero el Buda les explicó: “En otras vidas, todos —vosotros también, chicos— hemos sido tierra, piedras, rocío, viento, agua y fuego. Hemos sido musgo, hierba, árboles, insectos, peces, tortugas, pájaros y mamíferos. Lo he visto claramente en mis meditaciones. Así pues, en esa vida, yo era un ciervo, lo cual es algo muy corriente. También recuerdo una vida en la que era una abrupta roca sobre el pico de una

montaña y otra en la que nací como palmera. La historia que voy a contaros ahora trata de un ciervo, una urraca, una tortuga y un cazador. Quizá en esa vida, alguno de vosotros era el pájaro o la tortuga”.

“Todos hemos vivido en épocas donde todavía no había seres humanos en este planeta, ni siquiera pájaros o mamíferos. Había sólo plantas bajo el mar y árboles y vegetación en la superficie de la Tierra. En aquellos tiempos, pudimos ser piedras, rocío o plantas. Más tarde, vivimos como pájaros, como toda clase de animales y, finalmente, como seres humanos. Ahora mismo somos algo más que seres humanos. Somos también plantas de

arroz, mandarinas, ríos y aire porque, sin todo ello, no podríamos existir. Así pues, niños, cuando miréis las plantas de arroz, los cocos, las mandarinas, el agua, recordad que vuestra existencia depende de otros muchos seres; son parte de vosotros. Si lo entendéis, experimentaréis la comprensión y el amor verdaderos”.

“Aunque la historia que voy a contaros ocurrió hace varios miles de años, podría suceder ahora mismo. Escuchad atentamente y observad si tenéis, o no, algo en común con los animales del relato”.

Comenzó entonces su narración. “En aquél tiempo, el Buda era un ciervo que habitaba en un bosque donde había

un lago de aguas cristalinas en el que le gustaba beber. En el lago vivía una tortuga y, en las ramas de un gran sauce que crecía en su orilla, una urraca. Ciervo, Tortuga y Urraca eran muy buenos amigos. Un día, un cazador siguió las huellas de Ciervo hasta el borde del lago y dispuso una trampa con gruesas cuerdas antes de regresar a su cabaña, a las afueras del bosque”.

Más tarde, ese mismo día, cuando Ciervo se acercó a beber, cayó en la trampa. Sus gritos llegaron a oídos de Tortuga y Urraca. Tortuga salió del agua y Urraca bajó volando de su nido. Discutieron sobre la mejor manera de ayudar a Ciervo a salir del apuro. Urraca dijo, “hermana Tortuga, tus

mandíbulas son fuertes y robustas. Puedes emplearlas para morder estas cuerdas hasta romperlas. En cuanto a mí, ya encontraré el modo de evitar que el cazador se acerque por aquí”. Urraca emprendió el vuelo y se marchó a toda prisa.

Tortuga empezó a roer las cuerdas. Urraca voló hasta la cabaña del cazador, se posó en la rama de un mango, frente a la puerta principal, y esperó toda la noche. Al amanecer, el cazador cogió un cuchillo afilado y salió. En cuanto le vio aparecer, Urraca se lanzó a su cara con todas sus fuerzas. El cazador, momentáneamente desconcertado, entró de nuevo en la cabaña y se tumbó un rato en la cama para descansar. Cuando se

levantó, se detuvo un momento y, cuchillo en mano, salió por la puerta trasera. Pero la astuta Urraca, que se lo había imaginado, le esperaba detrás, encaramada en la rama de una morera. De nuevo, se lanzó a su cara, pegándole fuerte. Abofeteado dos veces por un pájaro, el cazador volvió a entrar para pensar en lo ocurrido. Finalmente, decidió que era un día desgraciado y que sería mejor quedarse en casa.

A la mañana siguiente, el cazador se levantó temprano. Cogió el cuchillo y, antes de salir, por precaución, se cubrió la cara con un sombrero. Urraca, viendo que no podía atacarle, voló a toda prisa hacia el bosque para avisar a sus amigos.

“¡El cazador está en camino!”.

Tortuga casi había acabado de cortar la última cuerda, dura como el acero. Tras roer durante dos noches y un día, sus mandíbulas estaban en carne viva y sangraban. A pesar de ello, no paró. Justo entonces apareció el cazador. Ciervo, asustado, dio un tirón con tal fuerza que la cuerda se rompió y, dejándole libre, penetró en el bosque. Urraca voló a lo más alto del sauce. Pero Tortuga, exhausta por el estuerzo, no pudo moverse. El cazador estaba enfadado porque se le había escapado la presa. Cogió a la tortuga, la metió en su saco de piel y, tras colgarlo de una rama del sauce, partió en busca de Ciervo.

Ciervo, que se había escondido

detrás de unos arbustos, vio la apurada situación de Tortuga. “Mis amigos han arriesgado su vida por mí”, pensó, “ahora me toca a mí hacer lo mismo por ellos”. Salió al punto de mira del cazador y, dando un traspié, se marchó camino abajo arrastrando el paso.

El cazador pensó, “el ciervo ha agotado sus fuerzas. Seguiré su rastro y le mataré fácilmente con mi cuchillo”.

Le siguió, pero Ciervo se adentraba más y más en el bosque arreglándose para mantenerse fuera de su alcance. Cuando estuvieron lejos del lago, Ciervo echó a correr repentinamente hasta que el cazador le perdió de vista. Luego borró sus huellas y regresó al lago. Con sus astas, descolgó la bolsa de

cuero y la agitó para liberar a Tortuga. Urraca se reunió con sus dos amigos.

“Hoy, me habéis salvado de una muerte segura a manos del cazador”, dijo Ciervo. “Creo que no tardará mucho en regresar. Urraca, vuela a un lugar más seguro. Hermana Tortuga, escóndete en las profundidades del lago, que yo me adentraré de nuevo en el bosque”.

“Cuando el cazador regresó al lago, halló el saco de cuero tirado en el suelo, vacío. Frustrado, lo cogió y, todavía con el cuchillo en la mano, regresó cabizbajo a su cabaña”.

Los niños escucharon la historia con los ojos abiertos como platos. Cuando el Buda describió cómo le

sangraban las mandíbulas en carne viva a Tortuga, Rupak y Subash casi lloran. El Buda les preguntó: “¿Qué pensáis, niños? Hace mucho tiempo yo era Ciervo. ¿Alguno de vosotros era Tortuga?”.

Cuatro niños levantaron la mano, incluida Sujata.

El Buda preguntó a continuación: “¿Y quién de vosotros era Urraca?”.

Svasti levantó la mano, al igual que Jatilika y Balagupta.

Sujata miró a Jatilika y después a Balagupta. “Si ambas erais Urraca” dijo el Buda: “Eso os convierte en una persona. ¿Qué sentido tiene que Urraca se enfade con Urraca? ¿Acaso no puede vuestra amistad igualar a la de Urraca,

Tortuga y Ciervo?”.

Balagupta se levantó, se acercó a Jatilika y tomó la mano de su amiga entre las suyas. Jatilika abrazó a Balagupta y, después, le hizo sitio para que se sentara a su lado.

El Buda sonrió. “Vosotros, niños, habéis comprendido la historia. Recordad siempre que los relatos como el que acabo de contaros ocurren constantemente en nuestra vida cotidiana”.

Capítulo veintiuno

EL ESTANQUE DE LOTOS



CUANDO los niños regresaron a sus hogares, el Buda practicó la meditación caminando. Tras levantarse ligeramente el hábito para vadear el río, siguió un sendero entre dos arrozales hasta un estanque de lotos que le gustaba mucho. Allí, se sentó y contempló las hermosas flores.

Mientras miraba los tallos, las hojas y las flores, reflexionó sobre las diversas fases de crecimiento de un loto.

Las raíces estaban enterradas bajo el fango. Algunos tallos no habían salido a la superficie mientras que otros, apenas emergentes, revelaban hojas enrolladas sobre sí mismas. Había flores de loto totalmente cerradas, otras semiabiertas, otras completamente abiertas y otras marchitas. Los lotos eran blancos, azules y rosas.

El Buda pensó que las personas no eran diferentes de las flores. Cada cual tenía su propia disposición natural. Devadatta no era como Ananda, Yasodhara no era como la reina Pamita, Sujata no era como Bala. La personalidad, la virtud, la inteligencia y el talento variaban mucho según las personas. El camino de la liberación

debía exponerse de maneras muy diversas para adecuarse a todo tipo de seres humanos. Enseñar a los niños del pueblo era muy agradable, pensó, porque podía hablarles con simplicidad.

Los diversos métodos serían como puertas por las que los distintos tipos de personas podrían entrar y comprender la enseñanza. La creación de las “puertas del Dharma” surgiría de los encuentros directos con la gente, pues no existían métodos prefabricados que pudieran satisfacer milagrosamente las necesidades de todos. El Buda comprendió que debía regresar a la sociedad para hacer girar la rueda del Dharma y sembrar las semillas de la liberación. Habían transcurrido cuarenta

y nueve días desde su Despertar. Era hora de marcharse de Uruvela. Partiría a la mañana siguiente, dejando atrás el refrescante bosque a orillas del río Neranjara, el árbol *bodhi* y los niños. Primero iría a ver a sus maestros Alara Kalama y Uddaka Ramaputta. Estaba seguro de que ambos alcanzarían el Despertar rápidamente. Después de asistírles, buscaría a los cinco amigos con los que había practicado las austeridades y, luego, regresaría a Magadha para visitar al rey Bimbisara.



*El Buda se levantó
ligeramente el hábito para
atravesar el río
y meditó caminando hasta
un estanque de lotos que
le gustaba mucho.*

Al día siguiente, antes de que la bruma de la madrugada se disipara, el Buda se puso el hábito nuevo y caminó hasta Uruvela. Fue directo a la choza de Svasti y les dijo a los niños que había llegado la hora de partir; acarició afectuosamente la cabeza de cada uno de ellos y, juntos, caminaron hasta la casa de Sujata.

La niña rompió a llorar en cuanto

supo la noticia.

El Buda dijo: “Debo asumir mi responsabilidad, pero prometo visitaros siempre que tenga oportunidad. Me habéis ayudado mucho, chicos, y os estoy inmensamente agradecido. Por favor, recordad y practicad las enseñanzas que hemos compartido. De esa manera, jamás estaré lejos de vosotros. Sujata, seca tus lágrimas y sonríeme”. Sujata se enjugó las lágrimas con el extremo del sari y trató de sonreír.

Los niños le acompañaron hasta la salida del pueblo; cuando el Buda se giró para decirles adiós, se acercó un joven asceta. Saludó uniendo las manos y observó al Buda con curiosidad.

Después de un rato, dijo: “Monje, tienes un aire radiante y apacible. ¿Cómo te llamas y quién es tu maestro?”.

El Buda respondió: “Mi nombre es Siddhartha Gautama y he estudiado con muchos maestros pero ahora no soy discípulo de ninguno. ¿Cuál es tu nombre y de dónde vienes?”.

El asceta respondió, “mi nombre es Upaka y acabo de dejar el centro del maestro Uddaka Ramaputta”.

“¿Disfruta el maestro Uddaka de buena salud?”.

Upaka respondió, “el maestro Uddaka falleció hace unos días”:

El Buda suspiró. Después de todo, no tendría oportunidad de ayudarlo.

“Y ¿has estudiado alguna vez con el

maestro Alara Kalama?”.

“Sí, pero él también ha fallecido recientemente”.

“Upaka, ¿por casualidad sabes algo de un monje llamado Kondanna?”.

“Sí, por supuesto. Oí hablar de él y de otros cuatro monjes durante mi estancia en el centro del maestro Uddaka. Según parece, viven y practican juntos en el Parque de las Gacelas, en Isipatana, cerca de la ciudad de Varanasi. Y ahora, Gautama, si me disculpas, seguiré mi camino. Tengo un largo trecho por delante”.

El Buda juntó las palmas de las manos para despedirle. Después dijo a los niños: “Seguiré el camino a Varanasi para buscar a mis cinco amigos. El sol

ha salido. Por favor, volved a casa”.

Tras despedirse, el Buda decidió caminar hacia el norte siguiendo el río Neranjara hasta su desembocadura en el Ganges. La ruta era más larga pero más cómoda. Después, si seguía el curso del Ganges hacia el oeste, llegaría al pueblo de Patilagrama en pocos días. Desde allí podría cruzar al otro lado del río y llegar a Varanasi, la capital de Kasi.

Los niños siguieron al Buda con la mirada hasta que le perdieron de vista. Se sentían inmensamente tristes y nostálgicos. Sujata lloraba. Svasti hubiera llorado también, pero no quería hacerlo delante de sus hermanos. Tras un largo silencio, Svasti dijo, “hermana Sujata, he de ocuparme de los búfalos.

Volvamos a casa. Bala, recuerda que hoy tienes que bañar a Rupak. Yo llevaré a Bhima”. Los niños regresaron al pueblo por la orilla del río sin que nadie pronunciara una palabra.

El anciano Ananda era amable, simpático y, además, bien parecido. Tenía realmente una memoria sobrenatural. Recordaba cada detalle de los discursos del Buda y para regocijo de Svasti y Rahula, recitó los once puntos de *El Sutra del Cuidado de los Búfalos de Agua*. Svasti comprendió que Ananda recordaría igualmente lo que él acababa de contarles sobre la época del Buda en el bosque, cerca de Uruvela.

Mientras Svasti relataba su historia, miraba a menudo a la monja

Gotami; sus ojos resplandecientes le indicaban lo mucho que le complacía escucharle. Se esforzó por incluir todos los detalles que podía. La abadesa mostró un interés especial cuando contaba cosas de los niños de Uruvela, como, por ejemplo, cuando comieron las mandarinas con atención.

Rahula disfrutó mucho con el relato de Svasti; y, aunque el anciano Assaji no hubiera comentado nada esos dos días, no cabía duda de que a él también le gustaba. Svasti sabía que Assaji era uno de los cinco amigos que habían hecho penitencia con el Buda y tenía mucha curiosidad por saber qué había ocurrido cuando se encontraron en el Parque de las Gacelas, seis meses después de

separarse. Pero era demasiado tímido para preguntárselo. No obstante, la monja Gotami, leyendo su pensamiento, le dijo: “Svasti, ¿te gustaría que el anciano Assaji nos contara qué ocurrió cuando el Buda se marchó de Uruvela? Assaji lleva diez años con el Buda, pero no creo que haya hablado nunca de lo que pasó en Isipatana, en el Parque de las Gacelas. Maestro Assaji, ¿aceptarías hablamos de la primera enseñanza del Buda y de lo ocurrido estos diez años?”.

Assaji juntó las palmas de las manos y respondió, “no necesitas llamarme maestro, monja Gotami. Hoy hemos escuchado al monje Svasti y es casi la hora de la meditación. Pero mañana, podéis venir a mi cabaña y os

contaré lo que recuerdo”.

Capítulo veintidós

GIRANDO LA RUEDA DEL DHARMA



ASSAJI practicaba el camino austero en el Parque de las Gacelas. Un día, después de meditar sentado, vio, a lo lejos, a un monje que caminaba hacia él. Cuando el extraño se aproximó, reconoció aquella silueta tan familiar. ¡Era Siddhartha! Inmediatamente corrió a comunicárselo a sus cuatro amigos.

Bhaddiya, malhumorado, dijo, “Siddhartha abandonó las austeridades a

medio camino. Comió arroz, bebió leche y se relacionó con los niños del pueblo. No debemos saludarle”. Así pues, los cinco amigos decidieron que no le recibirían a las puertas del parque e, incluso, que no se levantarían a saludarle si se les acercaba. Pero lo que ocurrió en realidad fue algo muy diferente.

Cuando Siddhartha atravesó la puerta, los cinco ascetas estaban tan impresionados por su porte radiante que se levantaron al instante. Parecía estar rodeado por un aura de luz. Cada paso que daba revelaba una fuerza espiritual inusual. Su penetrante mirada neutralizó su intención de desairarle. Kondanna corrió hacia El y tomó su cuenco de

mendicante. Mahanama fue a por agua para que pudiera lavarse las manos y los pies. Bhaddiya le acercó un banquito para que se sentara y Vappa cogió unas hojas de palmera y empezó a abanicarle. Assaji se quedó a un lado sin saber qué hacer.

Después de que se lavara las manos y los pies, a Assaji se le ocurrió ofrecerle un cuenco de agua fresca. Los cinco amigos se sentaron en círculo, alrededor de Siddhartha. Éste les miró bondadosamente y dijo: “Hermanos míos, he hallado el Camino y he venido a compartirlo con vosotros”.

Assaji, un tanto escéptico, no sabía si creer o no las palabras del Buda. Tal vez los demás sintieron lo mismo pues

nadie habló durante un buen rato. Finalmente, Kondanna no pudo callarse y dijo, “Gautama, abandonaste la práctica, comiste arroz, bebiste leche y estuviste con los niños del pueblo. ¿Cómo puedes haber hallado el camino de la liberación?”.

Siddhartha le miró a los ojos y respondió: “Amigo Kondanna, me conoces desde hace mucho tiempo. ¿Acaso te he mentido alguna vez?”.

Kondanna tuvo que admitirlo, “es cierto, Siddhartha, tú siempre has dicho la verdad”.

“Entonces, amigos, escuchadme por favor. Deseo mostraros el gran camino que he hallado. Seréis los primeros en oír mi enseñanza. Este

Dharma no es resultado de la reflexión sino fruto de la experiencia directa. Escuchad serenamente, con toda atención”.

La voz del Buda vibraba con tal convicción espiritual que sus cinco amigos juntaron las palmas de las manos y alzaron la mirada hacia Él. Kondanna habló en nombre de todos ellos, “por favor, amigo Gautama, ten compasión de nosotros y enséñanos el Camino”.



*Kondanna cogió el
cuenco de mendicante de
Siddhartha.*

*Mahanama fue a por
agua para que se lavara
las manos y los pies.
Bhaddiya le acercó un
banquito para que se
sentara.
Vappa cogió unas hojas
de palmera y empezó a
abanicarle.
Assaji se quedó a un lado
sin saber qué hacer.*

El Buda habló apaciblemente:
“Hermanos míos, hay dos conductas
extremas que toda persona que recorre
el camino debe abandonar. La primera
consiste en entregarse a los placeres
sensuales y, la segunda, en practicar las
austeridades que privan al cuerpo de sus
necesidades vitales. Ambos extremos

conducen al fracaso. El camino que he hallado es el Camino Medio que evita los dos y que tiene la capacidad de conducir al practicante a la comprensión, a la liberación y a la paz. Es el Noble Camino Octuple de la comprensión correcta, el pensamiento correcto, la palabra correcta, la acción correcta, el modo de sustento correcto, el esfuerzo correcto, la atención correcta y la concentración correcta. He seguido este Noble Camino y he alcanzado la comprensión, la liberación y la paz.

“Hermanos, ¿por qué lo llamo el Camino Correcto? Lo llamo así porque ni evita ni niega el sufrimiento sino que permite afrontarlo directamente como medio para superarlo. El Noble Camino

Óctuple es el que se vive con conciencia despierta. La plena atención es el fundamento. Practicándola, se desarrolla la concentración que permite alcanzar la Comprensión. Gracias a la concentración correcta, se alcanzan el conocimiento, el pensamiento, la palabra, la acción, el sustento y el esfuerzo correctos. La comprensión que se adquiere libera todas las cadenas del sufrimiento y genera paz y alegría verdaderas”.

“Hermanos, hay cuatro verdades: la existencia del sufrimiento, la causa del sufrimiento, la cesación del sufrimiento y el camino que conduce a la cesación del sufrimiento. Yo las llamo las Cuatro Nobles Verdades. La primera es la

existencia del sufrimiento. El nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte son sufrimiento. La tristeza, el enfado, los celos, la preocupación, la ansiedad, el miedo y la desesperación son sufrimiento. Separarse de los seres queridos es sufrimiento. Asociarse con los que odias es sufrimiento. El deseo, el apego y el aferramiento a los cinco agregados son sufrimiento”.

“Hermanos, la segunda verdad es la causa del sufrimiento. Debido a la ignorancia, la gente desconoce la verdad de la vida y arde en las llamas del deseo, el enfado, los celos, el dolor, la preocupación, el miedo y la desesperación”.

“Hermanos, la tercera verdad es la

cesación del sufrimiento. La comprensión de la verdad de la vida conduce a la cesación del dolor y la tristeza dando paso a la paz y a la alegría”.

“Hermanos, la cuarta verdad es el camino que conduce a la cesación del sufrimiento. Es el Noble Camino óctuple, que ya he explicado, y que se alimenta viviendo con atención plena. La atención plena conduce a la concentración y a la comprensión que libera de todo dolor y de toda tristeza y proporciona paz y alegría. Yo os guiaré a lo largo de este camino de realización”.

Mientras Siddhartha exponía las Cuatro Nobles Verdades, Kondanna

sintió de repente que, en su corazón, brillaba una luz inmensa y pudo saborear la liberación que tanto tiempo llevaba buscando. Su rostro irradiaba alegría. El Buda, señalándole, exclamó. “¡Kondanna! ¡Lo lograste! ¡Lo lograste!”.

Kondanna juntó las palmas de las manos, se inclinó ante el Buda y, con el más profundo respeto, dijo: “Venerable Gautama, por favor, acéptame como discípulo. Ahora sé que, bajo tu guía, alcanzaré el Gran Despertar”.

Los otros cuatro monjes se postraron también ante los pies del Buda, juntaron las palmas de las manos y le pidieron que les aceptara como discípulos. El Buda indicó a sus amigos

que se levantarán. Cuando retomaron sus asientos, les dijo: “Hermanos, los niños del pueblo de Uruvela me pusieron el nombre de ‘Buda’. Si queréis, podéis llamarme también así”.

Kondanna preguntó: “Buda quiere decir ‘El despierto’, ¿verdad?”.

“Así es. Y al camino que he descubierto le llamaron ‘Camino del Despertar’. ¿Qué pensáis de este nombre?”.

“‘El Despierto’, ‘el Camino del Despertar’, ¡Maravilloso! ¡Maravilloso! Ambos nombres son acertados a la vez que simples. Nos encanta llamarte Buda y, al sendero que has descubierto, el Camino del Despertar. Como acabas de mencionar, vivir cada día con atención

es la base de la práctica espiritual”. Los cinco monjes aceptaron unánimemente a Gautama como maestro y le llamaron Buda.

El Buda les sonrió. “Por favor, hermanos, practicad con un espíritu abierto e inteligente y, en tres meses, habréis alcanzado el fruto de la liberación”.

El Buda permaneció en Isipatana para guiar a sus cinco discípulos que, siguiendo su enseñanza, abandonaron la práctica de las austeridades. Cada día, tres monjes salían a mendigar comida y la compartían con los otros tres. El Buda les prestaba una atención individualizada, permitiendo que sus discípulos progresaran rápidamente.

El Buda les mostró la naturaleza transitoria y carente de un yo de todos los fenómenos. Les enseñó a contemplar los cinco agregados como cinco ríos que fluyen constantemente sin contener nada que pueda considerarse separado o permanente. Los cinco agregados serían el cuerpo, las sensaciones, las percepciones, las formaciones mentales y la conciencia. Meditando en ellos, llegaron a ver su conexión íntima y maravillosa con todo cuanto existe en el universo.

Gracias a su diligencia, los cinco discípulos recogieron los frutos del Camino. El primero en alcanzar el Despertar fue Kondanna seguido, dos meses después, por Vappa y Bhaddiya.

Mahanama y Assaji lograron también el estado de *arhat*.

Con gran alegría, el Buda les dijo: “Ahora tenemos una verdadera comunidad a la que llamaremos nuestra Sangha. La Sangha es la comunidad de los que viven en armonía y sabiduría. Debemos recoger las semillas del despertar y plantarlas por todas partes”.

Capítulo veintitrés

EL NÉCTAR DEL DHARMA



EL BUDA acostumbraba a madrugar y a sentarse a meditar, antes de hacerlo caminando por el bosque. Una mañana, mientras caminaba, vio a un hombre bien parecido, elegantemente vestido, de apenas treinta años, semioculto por la bruma matutina. El Buda se sentó en una roca enorme. Cuando el joven, ajeno a su presencia, se aproximó, iba murmurando: “¡Es repugnante! ¡Es

repulsivo!”.

El Buda se dirigió a él con voz clara y reconfortante: “No hay nada repugnante. No hay nada repulsivo”.

El joven se paró en seco, alzó la mirada y vio al Buda allí sentado, relajado y sereno. Se quitó las sandalias, se postró ante él y se sentó en una roca próxima.

El Buda le preguntó: “¿Qué es tan repugnante, tan repulsivo?”.

El hombre se presentó. Su nombre era Yasa, hijo de uno de los mercaderes más ricos y respetables de Varanasi. Yasa había disfrutado siempre de una vida esplendorosa y acomodada. Sus padres colmaban todos sus caprichos, le proporcionaban todo tipo de placeres y

comodidades —una bonita residencia, joyas, dinero, vino, cortesanas, banquetes y festejos—. Pero él, sensible e inteligente, se sentía asfixiado por esa vida que ya no le aportaba satisfacción alguna. Era como si estuviese encerrado en una habitación sin ventanas. Necesitaba aire fresco, una vida simple y saludable. La víspera, se había reunido con unos amigos para comer, beber, escuchar música y distraerse con unas jóvenes y encantadoras cortesanas pero, por la noche, se despertó y, al contemplar el espectáculo de sus amigos y las mujeres durmiendo repantigados en el suelo, constató que no podía continuar viviendo de ese modo. Se echó un manto sobre los hombros, se calzó unas

sandalias y salió por la puerta principal sin saber siquiera adonde iba. Tras caminar sin rumbo durante toda la noche, se encontró por casualidad en el Parque de las Gacelas de Isipatana. Y ahora, amanecía y allí estaba, sentado frente al Buda.

El Buda le consoló diciendo: “Yasa, esta vida está llena de sufrimiento, pero también, repleta de maravillas. Dejarse arrastrar por los placeres sensuales es malo para la salud física y mental. Si vives una existencia simple y saludable, libre de deseos, podrás experimentar sus infinitas maravillas. Yasa, mira a tu alrededor. ¿Ves los árboles, erguidos en medio de la bruma de la mañana? ¿Acaso no son

bellos? La luna, las estrellas, los ríos, las montañas, la luz del sol, el canto de los pájaros y el sonido de los manantiales son manifestaciones de un universo que puede proporcionar una felicidad incommensurable.



*Todos los días, el Buda
meditaba caminando por
el bosque.*

“La felicidad que nos aporta alimenta la mente y el cuerpo. Cierra los ojos y respira profundamente. Ahora, ábrelos. ¿Qué ves? Los árboles, la bruma, el cielo, los rayos del sol. Tus propios ojos son maravillas. Pero como no has estado jamás en contacto con tales maravillas, desprecias tu mente y tu cuerpo. Algunas personas llegan a sentir tal desprecio por sí mismas, que sólo desean poner fin a su existencia. No ven más que el sufrimiento de la vida.

Pero el sufrimiento no es la verdadera naturaleza del universo, sino el resultado de un modo de vida erróneo y de una comprensión equivocada de la existencia”.

Las palabras del Buda cayeron como frescas gotas de rocío sobre su reseco corazón. Henchido de felicidad, se postró ante Él y le pidió que le aceptara como discípulo.

El Buda le ayudó a levantarse y le dijo: “Un monje vive una vida simple y humilde. No tiene dinero, duerme en una choza o bajo los árboles. Come únicamente lo que recibe mendigando y toma una sola comida al día. ¿Te ves capaz de llevar esta clase de vida?”.

“Sí, Maestro. Me encantaría

hacerlo”.

El Buda prosiguió: “Un monje consagra la mente y el cuerpo al logro de la liberación para beneficio propio y de los demás. Todos sus esfuerzos están destinados a aliviar el sufrimiento. ¿Te comprometes a seguir este camino?”.

“Sí, Maestro, me comprometo a seguirlo”.

“Entonces, te acepto como discípulo. En mi comunidad, al discípulo, se le llama monje, que significa mendigo. Todos los días mendigarás la comida para alimentarte, para practicar la humildad y estar en contacto con otros para mostrarles el camino”.

En ese momento, aparecieron los

cinco amigos y discípulos del Buda. Yasa se levantó y les saludó respetuosamente, uno a uno. El Buda les presentó a Yasa y le dijo a Kondanna, “Kondanna, Yasa desea ser un monje. Yo le he aceptado. Por favor, enséñale el modo de ponerse el hábito, de portar el cuenco de mendicante, de observar la respiración y de meditar sentado y caminando”.

Yasa se inclinó ante el Buda y siguió a Kondanna hasta su choza donde le afeitó la cabeza y le dio instrucciones de acuerdo con los deseos del Buda. Después le ofreció un hábito y un cuenco que le habían regalado pero que nunca había usado.

Aquella tarde, el padre de Yasa se

presentó en el parque. Había ordenado a todos los sirvientes que salieran inmediatamente a buscar a su hijo y uno de ellos había seguido sus huellas hasta el Parque de las Gacelas. Tras encontrar las sandalias doradas de Yasa junto a una gran roca y saber que se hallaba en aquel lugar en compañía de un grupo de monjes, regresó a casa a toda prisa para informar a su amo.

A su llegada, el padre de Yasa se encontró al Buda sentado serenamente sobre una roca. El mercader juntó las palmas de las manos y preguntó respetuosamente, “Venerable monje, ¿has visto a mi hijo Yasa?”.

El Buda le invitó a sentarse en una roca frente a Él y respondió: “Yasa esta

en esa choza y saldrá enseguida”.

El Buda le contó todo lo ocurrido aquella mañana, haciéndole comprender las aspiraciones y los pensamientos más íntimos de su hijo. “Yasa es un joven brillante y sensible y ha encontrado el camino de la liberación que su corazón buscaba. Ahora tiene fe, paz y alegría. Por favor, alégrate por él”.

El Buda le habló también de la manera de trascender el sufrimiento y la ansiedad y de generar paz y alegría para uno mismo y para los demás. Con cada palabra del Buda el mercader se sentía más y más ligero. Finalmente, se puso de pie, juntó las palmas de las manos y le pidió que le aceptara como discípulo laico.

El Buda permaneció un momento en silencio y después le dijo: “Mis discípulos se esfuerzan por vivir de manera simple, con sabiduría, absteniéndose de matar, evitando el adulterio, hablando con sinceridad y eludiendo el alcohol y los estimulantes que nublan la mente. Señor, si crees que puedes seguir este camino, te acepto como discípulo laico”.

El padre de Yasa se arrodilló ante el Buda y juntó las palmas de las manos. “Déjame tomar refugio en tu enseñanza. Por favor, muéstrame el camino en esta vida. Me comprometo a seguir fielmente tu enseñanza durante toda mi vida”.

Mientras el Buda le ayudaba a incorporarse, se reunió con ellos Yasa,

vestido con el hábito y con la cabeza afeitada. El nuevo monje sonrió con una alegría desconocida. Juntó las manos formando una flor de loto y se inclinó ante su padre que nunca le había visto tan radiante y feliz. Éste, a su vez, se inclinó ante su hijo y dijo: “Tu madre espera en casa y está muy preocupada por ti”.

Yasa respondió, “iré a visitarla para aliviarla de sus pesares, pero me he comprometido a seguir al Buda y a dedicar mi vida a servir a todos los seres”.

El padre de Yasa se dirigió entonces al Buda, “por favor, Maestro, permíteme que te invite a ti y a los monjes a comer a mi casa mañana. Nos

sentiríamos profundamente honrados si vinieras a instruimos sobre el Camino del Despertar”.

El Buda miró a Yasa. Los ojos del nuevo monje centelleaban. Asintiendo con la cabeza, aceptó la invitación.

Al día siguiente, el Buda y los seis monjes comieron en casa de los padres de Yasa. La madre lloraba de alegría al ver a su hijo a salvo y feliz. Ella misma sirvió la comida. Mientras los monjes comían en silencio, nadie dijo una palabra, ni siquiera los sirvientes de la casa. Cuando acabaron de comer y los cuencos de mendicante estuvieron limpios, los padres de Yasa se inclinaron ante el Buda y se sentaron en unos banquillos frente a Él. El Buda les

enseñó los cinco preceptos que constituían el fundamento de la práctica de los discípulos laicos.

“El primero es no matar. Todos los seres vivos temen la muerte. Si seguimos el camino de la comprensión y el amor, observamos este precepto. No debemos proteger únicamente la vida de los seres humanos, también la de los animales. El cumplimiento de este precepto alimenta la compasión y la sabiduría”.

El segundo precepto es no robar. No tenemos derecho a apoderarnos de lo ajeno ni tampoco a enriquecernos explotando a otros. Hemos de encontrar la manera de ayudar a los demás a valerse por sí mismos”.

“El tercero es no mantener una conducta sexual incorrecta. No violéis los derechos y compromisos de otros y permaneced siempre fieles a vuestro cónyuge”.

“El cuarto precepto es no mentir. No pronunciéis palabras que distorsionen la verdad o causen discordia y odio y no extendáis noticias de las que no tengáis certeza”.

“El quinto precepto es no hacer uso del alcohol ni de ningún otro estimulante”.

“Si vivís de acuerdo con el espíritu de los cinco preceptos, evitaréis el sufrimiento y la discordia para vosotros, para vuestra familia y para vuestros amigos, y vuestra felicidad en esta vida

se multiplicará”.

Mientras la madre de Yasa escuchaba al Buda, sintió como si la puerta de la felicidad acabara de abrirse en su corazón. Enormemente complacida de que su marido hubiera sido aceptado como discípulo laico, se arrodilló ante el Buda y juntó las palmas de las manos. Ella también fue aceptada como discípula laica.

El Buda y los seis monjes regresaron a Isipatana.

Capítulo veinticuatro

LA TOMA DE REFUGIO



LA noticia de que Yasa se había hecho monje se extendió rápidamente entre sus amigos. Sus compañeros más próximos, Vimala, Subahu, Punnaji y Gavampati decidieron ir a visitarle a Isipatana. En el camino, Subahu dijo, “si Yasa ha decidido hacerse monje, su maestro tiene que ser realmente extraordinario y el camino que enseña, el más elevado. Yasa goza de gran discernimiento”.

Vimala replicó, “no estés tan

seguro. Quizá se le ha ocurrido hacerse monje de repente y más adelante lo deja. Después de seis meses o un año, podría muy bien abandonar esa vida”.

Gavampati discrepó, “no estáis tomando en serio a Yasa. A mí siempre me ha parecido una persona consecuente y estoy seguro de que no haría una cosa así sin desearlo de verdad”.

Encontraron a Yasa en el Parque de las Gacelas. Les presentó al Buda. “Maestro, estos cuatro amigos son personas excelentes. Por favor, compadécete de ellos y abre sus ojos al camino de la liberación”.

El Buda se sentó a hablar con los cuatro jóvenes. Al principio, Vimala era el más escéptico pero, cuanto más

escuchaba, más impresionado estaba. Finalmente, propuso a sus tres amigos solicitar la autorización para hacerse monjes. Los cuatro jóvenes se arrodillaron ante el Buda; reconociendo su sinceridad, les aceptó en el acto. Después pidió a Kondanna que les transmitiera la instrucción básica.

Varios cientos de jóvenes, que conocían a Yasa, no tardaron en tener noticias de su ordenación y de la de sus cuatro mejores amigos. Unos ciento veinte se reunieron ante la casa de Yasa, todos ellos de veintitantos años, y decidieron visitar Isipatana esa misma mañana. Yasa fue informado de su llegada y salió a recibirles. Les habló de su decisión de vivir como un monje y,

después, les condujo ante el Buda.

El Buda les habló del camino que conduce a la cesación del sufrimiento. También habló de su propia búsqueda y de su voto, siendo aún muy joven, de encontrar el Camino. Los ciento veinte hombres escuchaban extasiados. Cincuenta de ellos quisieron ordenarse inmediatamente y muchos de los setenta restantes lo hubiera hecho si no hubieran tenido responsabilidades como hijos, maridos o padres.

Yasa pidió al Buda que aceptara a sus cincuenta amigos; el Buda accedió. Lleno de júbilo, Yasa dijo, con tu permiso, mañana pasaré por la casa de mis padres cuando salga a mendigar y les preguntaré si desean hacer un

ofrecimiento de hábitos y de cuencos para estos nuevos monjes”.

El Buda tenía ahora sesenta monjes con los que convivía en el Parque de las Gacelas, donde permaneció tres meses más, guiando a la comunidad. Durante dicho periodo, aceptó como discípulos laicos a cientos de hombres y mujeres.

El Buda enseñó a los monjes a observar el cuerpo, las sensaciones, las percepciones, las formaciones mentales y la conciencia. Les habló de la naturaleza interdependiente de todas las cosas y de la importancia de meditar en ella. Dijo que todas las cosas dependían del resto para surgir, desarrollarse y desaparecer. Sin la coproducción dependiente, nada podría manifestarse.

En una cosa existían todas las demás. “La meditación en la coproducción dependiente”, añadió, “es una puerta que conduce a la liberación del nacimiento y la muerte. Tiene el poder de destruir las visiones rígidas y estrechas, por ejemplo, la creencia de que el universo ha sido creado por un dios o a partir de algún elemento como la tierra, el agua, el fuego o el aire”.

El Buda asumía su responsabilidad con los discípulos y los cuidaba y guiaba como un afectuoso hermano mayor pero, parte de dicha responsabilidad, la compartía con sus cinco primeros monjes. Kondanna guiaba a veinte monjes, mientras que los otros cuatro tenían a su cargo a diez.

Viendo que los monjes hacían grandes progresos en el camino espiritual, el Buda reunió a la comunidad y dijo: “Monjes, por favor, escuchad. Somos totalmente libres; nada nos ata. Ahora comprendéis el Camino; por lo tanto, proceded con confianza y avanzaréis a pasos agigantados. Podéis partir de Isipatana cuando lo deseéis. Caminad como personas libres y compartid la enseñanza. Por favor, sembrad las semillas de la Liberación y la Iluminación para traer paz y felicidad a los demás. Enseñad el camino de la liberación, que es bello de principio a fin, en su forma y contenido. Innumerables seres se beneficiarán con la propagación del Dharma. En cuanto a

mí, pronto partiré. Tengo intención de dirigirme hacia el este. Deseo visitar el árbol *bodhi* y a los niños del pueblo de Uruvela. Después, visitaré a un amigo especial en Rajagaha”.

Tras escuchar sus palabras, muchos monjes, vestidos con el hábito color ladrillo y con sus cuencos de mendicante, dejaron Isipatana para propagar la enseñanza. Tan sólo veinte monjes permanecieron en el lugar.

En poco tiempo, muchas personas de los reinos de Kasi y Magadha oyeron hablar del Buda y de sus discípulos. Se enteraron de que un príncipe del clan Sakya había alcanzado la liberación y enseñaba el camino en Isipatana, cerca de la ciudad de Varanasi. Muchos

monjes que no habían alcanzado aún los frutos de la liberación se sintieron inmensamente alentados y acudieron a Isipatana. Tras escuchar las palabras del Buda, la mayoría de ellos tomó los votos de monje. Los que habían partido de Isipatana para propagar la enseñanza volvieron con otros muchos jóvenes deseosos también de hacerse monjes. Así, el número de discípulos aumentó rápidamente.

Un día, el Buda reunió a la Sangha, en el Parque de las Gacelas, y dijo “¡Monjes! De ahora en adelante, no va a ser necesario que ordene personalmente a los nuevos monjes ni que el que desee ser ordenado tenga que venir a Isipatana. Quien quiera recibir la ordenación debe

poder hacerlo en su propia ciudad, en presencia de sus amigos y familiares. Además, desearía, al igual que vosotros, ser libre para quedarme aquí o para marcharme. A partir de ahora, cuando os encontréis con un sincero aspirante a monje, podréis ordenarle allí donde estéis”.

Kondanna se levantó y juntó las palmas de las manos. “Maestro, por favor, explícanos la ceremonia de ordenación para que podamos celebrarla”.

El Buda respondió: “Hacedlo tal y como lo he estado haciendo yo”.

Assaji se levantó y dijo: “Maestro, tu presencia es tan imponente que no precisa de una ceremonia formal pero,

para nosotros, es imprescindible Hermano Kondanna, quizá puedas sugerir el modo de hacerlo. El Buda está aquí y puede completar tu propuesta”.

Kondanna permaneció unos minutos callado y después habló así: “Respetado Buda, en primer lugar, creo que el aspirante a monje debe permitir que se le afeite el pelo y la barba. Seguidamente, ha de recibir instrucciones sobre cómo vestir el hábito que se pondrá a continuación. Y, tras exponer el hombro derecho de la manera acostumbrada y arrodillarse ante el monje que le concede la ordenación —es correcto arrodillarse ya que quien otorga la ordenación actúa como representante del Buda— debe unir las

palmas de las manos, formando una flor de loto y recitar tres veces: ‘Tomo refugio en el Buda, que me enseña el Camino en esta vida. Tomo refugio en el Dharma, el Camino de la Comprensión y el Amor. Tomo refugio en la Sangha, la comunidad que vive en armonía y con plena conciencia’. Tras repetir tres veces estos refugios, al aspirante se le considera monje en la comunidad del Buda. Ésta es mi humilde sugerencia. Por favor, Maestro, haz las correcciones pertinentes”.

El Buda respondió: “Es perfecta, hermano Kondanna. Recitar los Tres Refugios tres veces permaneciendo arrodillado ante un monje que ha recibido la ordenación es suficiente para

convertirse en un monje ordenado”.

La comunidad fue feliz con la decisión.

Pocos días después, el Buda se puso el hábito, cogió su cuenco y dejó Isipatana. Era una mañana especialmente bella. Se dirigió al río Ganges para regresar a Magadha.

Capítulo veinticinco

MÚSICA CELESTIAL



EL BUDA conocía bien el camino de Varanasi a Rajagaha. Anduvo despacio, disfrutando de los bosques y de los arrozales que atravesaba. Hacia el mediodía, se detuvo a mendigar en una pequeña aldea. Después, se adentró en el bosque, donde comió en silencio y practicó la meditación caminando. A continuación se sentó a meditar bajo un frondoso árbol. Le gustaba estar solo en el bosque. Cuando llevaba varias horas

meditando, pasó por allí un grupo de jóvenes bien vestidos y obviamente agitados. Algunos portaban instrumentos musicales. El joven que iba a la cabeza se inclinó para saludar al Buda y preguntó: “Monje, ¿has visto pasar por aquí a una muchacha?”.

El Buda respondió: “¿Por qué la buscáis?”.

El joven le explicó que venían de Varanasi, de donde habían salido a pasear por el bosque en compañía de una muchacha. Después de cantar, bailar, comer y beber, habían echado la siesta. Cuando se despertaron, vieron que la chica les había robado las joyas y se había dado a la fuga. Por eso la buscaban.

El Buda, mirándoles con serenidad, preguntó: “Decidme, amigos, ¿qué es mejor, encontrar a la muchacha o encontraros a vosotros mismos?”.

Los jóvenes se quedaron sorprendidos. La apariencia radiante del Buda y su extraña pregunta les hizo volver en sí. Uno de ellos respondió, “respetado Maestro, quizá sería mejor intentar hallarnos a nosotros mismos primero”.

“La vida sólo puede ser hallada si permanecemos en el momento presente, pero es raro que nuestras mentes moren en él. En su lugar, corremos tras el pasado o anhelamos el futuro. Creemos que somos nosotros mismos pero, de hecho, casi nunca estamos en contacto

real con nuestro propio ser. Nuestras mentes están demasiado ocupadas persiguiendo los recuerdos de ayer o los sueños de mañana. La única manera de contactar con la vida es volviendo al momento presente. Cuando sepáis cómo hacerlo, os convertiréis en seres despiertos y hallaréis vuestro verdadero ser”.

“Mirad esas hojas tiernas, acariciadas por la luz del sol. ¿Habéis contemplado alguna vez su color con un corazón sereno y despierto? La tonalidad es una de las maravillas de la vida. Si no lo habéis observado nunca, por favor, hacedlo ahora”.

Los jóvenes permanecieron en completo silencio. Siguiendo sus

indicaciones observaron las hojas que se balanceaban con la brisa de la tarde. Al rato, el Buda se dirigió al joven sentado a su derecha: “Veo que tienes una flauta. Por favor, toca algo”.

El joven, con cierta timidez, se llevó la flauta a los labios y empezó a tocar. Todos escucharon atentamente; el sonido de su instrumento era como el llanto lastimero de un amante decepcionado. Los ojos del Buda no se apartaron ni un instante del intérprete. Cuando acabó de tocar, la tristeza parecía envolver el bosque. Todo el mundo permaneció en silencio hasta que, de repente, el joven flautista le tendió el instrumento al Buda y dijo: “Respetable monje, por favor, toca para nosotros”.

El Buda sonrió, mientras el resto se reía a carcajadas, tomando a su amigo por un verdadero loco. ¿Quién ha oído alguna vez que un monje toque la flauta? Pero, para su sorpresa, el Buda tomó el instrumento en sus manos. Los jóvenes, atónitos, dirigieron su mirada hacia Él, incapaces de ocultar su curiosidad. El Buda respiró profundamente varias veces, antes de llevarse la flauta a los labios.

La imagen lejana de un joven tocando la flauta en los jardines reales de Kapilavatthu surgió en la mente del Buda. Era una noche de luna llena. Podía ver a Mahapajapati sentada en el banco de piedra, escuchando silenciosamente; y a Yasodhara, con un

incensario, quemando una barrita de fragante sándalo. El Buda comenzó a tocar.

El sonido era tan delicado como un hilo de humo rizándose suavemente desde el tejado de una simple morada, a las afueras de Kapilavatthu. Poco a poco, el fino hilo se extendió por el espacio como una acumulación de nubes que, a su vez, se transformó en un loto de mil pétalos; cada pétalo de un nuevo y brillante color. Parecía como si el flautista se hubiera multiplicado de repente por diez mil y todas las maravillas del universo se hubieran transformado en sonidos —sonidos de mil colores y formas, tan ligeros como la brisa y tan rápidos como el golpeteo

de la lluvia, claros como una grulla volando en lo alto, íntimos como el arrullo, luminosos como una joya resplandeciente y sutiles como la sonrisa de quien ha trascendido todo pensamiento de ganancias y pérdidas—. Los pájaros del bosque silenciaron su canto para escuchar esa música sublime e incluso la brisa dejó de mecer las hojas. El bosque quedó envuelto en una atmósfera de absoluta paz, serenidad y admiración. Los jóvenes, sentados alrededor del Buda, se sentían completamente frescos y en el momento presente, en conexión con las maravillas de los árboles, el Buda, la flauta y la amistad. Cuando dejó de tocar, todavía se podía oír la música reverberando en

el aire. Ninguno pensaba ya en la muchacha ni en las joyas que les había robado.

Durante un buen rato, nadie habló. Después, el de la flauta exclamó: “Maestro, ¡tu música es maravillosa! Jamás había oído a nadie tocar tan magníficamente. ¿Con quién aprendiste? ¿Me aceptarías como alumno?”.

El Buda sonrió y dijo: Aprendí a tocarla de pequeño, pero hacía siete años que no la cogía. Sin embargo, suena mejor ahora”.

¿Cómo puede ser eso, Maestro? ¿Cómo has podido mejorar sin haber practicado?”.

“Tocar bien la flauta no depende sólo de lo que se practique. Toco mejor

que en el pasado porque he encontrado mi verdadero ser. No puedes alcanzar la cúspide del arte si antes no descubres la incomparable belleza de tu corazón. Si deseas tocar realmente bien, debes encontrar tu verdadero ser en el Camino del Despertar”.

El Buda explicó el camino que conduce a la liberación, las Cuatro Nobles Verdades y el Noble Camino Óctuple. Los jóvenes escucharon atentamente. Cuando acabó de hablar, uno a uno se arrodillaron y pidieron ser aceptados como discípulos. El Buda les ordenó a todos. Seguidamente, les aconsejó que se dirigieran a Isipatana y se presentaran ante el monje Kondanna, quien les guiaría en la práctica del

Camino. Finalmente, les aseguró que volverían a encontrarse en breve.

Aquella noche, el Buda durmió solo en el bosque. A la mañana siguiente, cruzó el Ganges y se dirigió hacia el este. Deseaba encontrarse con los niños de Uruvela antes de ponerse en camino hacia Rajagaha, donde visitaría al rey Bimbisara.

Capítulo veintiséis

EL AGUA TAMBIÉN SE ELEVA



SIETE días después, el Buda se sentía feliz de estar de vuelta en el bosque del árbol *bodhi*. Durmió allí esa noche. Por la mañana, sorprendió a Svasti a orillas del Neranjara. Permanecieron un buen rato sentados junto al río y, después, el Buda le ayudó a cortar hierba *kusa* para los búfalos. Más tarde, se despidió, dirigiéndose al pueblo a mendigar.

Al día siguiente por la tarde, los

niños de Uruvela fueron al bosque a visitar al Buda. Svasti acudió con su familia y Sujata con todos sus amigos. Los niños estaban muy contentos de ver de nuevo al Buda y le escucharon atentamente mientras les contaba todo lo que le había ocurrido ese año. Le prometió a Svasti que le aceptaría como monje cuando cumpliera veinte años. Sus hermanos tendrían entonces edad suficiente para cuidar de sí mismos.

Los niños le contaron al Buda que una comunidad espiritual de quinientos devotos, dirigida por un brahmán, se había instalado hacía unos meses en las cercanías. No se afeitaban el cabello como los monjes; se lo trenzaban recogéndolo después sobre la cabeza.

Adoraban al dios del fuego y el brahmán, un hombre profundamente venerado por todos los que le conocían, se llamaba Kassapa.

A la mañana siguiente, el Buda cruzó el río y encontró a la comunidad del maestro Kassapa. Sus devotos vivían en cabañas de ramas y vestían telas hechas de corteza de árbol. No iban al pueblo a mendigar pero aceptaban las ofrendas de los lugareños. También criaban animales para alimentarse y para hacer sacrificios. El Buda se detuvo a hablar con uno de los seguidores de Kassapa, que le contó que su maestro tenía un profundo conocimiento de los Vedas y vivía una vida de absoluta virtud. Kassapa,

explicó, tenía dos hermanos menores que dirigían también comunidades devotas del fuego. Los tres hermanos defendían que el fuego era la esencia original del universo. Uruvela Kassapa era sumamente querido por sus dos hermanos, Nadi Kassapa, que vivía con trescientos devotos a orillas del Neranjara, a un día de viaje hacia el norte, y Gaya Kassapa, líder de una comunidad de doscientos devotos, en Gaya.

El discípulo de Kassapa condujo al Buda hasta la choza de su maestro. A pesar de que Kassapa ya no era joven, se mantenía ágil y alerta. Cuando Kassapa vio el extraordinario porte del joven maestro, se sintió inmediatamente

atraído hacia Él y le trató como a un huésped especial. Le invitó a sentarse fuera, en un tronco, donde ambos disfrutaron de una larga conversación. Kassapa estaba maravillado por el profundo conocimiento que tenía el Buda de los Vedas. Pero se maravilló aún más cuando descubrió que el monje comprendía ciertos conceptos de los Vedas que él no había llegado a discernir. El Buda le explicó los pasajes más profundos de las escrituras *Atharveda* y *Rigveda* que Kassapa pensaba, erróneamente, haber comprendido. Todavía más sorprendentes eran los conocimientos del joven monje sobre historia, doctrina y rituales brahmánicos.

Tras aceptar el ofrecimiento de comida de Kassapa, el Buda dobló escrupulosamente su hábito exterior, se sentó encima y comió en atento silencio. Uruvela Kassapa, impresionado por la serena y majestuosa expresión del rostro del Buda, no se atrevió a pronunciar palabra.

Aquella tarde, prosiguieron con su conversación. El Buda preguntó: “Maestro Kassapa, ¿podrías explicarme cómo se obtiene la liberación a través de la adoración del fuego?”.

Uruvela Kassapa no respondió inmediatamente. Sabía muy bien que una respuesta ordinaria o superficial no satisfaría al joven y extraordinario monje. Kassapa comenzó explicando

que el fuego era la esencia básica del universo; surgía de Brahma. En el altar principal de la comunidad —el Santuario del Fuego— el fuego sagrado ardía permanentemente; era la imagen de Brahma. El *Atharveda* hablaba de la adoración del fuego como símbolo de la vida. Sin él, la vida no era posible. El fuego era la luz, el calor y la fuente del sol que permitía vivir a las plantas, a los animales y a las personas; disipaba las sombras, vencía el frío y aportaba alegría y vitalidad a todos los seres. Gracias a él, los alimentos se volvían comestibles y las personas, cuando morían, se reunían con Brahma. Porque el fuego era la fuente de la vida, era el mismo Brahma. Agni, el dios del fuego,

era una de las múltiples manifestaciones de Brahma. Estaba representado en el Altar del Fuego con dos cabezas; una simbolizaba los usos diarios del fuego y, la otra, el fuego del sacrificio y el regreso al origen de la vida. Los adoradores del fuego realizaban cuarenta ritos expiatorios. Los devotos de su comunidad tenían que guardar los preceptos, practicar las austeridades y rezar con diligencia para seguir el camino que un día les conduciría a la liberación.

Kassapa se oponía enérgicamente a los brahmanes que utilizaban su posición en la sociedad para adquirir riquezas y perderse en los placeres sensuales. Dichos brahmanes, dijo, efectuaban

rituales y recitaban las escrituras con el único fin de enriquecerse. Tales excesos habían empañado la reputación del camino brahmánico tradicional.

El Buda preguntó: “Maestro, ¿qué opinas de los que consideran que el agua es la esencia fundamental de la vida y el elemento purificador que une a los seres con Brahma?”.

Kassapa dudó un instante. Pensó en los cientos de miles de personas que, en ese instante, estaban bañándose en las aguas del Ganges y de otros ríos sagrados para purificarse.

“Gautama, el agua no puede ayudar realmente a alcanzar la liberación. El agua desciende naturalmente. El fuego es el único que asciende. Cuando morimos,

nuestro cuerpo se eleva en forma de humo gracias al fuego”.

“Maestro Kassapa, me temo que eso no es exacto. Las blancas nubes flotando en el cielo son también una forma de agua. Por lo tanto, el agua también se eleva. De hecho, el humo no es más que el agua evaporándose. Las nubes, al igual que el humo, retoman finalmente al estado líquido. Todas las cosas, como sabes, son cíclicas”.

“Pero todas las cosas comparten una esencia fundamental y todas regresan a esa esencia única”.

“Maestro Kassapa, todas las cosas dependen del resto para su existencia. Tomemos el ejemplo de esta hoja en mi mano. Tierra, agua, calor, semilla, árbol,

nubes, sol, tiempo, espacio —todos estos elementos han hecho posible su existencia—. Si faltara tan sólo uno de ellos, la hoja no podría existir. Todos los seres, orgánicos e inorgánicos, existen en función de la ley de la coproducción dependiente. El origen de una cosa es todas las cosas. Por favor, piénsalo detenidamente. ¿No ves que esta hoja que sostengo en la mano está aquí, ahora, gracias a la interpenetración de todos los fenómenos del universo, incluyendo tu propia conciencia?”.

La tarde había caído y empezaba a oscurecer. Kassapa invitó al Buda a dormir en su choza. Era la primera vez que ofrecía su habitación a alguien pero es que nunca se había encontrado con un

monje tan extraordinario. El Buda, no obstante, declinó la invitación diciendo que se había acostumbrado a dormir solo y añadió que le gustaría hacerlo en el Santuario del Fuego si a Kassapa le parecía oportuno.

El brahmán dijo, “hace días que una enorme serpiente se ha refugiado en el Santuario. Todos los esfuerzos por ahuyentarla han sido vanos. No debes dormir allí, amigo Gautama. Podría ser peligroso. Todas nuestras ceremonias se están efectuando fuera del Santuario por temor a la serpiente. Por favor, por tu seguridad, duerme en mi cabaña”.

El Buda respondió. “No te preocupes, no correré peligro. Deseo dormir en el Santuario del Fuego”.

El Buda pensó en los meses de austeridades en la jungla. Las bestias salvajes pasaban por su lado sin dañarle. Enormes serpientes se habían aproximado, estando sentado en meditación. Si tenías cuidado de no asustarlas, no te atacaban.

Viendo que no podía disuadirle, Kassapa dijo, “si quieres dormir en el Santuario de Fuego, que así sea. Puedes hacerlo tantas noches como desees”.

Aquella noche, el Buda entró en el Santuario. En el altar central ardía un gran fuego alimentado por numerosas velas. A un lado de la habitación había una pila de troncos de madera de sándalo que se empleaba para las ceremonias al aire libre. El Buda supuso

que la serpiente estaría escondida ahí, así que se sentó en el otro lado, empleando como cojín su hábito doblado. Meditó hasta bien entrada la noche. Cuando casi había acabado, vio a la gran serpiente, enroscada en el centro de la habitación, mirándole. El Buda le habló dulcemente; “Querida amiga, regresa a la selva por tu propia seguridad”.

La voz del Buda estaba impregnada de amor y comprensión. La serpiente se desenroscó lentamente y salió deslizándose por la puerta. El Buda se acostó y se quedó dormido.

Le despertó la luz brillante de la luna, que entraba por la ventana. Era el decimoctavo día del mes, la luna estaba

resplandeciente. Pensó que sería muy agradable meditar caminando bajo su luz. Sacudió el polvo, adherido a su hábito exterior, y se lo puso antes de salir.

A primera hora de la mañana, el Santuario prendió fuego. Nadie sabía por qué. Los miembros de la comunidad llenaron cubos con agua del río pero no sirvió de nada. El agua llegó demasiado tarde para extinguir aquel fuego devastador. Finalmente, los quinientos devotos no pudieron hacer nada más que quedarse de pie contemplando la destrucción de su Santuario.

Entre ellos se encontraba Uruvela Kassapa. Su corazón estaba destrozado por la tristeza pensando en el virtuoso y

talentoso monje que había conocido la víspera. Sin duda, el joven monje había perecido en el fuego. Si Gautama hubiera dormido en su choza, estaría vivo. Justo en ese momento, apareció el Buda que había visto el incendio desde las colinas y regresaba para ver si podía ayudar.

Kassapa, sintiéndose aliviado e infinitamente feliz, corrió hacia el Buda y le tomó de la mano. “Menos mal que estás vivo, amigo Gautama. ¡No te ha ocurrido nada! ¡Estoy tan contento!”.

El Buda puso sus manos sobre los hombros de Kassapa y sonrió. “Gracias, amigo mío. Estoy bien”.

El Buda sabía que ese día Uruvela Kassapa pronunciaba un discurso y que,

aparte de sus quinientos discípulos, acudirían al menos mil personas de los pueblos vecinos. El discurso tendría lugar después de la comida. Sintiendo que su presencia durante la charla podía incomodar a Kassapa, el Buda se fue a mendigar al pueblo. Tras recibir ofrendas de comida, caminó hasta el estanque de lotos, comió allí y pasó toda la tarde en aquel agradable lugar.

A última hora de la tarde, Kassapa fue a buscarle. Le encontró junto al estanque, “amigo Gautama, te esperábamos al mediodía para comer, pero no has aparecido. ¿Por qué?”.

El Buda respondió que había deseado ausentarse durante la charla.

“¿Por qué no has querido asistir a

la charla?”, preguntó Uruvela Kassapa.

El Buda sonrió amablemente. El brahmán no dijo más. Sabía que el joven monje había leído su pensamiento. ¡Qué tacto y consideración tenía Gautama!

Se sentaron frente al estanque y conversaron. Kassapa tomó la palabra, “ayer dijiste que una hoja surge gracias a la reunión de diferentes condiciones. También dijiste que los seres humanos existen igualmente debido a la reunión de muchas condiciones. Pero, cuando esas condiciones dejan de existir, ¿a dónde va el yo?”.

El Buda respondió: “Durante mucho tiempo, los seres humanos hemos permanecido atrapados por el concepto de *atman*, —el concepto de un yo

separado y eterno—. Hemos creído que, cuando nuestro cuerpo muere, el yo sigue existiendo y busca la unión con su origen, que es Brahma. Pero, amigo Kassapa, es un error fundamental que ha llevado a la perdición a innumerables generaciones.

“Has de saber, amigo Kassapa, que todas las cosas existen debido a la interdependencia y que dejan de existir debido a la interdependencia. Esto es porque aquello es. Esto no es porque aquello no es. Esto nace porque aquello nace. Esto muere porque aquello muere. He aquí la maravillosa ley de la coproducción dependiente que he descubierto en la meditación. En realidad, no hay nada que sea separado

y eterno. No hay un yo; no hay ni un yo superior ni un yo inferior. Kassapa, ¿has meditado alguna vez en el cuerpo, las sensaciones, las percepciones, las formaciones mentales y la conciencia? La persona está constituida por estos cinco agregados. Son ríos en constante cambio en los que no es posible hallar un solo elemento que sea permanente”.

Uruvela Kassapa permaneció un rato en silencio. Después, preguntó, “¿podríamos decir que enseñas la doctrina del no-yo?”.

El Buda sonrió. “No. El concepto del no-ser es una visión estrecha en un bosque de visiones estrechas. Es un concepto tan erróneo como el de un yo separado y permanente. Kassapa, mira

este estanque de lotos. No digo que el agua y el loto no existan. Sólo digo que el agua y el loto surgen gracias a la presencia y la interpenetración del resto de los elementos, ninguno de los cuales existe de manera separada o permanente”.

Kassapa alzó la cabeza y miró directamente a los ojos del Buda. “Si no hay un yo, ni un *atman*, ¿por qué debemos practicar un camino espiritual para alcanzar la liberación? ¿Quién se libera?”.

El Buda miró profundamente a los ojos de su amigo brahmán. Su mirada era radiante como el sol y dulce como la suave luz de la luna. Sonrió y dijo, “Kassapa, busca la respuesta en tu

interior”.

Regresaron juntos a la comunidad de los adoradores del fuego y Uruvela Kassapa insistió en que el Buda pasara la noche en su cabaña mientras él dormía en la de uno de sus discípulos principales. El Buda constató que los discípulos de Kassapa veneraban profundamente a su maestro.

Capítulo veintisiete

TODOS LOS DHARMAS ARDEN



TODAS las mañanas, Kassapa llevaba la comida al Buda; así, no necesitaba ir al pueblo a mendigar. Después de su comida diaria, caminaba a solas por los senderos del bosque o se acercaba hasta el estanque de lotos. Por la tarde, al caer el sol, Kassapa se reunía con Él para conversar bajo los árboles o junto al estanque. Cuanto más tiempo pasaba con el Buda, más claramente comprendía lo

sabio y virtuoso que era su amigo.

Una noche llovió de una forma tan violenta que el río Neranjara se desbordó. Los campos y las casas próximas quedaron rápidamente anegadas por el agua. Las barcas salían a la desesperada intentando salvar a la gente. La comunidad de Kassapa tuvo tiempo de refugiarse en unas tierras más altas pero nadie sabía dónde estaba Gautama. Kassapa envió varias embarcaciones en su búsqueda. Finalmente, le encontraron de pie, en una alejada colina.

Las aguas volvieron rápidamente a su cauce. A la mañana siguiente, el Buda cogió su cuenco de mendicante y bajó al pueblo para ver cómo había afectado la

crecida del río a los lugareños. Por suerte, nadie había perecido. La gente le confesó que el río no se había llevado casi nada ya que tampoco tenían gran cosa.

Los discípulos de Kassapa empezaron a reconstruir el Santuario del Fuego, destruido por las llamas, y las chozas que las enfurecidas aguas del río se habían llevado.

Una tarde, en la orilla del Neranjara, Kassapa dijo al Buda, “Gautama, el otro día hablaste de la meditación en el cuerpo, las sensaciones, las percepciones, las formaciones mentales y la conciencia. He estado practicando esa meditación y he empezado a comprender que las

sensaciones y las percepciones determinan la calidad de nuestra vida. He comprendido también que no es posible hallar un elemento permanente en ninguno de los cinco ríos. Puedo comprender incluso que la creencia en un yo separado es falsa. Pero todavía no comprendo por qué es necesario seguir un camino espiritual si el yo no existe. ¿Quién se libera?”.

El Buda preguntó: “Kassapa, ¿aceptas que el sufrimiento es una verdad?”.

“Sí, Gautama, lo acepto”.

“¿Estás de acuerdo en que el sufrimiento tiene causas?”.

“Sí, estoy de acuerdo”.

“Kassapa, cuando las causas del

sufrimiento están presentes, el sufrimiento está presente. Cuando las causas del sufrimiento desaparecen, el sufrimiento también desaparece”.

“Sí, comprendo que cuando las causas del sufrimiento desaparecen, el sufrimiento también desaparece”.

“La causa del sufrimiento es la ignorancia, un falso modo de contemplar la realidad. Pensar que lo transitorio es permanente es ignorancia. Pensar que hay un yo, cuando no lo hay, es ignorancia. De la ignorancia nace el deseo, el enfado, el miedo, los celos e infinitos sufrimientos. El camino de la liberación consiste en contemplar profundamente las cosas para comprender la naturaleza de la

transitoriedad, la ausencia de un yo separado y la interdependencia de todas las cosas. Éste es el camino que destruye la ignorancia; una vez erradicada, se trasciende el sufrimiento. Esa es la verdadera liberación. No hace falta un yo para que haya liberación”.

Uruvela Kassapa se sentó en silencio y, después, dijo, “Gautama, sé que hablas desde tu experiencia directa. Tus palabras no expresan sólo conceptos. Has dicho que la liberación puede ser alcanzada únicamente a través de la meditación, observando profundamente las cosas. ¿Crees que todas las ceremonias, los rituales y las oraciones son inútiles?”.

El Buda señaló el otro lado del río

y dijo: “Kassapa, si una persona desea cruzar a la otra orilla, ¿qué debe hacer?”.

“Si las aguas son poco profundas, puede vadearlo. Si no, tendrá que nadar o cruzar el río en barca”.

“Estoy de acuerdo. Pero, ¿qué ocurre si no estuviera dispuesta a vadear el río, a nadar o a remar? ¿Qué ocurre si simplemente se queda de pie, a este lado del río, y reza para que la otra orilla venga a ella? ¿Qué pensarías de esa persona?”. “¡Pensaría que está loca!”.

“¡Exacto, Kassapa! Si no eliminamos la ignorancia ni las obstrucciones mentales, no podemos cruzar al otro lado, a la liberación, aunque nos pasemos la vida rezando”.

De repente, Kassapa rompió a llorar y se postró ante los pies del Buda. “Gautama, he desperdiciado más de la mitad de mi vida. Por favor, acéptame como discípulo y concédeme la oportunidad de estudiar y practicar contigo el camino de la liberación”.

El Buda ayudó a Kassapa a incorporarse y dijo: “Te aceptaría de inmediato como discípulo pero, ¿qué pasa con tus quinientos devotos? ¿Quién les guiará si les dejas?”.

Kassapa respondió. “Gautama, permite que hable con ellos. Mañana por la tarde te comunicaré mi decisión”.

El Buda dijo: “Los niños del pueblo de Uruvela me llaman el Buda”.

Kassapa se sorprendió. “Significa

El Despierto, ¿verdad? Te llamaré así”.

A la mañana siguiente, el Buda fue a mendigar al pueblo de Uruvela y luego se dirigió al estanque de lotos. Al caer la tarde, Kassapa fue a informarle de que sus quinientos devotos estaban de acuerdo en convertirse en discípulos del Buda.

Al día siguiente, Uruvela Kassapa y todos sus seguidores se afeitaron cabeza y barba y arrojaron al río Neranjara los mechones de pelo y los objetos rituales que habían empleado para el culto del fuego. Se arrodillaron ante el Buda y recitaron tres veces: “Tomo refugio en el Buda, que me enseña el camino en esta vida. Tomo refugio en el Dharma, el camino de la

comprensión y el amor. Tomo refugio en la Sangha, la comunidad que vive en armonía y plena conciencia”. La recitación de los Tres Refugios retumbó por todo el bosque.

Cuando la ordenación hubo terminado, el Buda habló a los nuevos monjes sobre las Cuatro Nobles Verdades y el modo de observar la respiración, el cuerpo y la mente. Les mostró cómo mendigar la comida y cómo comer en silencio, y les pidió que liberaran a todos los animales que criaban para comer y hacer sacrificios.

Aquella tarde, el Buda se reunió con Kassapa y con diez de sus estudiantes más destacados para enseñarles los fundamentos del Camino

del Despertar y de cómo organizar de la mejor manera la Sangha. Kassapa era un jefe y un organizador de talento y, junto con el Buda, designó a diez estudiantes aventajados para que se encargaran de adiestrar a los monjes más jóvenes, tal como lo había hecho el Buda en Isipatana.

Un día después, Nadi Kassapa, el hermano menor de Uruvela Kassapa, llegó, acompañado de sus discípulos. Parecían consternados. La víspera, habían visto centenares de trenzas y objetos litúrgicos arrastrados por la corriente y temían que la comunidad del hermano mayor hubiera sufrido alguna desgracia. Cuando Nadi Kassapa llegó a Uruvela era la hora de mendigar y no

encontró a nadie; lo que no hizo más que aumentar su angustia. Pero poco a poco, los monjes fueron regresando y les anunciaron que habían tomado el voto de seguir a un monje llamado Gautama. Uruvela Kassapa volvió de mendigar en compañía del Buda y se alegró inmensamente de ver a su hermano menor, a quien invitó a pasear por el bosque. Se ausentaron durante varias horas y, cuando regresaron, Nadi Kassapa anunció que él y sus trescientos devotos tomarían también refugio en el Buda. Uruvela y Nadi Kassapa decidieron enviar a un emisario para que hiciera venir a su otro hermano, Gaya Kassapa. En el breve espacio de siete días, Gaya Kassapa y sus

doscientos devotos recibieron también la ordenación. Los hermanos Kassapa, famosos por su amor fraternal y por compartir ideales comunes, se convirtieron en estudiantes devotos del Buda.

Cierto día, cuando los monjes volvían de mendigar, el Buda les congregó en la ladera de una montaña de Gaya. Novecientos monjes comieron en silencio con el Buda y los tres hermanos Kassapa; cuando acabaron, dirigieron sus miradas hacia el Buda.

Sereno, sentado sobre una gran roca, el Buda empezó a hablar: “Monjes, todos los dharmas arden. ¿Qué arde?: Los seis órganos de los sentidos —ojos, oídos, nariz, lengua, cuerpo y

mente—; los seis objetos de los sentidos —forma, sonido, olor, sabor, tacto y objetos de la mente— y las seis conciencias visual, auditiva, olfativa, gustativa, sensorial y conceptual—. Arden a causa de las llamas del deseo, el odio y la ilusión. Arden en las llamas del nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte, y en las del dolor, la ansiedad, la frustración, la preocupación, el temor y la desesperación”.

“Monjes, todas las sensaciones arden, sean agradables, desagradables o neutras. Las sensaciones surgen y están condicionadas por los órganos de los sentidos, por los objetos de los órganos de los sentidos y por las conciencias

sensoriales. Las sensaciones arden en las llamas del deseo, el odio y la ilusión. Las sensaciones arden en las llamas del nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte y en las del dolor, la ansiedad, la frustración, la preocupación, el temor y la desesperación”.

“Monjes, no dejéis que las llamas del deseo, el odio y la ilusión os consuman. Contemplad la naturaleza transitoria e interdependiente de todos los dharmas y no seréis esclavos del ciclo de nacimiento y muerte creado por los órganos de los sentidos, los objetos de los sentidos y las conciencias sensoriales”.

Novecientos monjes escuchaban

atentamente. Se sentían hondamente conmovidos y felices de haber hallado el camino que enseñaba a mirar profundamente para alcanzar la liberación. La fe manaba en sus corazones.

El Buda permaneció en Gayasisa durante tres meses enseñando a los nuevos monjes; hicieron grandes progresos. Los hermanos Kassapa secundaron maravillosamente al Buda ayudándole a guiar y a enseñar a la Sangha.

Capítulo veintiocho

EL BOSQUE DE LAS PALMERAS



EL BUDA había decidido partir esa misma mañana de Gayasisa en dirección a Rajagaha, cuando Uruvela Kassapa solicitó autorización para acompañarle con toda la Sangha. El Buda, al principio, no se mostró partidario de tal iniciativa, pero Kassapa le explicó cuán fácilmente podían viajar novecientos monjes. En los alrededores de Rajagaha había muchos bosques donde podrían

morar. Mendigarían en los pueblos, numerosos, así como en la capital y conectarían con muchas personas del lugar. Además, añadió Kassapa, los monjes eran ahora demasiado numerosos para que la población de Gaya pudiera sustentarles, mientras que, en Rajagaha, todo sería más fácil. El Buda, comprobando que Kassapa conocía bien Magadha, accedió a que le acompañaran.

Los hermanos Kassapa dividieron la Sangha en treinta y seis grupos de veinticinco monjes; cada grupo estaba dirigido por un estudiante avanzado. Tal estructura permitía a los monjes progresar en el camino espiritual.

Necesitaron diez días para llegar a

Rajagaha. Cada mañana, mendigaban en las aldeas y comían en silencio en el bosque o en el campo. Después de comer, los grupos reanudaban el viaje. El espectáculo de los monjes caminando lentamente y en silencio impresionaba profundamente a los que les veían pasar.

Antes de llegar, cerca de Rajagaha, Uruvela Kassapa condujo a la Sangha hasta el Bosque de las Palmeras, donde se erigía el templo de Supatthita. El Bosque se hallaba tan solo a tres kilómetros, al sur de la capital. A la mañana siguiente, los monjes cogieron sus cuencos y fueron a mendigar a la ciudad. Cada día, caminaban en fila, en pequeños grupos, con paso lento y sosegado, sosteniendo serenamente sus

cuencos y mirando fijamente al frente. Siguiendo las instrucciones del Buda, los monjes se detenían delante de cada casa, sin hacer diferencias entre las ricas y las pobres. Mientras esperaban ante la puerta, permanecían en silencio observando atentamente su respiración. Si, en unos minutos, no salía nadie, se dirigían a la casa siguiente. Cuando recibían un ofrecimiento de comida, se inclinaban para dar las gracias y jamás hacían comentarios sobre su calidad. A veces, los laicos que hacían un ofrecimiento preguntaban al monje sobre el Dharma, a lo que éste respondía lo mejor que podía diciendo que pertenecía a la Sangha de Gautama, el Buda, y explicando las Cuatro Nobles Verdades,

los cinco preceptos del laico y el Noble Camino Óctuple.

Los monjes regresaban al Bosque de las Palmeras para compartir al mediodía la comida en silencio antes de escuchar un discurso sobre el Dharma, impartido por el Buda. Las tardes estaban reservadas para la práctica de la meditación. Por lo tanto, después del mediodía, no se veía un monje de hábitos azafrán en la ciudad.

Al cabo de dos semanas, todos los ciudadanos de Rajagaha sabían que la Sangha del Buda estaba en la capital. Cuando la tarde era fresca, muchos acudían al Bosque de las Palmeras para escucharle y conocer el Camino del Despertar. Antes de que el Buda hubiera

tenido la oportunidad de visitar a su amigo, el joven rey Seniya Bimbisara ya había sido informado de su presencia. Convencido de que el nuevo maestro era el monje que había conocido en la montaña, ordenó que condujeran su carruaje hasta el Bosque de las Palmeras. Otros carruajes le siguieron pues el rey había invitado al evento a un centenar de respetados brahmanes, maestros e intelectuales. Al llegar al linde del bosque, el monarca se apeó y continuó a pie, acompañado por su esposa y su hijo.

Cuando el Buda se enteró de la llegada del rey, salió con Uruvela Kassapa a recibirle personalmente. Los monjes, formando grandes círculos,

estaban sentados en el suelo para escuchar la enseñanza. El Buda invitó al rey, la reina, el príncipe y demás convidados a que tomaran asiento. El rey Bimbisara le presentó a los miembros de su séquito, entre los cuales se encontraban muchos estudiosos, versados en los Vedas, que pertenecían a distintas escuelas de pensamiento religioso. La mayoría había oído el nombre de Uruvela Kassapa y algunos incluso le conocían personalmente, pero nadie había oído hablar del Buda. Estaban sorprendidos del profundo respeto que Kassapa mostraba hacia Él, a pesar de ser Gautama Sakya mucho más joven. Comentaban entre susurros si Gautama era el discípulo de Kassapa, o

si éste lo era de aquél. Uruvela Kassapa, consciente de la confusión de los brahmanes, se levantó y se acercó al Buda. Unió las palmas de las manos y, hablando con claridad y respeto, dijo, “Gautama, el Iluminado, el Maestro más precioso en esta vida, yo soy Uruvela Kassapa, tu discípulo. Acepta por favor mi más profundo respeto”. Después, se postró tres veces ante el Buda, que le ayudó a incorporarse, pidiéndole que se sentara a su lado. Los susurros entre los brahmanes cesaron y su respeto se acrecentó ante la imponente solemnidad de los novecientos monjes de hábitos de azafrán allí sentados.

El Buda habló de la naturaleza transitoria e interdependiente de todas

las cosas de la vida. Dijo que el Camino del Despertar podía destruir las visiones falsas y trascender el sufrimiento y declaró que la observancia de los preceptos ayudaba al desarrollo de la concentración y de la comprensión. Su voz resonaba como una gran campana; cálida como el sol de primavera, mansa como una lluvia ligera y majestuosa como la marea creciente. Más de un millar de personas le escuchaba. Nadie se atrevió a moverse ni a respirar demasiado fuerte por miedo a perturbar el sonido de esa maravillosa voz.

Los ojos del rey Bimbisara resplandecían. Cuanto más escuchaba, más abierto sentía su corazón. Cantidad de dudas y problemas que ocupaban su

mente se desvanecieron y una sonrisa radiante emergió en su rostro. Cuando el Buda concluyó su discurso, el rey Bimbisara se levantó, unió las palmas de las manos y dijo: “Señor, desde que era niño he tenido siempre cinco deseos. Hoy, todos ellos han sido satisfechos. El primero era ser coronado y convertirme en rey. Este deseo ya ha sido satisfecho. El segundo era encontrarme en esta vida con un maestro Iluminado. Este deseo también ha sido satisfecho. El tercero era tener la oportunidad de mostrar mi respeto a dicho maestro. Este deseo ha sido satisfecho ahora. El cuarto era que ese maestro me enseñara el camino verdadero. Este deseo ha sido satisfecho ahora. Y el quinto era comprender la

enseñanza del Ser Iluminado. Maestro, este deseo ha sido satisfecho ahora. Tu maravillosa enseñanza me ha proporcionado mucha comprensión. Señor, por favor, acéptame como discípulo laico”.

El Buda asintió con una sonrisa.

El rey invitó al Buda y a los novecientos monjes a comer en su palacio el día de luna llena. El Buda aceptó gustosamente.

Los otros invitados se pusieron de pie para dar las gracias al Buda, veinte de los cuales expresaron su deseo de ser admitidos como discípulos. El Buda y Uruvela Kassapa acompañaron al rey, a la reina y al pequeño príncipe Ajatasattu hasta el linde del bosque.

El Buda sabía que, en menos de un mes, comenzaría la estación lluviosa y no podría visitar su tierra natal. Así que decidió quedarse con los novecientos monjes en el Bosque de las Palmeras durante otros tres meses. Estaba seguro de que, para entonces, la Sangha se habría hecho fuerte y estable y podría dejarla sola. Partiría en primavera, la estación de los cielos claros y de los brotes tiernos.

El rey Seniya Bimbisara empezó de inmediato con los preparativos para la recepción del Buda y de sus monjes. Decidió servir la comida en el gran patio del palacio. Pidió a la población que engalanara las calles con farolas y flores para darles la bienvenida e invitó

a la recepción a numerosas personalidades, incluyendo a todos los miembros del gobierno con sus familias. También convidó a un buen número de niños de la edad del príncipe Ajatasattu, que tenía entonces doce años. Sabiendo que el Buda no permitía que se matara animales para alimentarse, ordenó que se sirvieran sólo exquisitos platos vegetarianos. Tenía diez días para preparar la recepción.

Capítulo veintinueve

LA COPRODUCCIÓN DEPENDIENTE



DURANTE las siguientes semanas, numerosos buscadores espirituales se acercaron al Buda para pedir la ordenación como monjes. Muchos eran jóvenes cultivados que provenían de familias adineradas. Los estudiantes más avanzados del Buda celebraban las ceremonias de ordenación y daban a los nuevos monjes la instrucción básica para la práctica. Otros, en cambio,

hombres y mujeres, acudían al Bosque de las Palmeras para tomar los Tres Refugios.

Un día, Kondanna dio los Tres Refugios a una asamblea de unos trescientos jóvenes. Después de la ceremonia, les habló de las Tres Joyas Preciosas —el Buda, el Dharma y la Sangha—.

“El Buda es el Ser Despierto. Un ser despierto conoce la naturaleza de la vida y del cosmos. Por tal motivo, no está encadenado por la ilusión, el miedo, el enfado o el deseo. Es un ser libre, lleno de paz y alegría, amor y comprensión. El Maestro Gautama es un ser completamente despierto; nos muestra el camino en esta vida para que

podamos vencer la distracción y convertimos en seres despiertos. Cada uno de nosotros contiene la naturaleza de buda. Todos podemos llegar a ser un buda. La naturaleza de buda es la capacidad de despertar y de trascender toda ignorancia. Si practicamos el camino de la plena conciencia, nuestra naturaleza búdica brillará cada vez más y, un día, también alcanzaremos esa libertad, esa paz y esa alegría completas. Cada cual debe hallar al Buda en su propio corazón. El Buda es la primera Joya Preciosa”.

“El Dharma es el camino que conduce al Despertar. El Buda enseña ese camino, que permite trascender la prisión de la ignorancia, el enfado, el

miedo y el deseo. Es un camino que nos conduce a la libertad, la paz y la alegría y nos capacita para amar y comprender a los demás. La comprensión y el amor son los dos frutos más bellos del Camino del Despertar. El Dharma es la segunda Joya Preciosa”.

“La Sangha es la comunidad de personas que practican el Camino del Despertar; aquéllas que recorren juntas el camino. Si deseáis seguir el camino de la liberación, es importante tener una comunidad con la que practicar. Si estáis solos, las dificultades en la práctica podrían obstaculizar vuestro logro del Despertar. Es importante que los monjes, así como las personas laicas, tomen refugio en la Sangha. La

Sangha es la tercera Joya Preciosa”.

“Hoy, todos vosotros habéis tomado refugio en el Buda, el Dharma y la Sangha.

Con el soporte de estas Tres Joyas, ya no vagaréis sin rumbo sino que avanzaréis a pasos agigantados hacia el Despertar. Yo tomé refugio hace dos años. Y vosotros habéis prometido recorrer el mismo camino. Regocijémonos todos juntos por haber tomado refugio en las Tres Joyas, presentes en nuestros corazones desde un tiempo sin principio. Juntos, practicaremos el camino de la liberación permitiendo que el Buda, el Dharma y la Sangha brillen desde nuestro interior”.

Los jóvenes se sintieron inmensamente alentados por las palabras de Kondanna. Una nueva fuente de vitalidad brotó en sus corazones.

En esa época, el Buda recibió en su Sangha de monjes a dos nuevos discípulos excepcionales: Sariputta y Moggallana. Ambos eran seguidores del famoso asceta Sanjaya, que vivía en Rajagaha. Los devotos de Sanjaya se denominaban *parivrajakas*. Sariputta y Moggallana eran grandes amigos, sumamente respetados por su inteligencia y receptividad. Ambos habían hecho la promesa de que el primero en hallar el gran camino informaría inmediatamente al otro.

Un día, Sariputta vio al monje

Assaji mendigando en Rajagaha e inmediatamente se sintió atraído por su actitud relajada y serena. Sariputta se dijo a sí mismo, “este monje parece haber hallado el camino. ¡Sabía que podía encontrar personas como él! Voy a preguntarle quién es su maestro y cuál es su enseñanza”.

Sariputta aceleró el paso para alcanzarle pero, no deseando perturbar al monje mientras mendigaba en silencio de puerta en puerta, le siguió discretamente. Cuando el cuenco estuvo lleno de ofrecimientos y Assaji se disponía a dejar la ciudad, Sariputta unió las palmas de las manos y le saludó respetuosamente diciendo, “monje, irradas gran paz y serenidad. La virtud

y comprensión brillan en tu modo de caminar, en la expresión de tu rostro y en cada uno de tus gestos. Por favor, permíteme que te pregunte, ¿quién es tu maestro? ¿En qué centro espiritual reside y cuál es su enseñanza?”.

Assaji miró a Sariputta por un momento, sonrió con gran simpatía y respondió, “estudio y practico bajo la guía del Maestro Gautama del clan Sakya, conocido como el Buda. Actualmente reside cerca del templo Supatthita, en el Bosque de las Palmeras”.

Los ojos de Sariputta resplandecieron. “¿Qué es lo que enseña? ¿Puedes compartir su enseñanza conmigo?”.

“La enseñanza del Buda es profunda y bella. Yo no soy más que un principiante en el camino. Deberías acudir allí y recibirla directamente del Buda”.

Pero Sariputta le imploró, “por favor, ¿no puedes compartir conmigo siquiera unas pocas palabras de la doctrina del Buda? Sería tan valioso para mí. Después iré a verle para recibir más enseñanzas”.

Assaji sonrió de nuevo y recitó un breve *gatha*:

“De orígenes
interdependientes,
todas las cosas surgen

y todas se desvanecen.
He aquí lo que enseña
el Perfectamente
Iluminado”.

Al oír estas palabras, Sariputta sintió que su corazón se abría, inundado por una brillante luz. Un vislumbre certero del auténtico Dharma relampagueó en su interior. Se inclinó ante Assaji y corrió en busca de su amigo Moggallana.

Cuando Moggallana vio el rostro radiante de Sariputta, le preguntó, “hermano mío, ¿qué es lo que te hace tan feliz? ¿Es posible que hayas encontrado el camino verdadero? ¡Por favor,

hermano, cuéntame!”.

Sariputta le relató a su amigo lo sucedido y, cuando recitó el *gatha*, Moggallana sintió que un rayo de luz iluminaba su corazón y su mente. De pronto, vio el universo como una red de interconexiones. Esto era porque aquello era, esto surgía porque aquello surgía, esto no era porque aquello no era, esto moría porque aquello moría. Con la comprensión de la coproducción dependiente, se desvaneció la creencia en un creador. Ahora comprendía que era posible cortar con el ciclo interminable de nacimiento y muerte. La puerta de la liberación se abría ante él.

Moggallana dijo, “hermano, tenemos que ir a ver al Buda

inmediatamente. El es el maestro que esperábamos”.

Sariputta estaba de acuerdo, pero le recordó, “¿y qué hacemos con los doscientos cincuenta *parivrajakas* que durante tanto tiempo han depositado en nosotros su fe y confianza como hermanos mayores de la comunidad? No podemos abandonarles. Vayamos primero a informarles de nuestra decisión”.

Los dos amigos se dirigieron al templo principal de los *parivrajakas* y explicaron a sus compañeros practicantes la decisión de dejar la comunidad y hacerse discípulos, del Buda. Los *parivrajakas* estaban consternados. La comunidad no sería la

misma sin sus dos hermanos mayores. Finalmente, todos ellos expresaron el deseo de seguirles y hacerse discípulos del Buda.

Sariputta y Moggallana fueron a ver al maestro Sanjaya y le comunicaron la decisión de la comunidad. Sanjaya les rogó que se quedaran, diciendo, “si os quedáis, os confiaré la responsabilidad de la comunidad”; reiteró su proposición tres veces, pero Sariputta y Moggallana estaban decididos a partir.

“Respetado maestro, nos embarcamos en el camino espiritual para hallar la liberación y no para convertirnos en líderes religiosos. Si desconocemos el verdadero camino, ¿cómo podemos guiar a otros? Debemos

ir en busca del Maestro Gautama, pues Él conoce el camino que tanto hemos buscado”.

Sariputta y Moggallana, después de postrarse ante Sanjaya, se marcharon seguidos por los otros *parivrajakas*. Al llegar al Bosque de las Palmeras, se postraron ante el Buda y pidieron la ordenación. El Buda les habló de las Cuatro Nobles Verdades y les aceptó como monjes en su Sangha. Tras la ceremonia de ordenación, el número de monjes en el Bosque de las Palmeras ascendió a mil doscientos cincuenta.

Aquí concluye la Primera Parte.

SEGUNDA PARTE

Capítulo treinta

EL BOSQUE DE BAMBÚ



ERA el día de luna llena. El Buda cogió el cuenco y entró en la ciudad de Rajagaha con los mil doscientos cincuenta monjes. Caminaban en silencio y con paso lento y sereno. Las calles de la capital estaban decoradas con farolillos y flores frescas. Un gran gentío cerraba ambos lados de las calles dándoles la bienvenida. Cuando el Buda y sus discípulos llegaron al cruce principal, la densa masa de gente les

impedía avanzar.

Mientras Uruvela Kassapa se preguntaba cómo salir del atolladero, un tipo joven y bien parecido empezó a cantar, acompañándose de un sitar de dieciséis cuerdas. Su voz resonó nítida como una campana. La muchedumbre, al oírle, se echó a un lado para dejarles pasar. Kassapa reconoció al músico; era un muchacho que había tomado los Tres Refugios con él hacía menos de un mes. Su canto expresaba sentimientos profundos:

“En esta fresca mañana
de primavera,
el Iluminado atraviesa

nuestra ciudad
con la noble comunidad
de mil doscientos cincuenta
discípulos.

Todos caminan con paso
lento, sereno y radiante”.

La gente escuchaba extasiada al
joven músico y, le miraban a él y al
Buda que caminaba detrás. El músico
sonrió y siguió cantando:

“Eternamente agradecido
por la oportunidad de ser su
discípulo,
dejad que ensalce su

amor y sabiduría infinitos,
la enseñanza que
conduce a la satisfacción
y a la Sangha que sigue
el camino verdadero hacia el
despertar”.

El joven músico siguió cantando y abriendo paso hasta que el Buda y los monjes llegaron a las puertas del palacio. Seguidamente, se inclinó ante el Buda y desapareció entre la muchedumbre con la misma rapidez con la que había surgido.

El rey Bimbisara, acompañado por un séquito de seis mil ayudantes e invitados, salió a dar la bienvenida al

Buda. Les condujo hasta el patio real donde habían sido dispuestas espaciosas carpas para proteger a los invitados del calor del sol. Al Buda se le ofreció el puesto de honor, en el centro del patio, con el rey y Uruvela Kassapa a ambos lados. Los lugares para los monjes habían sido preparados con el máximo cuidado. Cuando el Buda tomó asiento, el rey Bimbisara invitó a los demás a sentarse.

El príncipe Ayatasattu ofreció al Buda un recipiente con agua y una toalla para que se lavara las manos y los pies. Otros ayudantes llevaron agua y toallas a los monjes. Después, se distribuyó comida vegetariana por las mesas. El rey, personalmente, la sirvió en el

cuenco del Buda mientras la reina Videhi dirigía a los sirvientes para que atendieran a los monjes. Antes de comer, el Buda y los monjes recitaron algunos *gathas*. El rey Bimbisara y los convidados reales mantuvieron un perfecto silencio durante toda la comida. Los seis mil invitados estaban impresionados por la expresión serena y feliz de la Sangha.

Cuando el Buda y los monjes acabaron de comer, los sirvientes recogieron los cuencos de la Sangha, los lavaron, y se los devolvieron a sus dueños. El rey Bimbisara miró al Buda y unió las palmas de las manos. Éste, comprendiendo sus deseos, tomó la palabra. Habló de los cinco preceptos

como el modo de generar paz y felicidad en la familia y en todo el reino.

“El primer precepto es no matar. Su cumplimiento desarrolla la compasión. Todos los seres vivos temen a la muerte, por lo tanto, debemos valorar sus vidas igual que las nuestras. No sólo tendríamos que abstenemos de matar a seres humanos, deberíamos también esforzamos por evitar la muerte de otras especies. Hemos de vivir en armonía con las personas, los animales y las plantas. Si alimentamos nuestro amor, reducimos el sufrimiento y tenemos una vida feliz. Si todos los ciudadanos observan el precepto de no matar, el reino entero vive en paz. Cuando la gente respeta la vida, el país prospera,

se fortalece y se mantiene a salvo de invasiones. En tal caso, no hay motivo alguno para utilizar la fuerza militar y los soldados pueden dedicar su tiempo a tareas útiles, como construir carreteras, puentes, mercados y embalses”.

“El segundo precepto es no robar. Nadie tiene derecho a apoderarse de las posesiones que otros han ganado con su trabajo. Tratar de apropiarse de los bienes de otros es una violación de este precepto. No engañéis ni uséis vuestra influencia y poder para usurpar bienes ajenos. Explotar y aprovecharse del sudor y del trabajo de los demás viola igualmente este voto. Cuando los ciudadanos lo respetan, la igualdad social florece y cesan automáticamente

los robos y los asesinatos”.

“El tercer precepto es evitar la conducta sexual incorrecta. Las relaciones sexuales deben mantenerse únicamente con el propio cónyuge. La observancia de dicho precepto incrementa la confianza y la felicidad en la familia y evita sufrimientos innecesarios a otros. Si deseáis felicidad y queréis disponer del tiempo y la determinación para ayudar al país y al pueblo, absteneos de tener varias concubinas”.

“El cuarto precepto es no mentir. No pronuncies palabras que puedan crear desunión y odio. Todo lo que digáis ha de estar en consonancia con la verdad. Sí, quiere decir sí. No, quiere

decir no. Las palabras tienen el poder de generar confianza y felicidad o confusión y odio. Pueden incluso llevar al asesinato y a la guerra. Por favor, emplead la palabra con el máximo cuidado”.



*El rey Bimbisara,
acompañado por un
séquito de seis mil
personas,
salió a dar la bienvenida
al Buda.*

“El quinto precepto es no beber alcohol ni hacer uso de otros intoxicantes. El alcohol y los intoxicantes merman la claridad de la mente. Una persona intoxicada puede causar un sufrimiento indecible a sí mismo, a su familia y a otros. El cumplimiento de dicho precepto preserva la salud física y mental”.

“Si Su Majestad y los oficiales de

alto rango estudiaran y observaran estos cinco preceptos, el reino obtendría grandes beneficios. Majestad, el rey dirige el timón de su país. Debe vivir con plena conciencia y saber lo que ocurre en su reino en todo momento. Si te encargas de que tus súbditos comprendan y observen los cinco preceptos, los cinco principios con los que se vive en paz y armonía, el país de Magadha prosperará”.

Lleno de júbilo, el rey Bimbisara se puso de pie y se inclinó ante el Buda. La reina Videhi se acercó, le mostró a su hijo, el príncipe Ajatasattu, a unir las manos en forma de brote de loto para saludar respetuosamente al Buda, y dijo: “Venerable Maestro, el príncipe

Ajatasattu y otros cuatrocientos niños están hoy presentes. ¿Podrías enseñarles el Camino de la Atención Despierta y el Amor?”.

La reina se inclinó ante el Buda, se giró e invitó a los otros niños a que se acercaran. El Buda sonrió y tomó la mano del joven príncipe. Los niños eran hijos de nobles y ricas familias y estaban elegantemente ataviados. Niños y niñas portaban brazaletes de oro en las muñecas y los tobillos. Las niñas vestían resplandecientes saris de múltiples colores. El príncipe Ajatasattu se sentó a los pies del Buda que se acordó de los pequeños campesinos con los que, hacía ya mucho tiempo, había compartido una merienda campestre bajo el *yambo*, en

Kapilavatthu. Silenciosamente, se prometió a sí mismo que, cuando regresara a su hogar, les buscaría y compartiría con ellos las enseñanzas.

El Buda tomó la palabra. “Niños, antes de renacer como un ser humano, nací, igual que vosotros, como tierra y piedras, como plantas, pájaros y otros muchos animales. Quizás estáis hoy aquí, ante mí, por una conexión compartida en una vida anterior. Quizás en otra vida nos aportamos alegrías o tristezas”.

“Hoy me gustaría contaros una historia que sucedió hace varios miles de vidas. Es la historia de una garza, un cangrejo, un árbol plumaria y muchos crustáceos y peces pequeños. En esa

vida, yo era el árbol. Quizá uno de vosotros era la garza, o el cangrejo, o uno de los peces. En el relato, la garza era una criatura malvada y mentirosa que mató e hizo sufrir a muchos seres y, también a mí, el árbol plumaria. Pero gracias a ese sufrimiento, aprendí una gran lección y es que, quien engaña y daña a otros, es engañado y dañado por otros”.

“Como decía, yo era el árbol plumaria. Crecía cerca de un fragante y fresco estanque de flores de loto. En ese estanque no había peces pero, no lejos de allí, había una charca poco profunda, de aguas estancadas, donde vivían muchos peces y crustáceos, y un cangrejo. Una garza, que sobrevolaba el

lugar, vio la apretada situación de aquellos animales y, tras urdir un plan, aterrizó al borde de la charca, permaneciendo allí, con una cara larga y triste”.

“Los peces y los crustáceos le preguntaron: Señora garza, ¿en qué piensas tan seria?”.

“Estoy pensando que tenéis poca suerte en la vida. Vuestra charca es fangosa y sucia y carecéis de una alimentación adecuada. Vuestra difícil existencia me da mucha pena”.

“¿Puedes ayudarnos, señora garza?, preguntaron las pequeñas criaturas”.

“Bueno, si me dejáis trasladaros al estanque de lotos que hay aquí cerca, puedo dejaros en aguas frescas. Allí hay

mucha comida”.

“Nos gustaría creerte, señora garza, pero jamás hemos oído que las garzas se preocupen por los peces y los crustáceos. Quizá sólo quieras engañarnos para comernos”.

“¿Por qué sois tan desconfiados? Tenéis que considerarme como a una tía bondadosa. No tengo por qué engañaros. Realmente existe un amplio estanque de lotos cerca de aquí, lleno de agua limpia y fresca. Si no me creéis, dejad que os lleve a uno de vosotros hasta allí y, cuando lo traiga de vuelta, podrá deciros si lo que digo es cierto o no”.

“Los crustáceos y los peces discutieron el asunto largo y tendido hasta que, finalmente, decidieron

permitir que la garza se llevara a uno de los peces más ancianos.

El pez elegido era fuerte e hirsuto, de escamas duras como piedras y además rápido nadador que podía asimismo maniobrar bien en la arena. La garza lo cogió con el pico y voló hasta el estanque de lotos. Soltó al viejo pez en las frescas aguas y dejó que explorara cada rincón del estanque. Era realmente un lugar espacioso, limpio, refrescante y fuente abundante de comida. Cuando la garza regresó con el pez a la vieja charca, éste informó a los demás de lo que había visto”.

“Convencidos de las buenas intenciones de la garza, los crustáceos y los peces le rogaron que les trasladara

uno por uno al estanque. La astuta garza aceptó. Cogió a un pez con el pico y alzó el vuelo. Pero en esta ocasión, en lugar de llevarlo al estanque, aterrizó junto al árbol plumaria. Empaló al desafortunado animal en una rama y le arrancó las escamas con su pico. Después de comérselo, tiró las espinas cerca de las raíces del árbol y regresó a la charca para transportar otro pez al que devoró del mismo modo y, como antes, echó sus espinas a los pies del árbol”.

“Fui testigo de todo ese horror. Estaba realmente furioso pero no podía hacer nada para detener a la garza. Las raíces de un plumaria están firmemente ancladas en la tierra. No hay nada que

pueda hacer este árbol aparte de producir ramas, hojas y flores. No podía salir corriendo, no podía gritar para avisar a los otros animales de la charca de lo que estaba ocurriendo, no podía siquiera estirar mis ramas para evitar que la garza devorara a las desvalidas criaturas. Sólo podía presenciar la terrible escena. Cada vez que la garza traía un pez en su pico y le arrancaba la piel, yo sentía un profundo dolor; sentía como si mi savia se evaporara y mis ramas se rompieran. Gotas de humedad, a modo de lágrimas, se acumularon en mi corteza, pero la garza no se dio ni cuenta. Durante varios días, siguió trayendo peces para devorarlos. Cuando hubo acabado con todos los peces,

empezó a comerse los crustáceos. Con el montón de espinas y de caparazones apilados sobre mis raíces se podría haber llenado, al menos, dos cubos grandes”.

“Sabía que mi tarea como árbol plumaria consistía en embellecer el bosque con mis fragantes flores pero, en aquél momento, sufrí terriblemente por no ser capaz de hacer algo para salvar a los desvalidos animales. Si hubiera sido un ciervo o una persona, podría haber hecho algo pero, atado a la tierra por mis propias raíces, no podía moverme. Prometí que, si en una vida futura renacía como animal o como ser humano, dedicaría todos mis esfuerzos a proteger a los débiles y a los

desamparados”.

“Cuando la garza hubo devorado a todos los peces y crustáceos, quedó sólo el cangrejo. Todavía hambriento, la garza le dijo, Sobrino, he llevado a todos los peces y crustáceos al estanque de lotos donde viven felices. Te has quedado solo, deja que te lleve a ti también al nuevo estanque”.

“¿Cómo me llevarás?, preguntó el cangrejo”.

“En mi pico, como he llevado a todos los demás”.

“¿Y qué pasaría si resbalara y cayera? Mi concha se haría añicos”.

“No te preocupes, te llevaré con el máximo cuidado”.

El cangrejo pensó detenidamente.

Quizá la garza haya mantenido su palabra y haya llevado realmente a los demás al estanque de lotos pero, ¿qué pasaría si les hubiera engañado y se los hubiera comido? El cangrejo urdió una estratagema para su propia seguridad. Dijo a la garza, “tía, me temo que tu pico no es lo suficientemente fuerte como para sostenerme. Deja que me sujete yo a tu cuello rodeándolo con mis pinzas mientras vuelas”.

“La garza estuvo de acuerdo. Esperó a que el cangrejo trepara hasta su cuello y, seguidamente, extendió sus alas y alzó el vuelo. No obstante, en lugar de dirigirse al estanque de lotos, aterrizó al lado del árbol plumaria”.

“Tía, ¿por qué no me dejas en el

estanque de lotos? ¿Por qué hemos aterrizado aquí?”.

“¿Qué garza sería tan estúpida como para llevar a un montón de peces a un estanque de lotos? No soy una benefactora, sobrino. ¿Ves esas espinas y esos caparazones al pie del plumaria?, pues aquí es donde vas a acabar tú también”.

“Tía, a los peces y a los crustáceos les has podido engañar fácilmente, pero a mí. Llévame inmediatamente al estanque de lotos o te corto la cabeza”.

“El cangrejo empezó a hundir sus afiladas pinzas en el cuello de la garza. Sintiendo un dolor punzante, la garza gritó, ¡No aprietes tan fuerte! ¡Ahora mismo te llevo al estanque de lotos! ¡Te

prometo que no te voy a matar!”.

“Tras volar hasta el estanque de lotos, intentó dejar al cangrejo al borde del agua, pero éste no se soltó. Pensando en los peces y crustáceos a los que tan cruelmente había engañado, hundió más y más sus pinzas en el cuello de la garza hasta que lo partió en dos. La garza cayó muerta y el cangrejo se arrastró hasta el estanque”.

Niños, en aquel momento, presencié todos estos acontecimientos. Aprendí que, si somos bondadosos con los demás, los demás lo serán con nosotros; pero si los tratamos con crueldad, tarde o temprano experimentaremos el mismo destino. Y prometí que en todas mis vidas futuras

me consagraría a ayudar a los demás”.

Los niños escucharon la historia del Buda con gran interés. Estaban conmovidos por el dolor del árbol plumaria y sentían pena por los indefensos peces y crustáceos. Despreciaron el engaño de la garza y quedaron impresionados por la astucia del cangrejo.

El rey Bimbisara se puso de pie, unió las palmas de las manos y, tras inclinarse, dijo: “Maestro, has compartido una importante lección con grandes y pequeños. Espero que el príncipe Ajatasattu recuerde tus palabras. Nuestro reino está bendecido con tu presencia. Ahora me gustaría honraros a ti y a tu Sangha con un

obsequio, si estás de acuerdo”.

El Buda miró al rey, esperando a que prosiguiera. Tras un breve silencio, el rey continuó, “a unos cuatro kilómetros al norte de Rajagaha, hay un bosque amplio y bello conocido como Venuvana, el Bosque de Bambú. Es tranquilo, sereno y fresco. Muchas ardillas habitan en él. Desearía ofrecértelo a ti y a la Sangha para que podáis practicar y enseñar el camino. ¡Gran Maestro compasivo! Por favor, acepta este presente que te ofrezco de corazón”.

El Buda reflexionó unos instantes. Era la primera vez que ofrecían a la Sangha una tierra para un monasterio. Sin duda, los monjes necesitarían un

lugar donde vivir durante la estación de las lluvias. El Buda respiró hondamente, sonrió y aceptó el generoso presente del rey asintiendo con la cabeza. El rey Bimbisara no cabía en sí de alegría. Sabía que la presencia del monasterio significaba que el Buda pasaría más tiempo en Magadha.

Ese día, entre los invitados, había un gran número de líderes religiosos brahmanes. Muchos de ellos no aprobaban la decisión del rey, pero no se atrevieron a decir nada.

El rey ordenó que trajeran una jarra de oro, llena de agua clara, y él mismo la vertió sobre las manos del Buda mientras anunciaba solemnemente: “Maestro, en este mismo instante en que

el agua de esta jarra se vierte sobre tus manos, te transfiero oficialmente el Bosque de Bambú a ti y a tu Sangha”.

Este ritual puso fin al ofrecimiento del Bosque de Bambú. Cuando el banquete ceremonial concluyó, el Buda y los mil doscientos cincuenta monjes abandonaron el palacio.

Capítulo treinta y uno

REGRESARÉ EN PRIMAVERA



AL día siguiente, el Buda visitó el Bosque de Bambú con los discípulos más veteranos. La ubicación era ideal para la implantación de la Sangha, con cerca de cien acres de diversos tipos de excelente bambú. El lago Kalandaka, en el centro del bosque, era el lugar perfecto para que los monjes se bañaran, lavaran los hábitos y practicasen la meditación caminando por la orilla. La

abundancia de bambúes facilitaría la construcción de pequeñas chozas para los monjes de edad. Kondanna, Kassapa, Sariputta y otros discípulos avanzados, entusiasmados con el lugar, se pusieron a trabajar inmediatamente en la planificación y el desarrollo del futuro monasterio.

El Buda declaró: “La estación del monzón no es buena para viajar. Los monjes necesitan un refugio donde estudiar y practicar juntos durante las lluvias. Tener un lugar como éste ayudará a la comunidad a evitar las enfermedades causadas por la exposición a los elementos y también a evitar pisar los innumerables gusanos e insectos que la lluvia arrastra en esa

época del año. Es mi deseo que, de ahora en adelante, los monjes se reúnan en un lugar común al comienzo de la estación lluviosa del año. Pediremos a los discípulos laicos de la zona que aporten ofrecimientos de comida durante los tres meses de retiro. Ellos se beneficiarán también de las enseñanzas ofrecidas por los monjes”.

Y de este modo, comenzó la tradición del retiro de la estación lluviosa.

Los monjes más jóvenes, bajo la supervisión de Moggallana, construyeron cabañas con bambú, paja y barro para el Buda y los monjes de edad avanzada. Aunque pequeña, la cabaña del Buda era muy bonita; detrás, crecía

un bosquecillo de bambú dorado y, a un lado, otro de bambú verde, de mayor altura, que proporcionaban una fresca sombra. El monje Nagasamala, antiguo discípulo de Uruvela Kassapa, construyó para el Buda una cama baja, de madera. Detrás de la choza, dispuso un gran recipiente de barro cocido para que se lavara. Haría las veces de asistente del Buda cuando la Sangha se trasladara al Bosque de Bambú.

Sariputta colgó, de la rama de un viejo árbol cerca del lago, una gran campana ofrecida por un discípulo laico de la capital al Bosque de Bambú. Se empleaba para anunciar las horas de estudio y de meditación y se convirtió en un elemento importante de la práctica de

la atención consciente. El Buda enseñó a los monjes a hacer una pausa y a observar la respiración siempre que la oyeran.

Los discípulos laicos colaboraron de muchas maneras. Kassapa les explicó: “El retiro de la estación de las lluvias proporcionará a los monjes la oportunidad de escuchar, estudiar y meditar intensamente en el camino de la liberación bajo la guía personal del Buda y, también, de evitar pisar accidentalmente a los gusanos e insectos esparcidos por los caminos. Podéis ayudar a la Sangha durante estos tres meses de retiro aportando ofrecimientos de comida. Tratad, por favor, de coordinar vuestros esfuerzos para que

cada día se ofrezca la comida precisa; ni mucha ni poca. Todos, incluso los que no puedan ofrecer más que un chapati, están invitados a escuchar el discurso de Dharma que impartirá diariamente el Buda o uno de sus discípulos más aventajados. El retiro de las lluvias beneficiará a los monjes y a los discípulos laicos por igual”.

Kassapa, tan talentoso en la organización de la comunidad laica como en la de los monjes, se reunió con los benefactores del monasterio y les ayudó a organizar los ofrecimientos de comida y otras formas de asistencia; cada monje recibiría un hábito, un cuenco de mendicante, un cojín de meditación, una toalla y un filtro de agua

para su uso personal.

Desde el primer día del retiro, la Sangha siguió escrupulosamente el programa elaborado por el Buda y sus discípulos principales. La campana del despertar sonaba a las cuatro de la madrugada. Después de lavarse, los monjes practicaban por su cuenta alternando la meditación caminando y sentados hasta que el sol asomaba por encima del bambú más alto, hora en la que, normalmente, salían a mendigar. No obstante, durante el retiro, puesto que la comida era ofrecida por los discípulos laicos en el monasterio, los monjes aprovechaban para reunirse con sus maestros particulares con el fin de estudiar intensivamente el Dharma y

esclarecer cualquier dificultad que pudiera surgir en la práctica. Los instructores eran seleccionados en función del nivel de comprensión del camino. Los discípulos más avanzados, como Kondanna, Assaji, Kassapa, Sariputta, Moggallana, Vappa y Mahanama, guiaban, cada uno, a cincuenta o sesenta monjes más jóvenes. Otros instructores se responsabilizaban de entre diez y treinta estudiantes. A cada nuevo monje se le asignaba un profesor personal que hacía las veces de hermano mayor en la práctica. Kassapa y Sariputta habían elaborado personalmente este sistema.

Poco antes del mediodía, los monjes formaban varias filas a orillas

del lago, con los cuencos de mendicante en las manos. Tras repartir equitativamente la comida, se sentaban en la herbosa orilla y comían en silencio. Después, lavaban los cuencos y se sentaban frente al Buda. Unos días, la enseñanza del Buda iba dirigida a Jos monjes pero de manera que fuera también útil para los laicos. Otros días, iba dirigida a los laicos pero de tal manera que beneficiara también a los monjes. En algunas ocasiones, el Buda hablaba especialmente a los niños, a quienes a menudo contaba historias sobre sus vidas previas.

Algunas veces, uno de los estudiantes más adelantados impartía la charla de Dharma en su lugar, mientras

el Buda permanecía sentado, escuchando serenamente y ofreciendo palabras alentadoras cuando el Dharma era expresado de manera correcta y clara. Después de las charlas, los laicos regresaban a sus hogares y los monjes descansaban hasta que la campana de la tarde anunciaba la hora de retomar la meditación sentada y caminando. A medianoche, los monjes se retiraban.

El Buda meditaba hasta muy entrada la noche. Le gustaba colocar la plataforma de bambú fuera de la cabaña y sentarse, disfrutando del aire fresco de la noche, especialmente en las noches de luna. Antes del amanecer, meditaba caminando alrededor del lago. El Buda, siempre feliz, apacible y relajado, no

necesitaba dormir tanto como los monjes más jóvenes. Kassapa se sentaba también en meditación hasta muy tarde.

El rey Bimbisara visitaba regularmente el Bosque de Bambú. Ya no iba acompañado de un gran número de invitados, como hizo cuando visitó el Bosque de las Palmeras. A veces, le acompañaban la reina Videhi y el príncipe Ajatasattu pero casi siempre acudía solo; dejaba su carruaje a la entrada del bosque y caminaba hasta la cabaña del Buda. Un día, después de constatar que los monjes escuchaban el Dharma bajo la lluvia, pidió permiso al Buda para construir una amplia sala donde los monjes pudieran comer y escuchar las enseñanzas protegidos de

las inclemencias del tiempo. El Buda aceptó la propuesta y las obras se iniciaron inmediatamente. La sala de Dharma, suficientemente amplia como para albergar a más de mil monjes y un millar de laicos, era un complemento sumamente útil para el monasterio.

A menudo, el Buda y el rey se sentaban en la plataforma de bambú y conversaban. Poco después, Nagasamala construyó unas sencillas sillas de bambú para los invitados. Un día, estando sentados en las nuevas sillas, el monarca le confió al Buda, “tengo otro hijo que todavía no te he presentado. Me gustaría que le conocieras. Y también desearía presentarte a su madre, que no es la reina Videhi. Se llama Ambapali y el

chico, Jivaka que pronto cumplirá dieciséis años. Ambapali vive en Vesali, al norte de la ciudad de Pataliputta. No se siente atraída por la vida palaciega ni por los títulos y el prestigio; ama su libertad por encima de todo. Les he proporcionado a ambos toda clase de comodidades, incluida una hermosa plantación de mangos. Jivaka es un chico diligente y listo que no muestra el menor interés por los asuntos políticos y militares. Vive cerca de la capital y estudia medicina. Les amo profundamente y espero que también Tú les aprecies. ¡Ser compasivo!, si aceptaras la visita de Jivaka y su madre, les pediría que vinieran a verte”.

El Buda dio su consentimiento con

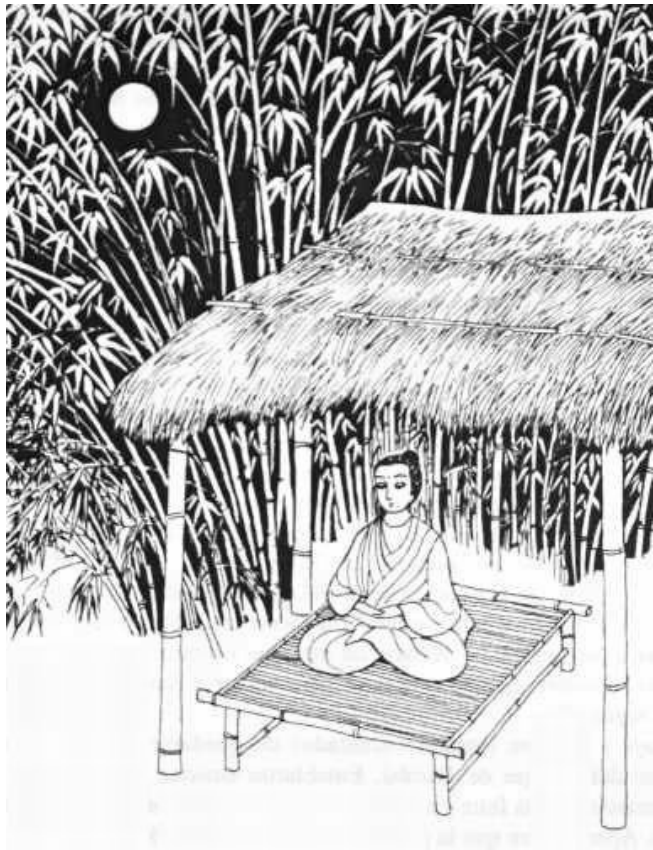
una sonrisa silenciosa. El rey juntó las palmas de las manos y se marchó con el corazón lleno de gratitud.

En esa misma época, el Bosque de Bambú recibió a dos invitados muy especiales procedentes de Kapilavatthu, el hogar del Buda; Kaludayi, el viejo amigo del Buda, y Channa, el cochero del carruaje principesco. Su presencia impregnó el monasterio de una calidez especial.

Hacía más de siete años que el Buda había dejado Kapilavatthu y estaba deseoso de tener noticias de su hogar. Le preguntó a Kaludayi por el rey y la reina, por Yasodhara, Nanda, Sundari Nanda, sus amigos y, evidentemente, por Rahula. Aunque Kaludayi tenía todavía

muy buen aspecto, su rostro reflejaba las huellas de la edad. Channa también parecía mayor. El Buda habló con ellos largo rato, sentados fuera de la cabaña, y supo que Kaludayi ostentaba un alto cargo en la corte como fiel consejero del rey. Las noticias de que el Buda había hallado el camino y de que enseñaba en Magadha habían llegado a Kapilavatthu hacía dos meses. Todo el mundo se regocijó con la buena nueva, especialmente, el rey, la reina y Gopa. El monarca, para gran alegría de Kaludayi, le envió para pedirle al Buda que regresara a su hogar. Durante los tres días que le llevó preparar el viaje, no pudo dormir de pura excitación. Yasodhara le sugirió que se llevara

consigo a Channa, quien lloró de alegría cuando Kaludayi dio su consentimiento. Los dos hombres llegaron al Monasterio del Bosque de Bambú después de casi un mes de viaje.



*El Buda solía sentarse en
meditación hasta altas
horas de la noche.
disfrutando de la luna y
del aire fresco.*

Kaludayi informó al Buda de que la salud del rey había declinado en los últimos años, aunque todavía conservaba la lucidez. Varios consejeros competentes le ayudaban a gobernar el país. Gotami seguía tan fuerte como siempre. El príncipe Nanda, un hombre apuesto y elegante, estaba comprometido con una joven de la nobleza, llamada Kalyani. No obstante, su falta de estabilidad y de madurez tenían al rey

preocupado. Sundari Nanda, la hermana del Buda, era ahora una mujer bella y distinguida. En cuanto a Yasodhara, había dejado de usar ornamentos el día que el Buda abandonó su hogar; vendió todas sus posesiones y distribuyó el dinero entre los pobres. Cuando supo que el Buda comía una vez al día, empezó a hacer lo mismo. Yasodhara continuaba con el trabajo de asistencia a los pobres y contaba con el activo apoyo de la reina Gotami. Rahula era un chico sano y bien parecido, de siete años de edad. Sus negros ojos resplandecían con inteligencia y determinación y sus abuelos le querían tanto como a Siddhartha cuando era niño.

Channa confirmó estas noticias y el

corazón del Buda las acogió con entusiasmo. Finalmente, Kaludayi preguntó al Buda cuándo volvería a Kapilavatthu. “Regresaré después de la estación de las lluvias, respondió. No quiero dejar solos a los jóvenes monjes hasta que estén firmemente anclados en la práctica. Kaludayi, Channa, ¿por qué no os quedáis un mes con nosotros y conocéis la vida del monasterio? Tendréis tiempo suficiente para volver a Kapilavatthu e informar al rey de mi regreso”.

Kaludayi y Channa estaban encantados de quedarse como invitados en el Monasterio del Bosque de Bambú. Entablaron amistad con muchos monjes y experimentaron la vida feliz y apacible

de los que abandonan el hogar para seguir el camino. Aprendieron que la práctica de la conciencia despierta en la vida cotidiana alimentaba el espíritu y el corazón. Kaludayi pasó mucho tiempo al lado del Buda y le observó cuidadosamente. Le conmovía su maravillosa serenidad, prueba de la realización de un estado de perfecta plenitud; era como un pez nadando libremente o como una nube flotando, serena, en el cielo. Permanecía en el momento presente.

Los ojos y la sonrisa del Buda evidenciaban la maravillosa liberación de su espíritu. Nada en el mundo le ataba y, sin embargo, ninguna otra persona poseía una comprensión y un

amor tan profundos. Kaludayi percibió que su viejo amigo le había dejado muy atrás en el camino espiritual. De repente, añoró la vida serena y libre de ataduras de un monje. Estaba decidido a abandonar rango, riqueza y prestigio así como las preocupaciones y ansiedades de ese tipo de vida. Después de siete días en el Bosque de Bambú, Kaludayi confió al Buda su deseo de ser ordenado como un monje. El Buda, algo sorprendido al principio, sonrió y le aceptó asintiendo con la cabeza.

Channa sintió el mismo deseo de hacerse monje pero, consciente de sus obligaciones con la familia real, pensó no hacerlo hasta obtener, primero, el permiso de Yasodhara. Decidió esperar

hasta que el Buda regresara a
Kapilavatthu para hacer la solicitud.

Capítulo treinta y dos

EL DEDO NO ES LA LUNA



UNA tarde, Sariputta y Moggallana condujeron al asceta Dighanakha, tío de aquel, a presencia del Buda. Dighanakha era tan famoso como Sanjaya. Cuando supo que su sobrino se había hecho discípulo del Buda, sintió curiosidad por conocer su enseñanza. Les pidió a Sariputta y a Moggallana que se la explicaran, pero éstos le sugirieron que se entrevistara directamente con el Buda.

Dighanakha le preguntó, “Gautama, ¿cuál es tu enseñanza?, ¿cuáles son tus doctrinas? Personalmente, me disgustan todas las doctrinas y teorías. No estoy de acuerdo con ninguna”.

El Buda sonrió y le preguntó: “¿Estás de acuerdo con tu doctrina de no seguir ninguna doctrina? ¿Crees en tu doctrina de no creer?”.

Dighanakha, un poco sorprendido, respondió, “Gautama, que crea o no, carece de importancia”.

El Buda le habló dulcemente: “La persona atrapada por la creencia en una doctrina pierde la libertad. Se vuelve dogmática y piensa que la suya es la única verdadera y, el resto, herejías. Las visiones estrechas generan disputas y

conflictos que pueden durar indefinidamente desperdiciando un tiempo precioso y, a veces, provocando incluso una guerra. El apego a los enfoques propios es el mayor impedimento del camino espiritual. Atarse a visiones estrechas confunde de tal manera que impide abrir la puerta de la verdad”.

“Déjame que te cuente la historia de un joven viudo que vivía con su hijo de cinco años. Le amaba más que a su propia vida. Un día, dejó al niño en casa para atender unos asuntos. Unos bandoleros saquearon, quemaron el pueblo y raptaron a su hijo. Cuando el hombre regresó, halló el cadáver carbonizado de un niño junto a los restos

de su casa y, creyendo que se trataba de su hijo, incineró entre gemidos y lamentos lo que quedaba de él y puso las cenizas en una bolsa que llevaba consigo a todas partes. Unos meses después, el hijo consiguió huir de los bandoleros y regresó a su hogar en plena noche. Cuando llamó a la puerta, el padre estaba agarrado a la bolsa de cenizas, lamentándose. Se negó a abrir incluso cuando el niño le gritó que era su hijo. El hombre le creía muerto y pensó que, quien llamaba a la puerta, era el hijo de algún vecino que se reía de su desgracia. Finalmente, el hijo no tuvo más remedio que marcharse. Ambos se perdieron mutuamente para siempre”.

Ves, amigo mío, si nos aferramos a

una creencia y la defendemos como la verdad absoluta, puede que un día nos encontremos en una situación similar a la del joven viudo. Si pensamos que estamos en posesión de la verdad, somos incapaces de abrir nuestras mentes incluso cuando ésta toque a nuestra puerta”.

Dighanakha preguntó, “y ¿qué pasa con tu enseñanza? Si alguien la sigue, ¿queda atrapado por visiones estrechas?”.

“Mi enseñanza no es una doctrina o una filosofía. No es el resultado del pensamiento discursivo o de la conjetura mental como algunas filosofías que defienden que la esencia fundamental del universo es el fuego, el agua, la

tierra, el viento o el espíritu, o que el universo es finito o infinito, temporal o eterno. La conjetura mental y el pensamiento discursivo sobre la verdad son como hormigas caminando por el filo de un cuenco —nunca llegan a ninguna parte—. Mi enseñanza no es una filosofía, sino el resultado de la experiencia directa. Lo que digo surge de mi experiencia y puedes confirmarlo a través de la tuya propia. Enseño que todas las cosas son transitorias y carecen de un yo separado. Lo he aprendido de mi propia experiencia y también tú puedes hacerlo. Enseño también que todas las cosas dependen de las demás para su surgimiento, desarrollo y cesación. Nada surge a

partir de una única causa original. He experimentado directamente esta verdad y también tú puedes hacerlo. Mi meta no es explicar el universo, sino ayudar a los demás a tener una experiencia directa de la realidad. Las palabras no pueden describir la realidad. La experiencia directa es la única que nos permite ver el verdadero rostro de la verdad”.

Dighanakha exclamó, “¡estupendo!, ¡estupendo, Gautama! Pero, ¿qué pasaría si alguien percibiera tu enseñanza como un dogma?”.

El Buda permaneció un momento en silencio y, después, asintiendo con la cabeza, dijo: “Es una buena pregunta. Mi enseñanza no es un dogma o una

doctrina, pero sin duda habrá quien la considere así. Debo afirmar claramente que mi enseñanza es un método para experimentar la realidad pero no la realidad propiamente dicha, del mismo modo que el dedo que señala la luna no es la luna. Una persona inteligente hace uso del dedo para ver la luna. La persona que mira el dedo y lo confunde con la luna, jamás verá la verdadera luna. Mi enseñanza es un medio para practicar, no algo a lo que agarrarse o venerar. Mi enseñanza es como una balsa que se emplea para cruzar el río. Sólo un loco cargaría con la embarcación después de haber alcanzado la otra orilla, la orilla de la liberación”.

Dighanakha unió las palmas de las manos. “Por favor, venerable Buda, enséñame a liberarme de las sensaciones dolorosas”.

El Buda dijo: “Existen tres tipos de sensaciones: agradables, desagradables y neutras. Las tres tienen su origen en las percepciones del cuerpo y de la mente. Las sensaciones surgen y desaparecen como cualquier otro fenómeno mental o material. Enseño el método de la mirada profunda con el fin de iluminar la naturaleza y la fuente de las sensaciones, sean éstas agradables, desagradables o neutras. Cuando veas su origen, comprenderás su naturaleza. Verás que son impermanentes y, gradualmente, permanecerás imperturbable ante su

aparición y su desaparición. Casi todas las sensaciones dolorosas tienen su origen en un modo incorrecto de mirar la realidad. El sufrimiento cesa cuando se erradican las visiones erróneas. Debido a éstas, la gente considera lo transitorio como permanente. La ignorancia es la fuente del sufrimiento. Practicamos el camino del conocimiento para vencerla. Es necesario mirar las cosas profundamente para penetrar en su verdadera naturaleza. No se destruye la ignorancia con oraciones y ofrecimientos”.

Sariputta, Moggallana, Kaludayi, Nagasamala y Channa escuchaban al Buda mientras hablaba. Sariputta, comprendiendo el significado profundo

de sus palabras, sintió que su propia mente brillaba como un sol resplandeciente. Incapaz de ocultar su alegría, juntó las palmas de las manos y se postró ante el Buda. Moggallana hizo lo propio y Dighanakha, emocionado y muy impresionado por lo que el Buda acababa de decir, se postró también. Kaludayi y Channa, hondamente conmovidos por la escena, se sintieron orgullosos de relacionarse con el Buda, y su fe y confianza en el camino se fortalecieron todavía más.

Unos días después, la reina Videhi y una dama de compañía visitaron el monasterio e hicieron ofrecimientos de comida a la Sangha. La reina llevó también un pequeño árbol plumaria que

plantó junto a la cabaña del Buda en recuerdo del relato que les había contado a los niños en el patio del palacio.

Bajo la guía del Buda, la comunidad progresaba constantemente en el camino. Sariputta y Moggallana eran como estrellas resplandecientes con su viva inteligencia, diligencia y dotes de mando. Ambos trabajaban con Kondanna y Kassapa en la organización y guía de la comunidad. No obstante, a pesar de que la reputación de la Sangha no hacía más que aumentar, algunos miembros de facciones religiosas, envidiosos del apoyo brindado por el rey, extendieron ciertos rumores denigrando al Buda y a su comunidad.

Los discípulos laicos, que visitaban a menudo el Bosque de Bambú, expresaron su preocupación por lo que se decía. Ciertas personas de Rajagaha estaban muy afectadas por el creciente número de jóvenes de ricas y nobles familias que se hacían monjes. Temían que todos los jóvenes acabaran por abandonar sus hogares dejando a las muchachas nobles de Rajagaha sin maridos convenientes. Numerosos linajes familiares corrían el peligro de quedar interrumpidos.

Muchos monjes se sintieron abatidos al oír estas cosas. No obstante, cuando el Buda fue informado, calmó tanto a laicos como a monjes diciendo: “No os preocupéis por los rumores;

tarde o temprano se disiparán”. Y así fue. En menos de un mes, se dejó de hablar de esos insignificantes temores.

Capítulo treinta y tres

LA BELLEZA QUE NO SE MARCHITA



DOS semanas antes de que finalizara el retiro, una mujer de una belleza poco común visitó al Buda. Llegó en un carruaje tirado por dos caballos blancos, acompañada por un joven de unos dieciséis años. El modo de vestir y el porte de la dama eran exquisitos y elegantes. Le pidió a un joven monje que le indicara el camino hasta la choza del Buda pero, cuando llegaron, no estaba;

no había regresado aún de la meditación caminando. El monje les invitó a que se sentaran en las sillas de bambú, frente a la cabaña.

El Buda llegó poco después, con Kaludayi, Sariputta y Nagasamala. La mujer y el joven se inclinaron respetuosamente. El Buda les invitó a sentarse de nuevo, mientras Él tomaba asiento en una tercera silla; comprendió que la mujer era Ambapali y que el joven era Jivaka, hijo del rey Bimbisara.

Kaludayi nunca había visto a una mujer tan bella en toda su vida. Hacía apenas una semana que había tomado los votos de monje y no sabía si era adecuado mirar a una bella mujer. Sin saber qué hacer, bajó los ojos.

Nagasamala reaccionó de la misma manera. Sólo el Buda y Sariputta miraron a la dama directamente a los ojos.

Sariputta miró a Ambapali y después al Buda, y vio su mirada, natural y relajada. Su rostro estaba sereno como una hermosa luna llena, y sus ojos, inmensamente bondadosos y claros. Sariputta sintió que la satisfacción, la tranquilidad y la alegría del Buda penetraban en su corazón en ese instante.

Ambapali también miró directamente a los ojos del Buda. Nadie la había mirado nunca como el Buda lo hacía ahora. Que pudiera recordar, los hombres le habían mirado siempre con

turbación o con deseo, pero el Buda la miraba como si mirara una nube, un río o una flor. Daba la impresión de que podía ver profundamente los pensamientos de su corazón. Juntó las palmas de las manos y se presentó a sí misma y a su hijo diciendo, “soy Ambapali y éste es mi hijo Jivaka; estudia medicina. Hemos oído hablar mucho de ti y ambos esperábamos este momento”.

El Buda preguntó a Jivaka por sus estudios y su vida cotidiana y el chico respondió educadamente; podía ver que era un muchacho bondadoso e inteligente. Aunque compartía el mismo padre con el príncipe Ajatasattu, era evidente que poseía un carácter más

profundo que el joven príncipe. Jivaka sintió que el corazón se le inundaba de respeto y afecto por el Buda, y se dijo a sí mismo que, cuando acabara sus estudios de medicina, se establecería cerca de Él en el Bosque de Bambú.

Antes de conocerle, Ambapali pensaba que el Buda sería como todos los otros maestros famosos que había conocido. Pero, en realidad, nunca había conocido a alguien como Él. Su mirada era infinitamente tierna y bondadosa y comprendía los sufrimientos que ella guardaba en el corazón. Gran parte de su dolor desapareció, simplemente, cuando el Buda la miró de esa manera. Las lágrimas brillaron en sus pestañas mientras decía: “Maestro, mi vida ha

estado siempre marcada por el sufrimiento. Aunque no me han faltado dinero ni posesiones, jamás he tenido algo a lo que aspirar hasta ahora. Hoy es el día más feliz de mi vida”.

Ambapali era una cantante y bailarina de talento, pero no actuaba ante cualquiera; si las maneras o la conducta de una persona le disgustaban, se negaba a actuar ante ella aunque le ofreciera todo el oro del mundo. A los dieciséis años, había tenido una historia de amor que terminó en una ruptura dolorosa. Poco después, conoció al joven príncipe Bimbisara. Se enamoraron y tuvieron un hijo, Jivaka. No obstante, nadie en el palacio quiso aceptar a Ambapali y a su hijo. Los

miembros de la familia real extendieron incluso el rumor de que Jivaka era un huérfano abandonado que el príncipe había rescatado de un barril, junto a la carretera. Ambapali sufrió mucho por tales acusaciones y por las humillaciones que tuvo que soportar a causa de los celos y el odio de ciertos familiares. No obstante, pronto comprendió que su libertad era lo único que valía la pena proteger. Se negó a vivir en el palacio y se juró que nunca renunciaría a su libertad personal.

El Buda le habló dulcemente: “La belleza surge y se desvanece, como los demás fenómenos. La fama y la fortuna tampoco se diferencian. Sólo la paz, la alegría y la libertad, fruto de la

meditación, traen verdadera felicidad. Ambapali, aprecia y cuida cada momento que te queda de vida. No te pierdas en distracciones y vanos pasatiempos. Es muy importante”.

El Buda le enseñó cómo organizar su vida cotidiana: a respirar, a sentarse, a trabajar con un espíritu de atención y a observar y practicar los cinco preceptos. Ambapali no cabía en sí de gozo al recibir estas preciosas enseñanzas. Antes de partir dijo, “a las afueras de Vesali, poseo una plantación de mangos, fresca y apacible. Espero que Tú y tus monjes consideréis la posibilidad de venir a visitarme. Sería un gran honor para mí y para mi hijo. Por favor, venerable Buda, no olvides

mi invitación”.

El Buda aceptó con una sonrisa.

Después de la partida de Ambapali, Kaludayi pidió permiso para sentarse al lado del Buda. Nagasamala invitó a Sariputta a sentarse en la otra silla, mientras él permanecía de pie. Un grupo de monjes que pasaba por ahí se detuvo para unirse al grupo. Sariputta miró a Kaludayi y sonrió; miró también a Nagasamala y sonrió de nuevo. Seguidamente, preguntó al Buda, “Maestro, ¿cómo debe considerar un monje la belleza de una mujer? ¿La belleza, especialmente la de una mujer, es un obstáculo para la práctica espiritual?”.

El Buda sonrió. Sabía que Sariputta

preguntaba en nombre de los otros monjes. Respondió: “Monjes, la verdadera naturaleza de todos los dharmas trasciende la belleza y la fealdad. Ambas son solo conceptos creados por nuestra mente. Están inseparablemente entrelazados con la estructura de los cinco agregados. A los ojos de un artista, cualquier cosa puede ser bella y cualquiera puede ser representada de una manera fea. Un río, una nube, una hoja, una flor, un rayo de sol o una tarde dorada; todo posee belleza. El bambú dorado que crece cerca de nosotros es bello. Pero quizá la belleza que más distrae la concentración de un hombre es la de una mujer. Alguien obsesionado por la belleza de

una mujer puede perder su camino”.



*Ambapali tenía la
impresión de que el Buda*

*podía ver con toda
claridad los pensamientos
de su corazón.*

“Monjes, cuando hayáis practicado la mirada profunda y logrado el camino, lo bello puede seguir apareciendo bello y, lo feo, feo pero, habiendo alcanzado la liberación, no os condicionará ninguno de los dos. Cuando una persona liberada contempla la belleza, puede ver que está compuesta de muchos elementos que son no-bellos. Dicha persona comprende la naturaleza transitoria y vacía de todas las cosas, incluyendo la belleza y la fealdad. En consecuencia, no siente fascinación por lo bello ni rechazo por lo feo”.

“La única belleza que no se marchita y que no causa sufrimiento es la de un corazón compasivo y liberado. La compasión es la habilidad de amar incondicionalmente, sin pedir nada a cambio. Un corazón compasivo y liberado no está limitado por las condiciones; es belleza auténtica. La paz y la alegría de dicha belleza son verdaderas. Monjes, practicad diligentemente y obtendréis la verdadera belleza”.

Kaludayi y los otros monjes sintieron el efecto benéfico de las palabras del Buda.

Al concluir el retiro de la estación lluviosa, el Buda sugirió a Kaludayi y a Channa que partieran hacia Kapilavatthu

para anunciar su inminente llegada. Prepararon el viaje sin tardanza. Kaludayi, ahora un monje de porte apacible y sereno, sabía que todo el mundo en la capital se sorprendería al verle. Estaba contento de partir para anunciar el regreso del Buda pero sentía mucho dejar el Bosque de Bambú, después de una estancia tan corta.

Capítulo treinta y cuatro

EL REENCUENTRO



KLUDAYI informó al rey, a la reina y a Yasodhara de la inminente llegada del Buda. Después, cogió únicamente el cuenco de mendicante y partió solo en busca del Buda, que se dirigía hacia Kapilavatthu. Caminaba con el paso sereno y lento de un monje. Andaba durante el día y descansaba por la noche, haciendo una breve pausa para mendigar comida en las pequeñas aldeas que encontraba en el camino.

Allí donde iba, anunciaba que el príncipe Siddhartha había hallado el Camino y que regresaba a su hogar. Nueve días después de dejar Kapilavatthu, Kaludayi se encontró con el Buda y los trescientos monjes que le acompañaban. Moggallana, Kondanna y los hermanos Kassapa se habían quedado con los otros monjes en el Bosque de Bambú.

A instancias de Kaludayi, el Buda y los monjes descansaron aquella noche en el Parque Nigrodha, a cinco kilómetros al sur de Kapilavatthu y, a la mañana siguiente, entraron en la ciudad para mendigar.

El espectáculo de trescientos monjes, vestidos con hábitos de color

azafrán y sosteniendo silenciosamente sus cuencos mientras mendigaban, causó una profunda impresión en los ciudadanos. La noticia no tardó mucho en llegar al palacio. El rey Suddhodana ordenó que prepararan inmediatamente un carruaje para salir a recibir a su hijo. La reina Mahapajapati y Yasodhara esperaron ansiosamente en el palacio.

Cuando el carruaje del rey entró en el sector este de la ciudad, se encontraron con los monjes. El cochero fue el primero en ver al Buda, “Majestad, ¡ahí está! Camina a la cabeza y su hábito es un poco más largo”.

Sorprendido, el rey reconoció que el monje vestido con hábitos azafrán era realmente su hijo. El Buda irradiaba

majestuosidad y un halo de luz parecía rodearle. Estaba de pie, sosteniendo un cuenco, frente a una humilde morada. En su serena concentración, parecía que el acto de mendigar era, en ese momento, lo más importante de su vida. El rey vio cómo una mujer con roídos vestidos salía de la humilde choza y dejaba una patata pequeña en su cuenco. El Buda la recibió respetuosamente inclinándose ante la mujer. Después, se desplazó a la siguiente casa.

El carruaje del rey estaba todavía a cierta distancia de donde se hallaba el Buda pero el soberano pidió al cochero que se detuviera. Se apeó y caminó hacia su hijo.

Justo entonces, el Buda vio

aproximarse a su padre. Caminaron el uno hacia el otro; el rey con pasos apresurados, el Buda con pasos serenos y relajados. “¡Siddhartha!”.

“¡Padre!”.

Nagasamala se acercó al Buda y cogió el cuenco de su maestro, permitiéndole, así que tomara las manos del rey entre las suyas. Las lágrimas rodaban por las arrugadas mejillas del rey. El Buda miró a su padre; sus ojos estaban llenos de cálido amor. El rey comprendió que Siddhartha había dejado de ser el príncipe heredero para convertirse en un respetado maestro espiritual. Deseaba abrazar a Siddhartha pero sintió que podía no ser correcto. En su lugar, unió las palmas de las manos y

se inclinó ante su hijo en la manera que un rey da la bienvenida a un maestro espiritual de alto rango.

El Buda se dirigió a Sariputta, que estaba cerca, y le dijo: “Los monjes han acabado de mendigar. Por favor, condúceles de nuevo al Parque Nigrodha. Nagasamala me acompañará al palacio donde comeremos y por la tarde nos reuniremos con la Sangha”.

Sariputta se inclinó ante el Buda y se alejó con los monjes.

El rey miró detenidamente al Buda antes de decir, “¿quién hubiera imaginado que, en lugar de visitar a tu familia en el palacio, preferirías ir a mendigar en la ciudad? ¿Por qué no has venido a comer al palacio?”.

El Buda sonrió a su padre. “Padre, no estoy solo. Viajo con una amplia comunidad de monjes. Yo también soy un monje y, como ellos, mendigo mi comida”.

“Pero, ¿tienes que mendigar la comida en hogares tan humildes? Nadie en la historia del clan Sakya ha hecho jamás algo así”.

El Buda sonrió de nuevo: “Quizá ningún Sakya lo haya hecho, pero los monjes lo hacen. Padre, mendigar es una práctica espiritual que ayuda al monje a desarrollar la humildad y a comprender que todas las personas son iguales. Recibir una patata pequeña de una familia pobre es lo mismo que recibir un elegante plato servido por un rey. Un

monje puede trascender las barreras que discriminan entre rico y pobre. En mi camino, todas las personas son iguales. Todas, por pobres que sean, pueden alcanzar la Liberación y la Iluminación. Mendigar no degrada mi dignidad, me permite reconocer la dignidad inherente en todos los seres humanos”.

El rey Suddhodana escuchaba con la boca ligeramente abierta. Las antiguas profecías eran ciertas: Siddhartha se había convertido en un maestro espiritual cuya virtud brillaría por todo el mundo. Sosteniendo la mano del rey entre las suyas, el Buda caminó junto a él hasta el palacio. Nagasamala les seguía.

La reina Gotami, Yasodhara,

Sundari Nanda y el joven Rahula, que contemplaban el encuentro entre el rey y el Buda desde una galería del palacio, vieron cómo aquel se inclinaba ante el Buda. Cuando se aproximaron al palacio, Yasodhara, señalando al Buda, le dijo a Rahula, “querido hijo, ¿ves a ese monje cogido de la mano de tu abuelo que ahora entra por las puertas del palacio?”.

Rahula asintió.



*Yasodhara le dijo a
Rahula, “querido hijo, ese
monje es tu padre”*

“Ese monje es tu padre. Corre y ve a darle la bienvenida. Tiene una herencia muy especial que transmitirte. Pregúntale por ella”.

Rahula corrió escaleras abajo y, en un santiamén, llegó al patio del palacio. El Buda supo al instante que el niño que corría hacia Él era Rahula y, abriendo ampliamente sus brazos, abrazó a su hijo. Casi sin aliento, Rahula dijo jadeando, “respetado monje, mi madre me ha dicho que debo preguntarte por mi

herencia especial. ¿De qué se trata? ¿Puedes mostrármela?”.

El Buda le dio unas palmaditas en la mejilla y sonrió. “¿Quieres saber cuál es tu herencia? Cuando llegue el momento te la transmitiré”.

El Buda cogió a Rahula de la mano mientras sostenía todavía la del rey y, juntos, entraron en el palacio. El sol de primavera propagaba un agradable calor. Las flores brotaban por doquier y los pájaros trinaban dulcemente. El Buda se sentó con el rey y Rahula en un banco de mármol e invitó a Nagasamala a sentarse con ellos. En ese momento, la reina Gotami, Yasodhara y Sundari Nanda entraron en los jardines.

El Buda se levantó inmediatamente

y caminó hacia las tres mujeres. La reina Gotami, desbordante de salud, vestía un sari del color del fresco bambú verde. Gopa, tan bella como siempre aunque un poco pálida, vestía un sari tan blanco como la nieve recién caída y no lucía joyas ni ornamentos. La hermana pequeña del Buda, que tenía ahora dieciséis años, llevaba un sari dorado que hacía resaltar sus negros ojos. Las mujeres unieron las palmas de las manos y se inclinaron respetuosamente para saludar al Buda. El Buda, a su vez, juntó las manos y se inclinó. Después exclamó: “¡Madre! ¡Gopa!”.

Al oír la voz del Buda llamándoles por sus nombres, ambas mujeres rompieron a llorar.

El Buda cogió de la mano a la reina y la condujo hasta un banco para que tomara asiento. Seguidamente, preguntó: “¿Y dónde está mi hermano Nanda?”.

La reina respondió, “ha salido a practicar las artes marciales. Regresará pronto. ¿Reconoces a tu hermana pequeña? Ha crecido mucho durante tu ausencia, ¿no te parece?”.

El Buda miró a su hermana. No la había visto desde hacía más de siete años. “Sundari Nanda, ¡ya eres toda una mujer!”.

Después, el Buda se acercó a Yasodhara y tomó su mano con dulzura. Estaba tan conmovida que temblaba de emoción. La condujo a tomar asiento al lado de la reina Gotami y se sentó de

nuevo en su banco. Durante el paseo hasta el palacio, el rey había hecho muchas preguntas a su hijo pero ahora nadie hablaba, ni siquiera Rahula. El Buda miró al rey y a la reina, a Yasodhara y a Sundari Nanda. El júbilo del reencuentro resplandecía en el rostro de los presentes. Después de un largo silencio, el Buda habló: “Padre, madre, he vuelto. ¿Ves, Gopa? He regresado junto a ti”.

Las dos mujeres rompieron a llorar de nuevo. Sus lágrimas eran de felicidad. El Buda las dejó sollozar en silencio. Le dijo a Rahula que se sentara a su lado y acarició afectuosamente su cabello.

Gotami se enjugó las lágrimas con

el borde del sari y, sonriendo al Buda, le dijo:

“Has estado mucho tiempo ausente. Han pasado más de siete años. ¿Comprendes lo valiente que ha sido Gopa?”.

“Madre, hace tiempo comprendí la profundidad de su valentía. Tú y Yasodhara sois las mujeres más valientes que conozco. No sólo habéis ofrecido comprensión y apoyo a vuestros maridos, sois además modelos de fortaleza y determinación para todos. He sido muy afortunado teniéndoo a ambas en mi vida. Habéis facilitado enormemente mi tarea”.

Yasodhara sonrió, pero no dijo nada.

El rey habló entonces, “me has contado tu búsqueda del camino hasta las pruebas de mortificación. ¿Podrías repetir para que lo oigan los demás y continúas después?”.

El Buda habló entonces, brevemente, de la larga búsqueda del camino. Habló de su encuentro con el rey Bimbisara en la montaña y de los niños pobres del pueblo de Uruvela. Habló de los cinco amigos con los que había practicado austeridades y de la gran recepción de los monjes en Rajagaha. Todo el mundo escuchaba atentamente; Rahula ni siquiera se movió.

La voz del Buda era cálida y afectuosa. No se detuvo en detalles y

habló sólo un poco del periodo de mortificación. Usó palabras que sembraran útiles semillas del Despertar en los corazones de los seres más próximos.

Un sirviente salió al jardín y susurró algo al oído de la reina Gotami. Ésta le respondió en voz baja. Poco después, el sirviente preparó la mesa en el jardín para servir la comida del mediodía. Nanda llegó justo en ese momento. El Buda le saludó lleno de júbilo.

“¡Nanda! Cuando me marché, sólo tenías quince años. ¡Ya eres un hombre!”. Nanda respondió con una sonrisa pero la reina le amonestó diciendo, “Nanda, saluda correctamente

a tu hermano mayor. Ahora es monje. Une las palmas de las manos e inclínate”.

Nanda se inclinó ante el Buda y Él ante su hermano menor.

Toda la familia se sentó a la mesa. El Buda le indicó a Nagasamala que se sentara a su lado. Una sirvienta trajo agua para que los comensales se lavaran las manos.

El rey preguntó al Buda, “¿qué has recibido en tu cuenco de mendicante?”.

“He recibido una patata, pero me parece que Nagasamala no ha recibido nada”. El rey Suddhodana se puso de pie. “Por favor, permitidme que os ofrezca la comida de nuestra mesa”. Yasodhara sostuvo la bandeja mientras

el rey servía un fragante arroz blanco con verduras al curry en los cuencos de los dos monjes. El Buda y Nagasamala comieron en silencio con atención. Los demás siguieron su ejemplo. Los pájaros seguían cantando en el jardín.

Cuando acabaron de comer, la reina invitó al rey y al Buda a sentarse de nuevo en los bancos de mármol. Un sirviente trajo una bandeja de mandarinas, pero el único que probó fue Rahula. Los demás estaban demasiado absortos en el relato del Buda. La reina Gotami hizo más preguntas que nadie. Cuando el rey oyó hablar a su hijo de la cabaña donde vivía en el Bosque de Bambú, decidió hacerle una similar en el Parque de Nigrodha y expresó su

deseo de que se quedara varios meses para enseñarles el camino. La reina Gotami, Yasodhara, Nanda y Sundari Nanda aprobaron con júbilo la sugerencia del rey.

Finalmente, cuando el Buda anunció que era hora de volver al parque con los monjes, el rey se levantó y dijo, “deseo invitarte a ti y a todos los monjes a un ofrecimiento de comida, como hizo el rey de Magadha. Convidaré también a la familia real y a los miembros del gobierno para que puedan oírte hablar del camino”.

El Buda aceptó gustoso la invitación; la recepción tendría lugar en el plazo de siete días. Yasodhara invitó al Buda y a Kaludayi a una comida

privada en el palacio oriental. El Buda aceptó también pero sugirió una fecha posterior a la recepción del rey.

El rey quiso que se dispusiera un carruaje para llevarles de regreso al Parque de Nigrodha, pero el Buda rehusó alegando que prefería viajar a pie. Toda la familia acompañó a los monjes hasta las puertas exteriores del palacio donde les despidieron uniendo respetuosamente las palmas de las manos.

Capítulo treinta y cinco

LA LUZ DEL SOL NACIENTE



LA serena presencia de los monjes mendigando cada mañana en la capital confirmaba la noticia del regreso de Siddhartha a Kapilavatthu. Muchas familias hacían ofrecimientos de comida y se mostraban deseosas de oír hablar a los monjes de la enseñanza.

El rey Suddhodana pidió al pueblo que, para el día que el Buda y los monjes asistieran a la recepción en el

palacio, decoraran las calles de la ciudad con banderas y flores. No perdió un segundo en hacer construir pequeñas cabañas en el Parque Nigrodha para el Buda y sus discípulos más antiguos. Muchas personas se acercaban al parque para conocerles. Todo el mundo se quedaba impresionado viendo al antiguo príncipe mendigar serenamente por la ciudad. Su regreso se había convertido en el tema principal de conversación entre los ciudadanos.

Gotami y Yasodhara deseaban visitar al Buda en el Parque de Nigrodha pero, la primera semana, estuvieron demasiado ocupadas con los preparativos de la recepción de la Sangha. El rey había invitado a varios

miles de personas, incluyendo a los miembros del gobierno y a las personalidades de la ciudad que detentaban otros cargos políticos, culturales y religiosos. También había dado instrucciones para que todos los platos que se sirvieran en el banquete fueran vegetarianos.

El príncipe Nanda, sin embargo, tuvo tiempo de hacerle dos visitas aquella semana y de recibir enseñanzas sobre el Camino del Despertar. Amaba y respetaba a su hermano mayor. Sintiéndose atraído por la apacible vida de un monje, llegó incluso a preguntarle si le veía capaz de ser un buen monje. Pero el Buda sólo sonrió; comprendía que, aunque su hermano era un joven de

admirables sentimientos y buenas intenciones, no tenía aún una clara visión de su propósito o dedicación en la vida. Cuando estaba con Él quería ser monje pero, cuando regresaba al palacio, sólo tenía ojos y pensamientos para Kalyani, su adorada prometida. Se preguntó que pensaría el Buda de su equívoco.

El día de la recepción llegó. La ciudad entera, palacio real incluido, estaba decorada con banderas y flores. La capital bullía de excitación, pues toda la población quería dar formalmente la bienvenida al hogar a su heroico compatriota. Los músicos tocaban bellas melodías mientras la muchedumbre se alineaba en las calles.

Todo el mundo se esforzaba por ver pasar al Buda. Gotami y Yasodhara recibieron personalmente a los invitados del rey. Gopa, cediendo al deseo de la reina, se vistió con un elegante sari y lució joyas en honor a la ocasión.

El Buda y los monjes caminaron con paso lento y sereno entre el gentío. Muchos juntaban las palmas de las manos y se inclinaban ante el Buda cuando pasaba a su lado. Los niños se encaramaban a hombros de sus padres para ver mejor. Gritos y aplausos felices brotaban de la muchedumbre. Los monjes mantuvieron la atención en la respiración en medio de la bulliciosa atmósfera festiva.

El rey Suddhodana recibió al Buda

y a la Sangha en las puertas exteriores del palacio y les condujo al patio interior. Los invitados, siguiendo el ejemplo del rey, juntaron las palmas de las manos y se inclinaron profundamente ante el Buda, a pesar de que algunos de ellos se cuestionaban si era necesario mostrar tal respeto a un monje tan joven sólo porque hubiera sido el príncipe heredero.

Cuando el Buda y los monjes tomaron asiento, el rey dio la señal para que sirvieran la comida. Él mismo sirvió al Buda mientras que Yasodhara y Gotami se ocupaban de los demás invitados, entre los que se encontraban brahmanes, ascetas y ermitaños. Todos comieron en silencio, siguiendo el

ejemplo del Buda y los monjes. Cuando acabaron de comer y los cuencos se hubieron lavado y devuelto a los monjes, el rey se levantó, unió las palmas de las manos y pidió al Buda que enseñara el Dharma a los presentes.

El Buda permaneció sentado en silencio por un momento mientras observaba y percibía el estado mental del auditorio. Comenzó explicando brevemente sus experiencias en la búsqueda del camino, pues sabía que la gente estaba ansiosa por saber qué le había ocurrido durante los últimos siete años. Les habló de la naturaleza impermanente, de la ausencia de un yo separado y de la ley de la coproducción dependiente. Dijo que la práctica

cotidiana de la plena conciencia y de la mirada profunda conducían a la cesación del sufrimiento y a la realización de la paz y la alegría, y añadió que las ofrendas y las oraciones no eran medios eficaces para alcanzar la liberación.

El Buda enseñó Las Cuatro Nobles Verdades: la existencia del sufrimiento, las causas del sufrimiento, la cesación del sufrimiento y el camino que conduce a la cesación del sufrimiento. Dijo: “Además del dolor del nacimiento, de la vejez, de la enfermedad y de la muerte, los seres humanos experimentan otros muchos sufrimientos que ellos mismos crean. Impulsados por la ignorancia y las visiones falsas, dicen y hacen cosas que generan sufrimiento para sí mismos

y para los demás. El enfado, el odio, la desconfianza, los celos y la frustración causan sufrimiento y surgen debido a la falta de atención. Los seres están atrapados por su sufrimiento como si estuvieran encerrados en una casa en llamas y, en gran medida, lo crean ellos mismos. No se puede lograr la libertad rezando a un dios. Debéis examinar profundamente vuestra mente y situación para desarraigar las falsas visiones, que son la raíz del sufrimiento. Debéis hallar la fuente del sufrimiento para comprender su naturaleza y, cuando la hayáis comprendido, el sufrimiento ya no podrá haceros su prisionero”.

“Si alguien se enfada con vosotros, podéis devolverle el enfado pero

crearéis más sufrimiento. Si seguís el Camino de la Plena Conciencia, en lugar de enfadaros, apaciguaréis vuestra mente para descubrir la razón del enfado de la otra persona. Con la práctica de la mirada profunda, podréis desvelar las causas que llevaron a esa persona a enfadarse. Si veis que sois responsables, no os enfadáis y aceptáis que vuestra conducta ha contribuido a crearlo. Si estáis libres de toda culpa, podéis tratar de ver por qué esa persona os ha mal interpretado y encontrar el modo de ayudarla a comprender vuestras verdaderas intenciones. Así evitaréis crear más sufrimiento, para vosotros mismos y para los demás”.

“¡Majestad, honorables invitados!

Todo sufrimiento puede ser eliminado practicando la mirada profunda. En el Camino de la Plena Conciencia, aprendemos a seguir la respiración para mantener la atención. Observamos los preceptos para desarrollar concentración y lograr comprensión. Los preceptos son principios de vida que fomentan la paz y la alegría. Practicándolos, desarrollamos nuestra capacidad de concentración y podemos vivir con mayor conocimiento y atención. La atención despierta alimenta la capacidad de iluminar la naturaleza verdadera de nuestra mente y de nuestro entorno. De dicha iluminación nace la comprensión”.

“Sólo con comprensión podemos

amar. El sufrimiento se supera cuando logramos comprensión. El camino de la verdadera liberación es el camino de la comprensión. La comprensión es la *prajna*, que surge de la contemplación profunda de la verdadera naturaleza de las cosas. El camino de los preceptos, de la concentración y de la comprensión es el camino que conduce a la liberación”.

El Buda hizo una breve pausa, sonrió y prosiguió con su discurso. “Pero el sufrimiento es sólo un aspecto de la vida. La vida tiene otro aspecto, maravilloso. Si somos capaces de verlo, obtendremos felicidad, paz y alegría. Cuando nuestros corazones están libres de ataduras, podemos establecer un

contacto directo con las maravillas de la vida. Cuando comprendemos realmente las verdades de la transitoriedad, de la vacuidad del yo y de la coproducción dependiente, vemos cuán maravillosos son nuestro corazón y nuestra mente. Vemos cuán maravillosos son nuestro cuerpo, las ramas del bambú violeta, el crisantemo dorado, el riachuelo de agua clara y la luna radiante”.

“Si nos encerramos en nuestro sufrimiento, perdemos la capacidad de experimentar las maravillas de la vida. Cuando logramos rasgar el velo de la ignorancia, descubrimos el amplio reino de la paz, de la alegría, de la liberación y del Nirvana. El Nirvana es la eliminación de la ignorancia, de la

codicia y del enfado y la aparición de la paz, de la alegría y de la libertad. Honorables invitados, tomad el tiempo necesario para contemplar las claras aguas de un riachuelo o un rayo de luz del sol naciente. ¿Experimentáis paz, alegría y libertad? Si seguís encerrados en la prisión del pesar y de la ansiedad, no percibiréis las maravillas del universo, que incluyen la respiración, el cuerpo y la mente. El camino que he descubierto conduce a la trascendencia del pesar y de la ansiedad mirando profundamente su verdadera naturaleza. Lo he compartido con otras personas que, a su vez, lo han descubierto por sí mismas”.

Todos los presentes se sintieron

profundamente conmovidos por la charla del Dharma del Buda. El corazón del rey desbordaba alegría, al igual que el de Gotami y Yasodhara. Todos querían aprender más sobre los métodos para contemplar en profundidad la naturaleza de las cosas con el fin de alcanzar la Liberación y la Iluminación. Después, el rey acompañó al Buda y a los monjes hasta las puertas exteriores del palacio. Los invitados felicitaron al monarca por el gran logro de su hijo.

El Parque Nigrodha se convirtió rápidamente en un monasterio. Las viejas higueras que crecían en el lugar proporcionaban una fresca sombra. Muchos nuevos monjes recibieron la ordenación y numerosos laicos,

incluyendo a unos cuantos jóvenes del clan sakya, tomaron los cinco preceptos.

Yasodhara acudía a menudo al Parque Nigrodha en compañía de la reina y del joven Rahula para escuchar la enseñanza del Buda. Yasodhara le preguntó en privado al Buda sobre la relación entre la práctica del camino y la obra social. El Buda le enseñó a observar la respiración y a practicar la meditación para alimentar la paz y la alegría en su corazón. Ella comprendió que, sin paz y alegría, no podía ayudar realmente a los demás y que, si desarrollaba una comprensión más profunda, su capacidad de amar aumentaría. Estaba contenta sabiendo que podía practicar el camino del

conocimiento mientras ofrecía servicio a los demás. La paz y la alegría eran posibles en el instante mismo de su labor. Los medios y los fines no eran dos cosas distintas.

La reina Gotami estaba haciendo también grandes progresos en la práctica.

Capítulo treinta y seis

EL VOTO DE LAS FLORES DE LOTO



LA princesa Yasodhara invitó al Buda, a Kaludayi, a Nagasamala y a la reina a comer y a que la acompañaran después a una humilde aldea donde trabajaba con los niños. Rahula se unió al grupo. Yasodhara les condujo hasta el viejo *yambo* donde el joven Siddhartha tuvo su primera experiencia meditativa. El Buda estaba maravillado; aunque parecía ayer, en realidad, habían pasado

veintisiete años. El árbol había crecido mucho.

Yasodhara le comentó que los niños que había conocido en aquel lugar, se habían casado y formado sus propias familias. A instancias de Yasodhara, un gran número de niños, de entre siete y doce años, se habían reunido bajo el *yambo*. Cuando el Buda llegó, dejaron de jugar y se alinearon formando dos hileras, antes de saludarle tal y como ella les había enseñado. Dispusieron una silla de bambú para Él bajo el árbol y una estera en el suelo para Gotami, Yasodhara y los dos monjes.

El Buda se sentía feliz, allí sentado. Pensó en aquellos días con los niños de Uruvela; les habló de ellos a

los que ahora le rodeaban. Les habló de Svasti, el muchacho que cuidaba a los búfalos, y de Sujata, la joven que le ofreció leche. Les habló de alimentar un corazón de amor mediante el desarrollo de la comprensión y les contó la historia en la que rescataba a un cisne, herido por su primo con una flecha. Los niños escucharon con gran interés.

Tras indicarle a Rahula que se sentara frente a Él, el Buda relató la historia de una de sus vidas previas.

“Hace mucho tiempo, a los pies del Himalaya, vivía un joven, bondadoso y trabajador, llamado Megha. Un día, a pesar de no tener dinero, se puso en camino hacia la capital, donde confiaba estudiar. No llevó consigo más que un

bastón, un sombrero, un cántaro de agua, la ropa que vestía y un abrigo. En el trayecto, se detuvo en algunas granjas donde trabajó a cambio de arroz o de algo de dinero y, de este modo, pudo reunir quinientas rupias”.

“Cuando entró en la ciudad, la gente preparaba una importante celebración Intrigado, preguntó a una bella joven que llevaba en sus brazos un ramo de flores de loto entreabiertas”.

“¿Qué se celebra hoy?”.

“La joven respondió, ‘debes de ser nuevo en Divapati pues, si fueras de aquí, sabrías que hoy llega el maestro Iluminado Dipankara. Se dice que es como la antorcha que esclarece el camino a todos los seres. Hijo del rey

Arcimat, abandonó su hogar en busca del camino verdadero y lo ha hallado. Su sabia enseñanza brilla en el mundo y el pueblo ha organizado en su honor esta celebración””.

“Megha no cabía en sí de júbilo ante la noticia de la llegada de un ser Iluminado y deseó con todas sus fuerzas hacerle un ofrecimiento y pedirle que le aceptara como discípulo. Preguntó a la muchacha, ‘¿cuánto has pagado por las flores de loto?’”.

“Le miró a Megha y, comprendiendo que se trataba de un joven brillante y considerado, respondió, ‘sólo he comprado cinco. Las otras dos las he cogido del estanque de mi casa’”.

“Megha preguntó, ‘¿cuánto has pagado por esas cinco?’”.

“Quinientas rupias”.

“Megha quiso comprarle los cinco lotos con sus quinientas rupias para ofrecérselos a Dipankara, pero la joven rehusó diciendo, ‘las he comprado para ofrecérselas yo misma y no tengo intención de venderlas’”.

“Megha trató de persuadirla. ‘Pero puedes ofrecerle las dos que cogiste de tu estanque. Por favor, deja que te compre las otras cinco. Deseo ofrecer algo a Dipankara. Coincidir en esta vida con semejante maestro es una oportunidad muy rara y preciosa. Quiero conocerle e incluso pedirle que me acepte como discípulo. Si accedes a

venderme tus cinco flores de loto, te estaré eternamente agradecido””.

“La mujer bajó la mirada y no dijo nada”.

“Megha le imploró. ‘Si me vendes las cinco flores haré lo que me pidas, ¡cualquier cosa!’”.

La joven parecía turbada; mantuvo la mirada en el suelo durante un buen rato. Finalmente, dijo, “no sé qué conexión compartimos en una vida previa pero me he enamorado de ti en cuanto te he visto. Aunque he conocido a muchos jóvenes, mi corazón nunca se ha estremecido así. Te daré las flores para que se las ofrezcas al Iluminado si me prometes que me tomarás por esposa en esta vida y en las vidas futuras”.

“La joven habló tan deprisa que casi se queda sin aliento. Megha no sabía qué responder. Tras unos instantes de silencio, dijo, ‘eres una mujer muy especial y extremadamente honesta. Yo también me he sentido atraído por ti cuando te he visto, pero busco el camino de la liberación y, si me casara contigo, no sería libre para seguirlo si se presentara la oportunidad’”.

Prométeme que seré tu esposa”, dijo ella, “y yo me comprometo, cuando te llegue el momento de partir en busca del camino, a no impedírtelo. Al contrario, haré todo lo que pueda para ayudarte a alcanzar tu meta”.

Megha aceptó felizmente la propuesta de la joven y, juntos, fueron al

encuentro de Dipankara.



*Megha le preguntó a la
muchacha*

*si podía venderle las
cinco flores de loto para
ofrecérselas al maestro
Dipankara.*

La masa de gente era tan densa que apenas podían divisar al maestro de lejos. Pero a Megha le bastó ver su rostro un segundo para saber que aquel hombre era realmente un ser Iluminado. Una gran alegría invadió su corazón y tomó el voto de alcanzar la Iluminación en el futuro. Deseaban acercarse más a Dipankara para poder ofrecerle las flores pero era imposible avanzar entre el gentío. No pudiendo hacer nada más, Megha lanzó las flores al aire en dirección a Dipankara y,

milagrosamente, cayeron en los brazos de éste. La muchacha le pidió a Megha que lanzase también las suyas, que fueron a caer igualmente a sus brazos. El maestro pidió en voz alta que se presentaran las personas que habían hecho el ofrecimiento. La gente se apartó para que Megha y la muchacha, cogidos de la mano, pudieran acercarse. Ambos se postraron ante Dipankara. El maestro miró a Megha y dijo: ‘Comprendo la sinceridad de tu corazón. Veo que tienes la determinación de seguir el camino espiritual para alcanzar la Iluminación total y liberar a todos los seres. Estate tranquilo. Un día, en una vida futura, lograrás tu meta’”.

“Dipankara miró seguidamente a la

muchacha que estaba arrodillada junto a Megha y le habló así: ‘Tú serás la mujer de Megha en esta vida y en muchas por venir. Acuérdate de mantener la promesa: ayudarás a tu marido a llevar a cabo su voto’”.

“Megha y la joven, profundamente conmovidos por las palabras del maestro, se entregaron al estudio del camino de la liberación que les había enseñado el ser Iluminado Dipankara”.

“Niños, en esa vida y en las muchas que siguieron, Megha y la muchacha vivieron como marido y mujer. Cuando el marido tenía que marcharse para seguir el camino espiritual, su mujer le ayudaba como mejor podía y nunca trató de impedir su

partida. Debido a ello, el marido sentía el más profundo agradecimiento hacia su esposa y, finalmente, realizó el gran voto y se convirtió en un ser verdaderamente Iluminado, tal como Dipankara había profetizado muchas vidas atrás”.

“Niños, el dinero y la fama no es lo más valioso de la vida ya que pueden desaparecer rápidamente. La comprensión y el amor son las verdaderas joyas. Si tenéis comprensión y amor, conoceréis la felicidad. Megha y su esposa compartieron la dicha durante muchas vidas, gracias a la comprensión y al amor. Con comprensión y amor, no hay nada que no podáis lograr”.

Yasodhara juntó las palmas de las manos y se inclinó ante el Buda. Estaba

profundamente emocionada. Sabía que la historia que había contado a los niños iba especialmente dirigida a ella. Era la manera en que el Buda le mostraba su agradecimiento. La reina Prajapati la miró. Ella también había comprendido. Poniendo la mano sobre el hombro de su nuera, dijo a los niños, “¿sabéis quién es hoy Megha? Es el Buda que, en esta misma vida, se ha convertido en un ser Iluminado. Y ¿sabéis quién es la esposa de Megha? Es vuestra Yasodhara, cuya comprensión permitió que el príncipe Siddhartha siguiera su camino y alcanzara el Despertar. Démosle las gracias”.

Los niños, que amaban a Yasodhara desde hacía mucho tiempo, se inclinaron

ante ella para expresarle el amor de sus corazones. El Buda estaba profundamente conmovido. Finalmente, se levantó y caminó con paso sereno hacia el monasterio con los monjes Kaludayi y Nagasamala.

Capítulo treinta y siete

UNA NUEVA FE



DS semanas después, el rey Suddhodana invitó al Buda y a Sariputta a una comida privada. Asistirían también la reina Gotami, Yasodhara, Nanda, Sundari Nanda y Rahula. En una atmósfera familiar, el Buda les enseñó a seguir la respiración, a contemplar en profundidad los sentimientos y a meditar caminando y sentados. Enfatizó en el modo de trascender las preocupaciones, las frustraciones y las crispaciones de la

vida cotidiana mediante la práctica constante de la atención.

Rahula se sentó al lado de Sariputta, a quien apreciaba mucho, y le cogió de la mano.

Cuando llegó la hora de regresar al monasterio, toda la familia acompañó al Buda y a Sariputta hasta la puerta. Nanda le sostuvo el cuenco al Buda mientras juntaba las palmas de las manos y se despedía de todos. Pero el Buda no recuperó su cuenco y Nanda, no sabiendo qué hacer, le siguió hasta el monasterio, esperando el momento adecuado para devolvérselo. Una vez allí, el Buda le preguntó si quería quedarse una semana con la Sangha para saborear más a fondo la vida de un

monje. Nanda aceptó de buen grado, pues amaba y respetaba a su hermano mayor y se sentía atraído por la vida serena y relajada de los monjes. Al cabo de siete días, cuando el Buda le preguntó si quería recibir la ordenación y vivir la vida de un monje durante algunos meses bajo su guía, Nanda estuvo totalmente dispuesto; le pidió a Sariputta que diera a su hermano la instrucción básica y que le ordenara como monje.

Previamente, el Buda le había preguntado a su padre, el rey, si daba su consentimiento para que Nanda viviera como un monje por un tiempo. Ambos coincidían en que Nanda, a pesar de ser un muchacho bien intencionado, carecía

de la fuerza de carácter y de la determinación necesarias para ser rey. El Buda dijo que le proporcionaría un adiestramiento que le ayudaría a desarrollar claridad y determinación. El rey aceptó.

No obstante, transcurridas las primeras semanas, Nanda empezó a echar de menos a su prometida, la hermosa Janapada Kalyani, aunque trataba de disimular su añoranza. Pero el Buda, que conocía perfectamente sus sentimientos, le dijo un día: “Si deseas alcanzar la meta, tienes que eliminar primero el aferramiento a las emociones ordinarias. Entrégate con todo tu ser a la práctica y adiestra tu mente. Sólo entonces podrás convertirte en un

dirigente eficaz al servicio del pueblo.

Cuando Nanda se enteró de que el Buda había pedido a Sariputta que no le enviara a mendigar cerca de la residencia de Kalyani, sintió una mezcla de resentimiento y de gratitud. Comprendía que su hermano veía sus pensamientos y necesidades más profundos.

Rahula envidiaba a su joven tío porque podía vivir en el monasterio. Quería que a él se le permitiera hacer lo mismo pero, cuando se lo pidió a su madre, ésta le acarició la cabeza y le dijo que tenía que crecer mucho antes de hacerse monje. Rahula preguntó qué podía hacer para crecer más deprisa. Tenía que comer bien y hacer ejercicio

todos los días.

Un día, cuando los monjes mendigaban por los alrededores del palacio, Yasodhara le dijo a su hijo, “¿por qué no bajas y saludas al Buda? Pregúntale otra vez por tu herencia”.

Rahula bajó las escaleras a toda prisa. Amaba tiernamente a su madre, pero amaba también a su padre y no había pasado ni un sólo día con Él. Deseaba ser como Nanda y vivir al lado del Buda. Atravesó el patio y salió por la puerta sur a toda velocidad hasta darle alcance. El Buda le sonrió y le tendió la mano. A pesar de que el sol primaveral era ya muy fuerte, Rahula se sentía protegido por la sombra y el amor de su padre. Le miró y dijo, “se está muy

bien y muy fresquito a tu lado”.

Yasodhara les miraba desde el balcón del palacio. Sabía que el Buda autorizaría a Rahula a pasar el día con Él en el monasterio.

Rahula preguntó al Buda, “¿cuál es mi herencia?”.

El Buda respondió: “Ven conmigo al monasterio y te la transmitiré”.

Una vez allí, Sariputta compartió su comida con Rahula, que comió en silencio, sentado entre el Buda y él. Se alegró mucho de ver a su tío Nanda. El Buda le dijo que podía dormir aquella noche en la cabaña de Sariputta. Todos los monjes apreciaban a Rahula y le trataban con mucho cariño. Deseaba vivir en el monasterio para siempre,

pero Sariputta le explicó que, para eso, tenía que hacerse monje. Rahula asió su mano y le preguntó si podía pedir al Buda que le ordenara. Cuando lo hizo, el Buda aceptó y dio instrucciones a Sariputta para que le ordenara.

Al principio, Sariputta pensó que el Buda estaba bromeando. Pero cuando vio la seriedad de su rostro, preguntó, “pero Maestro, ¿cómo puede hacerse monje un muchacho tan joven?”.

El Buda respondió: “Debemos permitirle que practique como preparación de los votos definitivos del futuro. Que tome ahora los votos de novicio, le asignaremos la tarea de espantar a los cuervos que perturban la meditación de los monjes”.

Shariputta le afeitó la cabeza, le dio los Tres Refugios y le enseñó cuatro preceptos: no matar, no robar, no mentir y no beber alcohol. Después, cortó uno de sus hábitos a la medida del niño y le mostró cómo ponérselo. Le enseñó también cómo sostener el cuenco de mendicante. Rahula parecía un monje en miniatura. Dormiría en la cabaña de Sariputta y saldría todos los días a mendigar con él por las pequeñas aldeas que rodeaban el monasterio. Aunque los monjes más mayores comían una sola vez al día, Sariputta temía que Rahula careciera de la nutrición adecuada para su crecimiento y le dio permiso para cenar. Los discípulos laicos nunca olvidaban traer leche y comida

suplementaria para el pequeño monje.

Cuando la noticia de la ordenación de Rahula llegó al palacio, el rey Suddhodana se sintió muy abatido. Él y la reina añoraban terriblemente a su nieto. Sabían que el pequeño debía visitar el monasterio, pero nunca imaginaron que se quedaría allí como novicio. Se sentían solos sin su compañía. Yasodhara, dividida entre la tristeza y la felicidad, echaba muchísimo de menos a su hijo, pero le reconfortaba saber que ahora estaba cerca de su padre, después de tantos años de separación.

Una tarde, el rey, la reina Gotami y Yasodhara subieron al carruaje real para visitar el monasterio. El Buda, Nanda y

Rahula salieron a saludarles. En su excitación, Rahula corrió hacia su madre, que le abrazó tiernamente. Después, abrazó a sus abuelos.

El rey, tras inclinarse ante el Buda, dijo con tono de reproche, “sufrí lo indecible cuando te fuiste de casa para hacerte monje. No hace mucho, Nanda me abandonó también. No podría soportar ahora la pérdida de Rahula. Para un hombre de familia como yo, los lazos entre padre e hijo y entre abuelo y nieto son muy importantes. El dolor que sentí cuando te marcharte fue como un cuchillo cortando mi piel. Después de cortar mi piel, el cuchillo entró en mi carne. Y después de adentrarse en mi carne, cortó el hueso en seco. Te suplico

que consideres tus acciones. En el futuro, no debes permitir que un niño sea ordenado sin el consentimiento de sus padres”.

El Buda trató de consolar al rey hablándole de las verdades de la transitoriedad y de la ausencia de un yo separado y le recordó que la práctica diaria de la atención despierta era la única puerta por la que se podía eliminar el sufrimiento. Nanda y Rahula tenían ahora la oportunidad de vivir profundamente esa vida. El Buda animó a su padre a que apreciara la buena fortuna de sus hijos y a que continuara practicando el camino de la plena conciencia en la vida diaria en pro de la verdadera felicidad.

El rey sintió que el dolor se aliviaba. Las palabras del Buda reconfortaron y reafirmaron a Gotami y Yasodhara.

Más tarde, ese mismo día, el Buda dijo a Sariputta: “A partir de ahora, no admitiremos a ningún niño en la comunidad de monjes sin la aprobación de sus padres. Por favor, anótalo en nuestro código monástico”.

El tiempo pasaba volando. El Buda y la Sangha habían permanecido en el reino Sakya más de seis meses. Las nuevas ordenaciones habían incrementado el número de monjes a más de quinientos y los discípulos laicos eran demasiado numerosos para contarlos. El rey Suddhodana obsequió a

la Sangha un nuevo lugar para que se construyera otro monasterio —el antiguo palacio de verano del príncipe Siddhartha—, al norte de la capital, de frescos y espaciosos jardines. El venerable Sariputta lo organizó todo para que un gran número de monjes establecieran allí la vida monástica. La presencia de este nuevo monasterio garantizaba un firme fundamento para la práctica del Camino en el reino Sakya.

El Buda deseaba regresar al Bosque de Bambú a tiempo para la estación de las lluvias, pues se lo había prometido al rey Bimbisara y a los monjes que se quedaron allí. El rey Suddhodana invitó al Buda a una última comida, antes de su partida, y le pidió

que diera una charla sobre el Dharma para la familia real y para todos los miembros del clan Sakya.

El Buda aprovechó la ocasión para hablar de la aplicación del camino a la vida política. Dijo que el camino podía iluminar el mundo de la política, asistiendo a los gobernantes del reino a establecer la igualdad y la justicia social. Dijo: “Si practicáis el camino, incrementaréis la comprensión y la compasión, serviréis mejor al pueblo y hallaréis los medios para vivir en paz y felicidad sin depender de la violencia. No necesitáis matar, torturar o encarcelar a la gente ni confiscar sus propiedades. No es un ideal imposible sino algo que puede realizarse en la

actualidad”.

“Cuando un político posee comprensión y amor suficientes, percibe la verdad de la pobreza, de la miseria y de la opresión. Encuentra los medios para reformar el gobierno de manera que disminuyan las diferencias entre ricos y pobres y pone fin al uso de la fuerza contra los demás”.

“Amigos míos, los líderes políticos y los gobernantes deben ser un modelo. No os complazcáis en el lujo, pues la riqueza no hace más que aumentar la barrera entre vosotros y el pueblo. Vivid de manera simple y saludable y emplead vuestro tiempo sirviendo a los demás en lugar de correr tras los placeres banales. Un líder no puede ganarse la confianza y

el respeto de su gente si no da buen ejemplo. Si amáis y respetáis a vuestro pueblo, el pueblo os amará y respetará. Un gobierno basado en la virtud no depende del castigo y difiere de uno regido por la ley y el orden. Según el Camino del Despertar, la verdadera felicidad se obtiene a través del camino de la virtud”.

El rey Suddhodana y los presentes escucharon con atención. El príncipe Dronodanaraja, tío del Buda y padre de Devadatta y Ananda, dijo, “gobernar de acuerdo con la virtud, como has descrito, es realmente hermoso pero eres el único que posee el carácter y la virtud necesarios para lograr tal propósito. ¿Por qué no te quedas en

Kapilavatthu y nos ayudas a crear una nueva forma de gobierno aquí, en el reino Sakya, que aporte paz, alegría y felicidad a todo el país?”.

El rey Suddhodana añadió, “yo ya soy muy mayor. Si te quedas, abdicaré al trono en tu favor. Estoy seguro de que, con tu virtud, integridad e inteligencia, el pueblo te apoyará y, en poco tiempo, nuestro país prosperará como no lo ha hecho nunca”.

El Buda sonrió pero no habló de inmediato. Finalmente, mirando amorosamente a su padre, dijo: “Padre, ya no soy un hijo de familia, de un clan, o incluso de un país. Mi familia son ahora todos los seres, mi hogar es la tierra y mi posición, la de un monje que

depende de la generosidad de los demás. He elegido este camino y no el de la política. Estoy convencido de que así puedo servir mejor a todos los seres”.

A pesar de que la reina Gotami y Yasodhara consideraban impropio expresar sus opiniones durante una reunión, ambas se emocionaron profundamente con las palabras del Buda. Sabían que lo que había dicho era lo correcto.

El Buda continuó hablando al rey y a los presentes sobre los cinco preceptos y sobre el modo de aplicarlos a la vida familiar y social. Los cinco preceptos eran el fundamento de una familia feliz y de una sociedad pacífica.

Explicó detenidamente cada uno de ellos y concluyó diciendo: “Si queréis que la gente permanezca unida, primero tenéis que ganaros su fe y confianza. Si los líderes políticos practican los cinco preceptos, la fe y la confianza del pueblo aumentan. Con estas cualidades, no hay nada que el país no pueda lograr. La paz, la felicidad y la igualdad social estarán aseguradas. Cread una vida basada en la plena conciencia. Los dogmas del pasado no son útiles para incrementar la fe y la confianza ni para estimular la igualdad entre la gente. Permitid que el Camino del Despertar os ofrezca una nueva vía y una nueva fe”.

El Buda calmó finalmente las inquietudes del rey y de los presentes

prometiendo que vendría a menudo a
Kapilavatthu.

Capítulo treinta y ocho

¡OH FELICIDAD!



DESDE el país Sakya, el Buda se dirigió hacia la región septentrional de Kosala acompañado por ciento veinte monjes, de los cuales muchos eran jóvenes de nobles familias. Descansaron en un parque cerca de la ciudad de Anupiya, el hogar de los Mallas. El venerable Sariputta, Kaludayi, Nanda y el novicio Rahula viajaban con Él.

Un mes después de su partida, Mahanama y Anuruddha, dos jóvenes

del clan Sakya, decidieron dejar su hogar para ordenarse como monjes. Su opulenta familia poseía tres magníficas residencias, una para cada estación. Mahanama anhelaba seguir el ejemplo de los amigos que se habían hecho monjes pero, cuando se enteró de que su hermano sentía lo mismo, renunció a su deseo. No eran más que dos hijos así que decidió sacrificarse para perpetuar el nombre de la familia, dejando a su hermano menor el privilegio de pedir la ordenación.

No obstante, cuando Anuruddha pidió permiso a su madre, ésta replicó, “mis hijos son mi única felicidad en esta vida. Si te haces monje, no lo resistiré”.

Anuruddha le habló entonces de los

otros nobles que se habían hecho monjes. Le dijo que la práctica del camino aporta paz y felicidad al monje y también a su familia y a la sociedad. Anuruddha había escuchado muchas de las enseñanzas de Dharma que el Buda había impartido en el parque Nigrodha y podía hablar sobre ellas con gran elocuencia. Finalmente, la madre dijo, “muy bien, te dejaré marchar, pero con la condición de que tu buen amigo Baddhiya se ordene también”.

La madre estaba convencida de que Baddhiya jamás consideraría esa posibilidad pues era miembro del clan imperial y ostentaba un elevado cargo. Él nunca abandonaría sus numerosas responsabilidades y su apreciada

reputación a cambio de la vida simple de un monje. Pero Anuruddha no perdió un segundo en ir en busca de su amigo Baddhiya, gobernador de las provincias del norte, con muchos soldados a sus órdenes. El palacio estaba flanqueado día y noche por guardias armados y, durante el día, sus dependencias bullían con idas y venidas de altos dignatarios.

Baddhiya le recibió como a un invitado de honor.

Anuruddha le habló sin rodeos, “quiero marcharme de casa para convertirme en un monje bajo la guía del Buda pero no puedo. Tú eres la causa”.

Baddhiya se echó a reír, “¿qué quieres decir?, ¿qué he hecho yo para impedir que seas un monje? Sabes que

haría cualquier cosa para ayudarte a satisfacer tu deseo”.

Anuruddha le explicó su apurada situación y concluyó diciendo, “acabas de decir que harías cualquier cosa por ayudarme, pero el único modo de hacerlo es ordenándote”.

Baddhiya se sintió atrapado. El Buda y su Camino del Despertar le atraían; de hecho, había tomado secretamente la decisión de hacerse monje más adelante, pero no pensaba hacerlo tan pronto. Dijo, “me ordenaré dentro de siete años. Espera hasta entonces”.

“Siete años es mucho tiempo. ¿Quién sabe si entonces estaré vivo?”.

Baddhiya se rió de nuevo. “¿Por

qué eres tan pesimista? De acuerdo, dame tres años y me haré monje”.

“Tres años es también demasiado tiempo”.

“Muy bien, siete meses. Necesito tiempo para arreglar mis asuntos y transferir mis responsabilidades gubernamentales”.

“¿Por qué alguien, a punto de abandonar su hogar para seguir el camino, necesita tanto tiempo para arreglar sus asuntos? Un monje abandona todo libremente para seguir el camino de la libertad y de la liberación. Si te demoras mucho, podrías cambiar de idea”.

“De acuerdo, de acuerdo, amigo mío. Dame siete días y me reuniré

contigo”.

Lleno de júbilo, Anuruddha volvió a casa e informó a su madre. La buena mujer nunca hubiera imaginado que el gobernador Baddhiya pudiera abandonar tan fácilmente su prestigiosa posición. De pronto, la madre sintió el poder del camino de la liberación y se sintió mejor dejando partir a su hijo.

Anuruddha persuadió a Bhagu, Kimbila, Devadatta y Ananda, príncipes del clan imperial, a unirse a él. El día señalado, se juntaron en su casa y partieron en busca del Buda. Todos eran mayores de edad excepto Ananda, que tenía dieciocho años, pero había recibido autorización de su padre para acompañar a Devadatta, su hermano

mayor. Los seis príncipes viajaron en carruaje hasta llegar a un pequeño pueblo, próximo a la frontera de Kosala. Habían oído que el Buda residía ahora cerca de Anupiya.

Anuruddha sugirió a sus amigos que se desprendieran de joyas y ornamentos antes de cruzar la frontera. Se quitaron los collares, anillos y brazaletes, lo envolvieron todo en una capa y decidieron ofrecérselo a un pobre. Junto al camino había una pequeña barbería. El dueño era un hombre joven, de su misma edad aproximadamente. Vestía ropa vieja y gastada pero inspiraba confianza. Anuruddha entró en la tienda y le preguntó cómo se llamaba.

El joven barbero respondió, “Upali”.

Anuruddha le pidió a Upali que les indicara cómo llegar hasta la frontera pero el barbero les acompañó hasta allí amablemente. Antes de separarse, Anuruddha le entregó a Upali la capa que contenía las joyas preciosas y los ornamentos y le dijo, “Upali, nuestra intención es seguir al Buda y vivir como monjes. Ya no necesitamos joyas. Nos gustaría que te las quedaras. Con ellas podrás vivir relajadamente el resto de tus días”.

Los príncipes se despidieron de Upali y cruzaron la frontera. Cuando el joven barbero contempló el contenido de la capa, el brillo del oro y las gemas

le deslumbraron. Upali pertenecía a la casta mas baja de la sociedad. Ningún miembro de su familia había poseído jamás una onza de oro, ni siquiera un simple anillo. Ahora tenía en sus manos un verdadero tesoro. Sin embargo, en lugar de alegrarse, se sintió de repente aterrado. Apretó con todas sus fuerzas el paquete contra su pecho. Los sentimientos de felicidad desaparecieron por completo. Sabía que muchos matarían por ese botín.

Upali reflexionó. Si los jóvenes nobles, que habían disfrutado de todo tipo de riquezas y poder, lo habían abandonado todo para hacerse monjes, era sin duda porque habían comprendido los peligros y la carga que pueden

acarrear la riqueza y la fama. De pronto, Upali sintió el deseo de deshacerse de aquella fortuna y de seguir a los príncipes en su búsqueda de la verdadera paz, la alegría y la liberación. Sin dudarle un instante, colgó de una rama el hatillo con las joyas y cruzó la frontera. Poco después, alcanzó a los jóvenes nobles.

Sorprendidos al verle correr tras ellos, Devadatta le preguntó, “Upali, ¿por qué nos sigues?, ¿dónde están las joyas que te dimos?”.

Tras recobrar el aliento, el barbero les explicó que había colgado el hatillo de un árbol, a la vista del primero que pasara. Dijo que no se sentía cómodo con tales riquezas y que deseaba unirse

a ellos para hacerse monje bajo la guía del Buda. Devadatta se rió. “¿Quieres ser monje? Pero si eres un...”.

Anuruddha interrumpió a Devadatta diciendo, “¡maravilloso!, ¡maravilloso! Estamos encantados de que te unas a nosotros. El Buda enseña que la Sangha es como un océano y los monjes los innumerables ríos que fluyen hasta desembocar en él. Aunque hayamos nacido en castas diferentes, cuando nos unamos a la Sangha, seremos hermanos, sin distinciones que nos separen”.

Baddhiya se presentó como el antiguo gobernador de las provincias del norte de Sakya, dio la mano a Upali, y le presentó a los otros príncipes. Upali se inclinó respetuosamente. Juntos, los

siete hombres prosiguieron su camino.

Llegaron a Anupiya al día siguiente. Tras informarse de que el Buda vivía en un bosque a dos millas al nordeste de la ciudad, se dirigieron hacia allí y se presentaron ante Él. Baddhiya habló en nombre del grupo y pidió recibir la ordenación; el Buda asintió. Baddhiya añadió, “desearíamos que Upali fuera ordenado el primero. Así, nos inclinaremos ante él como ante nuestro hermano mayor en el Dharma, liberándonos de cualquier vestigio de falso orgullo y discriminación que pudiera subsistir en nosotros”.

El Buda ordenó primero a Upali. Ananda tomó los votos de novicio como preparación para la ordenación

completa cuando cumpliera veinte años. Después de Rahula, encantado de que estuviera, era el miembro más joven de la Sangha.

Tres días después de la ordenación, se dirigieron a Vesali con el Buda y los otros monjes y descansaron en el parque Mahavana. Finalmente, tras diez días de camino, llegaron al monasterio del Bosque de Bambú, en Rajagaha.

Los venerables Kassapa, Moggallana y Kondanna estaban felices de ver de nuevo al Buda, como los seiscientos monjes residentes en el monasterio. El rey Bimbisara le visitó tan pronto como supo de su llegada. La atmósfera en el Bosque de Bambú era cálida y feliz. La estación lluviosa se

aproximaba y los venerables Kassapa y Kondanna se habían ocupado de los preparativos. Era la tercera estación de las lluvias desde el Despertar del Buda. La primera la había pasado en el Parque del Ciervo y la segunda, en el Bosque de Bambú.

Baddhiya, antes de aceptar el puesto de gobernador, había estudiado a fondo el tema espiritual. Ahora, bajo la guía del venerable Kassapa, se dedicó en cuerpo y alma a la práctica, utilizando casi todo su tiempo a la meditación. Prefería dormir bajo los árboles que en una choza. Una noche, mientras estaba sentado en meditación, experimentó una felicidad que jamás había conocido. Exclamó, “¡oh

felicidad!, ¡oh felicidad!”.

Un monje que estaba sentado cerca de Baddhiya, le oyó. A la mañana siguiente, informó al Buda: “Señor, ayer noche, mientras meditaba sentado, oí al monje Baddhiya que exclamaba, ‘¡oh felicidad!, ¡oh felicidad!’”. Quizás añora la riqueza y la fama que ha dejado atrás. He pensado que debía decírtelo”.

El Buda sólo asintió con la cabeza.

Después de la comida del mediodía, dio una charla de Dharma y, cuando concluyó, pidió al monje Baddhiya que se presentara ante la asamblea. Estaban presentes muchos discípulos laicos. El Buda le preguntó: “Baddhiya, ayer noche, a última hora, mientras meditabas, exclamaste, ‘¡oh

felicidad!, ¡oh felicidad!””.

Baddhiya juntó las manos y respondió: “Maestro, ayer noche pronuncié ciertamente esas palabras en voz alta”.

“¿Puedes decimos por qué?”.

“Señor, cuando era gobernador, tenía fama, poder y riqueza. Dondequiera que fuera, me escoltaban cuatro soldados. Mi palacio estaba vigilado día y noche por guardias armados, pero nunca me sentí a salvo. Constantemente sentía temor y ansiedad. Ahora, sin embargo, camino y me siento a solas en lo más profundo del bosque. No tengo miedo ni ansiedad. Me siento tranquilo y feliz como jamás lo había estado. Maestro, vivir como un monje

me proporciona tal felicidad y alegría, que ya no tengo miedo de nadie ni de perder nada. Soy feliz como un ciervo que vive libre en el bosque. Ayer noche, durante la meditación, todo esto surgió con tal claridad en mi mente que exclamé, ‘¡oh felicidad!, ¡oh felicidad!’. Por favor, perdóname si fue causa de perturbación”.

El Buda ensalzó a Baddhiya ante el pleno de la comunidad. “Es maravilloso, Baddhiya. Has hecho grandes progresos en el camino del gozo y el desapego. La paz y la felicidad que sientes es la paz y la felicidad a las que aspiran los dioses”.

Durante el retiro de la estación de las lluvias, el Buda dio la ordenación a

muchos nuevos monjes, incluyendo a un joven de talento llamado Mahakassapa; era hijo del hombre más rico de Magadha. La fortuna de su padre sólo era superada por el tesoro nacional. Mahakassapa estaba casado con Bhadra Kapilani, una mujer de Vesali. Habían vivido como marido y mujer durante doce años pero ambos deseaban seguir el camino espiritual.

Un día, Mahakassapa se despertó muy temprano y vio una serpiente venenosa cerca del brazo de su mujer, que dormía plácidamente. Mahakassapa no se atrevía a respirar por miedo a sobresaltar al reptil que, finalmente, rozando el brazo de Kapilani salió de la habitación. Despertó a su esposa y le

contó lo ocurrido. Reflexionaron sobre la incertidumbre y la transitoriedad de la vida. Kapilani le animó a que buscara sin tardanza a un maestro que le enseñara el camino. Como habían oído hablar del Buda, Mahakassapa se dirigió inmediatamente al Bosque de Bambú. En cuanto le vio, comprendió que había encontrado a su verdadero maestro. El Buda pudo apreciar fácilmente que Mahakassapa era un hombre de una profundidad poco común y le dio la ordenación al instante. El nuevo monje le habló entonces del deseo de su esposa de hacerse monja y seguir el camino, pero el Buda le respondió que no había madurado todavía el momento de admitir a las mujeres en la Sangha y que

debería esperar un poco más.

Capítulo treinta y nueve

ESPERANDO EL AMANECER



TRES días después de la estación de las lluvias, un joven llamado Sudatta visitó al Buda. Le rogó que aceptara enseñar el Camino del Despertar en Kosala. Era un mercader inmensamente rico. Vivía en Savatthi, la capital del reino de Kosala, donde gobernaba el rey Pasenadi. Sudatta era conocido entre su gente como un filántropo que dedicaba siempre un generoso porcentaje de sus

beneficios para huérfanos e indigentes. Sus esfuerzos le proporcionaban gran satisfacción y felicidad. La gente le llamaba “Anathapindika”, que significa, “el que cuida de los pobres y de los abandonados”.

Sudatta viajaba frecuentemente a Magadha para comprar y vender mercancías y, cuando paraba en Rajagaha, se alojaba en casa del hermano mayor de su mujer, que era también comerciante. Su cuñado le trataba siempre con gran afecto, asegurándose de que su estancia fuera en todo momento agradable.

No obstante, en esa ocasión, su cuñado no le hacía caso, sumamente ocupado en dirigir a los miembros de la

familia y a los sirvientes en lo que parecían los preparativos de una gran fiesta. Sudatta, sorprendido de tal actividad, quiso saber si preparaban una boda o conmemoraban el aniversario de un fallecimiento.

El cuñado respondió, “he invitado mañana a comer al Buda y sus monjes”.

Sudatta preguntó con cierta sorpresa: “¿‘Buda’ no quiere decir ‘El despierto’?”.

“Así es. El Buda es un ser despierto. Un maestro Iluminado. Una persona maravillosa y radiante. Mañana tendrás la oportunidad de conocerle”.

Sudatta no podía explicar por qué pero, el simple hecho de oír la palabra “Buda”, le había llenado de felicidad y

de inspiración. Hizo sentarse a su cuñado y le preguntó más sobre el maestro. El cuñado le explicó que, después de contemplar a los monjes mendigando serenamente en la ciudad, fue a escuchar al Buda al monasterio del Bosque de Bambú. Se había convertido en uno de sus discípulos laicos e incluso, como ofrecimiento, había construido sesenta cabañas en el monasterio para proteger a los monjes de las inclemencias del tiempo. Tal vez, pensó Sudatta sorprendido, se debía a una conexión del pasado, pero sentía en su corazón gran amor y respeto por el Buda. No podía esperar hasta la mañana siguiente. Pasó la noche inquieto, esperando ansiosamente a que

amaneciera para visitar el monasterio del Bosque de Bambú. Se levantó tres veces de la cama para ver si había amanecido, pero las tres veces era todavía de noche. Incapaz de esperar más, se levantó, se vistió, se calzó y salió. El aire era frío y brumoso. Atravesó la Puerta de Sivaka y se encaminó hacia el monasterio. Cuando llegó, los primeros rayos del sol doraban las hojas de bambú. Quería conocer al Buda pero se sentía algo nervioso. Para calmar se, susurró, “no te preocupes Sudatta”.

En ese mismo instante, el Buda, que practicaba la meditación caminando, se detuvo frente a él y le dijo quedamente, “Sudatta”.

El mercader juntó las palmas de las manos y se inclinó ante el Buda. Caminaron hasta su cabaña. Sudatta le preguntó si había dormido bien y cuando el Buda le respondió afirmativamente, le contó lo mal que había dormido él esa noche por el deseo de conocerle y le pidió que le enseñara el camino. El Buda le habló de la comprensión y del amor.

Sudatta, lleno de felicidad, se postró y le pidió que le aceptara como discípulo laico. El Buda aceptó. Seguidamente, le invitó a Él y a los monjes a comer al día siguiente en casa de su cuñado.

El Buda se rió amablemente. “Los monjes y yo ya hemos sido invitados a

comer allí hoy. No hay razón para que comamos también mañana”.

Sudatta dijo, “hoy es mi cuñado quien os convida pero mañana será mi ofrecimiento. Siento no tener casa propia en Rajagaha. Te suplico que aceptes mi invitación”.

El Buda aceptó con una sonrisa. Lleno de júbilo, Sudatta se inclinó de nuevo ante Él y regresó rápidamente a la casa para ayudar a su cuñado con los preparativos del ofrecimiento de comida que se haría aquel día.

Sudatta escuchó más enseñanzas del Buda en casa de su cuñado; su felicidad no conocía límites. Acompañó al Buda y a los monjes hasta la puerta cuando terminó la enseñanza e,

inmediatamente, empezó con los preparativos del ofrecimiento de comida del día siguiente. Su cuñado le ayudó con entusiasmo e incluso le dijo, “sigues siendo mi invitado. ¿Por qué no dejas que me ocupe yo de todo?”.

Pero Sudatta, que ni siquiera le escuchaba, insistió en costear todos los gastos aceptando sólo que la familia le ayudara en la preparación de la casa y de la comida.

Al día siguiente, Sudatta escuchó más enseñanzas del Buda. Su corazón se abrió como una flor. Se arrodilló y dijo, “Buda, Maestro venerable, el pueblo de Kosala no ha tenido aún la oportunidad de recibiros, a ti y a tu Sangha, ni de conocer el Camino del Despertar. Por

favor, considera mi invitación y ven por un tiempo. Te suplico que muestres compasión por las gentes de Kosala”.

El Buda respondió que discutiría la cuestión con sus discípulos más aventajados y prometió que le daría una respuesta en unos días.

Varios días después, Sudatta visitó el monasterio del Bosque de Bambú, donde recibió la feliz noticia de que su invitación había sido aceptada. El Buda le preguntó si conocía algún lugar, cerca de Savatthi, donde pudiera instalarse una amplia comunidad de monjes. Sudatta le aseguró que encontraría un lugar adecuado y que él mismo se ocuparía de satisfacer todas las necesidades de la Sangha durante su

estancia, sugiriendo asimismo que le acompañara a Kosala el venerable Sariputta para preparar su visita. El Buda le preguntó a Sariputta y éste respondió que estaría encantado de acompañarle.

Una semana después, Sudatta y Sariputta cruzaron el Ganges y viajaron hasta Vesali, donde fueron acogidos por Ambapali en su plantación de mangos. Sariputta le informó de que el Buda, acompañado por un gran número de monjes, pasaría por Vesali camino de Kosala dentro de seis meses. Ambapali dijo que estaría encantada de ofrecerles a todos comida y alojamiento y añadió que se sentía muy honrada de tenerles a ellos dos como invitados. Elogió al

joven mercader por sus múltiples obras caritativas y le animó en sus esfuerzos por hacer posible que el Buda impartiera su enseñanza en Kosala.

Tras despedirse de Ambapali, tomaron rumbo hacia el noroeste, bordeando las orillas del río Aciravati. Sudatta no había caminado nunca distancias tan largas ya que siempre viajaba en carro. Allí donde se detenían, anunciaban que el Buda y su Sangha viajarían por esa tierra y pedían a la gente que les dieran la bienvenida.

“El Buda es un maestro despierto. Preparaos para recibir con alegría al Buda y a la Sangha”.

Kosala era un extenso y próspero reino, no menos poderoso que Magadha,

cuya frontera sur lindaba con el Ganges y, su frontera norte, con la ladera de los Himalayas. Sudatta o “Anathapindika”, era conocido por todos, dondequiera que fuera. La gente confiaba en sus palabras y esperaba con anhelo el encuentro con el Buda y su Sangha. Todas las mañanas, cuando el venerable Sariputta salía a mendigar, Sudatta le acompañaba para hablar del Buda a tantas personas como pudiera.

Un mes después, los dos hombres llegaron a Savatthi. Sudatta invitó a Sariputta a comer a su casa, donde le presentó a sus padres y a su esposa, y le pidió que hablara sobre el Dharma. Después de la enseñanza, los padres y la mujer de Sudatta tomaron los Tres

Refugios y los cinco preceptos. Su esposa era una bella y encantadora mujer, llamada Punnalakkhana. Tenían cuatro hijos, tres chicas y un chico. Las hijas se llamaban Subhadra la Mayor, Subhadra la Menor y Sumagadha. El pequeño de la familia se llamaba Kala.

Sariputta mendigaba por las mañanas en la ciudad y, por la noche, dormía en el bosque, a orillas del río. Sudatta se dispuso a buscar un lugar adecuado para el alojamiento del Buda y de los monjes.

Capítulo cuarenta

CUBRIR DE ORO LA TIERRA



DE todos los lugares que había visitado Sudatta, no había ninguno tan hermoso como el parque del príncipe Jeta. Estaba seguro de que, si lo adquiría, el Camino del Despertar del Buda podía extenderse desde ese maravilloso lugar a todo el reino. Sudatta fue a ver al príncipe Jeta; le encontró conversando con un oficial del palacio. Saludó respetuosamente a ambos y expuso directamente su deseo

de que el príncipe le vendiera el parque para crear un centro de práctica para el Buda. El príncipe Jeta, de solo veinte años, había recibido el parque el año anterior como obsequio de su padre, el rey Pasenadi. Miró primero al oficial y después a Sudatta, y respondió, “mi padre me regaló ese parque y le tengo mucho apego. Te lo vendería si estuvieras dispuesto a cubrir con monedas de oro cada metro cuadrado de su terreno”.

El príncipe Jeta bromeaba. Sin duda, no esperaba que el joven comerciante le tomara la palabra. Pero Sudatta respondió, “hecho. Acepto tu precio. Mañana llevaré el oro al parque”.

El príncipe, estupefacto, exclamó “¡sólo era una broma! No deseo vender mi parque. No te molestes en llevar el oro”.

Pero Sudatta replicó resueltamente, “honorable príncipe, como miembro de la familia real, tienes el deber de mantener y respetar tu palabra”. Miró al oficial del palacio buscando apoyo y añadió, “¿no es cierto, Excelencia?”.

El oficial asintió con la cabeza y después, mirando al príncipe, dijo, “el mercader Anathapindika está en lo cierto. Si no hubieras establecido un precio, sería distinto. Pero no puedes retirar ahora tu oferta”.

El príncipe Jeta tuvo que ceder. En su fuero interno, confiaba en que Sudatta

no pudiera reunir tal cantidad de oro. Al día siguiente, temprano, el joven comerciante hizo llevar al parque grandes carros, llenos de monedas de oro, que sus sirvientes esparcieron por el terreno.

El príncipe Jeta, pasmado, comprendió que no se trataba de un asunto cualquiera; por qué pagaría alguien tanto por un parque... El Buda y su Sangha tenían que ser realmente extraordinarios para que el joven mercader hiciera semejante ofrenda. Le pidió a Sudatta que le hablara de Él. Sus ojos brillaban mientras le explicaba cosas de su Maestro, del Dharma y de la Sangha, y le prometió que al día siguiente vendría con el venerable

Sariputta y se lo presentaría. El príncipe Jeta estaba conmovido. Cuando alzó la mirada, se habían cubierto ya dos tercios del parque. Justo llegaba en ese momento el cuarto carro con oro. El príncipe levantó la mano para detenerlo y le dijo a Sudatta, “basta ya de oro. Deja que el terreno restante sea mi ofrecimiento pues deseo contribuir a tu bello proyecto”.

Sus palabras llenaron de júbilo el corazón de Sudatta. Y al día siguiente, tal como había prometido, fue con Sariputta. La apacible actitud del monje impresionó al príncipe. Los tres visitaron el parque. Sudatta había decidido, en honor al príncipe, llamarlo “Jetavana” o “Arboleda de Jeta”. Le

sugirió a Sariputta que se instalara allí para dirigir la construcción del monasterio. Su familia le traería todos los días un ofrecimiento de comida. Sudatta, Sariputta y el príncipe planearon juntos la construcción de las cabañas, la sala para las enseñanzas de Dharma, la de meditación y los aseos. El mercader expresó el deseo de erigir una puerta de tres niveles a la entrada del bosque y Sariputta sugirió aspectos relativos al monasterio pues se había convertido en un experto. Seleccionaron un lugar especialmente fresco y tranquilo para la cabaña del Buda y supervisaron el trazado de los nuevos caminos y la excavación de los pozos.

Los habitantes de la ciudad se

enteraron enseguida de que Sudatta había tenido que pavimentar con oro el suelo del bosque para conseguirlo y de que se estaba construyendo un monasterio para acoger al Buda y a su Sangha, que pronto llegarían de Magadha. Sariputta empezó a dar charlas de Dharma en Jetavana. El número de asistentes aumentaba a diario; aunque nadie conocía al Buda, se sentían atraídos por su enseñanza.

Cuatro meses más tarde, el monasterio estaba casi acabado. Sariputta salió al encuentro del Buda y de los monjes para conducirlos a Jetavana. Estaban en Vesali. Varios centenares de monjes de hábitos azafrán mendigaban por las calles. La Sangha se

había instalado cerca de la ciudad, en el Gran Bosque. Sariputta informó al Buda del rápido avance de los preparativos en Savatthi.

El Buda le dijo que había dejado a Kondanna y a Uruvela Kassapa a cargo de la comunidad del Bosque de Bambú. De los quinientos monjes que le acompañaban, doscientos se quedarían a practicar en Vesali y el resto le seguiría hasta Jetavana. Le comentó también que Ambapali había invitado a toda la Sangha a un ofrecimiento de comida al día siguiente y que partirían hacia Savatthi al día siguiente.

Ambapali estaba contenta de tener la oportunidad de ofrecer una comida al Buda y a los monjes en su plantación de

mangos pero sentía que su hijo, Jivaka, no pudiera estar presente debido a sus estudios médicos.

Ocurrió algo curioso. Volvía de visitar al Buda, cuando su carruaje fue detenido por un grupo de príncipes del clan Licchavi, los señores más ricos y poderosos de Vesali. Tras preguntarle a dónde iba, Ambapali respondió que regresaba a casa con la intención de hacer los preparativos para recibir al Buda y a sus monjes al día siguiente. Los jóvenes nobles le dijeron que se olvidara del Buda y que les invitara a ellos en su lugar.

“Invítanos y pagaremos cien mil monedas de oro por la comida, propusieron, convencidos de que invitar

a un monje no era tan divertido y provechoso como atenderles a ellos.

Ambapali no estaba en absoluto interesada en la propuesta y respondió, “es evidente que no sabéis quién es el Buda. De lo contrario, mediríais vuestras palabras. Lo tengo todo organizado. Aunque me ofrecierais la ciudad de Vesali con la tierra que la rodea, no aceptaría. Ahora, si no os importa, dejadme pasar, tengo mucho que hacer”.

Completamente pasmados, los nobles Licchavis le abrieron paso. Ambapali no se imaginaba que, tras su encuentro, los príncipes decidieran ir a conocer al Maestro que ella tanto respetaba. Dejaron sus lujosos carruajes

a la entrada del Gran Bosque y caminaron hasta las cabañas.

El Buda se dio cuenta de que los jóvenes poseían semillas de compasión y sabiduría. Les invitó a sentarse y les habló de su propia vida, de su búsqueda del Despertar y del camino que elimina el sufrimiento y lleva a la liberación. Sabía que pertenecían a la misma casta guerrera a la que había pertenecido El. Mirándoles, podía verse como uno de ellos. Les habló con cálida comprensión.

Las palabras del Buda les abrió el corazón. Sentían que, por primera vez, podían verse a sí mismos y comprendieron que la riqueza y el poder no eran suficientes para alcanzar la

verdadera felicidad. Tuvieron la certeza de haber encontrado un camino para sus vidas y pidieron, unánimemente, ser aceptados como discípulos laicos. Tras invitar al Buda y a la Sangha a una comida al día siguiente, el Buda respondió: “Mañana estamos invitados a comer en casa de Ambapali”.

Los jóvenes nobles sonrieron, recordando el encuentro.

“Entonces, permite que os invitemos pasado mañana”.

El Buda aceptó con una sonrisa.

Ambapali convidó a sus amistades y a los nobles Licchavis a su plantación de mangos para que escucharan la enseñanza del Buda.

Al día siguiente, el Buda y un

centenar de monjes acudieron al palacio de los príncipes donde les sirvieron refinados platos vegetarianos, preparados con la máxima maestría y cuidado. Los príncipes ofrecieron también a los monjes jacas, mangos, plátanos y pomarrosas recién cogidos de su huerto. Cuando acabaron de comer, el Buda habló de la coproducción dependiente y del Noble Camino Óctuple. Su enseñanza tocó el corazón de todos los presentes. Doce jóvenes nobles, entre ellos Otthaddha y Sunakhatta, dos príncipes de gran influencia en el clan Licchavi, pidieron la ordenación como monjes. El Buda les aceptó a todos gustosamente.

Los nobles Licchavis suplicaron al

Buda que volviera a Vesali el próximo año y prometieron construir un monasterio en el Gran Bosque donde podrían residir varios cientos de monjes. El Buda aceptó la propuesta.

Al día siguiente, temprano, Ambapali visitó al Buda y le expresó el deseo de ofrecer su plantación de mangos a la Sangha. El Buda aceptó el obsequio y, poco después, partió con Sariputta y trescientos monjes hacia el norte, camino de Vesali.

Capítulo cuarenta y uno

¿HA VISTO ALGUIEN A MI MADRE?



SARIPUTTA conocía bien la ruta a Savatthi. Como él y Anathapindika habían despertado el interés de la población por el Buda y la Sangha, dondequiera que fueran, eran bien recibidos. Por la noche, descansaban en los frescos bosques, a orillas del río Aciravati. Viajaban en tres grupos. El Buda y Sariputta iban a la cabeza del primero, el segundo grupo iba

conducido por Assaji y el tercero lo guiaba Moggallana. Los monjes mantenían una apacible serenidad mientras caminaban. A veces, la gente se reunía en los bosques o a orillas del río para escuchar la enseñanza del Buda.

En Savatthi fueron recibidos por Sudatta y el príncipe Jeta, que les condujeron al nuevo monasterio. Al ver lo bien planificado que estaba Jetavana, el Buda ensalzó a Sudatta, pero éste respondió que todo se debía a las ideas y obras del venerable Sariputta y el príncipe Jeta.

El novicio Rahula tenía ya doce años. A pesar de que se le había asignado a Sariputta como guía para sus estudios, en su ausencia, Moggallana

había ocupado su puesto. En Jetavana, por tanto, Rahula podría retomar sus estudios con aquel.

El príncipe Jeta y Sudatta prepararon una recepción inmediatamente después de la llegada del Buda. A través del contacto con el venerable Sariputta, el príncipe había desarrollado una profunda admiración por Él. Todo el mundo estaba invitado a escuchar el Dharma de los labios del Buda. Acudieron muchas personas, entre ellas, la madre de Jeta, la reina Mallika, y la hermana de dieciséis años, la princesa Vajiri. Después de oír hablar del Buda durante meses, todo el mundo estaba ansioso por conocerle en persona. El Buda habló sobre las Cuatro

Nobles Verdades y el Camino Óctuple.

Después de la enseñanza, la reina y la princesa sintieron que sus corazones se habían abierto. Ambas deseaban convertirse en discípulas laicas, pero no se atrevían a pedirlo. La reina quería obtener primero el consentimiento de su esposo, el rey Pasenadi. Estaba convencida de que en un futuro próximo el rey conocería al Buda y compartiría con ella el mismo sentimiento. La propia hermana del rey Pasenadi, esposa del rey Bimbisara, había lomado los tres refugios hacía tres años.

Muchos líderes religiosos de Savatthi acudieron también a escuchar el discurso del Buda. La mayoría lo hacía por curiosidad más que por aprender.

Pero algunos sintieron que sus corazones se iluminaban de repente cuando le oyeron hablar. Otros, en cambio, vieron en Él a un poderoso oponente que desafiaba sus creencias. Pero todo el mundo estuvo de acuerdo en que su presencia en Savatthi era un acontecimiento significativo en la vida espiritual de Kosala.

Cuando la recepción y la charla de Dharma concluyeron, Sudatta se arrodilló respetuosamente ante el Buda y dijo: “Mi familia y yo, así como nuestros amigos y relaciones, os ofrecemos el monasterio de Jetavana a ti y a tu Sangha”.

El Buda dijo: “Sudatta, tu mérito es grande. Gracias a ti, la Sangha estará

protegida del sol y de la lluvia, de los animales salvajes, de las serpientes y de los mosquitos. Este monasterio atraerá a monjes de las cuatro direcciones, ahora y en el futuro. Has apoyado el Dharma con todo tu corazón. Confío en que continúes entregándote a la práctica del camino”.

A la mañana siguiente, el Buda y los monjes fueron a la ciudad a mendigar. Sariputta los dividió en doce grupos de quince. La presencia de los monjes de hábito azafrán incrementó aún más el interés de la gente por el nuevo monasterio. Admiraban la conducta serena y silenciosa de los monjes.

Una vez a la semana, el Buda daba una charla de Dharma en Jetavana.

Asistía muchísima gente. Así que el rey Pasenadi no tardó mucho en estar al corriente del impacto de la presencia del Buda. Estaba demasiado ocupado con los asuntos políticos como para visitar personalmente al Buda, pero oía cómo hablaban muchos miembros de su corte sobre el nuevo monasterio y de los monjes de Magadha. Durante una comida familiar, el rey sacó el tema del Buda. La reina Mallika le habló de la contribución del príncipe Jeta al monasterio. El rey le pidió al príncipe que le hablara del Buda. Éste le contó lo que había visto y oído y le dijo que, si el rey concedía su permiso, desearía convertirse en un discípulo laico del Buda.

Al rey le costaba creer que un monje tan joven hubiera podido alcanzar la verdadera Iluminación. Según su hijo, el Buda tenía treinta y nueve años, los mismos que él. No era posible que hubiera alcanzado un estado superior a sabios tan renombrados como Puruna Kassapa, Makkhali Gosala, Nigantha Nathaputta y Sanjaya Belathiputta. Aunque le hubiera gustado creer a su hijo, el rey tenía sus dudas. Decidió que, en cuanto pudiera, iría a conocer al Buda personalmente.

Se acercaba la estación de las lluvias. El Buda decidió pasarla en Jetavana. Los discípulos más antiguos del Buda, gracias a su experiencia en el Bosque de Bambú, organizaron el retiro

sin dificultad. Sesenta nuevos monjes se unieron a la comunidad en Savatthi. Sudatta presentó al Buda a muchos amigos que se convirtieron en discípulos laicos y apoyaron con gran entusiasmo las actividades del monasterio.

Una tarde, el Buda recibió a un joven; su rostro estaba marcado por la tristeza y la desolación. El hombre había perdido recientemente a su único hijo. Durante varios días había estado de pie en el cementerio gritando, “hijo mío, hijo mío, a dónde te has ido?”. El hombre no podía comer, ni beber, ni dormir.

El Buda le dijo: “En el amor hay sufrimiento”.

El hombre objetó, “te equivocas. El

amor no causa sufrimiento. El amor sólo trae alegría y felicidad”.

El desconsolado hombre se marchó abruptamente antes de que el Buda pudiera explicarle qué quería decir. El hombre vagó sin rumbo hasta que se detuvo a conversar con un grupo de hombres que se jugaban el dinero en la calle. Les habló de su encuentro con el Buda y los hombres estuvieron de acuerdo con él en que el Buda se equivocaba.

“¿Cómo es posible que el amor cause sufrimiento? El amor sólo trae alegría y felicidad. Tienes razón. El monje Gautama se equivoca”.

En poco tiempo, la historia se extendió por todo Savatthi,

convirtiéndose en tema de discusión. Muchos dirigentes espirituales afirmaban que el Buda se equivocaba con respecto al amor. La cuestión llegó a oídos del rey Pasenadi. Aquella noche, durante la cena familiar, le comentó a la reina, “el monje al que la gente llama ‘Buda’ no debe de ser tan gran maestro como la gente parece creer”.

La reina preguntó, “¿por qué dices eso?, ¿ha dicho alguien algo malo con respecto al maestro Gautama?”.

“Esta mañana he oído a unos oficiales del palacio hablar de Gautama. Decían que, según Él, cuanto más amas, más sufres”.

La reina respondió, “si Gautama ha dicho eso, sin duda alguna es cierto”.

El rey replicó impacientemente, “no debes hablar así. Examina las cosas por ti misma. No seas como el niño que cree todo lo que dice su maestro”.

La reina no dijo nada más. Sabía que el rey no le conocía todavía. Al día siguiente le pidió a un amigo suyo, el brahmán Nalijangha, que fuera a visitar al Buda y le preguntara si había dicho o no que el amor es fuente de sufrimiento y, si lo había dicho, que le explicara por favor por qué. Le rogó a su amigo que anotara cuidadosamente todo cuanto el Buda dijera y se lo comunicara a ella después.

Nalijangha fue a ver al Buda y le hizo la pregunta de la reina. El Buda respondió, “Hace poco oí que una mujer

de Savatthi había perdido a su madre. Estaba tan desconsolada que se le fue la cabeza. Deambuló por las calles preguntando a todo el mundo, “¿Has visto a mi madre? ¿Has visto a mi madre? también sé de dos jóvenes amantes que se suicidaron porque los padres de la muchacha la obligaban a casarse con otro hombre. Ambas historias demuestran que el amor causa sufrimiento.

Nalijangha repitió las palabras del Buda a Mallika. Pocos días después, mientras el rey descansaba, la reina le preguntó, “esposo mío, ¿amas a la princesa Vajiri?”.

“Por supuesto que sí”, respondió el rey, sorprendido por la pregunta.

“Si le ocurriera alguna desgracia, ¿sufrirías?”.

El rey se sobresaltó. De repente vio con claridad que las semillas del sufrimiento existían en el amor. La preocupación nubló su sensación de bienestar. Las palabras del Buda contenían una cruel verdad que perturbó enormemente al rey. Dijo, “en cuanto pueda, visitaré al monje Gautama”.

La reina estaba contenta. Sabía que, en cuanto conociera al Buda, entendería instantáneamente cuán extraordinaria era su enseñanza.

Capítulo cuarenta y dos

EL AMOR ES COMPENSIÓN



EL rey Pasenadi fue solo a visitar al Buda. El carruaje y el cochero se quedaron a la puerta del monasterio. El Buda le recibió delante de su choza. Después de intercambiar los saludos formales, el rey le habló de manera franca. “Maestro Gautama, la gente te ensalza como el Buda, el que ha alcanzado la perfecta Iluminación. Pero me pregunto, ¿cómo puede haber

alcanzado la Iluminación una persona tan joven? Ni siquiera los grandes maestros, como Purana, Kassapa, Makkhali, Gosala, Nigantha, Nathaputta y Sanjaya Belathiputta, que son personas de avanzada edad, se atreven a afirmar que han alcanzado la Iluminación total. Ni siquiera Pakudha Kaccayana o Ajita Kesakambali. ¿Les conoces?”.

El Buda respondió: “Majestad, he oído hablar de todos los maestros que has mencionado e incluso he conocido personalmente a varios de ellos. Los logros espirituales no dependen de la edad. Los meses y los años no garantizan la presencia de la Iluminación. Hay cosas que no deben menospreciarse nunca: un joven

príncipe, una serpiente pequeña, una chispa de fuego o un joven monje. Un príncipe, por joven que sea, posee las características y el destino de un rey. Una serpiente venenosa de pequeño tamaño puede matar a un adulto en un instante. Una chispa de fuego puede ser la causa de que un bosque o una ciudad entera se reduzcan a cenizas. Y un joven monje ¡puede alcanzar la Iluminación total! Majestad, una persona dotada de sabiduría nunca desdeña a un joven príncipe, a una serpiente de pequeño tamaño, a una chispa de fuego y tampoco a un joven monje”.

El rey Pasenadi miró al Buda. Estaba impresionado. El Buda había hablado con una voz calmada y serena y

lo que había dicho era simple y profundo a la vez. El rey sintió que podía confiar en el Buda y le preguntó lo que le quemaba en su interior.

“Maestro Gautama, hay quienes dicen que aconsejas no amar; que cuanto más se ama, más se sufre. Puedo intuir cierta verdad en dicha afirmación, pero soy incapaz de hallar paz en ella. Sin amor, la vida carecería de sentido. Por favor, ayúdame a resolver el conflicto”.

El Buda miró cálidamente al rey. “Majestad, tu pregunta es muy buena y muchos podrán beneficiarse de ella. Existen diversos tipos de amor. Examinemos de cerca la naturaleza de cada uno de ellos. La vida tiene gran necesidad de amor, pero no de la clase

de amor basado en la lujuria, la pasión, el apego, la discriminación y el prejuicio. Majestad, hay otro tipo de amor, sin duda necesario, que es el amor afectuoso y la compasión, o *maitri* y *karuna*".

"Generalmente, cuando la gente habla de amor, se refiere sólo al amor que existe entre padres e hijos, marido y mujer, miembros de una misma familia o miembros de la misma casta o país. Como la naturaleza de dicho amor depende de los conceptos de "yo" y "lo mío", se enreda en el apego y la discriminación. La gente quiere amar sólo a sus padres, esposos, hijos, nietos, parientes y compatriotas. Atrapados por el apego, se preocupan por los

accidentes que podrían tener sus seres queridos incluso antes de que ocurran y, cuando ocurren realmente, sufren lo indecible.

El amor basado en la discriminación perjudica. Las personas se vuelven indiferentes e incluso hostiles hacia los que están fuera de su círculo de amor. El apego y la discriminación son fuentes de sufrimiento para nosotros y para los demás. Majestad, el amor del que están sedientos todos los seres es el amor afectuoso y la compasión. *Maitri* es el amor que tiene la habilidad de proporcionar felicidad a otros. *Karuna* es el amor que tiene la habilidad de eliminar el sufrimiento de otros. *Maitri*

y *karuna* no esperan nada a cambio. El amor afectuoso y la compasión no se limitan a los padres, esposos, hijos, parientes, miembros de la propia casta y compatriotas. Se extienden a todas las personas y a todos los seres. En *maitri* y *karuna* no hay discriminación. No hay ‘mío’ y ‘no mío’. Y como no hay discriminación, no hay apego. *Maitri* y *karuna* generan felicidad y alivian el sufrimiento. No causan dolor ni desesperación. Sin ambos, la vida no tendría sentido, como bien has dicho. Con el amor afectuoso y la compasión, la vida se llena de paz, alegría y satisfacción. Majestad, gobiernas un país. Tu pueblo se beneficiaría si practicaras el amor afectuoso y la

compasión”.

El rey bajó la cabeza pensativo. Después miró al Buda. “Tengo una familia que cuidar y un país que gobernar. Si no amo a mi familia y a mi pueblo, ¿cómo puedo cuidar de ellos? Por favor, clarifícame esta duda”.

“Naturalmente, debes amar a tu familia y a tu pueblo. Pero tu amor puede ampliarse. Amas al príncipe y a la princesa, pero ello no te impide sentir amor por otros jóvenes del reino. Si amas a todos los jóvenes, tu amor, hasta ahora limitado, se transformará en un amor que todo lo abarca y todos los jóvenes del reino serán como tus hijos. Tener un corazón compasivo, significa esto. No es solamente un ideal. Es algo

que puede lograrse realmente, especialmente alguien como tú, con tantos medios a tu alcance”.

“Pero, ¿qué pasa con los jóvenes de otros reinos?”.

“Nada te impide amar a los jóvenes de otros reinos como a tus hijos e hijas, a pesar de que no vivan bajo tu dominio. Amar a tu gente no impide amar a la gente de otros reinos”.

“Pero ¿cómo puedo mostrar mi amor por ellos si no están bajo mi jurisdicción?”.

El Buda miró al rey. “La prosperidad y la seguridad de una nación no deben depender de la pobreza y la inseguridad de otras naciones. Majestad, una paz y prosperidad

duraderas son sólo posibles cuando las naciones se unen en un compromiso común de búsqueda del bienestar de todos. Si realmente quieres que Kosala viva en paz y que los jóvenes de tu reino no pierdan la vida en los campos de batalla, tienes que ayudar a otros reinos a tener paz. La política exterior y la económica tienen que seguir el camino de la compasión para que la paz verdadera sea posible. Al mismo tiempo que amas y cuidas tu propio reino, puedes amar a otros reinos como Magadha, Kasi, Videha, Sakya y Koliya”.

“Majestad, el año pasado visité a mi familia en el reino de Sakya. Me quedé varios días en Arannakutika, al

pie de los Himalayas. Pasé mucho tiempo reflexionando en una política basada en la no-violencia. Vi que las naciones pueden vivir verdaderamente en paz y seguridad sin tener que recurrir a medidas violentas, como los encarcelamientos y las ejecuciones. Hablé de todo ello con mi padre, el rey Suddhodana. Ahora aprovecho esta oportunidad para compartir esas ideas contigo. El gobernante que alimenta su compasión no necesita emplear medios violentos”.

El rey exclamó, “¡maravilloso!, ¡realmente maravilloso!, ¡tus palabras son muy inspiradoras! ¡Eres en verdad el Iluminado! Te prometo que reflexionaré sobre lo que me has dicho.

Profundizaré en ellas, que contienen tanta sabiduría pero, por el momento, permite por favor que te haga otra pregunta. Por lo general, el amor contiene elementos de discriminación, deseo y apego. Según tú, esa clase de amor crea preocupación, sufrimiento y desesperación. ¿Cómo se puede amar sin deseo ni apego? ¿Cómo puedo evitar la preocupación y el sufrimiento en el amor que siento por mis hijos?”.

El Buda respondió: “Tenemos que examinar la naturaleza de nuestro amor. Éste, debe aportar paz y felicidad a los que amamos. Si nuestro amor está basado en un deseo egoísta de poseerles, no podemos proporcionarles paz y felicidad; por el contrario, nuestro

amor les hará sentirse atrapados. Ese amor no es más que una prisión. Si las personas que amamos no son felices a causa de nuestro amor, encontrarán la manera de deshacerse de nosotros. No aceptarán la prisión de nuestro amor. Gradualmente, el amor se transformará en odio y enfado”.

“Majestad, ¿has oído hablar de la tragedia ocurrida en Savatthi, hace diez días, a causa de un amor egoísta? Una madre se sintió abandonada porque su hijo se había enamorado y había contraído matrimonio. En lugar de percibir que, con el matrimonio, ganaba una hija, pensó que había perdido a su hijo y se sintió traicionada. Su amor se transformó en odio y envenenó la

comida de la joven pareja. Los dos murieron”.

“¡Majestad! De acuerdo con el Camino de la Iluminación, el amor no puede existir sin comprensión. El amor es comprensión. Si no comprendes, no amas. Los maridos y las mujeres que no se entienden, no pueden amarse. Los padres y los hijos que no se entienden, no pueden amarse. Si deseas que tus seres queridos sean felices, debes aprender a comprender sus sufrimientos y sus aspiraciones. Eso es amor verdadero. Si lo que deseas es que los seres queridos sigan tus ideas y desconoces sus necesidades, eso no es amor verdadero. Es únicamente un deseo de poseer al otro y tratar de

satisfacer tus propias necesidades, las cuales no pueden satisfacerse de esa manera”.

“¡Majestad! La gente de Kosala tiene sufrimientos y aspiraciones. Si comprendes sus sufrimientos y aspiraciones, podrás amarlos de verdad. Todos los oficiales de la corte tienen sufrimientos y aspiraciones. Comprende sus sufrimientos y aspiraciones y sabrás cómo aportarles felicidad. Gracias a eso, te serán leales toda su vida. La reina, el príncipe y la princesa tienen sus propios sufrimientos y aspiraciones. Si comprendes sus sufrimientos y aspiraciones, podrás proporcionarles felicidad. Cuando todo el mundo tiene felicidad, paz y alegría, experimentas

también felicidad, paz y alegría. Éste es el significado del amor, de acuerdo con el Camino del Despertar”.

El rey Pasenadi estaba sinceramente conmovido. Ningún maestro espiritual o sacerdote brahmán le había abierto el corazón de esa manera permitiéndole comprender las cosas tan profundamente. La presencia de este maestro, pensó para sí, era de gran valor para su país. Quiso estudiar con el Buda. Tras unos minutos de silencio, le miró y dijo: “Te doy las gracias por aclararme estas cuestiones. Pero hay algo que sigue preocupándome. Dijiste que el amor basado en el deseo y el apego crea sufrimiento y desesperación, mientras que el que se

basa en la compasión trae paz y felicidad. Pero, aunque comprendo que el amor basado en la compasión no es egoísta o autocomplaciente, puede seguir acarreando dolor y sufrimiento. Amo a mi gente. Cuando padecen desastres naturales, por ejemplo, tifones o inundaciones, yo sufro también. Supongo que te ocurre lo mismo. Seguramente sufres cuando ves a alguien enfermo o muriéndose”.

“Tu pregunta está muy bien. Gracias a ella, podrás comprender de manera más profunda la naturaleza de la compasión. En primer lugar, debes saber que el sufrimiento causado por un amor basado en el deseo y el apego es mil veces mayor que el sufrimiento que se

deriva de la compasión. Es preciso distinguir los dos tipos de sufrimiento. Uno, completamente inútil, lo único que hace es perturbar el espíritu y el cuerpo; el otro, sin embargo, alimenta la responsabilidad. El amor basado en la compasión proporciona la energía necesaria para responder al sufrimiento de los demás. El amor basado en el apego y el deseo genera ansiedad y más sufrimiento. La compasión da fuerza para las acciones útiles. ¡Gran Rey! La compasión es más necesaria. El dolor que resulta de la compasión puede ser un dolor útil. Si no sientes el dolor ajeno, no eres realmente humano”.

“La compasión es fruto de la comprensión. Practicando el Camino de

la Conciencia Despierta, se comprende la verdadera cara de la vida, que es la transitoriedad. Todo es transitorio y sin un yo separado. Todo muere. Un día, tu propio cuerpo morirá. Cuando uno percibe la naturaleza transitoria de todas las cosas, su visión se vuelve tranquila y serena. La presencia de la transitoriedad no perturba su corazón ni su mente. Y por eso, las sensaciones de dolor provenientes de la compasión, no tienen la naturaleza amarga y pesada de otro tipo de sufrimientos. Por el contrario, la compasión da más fuerza. ¡Gran Rey! Hoy has oído algunos principios básicos del camino de la liberación. Otro día, me gustaría compartir contigo mas enseñanzas”.

El corazón del rey Pasenadi estaba henchido de gratitud. Se levantó y se inclinó ante el Buda. Intuía que pronto le pediría ser aceptado como discípulo laico. Sabía que la reina Mallika, el príncipe Jeta y la princesa Vajiri sentían ya un vínculo especial con el Buda. Quería que toda la familia recibiera los refugios a la vez. Su hermana menor, Kosaladevi, y su esposo, el rey Bimbisara, ya los habían recibido.

Esa noche, la reina Mallika y la princesa Vajiri le notaron al rey diferente. Parecía inusualmente sereno y contento. Pensaron que era por el encuentro con el Buda. Deseaban interrogarle pero sabían que debían esperar hasta que el rey decidiera

hacerlo.

Capítulo cuarenta y tres

TODAS LAS LÁGRIMAS SON SALADAS



LA visita del rey Pasenadi a Jetavana incrementó el interés de la gente y el prestigio de la Sangha del Buda. Los oficiales del palacio se percataron de que el rey Pasenadi no faltaba a ninguna de las charlas semanales de Dharma y, muchos de ellos, empezaron a acompañarle. Algunos lo hacían por admiración hacia las enseñanzas del Buda, otros por complacer al rey. El

número de intelectuales y jóvenes que visitaba Jetavana incrementaba día a día. Durante los tres meses de retiro, más de trescientos cincuenta jóvenes se ordenaron con Sariputta. Dirigentes religiosos de otras sectas, que durante mucho tiempo habían disfrutado del patrocinio del rey, empezaron a sentirse amenazados y a mirar al monasterio de Jetavana con cierta antipatía. La estación del retiro concluyó con un extenso servicio en el que el rey ofreció nuevos hábitos a los monjes y distribuyó comida y otras necesidades básicas entre las familias humildes. En dicha ceremonia, el rey y su familia tomaron refugio formalmente.

Después del retiro, el Buda y otros

monjes viajaron a las regiones fronterizas para extender el Dharma a más y más gente. Un día, mientras el Buda y los monjes mendigaban en un pueblo cerca del Ganges, el Buda vio a un hombre que acarreaba excrementos. Se llamaba Sunita y era un intocable. Sunita había oído hablar del Buda y de los monjes, pero era la primera vez que los veía. Preocupado por el mal olor de su ropa, sucia de cargar excrementos, se apartó del camino rápidamente y descendió hacia el río. Pero el Buda estaba decidido a compartir el camino con Sunita, así que, cuando se apartó del camino, Él hizo lo mismo. Comprendiendo su intención, Sariputta y Maghiya, los asistentes del Buda en

aquel momento, le siguieron. Las hileras de monjes se detuvieron mientras observaban silenciosamente la escena.

Sunita estaba muerto de miedo. Depositó precipitadamente los cubos de excrementos en el suelo y buscó un sitio donde esconderse. Arriba estaban los monjes de hábitos azafranados; el Buda y algunos monjes venían directos hacia el. No sabiendo qué hacer, Sunita se metió en el agua hasta las rodillas y permaneció de pie, con las palmas de las manos juntas.

Varios curiosos salieron de sus casas y se alinearon en la orilla para ver que pasaba. Sunita se había apartado del camino porque temía contaminar a los monjes. No podía adivinar que el Buda

fuera a seguirle. Sabía que la Sangha albergaba a muchos hombres de castas nobles. Estaba convencido de que contaminar a un monje era un acto imperdonable y confiaba en que el Buda y los monjes le dejaran solo y volvieran al camino. Pero eso no ocurrió, el Buda se acercó hasta la orilla del río y dijo: “Amigo mío, por favor, acércate para que podamos hablar”.



*Sunita replicó: “Señor, no
me atrevo a acercarme.
Soy un intocable”.*

Sunita, con sus palmas todavía juntas, respondió: “Señor, ¡no me atrevo!”.

“¿Por qué no?”, preguntó el Buda.

“Soy un intocable. No quiero contaminarte a ti y a tus monjes”.

El Buda respondió: “En nuestro camino no hacemos diferencias entre castas. Eres un ser humano como todos nosotros. No tenemos miedo de que nos contamines. Sólo la codicia, el odio y la confusión pueden contaminarnos. Una

persona tan agradable como tú no puede traernos más que felicidad. ¿Cómo te llamas?”.

“Señor, mi nombre es Sunita”.

“Sunita, ¿te gustaría ser un monje como nosotros?”.

“No podría”.

“¿Por qué no?”.

“¡Soy un intocable!”.

“Sunita, ya te he explicado que en nuestro camino no hay castas. En el Camino del Despertar, no existen las castas. Es como los ríos Ganges, Yamuna, Aciravati, Sarabhu, Mahi y Rohini. Cuando vacían sus aguas en el mar, dejan de mantener identidades separadas. La persona que abandona su hogar para seguir el camino, deja atrás

su casta, ya sea brahmán, *kshatriya*, *vaishya*, *shudra* o intocable. Sunita, si lo deseas, puedes convertirte en un monje como nosotros”.

Sunita no podía creer lo que estaba oyendo. Juntó sus manos a la altura de su frente y dijo, “nadie me había hablado nunca con tanta dulzura. Este es el día más feliz de mi vida. Si me aceptas como discípulo, me comprometo a entregarme en cuerpo y alma a la práctica de la enseñanza”.

El Buda le pasó el cuenco a Meghiya y tendió la mano a Sunita mientras le decía a Sariputta: “Ayúdame a bañar a Sunita. Vamos a ordenarle monje aquí mismo, a orillas del río”.

El venerable Sariputta sonrió. Dejó

el cuenco en el suelo y se adelantó para asistirle. Sunita se sentía extraño e incómodo mientras el Buda y Sariputta le lavaban, pero no se atrevió a protestar. El Buda le pidió a Meghiya que subiera y le pidiera a Ananda un hábito. Después de ordenar a Sunita, le puso bajo el cuidado de Sariputta. Éste le condujo hasta Jetavana, mientras el Buda y el resto de los monjes continuaban mendigando serenamente.

Las gentes del lugar presenciaron lo ocurrido. La noticia de que el Buda había aceptado a un intocable en su Sangha se extendió rápidamente y causó furor entre las castas superiores de la capital. Nunca en la historia de Kosala había sido aceptado un intocable en una

comunidad espiritual. Muchos condenaron al Buda por violar una tradición sagrada, y otros se atrevieron incluso a sugerir que el Buda estaba intentando derrocar el orden existente y causar daños en el país.

El eco de tales acusaciones llegó al monasterio a través de los discípulos laicos y de los monjes, que lo habían oído en la ciudad. Los discípulos más antiguos, Sariputta. Mahakassapa, Mahamoggallana y Anuruddha, se reunieron con el Buda para hablar de las reacciones de la gente.

El Buda dijo: “La aceptación de los intocables en la Sangha era simplemente una cuestión de tiempo. Nuestro camino es un camino de

igualdad. No reconocemos las castas. Aunque encontremos dificultades por la ordenación de Sunita, habremos abierto una puerta, por primera vez en la historia, que las futuras generaciones agradecerán. Debemos ser valientes”.

Moggallana dijo, “no nos falta valor ni tenacidad, pero ¿cómo ayudaremos a reducir la hostilidad de la opinión pública para que los monjes puedan practicar mejor?”.

Sariputta dijo, “lo importante es confiar en la práctica. Me esforzaré en ayudar a Sunita a progresar en el camino. Su progreso será el argumento más poderoso a nuestro favor. Podríamos también buscar otras maneras de explicar a la gente nuestra fe en la

igualdad. ¿Qué piensas tú, Maestro?”.

El Buda descansó su mano en el hombro de Sariputta. “Has dicho justo lo que estaba pensando”, dijo.

Poco tiempo después, el alboroto causado por la ordenación de Sunita llegó a oídos del rey Pasenadi. Un grupo de dirigentes religiosos solicitaron una audiencia privada con él y le expresaron su grave preocupación por la ordenación en cuestión. Sus convincentes argumentos perturbaron al rey y, aunque era un devoto seguidor del Buda, les prometió que examinaría el asunto. Unos días más tarde, el rey se dirigió a Jetavana.

Bajó de su carruaje y entró solo en las tierras del monasterio, en dirección a

la cabaña del Buda. En el camino se cruzó con varios monjes que estaban bajo la fresca sombra de los árboles y se inclinó ante cada uno de ellos. Como siempre, la conducta serena y compuesta de los monjes fortaleció su fe en el Buda. A medio camino, vio a un monje, sentado en una gran roca bajo un inmenso pino, dando enseñanzas a un pequeño grupo de monjes y discípulos laicos. Era una visión de lo más llamativa. El monje que daba la enseñanza parecía tener apenas cuarenta años y, aun así, su rostro irradiaba paz y sabiduría. Los oyentes estaban absortos en lo que decía. El rey se detuvo a escuchar: las palabras del monje le conmovieron. Pero de pronto recordó el

propósito de la visita y prosiguió su camino, con la esperanza de volver después y seguir escuchando la enseñanza de aquel monje.

El Buda dio la bienvenida al rey fuera de su cabaña y le invitó a sentarse en una silla de bambú. Tras intercambiar los saludos formales, el rey preguntó al Buda por el monje sentado en la roca. El Buda sonrió y respondió: “Es el monje Sunita. En otros tiempos era un intocable que transportaba excrementos. ¿Qué piensas de su enseñanza?”.

El rey se sintió avergonzado. Aquel monje de aspecto tan radiante era Sunita, el porteador de excrementos. Nunca hubiera pensado que fuera posible. Antes de que pudiera responder, el Buda

dijo: “El monje Sunita se ha entregado de todo corazón a la práctica desde el día de su ordenación. Es un hombre de gran sinceridad, inteligencia y determinación. A pesar de haber recibido la ordenación hace apenas tres meses, se ha ganado ya una reputación por su gran virtud y pureza de corazón. ¿Te gustaría conocerle y hacerle una ofrenda a ese monje, que bien lo merece?”.

El rey respondió con franqueza, “nada me complacería más que conocer al monje Sunita y hacerle una ofrenda. Maestro, ¡tu enseñanza es profunda y maravillosa! No he conocido nunca a nadie con una mente y un corazón tan abiertos. No creo que exista una

persona, un animal o una planta que no se beneficie de la presencia de tu comprensión. Debo decirte que he venido hoy aquí con la intención de preguntarte cómo aceptas a un intocable en tu Sangha. Pero he visto, oído y comprendido por qué. Ya no deseo hacer la pregunta. En su lugar, permíteme que me postre ante ti”.

El rey se levantó con la intención de postrarse, pero el Buda se levantó también y, tomando al rey de la mano, le pidió que se sentara de nuevo. Cuando ambos se hubieron sentado, el Buda miró al rey y dijo: “Majestad, en el camino de la liberación no hay castas. Ante los ojos de una persona iluminada, todas las personas son iguales. La

sangre de todas las personas es roja. Las lágrimas de todas las personas son saladas. Todos somos seres humanos. Tenemos que encontrar la manera de que todo el mundo realice plenamente su dignidad y potencial. Por esa razón he recibido a Sunita en la Sangha de los monjes”.

El rey juntó las palmas de las manos. “Ahora lo comprendo. Sé que el camino que has elegido está lleno de obstáculos y dificultades, pero también sé que posees la fortaleza y el coraje necesarios para superarlos. Por mi parte, haré lo que esté en mi mano para apoyar la verdadera enseñanza”.

El rey se despidió del Buda y regresó de inmediato con la esperanza

de poder seguir escuchando la enseñanza del monje Sunita, pero él y su audiencia habían desaparecido. El rey vio sólo a unos pocos monjes caminando despacio y atentamente camino abajo.

Capítulo cuarenta y cuatro

LOS ELEMENTOS VOLVERÁN A REUNIRSE



UN día, Meghiya comentó al Buda que Nanda no se sentía feliz siendo monje y que le había confiado lo mucho que echaba de menos a su prometida en Kapilavatthu diciendo, “recuerdo el día que llevé el cuenco del Buda de vuelta al parque Nigrodha. Cuando me alejaba, Janapada Kalyani me miró a los ojos y dijo, ‘no tardes en volver. Te estaré esperando’. Puedo recordar con toda

claridad el brillo de su pelo negro cayéndole sobre los esbeltos hombros. Su imagen surge a menudo cuando me siento a meditar. Cada vez que pienso en ella, me invade una inmensa añoranza. No soy feliz siendo monje”.

Al día siguiente por la tarde, el Buda invitó a Nanda a dar un paseo. Salieron de Jetavana y se encaminaron hacia una pequeña aldea, cerca del lago, y se sentaron en una roca desde donde podían contemplar las cristalinas aguas. Una familia de patos se deslizaba plácidamente, y los pájaros trinaban en las densas ramas de los árboles.

El Buda dijo: “Algunos hermanos me han dicho que no eres feliz viviendo como monje. ¿Es cierto?”.

Nanda permaneció en silencio. Después de un momento, el Buda le preguntó: “¿Estás dispuesto a regresar a Kapilavatthu y prepararte para suceder al trono?”.

Nanda respondió inmediatamente, “no, no. Ya le he dicho a todo el mundo que no me gusta la política. Sé que no tengo capacidad para gobernar un país. No tengo intención de convertirme en el próximo rey”.

“Entonces, ¿por qué no estás contento siendo monje?”.

Nanda se quedó callado de nuevo.

“¿Echas de menos a Kalyani?”.

Nanda se sonrojó, pero no habló.

El Buda dijo: “Nanda, hay muchas jóvenes aquí, en Kosala, tan bellas como

Kalyani. ¿Recuerdas la recepción a la que asistimos en el palacio del rey Pasenadi? ¿Viste alguna mujer tan hermosa como Kalyani?”.

Nanda admitió, “quizá haya aquí mujeres tan bellas como Kalyani, pero a mí sólo me interesa ella. En esta vida sólo hay una Kalyani”.

“Nanda, el apego puede ser una gran barrera para la práctica espiritual. La belleza física de una mujer se marchita igual que una rosa. Sabes que todas las cosas son transitorias. Tienes que aprender a penetrar en la naturaleza transitoria de todo cuanto existe. Mira”. El Buda le mostró a una anciana que cruzaba el puente cojeando, apoyada sobre un bastón. Su rostro estaba

cubierto de arrugas.

“Esa anciana era sin duda una belleza en otros tiempos. La belleza de Kalyani también se marchitará con los años. Pero, en ese mismo plazo de tiempo, la búsqueda de la Iluminación podría traerte paz y alegría para esta vida y las venideras. Nanda, mira esos dos monos jugando sobre la rama. Quizá la mona, con su alargado hocico y sus rojas posaderas, no te resulte atractiva pero, para el macho, es la mona más bella que existe sobre la faz de la tierra, la única, y sería capaz de sacrificar su vida para protegerla. ¿Comprendes que...?”.

Nanda interrumpió al Buda. “Por favor no sigas. Comprendo lo que

intentas decir. Me entregaré plenamente a la práctica espiritual”.

El Buda sonrió a su hermano menor. “Presta especial atención a la práctica de observar la respiración. Medita en el cuerpo, las sensaciones, las formaciones mentales, la conciencia y los objetos de la conciencia. Observa profundamente el proceso de nacimiento, desarrollo y disolución de cada fenómeno en tu cuerpo, en las emociones, en la mente y en los objetos de la mente. Si no comprendes algo, pregúntamelo a mí o a Sariputta. Nanda, recuerda que la felicidad que aporta la liberación es una felicidad verdadera e incondicional. Jamás se destruye. Aspira a esa felicidad”.

El cielo se oscurecía. El Buda y Nanda se pusieron de pie y caminaron de vuelta al monasterio.

Jetavana albergaba ahora una vida monástica fuerte y estable. El número de monjes residentes había ascendido a quinientos. Al año siguiente, el Buda regresó a Vesali para la estación del retiro. Los príncipes Licchavi habían transformado el Gran Bosque en un monasterio. Habían construido un edificio de dos plantas para las enseñanzas del Dharma que ellos llamaban Kutagara. Varios edificios pequeños se extendían por el bosque de árboles *sal*. Los príncipes eran los benefactores de la estación del retiro con las generosas contribuciones de

Ambapali.

Monjes de todo Magadha y de remotos lugares como Sakya, se reunieron allí para pasar la estación del retiro con el Buda. Eran un total de seiscientos. También viajaron hasta el lugar muchos discípulos laicos que querían recibir la enseñanza del Buda durante la estación del retiro. Se encargaban de traer a diario los ofrecimientos de comida.

Una mañana de principios de otoño, justo cuando acababa de finalizar el retiro, el Buda recibió noticias de que el rey Suddhodana se hallaba postrado en su lecho de muerte en Kapilavatthu. El rey había enviado al príncipe Mahanama, su sobrino, para que

informara al Buda con la esperanza de verle una última vez. A instancias de Mahanama, el Buda aceptó viajar en el carruaje para, así, ahorrar tiempo. Anuruddha, Nanda, Ananda y Rahula le acompañaron. Se fueron tan a prisa que ni siquiera los príncipes Licchavi, ni Ambapali tuvieron tiempo de despedirse de ellos. Tras la partida del carruaje, doscientos monjes, incluidos los antiguos príncipes del clan Sakya, emprendieron el camino hacia Kapilavatthu. Querían estar con el Buda durante el funeral de su padre.

La familia real recibió al Buda a las puertas del palacio. Mahapajapati le condujo directamente a las habitaciones de su padre. El rostro del rey, pálido y

demacrado resplandeció al ver al Buda. Se sentó a su lado, junto a la cama, y cogió la mano del rey entre las suyas. El rey, que tenía ahora ochenta y dos años, estaba delgado y muy debilitado.

El Buda dijo: “Padre, por favor, respira suave y lentamente. Sonríe. En este momento, lo más importante es tu respiración. Nanda, Ananda, Rahula, Anuruddha y yo respiraremos contigo”.

El rey miró a cada uno de los presentes. Sonrió y empezó a seguir la respiración. Nadie se atrevía a llorar. Tras unos minutos, el rey miró al Buda y dijo, “he visto claramente la transitoriedad de la vida y sé que si alguien desea la felicidad, no debe perderse en una vida de deseos. La

felicidad se obtiene viviendo una vida de simplicidad y libertad”.

La reina Gotami le dijo al Buda, “estos últimos meses el rey ha vivido con gran simplicidad y ha seguido realmente tu enseñanza. Tu enseñanza ha transformado las vidas de todos nosotros”.

Sosteniendo todavía la mano del rey, el Buda dijo: “Padre, mírame, mira a Nanda y a Rahula. Mira afuera las verdes hojas de las ramas. La vida continúa y, así como la vida continúa, tú también. Seguirás viviendo en mí, y en Nanda y Rahula, y en todos los seres. El cuerpo temporal surge de los cuatro elementos, que se disuelven para volver a reunirse una y otra vez. Padre, no

creas que la vida y la muerte nos atan porque el cuerpo desaparezca. El cuerpo de Rahula es también tu cuerpo”.

El Buda indicó a Rahula que se acercara y cogiera la mano del rey. Una tierna sonrisa asomó en la cara del moribundo. Había comprendido las palabras del Buda y ya no temía a la muerte.

Todos los consejeros y ministros del rey estaban presentes. El rey les indicó que se acercaran y, con una voz muy débil, dijo, “durante mi reinado, sin duda os he disgustado y ofendido. Antes de morir, os pido perdón”.

Los consejeros y ministros no pudieron contener las lágrimas. El príncipe Mahanama se arrodilló junto al

lecho y dijo: “Majestad, has sido el más virtuoso y justo de los reyes. No hay nada que criticarte”.

Mahanama continuó, “quiero sugerir humildemente que el príncipe Nanda abandone ahora su vida monástica y regrese a Kapilavatthu para subir al trono. El pueblo se sentirá feliz de ver a tu hijo coronado rey. Yo me comprometo a ayudarlo y a apoyarlo con todo mi ser”.

Nanda miró al Buda pidiendo ayuda. La reina Gotami también miró al Buda para ver qué hacía. Dulcemente, el Buda habló: “Padre, ministros, por favor, permitid que comparta con vosotros mi punto de vista sobre dicha cuestión. Nanda carece aún de la

vocación y la capacidad para servir como dirigente político. Necesita más años de práctica espiritual para asumir dicha tarea. Rahula sólo tiene quince años y es demasiado joven para ser rey. A mi parecer, el príncipe Mahanama es el más cualificado para ello. Es un hombre que posee gran inteligencia y talento, así como gran compasión y comprensión. Además, ha sido el consejero principal del rey durante estos últimos seis años. En nombre de la familia real, en nombre del pueblo, le ruego al príncipe Mahanama que acepte esta difícil responsabilidad”.

Mahanama juntó las palmas de las manos e insistió, “temo que mi talento esté lejos del que se requiere de un rey.

Por favor, majestad, Buda y ministros, elegid a alguien más válido que yo”.

Los demás ministros aprobaron la sugerencia del Buda. El rey aceptó también, asintiendo con la cabeza, e hizo señas a Mahanama para que acudiera a su lado. Tomando la mano de Mahanama entre las suyas dijo, “todo el mundo deposita en ti su confianza. El mismo Buda tiene fe en ti. Eres mi sobrino y será un honor para mí cederte el trono. Continuarás nuestro linaje durante cien generaciones”.

Mahanama se inclinó, sometiéndose a los deseos del rey.

El rey no cabía en sí de júbilo. “Ahora puedo cerrar los ojos en paz. Estoy muy contento de haber visto al

Buda antes de abandonar este mundo. Mi corazón está ahora libre de toda preocupación. No tengo remordimientos ni rencor. Confío en que el Buda permanezca en Kapilavatthu durante algún tiempo y ayude a Mahanama en los primeros días de su reinado. Tu virtud, Buda, proporcionará a nuestro país cien generaciones de paz”. La voz del rey se debilitó hasta convertirse en un mero susurro.

El Buda dijo: “Me quedaré aquí el tiempo que sea necesario para ayudar a Mahanama”.

El rey sonrió débilmente, pero su mirada irradiaba paz. Cerró los ojos y abandonó esta vida. La reina Gotami y Yasodhara empezaron a llorar. Los

ministros sollozaron de pena. El Buda cruzó las manos del rey sobre su pecho y dijo a los presentes que dejaran de llorar y que siguieran la respiración. Transcurridos unos minutos, sugirió que se reunieran en la habitación contigua para discutir los preparativos del funeral.

El funeral tuvo lugar siete días después. Más de un millar de brahmanes asistieron a la ceremonia. Pero el funeral del rey Sudoddhana fue especial debido a la presencia de quinientos monjes de hábitos color azafrán que representaban el camino del Buda. Además de las oraciones y recitaciones brahmánicas tradicionales, se cantaron diversos sutras del camino. Los monjes

recitaron las Cuatro Nobles Verdades, *El Sutra de la Transitoriedad*, *El Sutra del Fuego*, *El Sutra de la Coproducción Dependiente* y los Tres Refugios. Cantaron en la lengua de Magadhi, que era la que hablaban todas las gentes al este del Ganges.

El Buda giró lentamente tres veces alrededor de la pira funeraria y, antes de prenderle fuego, dijo: “El nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte ocurren en la vida de todas las personas. Tenemos que reflexionar sobre el nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte a diario para no perdernos en los deseos y ser capaces de crear una vida de paz, alegría y satisfacción. La persona que ha alcanzado el logro del

Camino mira al nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte con ecuanimidad. La verdadera naturaleza de los dharmas es que no hay nacimiento ni muerte, ni producción ni destrucción, ni incremento ni decremento”.

Una vez encendido el fuego, las llamas consumieron la pira. El sonido de los gongs y de los tambores se mezclaba con los cantos. La gente de Kapilavatthu asistió en gran número para ver al Buda encender la pira funeraria del rey.

Después de la coronación de Mahanama, el Buda permaneció tres meses en Kapilavatthu. Un día, Mahapajapati Gotami le visitó en el parque Nigrodha y, tras ofrecer unos

hábitos, le pidió que la ordenara como monja. Dijo, “si permites que las mujeres se ordenen, muchas se beneficiarían. Muchos príncipes de nuestro clan han abandonado sus hogares para convertirse en tus discípulos, y un buen número de ellos tenían esposas. Ahora sus esposas desean estudiar el Dharma como monjas. Yo misma deseo recibir la ordenación. Me complacería inmensamente. Éste ha sido mi único anhelo desde que el rey falleció”.

El Buda permaneció en silencio un largo rato antes de decir: “No es posible”. Pajapati suplicó, “sé que es un asunto difícil. Si aceptas mujeres en la Sangha surgirán protestas y resistencias por parte de la sociedad. Pero estoy

convencida de que no temes tales reacciones”.

El Buda permaneció en silencio de nuevo. Después dijo: “En Rajagaha hay también un grupo de mujeres que desea recibir la ordenación, pero no creo que sea el momento adecuado. Las condiciones para aceptar a las mujeres en la Sangha no han madurado todavía”.

Gotami se lo pidió tres veces, pero la respuesta del Buda fue siempre la misma. Profundamente defraudada, regresó al palacio y le comunicó a Yasodhara lo que el Buda había dicho.

Pocos días después, el Buda regresó a Vesali. Tras su partida, Gotami reunió a todas las mujeres que deseaban hacerse monjas, entre las que se

encontraban unas cuantas solteras. Todas las mujeres pertenecían al clan Sakya. Gotami les habló así, “no tengo la menor duda de que en el Camino del Despertar todos los seres son iguales. Todos tienen la capacidad de alcanzar la Iluminación y de liberarse. El mismo Buda lo ha dicho. Él ha aceptado a intocables en la Sangha; no veo por qué no puede aceptar mujeres, que somos también personas completas. Podemos obtener la Liberación y la Iluminación. No hay razón para considerarnos como a seres inferiores”.

“Sugiero que nos afeitemos la cabeza, nos desprendamos de nuestros elegantes vestidos y joyas, nos vistamos los hábitos amarillos de un monje, y

caminemos descalzas hasta Vesali, donde pediremos al Buda que nos conceda la ordenación. De esta manera, demostraremos al Buda y a todos los demás que somos capaces de vivir de manera sencilla y de practicar el camino. Andaremos cientos de millas y mendigaremos nuestra comida. Ésa es la única esperanza que tenemos de ser aceptadas en la Sangha”.

Las mujeres estuvieron de acuerdo con Gotami. Vieron en ella a una auténtica líder. Yasodhara sonrió. Siempre había apreciado la fuerte determinación de Gotami. No era de la clase de personas que se detiene ante ningún obstáculo, como ya demostró trabajando con los pobres junto a

Yasodhara. Decidieron qué día pondrían su plan en acción.

Gotami le dijo a Yasodhara, “Gopa, sería mejor que no vinieras en esta ocasión. Así, las cosas serán más fáciles. Cuando hayamos logrado nuestro propósito, habrá tiempo suficiente para que te unas a nosotras”.

Yasodhara, mostró su conformidad con una sonrisa.

Capítulo cuarenta y cinco

ABRIR LA PUERTA



UN día, por la mañana temprano, de camino al lago a por agua, Ananda se encontró con Gotami y otras cincuenta mujeres, de pie, no lejos de la cabaña del Buda. Se habían afeitado la cabeza y vestían hábitos amarillos. Sus pies estaban hinchados y ensangrentados. A primera vista, Ananda pensó que se trataba de una delegación de monjes pero, de repente, reconoció a Gotami. No dando crédito a lo que veían sus

ojos, dijo bruscamente, “¡cielos, doña Gotami! ¿De dónde venís? ¿Por qué tenéis los pies tan ensangrentados? ¿Por qué habéis venido de esta guisa hasta aquí?”.

Gotami respondió, “venerable Ananda, nos hemos afeitado la cabeza y renunciado a nuestras ropas elegantes y joyas. Ya no nos queda ninguna posesión en este mundo. Venimos desde Kapilavatthu y hemos caminado durante quince días, durmiendo junto al camino y mendigando la comida en los pequeños pueblos que encontrábamos a nuestro paso. Deseamos demostrar que somos capaces de vivir como los monjes. Te suplico, Ananda, habla por favor al Buda en nuestro nombre.

Queremos ser ordenadas como monjas”.

“Esperad aquí —dijo Ananda—. Hablaré con el Buda inmediatamente. Haré todo lo que pueda”. Ananda entró en la cabaña del Buda justo cuando se estaba poniendo el hábito. Nagita, el asistente del Buda por aquel entonces, estaba también presente. Ananda le explicó al Buda lo que había visto y oído, pero el Buda no dijo nada.

Ananda, preguntó: “Señor, ¿puede una mujer alcanzar los frutos del que entra en la corriente, del que regresa una vez, del que no regresa más y del estado de *arhat*? ”.

El Buda respondió, “Sin duda alguna”.

“Entonces, ¿por qué no aceptas

mujeres en la Sangha? Doña Gotami te crió y te cuidó casi desde que naciste y te ha amado como a un hijo. Se ha afeitado la cabeza, ha renunciado a todas sus posesiones y ha caminado desde Kapilavatthu para demostrar que las mujeres pueden soportar tanto como los hombres. Por favor, ten compasión y permite que reciban la ordenación”.

El Buda permaneció en silencio largo rato. Después, le pidió a Nagita que los venerables Sariputta, Moggallana, Anuruddha, Bhaddiya, Kimbila y Mahakassapa se acercaran para discutir con ellos la situación. Una vez reunidos, el Buda les dijo que la duda sobre darles la ordenación no era un acto de discriminación hacia las

mujeres. No estaba seguro de cómo abrir la Sangha a las mujeres sin crear un conflicto perjudicial dentro y fuera de ella.

Tras un largo intercambio de ideas, Sariputta dijo, “lo bueno sería crear estatutos que definieran los roles de las mujeres en la Sangha. Tales estatutos disminuirían la oposición pública, que sin duda estallará, ya que la discriminación contra las mujeres existe desde hace miles de años. Por favor, considerad estas ocho reglas:

“Primera, una monja, debe someterse siempre a un monje, incluso cuando ésta sea mayor o haya practicado más tiempo que él”.

“Segunda, todas las monjas deben

pasar la estación del retiro en un centro próximo a uno de monjes, con el fin de recibir de ellos asistencia espiritual y dirección en los estudios”.

“Tercera, dos veces al mes, las monjas deben encomendar a alguien para que invite a los monjes a decidir una fecha para el *uposatha*, el día especial de preceptos. Un monje debe visitar a las monjas, enseñarles y animarles en la práctica”.

“Cuarta, después del retiro de la estación de las lluvias, las monjas deben asistir a la ceremonia del *Pavarana* y presentar un informe de la práctica, ante las otras monjas y también ante los monjes”.

“Quinta, siempre que una monja

rompa un precepto, debe confesarlo ante las monjas y ante los monjes”.

“Sexta, después de un periodo de práctica como novicia, una monja tomará los votos completos ante ambas comunidades de monjes y monjas”.

“Séptima, una monja no debe criticar ni censurar a un monje”.

“Octava, una monja no impartirá instrucciones de Dharma a una comunidad de monjes”.

Moggallana se rió. “Estas ocho reglas son claramente discriminatorias. ¿Cómo negarlo?”.

Sariputta respondió, “el fin de tales reglas es abrir la puerta a las mujeres para que se unan a la Sangha. Su propósito no es la discriminación, sino

acabar con ella. ¿Lo entiendes?”.

Moggallana asintió, reconociendo el mérito de la declaración de Sariputta. Bhaddiya dijo, “las ocho reglas son necesarias. Doña Gotami goza de gran autoridad. Es la madre del Buda. Sin tales reglas, sería difícil para cualquiera de nosotros, a excepción del Buda, guiarla en la práctica”.

El Buda se dirigió a Ananda: “Ananda, por favor, ve y dile a Doña Mahapajapati que, si está dispuesta a aceptar estas ocho reglas especiales, ella y las demás mujeres pueden recibir la ordenación”.

El sol estaba muy alto en el cielo, pero Ananda encontró a Doña Gotami y a las otras mujeres esperando

pacientemente. Tras oír las ocho reglas, Gotami, llena de júbilo, respondió, “venerable Ananda, por favor, dile al Buda que, al igual que una joven acepta complacida una guirnalda de flores de loto o de rosas para adornar su cabello después de lavarlo en agua perfumada, acepto gustosa las ocho reglas. Las seguiré durante toda mi vida si logro la ordenación”.

Ananda regresó a la cabaña del Buda y le informó de la respuesta de Doña Gotami.

Las mujeres miraron a Gotami con preocupación en sus ojos, pero ella, sonriendo les infundió confianza diciendo, “no os preocupéis, hermanas. Lo importante es que hemos ganado el

derecho de recibir la ordenación. Las ocho reglas no son barreras para la práctica. Son la puerta de entrada a la Sangha”.

Las cincuenta y una mujeres recibieron la ordenación el mismo día. El venerable Sariputta lo preparó todo para que se alojaran temporalmente en la arboleda de mangos de Ambapali. El Buda pidió también a Sariputta que enseñara a las monjas la práctica básica.

Ocho días después, la monja Mahapajapati fue a visitar al Buda y le dijo: “Maestro, por favor, muestra tu compasión y explícame cómo progresar rápidamente en el camino de la liberación”.

El Buda respondió: “Monja

Mahapajapati, lo más importante es controlar la mente. Observa la respiración y medita en el cuerpo, las sensaciones, la mente y los objetos de la mente. Si practicas de ese modo, fortalecerás la humildad, el bienestar, el desapego, la paz y la alegría. Cuando estas cualidades surjan en ti, podrás estar segura de que te hallas en el camino correcto, el camino del despertar y de la Iluminación”.

La monja Mahapajapati deseaba construir un convento en Vesali para que las monjas pudieran vivir cerca del Buda y de sus discípulos principales. Después regresaría a Kapilavatthu para abrir un convento en su tierra natal. Envío un mensaje a Yasodhara para

comunicarle la noticia de la ordenación de las mujeres. La monja Gotami sabía que la aceptación de las mujeres en la Sangha sería fuente de escándalo y oposición. Muchos condenarían al Buda y a su Sangha. Estaba agradecida pues el Buda tendría que hacer frente a muchas dificultades, y comprendía que las ocho reglas eran temporalmente necesarias para proteger a la Sangha de conflictos perjudiciales. Estaba segura de que, más adelante cuando la ordenación de las mujeres fuera un hecho establecido, se podría prescindir de las ocho reglas.

La comunidad del Buda tenía ahora cuatro corrientes —los monjes, las monjas, los *upasakas* (discípulos laicos) y las *upasikas* (discípulas

laicas)—.

La monja Mahapajapati diseñó el hábito de las monjas. Sus sugerencias fueron aceptadas por el Buda. Los monjes usaban cuatro piezas —el *antaravasaka* o pantalones, el *uttarasanga* o hábito interior y el *sanghati* o hábito exterior—. Al hábito de las monjas se añadía una tela alrededor del pecho, llamada *samkakshika*, y una falda o *kusulaka*. Además de los hábitos y el cuenco de mendicante, los monjes y monjas tenían también derecho a un abanico, un filtro de agua, aguja e hilo, un palillo para limpiarse los dientes y una cuchilla para afeitarse la cabeza dos veces al mes.

Capítulo cuarenta y seis

UN RAMO DE HOJAS DE *SIMSAPA*



LOS monasterios de Venuvana en Rajagaha, Kutagarasala en Vesali y el de Jetavana en Savatthi se convirtieron en prósperos centros de práctica y enseñanza del camino. Se fundaron muchos otros en Magadha, Kosala y reinos vecinos. La imagen de los hábitos de color azafrán de los monjes se había hecho familiar. El Camino del Despertar se había extendido por doquier en los

seis primeros años después de la Iluminación del Buda.

El Buda pasó su sexta estación de retiro en la montaña Mankula, la séptima en la montaña Samkassa, río Ganges arriba, la octava en Sumsumaragira (Bhagga), y la novena, cerca de Kosambi. Kosambi era una gran ciudad del reino de Vamsa, situada junto al río Jamuna. Se había construido un importante monasterio en un bosque llamado Ghosita, nombre del discípulo que lo donó. Los discípulos más antiguos, como Mahakassapa, Mahamoggallana, Sariputta y Mahakaccana, no estuvieron en Ghosita con el Buda durante la novena estación del retiro, pero Ananda sí. Rahula se

quedó con Sariputta.

Ghosita estaba lleno de árboles de *simsapa*, a cuya sombra meditaba el Buda las tardes calurosas. Un día, después de meditar, regresó a la comunidad con un ramo de hojas de dichos árboles. Levantó la mano en la que lo sostenía y preguntó: “Monjes, ¿qué es mayor, el número de hojas en mi mano o el número de hojas en el bosque?”.

Los monjes respondieron, “el número de hojas en el bosque”.

El Buda dijo entonces: “Del mismo modo, lo que veo es mucho más que lo que enseño. ¿Por qué? Porque enseño sólo lo realmente necesario y útil para realizar el camino”.

Y lo dijo porque, en Ghosita, había muchos monjes con tendencia a perderse en especulaciones filosóficas. El Buda había aconsejado al monje Malunkyaputta que no se enredara en cuestiones esotéricas que no eran esenciales para la práctica pues tenía el hábito de hacerle preguntas tales como si el universo era finito o infinito, temporal o eterno. El Buda se negaba a responderlas. Un día, Malunkyaputta sintió que no podía soportar su callada por respuesta y decidió preguntarle una última vez. Si seguía negándose a responderle, pediría ser dispensado de sus votos de monje.

Se encontró con el Buda y le dijo: “Maestro, si respondes a mis preguntas,

te seguiré pero, si las eludes, abandonaré la Sangha. Dime, si lo sabes, si el universo es finito o infinito. Si no conoces la respuesta, simplemente dilo”.

El Buda miro a Malunkyaputta y dijo: “Cuando pediste la ordenación, ¿acaso te prometí responder a tales cuestiones? ¿Acaso dije, Malunkyaputta, hazte monje y resolveré tus problemas metafísicos’?”.

“No, Señor, no lo hiciste”.

“Entonces, ¿por qué insistes ahora en que lo haga? Malunkyaputta, eres como alguien que tiene clavada una flecha envenenada en su cuerpo. Su familia llama al médico para que se la extraiga. Le dan un antídoto, pero no

acepta que el doctor haga nada hasta que le respondan a ciertas preguntas. Quiere saber quién le ha disparado la flecha, de qué casta es, su profesión y la razón del disparo. Quiere saber también qué tipo de arco ha empleado y cómo ha adquirido los ingredientes para preparar el veneno. Malunkyaputta, ese hombre morirá antes de obtener respuesta a sus preguntas. Lo mismo ocurre con el Camino. Enseño sólo las cosas necesarias para realizarlo. Las que no lo son o son inútiles, no las enseño”.

“Malunkyaputta, sea o no sea el universo finito o infinito, temporal o eterno, hay una verdad que debes aceptar y es la presencia del sufrimiento. El sufrimiento tiene causas

que pueden vislumbrarse para poder eliminarlas. Las enseñanzas te ayudarán a desarrollar el desapego, la ecuanimidad, la paz y la liberación. Me niego a hablar de lo que no sirva para realizar el Camino”.

Avergonzado, Malunkyaputta pidió perdón al Buda por hacer una petición tan ridícula. El Buda animó a todos los monjes a que se centraran en la práctica y evitaran toda especulación filosófica y el debate inútil.

Ghosita, el discípulo laico que había donado el bosque, corrió también con los gastos de la construcción de otros dos monasterios, Kukkuta y Pavarikambavana. En la región se construyó un cuarto monasterio, llamado

Badarika.

En Ghosita, como en los demás monasterios, se asignó a ciertos monjes la tarea de memorizar las enseñanzas del Buda. Se les llamaba maestros de los sutras, puesto que las palabras del Buda se denominan sutras. Uno era *El Sutra del Giro de la Rueda del Dharma*, el discurso impartido a los cinco primeros discípulos del Buda en el Parque del Ciervo. Algunos sutras, como *El Sutra sobre la Naturaleza del No-yo*, *El Sutra de la Coproducción Dependiente* y *El Sutra del Noble Camino Óctuple*, eran memorizados y recitados dos veces al mes por toda la comunidad.

Además de los maestros de los sutras, habían maestros de preceptos,

expertos en los diferentes preceptos para novicios y monjes completos. Rahula y los novicios menores de veinte años seguían lo que se conocía como los preceptos *samanera*.

Ese año, en Ghosita, hubo un conflicto entre un maestro de sutras y uno de preceptos. La disputa derivaba de un pequeño suceso, pero terminó creando una aguda división en la Sangha. Un maestro de sutras olvidó vaciar su palangana después de utilizarla. Un maestro de preceptos le acusó de violar un precepto menor. El maestro de los sutras era una persona orgullosa y sostuvo que, como el olvido no era intencionado, no se le podía culpar. Los estudiantes tomaron partido

por sus respectivos maestros y la disputa se intensificó. Una parte acusaba a la otra de difamación, mientras que la otra acusaba a sus oponentes de actuar equivocadamente. Finalmente, el maestro de preceptos anunció públicamente la trasgresión del maestro de los sutras, y le prohibió asistir a la ceremonia de recitación de los preceptos, que tenía lugar dos veces a la semana, hasta que confesara formalmente su falta ante la Sangha.

La situación se hacía cada vez más insostenible. Ambas partes hablaban mal de sus adversarios, y las palabras volaban como flechas envenenadas. Casi todos los monjes tomaron partido, aunque naturalmente hubo algunos que se

negaron a hacerlo. Decían, “¡es terrible! Esto creará una dolorosa división en la Sangha”.

Aunque el Buda residía cerca del monasterio, no tuvo noticias del conflicto hasta que una delegación de monjes, preocupados por el asunto, le visitó. Le informaron de todo y le pidieron que interviniera. El Buda fue directamente a ver al maestro de preceptos y le dijo: “No debemos apegarnos demasiado a nuestro punto de vista. Tenemos que escuchar atentamente para comprender el punto de vista del otro. Hemos de buscar los medios para evitar que la comunidad se divida”. Después, fue a ver al maestro de los sutras y le habló del mismo modo.

Seguidamente, regresó a su cabaña con la esperanza de que los dos maestros se reconciliaran.

Pero la intervención del Buda no tuvo el efecto deseado. Se habían pronunciado demasiadas palabras dañinas y se habían infligido muchas heridas. Los que sé mantenían imparciales no tenían suficiente influencia para reconciliar a las partes. El conflicto llegó a oídos de los discípulos laicos y, poco después, otras sectas religiosas se enteraron del problema en la Sangha del Buda. Era un serio golpe a la integridad de la Sangha. Nagita, el asistente del Buda, no soportaba la situación y de nuevo habló del tema al Buda rogándole que

interviniera una vez más.

El Buda se puso el hábito exterior y se dirigió directamente a la sala de reunión del monasterio. Nagita tocó la campana para convocar a la comunidad. Cuando estuvieron todos presentes, el Buda dijo: “Por favor, dejad de discutir. No está creando más que desunión en la comunidad. Por favor, volved a la práctica. Haciéndola, no somos víctimas del orgullo y el enfado”.

En ese momento, un monje se levantó y dijo: “Maestro, por favor, no te impliques en este asunto. Ve y permanece apaciblemente en tu meditación. Somos adultos, capaces de resolver el problema nosotros mismos”.

Se hizo un silencio sepulcral. El

Buda se levantó y salió de la sala de reunión. Regresó a su cabaña, cogió el cuenco y bajó a Kosambi a mendigar. Cuando acabó, se adentró en el bosque para comer en soledad. Después, se levantó y salió de Kosambi en dirección al río. No informó a nadie de su partida, ni siquiera a su asistente Nagita o al venerable Ananda.

El Buda anduvo hasta que llegó a la ciudad de Balaka-lonakaragama. Se encontró con un discípulo, Bhagu, que le invitó a adentrarse en el bosque donde vivía solo. Bhagu le ofreció una toalla y una palangana con agua para que se lavara la cara y las manos. El Buda le preguntó por su práctica. Bhagu respondió que le daba gran tranquilidad

y alegría, a pesar de vivir en la actualidad solo. El Buda señaló: “A veces, es más agradable vivir solo que con mucha gente”.

Tras despedirse de Bhagu, el Buda se dirigió hacia el bosque levantino de Bambú, que se hallaba cerca de allí. No obstante, cuando iba a entrar, el guarda del lugar le detuvo y le dijo: “Monje, no entres en el bosque porque podrías perturbar a los monjes que están practicando.

Antes de que el Buda pudiera responder, apareció el venerable Anuruddha. Lleno de júbilo, saludó al Buda, y dijo al guarda, “es mi Maestro. Por favor, permítele entrar”.

Anuruddha le condujo al interior

del bosque, donde vivía con otros dos monjes, Nandiya y Kimbila. Se alegraron mucho cuando vieron al Buda. Nandiya tomó el cuenco del Buda y Kimbila su hábito exterior. Despejaron un lugar para que se sentara, cerca de un bosquecillo de bambú dorado, y trajeron una toalla y una palangana con agua. Los tres juntaron las palmas de las manos y se inclinaron ante el Buda. Él, a su vez, les pidió que se sentaran y les preguntó: “¿Estáis satisfechos aquí? ¿Cómo va vuestra práctica? ¿Os encontráis con alguna dificultad cuando mendigáis o compartís la enseñanza en esta región?”.

Anuruddha respondió: “Señor, estamos muy satisfechos. Es un lugar tranquilo y apacible. Recibimos

numerosos ofrecimientos de comida, compartimos el Dharma y los tres estamos haciendo progresos en la práctica”.

El Buda preguntó: “¿Sois capaces de vivir en armonía?”.

Anuruddha dijo: “Señor, cuidamos unos de otros. Vivimos en armonía como la leche que se mezcla con el agua. Vivir con Nandiya y Kimbila es una gran bendición. Valoro inmensamente su amistad. Antes de decir o hacer algo, tanto si están presentes como si no, me detengo y me pregunto a mí mismo cuál será su reacción. ¿Podrían mis palabras o acciones defraudar de alguna manera a mis hermanos? Si tengo dudas, me abstengo de decir o hacer lo que

pretendía. Señor, aunque somos tres personas, somos también una”.

El Buda mostró su aprobación asintiendo con la cabeza, y miró a los otros dos monjes. Kimbila dijo, “lo que dice Anuruddha es cierto, vivimos en armonía y nos cuidamos mutuamente”.

Nandiya añadió, “compartimos todo, desde nuestra comida, hasta nuestras ideas y experiencias”.

El Buda les ensalzó diciendo: “¡Excelente! Estoy muy complacido de ver que vivís en armonía. Una Sangha es sólo una verdadera Sangha cuando existe tal armonía. Habéis experimentado el verdadero despertar y por ello habéis alcanzado tal armonía”.

El Buda permaneció un mes con los

tres monjes y, durante ese tiempo, observó cómo iban a mendigar todas las mañanas después de la meditación. El que regresaba primero, preparaba un lugar para que se sentaran los otros dos, y traía agua para lavarse y un cuenco vacío. Después, antes de empezar a comer, ponía una parte de su comida en el cuenco vacío por si alguno de sus hermanos no había recibido comida. Cuando los tres terminaban de comer, dejaban los restos de comida en el suelo o en el riachuelo, cuidando no dañar a ninguna criatura y, seguidamente, lavaban juntos los cuencos.

Si alguno de ellos veía que el retrete necesitaba limpieza, lo hacía al momento. Se reunían para hacer

cualquier tarea que requiriera más de una persona, y se sentaban juntos con regularidad para compartir sus ideas y experiencias.

Antes de partir, el Buda les habló así: “Monjes, la verdadera naturaleza de la Sangha es la armonía, y estoy seguro de que se puede conseguir siguiendo estos principios:

1. Compartir un espacio común, como un bosque o una casa”.

2. Compartir juntos lo esencial de la vida diaria”.

3. Observar los preceptos juntos”.

4. Emplear sólo palabras que contribuyan a la armonía, evitando todas las que puedan causar división en la comunidad”.

5. Compartir ideas y experiencias”.

6. Respetar los puntos de vista de los demás y no forzar a otros a seguir los puntos de vista propios”.

“La Sangha que siga estos principios gozará de felicidad y armonía. Monjes, observemos pues estos seis principios”.

Los monjes se sentían felices de haber recibido esta enseñanza. El Buda se despidió de ellos y caminó hasta llegar al bosque de Rakkhita, cerca de Parileyyaka. Tras sentarse en meditación bajo un exuberante árbol *sal*, decidió pasar la siguiente estación de las lluvias solo, en el bosque.

Capítulo cuarenta y siete

SEGUIR EL DHARMA



BAJO el árbol *sal*, el Buda sintió paz, tranquilidad y alegría. Disfrutó de su soledad en ese bosque encantador de verdes colinas, con riachuelos de agua clara y un lago. Pensó en los monjes de Kosambi, viviendo en conflicto. Hasta los discípulos laicos se habían inquietado. Era triste que no hubieran querido escuchar sus consejos, pero comprendía que sus mentes estaban ofuscadas por el enfado.

El Buda encontró muchos animales en el bosque de Rakkhita, incluyendo a una familia de elefantes. La hembra más vieja, la matriarca, llevaba a menudo a los elefantes más jóvenes al lago para bañarse, y les enseñaba a beber agua fresca y a comer nenúfares. El Buda observó cómo agarraba un manojo con la trompa y lo aclaraba en el agua para eliminar el barro adherido. Los pequeños la imitaban.

Los elefantes acabaron por habituarse al Buda y se hicieron amigos. A veces, la matriarca cogía fruta y se la ofrecía. A Él le gustaba dar palmaditas en la cabeza a las crías. A menudo, bajaban juntos caminando hasta el lago. También le agradaba escuchar la

majestuosa llamada de la reina, que sonaba como una gran trompeta. El Buda practicó hasta que pudo imitarla perfectamente. Una vez, cuando la reina barritó, el Buda también lo hizo. Ella le miró, se le acercó y se puso de rodillas, como si deseara postrarse ante el Buda. Él le acarició afectuosamente.

Era la décima estación de retiro desde la Iluminación del Buda, pero sólo la segunda que la pasaba en solitario. Permaneció en el bosque durante toda la estación del retiro, ausentándose sólo brevemente por las mañanas para mendigar. Cuando la estación lluviosa terminó, el Buda dejó atrás a sus amigos elefantes y se dirigió hacia el nordeste. Tras dos semanas de

marcha, llegó al monasterio de Jetavana, en Savatthi. Sariputta se sentía feliz de verle, igual que Rahula. Varios discípulos aventajados se encontraban también allí, incluyendo a Mahamoggallana, Mahakassapa, Mahakaccana, Upali, Mahakotthita, Mahakappina, Mahacunda, Revata y Devadatta. Anuruddha, Kimbila y Nandiya habían viajado también hasta Jetavana desde el Bosque de Bambú en Karagama. Incluso la monja Gotami estaba en Savatthi. Todo el mundo se regocijó de ver al Buda.



*A veces, la elefanta reina
cogía fruta y se la ofrecía
al Buda.*

El Buda encontró a Ananda ordenando y barriendo el suelo de su cabaña. Había pasado un año y cuatro meses desde que estuvo allí por última vez. Ananda dejó la escoba y se inclinó respetuosamente. El Buda le preguntó por la situación en Kosambi. “después de tu partida, respondió, un grupo de hermanos se acercaron y me dijeron, ‘hermano, el Maestro se ha marchado. Está solo. ¿Por qué no le sigues y le sirves como asistente? Si no vas, iremos

nosotros’. Pero yo les dije, ‘si el Buda se ha marchado sin decírselo a nadie, es porque quiere estar solo. No debemos molestarle. Seis meses después, los mismos hermanos vinieron y me dijeron, ‘hermano, hace mucho que no recibimos una enseñanza directa del Buda. Deseamos ir en su busca’. Esa vez, estuve de acuerdo. Decidimos buscarte, pero no tuvimos éxito. Nadie conocía tu paradero. Al final, vinimos a Savatthi, pero tampoco estabas aquí. Así que decidimos esperarte, sabiendo que tarde o temprano vendrías. Estábamos seguros de que no abandonarías a tus discípulos”.

“Cuando dejaste Kosambi, ¿cuál era la situación?, ¿seguía la división

entre los monjes?”.

“Señor, el conflicto se agravó aún más. Ninguna de las partes quería hacer la más mínima concesión. La atmósfera era tensa y desapacible. Los discípulos laicos expresaban su consternación cuando íbamos a mendigar a la ciudad y nosotros les explicábamos que había muchos monjes que se negaban a tomar partido. Poco a poco, los laicos decidieron intervenir. Fueron al monasterio y hablaron con los implicados en el conflicto, diciendo, ‘habéis disgustado al Buda de tal manera que se ha ido. Cargáis sobre vuestras espaldas con una grave responsabilidad. Por vuestra culpa, muchos discípulos laicos han perdido su

confianza en la Sangha. Por favor, reconsiderad vuestros actos'. Al principio, los monjes implicados no prestaron atención a los discípulos laicos. Estos, decidieron abstenerse de ofrecer comida a los involucrados en el asunto, diciendo, 'no sois dignos del Buda porque sois incapaces de vivir en armonía. Si escuchárais su enseñanza, os reconciliaríais e iríais a buscarle para confesaros ante Él. Ésta es la única manera de que recuperéis nuestra confianza'. Señor, los discípulos laicos se mantuvieron firmes, y el día que salí de Kosambi, las dos partes habían decidido reunirse. Estoy seguro de que no tardarán mucho en venir aquí para hacer una confesión formal''.

El Buda cogió la escoba que Ananda había dejado y dijo: “Déjame hacerlo. Por favor, busca a Sariputta y dile que quiero hablar con él”.

El Buda barrió sin prisa la cabaña y después se sentó afuera, en una de las sillas de bambú. Jetavana era realmente hermoso. Los árboles estaban cubiertos de hojas nuevas y los pájaros cantaban por todo el bosque. Cuando llegó Sariputta, se sentó en silencio a su lado durante un largo y apacible momento.

El Buda le dijo lo que pensaba: “Tenemos que hacer todo lo posible para evitar que surjan conflictos inútiles en este bello monasterio”.

Y hablaron sobre el tema durante mucho rato.

Pocos días después, una tarde, el venerable Sariputta recibió noticias de que los monjes de Kosambi habían llegado a Savatthi y se acercaban al monasterio. Sariputta fue a ver al Buda y le dijo, “los hermanos de Kosambi no tardarán en llegar, ¿Cómo debemos manejar la situación?”.

El Buda respondió: “Manejadla de acuerdo con el Dharma”.

“¿Puedes explicar más claramente qué quieres decir?”.

“Tú, Sariputta, todavía haces esta pregunta?”.

Sariputta se quedó en silencio. Justo entonces llegaron Moggallana, Kassapa, Kaccana, Kotthita, Kappina y Anuruddha e hicieron la misma pregunta,

“¿cómo debemos actuar cuando lleguen los hermanos de Kosambi?”.

Todos le miraron a Sariputta, pero éste sólo sonrió. El Buda se dirigió a sus discípulos y dijo: “Escuchad atentamente a ambas partes sin prejuicios. Considerad cuidadosamente todo cuanto oís para determinar qué cosas están de acuerdo con la enseñanza y qué cosas no lo están. Lo que está de acuerdo con el Dharma conduce a la paz, la felicidad y la liberación y son las cosas que yo practico. Las cosas que aconsejo evitar y que no practico no están de acuerdo con la enseñanza. Cuando comprendáis cuáles son las cosas que están de acuerdo con la enseñanza y cuáles no, sabréis cómo

ayudar a ambas partes a reconciliarse”.

En ese momento, los benefactores, encabezados por Anathapindika, llegaron a la cabaña del Buda y dijeron: “Señor, los monjes de Kosambi han llegado. ¿Cómo debemos recibirles? ¿Hemos de ofrecer comida a ambas partes?”.

El Buda sonrió. “Ofreced comida a ambas partes. Expresad vuestro apoyo a la Sangha y mostrad vuestra satisfacción cuando cualquiera de ellos diga algo que esté de acuerdo con el Dharma”.

Volvió Ananda y anunció a Sariputta que los monjes de Kosambi estaban ya a las puertas del monasterio. Sariputtta miró al Buda y dijo, “¿les dejamos entrar?”.

El Buda dijo: “Abrid las puertas y dadles la bienvenida”.

Sariputta dijo, “dispondré un lugar para que duerman”.

“Por el momento, deja que las dos partes se alojen en lugares distintos”.

“Es posible que tengamos dificultades para hallar lugares adecuados para que duerma todo el mundo”.

“Podemos apretarnos un poco por un tiempo. Pero no dejes que ninguno de los ancianos duerma afuera. Distribuye comida y medicinas a todos por igual”.

Sariputta dio órdenes para que se abrieran las puertas. Acomodaron a los monjes y se les suministró provisionamientos de primera

necesidad.

A la mañana siguiente, autorizaron a los recién llegados a salir a mendigar. Sariputta los dividió en grupos y les envió a distintas localidades, tal como el Buda había aconsejado. Aquella tarde, los monjes rogaron a Sariputta que organizara un encuentro con el Buda para confesarse. Sariputta dijo, “confesarse ante el Buda no es lo más importante. Primero tenéis que lograr una auténtica reconciliación. La ceremonia de confesión tendrá sentido cuando la hayáis conseguido”.

Aquella noche, el maestro de los sutras, responsable del origen del conflicto al negarse a ser corregido, fue a ver al maestro de preceptos. Unió las

palmas de las manos, se inclinó y se arrodilló frente a él diciendo, “venerable, reconozco haber violado un precepto. Tu corrección era pertinente. Estoy preparado para confesarme ante la Sangha”.

El maestro de los sutras sabía que la única manera de resolver el conflicto era tragándose el orgullo. El maestro de preceptos respondió arrodillándose a su vez ante él, diciendo, “confieso que me ha faltado también humildad y tacto. Por favor, acepta mis sinceras disculpas”.

Aquella misma noche, se celebró una ceremonia de confesión para el maestro de los sutras. Todo el mundo respiró de alivio, especialmente los monjes de Kosambi que habían

permanecido imparciales durante todo el conflicto. Era ya más de media noche cuando Sariputta informó al Buda de que, finalmente, la reconciliación había tenido lugar. El Buda asintió en silencio; el conflicto había terminado, pero sabía que se necesitaría mucho tiempo para que se curaran las heridas.

Capítulo cuarenta y ocho

CUBRIR EL BARRO CON PAJA



EL venerable Moggallana sugirió que se organizara un encuentro entre los discípulos de más antigüedad en Jetavana y los principales instigadores del conflicto de Kosambi con el fin de aprender de la experiencia y hallar modos de prevenir tales conflictos en el futuro. El venerable Kassapa presidió la reunión.

Para comenzar, Mahakassapa pidió

a Anuruddha que recitara los seis principios de convivencia armoniosa expuestos por el Buda durante su estancia en el Bosque de Bambú. Después de oírle, Moggallana sugirió que fueran memorizados por los monjes y monjas de todos los centros monásticos.

Tras cuatro días de discusión, los monjes reunidos formularon siete prácticas de reconciliación o *Saptadhikarana-shamatha*, destinadas a resolver cualquier disputa que tuviera lugar en la Sangha.

La primera práctica es *sammukha-vinaya* o “sentarse cara a cara”. De acuerdo con ella, la disputa ha de exponerse ante toda la comunidad, con

ambas partes del conflicto presentes. La finalidad de dicha práctica es evitar conversaciones privadas que inevitablemente incitan a la gente a tomar partido por una de las dos partes, incrementando así la discordia y la tensión.

La segunda práctica es *smriti-vinaya* o “recordar”. Ambas partes tratan de recordar desde el principio todo lo que condujo al conflicto. Deben exponer, con la mayor claridad posible, los detalles y, si los hay, presentar testigos y pruebas. La comunidad escucha silenciosa y pacientemente con el fin de obtener la información adecuada que le permita examinar la cuestión.

La tercera práctica, es *amudha-vinaya* o “no-testarudez”. Supone que los monjes implicados resuelven el conflicto. La comunidad espera que ambas partes demuestren su buena voluntad de reconciliación. La terquedad es considerada negativa y contraproducente. En caso de que alguien declare haber violado un precepto, impulsado por la ignorancia o por un estado mental perturbado, sin la intención de hacerlo, la comunidad debe tenerlo en cuenta para hallar una solución conveniente para ambas partes.

La cuarta práctica es *tatsvabhavaishiya-vinaya* o “confesión voluntaria”. Se anima a ambas partes a admitir sus propias trasgresiones y

deficiencias sin necesidad de que la otra parte o la comunidad se lo pida. La comunidad ha de dejar a cada parte el tiempo suficiente para que confiese sus propios errores, por pequeños que sean. Admitir las propias faltas inicia el proceso de reconciliación y estimula a la otra parte a hacer lo propio, dando pie a una reconciliación total.

La quinta práctica es *pratijñakaraka-vinaya* o “aceptar el veredicto”. Cuando se alcanza un veredicto,

jñapticaturthamkarmavacana, es leído en alta voz tres veces. Si ningún miembro de la comunidad expresa su desacuerdo, se considera definitivo. Ninguna de las partes enfrentadas tiene

derecho a cuestionar el veredicto, puesto que ambas aceptan depositar su confianza en la decisión de la comunidad y de cumplirlo, sea cual sea.

La sexta práctica es *yadbhuyasikiya-vinaya* o “decisión por consenso”. Después de escucharles y convencerse de los sinceros esfuerzos de ambas partes para llegar a un acuerdo, la comunidad logra un veredicto por consenso.

La séptima práctica es *trinaprastaraka-vinaya*, o “cubrir con paja el barro”. Durante la reunión, se elige a un monje para representar a cada parte del conflicto. Suelen ser monjes de grandes cualidades, sumamente respetados y escuchados por los demás

en la Sangha. Se sientan y escuchan atentamente, hablando poco; pero, cuando lo hacen, sus palabras tienen un peso especial para aliviar y curar las heridas, para animar a la reconciliación y al perdón, de la misma manera que la paja cubre el barro permitiendo avanzar sin que se manche la ropa. Gracias a la presencia de estos monjes aventajados, las partes en conflicto tienen mayor facilidad para liberarse de sus insignificantes preocupaciones. El rencor se alivia y la comunidad puede alcanzar un veredicto satisfactorio para ambas partes.

Los discípulos más antiguos presentaron al Buda las siete prácticas de reconciliación para su aprobación. El

Buda ensalzó su trabajo y estuvo de acuerdo en que dichas prácticas debían formar parte de los preceptos formales.

El Buda permaneció seis meses en Jetavana antes de regresar a Rajagaha. Se detuvo en el camino para visitar el árbol *bodhi* y también a la familia de Svasti, en el pueblo de Uruvela. Svasti tenía ahora veintiún años y el Buda había regresado para cumplir su promesa de aceptarle en la Sangha cuando alcanzara la edad requerida. Svasti recibió la ordenación y muy pronto se convirtió en el mejor amigo de Rahula.

Capítulo cuarenta y nueve

LAS LECCIONES DE LA TIERRA



SVASTI escuchó con sumo interés lo que Assaji y Ananda contaban sobre los esfuerzos del Buda por difundir el Dharma. La monja Gotami y Rahula escucharon también atentamente. La memoria de Ananda era realmente extraordinaria. Completó muchos detalles que Assaji había olvidado. Svasti les estaba muy agradecido y también a la monja Gotami y a Rahula.

Gracias a ellos, había aprendido muchas cosas sobre la vida del Buda que de otro modo no hubiera podido. Confiaba en poder permanecer siempre cerca de Él para ser testigo de su vida y recibir directamente sus enseñanzas.

A pesar de ser un intocable y un cuidador de búfalos, Svasti había aprendido las bases de una buena educación gracias a Sujata, pero las lecciones con su amiga habían terminado hacía ya varios años, cuando dejó Uruvela para casarse con un hombre del pueblo de Nadika. No obstante, Svasti sabía que podía aprender mucho con Rahula, a quien admiraba por su mansa dignidad. Rahula, además de pertenecer a una casta noble, había vivido sus

últimos ocho años en la serena y concentrada atmósfera de la Sangha. Comparado con él, Svasti se sentía rudo y torpe. Pero sus sentimientos hicieron que se dedicara con gran entusiasmo y esfuerzo a la práctica. Sariputta le pidió a Rahula que enseñara a Svasti a hacer las prácticas básicas con atención consciente: ponerse el hábito, sostener el cuenco de mendicante, andar, permanecer de pie, tumbarse, sentarse, comer, lavarse, escuchar las enseñanzas de Dharma. Un monje memorizaba y se concentraba en cuarenta y cinco prácticas que le ayudaban a profundizar su concentración y serenidad.

Rahula era todavía un novicio, un *samanera*; tenía que esperar a cumplir

veinte años para tomar la ordenación completa. Un *samanera* observaba diez preceptos: no matar, no robar, no tener relaciones sexuales, no decir falsas palabras, no beber alcohol, no usar joyas, flores ni perfume, no sentarse ni acostarse en camas lujosas, anchas o altas, no participar en danzas ni cantos seculares, no manejar dinero y no comer después del mediodía. Aunque las cuarenta y cinco prácticas estaban reservadas para los monjes completos, Rahula debía estudiarlas y observarlas, como preparación a su ordenación completa. El monje seguía ciento veinte preceptos, que incluían las cuarenta y cinco prácticas. Rahula le dijo a Svasti que probablemente se añadirían otros

preceptos y que, según había oído, con el tiempo, el número ascendería a doscientos o más.

Rahula le explicó que, en los primeros años de la Sangha, no había preceptos. La ordenación era simple. Uno se ordenaba arrodillándose a los pies del Buda o de otro monje y recitando tres veces los tres refugios. A medida que la Sangha fue creciendo, se hizo necesario crear y hacer respetar una serie de preceptos pues, en una comunidad tan amplia, había monjes que precisaban reglas y líneas directrices para disciplinarse.

Rahula le contó también que el primero que violó el espíritu de la Sangha fue un monje llamado Sudinna.

El Buda estableció, a partir de ese momento, el primer precepto. Antes de ordenarse, Sudinna había estado casado y vivía en el pueblo de Kalanda, a las afueras de Vesali. Escuchó al Buda impartiendo enseñanzas y pidió recibir la ordenación. Poco después, tuvo la oportunidad de regresar a Kalanda; su familia le invitó a comer en su hogar y aceptó. Durante la comida, le imploraron que regresara a la vida seglar y ayudara a llevar el negocio familiar, pero Sudinna rehusó. Sus padres siguieron lamentándose, pues Sudinna era hijo único. No tenían a nadie que pudiera heredar el negocio y temían que la riqueza de la familia cayera en manos de otros. Finalmente,

viendo que Sudinna estaba decidido a seguir siendo un monje, su madre le sugirió que lo mínimo que podía hacer era dejar un hijo como heredero. Persuadido por las súplicas de su madre y sin preceptos que le guiaran, Sudinna aceptó encontrarse con su antigua mujer en el bosque de Mahavana. Su esposa concibió y dio a luz a un niño llamado Bijaka, que significa “semilla”. Los amigos se burlaban de él llamándole “padre de la semilla”. La reputación de la Sangha se vio empañada. El Buda convocó a los monjes y reprendió a Sudinna. Debido a este incidente, se instituyeron preceptos formales y se decidió que, cada vez que un monje violara el espíritu del Camino de la

Iluminación y la Liberación, habría una reunión y se añadiría un nuevo precepto. Los preceptos se llamaban *Patimokkha*.

Había cuatro preceptos fundamentales. La violación de cualquiera de ellos suponía la expulsión de la comunidad. El resto de preceptos podían perdonarse mediante confesión. Los cuatro preceptos cardinales, llamados *parajika*, eran: no mantener relaciones sexuales, no robar, no matar y no afirmar que se ha alcanzado algún logro espiritual cuando no es cierto.

Rahula le contó también que el Buda no le había favorecido nunca, a pesar de que le quería tiernamente. Una vez, cuando tenía once años, le dijo una mentirijilla a Sariputta por miedo a que

le regañara por haberse escapado a jugar cuando tenía otras obligaciones. Al final tuvo que decir hasta cuatro mentiras seguidas para evitar que Sariputta descubriera la verdad. No obstante, como pasa casi siempre, la verdad salió a relucir y el Buda aprovechó la ocasión para enseñar a Rahula lo importante que es decir siempre la verdad.

En aquella época, Sariputta y Rahula residían en el parque de Ambalatthika, no muy lejos del Bosque de Bambú, donde se encontraba el Buda. Un día, fue a visitarles. Rahula sacó una silla para su padre y trajo una jofaina con agua para que se lavara las manos y los pies. Cuando el Buda estaba

acabando de lavarse, tiró casi todo el agua de la jofaina y, mirando a su hijo, preguntó: “Rahula, ¿hay mucha o poca agua en esta jofaina?”.



Rahula sacó una silla

*para su padre
y trajo una jofaina con
agua para que se lavara
las manos y los pies.*

Rahula respondió, “hay muy poca”.

“Debes saber, Rahula, que al que no dice la verdad le queda tan poca integridad como agua queda en la jofaina”.

Rahula permaneció en silencio. El Buda vació del todo la jofaina y preguntó de nuevo a su hijo: “Rahula, ¿has visto cómo he echado el agua que quedaba?”.

“Sí, lo he visto”.

“Los que persisten en decir mentiras pierden toda su integridad, del

mismo modo que esta jofaina ha perdido todo el agua”.

El Buda volteó la jofaina y preguntó a Rahula: “¿Ves la jofaina boca abajo?”. “Sí, la veo”.

“Si no practicamos la palabra correcta, nuestra integridad queda boca abajo como la jofaina. No digas mentiras ni siquiera en broma. Rahula, ¿sabes para qué se utiliza el espejo?”.

“Sí, para mirar el propio reflejo”.

“Así es, Rahula. Mira tus acciones, pensamientos y palabras como el que mira un espejo”.

Esta historia hizo que Svasti fuera más consciente aún de la importancia de la palabra correcta. Recordó que, en algunas ocasiones, había mentido a sus

padres e, incluso, una vez a Sujata, pero se alegraba profundamente de no haber mentido nunca al Buda. De hecho, parecía imposible. Y si alguien lo hiciera, sin duda el Buda se daría cuenta. Svasti se dijo a sí mismo, “a partir de ahora, diré siempre la verdad. Así podré mostrar mi gratitud al Buda por todo lo que ha hecho por mí. Observaré los preceptos diligentemente”.

Dos veces al mes, los días de luna nueva y luna llena, los monjes se reunían para recitar los preceptos. Eran leídos, uno a uno, en voz alta. Tras la lectura, se preguntaba a los miembros de la comunidad si alguien no lo había guardado. Si nadie decía nada, se leía el

siguiente. Si algún monje lo había violado, se ponía de pie y confesaba su falta ante la comunidad. A excepción de los cuatro *parajika*, bastaba la confesión para enmendarse.

En numerosas ocasiones, pedían a Svasti que se uniera al grupo del Buda para ir a mendigar, acompañado por Sariputta y Rahula. Aquella estación del retiro, el grupo del Buda permanecía en unas colinas próximas a la ciudad de Ekanala, al sur de Rajagaha. Una tarde, los monjes pasaban cerca de unos campos de arroz, a las afueras de Ekanala, cuando un rico granjero de noble casta, llamado Bharadvaja y propietario de varios miles de acres, les paró. Era la estación en la que se araban

las tierras. Bharadvaja dirigía el trabajo de cientos de peones, cuando vio pasar al Buda. El rico granjero se le puso delante y dijo con cierto desdén, “somos agricultores. Aramos, sembramos la simiente, fertilizamos y cuidamos el cultivo. Después, recogemos la cosecha para poder comer. Vosotros, sin embargo, no hacéis nada, no producís nada y, a pesar de ello, coméis. Sois unos inútiles. No aráis ni sembráis ni fertilizáis ni cuidáis el cultivo ni recogéis la cosecha”.

El Buda respondió: “Sí que lo hacemos. Nosotros aramos, sembramos, fertilizamos, cuidamos de los campos y cosechamos”.

“Entonces, ¿dónde están vuestros

arados, dónde vuestros búfalos y vuestras semillas? ¿Qué es lo que cosecháis?”.

El Buda respondió: “Sembramos las semillas de la fe en la tierra de un corazón sincero. Nuestro arado es la atención, nuestro búfalo la práctica diligente y nuestra cosecha el amor y la comprensión. Señor, sin fe, sin comprensión y sin amor, la vida no sería más que sufrimiento”.

Bharadvaja se sintió inesperadamente conmovido por las palabras del Buda y ordenó a un sirviente que trajera a su interlocutor un fragante arroz hervido en leche. Pero el Buda lo rechazó diciendo: “No he compartido estas cosas contigo para que

me ofrezcas comida. Si deseas hacer un ofrecimiento, por favor, hazlo en otra ocasión”.

El rico agricultor se quedó tan impresionado por lo que acababa de oír, que se postró ante el Buda y le pidió que le aceptara como discípulo laico. Svasti pudo presenciar directamente lo ocurrido. Comprendió lo mucho que podría aprender si permanecía cerca del Buda. Sabía que muy pocos monjes de la Sangha tenían la buena fortuna de estar tan cerca como él.

Después de la estación del retiro, el Buda viajó hacia el noroeste para propagar el Dharma. Regresó a Savatthi a finales de otoño. Una mañana, mientras mendigaban, Rahula perdió la

atención. Aunque seguía caminando en fila, su mente estaba en otro lugar. Miraba al Buda, que iba delante, y se preguntaba qué hubiera sido de su padre si no hubiera seguido el camino espiritual. Si hubiera sido un poderoso emperador, ¿cual hubiera sido su destino? Pensando en estas cosas, se olvidó de observar la respiración y los pasos. A pesar de que el Buda no podía verle, sabía que su hijo había perdido la atención. Se detuvo y se dio la vuelta. Los monjes se detuvieron también. El Buda miró a Rahula y le dijo: “Rahula, ¿estás observando tu respiración y manteniendo la atención?”.

Rahula bajó la cabeza.

El Buda dijo: “Para vivir con

atención despierta tienes que observar la respiración. Practicamos la meditación incluso cuando mendigamos. Sigue meditando en la naturaleza transitoria e interdependiente de los agregados que forman a todos los seres. Los cinco agregados son el cuerpo, las sensaciones, las percepciones, las formaciones mentales y la conciencia. Observa la respiración y los pensamientos y tu mente no se dispersará”.

El Buda se dio media vuelta y siguió caminando. Sus palabras sirvieron como recordatorio para que los monjes mantuvieran la atención. Pero Rahula abandonó poco después la fila y entró en el bosque donde se sentó

bajo un árbol. Svasti le siguió, pero Rahula le dijo, “por favor, ve a mendigar con los demás. Ahora mismo no tengo ánimo para mendigar. El Buda me ha corregido delante de toda la comunidad. Estoy tan avergonzado que prefiero quedarme aquí solo meditando”. Viendo que no podía hacer nada para ayudar a su amigo, Svasti volvió a la fila.

De vuelta al monasterio, el venerable Sariputta y Svasti se detuvieron en el bosque para invitar a Rahula a que se uniera a ellos. Svasti compartió su comida con él. Cuando terminaron, Sariputta le dijo a Rahula que el Buda deseaba verle y que Svasti podía acompañarle.

El Buda comprendió que la mente de Rahula había madurado lo suficiente como para recibir determinadas enseñanzas.

“Rahula, aprende de la tierra. Si se esparcen sobre ella flores puras y fragantes, perfume o leche fresca, igual que si se echan excrementos, sucios y pestilentes, orina, sangre, mocos o esputos, lo recibe todo con ecuanimidad, sin apego ni aversión. Cuando surjan pensamientos agradables o desagradables, no dejes que te envuelvan ni te esclavicen”.

“Aprende del agua, Rahula. Cuando lavas cosas sucias, el agua no siente tristeza ni desdén. Aprende del fuego. El fuego quema todo sin discriminación.

No le da vergüenza quemar sustancias impuras. Aprende del aire, que lleva cualquier fragancia, sea dulce o repugnante”.

“Rahula, practica el amor afectuoso para eliminar el enfado. El amor afectuoso tiene la capacidad de proporcionar felicidad a los demás sin pedir nada a cambio. Practica la compasión para destruir la crueldad. La compasión tiene el poder de disipar el sufrimiento de los demás sin esperar nada a cambio. Practica la alegría empática para combatir el odio. La alegría empática surge cuando uno se regocija en la felicidad de los demás y les desea bienestar y éxito. Practica el desapego para eliminar prejuicios. El

desapego es la manera de mirar a todas las cosas abierta y equitativamente. Esto es porque aquello es. Aquello es porque esto es. Yo y los demás no estamos separados. No rechaces una cosa para ir detrás de otra”.

“Rahula, el amor afectuoso, la compasión, la alegría empática y el desapego son estados mentales bellos y profundos. Yo les llamo los Cuatro Inconmensurables. Prácticalos y te convertirás en una refrescante fuente de vitalidad y felicidad para otros”.

“Rahula, medita en la transitoriedad con el fin de ir más allá de la ilusión del yo. Medita en la naturaleza del nacimiento, el desarrollo y la muerte del cuerpo con el fin de

liberarte de los deseos. Observa tu respiración. La atención en la respiración es fuente de gran júbilo”.

Svasti estaba contento de estar sentado junto a Rahula, escuchando lo que el Buda decía. Aunque Svasti había memorizado sutras como *El Sutra del Giro de la Rueda del Dharma* y *El Sutra de la Naturaleza del No-yo*, sentía que nunca había saboreado tan profundamente el gusto sutil del Dharma como ese día. Quizá era porque no había oído los otros sutras que el Buda había expuesto directamente. El primero que oyó fue *El Sutra del Cuidado de los Búfalos de Agua*. Pero en aquella época no había madurado lo suficiente como para entender gran cosa de sus

significados más profundos. Svasti se prometió a sí mismo que durante su tiempo libre recitaría todos los sutras aprovechando su recién obtenida comprensión.

Ese día, el Buda dedicó parte del tiempo a enseñar a los dos jóvenes diversos métodos de observar la respiración. Aunque habían recibido anteriormente una instrucción similar, era la primera vez que la recibían directamente de Él. El Buda les dijo que el primer fruto de observar atentamente la respiración era la eliminación de la dispersión y la falta de memoria.

Al inspirar, sois conscientes de que estáis inspirando. Al espirar, sois conscientes de que estáis espirando.

Durante la práctica de la respiración, concentrad vuestra mente sólo en la respiración. Los pensamientos inútiles y dispersos cesan, permitiendo que vuestra mente more en la atención. Cuando sois conscientes de vuestra respiración, vivís con atención, y cuando vivís con atención, los pensamientos no os distraen. Con sólo una respiración, podéis alcanzar el despertar. El despertar es la naturaleza búdica que existe en todos los seres”.

“Al inspirar levemente, sabéis que estáis inspirando levemente. Al espirar profundamente, sabéis que estáis espirando profundamente. Sed totalmente conscientes de cada respiración. Observar atentamente la

respiración os ayudará a desarrollar concentración. Con concentración, podréis observar profundamente la naturaleza del cuerpo, las sensaciones, la mente y los objetos de la mente, lo que se llama el *sarva-dharma*".

Las palabras del Buda, imbuidas de gran entusiasmo, fueron simples pero intensas. Svasti estaba seguro de que, gracias a esta sesión especial, le resultaría más fácil mantener la atención en la respiración y, por consiguiente, podría progresar más rápidamente en la práctica. Tras inclinarse ante el Buda, Svasti y Rahula caminaron juntos hacia el lago y, para poder recordar lo que el Buda les había enseñado, se repitieron mutuamente cuanto habían oído.

Capítulo cincuenta

UN PUÑADO DE SALVADO



EL BUDA pasó la siguiente estación del retiro en Veranja, en compañía de quinientos monjes. Sariputta y Moggallana fueron sus asistentes. Cuando faltaba poco para acabar el retiro, una terrible sequía sacudió aquella zona. El calor se hizo insoportable. El Buda pasaba la mayor parte del día a la sombra de un árbol de *neem*. Comía, impartía charlas de

Dharma, meditaba y dormía allí.

A comienzos del tercer mes de retiro, los monjes recibían cada vez menos ofrecimientos. La comida escaseaba por la sequía y las reservas de alimentos que guardaba el gobierno para tiempos difíciles habían quedado reducidas a casi nada. Muchos monjes, e incluso el Buda, volvían al monasterio con sus cuencos vacíos, teniendo que llenar el estómago de agua para distraer el hambre. Estaban cada día más flacos y más pálidos. El venerable Moggallana sugirió que se desplazaran hacia el sur y se instalaran en Uttarakuru, donde podrían pasar los últimos días del retiro. Allí sería más fácil encontrar comida. Pero el Buda rechazó la

propuesta diciendo: “Moggallana, no somos los únicos que padecemos la sequía. La gente de la localidad, a excepción de unos pocos propietarios adinerados, está pasando hambre. No debemos abandonarles ahora. Tenemos la oportunidad de compartir y comprender su sufrimiento. Debemos quedarnos aquí hasta el final de la estación del retiro”.

El Buda y los monjes estaban en Veranja para la estación del retiro porque habían sido invitados por el rico mercader Agnidatta pero éste se había ausentado por asuntos de negocios y no tenía ni idea de la situación en su hogar.

Un día, Moggallana, señalando un claro en el bosque, cerca del

monasterio, con verdes y saludables árboles y fresca hierba, dijo al Buda: “Maestro, creo que han permanecido fuertes y frescos gracias a los ricos nutrientes del suelo. Podríamos extraer un poco de ese humus y mezclarlo con agua para preparar una comida nutritiva a los monjes”.

El Buda respondió: “No sería correcto hacerlo, Moggallana. De hecho, lo intenté durante mis días de penitencia en la montaña de Dangsiri, pero no percibí ningún beneficio nutricional. Muchos seres viven bajo tierra, protegidos del calor del sol. Si cavamos la tierra, muchas de esas criaturas y también muchas plantas morirán”. Moggallana no dijo más.

Dejar en un receptáculo vacío una porción de los ofrecimientos de comida que cada monje recibía para los que no hubieran recibido suficiente, constituía ya una costumbre monástica. Sin embargo, Svasti había notado que, los diez últimos días, había permanecido vacío, sin ni siquiera un grano de arroz o un chapati. Rahula le confió a Svasti que, aunque ningún monje recibía lo necesario, la gente prefería ofrecer primero a los más ancianos. Los monjes jóvenes recibían poco o nada. Svasti ya se había dado cuenta y dijo, “incluso los días que recibo algo de comida, cuando acabo de comer, sigo teniendo hambre. ¿Y tú?”.

Rahula asintió. Le resultaba difícil

dormir por las noches con el estómago vacío.

Un día, de vuelta al monasterio después de mendigar, el venerable Ananda colocó un puchero sobre un trípode, reunió algo de madera y empezó a preparar el fuego. Svasti se acercó y se ofreció para encenderlo; para tales cuestiones él era mucho más hábil. En un santiamén, el fuego estuvo dispuesto. Ananda tomó su cuenco de mendicante y, mientras vertía en el puchero algo que parecía serrín, dijo, “es salvado. Podemos tostarlo hasta que esté fragante y, después, ofrecérselo al Buda”.

Svasti removió el salvado con dos palitos mientras Ananda le contaba su encuentro con un comerciante de ganado

equino, recién llegado a Veranja con quinientos caballos. Al ver el mercader la situación en la que se encontraban los monjes, le dijo a Ananda que, si no recibían comida, fueran a sus establos, que él ofrecería a cada monje un puñado del salvado destinado a alimentar a los caballos. Aquél día le había ofrecido dos, uno de los cuales era para el Buda. Ananda prometió anunciar a los monjes el generoso ofrecimiento del mercader.

El salvado no tardó en tostarse y desprender su fragancia. Ananda lo sirvió en su cuenco de mendicante e invitó a Svasti a acompañarle hasta el árbol de *neem*. Una vez allí, se lo ofreció al Buda. El Buda preguntó a Svasti si había recibido algún

ofrecimiento de comida. Le mostró el boniato que afortunadamente había recibido. El Buda les invitó a que se sentaran a comer con Él y, después, alzó su cuenco con gran reverencia. Svasti sostuvo el boniato en la mano con atención y, cuando vio que el Buda se servía una porción de salvado y se la comía con visible gratitud, estuvo al borde de las lágrimas.

Aquel día, después de la enseñanza, el venerable Ananda informó a la comunidad de la oferta del comerciante de caballos. Les pidió que visitaran los establos exclusivamente cuando no recibieran ningún ofrecimiento, ya que el salvado estaba destinado a los caballos y no estaba bien

que pasaran hambre.

Por la noche, a la luz de la luna, Sariputta visitó al Buda, sentado bajo el árbol de *neem*. “Señor, ¡el Camino del Despertar es tan maravilloso! Puede transformar al que lo escuche, comprenda y practique. Señor, ¿cómo podemos estar seguros de que el Camino seguirá trasmitiéndose cuando te hayas ido?”.

“Sariputta, si los monjes comprenden el significado verdadero de los sutras y practican lo que en ellos se enseña, si siguen sinceramente los preceptos, el Camino de la Liberación continuará durante siglos”.

“Señor, son muchos los monjes que memorizan y recitan los sutras. Si las

generaciones futuras de monjes continúan estudiando y recitando las enseñanzas, tu amor afectuoso y tu profunda visión se extenderán a lo largo de los siglos futuros”.

“Sariputta, transmitir los sutras no es suficiente, hay que practicar lo que dicen.

Y observar los preceptos es especialmente importante. Si no, el Dharma no perdurará; sin los preceptos, el verdadero Dharma desaparecerá rápidamente.

“¿Existe algún modo de codificar los preceptos para que puedan preservarse durante los próximos miles de vidas?”.

“Aún no se puede, Sariputta. Una

codificación definitiva no puede hacerse en un día ni por una persona. En los primeros años de la Sangha no había ningún precepto. Gradualmente, debido a las dificultades y los errores cometidos por los hermanos, hemos ido creándolos. En este momento, tenemos ciento veinte y el número aumentará con el tiempo, superando, quizá, los doscientos”.

El último día del retiro, el mercader Agnidatta regresó de sus viajes. Cuando se enteró del hambre que habían padecido los monjes, se quedó estupefacto. Estaba avergonzado. Inmediatamente, organizó un ofrecimiento de comida en su casa. También ofreció un hábito nuevo a cada

monje. Después de que el Buda impartiera la última charla de la estación, los monjes se pusieron en camino hacia el sur.

El viaje fue muy agradable. Caminaban sin prisa. Descansaban durante la noche y mendigaban por la mañana. Después de comer y descansar en frescos bosques, proseguían su camino. A veces se quedaban varios días en algún pueblo donde la gente tenía especial interés por recibir enseñanzas. Y al caer la noche, los monjes estudiaban y recitaban los sutras antes de meditar y dormir.

Una tarde, Svasti se topó con un grupo de chicos cuidadores de búfalos que llevaban a los animales de vuelta al

establo. Se detuvo y habló con ellos, rememorando su juventud. De pronto, se apoderó de él el deseo de volver a ver a su familia. Echaba de menos a Rupak y a Bala, pero sobre todo a Bhima. Se preguntó si era correcto que un monje pensara en la familia que había dejado atrás. Rahula le había dicho que, a veces, echaba de menos a su familia.

Svasti tenía veintidós años. Prefería la compañía de los más jóvenes; con ellos se sentía más relajado. El tiempo que pasaba con Rahula era, de todos modos, el que más disfrutaba. Con él compartía sus pensamientos más íntimos. Svasti le habló de su vida como cuidador de búfalos, los animales más mansos del

mundo, según él. Rahula no había tenido oportunidad de sentarse en el lomo de un búfalo de agua y le resultaba difícil creer que un animal tan grande pudiera ser tan dócil como él afirmaba. Svasti le dijo que muchas veces, cuando volvían al establo por la orilla del río, se echaba sobre el lomo de un búfalo y contemplaba el cielo azul y las nubes que pasaban, disfrutando de esos momentos de apacible descanso sobre su cálido y suave lomo. Le habló también de sus juegos con los otros niños cuidadores de búfalos. A Rahula le encantaba escuchar esas historias. Era una vida que él desconocía, ya que había crecido en un palacio. Le expresó su deseo de montarse en un búfalo. Svasti

le prometió que se las arreglaría para que su amigo pudiera vivir esa experiencia.

Svasti se preguntó cómo cumpliría la promesa, ya que ambos eran monjes completamente ordenados. Finalmente decidió que la próxima vez que pasaran cerca de su pueblo natal, pediría permiso al Buda para ir a visitar a su familia y le preguntaría si Rahula podía acompañarle. Cuando no hubiera nadie, le pediría a Rupak que dejase montar a Rahula sobre el lomo de uno de los búfalos que cuidaba. Rahula podría montar por la orilla del río Neranjara. Svasti planeaba quitarse los hábitos de monje y montarse también sobre un búfalo, como en los viejos tiempos.

El siguiente año, el Buda pasó la estación del retiro en la montaña rocosa de Calika. Era la decimotercera estación del retiro desde la Iluminación. Su asistente, en aquella época Meghiya, le confesó que, cuando se sentaba a solas en el bosque, se sentía turbado por pensamientos de deseo y de pasión. Estaba preocupado porque el Buda les animaba a meditar en soledad pero, cuando lo hacía, tenía obstáculos.

El Buda le dijo que practicar en soledad no significaba vivir sin el apoyo de los amigos. Perder el tiempo en conversaciones ociosas y chismorreos inútiles no beneficiaba la vida espiritual, pero recibir el apoyo de los amigos en la práctica era

extremadamente importante. Los monjes necesitaban vivir en comunidad para ayudarse y animarse unos a otros. Ése era el significado de tomar refugio en la Sangha.

El Buda le dijo también: “Un monje necesita cinco cosas. La primera es la presencia de amigos virtuosos que compartan el camino. La segunda son los preceptos que le ayudan a mantener la atención. La tercera es aprovechar todas las oportunidades para estudiar la enseñanza. La cuarta es diligencia y la quinta comprensión. Las cuatro últimas condiciones están estrechamente vinculadas con la primera y dependen de ella”.

“Meghiya, practica la

contemplación de la muerte, la compasión, la transitoriedad y la plena conciencia de la respiración”:

“Para eliminar el deseo, practica la contemplación de un cadáver, observando profundamente los nueve estadios de deterioro y putrefacción desde el momento que cesa la respiración hasta que los huesos se convierten en polvo”.

“Para eliminar el enfado y el odio, practica la meditación de la compasión. Esclarece las causas del enfado y del odio en nuestras mentes y también las razones profundas que han empujado a otros a actuar de ese modo contra nosotros”.

“Para eliminar el ansia, practica la

contemplación de la transitoriedad, que ilumina el nacimiento y la muerte de todas las cosas”.

“Para eliminar la confusión y la dispersión, practica la contemplación de la plena conciencia de la respiración”.

“Si practicas regularmente las cuatro, alcanzarás la Liberación y la Iluminación”.

Capítulo cincuenta y uno

EL TESORO DE LA VISIÓN PROFUNDA



AL concluir la decimotercera estación del retiro, el Buda regresó a Savatthi. Svasti y Rahula le acompañaron. Era la primera vez que Svasti visitaba el monasterio de Jetavana. Estaba encantado de descubrir lo hermoso y acogedor que era aquel lugar para la práctica. Jetavana era agradable, fresco y amigable. Todo el mundo le sonreía cálidamente, pues sabían que *El Sutra*

del Cuidado de los Búfalos de Agua estaba inspirado en su vida. Svasti estaba convencido de que en un entorno tan favorable haría grandes progresos en la práctica. Empezaba a comprender por qué la Sangha era tan importante como el Buda y el Dharma. La Sangha era la comunidad de personas que practican el Camino de la Conciencia Despierta proporcionando apoyo y guía. Era pues necesario tomar refugio en la Sangha.

Cuando Rahula cumplió veinte años, Sariputta dirigió la ceremonia de su ordenación. Ya era un monje completamente ordenado y toda la comunidad se regocijó. Unos días antes, el venerable Sariputta le dio enseñanzas especiales. Svasti solía acompañarle,

beneficiándose así de la enseñanza de Sariputta.

Después de la ordenación, el Buda dedicó a Rahula buena parte de su tiempo para enseñarle diferentes métodos de contemplación. Svasti estaba igualmente invitado a dichas sesiones. El Buda les enseñó la contemplación en los seis órganos de los sentidos: ojos, oídos, nariz, lengua, cuerpo y mente; en los seis objetos de los sentidos: formas, sonidos, olores, sabores, objetos del tacto y objetos de la mente; y las seis conciencias sensoriales: conciencia visual, conciencia auditiva, conciencia olfativa, conciencia gustativa, conciencia corporal y conciencia mental. El Buda

les enseñó cómo mirar profundamente la naturaleza transitoria de las dieciocho esferas de la sensación. Estas dieciocho esferas, o *dhatu*s, comprenden los seis órganos de los sentidos, los seis objetos de los sentidos y las seis conciencias de los sentidos u objetos sensoriales internos. Las percepciones surgen por el contacto entre un órgano sensorial y un objeto sensorial. Todas las esferas de los sentidos dependen de las demás para su existencia; todas son transitorias e interdependientes. Si se comprende esto, se comprende la verdad de la vacuidad del yo y se trasciende el nacimiento y la muerte.

El Buda le explicó con gran detalle la enseñanza sobre la vacuidad del yo.

Dijo:

“Rahula, entre los cinco *skandhas* —cuerpo, sensaciones, percepciones, formaciones mentales y conciencia— no hay nada que pueda considerarse permanente y nada que pueda ser denominado ‘yo’. Este cuerpo no es el yo, ni es este cuerpo algo que pertenezca al yo. El yo no puede ser hallado en el cuerpo, ni el cuerpo puede ser hallado en el yo”.

“Hay tres visiones distintas acerca del yo. La primera visión considera que el cuerpo es el yo, o que las sensaciones, percepciones, formaciones mentales y conciencia son el yo. Dicha visión es errónea; se llama, ‘la creencia de que los *skandhas* son el yo’. No

obstante, cuando se dice, ‘los *skandhas* no son el yo’ se puede caer en la segunda visión errónea, creyendo que el yo es algo que existe independientemente de los *skandhas* y que los *skandhas* son las posesiones del yo. Esta segunda se llama, ‘la creencia de que los *skandhas* son distintos del yo’. La tercera visión errónea es la creencia de que el yo está presente en los *skandhas* y los *skandhas* están presentes en el yo, y se llama ‘la creencia en la presencia de los *skandhas* en el yo y del yo en los *skandhas*’”.

“Rahula, practicar profundamente la meditación en la vacuidad del yo significa examinar los cinco *skandhas*

para descubrir que no son el yo, que no pertenecen al yo y que no coexisten con el yo. Cuando eliminamos estas tres visiones erróneas, podemos experimentar la verdadera naturaleza de la vacuidad de todos los dharmas”.

Svasti se había percatado de que un monje de Jetavana, llamado Thera, nunca hablaba con nadie e iba siempre solo. El venerable Thera no perturbaba a nadie ni violaba precepto alguno. Sin embargo, a Svasti le parecía que no vivía en auténtica armonía con el resto de la comunidad. Una vez trató de hablar con él, pero Thera se alejó sin responderle. Los monjes le apodaban “el que vive solo”. El Buda les exhortaba a menudo a que evitaran la

charlatanería, meditaran más y aprendieran a ser autosuficientes, pero Svasti sentía que el venerable Thera no vivía la clase de autosuficiencia de la que el Buda hablaba. Confundido, decidió preguntarle al Buda sobre ello.

Al día siguiente, durante la charla de Dharma, el Buda llamó al venerable Thera y le preguntó: “¿Es verdad que prefieres estar solo y que haces todo por ti mismo evitando el contacto con los otros monjes?”.

“Sí, señor, es cierto. Dices que seamos autosuficientes y que practiquemos la soledad”.

El Buda se dirigió entonces a la comunidad y dijo: “Monjes, explicaré ahora lo que significa ser autosuficiente

y cuál es el mejor modo de vivir en soledad. Una persona autosuficiente es la que permanece en la atención despierta. Es consciente de lo que ocurre en el momento presente, de lo que ocurre en su cuerpo, de cuáles son sus sensaciones, su mente y los objetos de su mente. Esa persona sabe cómo mirar en profundidad las cosas en el momento presente. No persigue el pasado ni se pierde en el futuro porque el pasado ya no es y el futuro no ha llegado todavía. La vida sólo transcurre en el momento presente. Si perdemos el momento presente, perdemos la vida. Éste es el mejor modo de vivir en soledad.

“¿Monjes, qué significa ‘perseguir

el pasado'? Significa perderse en pensamientos acerca de cómo erais entonces, qué sentimientos teníais, qué rango o posición ocupabais, qué felicidad o sufrimiento experimentabais. Dejando que surjan tales pensamientos, quedáis atrapados en el pasado”.

“Monjes, que significa ‘perderse en el futuro’? Perderse en el futuro significa perderse en pensamientos relacionados con el futuro. En este supuesto, imagináis, esperáis, teméis o bien os preocupáis por el futuro, preguntándoos cómo seréis, qué sensaciones tendréis, si experimentaréis felicidad o sufrimiento. Dejando que surjan tales pensamientos, quedáis atrapados por el futuro”.

“Monjes, volved al momento presente para estar en contacto directo con la vida y poder verla en profundidad. Si no conectáis directamente con la vida, no podéis ver con profundidad. La atención consciente os permite volver al momento presente. Pero si sois prisioneros del deseo y de la ansiedad con lo que está ocurriendo en el presente, perdéis la atención y no estáis realmente presentes en la vida”.

“Monjes, uno que sabe realmente estar solo, vive en el momento presente aún estando en medio de una muchedumbre. Si una persona sentada en pleno bosque no tiene plena atención, si se ve perseguida por el pasado y el futuro, no está realmente sola”.

Para resumir su enseñanza, el Buda recitó un *gatha*:

No persigas el pasado.
No te pierdas en el futuro.

El pasado ya no existe.
El futuro no ha llegado.
Mirando en profundidad
la vida tal cual es
en el aquí y ahora,
el practicante mora
en la estabilidad y la
libertad.

Debemos ser diligentes
hoy.

Será tarde si esperamos

a mañana.

La muerte viene de
manera inesperada.

¿Cómo podemos
negociar con ella?

El sabio, al que sabe
cómo vivir

noche y día en la
atención plena,

le llama, “El que conoce
la mejor manera de vivir
en soledad”.

Después de leer el *gatha*, el Buda
dio las gracias a Thera y le invitó a
volver a su asiento. No había ensalzado
ni criticado a Thera, pero era evidente

que, ahora, el monje tenía una mejor comprensión de lo que el Buda quería decir con ser autosuficiente y estar solo.

Durante la discusión de Dharma que tuvo lugar más tarde, aquella misma noche, los discípulos más avanzados hablaron de la importancia de las palabras pronunciadas. El venerable Ananda repitió el discurso del Buda, incluyendo el *gatha*, palabra por palabra. A Svasti no dejaba de sorprenderle su memoria; hablaba incluso con el mismo énfasis que el Buda. Cuando terminó de recitar, Mahakaccana se levantó y dijo, “sugiero que hagamos un sutra formal de la enseñanza de esta mañana, y propongo, además, que le llamemos el

Bhaddekaratta Sutta, El Sutra del Conocimiento de la Mejor Manera de Vivir en Soledad. Todos los monjes deben memorizarlo y ponerlo en práctica”.

Mahakassapa se puso de pie y apoyó la sugerencia.

A la mañana siguiente, cuando los monjes estaban mendigando, se encontraron con un grupo de niños jugando cerca de los arrozales. Habían cogido un cangrejo que uno de los muchachos sostenía con su dedo índice. Con la otra mano, le arrancó una de las pinzas bajo los aplausos y los gritos de los otros niños. Complacido con la reacción de sus compañeros, arrancó la otra pinza del cangrejo y después, una

por una, todas sus patas. Luego, arrojó el cangrejo a los arrozales y cogió otro.

Al ver llegar al Buda y a los monjes, los niños saludaron inclinando la cabeza y se dispusieron a proseguir con su cruel juego. Pero el Buda les dijo que pararan y añadió: “Niños, si alguien os arrancara un brazo o una pierna, ¿os dolería?”.

“Sí, Maestro”, respondieron los niños”.

“¿Sabíais que los cangrejos sienten también dolor, como vosotros?”.

Los niños no respondieron.

El Buda continuó: “El cangrejo come y bebe como vosotros. Tiene padres y hermanos y hermanas. Cuando le hacéis sufrir, hacéis sufrir también a

su familia. Pensad en lo que estáis haciendo”.

Los niños parecían arrepentidos de su mala acción. Observando que otras personas del pueblo se acercaban para saber de qué hablaba con los niños, el Buda aprovechó la ocasión para dar una enseñanza sobre la compasión.

Dijo: “Todo ser vivo merece disfrutar de un sentimiento de seguridad y de bienestar. Debemos proteger la vida y proporcionar felicidad a los demás. Todos los seres vivos, grandes o pequeños, de dos o de cuatro patas, nadadores o voladores, tienen derecho a la vida. No debemos dañar o matar a otros seres vivos. Tenemos que proteger la vida”.

“Niños, del mismo modo que una madre ama y protege a su único hijo aún a riesgo de su propia vida, debemos abrir nuestros corazones para proteger a todos los seres vivos. Nuestro amor debe abarcar a todos los seres por encima, por debajo, dentro, fuera o alrededor de nosotros. Día y noche, estando de pie o caminando, sentados o acostados, debemos permanecer en ese amor”.

El Buda pidió a los niños que soltaran al cangrejo, y después dijo: “Meditar en el amor de este modo trae felicidad, en primer lugar, a quien practica esta meditación. Dormiréis mejor y os despertaréis más tranquilos. No padeceréis pesadillas; no tendréis

pesar ni ansiedad, y estaréis protegidos por todos y por todo a vuestro alrededor. Las personas y los seres que traigáis a vuestra mente de amor y compasión os aportarán gran alegría y, poco a poco, su sufrimiento les abandonará”.

Svasti sabía que el Buda se había comprometido a compartir su enseñanza con los niños. Para colaborar, él y Rahula organizaron en Jetavana clases especiales para niños. Con la ayuda de jóvenes laicos, especialmente de los cuatro hijos de Sudatta, la juventud se reunía una vez al mes para una enseñanza especial. Al principio, Kala, el hijo de Sudatta, no era muy partidario de asistir a las sesiones y lo hacía

solamente porque le agradaba Svasti. Pero, poco a poco, su interés creció. La princesa Vajiri, la hija del rey, se ofreció también a colaborar.

Un día de luna llena, la princesa les había pedido a los niños que trajeran flores para ofrecérselas al Buda. Los niños llegaron con flores cogidas en sus propios jardines y en los campos que rodeaban el monasterio. La princesa Vajiri se presentó con un ramo de flores de loto del estanque del palacio. Entró silenciosamente con los niños en la sala de Dharma. Los adultos les abrieron paso para que se acercaran al Buda. Tras dejar las flores sobre una pequeña mesa dispuesta ante Él, los niños se inclinaron. El Buda sonrió y se inclinó a

su vez ante ellos. Después les invitó a que se sentaran en primera fila.

Aquel día, la charla de Dharma fue muy especial. El Buda esperó a que los niños tomaran asiento y después se levantó lentamente. Cogió una de las flores de loto y la sostuvo en alto ante la comunidad. No dijo nada. Todo el mundo estaba sentado en perfecto silencio. El Buda siguió manteniendo la flor en alto, sin decir palabra, durante un buen rato. La gente, perpleja, se preguntaba qué pretendía decir con eso. Después, el Buda miró a la comunidad y sonrió.

Dijo: “Tengo los ojos del verdadero Dharma, el tesoro de la maravillosa visión profunda, y acabo de

transmitírselo a Mahakassapa”.

Todos miraron a Mahakassapa y vieron que sonreía. Sus ojos no se habían separado del Buda y de la flor que sostenía. Cuando la gente miró de nuevo al Buda, vieron que él también estaba mirando la flor y sonreía.

Aunque Svasti estaba desconcertado, sabía que lo más importante era mantener la atención. Empezó a observar su respiración mientras miraba al Buda. El loto blanco en su mano se había abierto de nuevo. El Buda lo sostenía con un gesto noble y delicado. Con el índice y el pulgar sostenía el tallo de la flor que tomaba la forma de su mano. Y su mano era tan bella como el loto mismo, pura y

maravillosa. De repente, Svasti vio realmente la belleza pura y noble de la flor. No había nada en qué pensar. De una manera totalmente natural, una sonrisa asomó a su rostro.

El Buda comenzó a hablar. “Amigos, esta flor es una maravillosa realidad. Mientras la sostengo ante vosotros, tenéis la oportunidad de experimentarlo. Establecer contacto con la flor es establecer contacto con una maravillosa realidad. Es tomar contacto con la vida misma”.

“Mahakassapa ha sonreído antes que ningún otro porque ha sido capaz de establecer contacto con la flor. Si hay obstáculos en la mente, no se puede. Algunos de vosotros os preguntaríais,

‘¿por qué sostiene el Buda la flor de esa manera? ¿Cuál es el significado de su gesto?’. Si vuestra mente está ocupada con tales pensamientos, no podéis experimentar la flor realmente”.

Amigos, perderse en los pensamientos es una de las cosas que nos impide establecer un contacto verdadero con la vida. Si os domina la preocupación, la frustración, la ansiedad, el enfado o los celos, perdéis la oportunidad de establecer un contacto verdadero con las maravillas del mundo. Permaneced atentos para poder observar el sufrimiento y las maravillas de la vida”.



*Aquel día, la charla de
Dharma del Buda fue muy
especial.*

“Permanecer en contacto con el sufrimiento no significa perderse en él. Estar en contacto con las maravillas de la vida no significa tampoco perderse en ellas. Estar en contacto es realmente encontrarse con la vida, verla en su profundidad. Encontrándonos directamente con la vida, comprendemos su naturaleza interdependiente e impermanente. Gracias a ello, no nos abandonamos más al deseo, al enfado y a la ansiedad. Moramos en la libertad y

la liberación”.

Svasti estaba muy contento por haber sonreído y comprendido antes de que el Buda hablara. El venerable Mahakassapa había sonreído el primero. Era uno de los maestros de Svasti y uno de los discípulos más antiguos, con un largo trecho del camino recorrido. Svasti sabía que no podía compararse con él y con los otros ancianos, como Sariputta, Moggallana y Assaji. Después de todo, ¡él sólo tenía veinticuatro años!

Capítulo cincuenta y dos **CAMPOS DE MÉRITO**



SVASTI pasó la siguiente estación de retiro en el monasterio de Nigrodha, en Kapilavatthu. El Buda había regresado a su tierra natal antes del retiro, después de enterarse del conflicto y los disturbios entre los reinos de Sakya y Koliya. Koliya era la tierra natal de su madre así como de Yasodhara.

El río Rohini separaba ambos reinos. De hecho, la disputa estaba relacionada con el derecho al agua del

río. Debido a una sequía, ninguno tenía agua suficiente para regar sus campos y los dos querían construir un dique en el Rohini para hacer uso del poco agua que quedaba. Al principio, el conflicto se redujo a malas palabras entre los granjeros de un lado y otro del río, pero las pasiones pronto se enardecieron y los granjeros empezaron a arrojar piedras. La policía acudió para proteger a los ciudadanos y, finalmente, los soldados se instalaron en ambas orillas del río. La situación era tal, que el conflicto podía desembocar en guerra en cualquier momento.

El Buda quería, en primer lugar, comprender las causas de la disputa. Para ello, preguntó a los generales

Sakyas, desplazados al río. Éstos acusaron a los ciudadanos de Koliya de poner en peligro las vidas y las propiedades de los ciudadanos Sakyas. Después preguntó a los generales del lado de Koliya y éstos acusaron a los ciudadanos Sakyas de poner en peligro las vidas y las propiedades de los ciudadanos de Koliya. Finalmente, preguntó a los granjeros locales y fue entonces cuando supo que la verdadera fuente del conflicto era la escasez de agua.

Gracias a sus estrechos lazos con las dinastías Sakya y Koliya, el Buda pudo organizar un encuentro entre el rey Mahanama y el rey Suppabuddha, a quienes pidió que negociaran una

solución rápida a la crisis, pues ambas partes perderían en la guerra, tanto si ganaban como si perdían. Dijo: “Majestades, ¿qué es más valioso, el agua o las vidas humanas?”.

Los reyes estuvieron de acuerdo en que las vidas humanas eran infinitamente más valiosas.

Entonces, el Buda dijo: “Majestades, la necesidad de una adecuada irrigación ha sido la causa del enfrentamiento. Si el orgullo y la ira no hubieran estallado, el conflicto se habría resuelto fácilmente. ¡No hay necesidad de una guerra! Examinad vuestros corazones. No derramáis la sangre de vuestra gente por orgullo y enfado; cuando amainen, las tensiones que

inducen a la guerra desaparecerán. Sentaos y negociad el modo de compartir equitativamente el agua del río en época de sequía. Ambas partes deben adjudicarse la misma cantidad”.

Gracias al consejo del Buda, las dos partes llegaron rápidamente a un acuerdo y restablecieron las relaciones cálidas y cordiales. El rey Mahanama pidió al Buda que se quedara y pasara la estación del retiro en Sakya. Era la decimoquinta estación del retiro desde que el Buda alcanzó la Iluminación.

Después del retiro, el Buda regresó al sur. La decimosexta estación del retiro la pasó en Alavi, la decimoséptima en el Bosque de Bambú, la decimoctava en Koliya y la

decimonovena en Rajagaha.

Cuando el Buda iba a Rajagaha, prefería instalarse en la montaña Gijjhakuta, una montaña que, por tener su pico más alto la forma de un buitre, era conocida como el Pico del Buitre. El rey Bimbisara, que le visitaba con regularidad para recibir instrucciones de Dharma, hizo construir una escalera en la ladera de la montaña que conducía directamente a la cabaña del Buda. También había ordenado la construcción de pequeños puentes sobre las burbujeantes cascadas y manantiales. Al rey le agradaba dejar su carruaje al pie de la montaña y subir por la escalera de piedra. Cerca de la cabaña del Buda había una roca, grande como un grupo de

casas, y un riachuelo de agua cristalina, donde lavaba los hábitos, secándolos sobre una roca lisa. La cabaña había sido construida con piedras cogidas de la montaña. La vista desde allí era magnífica y, las puestas de sol, lo que más apreciaba. Algunos discípulos aventajados, como Sariputta, Uruvela Kassapa, Moggallana, Upali, Devadatta y Ananda tenían también sus cabañas en el Pico del Buitre.

La Sangha del Buda contaba ahora con dieciocho centros de práctica en Rajagaha y sus alrededores. Además del Bosque de Bambú (Venuvana) y del Pico del Buitre, algunos de los centros eran, Vaibharavana, Sarpasundika-pragbhara, Saptaparnaguha e Indrashailaguha, estos

dos últimos contruidos en el interior de gigantescas cavernas.

Jivaka, el hijo de Ambapali y del rey Bimbisara, había finalizado sus estudios de medicina y vivía en una cabaña cerca del Pico del Buitre. Se había convertido en uno de los discípulos laicos principales del Buda, y su habilidad para curar enfermedades graves le había proporcionado una gran reputación. De hecho, era el médico personal del rey Bimbisara.

Jivaka vigilaba la salud del Buda y de los monjes residentes en el Pico del Buitre y en el Bosque de Bambú. Todos los inviernos rogaba a sus amigos que ofrecieran hábitos suplementarios a los monjes para que los usaran como mantas

durante la noche. Estaba tan interesado en la prevención de las enfermedades como en su cura. Sugirió una serie de medidas sanitarias básicas como, por ejemplo, que se hirviera el agua extraída de estanques y lagos antes de bebería, que los monjes lavaran sus hábitos al menos una vez cada siete días y que se habilitaran más cuartos de aseo en las tierras del monasterio. También aconsejó que no conservaran la comida más de una noche. El Buda aceptó todas sus sugerencias.



*El Buda lavó el hábito que
le había ofrecido Jivaka.*

El ofrecimiento de hábitos se había convertido en una práctica muy popular entre los discípulos laicos. Un día, el Buda vio que un monje volvía al monasterio con una pila de hábitos sobre el hombro, y le preguntó: “¿Cuántos hábitos llevas?”.

“Señor, llevo ocho”, respondió el monje “¿Crees que necesitas tantos?”.

“No, señor. Los he aceptado porque la gente me los ha ofrecido”.

“¿Cuántos hábitos crees que necesita un monje?”.

“Señor, a mi parecer, tres hábitos es lo adecuado. Con tres, hay suficiente para no pasar frío durante la noche”.

“Comparto tu parecer. Yo también pienso que tres son suficientes para las noches frías. Anunciamos que, de ahora en adelante, cada monje poseerá un cuenco de mendicante y no más de tres hábitos. Si alguien recibe más, deberá rechazar el ofrecimiento”.

El monje se inclinó ante el Buda y se dirigió a su cabaña.

Un día, mientras el Buda contemplaba los arrozales desde la cima de una elevada colina, le dijo a Ananda: “Ananda, ¡que hermosos son los dorados mosaicos que se forman en los arrozales que se extienden hasta el horizonte! ¿No

sería estupendo que cosiéramos nuestros hábitos siguiendo ese modelo?”.

Ananda respondió, “Señor, es una magnífica idea. Sería estupendo coserlos formando el mismo dibujo que los arrozales. Tú mismo dijiste que el monje que practica el camino es como un campo fértil en el que se han plantado las semillas de la virtud y del mérito para beneficio de las generaciones presentes y futuras. Y hacerle ofrecimientos, o estudiar y practicar con él, es como sembrar semillas de virtud y mérito. Informaré al resto de la comunidad de que, a partir de ahora, cosan los hábitos basándose en el modelo de los campos de arroz. Nuestros hábitos podrían llamarse

‘campos de mérito’”.

El Buda aprobó la propuesta con una sonrisa.

Al año siguiente, el Buda regresó a Jetavana para la estación del retiro, tras las súplicas de Sudatta, que viajó hasta Rajagaha para recordarle respetuosamente que había transcurrido mucho tiempo desde la última estación del retiro en aquel monasterio. Era la vigésima estación de retiro desde que alcanzara la Iluminación. El Buda tenía ahora cincuenta y cinco años. El rey Pasenadi se regocijó cuando supo de su regreso e inmediatamente fue a visitarle con toda la familia real, incluyendo a su segunda mujer, Vrishabhakshatriya, y sus dos hijos, el príncipe Vidudabha y la

princesa Vajna. Su segunda esposa pertenecía al clan Sakya. Después de convertirse en discípulo del Buda, muchos años atrás, el rey Pasenadi había enviado una delegación al reino de Sakya para pedir la mano de una de las princesas Sakyas, y el rey Mahanama le había mandado a su propia hija, le hermosa Vrishabhakshatriya.

El rey Pasenadi no se perdió un solo discurso de Dharma del Buda. Cada vez eran más las personas que iban a escucharle cuando daba enseñanzas. Una de las discípulas nuevas que más apoyaba a la Sangha era la señora Visakha, que había ofrecido a los monjes un extenso y verde bosque, al este de Savatthi. Era algo más pequeño

que Jetavana, pero no por eso menos hermoso. Con la ayuda de muchos de sus amigos, la señora Visakha había construido una sala de meditación, una sala de Dharma y diversas cabañas. De acuerdo con la sugerencia de Sariputta, el nuevo monasterio recibió el nombre de Parque del Este o Purvarama, y la sala de Dharma, situada en el centro del parque, Sala de Visakha.

La señora Visakha había nacido en la ciudad de Bhaddiya, en el reino de Anga, y era hermana de un hombre extremadamente rico llamado Dhananjaya. Su esposo, un acaudalado ciudadano de Savatthi, y su hijo, habían sido discípulos de Nigantha Nataputta, por lo que, inicialmente, ninguno de

ellos se sintió atraído hacia el Buda. No obstante, inspirados por la devoción de la señora Visakha hacia el Dharma, poco a poco, empezaron a interesarse por la enseñanza del Buda y, finalmente, pidieron ser aceptados como discípulos laicos. La señora Visakha y su amiga, la señora Suppiya, visitaban a menudo los monasterios del Buda, ofreciendo medicinas, hábitos y toallas a cualquier monje o monja que lo necesitara. La señora Visakha se comprometió también a ayudar a la monja Mahapajapati en sus esfuerzos por construir un centro para las monjas en la orilla derecha del Ganges. La señora Visakha era una ardiente benefactora de las monjas, tanto en cuestiones materiales como

espirituales. En más de una ocasión, su compasiva sabiduría fue de gran ayuda, al mediar en los pequeños conflictos entre las monjas.

En una reunión de Dharma en la Sala de Visakha se tomaron dos importantes decisiones. La primera, que Ananda fuera el asistente permanente del Buda y, la segunda, que el Buda volvería cada año a Savatthi para el retiro de la estación lluviosa.

La primera sugerencia fue propuesta por Sariputta diciendo, “el hermano Ananda posee la mejor memoria de toda la comunidad. Nadie más tiene esa capacidad sobrenatural para recordar cada una de las palabras que salen de la boca del Buda. Es el

único capaz de repetir los discursos del Buda sin olvidar una sola palabra. Si Ananda fuera su asistente, oiría todo lo que el Buda enseñe, tanto si se trata de una charla de Dharma ante una gran asamblea, como de una conversación privada con un discípulo laico. La enseñanza del Buda es infinitamente preciosa, por lo tanto tenemos que esforzarnos por preservarla y protegerla. Por negligencia, durante los últimos veinte años, hemos perdido muchas cosas que el Buda ha expresado. Hermano Ananda, en nombre de todos nosotros y en nombre de las generaciones futuras, por favor acepta la tarea de ser el asistente del Buda”.

Todos los monjes manifestaron su

aprobación y apoyo a la propuesta del venerable Sariputta. No obstante, el venerable Ananda expresó su reticencia diciendo, “veo diversos problemas. Para empezar, no es seguro que el Buda esté de acuerdo en aceptarme como asistente ya que siempre ha tenido gran cuidado en no favorecer a ningún miembro del clan Sakya. Es incluso estricto y reservado con la monja Mahapajapati, su propia madrastra, y Rahula no ha dormido nunca en la cabaña del Buda ni compartido con Él una comida privada. En cuanto a mí, jamás me ha concedido un privilegio especial. Me temo que si se me elige como asistente, algunos hermanos me acusarían de hacer uso de mi posición

para obtener favores especiales e, incluso otros, podrían acusarme de señalar sus defectos al Buda, en caso de que el Buda les corrigiera”.

Ananda miró a Sariputta y continuó, “el Buda tiene en alta estima a Sariputta.

Es, entre todos los hermanos, el más lúcido e inteligente. Sariputta ha sido el responsable de la enseñanza y de la organización de la Sangha. Es natural que el Buda deposite en él toda su confianza. Aún así, Sariputta se ha ganado los celos de muchos hermanos pues, aunque el Buda, antes de tomar una decisión, consulte con varias personas, hay quienes se quejan de que es Sariputta quien las toma. Como si el Buda no fuera capaz de hacerlo. Tales

acusaciones son ridículas pero, debido a esta clase de malos entendidos, deseo declinar la oferta de ser el asistente del Buda”. El venerable Sariputta sonrió, “no tengo miedo de los celos de otro hermano, fruto de su temporal incomprensión. Estoy convencido de que cada cual debe hacer lo que considere más correcto y beneficioso, independientemente de lo que digan los demás. Ananda, sabemos que pones atención y cuidado en todos tus actos. Por favor, acepta la situación. Si no lo haces, el Dharma sufrirá en esta generación y en las futuras”.

El venerable Ananda permaneció sentado en silencio. Finalmente, tras reflexionar un buen rato, dijo, “la

aceptaré si el Buda acepta mis peticiones: Primera, el Buda no me dará nunca uno de sus hábitos. Segunda, el Buda no compartirá conmigo los ofrecimientos de comida que reciba. Tercera, el Buda no permitirá que me aloje en su misma cabaña. Cuarta, el Buda no me pedirá que le acompañe a comer a casa de un discípulo laico. Quinta, si estoy invitado a comer a casa de un discípulo laico, el Buda podrá ir también. Sexta, el Buda me permitirá hacer uso de mi discreción al admitir o rechazar a las personas que piden audiencia con Él. Séptima, el Buda repetirá lo que yo no haya comprendido siempre que se lo pida. Y octava, el Buda me transmitirá la esencia de

cualquier charla de Dharma que imparta, siempre que yo no haya podido asistir”.

El venerable Upali se puso de pie para hablar, “las condiciones de Ananda parecen más que razonables. Estoy convencido de que el Buda las aceptará. No obstante, no puedo aceptar el cuarto punto, pues, si nuestro hermano Ananda no acompaña al Buda a los hogares de los discípulos laicos, ¿cómo memorizará lo que el Buda diga a los laicos, posiblemente beneficioso para las generaciones futuras y para nosotros mismos? Yo sugiero que siempre que el Buda sea invitado a comer a casa de una persona laica, lleve consigo, además de Ananda, a otro monje. Así, nadie podrá acusarle de recibir favores especiales”.

Ananda dijo, “hermano, no me parece una buena idea. ¿Qué pasa si el discípulo laico sólo puede ofrecer comida a dos monjes?”.

Upali replicó, “entonces, el Buda, tú y el otro monje ¡tendréis que contentaros con menos comida!”.

El comentario provocó la hilaridad de los otros monjes, lo cual indicaba que el problema de encontrar al mejor asistente para el Buda se había resuelto. Seguidamente, consideraron la propuesta de que el Buda permaneciera todos los años en Savatthi durante la estación del retiro. Savatthi era un buen lugar, ya que Jetavana, el parque del Este y el convento de las monjas se hallaban en los alrededores. Savatthi se

convertiría así en el centro principal de la Sangha. Si el Buda permanecía en el mismo lugar todos los años, muchos discípulos podían organizarse para asistir al retiro y recibir directamente la enseñanza del Buda. Los benefactores laicos, como Anathapindika y la señora Visakha, se habían comprometido a proporcionar comida, medicinas, hábitos y alojamiento a todos los monjes y monjas que viajaran hasta Savatthi para la estación del retiro.

Los monjes concluyeron su reunión acordando que todas las estaciones del retiro se organizarían en Savatthi y, después, se dirigieron a la cabaña del Buda para presentarle sus ideas. El Buda aceptó gustosamente ambas

propuestas.

Capítulo cincuenta y tres

VIVIR EN EL PRESENTE



EN la primavera del siguiente año, el Buda pronunció en Kammassadhamma, la capital de Juru, ante una asamblea de más de trescientos monjes, el *Satipatthana Sutta*, *El Sutra de los Cuatro Fundamentos de la Atención*. Era un sutra fundamental para la práctica de la meditación y, según el Buda, podía ayudar a cualquier persona a alcanzar la paz de cuerpo y mente, a eliminar los pesares y lamentos, a destruir el

sufrimiento y la pena, y a alcanzar la comprensión más elevada y la emancipación total. Más tarde, el venerable Sariputta dijo a la comunidad que era uno de los sutras más importantes de los que el Buda había pronunciado jamás y alentó a todos los monjes y monjas a estudiarlo, memorizarlo y practicarlo.

Aquella misma noche, el venerable Ananda repitió cada palabra del sutra. *Sati* significa “vivir con atención plena”, es decir, el practicante es consciente de lo que sucede en su cuerpo, sensaciones, mente y objetos de la mente —los cuatro fundamentos de la atención despierta o conciencia—.

En primer lugar, el practicante

observa su cuerpo —la respiración; las cuatro posturas corporales: caminar, estar de pie, acostarse, y sentarse; las acciones corporales: ir hacia adelante, ir hacia atrás, mirar, ponerse los hábitos, comer, beber, usar el servicio, hablar y lavar los hábitos; las partes del cuerpo: cabello, dientes, nervios, huesos, órganos internos, médula, intestinos, saliva y sudor; los elementos que componen el cuerpo: agua, aire y calor; y los estadios de descomposición del cuerpo desde el momento de la muerte hasta que los huesos se convierten en polvo—.

Al observar el cuerpo, el practicante es consciente de todos los detalles que se refieren al cuerpo. Por

ejemplo, cuando inspira, el practicante sabe que inspira; cuando expira, sabe que expira. Cuando inspira y apacigua su cuerpo, el practicante sabe que inspira y apacigua su cuerpo. Cuando camina, el practicante sabe que camina. Cuando está sentado, el practicante sabe que está sentado. Cuando efectúa movimientos como ponerse los hábitos o beber agua, el practicante sabe que se pone los hábitos o bebe agua. La observación del cuerpo no se realiza sólo cuando se practica la meditación sentado, sino durante todo el día, incluyendo los momentos en que uno mendiga, come o lava el cuenco.

Al observar las sensaciones, el practicante las contempla en el momento

que surgen, se desarrollan y desaparecen, sean agradables, desagradables o neutras. La fuente de las sensaciones puede ser el cuerpo o la mente. Cuando siente dolor de muelas, el practicante sabe que siente dolor de muelas; cuando está contento porque ha sido ensalzado, el practicante es consciente de que está contento porque ha sido ensalzado. El practicante mira en profundidad con el fin de apaciguar cualquier sensación y poder ver con claridad el origen de las sensaciones. Se observa las sensaciones no sólo en los momentos que uno medita sentado. Se practica a lo largo de todo el día.

Al observar la mente, el practicante observa la presencia de los estados

mentales. Cuando tiene ansiedad, sabe que tiene ansiedad; cuando no tiene ansiedad, sabe que no tiene ansiedad. Enfadado o somnoliento, sabe que está enfadado o somnoliento. Si no está enfadado o somnoliento, sabe que no está enfadado o somnoliento. Centrado o distraído, sabe que está centrado o distraído. Si está mentalmente abierto, mentalmente cerrado, bloqueado, concentrado o iluminado, el practicante lo sabe inmediatamente. Y si no experimenta ninguno de esos estados, el practicante lo sabe también al instante. El practicante reconoce y es consciente de cada estado mental que surge en su interior en el instante presente.

Al observar los objetos de la

mente, el practicante observa, cada vez que se presentan, los cinco obstáculos para la liberación (deseo sensorial, mala voluntad, somnolencia, agitación y duda); los cinco *skandhas* que constituyen la persona (cuerpo, sensaciones, percepciones, formaciones mentales y conciencia); los seis órganos de los sentidos y los seis objetos de los sentidos; los siete factores de la Iluminación (atención, análisis, energía, alegría, tranquilidad, concentración y soltar); y las Cuatro Nobles Verdades (la existencia del sufrimiento, las causas del sufrimiento, la liberación del sufrimiento y el camino que conduce a la liberación del sufrimiento). Éstos son los objetos de la mente y contienen

todos los dharmas.

El Buda explicó detalladamente cada uno de los cuatro fundamentos y dijo que quien los practicara durante siete años, alcanzaría la liberación. Añadió que quien lo hiciera durante siete meses, podría igualmente alcanzar la liberación. Y dijo que incluso quien practicara los cuatro fundamentos durante siete días, podría alcanzar la liberación.

Durante una discusión de Dharma, el venerable Assaji recordó a la comunidad que no era la primera vez que el Buda enseñaba los Cuatro Fundamentos de la Atención. De hecho, había hablado sobre ellos en diversas ocasiones, pero ésta era la primera vez

que recogía todas sus enseñanzas anteriores sobre el tema de una manera tan completa y detallada. Assaji estaba de acuerdo con Sariputta en que este sutra debía ser memorizado, recitado y practicado por todos los monjes y monjas.

Ese mismo año, el Buda regresó a Jetavana a finales de la primavera. Fue entonces cuando conoció y transformó a un famoso asesino llamado Angulimala. Un día, al entrar el Buda en Savatthi, tuvo la sensación de haber entrado en una ciudad fantasma. Todas las puertas estaban cerradas a cal y canto y no había ni un alma en las calles. El Buda se paró delante de la puerta de una casa donde normalmente recibía ofrendas de

comida. La puerta se entreabrió y, viendo el propietario que era el Buda, le invitó a que entrara a toda prisa. Una vez dentro, el propietario cerró la puerta con cerrojo e invitó al Buda a que tomara asiento, sugiriéndole que comiera en el interior de la casa. Dijo, “Señor, es muy peligroso salir de casa. El asesino Angulimala ha sido visto por esta zona y se dice que, en otras ciudades, ha matado a mucha gente. Cada vez que mata a alguien, le corta un dedo y lo añade al collar de dedos que lleva alrededor del cuello. Cuando haya matado a cien personas y tenga un talismán de cien dedos, dicen, sus poderes malignos serán todavía más terribles. Es extraño, nunca roba nada a

las personas que asesina. El rey Pasenadi ha organizado una brigada de soldados y policías para salir en su busca”.

“¿Y por qué tiene que reclutar el rey a toda una brigada de soldados para perseguir solamente a uno?”.

“Respetado Gautama, Angulimala es muy peligroso. Es un luchador fuera de lo común. Una vez, venció a cuarenta hombres que habían logrado cercarle en una calle. Mató a casi todos y, los que sobrevivieron, tuvieron que huir a toda prisa para salvar sus vidas. Dicen que Angulimala se esconde en el Bosque de Jalini. No hay nadie que se atreva a pasar por ahí. Hace poco, veinte policías armados entraron en el bosque

para tratar de capturarlo, pero sólo dos salieron del bosque con vida. Y ahora, que ha sido visto por esta ciudad, nadie se atreve a salir de sus casas”.

El Buda dio las gracias al hombre por hablarle de Angulimala y se dispuso a partir. El hombre le imploró que se quedara en su casa, pues allí estaría seguro, pero el Buda rehusó diciendo que sólo podría preservar la confianza de la gente si seguía haciendo su ronda de mendicante como tenía por costumbre.

Mientras el Buda caminaba calle abajo lentamente y con atención plena, oyó a lo lejos el sonido de unos pasos que corrían hacia Él. Sabía que era Angulimala, pero no tenía miedo. Siguió

caminando con paso lento, consciente de todo cuanto ocurría dentro y fuera de sí mismo.

Angulimala gritó, “¡detente, monje!, ¡detente!”.

El Buda siguió caminando con pasos lentos y firmes. Sabía por el sonido de los pasos de Angulimala que había dejado de correr; andaba con paso ligero y estaba ya muy cerca. Aunque el Buda tenía cincuenta y cinco años, su vista y su oído eran más agudos que nunca. No llevaba en las manos más que el cuenco de mendicante. Sonrió al pensar lo rápido y ágil que había sido en las artes marciales cuando era un joven príncipe. Los otros chicos nunca pudieron vencerle. El Buda sabía que

Angulimala estaba ya muy cerca y, sin duda alguna, llevaría un arma, pero siguió caminando tranquilamente.

Cuando Angulimala le alcanzó, se puso a andar a su lado y le dijo, “monje, te he dicho que te detengas. ¿Por qué no lo haces?”.

Pero el Buda, que seguía caminando, le dijo: “Angulimala, yo me detuve hace ya mucho tiempo. Eres tú el que no se ha detenido”.

Angulimala se quedó asombrado cuando escuchó la inusual respuesta del Buda y le cortó el paso para forzarle a detenerse. El Buda miró a Angulimala directamente a los ojos. De nuevo Angulimala se quedó estupefacto; sus ojos brillaban como dos luceros. El

asesino nunca se había encontrado con alguien que irradiara tanta serenidad y paz. El resto de la gente huía inmediatamente presa del terror, ¿Por qué este monje no mostraba ningún miedo? El Buda miraba a Angulimala como si fuera un hermano o un amigo. Había pronunciado su nombre, así que, evidentemente, sabía quien era y qué fechorías estaba llevando a cabo. ¿Cómo podía permanecer tan sereno y relajado frente a un asesino? De repente, Angulimala sintió que ya no podía soportar la mirada bondadosa y amable del Buda, y dijo, “monje, has dicho que paraste hace ya tiempo, pero seguías andando; y has dicho también que yo era quien no se había parado. ¿Qué querías

decir?”.

El Buda respondió: “Angulimala, yo he parado de cometer actos que causan sufrimiento a otros seres vivos hace ya mucho tiempo. He aprendido a proteger la vida, las vidas de todos los seres, no sólo de los seres humanos. Angulimala, todos los seres vivos quieren vivir y todos temen la muerte. Debemos desarrollar un corazón compasivo y proteger las vidas de todos los seres”.

“Los seres humanos no sienten amor por los demás. ¿Por qué debería yo amarles? Los seres humanos son crueles y falaces y no descansaré hasta que los mate a todos”.

El Buda habló dulcemente:

“Angulimala, sé que has sufrido lo indecible a manos de otros seres humanos. A veces los humanos pueden ser extremadamente crueles. Tal crueldad es el resultado de la ignorancia, del odio, del deseo y de los celos. Sin embargo, los humanos también pueden ser comprensivos y tener compasión. ¿Te has encontrado alguna vez con un monje? Los monjes se comprometen a proteger las vidas de todos los seres. Toman el voto de superar el deseo, el odio y la ignorancia. Y no sólo los monjes, hay muchas personas que basan sus vidas en la comprensión y el amor. Angulimala, es posible que haya gente cruel en este mundo, pero hay también mucha gente

bondadosa. No seas ciego. Mi camino puede transformar la crueldad en bondad. Estás en el camino del odio. Deberías parar. Escoge el camino del perdón, la comprensión y el amor”.

Las palabras del Buda conmovieron a Angulimala. Su mente estaba aún sumida en la confusión. De pronto, sintió como si le hubieran abierto una herida y echado sal en ella. Veía que el Buda hablaba desde el amor. No había en Él odio ni aversión. Miraba a Angulimala como si le considerara una buena persona, digna de respeto. ¿Podría ser este monje el mismísimo Gautama, al que la gente llamaba “el Buda” y al que tanto ensalzaban? Angulimala preguntó entonces, “¿eres el

monje Gautama?”.

El Buda asintió.

“Es una pena que no te haya conocido antes —dijo Angulimala—. He ido demasiado lejos en mi camino de destrucción. Ya no es posible retroceder”.

“No Angulimala, nunca es demasiado tarde para hacer una buena acción”.

“¿Qué buena acción podría hacer?”.

“La de dejar de andar por el camino del odio y la violencia. Ese sería el acto más grande de todos. Angulimala, aunque el mar del sufrimiento sea inmenso, si te giras, verás la orilla”.

“Gautama, aunque quisiera, ya no podría volver atrás. Nadie me dejaría vivir en paz después de todo lo que he hecho”.

El Buda cogió la mano de Angulimala y dijo: “Angulimala, te protegeré si prometes abandonar tu mente de odio y te dedicas al estudio y la práctica del Camino. Toma el voto de empezar de nuevo y sirve a los demás. Es evidente que eres un hombre inteligente. Estoy convencido de que podrías obtener grandes resultados en el camino de la realización”.

Angulimala se arrodilló ante el Buda. Se quitó la espada que llevaba atada a la espalda, la dejó en el suelo, y se postró a los pies del Buda. Después,

se cubrió el rostro con las manos y sollozó. Tras un largo rato, Angulimala miró al Buda y dijo, “prometo abandonar mis actos malignos. Te seguiré y aprenderé compasión de ti. Te suplico que me aceptes como discípulo”.

En ese momento, llegaron los venerables Sariputta, Ananda, Upali, Kimbila y algunos monjes más que rodearon al Buda y a Angulimala. Al ver al Buda sano y salvo y a Angulimala preparándose para tomar los refugios, sus corazones se regocijaron. El Buda le pidió a Ananda que le consiguiera un hábito a Angulimala y le dijo a Sariputta que preguntara en alguna casa si le podían prestar una navaja para que

Upali le afeitara la cabeza. Angulimala iba a ser ordenado en aquel momento y en aquel lugar: Se arrodilló, recitó los tres refugios y Upali le dio los preceptos. Después, regresaron todos juntos a Jetavana.

Durante los diez días que siguieron, Upali y Sariputta enseñaron a Angulimala la práctica de los preceptos, la práctica de la meditación y el modo de mendigar. Angulimala se esforzaba mucho más que cualquier otro monje. Hasta el Buda se quedó sorprendido viendo su transformación cuando fue a visitarle, dos semanas después de su ordenación. Angulimala irradiaba serenidad y estabilidad y una amabilidad tan poco corriente que los

demás empezaron a llamarle “Ahimsaka”, que significa, “el no violento”. De hecho, era el nombre que le habían puesto al nacer. A Svasti le parecía que ese nombre le iba estupendamente, pues, aparte del Buda, no había ningún monje con una mirada tan bondadosa.

Una mañana, el Buda entró en Savatthi para mendigar, acompañado por cincuenta monjes, entre los que se hallaba Ahimsaka. Al llegar a las puertas de la ciudad, se encontraron con el rey Pasenadi montado sobre su corcel, a la cabeza de un batallón de soldados. El rey y sus generales iban ataviados para la batalla. Cuando el rey vio al Buda, desmontó y se inclinó

respetuosamente.

El Buda le preguntó: “Majestad, ¿qué ocurre? ¿Acaso otro reino ha invadido vuestras fronteras?”.

El rey respondió: “Señor, nadie ha invadido Kosala. He reunido a estos soldados para tratar de capturar al asesino Angulimala. Es un hombre extremadamente peligroso y, por el momento, nadie ha sido capaz de llevarlo ante la justicia. Se le vio en la ciudad hace dos semanas y mi gente vive en constante temor”.

“¿Estás seguro de que Angulimala es tan peligroso como dices?”.

Y el rey respondió: “Señor, Angulimala es un peligro para todo hombre, mujer y niño. No descansaré

hasta que sea capturado y sentenciado a muerte”.

El Buda preguntó: “Si Angulimala se arrepintiera de sus actos y se comprometiera a no matar nunca más, si tomara los votos de un monje y respetara a todos los seres vivos, ¿tendrías todavía necesidad de capturarlo y de matarlo?”.



*Angulimala se postró a los
pies del Buda.*

“Señor, si Angulimala se convirtiera en tu discípulo y siguiera los preceptos de no matar, si viviera la vida pura e inofensiva de un monje, ¡mi felicidad no conocería límites! No sólo le perdonaría la vida y le dejaría en libertad, le ofrecería además hábitos, comida y medicinas. Pero me resulta difícil pensar que algo así ocurra”.

El Buda señaló a Ahimsaka que estaba de pie, detrás de Él, y dijo: “Majestad, este monje es Angulimala. Ha tomado los preceptos de un monje y

se ha convertido en un nuevo hombre estas dos últimas semanas”.

El rey Pasenadi se quedó horrorizado cuando se vio tan cerca del famoso asesino.

El Buda dijo: “No tienes por qué temerle, Majestad. El monje Angulimala es más manso que un cordero. Ahora le llamamos Ahimsaka”.

El rey miró larga y fijamente a Ahimsaka y, tras inclinarse ante él, le preguntó, “respetado monje, ¿en qué familia naciste? ¿Cómo se llamaba tu padre?”.

“Majestad, el nombre de mi padre era Gagga y el de mi madre Mantani”.

“Monje Gagga Mantaniputta, permíteme que te ofrezca hábitos,

comida y medicamentos”.

Ahimsaka respondió, “gracias, Majestad, pero ya tengo tres hábitos, recibo comida todos los días cuando voy a mendigar y, de momento, no necesito medicinas. Por favor, acepta mi más sincero agradecimiento por tu ofrecimiento”.

El rey se inclinó otra vez ante el nuevo monje y se dirigió al Buda. “Maestro Iluminado, tu virtud es realmente maravillosa. Aportas paz y bienestar allí donde ningún otro hombre lo logra. Lo que otros no consiguen resolver mediante la fuerza y la violencia, tú lo resuelves mediante tu gran virtud. Deja que te exprese mi profunda gratitud”.

Y después de informar a sus generales de que podían disolver las tropas y volver a sus tareas habituales, el rey se marchó.

Capítulo cincuenta y cuatro **VIVID CON ATENCIÓN CONSCIENTE**



LA noticia de la ordenación de Angulimala se extendió rápidamente por la ciudad. Todo el mundo respiraba aliviado. Los reinos vecinos también se enteraron enseguida de la transformación del asesino, y el aprecio de las gentes por el Buda y la Sangha se acrecentó todavía más.

La Sangha continuó atrayendo a muchos jóvenes brillantes y capaces que

abandonaron otras sectas para seguir la enseñanza del Buda. La historia del discípulo laico Upali, que abandonó la secta Nigantha, se convirtió en un tema excitante de conversación entre los círculos religiosos de Kosala y Magadha. Upali era un joven, rico e inteligente, que vivía en el norte de Magadha y uno de los principales benefactores de la secta Nigantha, dirigida por un maestro llamado Nataputta. Los ascetas de Nigantha llevaban una vida muy sobria, rechazando incluso la ropa, y eran sumamente considerados por la gente.

Aquella primavera, el Buda residía en la plantación de mangos Pavarika, en Nalanda, cuando recibió la visita de

Digha Tappasi, uno de los estudiantes más aventajados de Nataputta. Había hecho un alto en el camino después de mendigar en Nalanda. El Buda supo por Tappasi que los seguidores de Nigantha no hablaban del karma (*karmani*), sino de pecados (*dandani*). Tappasi le explicó que existían tres tipos de pecado: pecados cometidos por medio del cuerpo, de la palabra incorrecta y de los pensamientos pecaminosos. Cuando el Buda le preguntó qué pecado era el más grave, el asceta respondió, “los pecados cometidos por medio del cuerpo”.

El Buda le dijo que, en el Camino del Despertar, el pensamiento malsano era el más grave, ya que la mente era

más fundamental. El asceta Tappasi le hizo repetir tres veces dicha afirmación, con el propósito de obligarle a retractarse más tarde. Después se despidió y regresó al lado de Nataputta; éste, se echó a reír cuando oyó lo que el Buda había dicho.

“Ese monje Gautama ha cometido un grave error —aseguró Nataputta—. El pensamiento y la palabra pecaminosos no son los pecados más graves. Los más graves son los cometidos con el cuerpo y sus consecuencias son las más duraderas. Asceta Tappasi, veo que has comprendido bien la esencia de mi enseñanza”.

La conversación fue presenciada

por varios discípulos, entre los que se encontraba el mercader Upali, sentado con unos amigos de Balaka. Upali expresó su deseo de ir a visitar al Buda para refutar sus ideas sobre el tema. Nataputta le alentó a hacerlo, pero Tapassi expresó sus reservas. Le preocupaba que el Buda pudiera convencer a Upali e incluso convertirle.

Pero Nataputta tenía mucha fe en Upali y dijo, “no hay por qué temer que Upali nos deje y se convierta en discípulo de Gautama. ¿Quién sabe?, ¡quizá Gautama se convierta en discípulo de Upali!”.

Tappasi trató una vez más de disuadir a Upali, pero el mercader ya estaba decidido a ir a ver al Buda. En

cuanto le conoció, quedó inmediatamente impresionado por su modo de hablar, tan animado y estimulante. Utilizando siete ejemplos, el Buda demostró a Upali por qué las acciones negativas del pensamiento eran más fundamentales que las de la palabra o el cuerpo. Sabía que los discípulos de la secta Nigantha observaban el precepto de no matar, y sabía también hasta qué punto se esmeraban por no pisar ningún insecto por miedo de aplastarlos, y les ensalzó por ello. Después le preguntó a Upali: “Si no pisas un insecto intencionadamente, sino que ocurre accidentalmente, ¿cometes un pecado?”.

Upali respondió, “el maestro

Nataputta dice que si no hay intención de matar, no cometes un pecado”.

El Buda sonrió y dijo: “Entonces, el maestro Nataputta está de acuerdo con que el pensamiento es lo fundamental. ¿Cómo puede sostener que la acción pecaminosa del cuerpo es más grave?”.

Upali estaba impresionado por la claridad y la sabiduría del Buda. Más tarde le confesó que el primer ejemplo había sido suficientemente convincente, pero que le había pedido más ejemplos para tener la oportunidad de escuchar más enseñanzas. Cuando el Buda acabó de explicar los siete ejemplos, Upali se postró ante Él y le pidió que le aceptara como discípulo.

El Buda dijo: “Upali, deberías

reconsiderar tu petición. Un hombre de tu inteligencia y talla no ha de tomar una decisión precipitada. Reflexiona hasta que estés seguro”.

Estas palabras no hicieron más que incrementar el respeto de Upali por el Buda, pues veía que no estaba interesado en convertir a los demás para incrementar su propio prestigio. Ningún otro maestro espiritual le había dicho jamás que reflexionara detenidamente antes de apoyar a su comunidad. Upali respondió, “Señor, he reflexionado lo suficiente. Por favor, permíteme que tome refugio en el Buda, el Dharma y la Sangha. Te estoy muy agradecido y me siento inmensamente feliz de haber descubierto el camino verdadero y

correcto”.

El Buda dijo, “Discípulo Upali, durante mucho tiempo has sido uno de los benefactores principales de la secta Nigantha. Aunque tomes ahora refugio conmigo, por favor, no dejes de hacer ofrecimientos a tu antigua secta”.

Upali dijo, “Señor, tú eres en verdad noble, abierto y generoso como ningún otro maestro que haya conocido nunca”.

Cuando Tappasi transmitió a Nataputta la noticia de que Upali se había convertido en un discípulo del Buda, el maestro no podía creerlo y fue con Tappasi a casa de Upali, donde éste le confirmó la verdad.

Cada vez eran más numerosas las

personas de los reinos de Magadha y Kosala que aceptaban el Camino del Despertar. Muchos monjes anunciaron esta feliz noticia al Buda cuando le visitaron en Savatthi.

El Buda les dijo: “El hecho de que aumente el número de personas que aceptan el Camino del Despertar como camino es buena noticia o no, dependiendo de lo diligentes que sean los monjes en su práctica. No debemos aferrarnos a los conceptos de éxito o fracaso. Tenemos que mirar la fortuna y la desgracia con ecuanimidad”.

Una mañana, cuando el Buda y los monjes se preparaban para salir a mendigar, varios policías entraron en Jetavana con órdenes de buscar el

cuerpo de una mujer. Los monjes estaban consternados y no comprendían por qué la policía esperaba encontrar el cadáver de una mujer en las tierras del monasterio. El venerable Bhaddiya preguntó quién era esa mujer, y le respondieron que se trataba de una joven llamada Sundari que pertenecía a una numerosa secta religiosa de Savatthi. Los monjes reconocieron el nombre, pues era el de una atractiva joven que en los últimos meses había asistido a varias charlas de Dharma en el monasterio. Le dijeron a la policía que no había ninguna posibilidad de que su cuerpo se hallara en Jetavana, pero la policía insistió en continuar con su búsqueda. Para sorpresa de todos,

descubrieron el cuerpo enterrado en una tumba poco profunda, relativamente cerca de la cabaña del Buda. Nadie podía comprender cómo había fallecido y por qué había sido enterrada allí. Después de que la policía se marchara con el cadáver, el Buda dijo a los monjes que salieran a mendigar como de costumbre.

“Vivid con atención consciente”, les dijo.

Más tarde, aquél mismo día, varios miembros de la secta de Sundari portaron el cadáver por toda la ciudad, lamentándose en voz alta. De vez en cuando, se detenían y decían a la gente, “¡es el cuerpo de Sundari! Su cadáver ha sido descubierto en una tumba, en el

monasterio de Jetavana. Esos monjes, que afirman venir del noble linaje Sakya, que afirman llevar vidas castas y puras, han violado y asesinado a Sundari, ¡y después trataron de esconder su cuerpo! Sus palabras de amor afectuoso, compasión, alegría y ecuanimidad ¡no son más que una farsa! ¡Comprobadlo por vosotros mismos!”.

Los ciudadanos de Savatthi estaban perturbados, e incluso algunos de los discípulos más sólidos del Buda sintieron flaquear su fe. Otros sufrían profundamente pensando que todo había sido planeado con la intención de dañar la reputación del Buda. Otras sectas espirituales, que se sentían amenazadas por el Buda, aprovecharon la

oportunidad para condenar y difamar abiertamente a la Sangha. Los monjes eran interrogados y abucheados donde quiera que fueran. Hacían cuanto podían para mantener la serenidad y vivir con atención, pero resultaba difícil, especialmente para los monjes que todavía no estaban familiarizados con la práctica. Muchos monjes jóvenes se sentían avergonzados y no querían seguir mendigando en la ciudad.

El Buda reunió un día a los monjes y les dijo: “Las acusaciones injustas pueden ocurrir en cualquier lugar y en cualquier momento. No hay necesidad de sentir vergüenza. La única causa por la que tendríais que sentir vergüenza sería por el abandono de vuestra

voluntad de vivir una vida pura de práctica. Esta falsa acusación se extenderá y después se olvidará. Mañana, cuando vayáis a mendigar, si alguien os pregunta por el tema, responded simplemente: ‘El responsable, sea quien sea, recogerá los frutos’”.

Los monjes se sintieron reconfortados con las palabras del Buda.

Mientras tanto, la señora Visakha, muy perturbada por el asunto, fue a ver a Sudatta. Habló con él del tema en cuestión. Finalmente, decidieron contratar a alguien para que llevara a cabo una investigación con el fin de descubrir a los verdaderos culpables.

Después, comunicaron su plan al príncipe Jeta, que estuvo de acuerdo en ayudarles.

Transcurridos siete días, el investigador descubrió a los verdaderos asesinos. Los dos autores empezaron a pelearse por el botín y, ebrios y enfadados como estaban, dejaron escapar la verdad. La policía real les arrestó. Los hombres confesaron que los líderes de la secta de Sundari les habían contratado para matar y enterrar a la joven cerca de la cabaña del Buda.

El rey Pasenadi visitó de inmediato Jetavana para dar la noticia de que los asesinos habían sido desenmascarados. Expresó su fe inamovible en la Sangha y su alegría de que la verdad fuera ahora

conocida por todos. El Buda pidió al rey que perdonara a los responsables del crimen. Le dijo que crímenes como éste ocurrirían de nuevo, si la gente no aprendía a vencer su odio y sus celos.

Las gentes de Savatthi miraron una vez más a los monjes con gran admiración y respeto.

Capítulo cincuenta y cinco

LA APARICIÓN DE LA ESTRELLA MATUTINA



UN día, el Buda y Ananda visitaron un pequeño monasterio situado justo a las afueras de la ciudad. Cuando llegaron, casi todos los monjes habían salido a mendigar. Mientras paseaban por las tierras del monasterio, oyeron, de repente, un lastimoso gemido, procedente de una de las cabañas. El Buda entró y, agachado en una esquina, encontró a un monje, escuálido y

consumido. Una pestilencia horrible impregnaba el aire. El Buda se arrodilló a su lado y le preguntó: “Hermano, ¿estás enfermo?”.

“Señor, tengo disentería”.

“¿Hay alguien que cuide de ti?”.

“Señor, los otros hermanos han salido a mendigar y estoy solo. Cuando caí enfermo, varios hermanos se ocuparon de mí, pero cuando vi que no era de utilidad para nadie, les dije que no se preocuparan más”.

El Buda le dijo a Ananda que fuera a buscar agua. Ananda la trajo y ayudó al Buda a lavar al monje enfermo. Le vistieron con hábitos limpios y le metieron en la cama. Seguidamente, el Buda y Ananda fregaron el suelo y

lavarón su hábito sucio. Los otros monjes llegaron cuando tendían los hábitos recién lavados. El venerable Ananda pidió que hirvieran un poco de agua y prepararan la medicina para su hermano.

La comunidad invitó al Buda y a Ananda a comer con ellos. Después de la comida, el Buda preguntó: “¿Qué enfermedad padece el hermano de aquella cabaña?”.

“Señor, tiene disentería”.

“¿Hay alguien que se ocupe de él?”.

“Señor, al principio tratamos de cuidarle, pero nos pidió que no lo hiciéramos”.

“Monjes, cuando abandonamos

nuestros hogares para seguir el Camino, dejamos atrás padres y familia. Si no nos cuidamos unos a otros cuando caemos enfermos, ¿quién lo hará? Tenemos que cuidar unos de otros. Ya sea la persona enferma un maestro, un estudiante o un amigo, debemos cuidar de él hasta que se recupere completamente. Monjes, si yo enfermara, ¿os preocuparíais por satisfacer mis necesidades?”.

“Sí, señor, sin duda alguna”.

“Entonces, tenéis que cuidar de cualquier monje que caiga enfermo. Cuidar de un monje es lo mismo que cuidar del Buda”.

Los monjes unieron las palmas de las manos y se inclinaron ante el Buda.

El verano siguiente, el Buda permaneció en el Parque del Este, en Savatthi, coincidiendo con unas enseñanzas que la monja Mahapajapati impartía a una extensa comunidad de monjas en esa misma ciudad. Le asistía la monja Khema, una de las esposas en el pasado del rey Bimbisara. Hacía veinte años que era discípula del Buda. En aquella época, la profunda y natural comprensión de Khema estaba ligeramente empañada por la arrogancia pero, tras recibir instrucción del Buda, aprendió a ser humilde y, tras sólo cuatro años de práctica como discípula laica, pidió la ordenación. Era extremadamente diligente en su práctica y se había convertido en una importante

maestra y líder entre las monjas. La señora Visakha visitaba regularmente a las monjas y a ella en particular. Un día, invitó a Suddatta —también conocido como Anathapindika, el filántropo que había comprado la Arboleda de Jeta para la Sangha— a acompañarla al convento. Una vez allí, le presentó a las hermanas Khema, Dhammadinna, Uppalavanna y Patacara. La señora Visakha le comentó más tarde que las conocía antes de que se hicieran monjas.

Otro día, Sudatta visitó el centro de las monjas con un amigo suyo. Se llamaba también Visakha y era pariente de la monja Dhammadinna, una famosa maestra. Los dos hombres escucharon una charla de Dharma, impartida por la

monja, sobre los cinco *skandhas* y el Noble Camino Óctuple. Visakha se quedó totalmente impresionado por la profunda comprensión que tenía Dhammadinna de las verdades sutiles. Cuando regresó a Jetavana, le contó al Buda todo lo que ella había dicho.

El Buda respondió: “Si me preguntaras sobre esos mismos temas, diría exactamente lo mismo que ella. La monja Dhammadinna ha comprendido realmente la enseñanza de la Liberación y la Iluminación”.

El Buda, a continuación, se dirigió a Ananda y le dijo: “Ananda, por favor, recuerda el discurso de la hermana Dhammadinna y repíteselo a la comunidad de monjes. Es un discurso

importante”.

La monja Bhadda Kapilani era también célebre por su comprensión del Dharma y, al igual que la hermana Dhammadinna, a menudo recibía invitaciones para impartir enseñanzas en otros lugares.

La historia de la monja Patacara era abrumadora. Era la única hija de una adinerada familia de Savatthi. Sus padres, para protegerla, nunca la dejaban salir. No había tenido pues oportunidad de relacionarse mucho. Cuando alcanzó la edad de contraer matrimonio, sus padres quisieron casarla con el hijo de una rica familia pero ella, secretamente, estaba enamorada de un sirviente de la casa.

Patacara convenció a su amante para que se fugara con ella. El día de la boda, temprano por la mañana, Patacara se disfrazó de sirvienta y, simulando que iba a por agua, salió de la casa y fue al encuentro de su amante. Una vez juntos, huyeron a un pueblo lejano y se casaron.

Tres años después, Patacara se quedó embarazada. Cuando se aproximaba el momento del parto, pidió a su marido que la llevara a casa de sus padres para dar a luz allí, como era costumbre. Él, tenía dudas pero, como su esposa insistía, aceptó. Pero, a medio camino, Patacara rompió aguas y dio a luz a un hijo. Puesto que ya no había razón para ir a casa de sus padres, regresaron al pueblo.

Dos años después, Patacara se volvió a quedar embarazada. Le insistió de nuevo a su marido para que la llevara a casa de sus padres. Pero esta vez ocurrió una tragedia. En el camino, estalló una tormenta justo cuando empezaron los dolores de parto. El marido, mientras ella le esperaba junto al camino, decidió ir a buscar ramas al bosque para construir un refugio. Patacara esperó durante mucho tiempo, pero su marido no regresó. En medio de la noche, de la lluvia y el viento, Patacara dio a luz por segunda vez. Al amanecer, cogió al recién nacido en uno de sus brazos, le dio la mano al otro hijo y se adentró en el bosque en busca de su marido, pero le encontró muerto; una

picadura de serpiente lo había fulminado. Patacara lloró larga y amargamente. Cuando pudo levantarse, prosiguió el camino hacia su viejo hogar en Savatthi. Finalmente, llegó al río. Las aguas habían crecido mucho a causa de las lluvias, y no había forma de atravesar el río con los dos niños. Le dijo al mayor que esperara en la orilla mientras llevaba al bebé al otro lado. Puso al bebé sobre su cabeza y se adentró en las profundas aguas. Cuando iba por la mitad, un águila descendió en picado y atrapó al recién nacido con sus garras. Le gritó desesperadamente al águila para que lo soltara, pero el ave huyó con su presa. Cuando el hijo mayor oyó los gritos de su madre, creyó que le

estaba llamando y empezó a caminar hacia ella. Patacara le vio adentrarse en las agitadas aguas. Aunque le gritó que esperara, era demasiado tarde. Las fuertes corrientes le arrastraron y nada pudo hacer ella para evitarlo.

Finalmente, Patacara alcanzó la otra orilla y cayó al suelo desmayada. Cuando recobró el conocimiento, caminó durante varios días hasta llegar a Savatthi. Una vez allí, supo que la casa de sus padres había sido destruida por la tormenta y que sus progenitores habían fallecido al venírseles encima una pared. Patacara había regresado a su hogar el día de la cremación de los cuerpos de sus padres.

Patacara se desvaneció al borde de

la carretera. Ya no quería vivir. Algunas personas se compadecieron de ella y la llevaron a ver al Buda. Cuando le contó su historia, el Buda le dijo dulcemente: “Patacara, has sufrido terriblemente, pero la vida no es sólo sufrimiento e infortunio. ¡Sé valiente! Practica el Camino de la Iluminación y un día serás capaz de reírte incluso de tus pensamientos más dolorosos. Aprenderás a crear una nueva paz y alegría en el presente y para el futuro”.

Patacara se inclinó ante el Buda y le pidió los tres refugios. El Buda la dejó al cuidado de la hermana Mahapajapati y de las otras monjas. Después de varios años de práctica, aprendió a sonreír de nuevo. Un día,

mientras se lavaba los pies, vio que el agua se reabsorbía en la tierra; tuvo una inmediata realización de la naturaleza de la transitoriedad. Patacara mantuvo esa imagen en su mente y en su meditación durante varios días con sus noches. Un día, al alba, puso fin al problema del nacimiento y la muerte. Patacara escribió espontáneamente este poema:

El otro día, mientras me
lavaba los pies,
observé las aguas
burbujeantes
adentrarse en las
entrañas de la tierra
pregunté, “¿a dónde va

el agua?”.

Meditando en sereno
silencio,
la mente y el cuerpo
plenamente conscientes,
observé la naturaleza de
los seis objetos sensoriales
con el espíritu de un
corcel raudo y fuerte.

Mirando fijamente la
mecha de mi lamparilla,
concentré mi mente.
El tiempo pasaba veloz.
Todavía brillaba la
lamparilla de aceite.

Tomé una aguja
y, con ella, hundí la
mecha.

La luz se extinguió de
inmediato,
sumergiendo todo en la
oscuridad.

La llama se había
extinguido,
pero mi alma
resplandecía.

Mi mente se había
liberado de toda atadura
cuando la estrella
matutina apareció.

Cuando Patacara presentó su poema a la hermana Mahapajapati, la abadesa la felicitó calurosamente.

La hermana Uppalavanna, gracias a los esfuerzos del venerable Moggallana, era otra monja que llegó al Dharma después de mucho sufrimiento. Esta mujer, de extraordinaria belleza incluso con la cabeza rapada, era extremadamente diligente en su práctica y una de las mejores asistentes de la abadesa Pajapati.

El venerable Moggallana conoció a la hermana Uppalavanna mientras caminaba por un parque de la ciudad. Allí estaba ella, de pie; una flor de la noche a la que los hombres llamaban Hermoso Loto. Realmente, su belleza

superaba la del loto más hermoso, pero el venerable Moggallana vio sufrimiento en sus ojos. Sabía que ocultaba muchas penas en su corazón. Se detuvo y le dijo, “eres realmente bella y vistes los mejores atavíos, pero puedo ver tu sufrimiento y tu confusión. Tu carga es pesada pero, aun así, te empeñas en seguir un camino que conduce a una oscuridad aún mayor”.

La habilidad de Moggallana para leer los pensamientos más íntimos de la cortesana la sorprendieron enormemente, pero Uppalavanna, ocultando su perplejidad, respondió, “quizá sea cierto lo que dices, pero es el único camino que tengo”.

Moggallana dijo entonces, “¿por

qué eres tan pesimista? No importa lo que haya ocurrido en el pasado, puedes cambiar y crear un futuro mejor. La ropa sucia se puede lavar. Un corazón que arde en la confusión y la fatiga se puede purificar en las aguas de la Iluminación. El Buda enseña que todo el mundo tiene la capacidad de despertar y de hallar paz y alegría”.

Uppalavanna empezó a llorar. “Pero mi vida está llena de acciones pecaminosas e injusticias. Me temo que ni siquiera el Buda podrá ayudarme”.

Moggallana le consoló. “No te preocupes. Por favor, cuéntame tu historia”.

Y Uppalavanna se la contó. Era hija de una familia acomodada y se

había casado a los dieciséis años. Poco después, tras la muerte del padre de su marido, su suegra empezó a acostarse con su propio hijo. Uppalavanna dio a luz a una hija pero, sintiéndose incapaz de soportar la incestuosa relación entre su esposo y su suegra, huyó abandonando al bebé. Años después, conoció a un mercader y se casó con él. Pero su segundo marido mantenía a una concubina en secreto y, cuando ella descubrió la terrible verdad de que la concubina era la hija que había abandonado años atrás, empezó a odiar al mundo. Ya no amaba ni confiaba en nadie y, para consolarse, se convirtió en una cortesana interesada en el dinero, las joyas y los placeres materiales.

Finalmente, confesó que había pensado incluso en seducir a Moggallana para desenmascarar la falsa virtud de la humanidad.

Hermoso Loto se cubrió el rostro y sollozó. Moggallana le dejó llorar para que las lágrimas aliviaran su dolor. Después le habló del Dharma y la acompañó a que conociera al Buda. El Buda le reconfortó con sus palabras y le preguntó si le agradaría estudiar con las monjas bajo la guía de la abadesa Gotami. Uppalavanna recibió la ordenación y después de cuatro años de práctica diligente, fue considerada por todos como un ejemplo excepcional.

Aquí concluye la Segunda Parte.

TERCERA PARTE

Capítulo cincuenta y seis

LA PLENA CONCIENCIA EN LA RESPIRACIÓN



A veces, el Buda o alguno de los discípulos más aventajados, enseñaba el Dharma en el monasterio de las monjas y ellas, mensualmente, asistían a una charla en Jetavana o en el Parque del Este. Un año, a instancias de Sariputta, el Buda aumentó un mes la temporada del retiro. Sariputta sabía que, prolongándolo, muchos monjes y monjas de centros lejanos podrían viajar a

Savatthi para recibir enseñanzas directas del Buda tras finalizar los retiros en sus centros. Y, efectivamente, así ocurrió. Los benefactores laicos Sudatta, Visakha y Mallika, hicieron uso de todos los medios a su alcance para proporcionar comida y alojamiento a casi tres mil monjes y monjas. Ese año, la ceremonia del Paravana, normalmente celebrada al final del retiro de la estación de las lluvias, caía en luna llena, en el mes de Kattika, en lugar del de Assayuja.

Cuando llegó el día, las *kumudi* florecieron por doquier. Precisamente, a la luna llena de Kattika se le llamaba Día del *Kumudi*, porque dichas flores, un loto blanco, brotaban a la vez en esa

fecha. Aquella noche, el Buda y sus tres mil discípulos se sentaron a la luz de la radiante luna. La delicada fragancia de las flores de loto se elevaba desde el lago. Los monjes y las monjas permanecieron en silencio mientras el Buda contemplaba a la comunidad y les ensalzaba por su diligencia. A continuación, el Buda, aprovechando la ocasión, pronunció *El Sutra de la Plena Conciencia en la Respiración*.

Por supuesto, todos los presentes habían sido instruidos en el método de la plena conciencia en la respiración, pero era la primera vez que la mayoría tenía la oportunidad de escuchar esta enseñanza directamente del Buda. Era también la primera vez que el Buda

seleccionaba y resumía las enseñanzas que había dado sobre la Plena Conciencia en la Respiración. El venerable Ananda escuchaba atentamente, sabedor de que sería un sutra importante para transmitir a todos los centros de la Sangha.

La monja Yasodhara, madre de Rahula, y la hermana de éste, la monja Sundari Nanda, se hallaban entre los reunidos. Ambas se habían ordenado hacía unos años, bajo la dirección de la monja Gotami, y practicaban en el monasterio, fundado por la propia Gotami, al norte de Kapilavatthu. Yasodhara lo había hecho seis meses después que su suegra pero, tras un año de práctica, se había convertido en una

de sus principales asistentes.



*Aquella noche, bajo la
luna llena,
el Buda pronunció ante
tres mil discípulos
“El Sutra de la Plena
Conciencia en la
Respiración”.*

Las monjas hacían lo posible por acudir a todos los retiros en Savatthi y escuchar la enseñanza directamente del Buda o de sus discípulos más aventajados. Durante dos años, habían residido en los Jardines Imperiales pero ahora, gracias a la generosidad de la Reina Mallika y de la señora Visakha, colaboradoras incondicionales de las

monjas, tenían su propio convento. La monja Gotami, consciente de su avanzada edad, se había entregado al adiestramiento de las futuras responsables, entre las que se encontraban las monjas Yasodhara, Sela, Vimala, Soma, Mutta y Nanduttara. Todas ellas estaban presentes aquella noche en el Parque del Este. El venerable Rahula presentó al venerable Svasti a su madre y hermana; estaba muy emocionado de conocerlas finalmente.

El Buda pronunció entonces el siguiente sutra;

“Monjes y monjas, el método de la Plena Conciencia en la Respiración, desarrollado y practicado con regularidad, aporta grandes

recompensas y ventajas. Os conducirá al éxito en las prácticas de los Cuatro Fundamentos de la Atención y de los Siete Factores de la Iluminación, que harán surgir en vosotros la comprensión y la liberación”.

“Se practica así”.

“La primera respiración: ‘Inspirando profundamente, sé que inspiro profundamente. Espirando profundamente, sé que espiro profundamente’”.

“La segunda respiración: ‘Inspirando levemente, sé que inspiro levemente. Espirando levemente, sé que espiro levemente’”.

“Estas dos respiraciones os permiten cortar con la distracción y con

los pensamientos innecesarios, a la vez que potencian la atención consciente y os ponen en contacto con la vida en el momento presente. La distracción es la ausencia de la atención. Respirar con atención consciente nos permite volver a nosotros mismos y a la vida”.

“La tercera respiración: ‘Inspirando, soy consciente de todo mi cuerpo. Espirando, soy consciente de todo mi cuerpo’”.

“Con esta respiración contempláis el cuerpo y permanecéis en contacto directo con él. La conciencia de todo el cuerpo y de cada una de sus partes permite contemplar su maravillosa presencia así como el proceso de nacimiento y muerte.

“La cuarta respiración: ‘Inspiro, y calmo y apaciguo todo mi cuerpo. Espiro, y calmo y apaciguo todo mi cuerpo’”.

“Esta respiración os ayuda a obtener la calma y la paz del cuerpo y llegar a un estado donde la mente, el cuerpo y la respiración son una armoniosa realidad”.

“La quinta respiración: ‘Inspiro y me siento alegre. Espiro y me siento alegre’ “La sexta respiración: ‘Inspiro y me siento feliz. Espiro y me siento feliz’”.

“Con estas dos respiraciones entráis en el campo de las sensaciones y generáis paz y alegría que nutren la mente y el cuerpo. Gracias a la cesación

de la dispersión y de la distracción, volvéis a vosotros mismos y tomáis conciencia del momento presente. La felicidad y la alegría surgen en vuestro interior”.

“Permanecéis en las maravillas de la vida y saboreáis la paz y la alegría que la atención despierta os aporta. Gracias a este encuentro con las maravillas de la vida, podéis transformar las sensaciones neutras en placenteras. Estas dos respiraciones conducen, pues, a las sensaciones agradables”.

“La séptima respiración: ‘Inspiro y soy consciente de la actividad de la mente en mi interior. Espiro y soy consciente de la actividad de la mente

en mi interior””.

“La octava respiración: ‘Inspiro, y calmo y apaciguo la actividad de la mente en mi interior. Espiro, y calmo y apaciguo la actividad de la mente en mi interior””.

Estas dos respiraciones os permiten contemplar profundamente todas las sensaciones agradables, desagradables o neutras que surgen en vosotros, y calmarlas y apaciguarlas. La ‘actividad de la mente’, en este caso, se refiere a las sensaciones. Cuando sois conscientes de vuestras sensaciones y observáis profundamente sus raíces y su naturaleza, podéis controlarlas y apaciguarlas aunque sean pensamientos desagradables surgidos del deseo, del

enfado o de los celos.

“La novena respiración: ‘Inspiro y soy consciente de mi mente. Espiro y soy consciente de mi mente’”.

“La décima respiración: ‘Inspiro y permito que mi mente se sienta feliz y en paz. Espiro y permito que mi mente se sienta feliz y en paz’”.

“La undécima respiración: ‘Inspiro y concentro mi mente. Espiro y concentro mi mente’”.

“La decimosegunda respiración: ‘Inspiro y libero mi mente. Espiro y libero mi mente’”.

“Con estas cuatro respiraciones entráis en el tercer campo, el de la mente. La novena respiración os permite reconocer todos los estados mentales,

tales como las percepciones, el pensamiento, la discriminación, la felicidad, la tristeza y la duda. Observad y reconoced dichos estados para contemplar profundamente la actividad de la mente y poder, así, concentrar la mente y apaciguarla. Esto es posible gracias a la décima y undécima respiraciones. La decimosegunda os permite liberaros de todos los obstáculos de la mente. Iluminando vuestra mente, podéis ver la raíz de las formaciones mentales y, consecuentemente, eliminar todas las trabas”.

“La decimotercera respiración: ‘Inspiro y observo la naturaleza transitoria de todos los dharmas. Espiro

y observo la naturaleza impermanente de todos los dharmas””.

“La decimocuarta respiración: ‘Inspiro y observo la desaparición de todos los dharmas. Espiro y observo la desaparición de todos los dharmas””.

“La decimoquinta respiración: ‘Inspiro y contemplo la liberación. Espiro y contemplo la liberación””.

“La decimosexta respiración: ‘Inspiro y contemplo el desasimiento. Espiro y contemplo el desasimiento””.

Con estas cuatro respiraciones, el practicante pasa al campo de los objetos de la mente y se concentra en la verdadera naturaleza de todos los dharmas. En primer lugar, observa su naturaleza transitoria. Puesto que todos

los dharmas son transitorios, deben desaparecer. Cuando lo entendáis claramente, dejaréis de estar atados por el ciclo interminable de nacimiento y muerte; podréis desasiros y alcanzar la liberación. Desasirse, aquí, no significa desdeñar o apartarse de la vida, sino abandonar el ansia y el apego para no sufrir el interminable ciclo de nacimiento y muerte al que todos los dharmas están sujetos. Cuando soltéis y alcancéis la liberación, viviréis en paz y alegría, en el centro mismo de la vida, y ya nada os atará”.

Así, a través de los dieciséis métodos de la respiración consciente, el Buda enseñó el modo de observar profundamente el cuerpo, las

sensaciones, la mente y los objetos de la mente y, también, su aplicación a la práctica de los Siete Factores del Despertar: la atención consciente, el análisis de los dharmas, la energía, la alegría, la tranquilidad, la concentración y el soltar.

El venerable Svasti había escuchado anteriormente *El Sutra de los Cuatro Fundamentos de la Atención*. Pero ahora, gracias a *El Sutra de la Plena Conciencia en la Respiración*, se sentía capaz de penetrar más profundamente en el primero. Comprendía la complementariedad de ambos sutras y su importancia fundamental en la práctica de la meditación.

Aquella noche, tres mil monjes y monjas recibieron, gozosos, la enseñanza del Buda a la luz de la luna llena. El corazón de Svasti rebosaba gratitud hacia el venerable Sariputta, que había hecho posible la reunión nocturna.

Un día, el venerable Ahimsaka regresó de mendigar cubierto de sangre; apenas podía andar. Svasti corrió a ayudarlo y Ahimsaka, tras pedirle que le llevara ante el Buda, le explicó que unas personas le habían reconocido como el antiguo Angulimala y le habían dado una paliza. El monje no había opuesto resistencia, había unido las palmas de las manos formando una flor de loto y había dejado que sus agresores

desahogaran su odio y resentimiento. Le golpearon hasta que vomitó sangre.

El Buda pidió a Ananda que trajera una jofaina llena de agua y una toalla para lavarle las heridas, y mandó a Svasti a buscar hojas medicinales para hacer cataplasmas. A pesar del dolor, el venerable Ahimsaka no se quejó en ningún momento. El Buda le dijo: “Tus sufrimientos de hoy pueden lavar todos los del pasado. Soportar el sufrimiento con amor y plena conciencia puede erradicar mil vidas del odio más amargo. Ahimsaka, tu hábito está destrozado, ¿dónde está tu cuenco?”.

“Señor, lo rompieron”.

“Pediré a Ananda que te consiga un hábito y un cuenco nuevos”.

Svasti, mientras aplicaba cataplasmas en las heridas de Ahimsaka, sintió que el monje era un auténtico ejemplo de la no-violencia. El venerable Ahimsaka le contó a Svasti lo que le había ocurrido la víspera, mientras mendigaba.

Una mujer estaba intentando dar a luz en el bosque, bajo un árbol y sufría inmensamente porque el bebé no quería salir. Al verla, Ahimsaka exclamó, ¡cuánto dolor!”. Y corrió a preguntar al Buda qué se podía hacer.

El Buda le dijo: “Vuelve raudo a su lado y dile, ‘señora, desde que nací, jamás he dañado intencionadamente a ningún ser vivo. Por ese mérito, que tu y tu hijo estéis a salvo y en paz’”.

Ahimsaka replicó, “si dijera eso, estaría mintiendo. Lo cierto es que he dañado a muchísimos seres vivos”.

Y el Buda respondió: “Entonces, ve y dile, ‘señora, desde el día en que nací en el noble Dharma, jamás he dañado intencionadamente a ningún ser vivo. Por ese mérito, que tú y tu hijo estéis a salvo y en paz’”.

Ahimsaka volvió corriendo al bosque y pronunció esas palabras. Pocos minutos después, la mujer dio felizmente a luz un niño.

El venerable Ahimsaka había hecho grandes progresos en el camino y se ganó las más elevadas alabanzas del Buda.

Capítulo cincuenta y siete

LA BALSA NO ES LA ORILLA



AQUEL invierno, el Buda se quedó en Vesali. Un día, mientras meditaba cerca de la sala de Dharma de Kutagarasala, se suicidaron varios monjes en el monasterio. Cuando le informaron, el Buda preguntó por la causa que les había inducido a quitarse la vida; le explicaron que, tras meditar en la naturaleza transitoria y decadente del cuerpo, los monjes habían expresado su

aversión hacia el cuerpo y el deseo de no seguir viviendo. Entristecido por la noticia, hizo llamar a todos los monjes y dijo:

“Monjes, meditamos en la transitoriedad y la decrepitud para comprender la verdadera naturaleza de todos los dharmas y liberarnos de sus ataduras. La Iluminación y la Liberación no se obtienen escapando del mundo sino penetrando en la verdadera naturaleza de todos los dharmas. Nuestros hermanos no lo comprendieron y han cometido inútilmente el acto de huir, violando con ello el precepto de no matar”.

“Monjes, la persona liberada ni ansia los dharmas ni siente aversión

hacia ellos. El apego y la aversión son cuerdas que atan. Una persona libre las trasciende para morar en la paz y la felicidad y no se aferra a visiones estrechas sobre la permanencia y un yo separado, o la transitoriedad y el no-yo. Monjes, estudiad y practicad la enseñanza de manera inteligente, con un espíritu de no-apego”. Y el Buda, para renovar sus ánimos, les instruyó en la práctica de la respiración consciente.

Cuando el Buda regresó a Savatthi, dio más enseñanzas sobre el modo de vencer el apego como respuesta a un monje llamado Arittha que no había comprendido el sentido profundo del Dharma. Sentado frente a la asamblea, en Jetavana dijo “Monjes, si la

enseñanza se entiende de manera errónea, uno puede quedar atrapado por visiones estrechas que serán fuente de sufrimiento para sí mismo y para los demás. La enseñanza tiene que ser escuchada, comprendida y aplicada de manera inteligente. La persona que sabe de serpientes emplea una horquilla para sujetar la cabeza del reptil antes de intentar atraparla pues, si la coge por la cola o el cuerpo, podrá morderle fácilmente. Debéis usar vuestra inteligencia para estudiar la enseñanza, de la misma manera que la usaríais para coger a una serpiente”.

“Monjes, la enseñanza no es mas que un vehículo para describir la verdad. No la confundáis con la verdad

misma. El dedo que señala la luna no es la luna. El dedo es necesario para saber hacia dónde mirar para ver la luna pero, si lo confundís con la luna, nunca conoceréis la verdadera luna”.

“La enseñanza es como una balsa que os lleva a la otra orilla. La balsa es necesaria, pero no es la otra orilla. Una persona inteligente no cargaría con la balsa después de haber hecho la travesía. Monjes, mi enseñanza es la balsa que puede ayudaros a cruzar a la otra orilla, más allá del nacimiento y la muerte. Utilizadla para cruzar el río, pero no os aferréis a ella como si fuera de vuestra propiedad. No os quedéis atrapados en la enseñanza. Debéis ser capaces de soltarla”.

“Monjes, todas las enseñanzas que os he dado —las Cuatro Nobles Verdades, el Noble Camino Óctuple, los Cuatro Fundamentos de la Atención, los Siete Factores del Despertar, la transitoriedad, el no-yo, el sufrimiento, la vacuidad, la ausencia de signo y la ausencia de propósito—, deben ser estudiadas de forma inteligente y abierta. Utilizadlas como ayuda para alcanzar la liberación pero no os aferréis a ellas”.

El monasterio de las monjas albergaba a quinientas monjas. Con frecuencia, invitaban al Buda y a otros venerables de Jetavana a que fueran a enseñarles el Dharma. El Buda pidió al venerable Ananda que se encargara de

seleccionar qué monjes irían a darles las charlas. Un día, le asignó la tarea al venerable Bhandu, un monje que había alcanzado grandes logros en su práctica pero que no destacaba por su oratoria. Fue recibido calurosamente por las hermanas, invitándole la monja Gotami a tomar asiento sobre el estrado para que pronunciara su charla.

Después de sentarse en el cojín, el monje recitó un breve poema:

Morando en la
tranquilidad,
viendo el Dharma,
regresando al origen
sin odio ni violencia;

la alegría y la paz fluyen.
La atención consciente
se mantiene perfectamente;
la paz y la tranquilidad
verdaderas se realizan.
Trascender todos los
deseos
es la mayor felicidad.

El venerable no dijo nada más, y
entró en un estado de profunda
concentración. Aunque había sido parco
en palabras, su presencia irradiaba paz y
felicidad, lo que la mayoría de las
monjas consideraron sumamente
alentador. No obstante, algunas de las
más jóvenes, un tanto decepcionadas por

la brevedad del discurso, suplicaron a la monja Gotami que le pidiera al monje que dijera algo más. La monja Gotami se inclinó ante el venerable Bhandu y le expresó su petición. Pero el venerable Bhandu repitió el mismo poema y descendió del estrado.

Unos días después, el Buda fue informado del suceso con la sugerencia de que, en el futuro, dieran las charlas de Dharma monjes más elocuentes. Pero el Buda respondió que la presencia era más importante que las palabras.

Un día, después de regresar de mendigar, el Buda no encontró a Ananda. El venerable Rahula y otros monjes tampoco le habían visto. Finalmente, un monje le informó de que

había visto a Ananda mendigando en un pueblo vecino de intocables; el Buda le pidió que fuera en su busca. El monje encontró a Ananda y regresó con él al monasterio y con dos mujeres, una madre y su hija Prakriti.

Ananda explicó al Buda la razón de su retraso. Hacía unas semanas, cuando volvía al monasterio después de mendigar, sintió sed. Se detuvo a beber en el pozo de un pueblo de intocables. Allí conoció a Prakriti, una joven muy hermosa, que acababa de llenar su cántaro. Ananda le pidió que le diera de beber, pero ella se negó diciendo que era una intocable y que no quería contaminar a un monje ofreciéndole agua.

Ananda le dijo, “no necesito un rango elevado o una casta, sólo necesito beber agua. Me sentiría complacido si me la dieras. Por favor, no tengas miedo de contaminarme”.

Prakriti le ofreció agua al instante; se sintió atraída por ese monje bondadoso y bien parecido que hablaba con tanta dulzura y se enamoró locamente de él. A partir de ese momento, no pudo dormir por la noche y todos sus pensamientos eran para Ananda, a quien esperaba todos los días junto al pozo, confiando en verle aunque fuera un instante. La joven convenció a su madre para que invitara al monje a comer a su casa y Ananda aceptó dos veces pero, sintiendo que la joven se

había enamorado de él, rehusó las siguientes invitaciones.

Prakriti estaba enferma de amor, cada día más lánguida y delgada. Finalmente, le confesó a su madre que quería que Ananda renunciara a sus votos y se casara con ella. La madre, escandalizada, le regañó y le dijo que era un amor imposible, condenado al fracaso, pero Prakriti aseguró que moriría antes que renunciar a Ananda. Temiendo por la salud de su hija, la madre preparó un afrodisíaco con la esperanza de que, con ello, Ananda respondiera a la pasión de Prakriti. La madre pertenecía al clan de Matanga y conocía muchas pociones chamánicas.

Aquella mañana, Prakriti se

encontró en la calle con Ananda y le imploró que aceptara la invitación de comer en su casa por última vez. Ananda, convencido de que podría dar una enseñanza que liberara a la hija de su deseo, aceptó la invitación pero, antes de poder decir nada, se había bebido el té con el afrodisíaco. Su cabeza empezó a dar vueltas y sus miembros se debilitaron. Ananda comprendió lo que estaba ocurriendo e inmediatamente, para contrarrestar el efecto de las hierbas, se concentró en su respiración. El monje que había ido a buscarle, le encontró en casa de Prakriti, sentado en perfecta posición de loto.

El Buda preguntó bondadosamente a Prakriti: “Amas profundamente al

monje Ananda, ¿no es así?”.

Prakriti respondió, “le amo con todo mi corazón”.

“¿Qué es lo que amas de él? ¿Sus ojos, su nariz, o su boca?”.

“Lo amo todo sus ojos, su nariz, su boca, su voz, su manera de andar Maestro, me gusta todo de él”.

“Aparte de sus ojos, su nariz, su boca, su voz y su caminar, el monje Ananda posee muchas y muy bellas cualidades que todavía no conoces”.



*Prakriti le dio a Ananda
agua del pozo para beber.*

“¿Qué cualidades son esas?”, preguntó Prakriti.

“Su corazón de amor es una. ¿Sabes lo que ama el monje Ananda?”.

“Señor, no sé lo que ama Ananda. Sólo se que a mí no me ama”.

“Estás equivocada. El monje Ananda te ama, pero no del modo que tú desees. El monje Ananda ama el camino de la liberación, de la libertad, de la paz y de la alegría que experimenta cotidianamente. Por eso, es un monje sonriente y feliz que ama a todos los seres. Su deseo es llevar el camino de la liberación a todos los demás, para que disfruten también de libertad, paz y alegría. Prakriti, el amor del monje

Ananda surge de la comprensión y de la liberación. Él, contrariamente a ti, no sufre ni se desespera a causa de su amor. Si realmente amas al monje Ananda, comprenderás su amor y le permitirás que siga viviendo la vida de liberación que ha elegido. Si supieras amar como ama Ananda, dejarías de sufrir y de desesperarte. Tu sufrimiento y tu desesperanza son el resultado de querer al monje Ananda para ti sola, y ése es un amor egoísta”.

Prakriti miró al Buda y le preguntó, “pero, ¿cómo puedo amar como ama el monje Ananda?”.

“Ama de manera que preserves la felicidad del monje Ananda y la tuya. El monje Ananda es como una brisa fresca.

Si atrapas esa brisa y la encierras en una prisión de amor, no tardará en morir y ni tú ni nadie se beneficiará de su frescor. Ama a Ananda como amarías a una brisa refrescante. Prakriti, si pudieras amar así, te convertirías en una brisa fresca y aliviarías tus penas y cargas, así como las de muchos seres”.

“Por favor, Maestro, enséñame a amar de ese modo”.

“Puedes elegir el camino del monje Ananda y vivir una vida de liberación, paz y alegría, aportando felicidad a los demás. Puedes recibir la ordenación, como él”.

“¡Pero soy una intocable! No puedo ordenarme”.

“En nuestra Sangha, las castas no

cuentan. Varios hombres intocables han recibido la ordenación de monje. El venerable Sunita, sumamente considerado por el rey Pasenadi, era un intocable. Si quieres hacerte monja, serás la primera monja que provenga de la casta de los intocables. Si así lo deseas, le pediré a la hermana Khema que haga una ceremonia de ordenación para ti”.

Rebosante de felicidad, Prakriti se postró ante el Buda y le pidió la ordenación. El Buda puso a Prakriti bajo el cuidado de la hermana Khema. Cuando ambas se alejaron, el Buda miró a Ananda y, después, habló a toda la comunidad.

“Monjes, los votos de Ananda

están intactos, pero quiero que seáis más prudentes con vuestras relaciones fuera del monasterio. Si permanecéis constantemente en la atención despierta, veréis qué sucede dentro y fuera de vosotros y, al detectar cualquier cosa con antelación, podréis actuar con eficacia. Con la práctica regular de la atención consciente, se desarrolla la concentración adecuada para evitar situaciones de este tipo; cuando vuestra concentración se fortalezca y estabilice, vuestra visión será clara y vuestras acciones oportunas. Concentración y comprensión van de la mano. La una contiene a la otra y viceversa. Ambas son una”.

“Monjes, considerad a las mujeres

mayores que vosotros como a una madre o una hermana mayor y a las más jóvenes, como a una hermana menor o una hija. No dejéis que la atracción hacia ellas os dificulte la práctica. Si es preciso, hasta que vuestra concentración sea fuerte, limitad vuestros contactos con las mujeres y no pronunciéis palabras que no estén relacionadas con el estudio y la práctica del Camino”.

Los monjes se alegraron mucho de recibir estas instrucciones del Buda.

Capítulo cincuenta y ocho

UN PUÑADO DE TIERRA PRECIOSA



UN día, el Buda y los monjes fueron a mendigar a una aldea humilde. Se toparon con unos niños que estaban jugando en el camino; construían una ciudad de barro y arena con murallas, graneros, viviendas e incluso un río. Al ver aproximarse al Buda y a los monjes, un niño dijo, “el Buda y sus monjes van a pasar por nuestra ciudad. Nuestro deber es hacerles una ofrenda”.

A los otros chiquillos les encantó la idea, pero respondieron, “¿qué podemos ofrecerles? Sólo somos unos niños”.

“Escuchad, amigos míos —dijo el que había hecho la propuesta— en nuestros graneros hay grandes reservas de trigo. Podemos ofrecer una parte al Buda”.

Los demás aplaudieron entusiasmados. Extrajeron un puñado de barro de sus graneros y lo dispusieron sobre una hoja de árbol como si fuera arroz. El primer niño alzó el ofrecimiento con ambas manos y se lo entregó al Buda. Luego, se arrodilló respetuosamente, seguido por los otros muchachos, y dijo, “las gentes de esta

ciudad os ofrecen respetuosamente el arroz de sus graneros. Por favor, os suplicamos que lo aceptéis”.

El Buda sonrió. Le dio al niño unas palmaditas en la cabeza, y dijo: “Os doy las gracias a todos por ofrecernos este preciado arroz. Es muy amable de vuestra parte”.

Después se dirigió a Ananda y le dijo: “Ananda, por favor, hazte cargo del ofrecimiento. En cuanto lleguemos al monasterio, lo mezclaremos con agua y lo extenderemos sobre los ladrillos de arcilla de mi cabaña”.

Ananda tomó el puñado de tierra. Los muchachos invitaron al Buda a que se sentara con ellos en una gran roca, bajo un banano; Ananda y los otros

monjes se pusieron a su lado.

El Buda les contó una historia a los niños.

“Había una vez, hace ya muchas vidas, un príncipe generoso y compasivo llamado Visvantara, dispuesto siempre a compartir cualquier cosa que poseyera con los pobres y los necesitados. Su esposa, Madri, igualmente generosa, sabía cuánto le complacía a su marido ayudar a los demás y nunca se quejó de que regalara tantas cosas. La pareja tenía un hijo que se llamaba Jalin y una hija llamada Krishnajtna”.

“En una época de escasez, el príncipe Visvantara pidió permiso a su padre para distribuir entre los pobres, arroz y ropa procedentes de los

almacenes imperiales. El rey dio su consentimiento pero, era tal la necesidad de la población que, al poco tiempo, los almacenes se quedaron casi vacíos. Los consejeros imperiales, alarmados urdieron un plan para evitar que el príncipe siguiera dilapidando las reservas del reino, así que le contaron al rey que el reparto continuo de bienes que estaba haciendo su hijo iba a ser la ruina del reino, añadiendo que incluso había regalado uno de los preciados elefantes imperiales. Al oír esto, el rey, atemorizado, se dejó convencer por sus consejeros para que desterrara a su hijo a las remotas montañas de Jayatura, donde tendría que experimentar las dificultades de una vida sencilla. Así

pues, Visvantara, Madri y los dos niños fueron desterrados”.

“De camino a las montañas, se encontraron con un mendigo y el príncipe le ofreció su excelente capa. Más adelante se cruzaron con otro pobre, y Madri se desprendió de su hermosa chaqueta y, poco después, Jalin y Krishnajina donaron también sus prendas de abrigo. La familia dio además a la gente necesitada que se encontraban en la ruta sus joyas y ornamentos por lo que, antes de llegar a su destino, se habían despojado de todo cuanto pudiera trocarse por comida. Finalmente, tras desprenderse incluso del carruaje y de ambos caballos, el príncipe cargó con Jalin mientras Madri

portaba a la niña en brazos. Y así, sin arrepentimiento alguno, cantando como si no tuvieran nada que temer en el mundo, con sus corazones ligeros y libres, anduvieron hasta llegar a Jayatura”.

“El viaje había sido largo; cuando llegaron a las lejanas montañas, los pies de Visvantara y Madri estaban hinchados y ensangrentados. Afortunadamente, en una ladera encontraron una cabaña abandonada que en otro tiempo había pertenecido a un ermitaño. Limpiaron y acondicionaron su nuevo hogar y construyeron las camas con frondosas ramas del bosque, donde había gran variedad de frutas y plantas salvajes con las que alimentarse. Los

niños aprendieron a buscar comida, a lavar la ropa en el riachuelo y a sembrar y cuidar el huerto. El príncipe y su mujer les enseñaron a leer y a escribir, empleando como papel hojas de árboles y como plumas espinas”.

“Aunque su vida no era fácil, la familia se sentía feliz y vivió en paz durante tres años. Pero un día, mientras el príncipe Visvantara y Madri estaban en el bosque cogiendo fruta, un extraño se acercó a la casa y secuestró a los niños. El príncipe y su esposa les buscaron durante muchos días, en el bosque y en los poblados vecinos, pero no encontraron a sus adorados hijos”.

“Finalmente, exhaustos y desalentados, regresaron a su cabaña

con la vana esperanza de que los niños hubieran vuelto al hogar pero, allí, para su sorpresa, les esperaba un mensajero real. La noticia de que Jalin y Krishnajina se hallaban a salvo en el palacio del rey les alivió profundamente; cuando preguntaron qué había sucedido, el mensajero respondió: ‘Hace unos días, una de las damas del palacio vio a vuestros hijos en el mercado de la ciudad, en compañía de un mercader de esclavos, e informó inmediatamente a su marido, que era un consejero del reino. Éste fue en busca del mercader y le dijo que llevara a los niños al palacio, donde sin duda recibiría por ellos una sustanciosa suma. El rey reconoció al instante a sus nietos,

a pesar de que vestían harapos y tenían la cara sucia; se dio cuenta entonces de lo mucho que te había echado de menos a ti y a tu familia””.

“El rey preguntó al mercader, ‘¿dónde encontraste a estos niños y cuánto pides por ellos?’”.

“Pero antes de que el mercader respondiera, el consejero real habló: ‘Majestad, la chica se vende por mil libras de oro y mil cabezas de ganado. El precio del chico es de cien libras de oro y cien cabezas de ganado’”.

“Todo el mundo, incluidos el mercader y los niños, se sorprendieron al oír estas palabras. El rey preguntó, ‘Por qué es la chica mucho más cara que el chico?’”.

“Y el consejero real respondió: ‘Majestad, usted valora mucho más a las mujeres. Nunca regaña a las princesas, sean cuales sean sus faltas, e incluso trata con benevolencia y respeto a las sirvientas del palacio. Sin embargo, su majestad tiene un solo hijo y le ha desterrado a una remota región montañosa, llena de tigres y leopardos, donde no hay más que fruta silvestre para comer. Es evidente, Majestad, que usted valora más a las mujeres que a los hombres’”.

“El rey rompió a llorar. ‘Por favor, no sigas. Comprendo lo que quieres decir’”.

“El mercader dijo que había comprado a los niños a un hombre de las

montañas.

El rey le pagó lo convenido y le ordenó que condujera a la policía imperial hasta el secuestrador. Después de abrazar a sus nietos y de preguntarles por su vida en las montañas, el soberano dio la orden de que su hijo y esposa regresaran a la capital.

A partir de entonces, el rey amó siempre a su hijo y le ayudó en sus esfuerzos por aliviar el sufrimiento de los pobres”.

“El príncipe Visvantara fue feliz compartiendo todo cuanto tenía. Hoy, vosotros habéis compartido conmigo un puñado de tierra preciosa de los graneros de vuestra ciudad. Me habéis hecho muy feliz, y podéis hacer felices a

los demás ofreciéndoles todos los días un pequeño obsequio. No es necesario comprarlo. Podéis coger una flor de los arrozales y ofrecérsela a vuestros padres. Estoy seguro de que se alegrarán mucho. Una palabra de agradecimiento o de amor puede ser también un regalo precioso. Una mirada bondadosa o un gesto bien intencionado aporta felicidad a los demás. Obsequiad todos los días a vuestras familias y amigos. Ahora, los monjes y yo debemos partir, pero recordaremos siempre vuestra excelente ofrenda”.

Los niños, que habían disfrutado mucho con el relato, prometieron que visitarían al Buda y a los monjes en Jetavana, acompañados de otros muchos

amigos, pues estaban deseosos de escuchar más historias.

El siguiente verano, el Buda regresó a Rajagaha para dar enseñanzas y luego subió al Pico del Buitre. Jivaka le visitó y le invitó a que pasara unos días en su plantación de mangos. El Buda aceptó la invitación. Ananda le acompañó. La propiedad del médico era fresca y acogedora. Los árboles estaban en su octavo año de producción. Jivaka acondicionó una pequeña cabaña para el Buda y le sugirió que, durante unos días, no mendigara para restablecer su fortaleza física. Jivaka le preparaba cada día platos vegetarianos y le hizo también un tónico de hierbas con raíces, hojas y frutos.

Un día, Jivaka le dijo al Buda: “Señor, hay quienes afirman que dejas comer carne a los monjes. Están difundiendo que Gautama tolera la matanza de animales para alimentarse Él y sus estudiantes. Algunos le acusan de exigir que la gente ofrezca carne a la Sangha. Sé que no es cierto, pero me gustaría muchísimo conocer tu opinión”.

El Buda respondió: “Jivaka, lo que la gente dice no es cierto; no permito que se maten animales para obtener carne para mí y para los monjes. De hecho, ya he hablado varias veces sobre el tema. Si un monje ve que alguien mata a un animal para ofrecérselo como comida, el monje debe rechazar tal ofrecimiento. Si el monje no ve cómo

matan al animal pero le informan de que lo han matado para ofrecérselo, también debe rechazarlo. Y si tiene la ligera sospecha de que lo han matado para él, igualmente debe rechazarlo. Jivaka, de acuerdo con la práctica de mendigar, un monje acepta todo cuanto le ofrecen, a no ser que se trate de un animal que haya sido sacrificado en su nombre. Las personas que comprenden los votos compasivos de los monjes, les ofrecen siempre comida vegetariana. Pero puede ocurrir que alguien haya cocinado sólo carne o que, no habiendo tenido contacto previo con el Buda, el Dharma y la Sangha, no sepa que los monjes prefieren comida vegetariana. En tales circunstancias, el monje debe aceptar

cuanto le ofrezcan para no ofender al donante y tener la oportunidad de contactar con él de manera que pueda aprender sobre el Camino de la Liberación”.

“Jivaka, algún día, todo el mundo comprenderá que los monjes no desean que se maten animales. Entonces, nadie les ofrecerá carne y los monjes podrán comer sólo comida vegetariana”.

Jivaka dijo, “estoy convencido de que una dieta vegetariana mantiene el cuerpo más sano, más ligero y con menos propensión a las enfermedades. Yo soy vegetariano desde hace diez años. Es bueno para la salud y alimenta el corazón compasivo. Señor, me alegro inmensamente de haber recibido tu clara

enseñanza sobre este tema”.

Jivaka recomendó a la Sangha que se abstuviera de comer las sobras de la víspera pues, durante la noche, podían estropearse y causar enfermedades. El Buda dio las gracias a Jivaka y le invitó al monasterio para que hablara de nuevo a los monjes sobre las prácticas sanitarias básicas.

Capítulo cincuenta y nueve

LA RED DE TEORÍAS



LA plantación de mangos de Jivaka era tranquila y espaciosa. Las pequeñas cabañas de las monjas se divisaban, diseminadas, por toda la huerta. Una tarde, una joven monja llamada Subha fue a ver al Buda. La monja acababa de hacer su ronda de mendicante y regresaba a la plantación por una senda solitaria cuando, de repente, un hombre joven surgió de la nada y se plantó en medio del camino impidiéndole el paso.

Intuyendo las intenciones deshonestas del individuo, se concentró inmediatamente en la respiración para mantenerse serena y clara. Miró al hombre directamente a los ojos y le dijo, “señor, soy una monja que sigue el camino del Buda. Por favor, déjame pasar, he de regresar a mi convento”.

Pero el hombre dijo, “todavía eres joven, y muy hermosa. ¿Por qué desperdiciar tu vida afeitándote la cabeza y vistiendo hábitos amarillos? ¿Por qué vivir como una asceta? Escucha, joven, deberías envolver tu precioso cuerpo en un bonito sari de seda de Kasi. ¿Cómo es posible que nunca haya visto a una mujer tan bella como tú? Deja que te enseñe los

placeres de la carne. Ven conmigo”.

Subha se mantuvo serena. “No hables así. Yo busco la felicidad en una vida de liberación y de iluminación. Las cinco categorías del deseo sólo conducen al sufrimiento. Permíteme continuar y agradeceré tu comprensión”.

Pero el hombre se opuso. “Tus ojos son muy hermosos. Jamás había visto unos ojos tan bellos. No creas que estoy tan loco como para dejarte marchar. Vendrás conmigo”.

El hombre se acercó para cogerla, pero Subha se apartó a tiempo y dijo, “señor, no me toques. No debes violar a una monja. Elegí la vida de la práctica espiritual porque estaba harta de vivir en la ansiedad y el odio. Dices que mis

ojos son hermosos; bien, me los sacaré y te los daré. Mejor ser ciega que violada por ti”.

La voz de Subha vibraba con tal determinación que el hombre se acobardó y retrocedió unos pasos. Sabía que aquella mujer era capaz de hacer lo que decía. La monja prosiguió, “no dejes que tus deseos te obliguen a cometer crímenes. ¿Acaso ignoras que el rey Bimbisara ha decretado que, quien dañe a un miembro de la Sangha del Buda, será castigado severamente? Si no te comportas, si pones en peligro mi castidad o mi vida, serás arrestado y condenado”.

De pronto, el joven recobró la sensatez; vio cómo podía la pasión ciega

conducir al sufrimiento, e inmediatamente se echó a un lado para dejar paso a la monja.

Mientras Subha reanudaba su camino, oyó al hombre que se disculpaba diciendo. “por favor, perdóname, hermana. Espero que alcances tu meta en el camino espiritual”. Subha siguió caminando, sin mirar atrás.

El Buda, después de ensalzar a la joven monja por su valentía y claridad, dijo: “Viajar en solitario por caminos no transitados es peligroso para las monjas. Ésta es una de las razones por las que, al principio, dudé en conceder la ordenación a las mujeres. Subha, de ahora en adelante, una monja no deberá

viajar sola. Ninguna monja deberá atravesar un río sola, ni entrar sola en un pueblo para mendigar, ni caminar sola por un bosque o un campo. Tampoco deberá dormir sola, ni en el convento, ni en una pequeña cabaña ni bajo un árbol. Una monja deberá viajar y dormir con, al menos, otra monja, de manera que la una vele por la otra y ambas se protejan mutuamente”.

El Buda se dirigió después a Ananda y le dio la siguiente instrucción: “Ananda, por favor, toma nota de esta nueva regla y pide a todas las monjas avanzadas que la incluyan en sus preceptos”.

Cuando el Buda dejó la plantación de mangos de Jivaka, se dirigió a

Nalanda acompañado por un gran número de monjes. Todos andaban despacio y con plena atención, observando su respiración. Justo detrás de ellos caminaban dos ascetas, Suppiyo y su discípulo Brahmadata, que iban hablando en voz alta sobre el Buda y su enseñanza. Suppiyo criticaba y ridiculizaba al Buda pero, por extraño que parezca, Brahmadata rebatía sus afirmaciones elogiando al Buda y sus enseñanzas. Las elocuentes y convincentes palabras del discípulo conmovieron a los monjes, que no pudieron evitar escuchar la conversación.

Aquella noche, los monjes descansaron en Ambalatthika, un bosque

exuberante que pertenecía a la familia real. El rey Bimbisara había dado permiso para que todos los buscadores espirituales de todas las sectas pudieran detenerse en aquel lugar siempre que necesitaran descanso. Suppiyo y su discípulo Brahmadata también pasaron la noche allí.

A la mañana siguiente, los monjes comentaron la conversación de los dos ascetas. El Buda, al oírles, les dijo: “Monjes, si alguien critica o ridiculiza al Buda o al Dharma en vuestra presencia, no permitáis que surja en vosotros enfado, irritación o indignación alguna, pues tales sentimientos no hacen más que dañaros. No permitáis tampoco, si alguien ensalza al Buda o al Dharma

en vuestra presencia, que surjan sentimientos de felicidad, placer o satisfacción, pues también éstos no hacen más que dañaros. La actitud correcta es examinar la crítica y ver lo que es cierto y lo que no es. Sólo si reaccionáis así tendréis la oportunidad de profundizar en vuestros estudios y de hacer verdaderos progresos”.

Monjes, la mayoría de las personas que ensalzan al Buda, al Dharma y a la Sangha poseen sólo una comprensión superficial. Aprecian la vida casta, simple y serena de los monjes pero no ven más allá. Los que comprenden las verdades más profundas y sutiles del Dharma hacen pocas alabanzas, pues perciben la verdadera sabiduría de la

Iluminación que es profunda, sublime y maravillosa y trasciende todos los pensamientos y palabras ordinarios”.

“Monjes, en este mundo existen innumerables filosofías, doctrinas y teorías. Las personas se critican unas a otras y discuten interminablemente sobre sus creencias. Según mis indagaciones, existen sesenta y dos teorías principales que engloban a los millares de filosofías y religiones de nuestro mundo. Desde la perspectiva del Camino de la Iluminación y de la Liberación, estas sesenta y dos teorías contienen errores y crean obstáculos”.

El Buda explicó las teorías y expuso sus errores. Habló de las dieciocho teorías relacionadas con el

pasado —cuatro teorías sobre el eternalismo, cuatro sobre el eternalismo parcial, cuatro sobre los aspectos finito e infinito del mundo, cuatro de ambigüedad sin fin y dos teorías que afirman que la causalidad no existe—. Habló también sobre las cuarenta y cuatro teorías relacionadas con el futuro —dieciséis defienden que el alma continúa existiendo después de la muerte, ocho afirman que no hay alma después de la muerte, ocho postulan que el alma ni continúa después de la muerte, ni cesa su continuidad después de ésta, siete teorías nihilistas y cinco teorías que sostienen que el presente ya es el Nirvana—.

Después de exponer los errores

contenidos en todas ellas, el Buda añadió: “Un buen pescador echa su red al mar y atrapa todos los peces que puede. Después, mientras contempla su esfuerzo por escapar, les dice, ‘por muy alto que saltéis volveréis a caer en la red’. El pescador está en lo cierto. Los millares de creencias que florecen actualmente pueden encontrarse en la engañosa red de estas sesenta y dos teorías. Monjes, no caigáis en ella. No caigáis en la red de la mera especulación. Sólo perderíais el tiempo y la oportunidad de practicar el Camino de la Iluminación”.

“Monjes, todas esas creencias y doctrinas surgen porque la gente se ha desviado del camino a causa de las

percepciones y las sensaciones. Cuando no se practica la atención consciente, no se puede percibir la verdadera naturaleza de las percepciones y las sensaciones. Cuando seáis capaces de penetrar hasta la raíz y ver su verdadero rostro, comprenderéis la naturaleza transitoria e interdependiente de todos los dharmas y no volveréis a quedar atrapados en la red del deseo, la ansiedad y el temor, o la red de las sesenta y dos teorías falsas”.

Después de la enseñanza de Dharma, el venerable Ananda salió a caminar, concentrado en grabar en su memoria cada una de las palabras que el Buda había pronunciado. Pensó, “éste es un sutra importante. Lo llamaré el

Brahmajala, El Sutra de la Gran Red.
Recoge todas las teorías y dogmas
falsos de nuestro mundo”.

Capítulo sesenta

LA PENA DE VISAKHA



DESPUÉS de descansar en el bosque de Ambalatthika, el Buda fue a enseñar el Dharma a Nalanda y después a Campa, una gran ciudad en el estado de Anga, región muy populosa y fértil bajo la jurisdicción del rey Bimbisara. El Buda se instaló en un fresco bosque, junto al lago Gaggara, donde crecían muchas y fragantes flores de loto.

Entre la multitud que acudía a escuchar las enseñanzas del Buda, había

un joven y acaudalado brahmán llamado Sonadanda, conocido y admirado en la región por su gran inteligencia. Algunos amigos intentaron disuadirle de visitar al Buda, pues creían que su visita daría más prestigio al monje Gautama. Pero Sonadanda dijo, sonriendo, que no quería dejar escapar la rara oportunidad de conocer a un hombre como el Buda, célebre por su profunda visión y comprensión, ya que tal ocasión se presentaba una vez cada mil años.

“He de ir para profundizar en mi propio conocimiento”, dijo Sonadanda. “Quiero ver en qué campos me supera el monje Gautama y en qué campos le supero yo”.

Varios cientos de brahmanes

decidieron acompañarle. Habían depositado su confianza en aquel joven y estaban seguros de que evidenciaría la superioridad de la enseñanza de la casta brahmmana sobre la del Buda y que no les deshonraría.

Un gentío rodeaba ya al Buda cuando llegaron al lago Gaggara. Sonadanda se sintió flaquear por un momento; no sabía cómo empezar. Pero el Buda le sacó del apuro hablando en primer lugar.

“Sonadanda, ¿puedes decimos cuáles son las características esenciales de un verdadero brahmán? Si es necesario, por favor, cita los Vedas como evidencia”.

Sonadanda se sintió complacido,

pues se había especializado en los Vedas. Dijo, “Monje Gautama, un auténtico brahmán posee cinco características: apariencia atractiva, habilidad en el canto y en la elaboración de los rituales, pureza de sangre durante siete generaciones previas, acción virtuosa y sabiduría”.

El Buda preguntó entonces: “De estas cinco características, ¿cuáles son las esenciales? ¿Es posible seguir siendo un auténtico brahmán si se carece de alguna de ellas?”.

Tras reflexionar unos instantes, Sonadanda respondió que las dos últimas eran las únicas características verdaderamente indispensables. La belleza física, la habilidad en el canto y

en la realización de los rituales y la pureza de sangre no eran absolutamente esenciales.

Los quinientos brahmanes que le acompañaban se sintieron ofendidos y, levantándose, agitaron los brazos para expresar su desacuerdo. Sentían que las preguntas del Buda habían influido en Sonadanda siendo sus respuestas una humillación para su casta.

El Buda se dirigió a los brahmanes: “¡Honorables invitados! Si tenéis fe en Sonadanda, por favor, guardad silencio y permitid que siga conversando conmigo.

Y, si ya no la tenéis, decidle que se siente y hablaré, en cambio, con cualquiera de vosotros”.

Todo el mundo enmudeció. Sonadanda miró al Buda y dijo, “Monje Gautama, por favor, permíteme que dirija unas palabras a mis amigos”.

Sonadanda se giró hacia sus compañeros y, señalando a un joven que estaba sentado en la primera fila, dijo, “¿veis a mi primo Angaka? Es un joven elegante y bien parecido. Sus modales son refinados y nobles. Pocos, a excepción del monje Gautama, pueden competir con su distinguida apariencia. Asimismo, Angaka está bien versado en los Vedas. Posee habilidad en el canto y en la realización de los rituales y la pureza de su sangre se remonta a siete generaciones por ambas ramas familiares. Nadie puede negar que posea

estas tres características. Pero, supongamos que Angaka fuera un borracho que asesinara, robara, violara y mintiera. ¿Qué valor tendría entonces su distinguida apariencia, sus habilidades en el canto y la pureza de su sangre? Queridos amigos, debemos admitir que la acción virtuosa y la sabiduría son las únicas características realmente esenciales de un verdadero brahmán. Y ésta es una verdad para todos, no sólo para el monje Gautama”.

La muchedumbre aplaudió manifestando su aprobación. Cuando se hizo el silencio, el Buda interrogó de nuevo a Sonadanda. “De estas dos características —la acción virtuosa y la sabiduría— ¿hay una que sea más

esencial que otra?”.

“Monje Gautama, —respondió el joven brahmán— la acción virtuosa desarrolla la sabiduría y la sabiduría crece con la acción virtuosa. Son inseparables. Es como utilizar una mano para lavar la otra o un pie para rascarse el otro. Ambas cualidades se asisten y alimentan mutuamente. La acción virtuosa da brillo a la sabiduría y la sabiduría incrementa la virtud de la acción. Son las cualidades más preciosas de la vida”.

“¡Excelente, Sonadanda! Tus palabras son ciertas. La acción virtuosa y la sabiduría son las cualidades más valiosas de la vida. ¿Puedes decirnos algo más? ¿Cómo se desarrollan la

acción virtuosa y la sabiduría hasta el grado más alto?”.

Sonadanda sonrió, juntó las palmas de las manos y, tras inclinarse ante el Buda, dijo, “Maestro, por favor, guíanos Tú. Nosotros conocemos los principios, pero eres el único que ha recorrido el camino verdadero. Por favor, dinos cómo desarrollar la acción virtuosa y la sabiduría hasta su máximo potencial”.

Entonces, el Buda habló del camino de la liberación. Les habló de las Tres Etapas a la Iluminación —los preceptos, la concentración y la comprensión—. La observación de los preceptos desarrolla la concentración que, a su vez, conduce a la comprensión. Esta última permite que la práctica de los preceptos sea más

profunda. Cuanto más profunda es la observación de los preceptos, más crece la concentración y, cuanto mayor es la concentración, más profunda es la comprensión.

El Buda habló también de la meditación en la coproducción dependiente como medio para romper los falsos conceptos de la permanencia y de un yo separado. Meditar en la coproducción dependiente permite cortar las ataduras de la codicia, el enfado y la ignorancia con el fin de alcanzar la liberación, la paz y la alegría.

Cuando el Buda acabó de hablar, Sonadanda, que había escuchado embelesado, se levantó, unió las palmas

de las manos y dijo: “Maestro Gautama, por favor, acepta mi gratitud. Hoy, me has abierto los ojos. Me has liberado de la oscuridad. Permíteme que tome refugio en el Buda, el Dharma y la Sangha. Desearía, asimismo, invitarte mañana, a ti y a todos los monjes, a un ofrecimiento de comida en mi casa”.

El entusiástico intercambio entre el Buda y el joven Sonadanda tuvo importantes repercusiones en todos los niveles de aquella sociedad. Un gran número de brahmanes intelectuales, entre los que se encontraban un famoso brahmán llamado Ambattha y su maestro Pokkharasadi, se hicieron discípulos del Buda en el pueblo de Icchanankala. No obstante, el creciente número de jóvenes

brahmanes que se convertían en discípulos del Buda no hacía más que incrementar los celos y el resentimiento de ciertos líderes brahmanes y de otras sectas religiosas.

Cuando todavía estaban en Ambalatthika, Svasti le pidió al venerable Moggallana que le hablara de los diferentes movimientos religiosos de la época. Moggallana le resumió los principios más importantes de cada secta del siguiente modo.

En primer lugar, estaba la secta de Purana Kassapa. Sus seguidores eran escépticos en cuanto a la moral y la ética pues mantenían que bueno y malo no eran más que conceptos, fruto del hábito y de las convenciones.

Los seguidores de Makkhali Gosala eran fatalistas. Creían que los sucesos de la vida estaban predeterminados y no podían ser alterados. Si alguien alcanzaba la liberación después de quinientos o mil años de reencarnaciones, no era debido a su esfuerzo sino a un destino predeterminado.

Ajita Kesakambali enseñaba la doctrina del hedonismo. Mantenía que el ser humano se componía de cuatro elementos —tierra, agua, fuego y aire— y que, después de la muerte, no quedaba nada. Según dicha secta, había que experimentar tanto placer como fuera posible mientras el cuerpo se mantuviera con vida.

La secta encabezada por Pakudha Kaccayana adoptaba una visión opuesta a la anterior. Sus adeptos creían que el alma verdadera y el cuerpo no se podían destruir. Afirmaban que el ser humano se componía de siete elementos —tierra, agua, fuego, aire, sufrimiento, felicidad y energía vital—. El nacimiento y la muerte no eran más que formas externas, resultantes de la combinación y disolución temporales de los siete elementos, mientras que la verdadera esencia del ser era inmortal y se hallaba fuera del alcance de la destrucción.

Los venerables Sariputta y Moggallana habían pertenecido a la secta de Sanjaya Belatthiputta, que enseñaba una doctrina de la relatividad.

Según su creencia, la verdad cambiaba en función de las circunstancias, el tiempo y el lugar. Lo que era cierto para una situación, podía no serlo para otra. La conciencia era la que daba la medida de todas las cosas.

Nigantha Nataputta dirigía una secta de ascetas que practicaban la austeridad. Iban desnudos y observaban estrictamente el precepto de no matar a otros seres vivos. Nigantha enseñaba una especie de fatalismo dual. Creía que dos fuerzas, —*jiva* y *ajiva*— o vida y no-vida, eran las bases del universo. Su secta era muy respetada e influyente en la sociedad. Los monjes mantenían un contacto frecuente con los ascetas de Nataputta. Ambas comunidades

compartían un respeto común por la vida. Pero había también muchas diferencias y algunos de los seguidores de Nigantha se oponían amargamente a los monjes. El venerable Moggallana sentía que las ideas de estos ascetas eran demasiado extremistas y no dudaba en manifestar abiertamente su opinión. Debido a ello, muchos de los discípulos de Nataputta sentían una hostilidad particular hacia él.

El Buda regresó a Savatthi y se instaló en el Parque del Este, donde había un constante flujo de visitantes. Una mañana, una mujer llamada Visakha fue a verle. Sus cabellos y su vestido estaban empapados por la lluvia.

“Visakha, ¿dónde has estado? —

dijo el Buda alarmado—. ¿Por qué tienes la ropa y el pelo mojados?”.

Visakha rompió a llorar. “Señor, mi nieto ha fallecido y es tal mi pesar que, al venir a verte, me he olvidado de coger un sombrero o una sombrilla para protegerme de la lluvia”.

“¿Qué edad tenía tu nieto, Visakha? ¿Y cómo ha fallecido?”.

“Señor, el niño no tenía más que tres años y ha muerto de fiebres tifoideas”.

“Pobrecito. Visakha, ¿cuántos hijos y nietos tienes?”.

“Señor, tengo dieciséis hijos, de los cuales, nueve están casados. Y tenía ocho nietos, pero ahora sólo tengo siete”.

“Visakha, te gustaría tener muchos nietos, ¿verdad?”.

“Oh sí, Señor. Cuantos más, mejor. Nada me haría más feliz que tener tantos hijos y nietos como habitantes hay en Savatthi”.

“Visakha, ¿Sabes cuántas personas mueren a diario en Savatthi?”.

“Señor, a veces nueve o diez, pero todos los días fallece al menos una persona en la ciudad. No hay un solo día sin una muerte en Savatthi”.

“Visakha, si tus hijos y nietos fueran tan numerosos como las gentes de Savatthi, tus cabellos y tu ropa estarían todos los días tan empapados como hoy”.

Visakha, entonces, unió las palmas

de las manos y dijo, “¡he comprendido! En realidad, no quiero tener tantos hijos y nietos como habitantes hay en Savatthi. Cuantos más apegos tenemos, más sufrimos. Me lo has enseñado muchas veces, pero parece que siempre lo olvido”.

El Buda sonrió amablemente.

“Señor, —dijo a continuación Visakha— Normalmente, regresas de tus viajes justo antes de que comience la estación de las lluvias y, el resto del año, tus discípulos te echamos mucho de menos. Vamos al monasterio pero, sin ti, parece vacío. Damos unas cuantas vueltas alrededor de tu cabaña y regresamos a nuestros hogares sin saber que hacer”.

“Visakha, la práctica diligente de la enseñanza es más importante que las visitas. Cuando acudes al monasterio, tienes la oportunidad de escuchar la enseñanza de Dharma de otros monjes. Puedes hacerles preguntas para que te ayuden en la meditación. La enseñanza y el maestro son uno. Por favor, no descuides la práctica porque no esté aquí”.

El venerable Ananda, que estaba de pie junto a ellos, propuso una solución. “Estaría bien plantar un árbol *bodhi* aquí, en el monasterio. Así, cuando los discípulos vengan a verte, si no estás, pueden visitar el árbol *bodhi* como representación tuya y postrarse ante él como si lo hicieran ante ti. Bajo el árbol

construiríamos un altar de piedra donde los discípulos podrían depositar sus ofrecimientos de flores y caminar lentamente alrededor mientras practican la contemplación del Buda”.

“¡Es una idea estupenda! —dijo Visakha—. Pero, ¿dónde encontraremos ese árbol?”.

Puedo conseguir una semilla del árbol *bodhi* de Uruvela bajo el cual el Buda alcanzó el Despertar, —respondió Ananda—. No te preocupes. Obtendré la simiente, la haré germinar y cuidaré del árbol”.

Visakha, sintiéndose más ligera y reconfortada, se inclinó ante el Buda y el venerable Ananda y regresó a su casa.

Capítulo sesenta y uno

LOS RUGIDOS DEL LEÓN



DURANTE esa estación de las lluvias, el Buda impartió una enseñanza sobre los doce eslabones en la cadena de la existencia tras una pregunta de Ananda acerca de la coproducción dependiente.

“La enseñanza sobre la coproducción dependiente es muy profunda y sutil. No creáis que puede entenderse con palabras y discursos. Monjes, por haber escuchado la enseñanza sobre la coproducción

dependiente, el venerable Uruvela Kassapa entró en el camino del verdadero Dharma. El venerable Sariputta, otro de nuestros hermanos más respetados, entró en el camino tras escuchar un *gatha* sobre la coproducción dependiente. Contemplad la naturaleza de la producción condicionada en todo momento. Cuando miréis una hoja o una gota de lluvia, medita en todas las condiciones, próximas o lejanas, que han contribuido a su existencia. Sabed que el mundo está tejido de hilos conectados entre sí. Esto es porque eso es. Esto no es porque aquello no es. Esto ha nacido porque aquello ha nacido. Esto muere porque aquello muere”.

“El nacimiento y la muerte de cualquier Dharma están conectados al nacimiento y la muerte de todos los demás dharmas. La unidad contiene la pluralidad y la pluralidad contiene la unidad. Sin la unidad no puede haber pluralidad. Sin la pluralidad, no puede haber unidad. Ésta es la maravillosa verdad de la enseñanza sobre la coproducción dependiente. Si observáis profundamente la naturaleza de todos los dharmas, podréis trascender cualquier ansiedad relacionada con el nacimiento y la muerte. Romperéis el círculo de nacimiento y muerte”.

“Monjes, los vínculos conectados se componen de muchos niveles, pero los más importantes son cuatro: las

causas principales, las causas contributivas, el momento-inmediatamente-precedente como causa y los objetos como causa”.

“La causa principal es la primera condición, necesaria para el surgimiento de un fenómeno. Por ejemplo, un grano de arroz es la causa principal para que brote una planta de arroz. Las causas contributivas son las condiciones favorables. En el supuesto de un grano de arroz, éstas incluyen al sol, la lluvia y la tierra que permiten que la semilla se transforme en una planta de arroz”.

“El momento-inmediatamente-precedente como causa es un proceso ininterrumpido que sirve como causa subyacente. Sin él, el desarrollo de la

planta de arroz se interrumpiría antes de llegar a madurar. Los objetos como causa se refieren a los objetos de la conciencia. El grano de arroz y las condiciones próximas y lejanas que permiten la presencia de la planta de arroz son objetos de la conciencia y no pueden ser separados de ella. La mente es una condición básica para la existencia de todos los dharmas”.

“Monjes, el sufrimiento existe por la presencia del nacimiento y de la muerte. ¿Qué origina el nacimiento y la muerte? La ignorancia. El nacimiento y la muerte son ante todo, nociones mentales; productos de la ignorancia. Si observáis profundamente y penetráis en las causas de las cosas, destruiréis la

ignorancia. Una vez destruida, trascenderéis los pensamientos de nacimiento y muerte y, con ello, venceréis la ansiedad y el dolor”.

“Monjes, el concepto de muerte existe porque existe el concepto de nacimiento. Estas visiones erróneas se basan en una idea equivocada del yo y la visión equivocada del yo surge porque hay apego. Hay apego porque hay deseo. Hay deseo porque no se comprende la verdadera naturaleza de las sensaciones. Y no se comprende la verdadera naturaleza de éstas porque uno se queda atrapado en el contacto entre los órganos de los sentidos y sus objetos. Se queda uno atrapado en el contacto entre los órganos de los sentidos y sus objetos

porque la mente no permanece clara ni serena. Y la mente no permanece clara ni serena porque hay instintos e impulsos, debidos a la ignorancia. Los doce eslabones de la cadena de la existencia están conectados entre sí. En cada eslabón podemos hallar los otros once. Si falta uno, faltan los once restantes. Los doce eslabones son: muerte, nacimiento, devenir, apego, ansiedad, sensaciones, contacto, seis órganos sensoriales, nombre y forma, conciencia, instintos e impulsos, e ignorancia”.

“Monjes, la ignorancia es la base de los doce eslabones en la cadena de la existencia. Contemplando la naturaleza de la coproducción dependiente,

podemos disipar la ignorancia y trascender toda ansiedad y dolor. La persona iluminada camina sobre las olas del nacimiento y la muerte y no se ahoga, utiliza los doce eslabones como ruedas de un carruaje y vive en el mismísimo centro del mundo sin dejarse confundir jamás. Monjes, no intentéis escapar al nacimiento y la muerte. Sólo necesitáis elevaros por encima de ambos. Trascender el nacimiento y la muerte es el logro de los grandes seres”.

Varios días después, en una discusión de Dharma, el venerable Mahakassapa recordó a la comunidad que el Buda había impartido muchas veces la enseñanza sobre la coproducción dependiente, pudiendo ser

considerada como el corazón del Camino del Despertar. Recordó también que, una vez, el Buda había empleado el ejemplo de una gavilla de juncos para ilustrar la enseñanza sobre la coproducción dependiente. Las cosas no necesitan un creador, surgen unas de otras. La ignorancia causa instintos e impulsos que, a su vez, causan ignorancia, de la misma manera que los juncos se apoyan unos en otros para mantenerse derechos y, si uno de ellos cae, caen los demás. Esto sirve para todas las cosas del universo —la unidad crea la pluralidad y la pluralidad, la unidad—. Si lo observamos atentamente, vemos la unidad en la pluralidad y la pluralidad en la unidad.

Durante ese retiro, varios brahmanes urdieron una conspiración para acusar al Buda de haber yacido con una mujer y haberla embarazado. Encontraron a una joven y atractiva brahmmana llamada Cinca; le dijeron que el Buda era la causa del rápido declive en la fe de sus ancestros, embaucando a muchos jóvenes para convertirlos en sus discípulos. Deseosa de proteger su fe, Cinca aceptó el plan.

Todos los días, la atractiva brahmmana, vestida con un hermoso sari y con un ramo de flores frescas, visitaba Jetavana. No llegaba nunca para las enseñanzas, esperaba fuera a que la gente saliera de vuelta a sus hogares. Al principio, cuando alguien le preguntaba

a dónde iba o qué hacía, Cinca se limitaba a sonreír. Transcurridos unos días, respondía coquetamente, “voy a donde voy”. Después de varias semanas de dar vagas respuestas, empezó a decir, “voy a visitar al monje Gautama”. Y, finalmente, se le oyó exclamar, “¡es maravilloso dormir en Jetavana!”.

Tales palabras hirieron a muchas personas y algunos laicos empezaron a albergar dudas y sospechas, pero nadie dijo nada.

Un día, Cinca fue a las enseñanzas del Buda. Su vientre estaba visiblemente redondo. En plena charla, se puso de pie y dijo alto y fuerte, “¡Maestro Gautama! Hablas del Dharma con elocuencia y gozas del respeto de todos pero no haces

nada por esta pobre mujer a la que has dejado embarazada. El bebé que llevo en mi vientre es tuyo. ¿Piensas responsabilizarte de tu hijo?”.

Una ola de sobresalto atravesó la comunidad. Todo el mundo dirigió su mirada al Buda. Pero éste sonrió serenamente y respondió: “Señora, sólo tú y yo podemos saber si tus afirmaciones son o no ciertas”.

Aunque la sonrisa serena del Buda hizo sentirse incómoda a la mujer, ésta prosiguió, “así es, sólo tú y yo sabemos si mis afirmaciones son ciertas”.

La comunidad no pudo contener su asombro. Varias personas se levantaron furiosas. Cinca, de repente, temió que la gente pudiera golpearla. Intentó escapar

pero el pánico la hizo tropezar y cayó al suelo. Cuando trató de levantarse, una pieza redonda de madera que llevaba sujeta al abdomen cayó sobre sus pies. Gritó de dolor, mientras frotaba sus pies malheridos. Ahora, su vientre estaba perfectamente plano.

Un suspiro de alivio brotó de la muchedumbre. Algunas personas se pusieron a reír, otras se mofaron de Cinca. La monja Khema se levantó y, amablemente, ayudó a Cinca a abandonar la sala. Una vez se hubieron marchado las dos mujeres, el Buda reanudó su discurso sobre el Dharma como si nada hubiera ocurrido.

Dijo así: “Comunidad, el Camino de la Iluminación puede derribar las

paredes de la ignorancia del mismo modo que la luz disipa las sombras. Las Cuatro Nobles Verdades, la transitoriedad, el no-yo, la coproducción dependiente, los Cuatro Fundamentos de la Atención, los Siete Factores del Despertar, las Tres Puertas y el Noble Camino Óctuple han sido revelados al mundo como un rugido de león, disipando innumerables doctrinas falsas y puntos de vista estrechos. El león es el rey de las bestias. Cuando sale de su guarida, se estira, mira en todas las direcciones y, antes de elegir su presa, emite un poderoso rugido que hace temblar y huir a todas las criaturas. Al oírlo, los pájaros emprenden el vuelo, los cocodrilos se sumergen en el agua,

los zorros se esconden en sus madrigueras e incluso los ciclantes domésticos, ceñidos con correas, ornamentados y protegidos por parasoles de oro, huyen a toda prisa”.

“Comunidad, la revelación del Camino de la Iluminación es como el rugido del león; las falsas doctrinas sienten temor y tiemblan. Cuando la transitoriedad, el novo y la coproducción dependiente se revelan, todos los seres, celestiales y humanos, que durante mucho tiempo han buscado una falsa seguridad en la ignorancia y la negligencia deben despertar. Cuando alguien percibe la deslumbrante verdad, exclama, durante largo tiempo hemos adoptado visiones peligrosas,

considerando que lo transitorio es permanente y creyendo en la existencia de un yo separado. Hemos confundido el sufrimiento con el placer, contemplado lo temporal como eterno y tomado lo falso por verdadero. Ha llegado la hora de derribar los muros de la negligencia y de los falsos conceptos””.

“Comunidad, el Camino de la Iluminación permite a la humanidad eliminar el denso velo de las falsas visiones. Cuando una persona iluminada aparece, el camino resuena como el majestuoso sonido de la marea alta. Cuando sube, las falsas visiones son arrastradas por ella”.

“Comunidad, la gente cae fácilmente en cuatro trampas. La primera

es el apego a los deseos sensuales. La segunda es el apego a las visiones estrechas. La tercera es la duda y el recelo, y la cuarta es la visión falsa del yo. El Camino de la Iluminación ayuda a las personas a liberarse de todas ellas”.

“Comunidad, la enseñanza sobre la coproducción dependiente os capacitará para vencer cualquier obstáculo y trampa. Contemplad la naturaleza de la interdependencia en vuestra vida cotidiana —cuerpo, sensaciones, mente y objetos de la mente—”.

“Al día siguiente, Ananda recitó, en la sala principal, el discurso del Buda al que llamó *El Sutra del Rugido del León*”.

Durante aquel retiro, muchos

monjes enfermaron de malaria. Sus cuerpos estaban tan debilitados que apenas tenían fuerzas para salir a mendigar. Otros monjes se ofrecieron inmediatamente a compartir con ellos la comida pero gran parte de los alimentos que recibían consistía en arroz con salsa de curry, demasiado fuerte para sus delicados estómagos. El Buda permitió que los discípulos laicos prepararan platos especiales, fáciles de digerir, para los enfermos, tales como gachas de arroz con miel, leche, caña de azúcar y aceite. Gracias a estos alimentos, los enfermos fueron recobrando poco a poco la salud.

Un día, tras permanecer sentado en meditación, el Buda oyó el graznido de

multitud de cuervos. Cuando fue a averiguar qué ocurría, vio que un grupo de monjes arrojaba a los cuervos la comida de los enfermos. Los monjes le explicaron que se la ofrecían a los cuervos porque algunos hermanos no habían podido ingerir ningún alimento esa mañana por sentirse muy debilitados y los monjes no podían comer después del mediodía. Cuando el Buda preguntó por qué no la habían conservado para el día siguiente, los monjes le mencionaron la regla de no guardar la comida sobrante. El Buda dijo que los monjes enfermos podían ser relevados del precepto de no comer después del mediodía y añadió que, si ciertos alimentos se mantenían en buen estado,

debían guardarse para el día siguiente.

Foco después, un médico de la capital fue a visitar al venerable Sariputta y sugirió que sirvieran a los enfermos un plato elaborado con determinados ingredientes y hierbas. Gracias a esa preparación, los monjes recobraron rápidamente la salud.

Capítulo sesenta y dos

EL RUGIDO DE SARIPUTTA



CUANDO concluyó la estación del retiro, el venerable Sariputta fue a despedirse del Buda antes de partir hacia otras regiones a propagar el Dharma.

El Buda le deseó un viaje apacible y un cuerpo y una mente libres de toda preocupación. El venerable Sariputta le dio las gracias y se marchó.

Poco después, un monje acudió a

ver al Buda para acusar a Sariputta de haberle maltratado. Dijo, “le he preguntado al venerable Sariputta a dónde iba y se ha negado a responderme. De hecho, me ha apartado con tal fuerza, que me ha tirado al suelo, siguiendo su camino sin disculparse siquiera”.

El Buda le dijo a Ananda: “Sariputta no puede estar muy lejos. Envía a un novicio en su busca. Esta noche, el pleno de la comunidad se reunirá en la sala del Dharma de Jeta”.

Ananda siguió las instrucciones del Buda y, a última hora de la tarde, el venerable Sariputta regresaba al monasterio con el novicio. El Buda le dijo: “Sariputta, esta noche la

comunidad se reunirá en la sala de Dharma. Un monje te ha acusado de tirarle al suelo y de no disculparte”.

Aquella tarde, los venerables Ananda y Moggallana recorrieron todos los rincones del monasterio para anunciar la inminente asamblea diciendo, “estáis todos invitados a asistir a la reunión que tendrá lugar esta noche en la sala del Dharma. Nuestro hermano Sariputta tendrá la oportunidad de ofrecer su rugido de león”.

Ningún monje faltó a la cita. Todo el mundo quería ver cómo respondía Sariputta a aquéllos que, durante mucho tiempo, habían envidiado su posición en la Sangha; el venerable Sariputta gozaba de la plena confianza del Buda y algunos

monjes consideraban que su influencia era desmesurada. Cuando el Buda les reprendía por alguna falta, culpaban equivocadamente a Sariputta de haberle informado. Había monjes que sentían casi odio por Sariputta porque, en una ocasión, el Buda le había invitado a compartir su asiento.

El venerable Ananda pensó en Kokalika, un monje que había vivido en Jetavana hacía ocho años. Kokalika odiaba tanto a Sariputta y a Moggallana que ni siquiera el Buda logró disuadirle de su error. Estaba convencido de que ambos monjes eran unos hipócritas cuyas acciones estaban motivadas por la ambición. El Buda mantuvo una conversación privada con él, en la que

le aseguró que Sariputta y Moggallana eran sinceros y que sus acciones surgían del amor afectuoso. Pero la mente de Kokalika estaba tan llena de celos y de odio que, finalmente, abandonó el monasterio y se unió al venerable Devadatta, en Rajagaha, convirtiéndose en uno de sus principales adeptos.

Este tipo de problemas explicaba por qué Ananda había rehusado a aceptar la responsabilidad de convertirse en el asistente del Buda. Ananda sabía que, si las condiciones que había propuesto no eran aceptadas—no compartir la habitación o la comida del Buda—, muchos hermanos se molestarían también con él. Algunos monjes sentían que no recibían

suficiente atención del Buda. Ananda sabía que tales sentimientos podían conducir al enfado y al odio e, incluso, a abandonar al Buda, su Maestro.

Ananda recordó también a Magandika, una hermosa mujer brahmana del pueblo de Kalmashadamyā, en Kosambi, que llegó a odiar al Buda por no recibir la atención deseada. Magandika conoció al Buda cuando éste tenía cuarenta y cuatro años. Se sintió inmediatamente atraída por él y quiso averiguar si sus sentimientos eran correspondidos pero, aunque hizo todo lo posible por atraer su atención, el Buda la trató siempre como al resto. Pronto, su cariño se transformó en odio y, convertida en la esposa del

rey Udena de Vatsa, empleó su posición e influencia para extender falsos rumores y desacreditar al Buda. Llegó incluso a presionar a las autoridades para que le prohibieran impartir públicamente su enseñanza. Más tarde, cuando Samavati, la adorada concubina del rey Udena, se convirtió en discípula del Buda, Magandika hizo cuanto pudo para mortificarle.

Ananda, alterado por todo esto, sugirió al Buda que abandonaran Kosambi y partieran a un lugar más hospitalario para propagar el Dharma.

“Ananda, si vamos a otro lugar y encontramos nuevas dificultades, ¿qué haremos?”.

“Irnos de allí”, respondió Ananda.

“Eso no es correcto. No debemos desanimarnos cada vez que surjan obstáculos. Hemos de hallar soluciones en plena dificultad. Ananda, si practicamos la ecuanimidad, los insultos y las calumnias no deben perturbarnos. Los que nos difamen no podrán dañarnos. Sólo se dañarán a sí mismos. Si alguien escupe al cielo, éste no se mancha; cae sobre el rostro de quien ha escupido”.

Ananda estaba convencido de que Sariputta sabría hacer frente a la situación. Gozaba legítimamente de la confianza del Buda pues era verdaderamente virtuoso y un digno hermano mayor de la comunidad. Gracias a su visión profunda, el Buda

contaba con su ayuda para guiar a la Sangha. Sariputta era además el autor de varios sutras, incluyendo *El Sutra de las Huellas del Elefante*, en el que, basándose en la experiencia de su propia práctica, trata la relación entre los cuatro elementos y los cinco agregados.

Cuando el Buda entró en la sala de Dharma, todos los monjes se levantaron; pidió que se sentaran, antes de hacerlo Él mismo. Sariputta tomó asiento en una silla baja, a su lado.

El Buda habló a Sariputta diciendo: “Un monje te ha acusado de tirarle al suelo y de marcharte sin pedir disculpas. ¿Tienes algo que decir?”.

El venerable Sariputta se levantó,

juntó las palmas de las manos y, tras inclinarse primero ante el Buda y luego ante la comunidad, habló así: “Señor, un monje que no practica, que no contempla el cuerpo en el cuerpo, que no es consciente de las acciones del cuerpo, podría tirar al suelo a un compañero y marcharse sin pedir disculpas”.

“Señor, todavía recuerdo la lección que, hace catorce años, le diste al monje Rahula. Le enseñaste a contemplar la naturaleza de la tierra, del agua, del fuego y del aire, con el fin de alimentar y desarrollar las cuatro virtudes del amor afectuoso, la compasión, la alegría y la ecuanimidad. Aunque tu enseñanza iba dirigida a Rahula, yo también aprendí de ella. Me he esforzado en

observarla durante estos últimos catorce años y a menudo te doy las gracias interiormente”.

“Señor, he practicado para ser como la tierra, que es amplia y abierta y tiene la capacidad de acoger y transformar. Si esparcimos sobre ella sustancias fragantes, como flores, o sustancias sucias y malolientes, como los excrementos, la tierra las recibe de la misma manera, sin apego ni aversión”.

“Señor, he meditado para que mi mente y mi cuerpo sean como la tierra. Un monje que no contempla el cuerpo en el cuerpo, que no es consciente de las acciones del cuerpo, podría tirar al suelo a un compañero y marcharse sin

pedir disculpas. Pero ese no es mi comportamiento”.

“Señor, he practicado para ser como el agua. Si vertimos en ella sustancias fragantes o nocivas, el agua las recibe sin apego ni aversión. Los océanos, inmensos y fluctuantes, tienen la capacidad de transformar y purificar. Venerado Buda, he meditado para que mi cuerpo y mi mente sean como el agua. Un monje que no contempla el cuerpo en el cuerpo, que no es consciente de las acciones del cuerpo, podría tirar al suelo a un compañero y marcharse sin pedir disculpas. Pero ese no es mi comportamiento”.

“Señor, he practicado para ser como el fuego. El fuego lo quema todo,

tanto lo bello como lo impuro, sin apego ni aversión. El fuego tiene la capacidad de quemar, purificar y transformar. Venerado Buda, he meditado para que mi cuerpo y mi mente sean como el fuego. Un monje que no contempla el cuerpo en el cuerpo, que no es consciente de las acciones del cuerpo, podría tirar al suelo a un compañero y marcharse sin pedir disculpas. Pero ese no es mi comportamiento”.

“Señor, he practicado para ser como el aire. El aire desplaza toda clase de olores, buenos y malos, sin apego ni aversión, y tiene la capacidad de transformar, purificar y liberar. Venerado Buda, he meditado para que mi cuerpo y mi mente sean como el aire.

Un monje que no contempla el cuerpo en el cuerpo, que no es consciente de las acciones del cuerpo, podría tirar al suelo a un compañero y marcharse sin pedir disculpas. Pero ese no es mi comportamiento”.

“Señor, como un niño intocable de ropas harapientas que sostiene un cuenco y mendiga las sobras por la calle, practico para no generar falso orgullo o arrogancia. Me he esforzado para que mi corazón sea como el de ese niño. He tratado de practicar la humildad sin atreverme jamás a colocarme por encima de los demás. Venerado Buda, un monje que no contempla el cuerpo en el cuerpo, que no es consciente de las acciones del

cuerpo, podría tirar al suelo a un compañero y marcharse sin pedir disculpas. Pero ese no es mi comportamiento”.

El venerable Sariputta se disponía a reanudar su defensa cuando el acusador, no pudiendo resistirlo, se levantó, pasó un extremo de su *sanghati* por encima del hombro y, tras inclinarse ante el Buda con las palmas de las manos juntas, confesó: “Señor, he quebrantado los preceptos. Mi testimonio sobre el venerable Sariputta es falso. Confieso mi trasgresión ante ti y ante toda la comunidad y prometo observar mis preceptos en el futuro”.

“Es bueno que hayas confesado tu falta ante la comunidad. Aceptamos tus

disculpas”, dijo el Buda.

Seguidamente, el venerable Sariputta unió las palmas de las manos y declaró, “no le guardo rencor a mi hermano y le pido que perdone cualquier cosa que haya hecho y le haya disgustado”.

El monje se inclinó ante Sariputta con las palmas juntas y le respondió con el mismo saludo. La sala de Dharma desbordaba felicidad. El venerable Ananda se levantó y dijo, “hermano Sariputta, por favor, quédate con nosotros unos días. Desearíamos estar más tiempo contigo”.

Y el venerable Sariputta aceptó la invitación con una sonrisa.

Cuando la estación del retiro concluyó, el Buda viajó por la región. Un día, en Kesaputta, un pueblo que pertenecía al clan Kalama, el Buda dio una charla ante una gran asamblea de jóvenes. Habían oído hablar del monje Gautama pero era su primer encuentro.

Un hombre juntó las palmas de las manos y tomó la palabra: “Maestro, desde hace mucho tiempo, los sacerdotes brahmanes vienen a Kesaputta a enseñar sus doctrinas. Pero cada sacerdote afirma que la suya es superior a las demás y eso nos tiene confundidos. No sabemos qué camino seguir. Nos han asegurado que Tú eres un maestro Iluminado. ¿Podrías decimos a quién creer y a quién no? ¿Quién dice

la verdad y quién propaga falsas doctrinas?”.

El Buda respondió: “Comprendo vuestras dudas. Amigos, no debéis aceptar inmediatamente todo lo que os digan aunque todos digan lo mismo, esté escrito en las sagradas escrituras o lo exponga un maestro venerado por todos. Aceptad sólo lo que armonice con vuestra razón, aquello a lo que se adhieran los sabios y los virtuosos, aquello que, en la práctica, traiga beneficio y felicidad. Abandonad lo que no concuerde con vuestra razón, lo que no sigan los sabios y los virtuosos y lo que, en la práctica, no aporte beneficio ni felicidad”.

Los Kalamas rogaron al Buda que

profundizara en su exposición. “Amigos, imaginemos a alguien dominado por la codicia, el enfado y la ignorancia. Estas tres mentes, ¿le aportan felicidad o sufrimiento?”.

Maestro, —respondieron— la codicia, el enfado y la ignorancia llevarán a esa persona a cometer actos que le acarrearán sufrimiento, a sí misma y a los demás”.

¿Acaso los sabios y los virtuosos son partidarios de vivir una vida de codicia, enfado e ignorancia?”.

“No, maestro”.

“Consideremos ahora el ejemplo de alguien que actúa con amor, compasión, alegría y ecuanimidad, que hace felices a los demás eliminando su

sufrimiento, que se regocija en la buena fortuna ajena y que trata a todos los seres sin discriminación. Esas cualidades, ¿le aportan felicidad o sufrimiento?”.

“Maestro, tales cualidades le aportarán felicidad, al igual que a todos los que le rodeen”.

“El amor afectuoso, la compasión, la alegría y la ecuanimidad ¿son cualidades que apoyan y fomentan los sabios y los virtuosos?”.

“Sí, maestro”.

“Amigos míos, estáis cualificados para discernir entre lo que debe aceptarse y lo que debe descartarse. Creed y aceptad únicamente lo que armonice con vuestra razón, aquello a lo

que se adhieran los sabios y los virtuosos, aquello que, en la práctica, aporte beneficio y felicidad para uno mismo y para los demás y desechad lo que se oponga a dichos principios”.

Los jóvenes Kalamas, alentados por las palabras del Buda, comprendieron que su enseñanza no requería una fe incondicional y que su camino respetaba realmente la libertad de pensamiento. Aquel día, muchos de ellos le pidieron que les aceptara como discípulos.

Capítulo sesenta y tres

EL CAMINO AL MAR



EN uno de sus viajes, el Buda se detuvo en el pueblo de Alavi, donde fue invitado, con otros ocho monjes, a comer en un edificio público con la gente del lugar. Nada más comer, justo cuando el Buda iba a comenzar a hablar sobre el Dharma, irrumpió en la sala, jadeando, un anciano granjero. Había tenido que salir en busca de un búfalo perdido y se había retrasado. El Buda vio que el hombre no había probado

bocado en todo el día así que pidió que le sirvieran arroz con curry, antes de comenzar. Muchos de los presentes se impacientaron; no comprendían por qué retrasaba el Buda su discurso por un sólo hombre.

Cuando el granjero acabó de comer, el Buda tomó la palabra. “Respetados amigos, si hubiera empezado con nuestro hermano hambriento, éste, no hubiera podido concentrarse en la enseñanza y hubiera sido una lástima. No hay mayor sufrimiento que el hambre. El hambre debilita el cuerpo y destruye el bienestar, la paz y la alegría. No debemos olvidarnos nunca de los que padecen hambre. Si perderse una

comida resulta molesto, pensad en el sufrimiento de quienes no han comido decentemente durante días, o incluso semanas. Debemos buscar los medios para que nadie en este mundo se vea obligado a pasar hambre”.

Tras una breve estancia en Alavi, el Buda siguió el curso del Ganges hacia el noroeste, en dirección a Kosambi. Al ver un tronco de madera arrastrado por la corriente, el Buda reunió a los monjes y dijo: “¡Monjes! Si ese tronco arrastrado por la corriente, no se detiene en la orilla, no se hunde, no encalla, no es sacado del agua, no es tragado por un remolino o no se pudre, flotará todo el trayecto y llegará al mar. Lo mismo ocurre con vosotros y vuestro camino. Si

no os detenéis en la orilla, no os hundís, no encalláis, no salís del agua, no sois tragados por un remolino o no os pudrís, alcanzaréis seguro el gran mar de la Iluminación y la Liberación”.

Los monjes preguntaron: “Señor, ¿qué significa detenerse en la orilla, hundirse, o encallar? Por favor, explícanoslo”.

Y el Buda respondió: “Detenerse en la orilla significa quedarse enredado en los seis sentidos y sus objetos. Si practicáis diligentemente, no os perderéis en las sensaciones que resultan del contacto de ambos. Hundirse significa ser esclavo del deseo y la codicia que despojan al practicante de la energía para perseverar en el

camino. Encallar significa preocuparse por satisfacer los deseos propios, buscando constantemente el beneficio y el prestigio personales y olvidando la meta de la Iluminación. Ser sacado del agua significa perderse en la dispersión y entretenerse con personas poco convenientes, en lugar de proseguir con la práctica. Ser tragado por un remolino significa quedar atado por las cinco categorías del deseo —la buena comida, el sexo, el dinero, la fama y dormir—. Pudrirse es llevar una vida de falsa virtud; engañar a la Sangha, haciendo uso del Dharma para satisfacer los propios deseos”.

“Monjes, si practicáis diligentemente y evitáis estas seis

trampas, alcanzaréis la Iluminación, de la manera que el tronco de madera llega al mar si supera estos obstáculos”.

Nanda, un joven cuidador de búfalos que se había detenido a escuchar, se acercó a los monjes profundamente conmovido por las palabras del Buda y pidió ser aceptado como discípulo.

“Maestro, deseo ser un monje, como estos hermanos, y seguir el camino espiritual. Prometo dedicarme plenamente al estudio del Dharma. Evitaré detenerme en la orilla, hundirme, encallar, salir del agua, ser aspirado por un remolino y pudrirme. Por favor, acéptame como discípulo”.

El Buda, vio que el joven era

diligente y capaz a pesar de que, probablemente, había recibido poca o ninguna educación; asintiendo con la cabeza, le aceptó en la Sangha.

“¿Cuántos años tienes?”, le preguntó el Buda.

“Señor, tengo dieciséis años”.

“¿Viven aún tus padres?”.

“No, maestro. Ambos fallecieron. No tengo familia. Cuido los búfalos de un hombre rico a cambio de un techo”.

“¿Eres capaz de comer una sola vez al día?”.

“Llevo mucho tiempo haciéndolo”.

“En principio, para ser aceptado en la Sangha, es preciso tener veinte años. Antes de dicha edad, pocos jóvenes pueden llevar la vida de un monje sin

hogar. Pero tú eres diferente. Pediré a la comunidad que no te aplique la regla habitual. Puedes practicar como novicio *samanera* durante cuatro años, antes de tomar la ordenación completa. Devuelve los búfalos al establo y pide permiso a tu amo para dejar el empleo. Te esperamos aquí”.

“Maestro, no creo que sea necesario. Los búfalos son muy obedientes y regresarán al establo aunque no les acompañe”.

“Debes llevarlos tú mismo y hablar con tu amo antes de unirte a nosotros”.

“Pero, ¿Y si vuelvo y no estáis?”.

El Buda sonrió. “No te preocupes. Te doy mi palabra de que estaremos aquí cuando vuelvas”.

Mientras Nanda conducía a los búfalos al establo, el Buda habló con Svasti. “Svasti, voy a poner a este joven a tu cuidado. Sabrás perfectamente cómo guiarle y ayudarlo”.



*El monje Rahula le
entregó la ropa a Svasti
para montar a lomos de*

El venerable Svasti, que ya tenía treinta y nueve años, juntó las palmas de las manos y sonrió. En el pasado, el Maestro pronunció *El Sutra del Cuidado de los Búfalos de Agua* inspirado por su amistad con Svasti que, como Nanda, era un cuidador de búfalos en aquel tiempo. Svasti sabía que podía guiar a Nanda a lo largo del Camino y que contaba además con la ayuda de su mejor amigo, el venerable Rahula, de treinta y seis años.

Los hermanos de Svasti habían formado sus propias familias y la choza que compartían había desaparecido hacía tiempo. Svasti sonrió al recordar

la visita a Uruvela con su amigo Rahula. Fue después de que Rupak contrajera matrimonio y se trasladara a otro pueblo. En esa época, Bhima y Bala vivían todavía juntas y se ganaban la vida haciendo y vendiendo pasteles. Los monjes Svasti y Rahula habían caminado hasta el río Neranjara. Svasti no olvidaba la promesa hecha a su amigo de pasear a lomos de un búfalo, así que llamó a unos niños que apacentaban a los búfalos, cerca de la orilla, y les pidió que ayudaran a Rahula a subirse a una de las enormes bestias. Al principio, Rahula dudó un poco, pero después se quitó su *sanghati*, se lo entregó a Svasti y se subió al búfalo sin miedo. La docilidad y mansedumbre de los

animales conmovieron a Rahula. Compartió con Svasti impresiones sobre el tranquilo paseo, preguntándose en voz alta qué diría el Buda si le hubiera visto. Svasti sonrió. Sabía que, si Rahula se hubiera quedado en el palacio de los sakyas para ser un día rey, no hubiera podido disfrutar del curioso paseo.

Svasti volvió al presente justo cuando llegaba Nanda. Le afeitó la cabeza y le enseñó a vestir el hábito, a llevar el cuenco de mendicante, a andar, a permanecer de pie y a acostarse como un monje plenamente consciente. Nanda era un joven maduro y diligente; Svasti disfrutaba ayudándole.

Svasti recordó la llegada a la Sangha de un grupo de diecisiete niños,

procedentes de familias ricas. El mayor de ellos, Upali, tenía diecisiete años y el más joven, sólo doce. Upali había pedido permiso a sus padres para ordenarse; aceptaron. Dieciséis amigos suyos suplicaron entonces a sus padres que les permitieran hacer lo mismo.

El primer día, los nuevos novicios, como los monjes, comieron una vez antes del mediodía pero, por la noche, los más pequeños se pusieron a llorar porque tenían hambre.

A la mañana siguiente, el Buda quiso saber a qué se debían los llantos; los monjes le hablaron de los muchachos que habían aceptado en la comunidad la víspera. El Buda dijo: “De ahora en adelante, sólo aceptaremos a jóvenes

mayores de veinte años. No podemos pretender que los niños vivan como un monje sin hogar”.

Los muchachos pudieron quedarse, pero el Buda ordenó que a los menores de quince se les ofreciera cada noche una comida adicional. Todos los chicos se hicieron monjes. El más joven tenía ahora veinte años.

Capítulo sesenta y cuatro **EL CÍRCULO DE NACIMIENTO Y MUERTE**



UN día, estando el Buda en compañía de los monjes en el Parque de Bhesakala, en Sumsumaragiri, dijo: “Monjes, hoy deseo hablaros de las Ocho Realizaciones de los grandes seres. El venerable Anuruddha ya habló de ellas en su momento. Son las realizaciones que enseñan los grandes seres para ayudar a los demás a superar la distracción y alcanzar la Iluminación”.

“La primera realización es el conocimiento de que todos los dharmas son impermanentes y carecen de un yo independiente. A través de la meditación en la naturaleza transitoria y sin un yo de todos los dharmas, podéis evitar el sufrimiento y alcanzar la Iluminación, la paz y la alegría”.

“La segunda realización es el conocimiento de que, a mayor deseo, mayor sufrimiento. Todas las dificultades en la vida surgen de la codicia y el deseo”.

“La tercera realización es el conocimiento de que una vida simple, con pocos deseos, proporciona paz, alegría y serenidad. Cuando se vive con simplicidad, se dispone de más tiempo y

concentración para practicar el camino y ayudar a los demás”.

“La cuarta realización es el conocimiento de que sólo el esfuerzo diligente conduce a la Iluminación. La pereza y la satisfacción de los deseos sensuales son obstáculos para la práctica”.

“La quinta realización es el conocimiento de que la ignorancia es la causa del círculo interminable de nacimiento y muerte. Debéis siempre escuchar y aprender para desarrollar comprensión y elocuencia”.

“La sexta realización es el conocimiento de que la pobreza genera enfado y odio que crean, a su vez, un círculo vicioso de pensamientos y

acciones negativas. Los seguidores del camino, cuando practican la generosidad, deben contemplar con ecuanimidad a todos los seres, amigos y enemigos, sin condenar los errores que otros cometieron en el pasado ni odiar a quienes les dañan en el presente”.

“La séptima realización es el conocimiento de que, aunque vivamos en este mundo para enseñar y ayudar a los demás, no debemos dejarnos atrapar por los asuntos mundanos. El que abandona su hogar para seguir el camino posee tres hábitos y un cuenco de mendicante. Vive con sencillez y mira a todos los seres con los ojos de la compasión”.

“La octava realización es el conocimiento de que no se debe

practicar únicamente para alcanzar la Iluminación individual, sino para guiar a los demás hasta las puertas de la Iluminación”.

“Monjes, éstas son las Ocho Realizaciones de los grandes seres, gracias a las cuales han alcanzado la Iluminación. Allí donde van, las emplean para abrir las mentes y educar a otros para que puedan descubrir el camino que conduce a la Iluminación y a la Liberación”.

Cuando el Buda regresó al Bosque de Bambú, se enteró de que el monje Vakkali estaba gravemente enfermo y deseaba verle antes de morir. El asistente de Vakkali fue a ver al Buda y, tras postrarse tres veces, dijo: “Señor,

mi maestro está muy enfermo. Se alberga en casa de un discípulo alfarero y me ha pedido que venga a postrarme ante ti en su nombre”.

El Buda le dijo a Ananda: “Vamos ahora mismo a visitar al venerable Vakkali”.

Al ver entrar al Buda en su habitación, el monje Vakkali trató de incorporarse pero el Buda le dijo: “Por favor, Vakkali, no te muevas. Ananda y yo nos sentaremos en estas sillas al lado de tu cama”.

Después de tomar asiento, el Buda dijo:

“Vakkali, espero que estés recobrando las fuerzas y que el dolor de tu cuerpo sea más leve”.

“Señor, mis fuerzas están declinando rápidamente. Me encuentro muy mal y los dolores son cada vez más intensos”.

“Espero, entonces, que no te aflija ninguna preocupación o pesar”.

“Señor, me afligen la preocupación y el pesar”.

“Espero, pues, que tu pesar no sea por haber violado tus preceptos”.

“No, señor, he observado los preceptos y no tengo nada de qué avergonzarme”.

“Entonces, ¿qué es lo que te preocupa y apena?”.

“Me apena haber estado tanto tiempo sin visitarte debido a mi enfermedad”.

El Buda le reprendió dulcemente: “Vakkali, no te preocupes por eso. Has vivido una vida irreprochable, que es lo que mantiene unidos a maestro y discípulo. ¿Crees necesario ver mi rostro para ver al Buda? Este cuerpo no es importante. Lo único que cuenta es la enseñanza. Si comprendes la enseñanza, ves al Buda. Ver mi cuerpo y no comprender mi enseñanza no sirve de nada”.

Tras un momento de silencio, el Buda preguntó: “Vakkali. ¿comprendes cuán transitorio es el cuerpo, tanto el mío como el tuyo?”.

“Señor, lo veo con toda claridad. El cuerpo está constantemente naciendo, muriendo y transformándose. Las

percepciones, las formaciones mentales y la conciencia siguen la misma ley de nacimiento y muerte. Todo es impermanente. Hoy mismo, antes de que vinierais, contemplé en profundidad la naturaleza impermanente de los cinco *skandhas*. He visto que no hay nada en los cinco ríos de la forma, las sensaciones, las percepciones, las formaciones mentales y la conciencia que contenga un yo separado”.

“¡Magnífico, Vakkali! Tengo confianza en ti. Nada en los cinco *skandhas* contiene un yo que exista separadamente. Abre los ojos y mira. ¿Dónde no está presente Vakkali? ¿Qué no es Vakkali? El prodigio de la vida se encuentra en todas partes. Vakkali, el

nacimiento y la muerte no pueden tocarte. Sonríe a tu cuerpo, compuesto de cuatro elementos. Sonríe incluso al dolor que aumenta y disminuye en tu cuerpo”.

Con lágrimas en los ojos, Vakkali sonrió. Cuando el Buda y Ananda se retiraron, el monje pidió a sus amigos que le trasladaran, en esa misma cama, a la montaña Isigili. Dijo, “¿cómo podría morir entre cuatro paredes? He de abandonar este cuerpo en la ladera de la montaña, bajo la inmensidad del firmamento”. Y sus amigos le llevaron a Isigili.

Aquella noche, el Buda meditó durante largas horas. Al amanecer, les dijo a unos monjes que se encontraban

cerca de su cabaña: “Id a visitar a Vakkali y decidle que no tiene nada que temer, que su muerte será apacible y digna. Decidle que esté tranquilo, que confío plenamente en él”.

Cuando los monjes llegaron a Isigili y le dijeron a Vakkali que llevaban un mensaje del Buda, éste respondió.

“Por favor, amigos, sacadme de la cama y dejadme en el suelo. ¿Cómo voy a permanecer postrado en un lecho alto mientras recibo las palabras del Buda?”.

Tras satisfacer la demanda de Vakkali, los monjes le transmitieron el mensaje del Buda. Vakkali juntó las palmas de las manos y dijo, “por favor, hermanos, cuando regreséis al

monasterio, postraos tres veces ante el Buda en mi nombre y decidle que el monje Vakkali está agonizando y sufre terriblemente. Vakkali ve claramente que los cinco *skandhas* son transitorios y carecen de un yo que exista separadamente. Vakkali ya no está atrapado por los cinco *skandhas*. En sus últimos instantes, Vakkali se ha liberado de todos los miedos y preocupaciones”.

Los monjes respondieron, “hermano, quédate tranquilo. Cuando lleguemos al monasterio nos postraremos tres veces ante el Buda y le transmitiremos tus últimas palabras”.

Antes de que los monjes se perdieran de vista, el monje Vakkali había fallecido. Aquella tarde, el Buda

subió a Isigili en compañía de varios monjes. El cielo estaba completamente despejado. Sólo una pequeña hebra de humo trepaba hacia lo alto desde una cabaña al pie de la montaña, desvaneciéndose después en el espacio.

Contemplando la vasta y redonda bóveda celeste, el Buda dijo: “Vakkali ha sido liberado. Ningún engaño, ningún espectro pueden perturbarle ahora”.

El Buda viajó de nuevo, esta vez a Nalanda y a Vesali. Un día, hallándose en el monasterio de Kutagara, en los Grandes Bosques, el Buda habló a los monjes: “Como seres vivos, todos tenemos que sufrir. No obstante, quienes se entregan al estudio y a la práctica del Dharma sufren mucho menos porque

poseen la comprensión, el fruto de su práctica”.

El día era caluroso y el Buda se había sentado con los monjes a la sombra de unos magníficos árboles *sal*. Tomando un poco de tierra entre sus dedos índice y pulgar, preguntó a los monjes: “Monjes, si comparamos este poco de tierra con la montaña Gayasisa, ¿qué es mayor?”.

“Evidentemente, Gayasisa es mucho mayor, Señor”.

“Así es, monjes. Para aquellos que han alcanzado la comprensión a través del estudio y la práctica del Dharma, el sufrimiento es ínfimo comparado con el de los que se encuentran inmersos en la ignorancia, pues ésta lo multiplica por

millones”.

“Monjes, si alguien es alcanzado por una flecha, siente dolor. Pero si le alcanza una segunda flecha en el mismo punto, el dolor no es simplemente el doble, es mucho mayor. Y si una tercera flecha se clava de nuevo en el mismo lugar, el dolor se intensifica por miles de veces. Monjes, la ignorancia es la segunda y tercera flecha; intensifica el dolor”.

“Gracias a la comprensión, un practicante puede impedir que se intensifique su dolor y el de los demás. El sabio, cuando surge una sensación desagradable, física o mental, no se preocupa, no protesta, no se lamenta, no se golpea el pecho, no se tira del pelo,

no tortura su cuerpo y mente ni se desvanece, contempla serenamente la sensación, consciente de que es sólo una sensación. Sabe que él no es la sensación y no está atrapado por ella. Por lo tanto, el dolor no puede aprisionarle. Cuando el sabio siente un dolor físico, es consciente de él pero no pierde la serenidad ni se preocupa, no tiene miedo ni se lamenta. De este modo, la sensación permanece como una sensación física dolorosa, incapaz de aumentar o causar estragos en todo su ser”.

“Monjes, sed diligentes en la práctica de la visión profunda para que el fruto de la comprensión surja y os liberéis de las ataduras del dolor. El

nacimiento, la enfermedad, la vejez y la muerte también dejarán de atormentaros”.

“Cuando un monje se halla a las puertas de la muerte, debe permanecer en la contemplación del cuerpo, de las sensaciones, de la mente y de los objetos de la mente. Todas las posiciones y actos del cuerpo deben ser objeto de atención. Lo mismo que las sensaciones. El monje contempla la naturaleza de la impermanencia y de la interdependencia del cuerpo y de las sensaciones para liberarse de sus ataduras, incluidas las agradables”.

“Si para soportar el dolor, necesita toda su fuerza, debe simplemente observar así, ‘éste es un tipo de dolor

que, para soportarlo, requiere toda mi fuerza. Este dolor no soy yo. Yo no soy el dolor. No estoy atrapado por él. El cuerpo y las sensaciones son, en este momento, como una lámpara cuyo aceite y mecha están llegando a su fin. La luz se manifiesta o deja de hacerlo en función de las condiciones. No estoy atado por condiciones’. Si un monje practica de esta manera, se sentirá tranquilo y liberado”.

Con las primeras lluvias, las tórridas temperaturas del verano descendieron y el Buda regresó a Jetavana para la estación del retiro. Un día, el Buda estaba hablando a monjes y monjas sobre la ley de la coproducción dependiente, cuando un monje se levantó

y preguntó: “Señor, nos has enseñado que la conciencia es la base del nombre y de la forma. ¿Debemos deducir, pues, que la existencia de todos los dharmas surge de la conciencia?”.

“Exacto. La forma es un objeto de la conciencia. El sujeto y el objeto de la conciencia son las dos caras de una misma realidad. No puede haber conciencia sin objeto de la conciencia. La conciencia y el objeto de la conciencia no pueden existir independientemente. Puesto que el sujeto y el objeto de la conciencia no pueden separarse, decimos que ambos surgen de la mente”.

“Señor, si la forma surge de la conciencia, se podría decir que la

conciencia es la fuente del universo. ¿Es posible saber cómo surgieron la conciencia o la mente? ¿Cuándo surgió la mente? ¿Se podría hablar del comienzo de la mente?”.

“Monjes, los conceptos de principio y fin no son más que construcciones mentales creadas por la mente. En realidad, no hay principio ni fin. Pensamos en estos términos cuando estamos atrapados por la ignorancia. A causa de ésta, la gente se enreda en el círculo interminable de nacimiento y muerte”.

“Si el círculo de nacimiento y muerte no tiene principio ni fin, ¿cómo es posible escapar?”.

“El nacimiento y la muerte son sólo

conceptos nacidos de la ignorancia. Trascender los pensamientos de nacimiento-y-muerte y de principio-y-fin es trascender el círculo interminable. Monjes, es todo lo que deseo deciros hoy. Practicad la contemplación profunda de todas las cosas. Seguiremos hablando de este tema otro día”.

Capítulo sesenta y cinco

NI LLENO NI VACÍO



CUANDO acabaron las enseñanzas, Svasti tuvo la impresión de que no había captado el sentido profundo de las palabras del Buda y de que la mayoría de los monjes parecían igualmente pensativos. Se prometió a sí mismo prestar especial atención a los comentarios de los discípulos más avanzados.

Para la charla siguiente de Dharma, los monjes pidieron a Ananda que

hiciera unas preguntas al Buda ante el pleno de la asamblea. La primera era: “Señor, ¿qué significa ‘el mundo’ y ‘los dharmas’”?

El Buda respondió: “Ananda, el mundo (*loka*) es la suma de los componentes sometidos al cambio y a la disolución. Todos los dharmas están contenidos en las dieciocho esferas: los seis órganos sensoriales, los seis objetos sensoriales y las seis conciencias sensoriales. Los seis órganos sensoriales, como sabéis, son el ojo, el oído, la nariz, la lengua, el cuerpo y la mente. Los seis objetos sensoriales son la forma, el sonido, el olor, el sabor, el tacto y los objetos de la mente. Y las seis conciencias

sensoriales son la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto y la percepción. No hay más dharmas fuera de estas dieciocho esferas, sujetas al nacimiento y a la muerte, al cambio y a la disolución. Por eso he descrito el mundo como la suma de las cosas que poseen la naturaleza del cambio y la disolución”.

A continuación, Ananda preguntó: “Señor, nos has dicho muchas veces que todos los dharmas están vacíos. ¿Podrías explicarlo?”.

“Ananda, he dicho que todos los dharmas están vacíos porque carecen de un yo separado. Los seis órganos sensoriales, los seis objetos sensoriales y las seis conciencias sensoriales carecen de un yo separado e individual”.

“Señor, has dicho también que las Tres Puertas de la Liberación son la vacuidad, la ausencia de signo y la ausencia de propósito, y que todos los dharmas están vacías. ¿Los dharmas están vacíos porque están sujetos al cambio y a la disolución”.

“Ananda, he hablado a menudo de la vacuidad y de la contemplación de la vacuidad. La contemplación de la vacuidad es una meditación maravillosa que puede ayudar a la gente a trascender el sufrimiento, el nacimiento y la muerte. Hoy os hablaré un poco más de ella”.

“Ananda, ahora estamos sentados en la sala de Dharma. No hay mercados, búfalos ni pueblos en su interior. Tan sólo monjes sentados, escuchando el

Dharma.

Podemos decir que la sala está vacía de lo que no está presente y que contiene lo que está presente. La sala de Dharma está vacía de mercados, búfalos y pueblos, pero contiene monjes. ¿Estás de acuerdo?”.

“Sí, Señor”.

“Después de la enseñanza, saldremos de la sala y no habrá monjes en ella. En ese momento, la sala estará vacía de mercados, búfalos, pueblos y monjes. ¿Es correcto?”.

“Sí, Señor. En ese momento, la sala de Dharma estará vacía de todas esas cosas”. “Ananda, ‘lleno’ significa siempre ‘lleno de algo’, y ‘vacío’ significa siempre ‘vacío de algo’. Las

palabras lleno y vacío no tienen, por sí mismas, significado alguno”.

“Por favor, Señor, ¿puedes explicarlo un poco más?”.

“Considera esto: Lo vacío está siempre vacío de algo, como por ejemplo, vacío de mercados, búfalos, pueblos y monjes; no podemos decir que la vacuidad exista de manera independiente. Con lo lleno ocurre lo mismo. Lo lleno está siempre lleno de algo, como por ejemplo, lleno de mercados, búfalos, pueblos y monjes; la plenitud no es algo que exista independientemente. En este mismo momento, podemos afirmar que la sala de Dharma está vacía de mercados, búfalos y pueblos. En cuanto a todos los

dharmas, si decimos que están llenos, ¿de qué están llenos? Y si decimos que están vacíos, ¿de qué están vacíos?”.

“Monjes, la vacuidad de todos los dharmas se refiere al hecho de que todos ellos están vacíos de un yo permanente e inmutable. Éste es el significado de la vacuidad de todos los dharmas. Los dharmas están sujetos al cambio y a la disolución, por lo tanto, no podemos decir que poseen un yo separado e independiente. Monjes, ‘vacío’ significa ‘vacío de un yo’”.

“Monjes, ninguno de los cinco agregados posee una naturaleza permanente e inmutable. Todos ellos — cuerpo, sensaciones, percepciones, formaciones mentales y conciencia—

existen sin un yo separado. No poseen una naturaleza permanente e inmutable. Una naturaleza permanente e inmutable sería un yo esencial. Cuando contemplamos la ausencia de ese yo independiente y separado, estamos contemplando la vacuidad”.

Ananda dijo, “comprendemos que todos los dharmas existen sin un yo. Pero, Señor, ¿existen realmente los dharmas?”.

El Buda miró un cuenco de agua que estaba frente a Él, sobre una mesa, y, señalándolo, preguntó a Ananda. “Ananda, ¿este cuenco está lleno o vacío?”.

“Señor, el cuenco está lleno de agua”.

“Ananda, ve a vaciarlo”.

El venerable Ananda siguió las instrucciones del Buda y depositó el cuenco vacío en la mesa. El Buda lo tomó en sus manos y lo puso boca abajo.

“Ananda, ¿el cuenco está ahora lleno o vacío?”.

“Señor, ya no está lleno. Ahora está vacío”.

“Ananda, ¿estás seguro de que el cuenco está vacío?”.

“Sí, Señor, estoy seguro de que está vacío”.

“Ananda, este cuenco no está lleno de agua pero sí de aire. ¡Lo has olvidado! ‘vacío’ significa ‘vacío de algo’ y ‘lleno’ significa ‘lleno de algo’. En este caso, el cuenco está vacío de

agua pero lleno de aire”.

“Ahora comprendo”.

“Bien. Ananda, este cuenco puede estar lleno o vacío pero, para que haya vacuidad o plenitud, la presencia del cuenco es obviamente necesaria. Sin él, no habría ni vacuidad ni plenitud. Es como la sala de Dharma; para que esté llena o vacía, tiene que haber sala de Dharma”.

“Ah”, exclamaron de pronto todos los monjes al unísono.

El venerable Ananda unió las palmas de las manos. “Señor, entonces los dharmas existen, los dharmas son reales”.

El Buda sonrió. “Ananda, no te dejes atrapar por las palabras. Si los

dharmas son fenómenos vacíos de un yo, su existencia no es la de la percepción ordinaria. Su existencia tiene el mismo significado que ‘vacuidad’”.

Ananda unió las palmas. “Por favor, Señor, ¿puedes explicar esto un poco más?”.

“Ananda, hemos hablado de un cuenco lleno y vacío, hemos hablado de una sala de Dharma llena y vacía y también, brevemente, de la vacuidad. Deja que hable ahora de la plenitud”.

“Aunque decidamos que el cuenco está vacío de agua, veremos, si lo observamos profundamente, que no es del todo cierto”.

El Buda levantó el cuenco y después miró a Ananda. “Ananda, entre

los diferentes elementos que han hecho surgir este cuenco, ¿ves el agua?”.

“Sí, Señor. Sin agua, el alfarero no hubiera podido mezclar la arcilla para modelar el cuenco”.

“Así es, Ananda. Cuando observamos profundamente, podemos ver la presencia del agua en el cuenco, a pesar de que antes lo declararíamos vacío de agua. La presencia del cuenco depende de la presencia del agua. Ananda, ¿puedes ver el elemento fuego en este cuenco?”.

“Sí, Señor. El fuego es necesario para cocer la pieza. A través de la mirada profunda, puedo ver la presencia del calor y del fuego en este cuenco”.

“¿Qué más puedes ver?”.

“Veo el aire. Sin el aire, el fuego no hubiera podido arder ni el alfarero existir. Veo al alfarero y sus diestras manos. Veo su conciencia. Veo el horno y la madera amontonada en su interior. Veo los árboles de donde procedía la madera. Veo la lluvia, el sol y la tierra que permitieron su crecimiento. Señor, puedo ver miles de elementos entremezclados, origen de este cuenco”.

“¡Excelente, Ananda!

Contemplando el cuenco se pueden ver los elementos interdependientes que lo hicieron surgir. Ananda, esos elementos están presentes en el cuenco y fuera de él. Tu propia conciencia es uno de ellos. Si extrajeras el calor del cuenco y lo devolvieras al sol, si devolvieras el

barro a la tierra y el agua al río el alfarero a sus padres y la madera a los árboles del bosque, ¿existiría el cuenco?”.

“Señor, el cuenco no podría existir. Si reintegráramos a sus fuentes los elementos interdependientes que lo hicieron surgir, este cuenco no podría estar aquí”.

Ananda, si contemplamos la ley de la coproducción dependiente, vemos que el cuenco no puede existir autónomamente. Sólo puede hacerlo en una relación de interdependencia con los demás dharmas. Todos los dharmas dependen del resto para nacer, existir y morir. La presencia de un Dharma implica la presencia de los otros. La

presencia de todos los dharmas está implícita en la presencia de uno. Ananda, éste es el principio de la interpenetración y la interexistencia”.

“Ananda, ‘interpenetración’ significa que, dentro de esto, está aquello y que, dentro de aquello, está esto. Por ejemplo, cuando observamos el cuenco, podemos ver al alfarero y, cuando vemos al alfarero, podemos ver el cuenco. Interexistencia significa que ‘esto es eso’ y que ‘eso es esto’. Por ejemplo, las olas son agua y el agua es olas. Ananda, en este momento no hay mercados, ni búfalos, ni pueblos en la sala de Dharma. Pero es así desde un punto de vista. En realidad, sin la presencia de mercados, búfalos y

pueblos, esta sala de Dharma no existiría. Así pues, Ananda, cuando mires la sala vacía, deberías ser capaz de ver la presencia de mercados, búfalos y pueblos. Sin ésto, aquello no es. El significado básico de la vacuidad (*sunyata*) es ‘ésto es, porque aquello es’”.

Los monjes escucharon en perfecto silencio. Las palabras del Buda les impresionaron profundamente. Tras una breve pausa, el Buda alzó el cuenco una vez más y dijo: “Monjes, este cuenco no puede existir independientemente. Está aquí gracias a lo que consideramos como entidades que no son ‘cuenco’, como la tierra, el agua, el fuego, el aire, el alfarero, etc. Lo mismo ocurre con los

dharmas. Los dharmas existen en relación interdependiente con todos los demás dharmas. Los dharmas existen por el principio de la interpenetración y de la interexistencia”.

“Monjes, observad profundamente el cuenco y veréis el universo en su totalidad. Este cuenco contiene todo el universo. Y está vacío de una cosa sólo, de un yo separado e individual. ¿Qué es un yo separado e individual? Es un yo que existe por sí mismo, independiente de los demás elementos. Ningún Dharma puede existir independientemente de los demás dharmas. Ningún Dharma posee un yo separado y esencial. Este es el significado de vacuidad. ‘Vacío’ significa ‘vacío de un yo’”.

“Monjes, los cinco agregados son los elementos básicos de la persona. La forma no contiene un yo porque la forma no puede existir independientemente. En la forma existen las sensaciones, las percepciones, las formaciones mentales y la conciencia. Lo mismo ocurre con las sensaciones. Las sensaciones no poseen un yo porque no pueden existir independientemente. En las sensaciones están la forma, las percepciones, las formaciones mentales y la conciencia. Y así en los tres agregados restantes. Ningún agregado posee una identidad separada. Cada uno depende para su existencia de los demás. Por consiguiente, los cinco agregados están vacíos”.

Monjes, los seis órganos sensoriales, los seis objetos sensoriales y las seis conciencias sensoriales están vacíos. Cada uno de los órganos sensoriales, cada objeto sensorial y cada conciencia sensorial depende para su existencia de los otros órganos sensoriales, objetos sensoriales y conciencias sensoriales. No hay ningún órgano sensorial, objeto sensorial o conciencia sensorial que posea una naturaleza independiente y separada”.

“Monjes, lo repito para que podáis recordarlo bien. Esto es; por lo tanto, aquello es. Todos los dharmas dependen de los demás dharmas para su existencia. Por consiguiente, todos los dharmas están vacíos. ‘Vacíos’, aquí,

significa ‘vacíos de un yo separado e independiente’”.

El venerable Ananda dijo: “Señor, algunos brahmanes eruditos y ciertos dirigentes de otras sectas religiosas afirman que el monje Gautama enseña el nihilismo, argumentando que anima a la gente a despreciar la vida. ¿Acaso no comprenden tu afirmación de que todos los dharmas están vacíos?”.

“Ananda, los brahmanes eruditos y los dirigentes de otras sectas religiosas no han comprendido mi enseñanza. Nunca he defendido la doctrina del nihilismo ni inducido a otros a desdeñar la vida. Ananda, entre las visiones falsas, hay dos que confunden especialmente a la gente: las visiones de

la existencia y las de la no-existencia. La primera considera que todas las cosas tienen por naturaleza un yo separado e independiente. La segunda las contempla como ilusiones. Si estás cegado por una de estas dos visiones, no puedes ver la realidad”.

“Ananda, una vez, el monje Kaccayana me preguntó: ‘Señor, ¿qué es una visión falsa y qué es una visión correcta?’. Le respondí que tener una visión falsa significa estar atrapado por la noción de existencia o por la de no-existencia. Cuando penetramos en la verdadera naturaleza de la realidad, ya no estamos limitados por ninguna de estas visiones. La persona con visión correcta comprende el proceso de

nacimiento y muerte de todos los dharmas y, por ello, los pensamientos de existencia o no-existencia no la perturban. Cuando el sufrimiento surge, sabe que el sufrimiento surge. Cuando el sufrimiento cesa, sabe que el sufrimiento cesa. La aparición y la cesación de los dharmas no altera al que posee la visión correcta. Ambas visiones, la de permanencia y la de ilusión, son extremas. La coproducción dependiente trasciende ambos extremos y permanece en el centro”.

“Ananda, la existencia y la no-existencia son conceptos que no concuerdan con la realidad, pues ésta va más allá de las limitaciones conceptuales. Una persona iluminada

trasciende ambos conceptos”.

“Ananda, no sólo la existencia y la no-existencia están vacías, también el nacimiento y la muerte, que son igualmente meros conceptos”.

El venerable Ananda preguntó entonces: “Señor, si el nacimiento y la muerte están vacíos, ¿por qué dices tan a menudo que los dharmas son transitorios, que nacen y mueren constantemente?”.

Ananda, a nivel relativo y conceptual, decimos que los dharmas nacen y mueren. Pero desde el punto de vista de lo absoluto, los dharmas ni nacen ni mueren”.

“Por favor, Señor, explícalo”.

“Ananda, pongamos como ejemplo

el árbol *bodhi* que plantaste frente a la sala de Dharma. ¿Cuándo nació?”.

“Señor, nació hace cuatro años, cuando la semilla echó raíces”.

“¿Ananda! Antes de eso, ¿existía el árbol *bodhi*?”.

“No. Señor. Antes de eso el árbol *bodhi* no existía.

“¿Quieres decir que el árbol *bodhi* surgió de la nada? ¿Acaso algún Dharma puede surgir de la nada?”.

El venerable Ananda enmudeció.

El Buda continuó: “Ananda, no hay ningún Dharma en todo el universo que pueda existir a partir de nada. Sin la semilla no hay árbol *bodhi*. El árbol *bodhi* debe su existencia a la semilla. El árbol es la continuación de la semilla.

Antes de que la semilla echara raíces, el árbol *bodhi* estaba presente en ella. Si un Dharma está presente, ¿cómo puede nacer? La naturaleza del árbol *bodhi* es sin nacimiento”. “Ananda, ¿murió la semilla después de echar raíces en la tierra?”.

“Sí, Señor, la semilla murió para dar nacimiento al árbol”.

“Ananda, la semilla no muere. Morir significa pasar de la existencia a la no-existencia. ¿Hay algún Dharma en todo el universo que pueda pasar de la existencia a la no-existencia? Una hoja, una mota de polvo, la estela de humo de un incienso, ningún Dharma puede pasar de la existencia a la no-existencia; se transforman en otros dharmas, eso es

todo. Con la semilla del árbol ocurre lo mismo. La semilla no muere, se transforma en árbol. La semilla y el árbol son ambos sin nacimiento y sin muerte. Ananda, la semilla y el árbol, tú, yo, los monjes, la sala de Dharma, la hoja, la mota de polvo y la estela de humo de un incienso, todos ellos carecen de nacimiento y muerte”.

“Ananda, todos los dharmas son sin nacimiento ni muerte. El nacimiento y la muerte son conceptos mentales. Los dharmas no son ni llenos ni vacíos, ni creados ni extinguidos, ni contaminados ni inmaculados, ni ascendentes ni crecientes ni menguantes, no van ni vienen, no son unidad ni pluralidad; son meros conceptos. Gracias a la

contemplación de la naturaleza vacía de todos los dharmas se pueden trascender los conceptos discriminativos y comprender la verdadera naturaleza de todas las cosas”.

“Ananda, la naturaleza verdadera de todas las cosas significa que no hay lleno ni vacío, nacimiento ni muerte, generación ni disolución. Basándose en dicha naturaleza, surge el mundo del nacimiento y la muerte, la plenitud y la vacuidad, la generación y la disolución. Si no fuera así, ¿cómo podríamos escapar del nacimiento y la muerte, la plenitud y la vacuidad, la generación y la disolución?”.

“Ananda, ¿has contemplado alguna vez el vaivén de las olas en la superficie

del mar? El no-nacimiento y la no-muerte son como el agua del mar. El nacimiento y la muerte son las olas. Ananda, hay olas largas y olas cortas, olas grandes y olas pequeñas. Las olas aparecen y desaparecen pero el agua permanece. Sin agua, no habría olas. Las olas se disuelven en el agua. Las olas son agua. El agua es las olas. Si las olas, que aparecen y desaparecen, comprendieran que son agua, trascenderían la noción de nacimiento y muerte y no se preocuparían, temerían o sufrirían a causa del nacimiento y de la muerte”.

“Monjes, la contemplación en la naturaleza vacía de todos los dharmas es maravillosa pues conduce a la

liberación del temor, la preocupación y el sufrimiento. Practicadla con todo vuestro ser y trascenderéis el mundo del nacimiento y de la muerte”.

El Buda concluyó su discurso.

El venerable Svasti nunca le había oído hablar de un modo tan profundo y maravilloso. Los ojos y las sonrisas de los discípulos aventajados irradiaban felicidad. Svasti intuía que había comprendido las palabras del Maestro pero no su significado profundo. Pero sabía que Ananda recitaría íntegramente el discurso del Buda en los próximos días y que tendría la excelente oportunidad de aprender más.

Capítulo sesenta y seis

CUATRO MONTAÑAS



UN día, al despuntar el alba, el venerable Moggallana fue a ver al Buda. Sus ojos estaban inundados de lágrimas. Tras preguntarle qué le sucedía, Moggallana respondió: “Maestro, anoche, durante la meditación, pensé en mi difunta madre y en mis sentimientos hacia ella. Reconozco que, de joven, le hice sufrir en diversas ocasiones pero esa no es la verdadera causa de mi tristeza. Estoy triste porque no pude

ayudarla cuando vivía y tampoco puedo ayudarla ahora, después de su muerte. Señor, en vida, mi madre cometió muchos crímenes y estoy seguro de que su pesado karma la persigue y le hace sufrir. En mi meditación, mi madre estaba delgada como un espectro y deambulaba por un lugar oscuro y repugnante. A su lado había un cuenco de arroz y se lo ofrecí. Pero, al primer bocado, el alimento se transformó en brasas al rojo vivo y tuvo que escupirlo gritando de dolor. Señor, no puedo apartar esa imagen de mi mente. No sé cómo aligerar su mal karma y ayudarla a encontrar la liberación”.

“¿Qué crímenes cometió tu madre?”, preguntó el Buda.

“Señor, no tenía respeto por la vida. Su trabajo la obligaba a matar a otras criaturas. No hacía buen uso de la palabra que era, a menudo, fuente de sufrimiento para los demás. Era como quien destruye árboles vivos para plantar en su lugar otros muertos. No me atrevo a confesarte todas sus transgresiones. Basta con decirte que violaba constantemente los cinco preceptos maravillosos. Señor, estoy dispuesto a soportar cualquier sufrimiento con tal de aligerar su karma. Por favor, ten compasión y dime qué puedo hacer”.

“Moggallana, el amor que sientes por tu madre me conmueve profundamente. La deuda de gratitud que

los hijos contraemos con nuestros padres es vasta como el cielo y profunda como el mar; no debemos olvidarlo nunca, ni de día ni de noche. En tiempos sin budas o personas santas, los padres son quienes deben tomar tal posición. Moggallana, hiciste cuanto pudiste para ayudar a tu madre cuando aún vivía y sigues preocupándote por ella después de su muerte. Ello muestra cuán profundo es tu amor y me regocijo”.

“Moggallana, el mejor modo de rendir tributo a nuestros padres es viviendo una vida de felicidad y virtud. Es la mejor manera de saldar nuestra deuda de gratitud y de satisfacer sus aspiraciones. Tu vida, Moggallana, es de ese tipo. Tu vida de paz y alegría, de

felicidad y virtud sirve de modelo a los demás. Has ayudado a muchos seres a encontrar el camino. Ofrece tu vida y el mérito en beneficio de tu madre y su karma se transformará”.

“Moggallana, tengo una sugerencia para ayudarle. El día del Pavarana, el último día de la estación del retiro, pide a los miembros de la comunidad que se unan a tus oraciones y que transmitan sus méritos a tu madre en una ceremonia de transformación. Muchos monjes de nuestra Sangha poseen gran concentración y virtud. Su energía de transformación y sus plegarias, unidas a las tuyas, serán extremadamente poderosas y disolverán el mal karma de tu madre; tendrá la oportunidad de entrar

en el camino del verdadero Dharma”.

“Estoy seguro de que otros miembros de la Sangha se encuentran en una situación similar. Habla con Sariputta y organizad la ceremonia para el día del Pavarana en nombre de todos los padres, de los que ya fallecieron y de los que aún viven. Esto nos brindará una ocasión excelente para hablar a los jóvenes de la gratitud que debemos a nuestros padres y ancestros”.

“Mogallana, la mayoría de la gente aprecia a sus padres cuando ya han muerto. Tener padres es una inmensa felicidad. Pueden ser fuente de gran alegría para sus hijos. Los hijos deben amarles cuando todavía viven, darse cuenta de lo que tienen y buscar modos

de hacerles felices. Las acciones realizadas con amor aportan felicidad a los padres, aunque ya no estén entre nosotros, y nos permiten compartir con ellos el buen mérito. Acciones como ayudar a los pobres y a los enfermos, visitar a los abandonados, liberar a los prisioneros, soltar a los animales destinados al matadero y plantar árboles son acciones compasivas que tienen la capacidad de transformar la situación presente de nuestros padres y aportarles felicidad. El día del Pavarana animaremos a todo el mundo a que practique este tipo de acciones”.

Profundamente consolado,
Moggallana se inclinó ante el Buda.

Aquella tarde, después de meditar

caminando, el Buda se encontró con el rey Pasenadi a las puertas del monasterio. Mientras intercambiaban saludos de cortesía, siete ascetas de la secta Nigantha pasaron por allí. Los seguidores de dicha secta iban desnudos, practicaban austeridades, no se afeitaban la barba y no se cortaban el pelo ni las uñas. El rey se disculpó ante el Buda y se les acercó. Tras inclinarse respetuosamente ante ellos, dijo, “respetados monjes de gran virtud, soy Pasenadi, rey de Kosala”. Se inclinó dos veces más, repitiendo las mismas palabras, y después volvió junto al Buda. Cuando los ascetas se hubieron alejado, el rey le preguntó, “Señor, ¿crees que alguno de esos ascetas ha

alcanzado el estado de *arhat* o está cerca de obtenerlo?”.

El Buda respondió: “Majestad, tú eres rey y vives rodeado de ministros y políticos; es natural que le resulte difícil discernir qué monjes han alcanzado o no ciertos niveles de realización espiritual. No obstante, es delicado juzgar a quien solo se ha visto una o dos veces. Para conocer la profundidad de la sabiduría, de la virtud y de la realización de una persona es necesario vivir cerca de ella y observarla cuidadosamente; ver cómo responde ante circunstancias difíciles, cómo se relaciona con los demás”.

El rey comprendió. Dijo: “Señor, es lo que hago yo cuando envío espías para conocer la situación de otras

regiones. Los espías, para no ser reconocidos, a menudo se disfrazan. Cuando regresan al palacio, ni siquiera yo les reconozco hasta que no se quitan los disfraces y se lavan la cara. Sí, veo que tienes razón. Si no se conoce a fondo a alguien, no se puede comprender la profundidad de su virtud, sabiduría y nivel de realización”.

El Buda invitó al rey a dar un paseo hasta su cabaña. Ananda les sacó unas sillas para que se sentaran.

El rey confesó al Buda: “Señor, tengo ya setenta años y deseo dedicar más tiempo al estudio del Dharma. Tendría que practicar más la meditación, sentado y caminando, pero, Señor, los asuntos del palacio son extenuantes y

requieren todo mi tiempo y dedicación. A veces, estoy tan cansado que me duermo durante tus charlas de Dharma. ¡Es vergonzoso! Señor, también soy culpable de comer demasiado. Un día, vine al monasterio después de haber comido en exceso y, sintiéndome adormecido, pensé en dar un paseo meditativo con la esperanza de despejar mi mente. Pero la somnolencia no hizo más que aumentar. Ni siquiera vi que te aproximabas y ¡choqué contigo! ¿Te acuerdas?”.

El Buda se puso a reír: “Sí, lo recuerdo bien. Majestad, lo que tienes que hacer es, simplemente, comer menos. De esa manera, tu mente y tu cuerpo se sentirán más ligeros y podrás

llevar a cabo tu tarea de gobernante y tu práctica espiritual. Pídele a la reina Mallika o a la princesa Vajiri que supervisen tus comidas, sirviéndote cantidades menores sin dejar de atender la calidad de tu nutrición”.

El rey unió las palmas de las manos para mostrar que apreciaba la sugerencia del Buda.

El Buda prosiguió: “Es bueno que dediques más tiempo a velar por tu salud y a practicar la vía espiritual. Tus días en esta vida están contados. Majestad, supongamos que un leal mensajero te anuncia que una inmensa montaña, alta como el cielo, se aproxima desde el Este aplastando todo lo que encuentra en su camino. Antes de

que puedas hacerte cargo de la situación, llega otro leal mensajero con la noticia de que una poderosa montaña avanza desde el Oeste, arrasando todo lo que encuentra en su camino. Después, desde el Norte y desde el Sur, llegan otros dos mensajeros con mensajes similares. Cuatro montañas avanzan hacia la capital, destruyendo todo cuanto encuentran en su camino. Sabes que no hay escapatoria y que nada puede hacerse para detenerlas. Te queda poco tiempo. ¿Qué harías en tal situación, Majestad?”.

El rey reflexionó unos instantes y dijo: “Señor, creo que sólo se puede hacer una cosa, vivir las horas restantes de la manera más correcta y serena

posible, siguiendo la verdadera enseñanza”.

El Buda le felicitó: “¡Sí, Majestad! Esas cuatro montañas son el nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte. La vejez y la muerte nos tienen cercados y no tenemos escapatoria”.

El rey unió las palmas de las manos: “Señor, recordando la proximidad de la vejez y de la muerte, comprendo que lo mejor que puedo hacer es vivir los días y los meses que me quedan practicando la atención despierta y beneficiando a los demás”.

El rey se levantó y, antes de retirarse, se inclinó ante el Buda.

Durante aquella estación de las lluvias, muchos brahmanes y miembros

de diferentes sectas religiosas se congregaron en Savatthi. Organizaron sermones, discursos y debates por toda la región; todos los ciudadanos estaban invitados. Varios discípulos laicos del Buda, que habían asistido, contaron al Buda y a los monjes lo que habían visto y oído. Según dijeron, se habían abordado todo tipo de teorías y problemas metafísicos inimaginables. Cada secta tenía la oportunidad de exponer sus doctrinas pero todas ellas defendían que su ideología era la única correcta. Así pues, los debates, que empezaban siempre cordialmente, acababan a menudo en verdaderas batallas campales.

El Buda contó la siguiente fábula:

“Había una vez un rey inteligente que invitó a varias personas, ciegas de nacimiento, a visitar el palacio. El rey hizo traer un elefante y pidió a cada uno de los invitados que tocara al animal y lo describiera. El ciego que tocó las patas de la bestia dijo que un elefante era como los pilares de una casa. El que tocó la cola aseguró que el animal era como un plumero para quitar el polvo. La persona que palpó una oreja dijo que se parecía a una cesta de mimbre y la que tocó el estómago del animal afirmó que era como un barril redondo. El que tocó su cabeza dijo que un elefante era como una amplia jarra de arcilla y el que tocó uno de sus colmillos, que era como un palo. Después, se sentaron para

definir cómo era un elefante, pero ninguna opinión coincidió y la discusión acabó en una acalorada disputa”.

“Monjes, lo que oís y lo que veis no es más que una pequeña parte de la realidad. Si lo consideráis como una verdad definitiva, acabaréis con una imagen distorsionada. Una persona en el Camino ha de mantener un corazón humilde y abierto, consciente de que su comprensión es incompleta. Debemos estudiar constantemente para progresar en él. Un seguidor del Camino tiene que comprender que el apego a sus visiones actuales le impedirá comprender la verdad. La humildad y la apertura de espíritu son las dos condiciones necesarias para progresar en el

Camino”.

Capítulo sesenta y siete

EL POETA DEL OCÉANO



AL final de la estación del retiro, muchos monjes fueron a despedirse del Buda antes de partir hacia otros lugares. El venerable Punna, uno de los monjes más competentes y respetados de la Sangha, le confió al Buda la intención de regresar a su tierra natal, la isla de Sunaparanta, situada en el Mar del Este, para enseñar el Dharma.

El Buda dijo: “He oído que la isla de Sunaparanta es una tierra salvaje, con

gentes de naturaleza colérica y violenta. No estoy seguro de que sea conveniente que enseñes allí”.

El venerable Punna respondió: “Señor, precisamente deseo enseñar allí porque la gente es colérica y poco civilizada. Tengo la intención de mostrarles el camino de la compasión y de la no-violencia”.

“Punna, ¿y qué pasaría si te gritaran y te insultaran?”.

“Respetado Buda, eso no es nada. Al menos, no me arrojarían piedras o basura”.

“¿Y qué pasaría si te arrojaran piedras o basura?”.

“Respetado Buda, eso tampoco es nada. Al menos, no me golpearían con

palos y garrotes”.

“¿Y que pasaría si te golpearan con palos y garrotes?”.

El venerable Punna se echó a reír. “Seguiría considerándoles amables. Después de todo, no me matarían”.

“Punna, ¿Y qué pasaría si te mataran?”.

“Dudo mucho de que eso ocurra, Señor. Pero si me mataran, consideraría el acto de morir, en nombre de la compasión y de la no-violencia, como una muerte significativa que podría, incluso, ayudar a demostrar la validez de la enseñanza. Todos hemos de morir. No me arrepentiría de hacerlo en nombre del Camino”.

El Buda ensalzó al venerable Punna

diciendo: “¡Eres maravilloso, Punna! Posees realmente el coraje para propagar el Dharma en Sunaparanta. En realidad, te he preguntado para beneficiar a los monjes aquí presentes. No tengo la menor duda de tus capacidades y de tu práctica de la no-violencia”.

El venerable Punna había sido un mercader; vendía con su cuñado los productos de Sunaparanta a los comerciantes de Savatthi. Viajaban en barco y en carretas. Un día, mientras esperaba en Savatthi la llegada de un cargamento de mercancías, se topó con un grupo de monjes mendigando. Punna, impresionado por el sereno comportamiento de aquellos monjes, se

dirigió a Jetavana a escuchar la enseñanza del Buda. Antes de que concluyera el discurso de Dharma, Punna había abandonado el deseo de ser comerciante y anhelaba ser un monje. Cedió el resto de la mercancía y del dinero a su cuñado y se ordenó en la Sangha del Buda. El venerable Punna progresó diligentemente en la práctica. Poco después, era un competente maestro que propagaba el Dharma por Kosala y Magadha. Todos los monjes estaban convencidos de que lograría su cometido en su tierra natal.

La primavera siguiente, el Buda inició su regreso hacia el Este parando en Vesali y Campa. Siguió el curso del río hasta el mar e impartió enseñanzas

por toda la costa. Un día, estando en la orilla, Ananda le dijo al Buda: “Señor, cuando escucho el sonido del mar y contemplo las olas, sigo la respiración y permanezco en el presente. Mi mente y mi cuerpo están perfectamente relajados. Siento que el océano me renueva”. El Buda asintió con la cabeza.

Otro día, los monjes se detuvieron a hablar con un pescador. El venerable Ananda se interesó por los sentimientos del hombre hacia el mar y el pescador, alto, bien parecido y de piel bronceada, respondió, “amo el océano por muchas razones. En primer lugar, por la suave inclinación de sus orillas arenosas que permiten arrastrar fácilmente las barcas y las redes. En segundo lugar, por estar

siempre en el mismo sitio. Tercero, porque arroja a tierra firme cualquier cadáver que se adentre en sus aguas; jamás se los queda. Cuarto, porque todos los ríos —Ganges, Yamuna, Aciravati, Sarabhu, Mahi— desembocan en él dejando atrás sus nombres y él los recibe. Quinto, porque, a pesar de acogerlos día y noche, su nivel no varía. Sexto, porque sus aguas son siempre saladas. Séptimo, porque contiene maravillosos corales, madreperlas y piedras preciosas. Octavo, porque ofrece refugio a millares de seres vivos, desde los de más de cien metros de largo hasta criaturas tan pequeñas como una mota de polvo. Creo que con esto, venerable, podrás comprender lo mucho

que amo el océano”.

Ananda miró a aquel hombre con admiración pues, a pesar de ser un simple pescador, hablaba como un poeta. Después miró al Buda y le dijo, “¡con cuánta elocuencia ha ensalzado el pescador las cualidades del mar! Lo ama tanto como amo yo el Camino de la Iluminación. ¿Maestro, podríamos escuchar algo más de tu enseñanza?”.

El Buda sonrió y, señalando unas rocas, dijo: “Sentémonos allí y os hablaré de las ocho características del Camino de la Iluminación”.

Todos le siguieron, incluido el pescador. Tomaron asiento y el Buda dijo: Nuestro hermano, el pescador, ha descrito ocho maravillosas

características del mar describiré ocho maravillosas características del Camino verdadero. Primero, el Dharma no es diferente del océano, cuyas orillas descienden suavemente bajo el agua permitiendo a los pescadores echar sus barcos y redes sin dificultad. En la enseñanza, cualquier persona puede progresar de lo fácil a lo difícil, de lo bajo a lo alto, de lo superficial a lo profundo. El Dharma es suficientemente amplio como para dar cabida a cualquier temperamento. Todo el mundo puede entrar en el Camino, sea joven o viejo, instruido o iletrado. Toda persona puede hallar en él los métodos adecuados a sus necesidades particulares”.

“Segundo, el Dharma, al igual que

el océano, permanece siempre en el mismo lugar. Los principios de la enseñanza nunca cambian. Los preceptos han sido claramente transmitidos. El verdadero Dharma reside dondequiera que se estudien y practiquen dichos principios y preceptos. El Dharma no puede perderse o desplazarse”.

“Tercero, al igual que el océano jamás retiene un cadáver, el Dharma tampoco admite la ignorancia, la pereza o la violación de los preceptos. Las personas que no sean constantes en la práctica se verán, finalmente, expulsadas de la comunidad”.

“Cuarto, así como el océano recibe por igual a todos los ríos, también el Dharma recibe por igual a todas las

personas, sea cual fuere su casta. Y, del mismo modo que los ríos dejan atrás sus nombres al desembocar en el mar, también los que entran en el camino dejan atrás su casta, linaje y posición para tomar el nombre de ‘monje’”.

“Quinto, así como el nivel del océano es siempre el mismo, también el Dharma es siempre el mismo, independientemente del número, grande o pequeño, de personas que lo practiquen. El Dharma no puede medirse”.

“Sexto, al igual que el agua del mar es siempre salada, también el Dharma, aunque se revele de incontables modos y existan incontables métodos de práctica, tiene un solo sabor: el sabor de la

liberación. Si la enseñanza no conduce a la liberación, no es auténtica”.

“Séptimo, así como el océano contiene corales, madreperlas y piedras preciosas, el Dharma contiene enseñanzas sublimes y preciosas como las Cuatro Nobles Verdades, los Cuatro Esfuerzos Correctos, las Cinco Facultades, los Cinco Poderes, los Siete Factores del Despertar y el Noble Camino Óctuple”.

“Octavo, del mismo modo que el océano proporciona un refugio seguro a miles de seres vivos, tanto a los que miden varios cientos de metros de largo como a las criaturas minúsculas como un grano de arena, el Dharma proporciona refugio a todos, niños analfabetos o

grandes seres, como los bodhisatvas. Hay innumerables estudiantes del Dharma que han alcanzado los frutos de la Entrada en la Corriente, del Último Regreso, del No-retorno o del *Arhat*".

"El Dharma, al igual que el océano, es una fuente de inspiración y un tesoro incommensurable".

El venerable Ananda unió las palmas de las manos y, mirando al Buda, dijo: "Señor, eres un maestro espiritual y también un poeta".

Capítulo sesenta y ocho

TRES PUERTAS MARAVILLOSAS



DESPUÉS de abandonar la costa y visitar Pataliputta y Vesali, el Buda se encaminó hacia su tierra natal. Al llegar a la ciudad de Samagama, en Sakya, supo que Nathaputta, el líder de la secta Nigantha, había fallecido y que sus seguidores se habían dividido en dos bandos. Cada uno denunciaba al otro por mal interpretar la doctrina y ambos buscaban el apoyo de la laicidad. La

gente, consternada y confundida, no sabía a qué bando adherirse.

El novicio Cunda, asistente de Sariputta, le explicó a Ananda la disputa de la secta Nigantha. Cunda conocía bien los detalles porque había vivido un tiempo en Pava, donde Nathaputta impartía su enseñanza. Tras informar al Buda sobre el conflicto, Ananda comentó con tono preocupado: “Señor, espero que la Sangha no se escinda después de tu desaparición”.

Pero el Buda, dándole unas palmaditas en el hombro, dijo: “Ananda, ¿acaso algún monje pone en cuestión el contenido de la enseñanza? ¿Acaso pelean los monjes por el significado de los Cuatro Fundamentos de la Atención,

de los Cuatro Esfuerzos Correctos, de las Cinco Facultades, de los Cinco Poderes, de los Siete Factores del Despertar o del Noble Camino Óctuple?”.

“No, nunca he visto a ningún monje discutir con otro por la enseñanza. Pero estás todavía entre nosotros y tomamos refugio en tu virtud. Te escuchamos y los estudios se desarrollan apaciblemente. Pero cuando no estés, podrían surgir desacuerdos sobre los preceptos, sobre el modo de organizar la Sangha o de propagar la enseñanza. Si hubiera conflicto, muchos se desanimarían e incluso perderían la te en el camino”.

El Buda le consoló diciendo: “No te preocupes, Ananda. Si surgieran

disputas y conflictos en la Sangha por el contenido de la enseñanza, —sobre los Cuatro Fundamentos de la Atención, los Cuatro Esfuerzos Correctos, las Cinco Facultades, los Cinco Poderes, los Siete Factores del Despertar o el Noble Camino Óctuple— habría motivos para preocuparse. Pero si los desacuerdos son sobre pequeños asuntos relacionados con la práctica de los preceptos, la organización de la Sangha o la difusión de la enseñanza, no hay razón para inquietarse”.

A pesar de las tranquilizadoras palabras del Buda, Ananda seguía preocupado pues acababa de enterarse de que el venerable Sunakkhata, en una época asistente del Buda, había

abandonado la Sangha de Vesali, movido por su insatisfacción personal, y estaba dando conferencias en las que denunciaba al Buda y a la Sangha. Sunakkhata proclamaba que el monje Gautama era un ser común y corriente y que su enseñanza hablaba sólo de la liberación individual, sin mostrar el más mínimo interés por el bienestar de la sociedad. Sunakkhata estaba sembrando las semillas de la confusión. El venerable Sariputta, consciente de la situación, compartía su inquietud con Ananda.

Ananda sabía que las semillas del descontento se estaban sembrando igualmente en Rajagaha donde varios monjes, encabezados por el venerable

Devadatta, trataban secretamente de organizar una nueva Sangha independiente. Entre los monjes que cooperaban con Devadatta, se encontraban los venerables Kokalika, Katamoraka Tissa, Khandadeviputta y Samuddadatta. Devadatta era uno de los discípulos más brillantes y competentes del Buda. El hermano Sariputta le había ensalzado públicamente en múltiples ocasiones y le había tratado siempre como a un buen amigo. Ananda no comprendía por qué se había vuelto de repente tan celoso de todos, especialmente del Buda, a quien nadie había informado todavía de los tristes acontecimientos; suponía que tendría que hacerlo él en un futuro próximo.

Al año siguiente, el Buda regresó a Savatthi para la estación del retiro y se instaló en Jetavana. Allí pronunció *El Sutra de los Sellos del Dharma*.

“Hoy os voy a hablar de una enseñanza maravillosa. Por favor, vaciad vuestras mentes de todo pensamiento para que, pacífica y serenamente, podáis escuchar, recibir y comprender mis palabras”.

“Monjes, existen ciertos sellos que nos permiten reconocer el auténtico Dharma. Todas mis enseñanzas llevan siempre tres sellos: el Sello de la Vacuidad, el Sello de la Ausencia de Signo y el Sello de la Ausencia de Propósito. Estas tres características o sellos del Dharma son las tres puertas

que conducen a la liberación, conocidas también como las Tres Puertas de la Emancipación o las Tres Puertas de la Liberación”.

“Monjes, el primer sello es la Vacuidad, *sunyata*. Vacuidad no significa no-existencia. Significa que nada existe independientemente. Vacuidad significa vacío de un yo separado. Como sabéis, las creencias en la existencia y en la no-existencia son incorrectas. Todos los dharmas dependen de los demás para existir. Esto es porque aquello es, esto no es porque aquello no es, esto ha nacido porque aquello ha nacido, ésto muere porque aquello muere. Así pues, la naturaleza de la vacuidad es la interdependencia”.

“Monjes, practicad contemplando las relaciones interdependientes de todos los dharmas y veréis que todos ellos están presentes en los demás; que un Dharma contiene a los demás. Ningún Dharma puede existir separado de los otros. Contemplad las dieciocho esferas —los seis órganos sensoriales, los seis objetos sensoriales y las seis conciencias sensoriales—; contemplad los cinco agregados —forma, sensaciones, percepciones, formaciones mentales y conciencia— y veréis que no hay un solo fenómeno o agregado que exista independientemente. Todos ellos dependen de los demás para su existencia. Cuando veáis esto, veréis la naturaleza vacía de todos los dharmas y,

cuando hayáis visto la naturaleza vacía de todos los dharmas, no perseguiréis ni huiréis de ningún Dharma. Trascenderéis el apego, la discriminación y los prejuicios con respecto a todos ellos. La contemplación de la naturaleza de la vacuidad abre la primera puerta hacia la libertad. La vacuidad es la Primera Puerta de la Liberación”.

“Monjes, el segundo sello es la Ausencia de Signo, *animitta*. Ausencia de Signo significa trascender los confines de la percepción y de la discriminación mental. Cuando una persona es incapaz de ver la naturaleza interdependiente y vacía de todos los dharmas, los percibe como fenómenos independientes y separados. Esto existe

aparte de aquello, esto es independiente de lo demás. Contemplar las cosas de este modo es como despedazar la realidad con la espada de la discriminación mental, que cierra la posibilidad de percibir el verdadero rostro de la realidad. Monjes, todos los dharmas dependen de los demás. Esto está en aquello, esto encaja dentro de aquello; en un Dharma se encuentran todos los dharmas. Éste es el significado de los términos ‘interpenetración’ e ‘interexistencia’. Esto está en aquello, aquello está en esto, esto es aquello, aquello es esto. Observad de este modo y veréis que la percepción ordinaria está repleta de errores. Los ojos de la percepción son incapaces de ver con la

claridad y la exactitud con la que ven los ojos de la comprensión. Los ojos de la percepción pueden confundir una cuerda con una serpiente. Con los ojos clarificadores de la comprensión, la verdadera forma de la cuerda se revela por sí misma y la imagen de la serpiente se desvanece”.

“Monjes, todos los conceptos mentales, tales como existencia, no-existencia, nacimiento, muerte, uno, muchos, aparecer, desaparecer, ir, venir, puro, impuro, aumentar y disminuir son creados por la percepción y la discriminación mental. Desde el punto de vista de lo absoluto no-condicionado, el verdadero rostro de la realidad no puede ser confinado en la prisión de los

conceptos. Así pues, decimos que todos los dharmas carecen de signo. Contemplad para disolver todos los pensamientos sobre existencia, no-existencia, nacimiento, muerte, uno, muchos, aparecer, desaparecer, ir, venir, puro, impuro, aumentar y disminuir y alcanzaréis la liberación. La Ausencia de Signo es la Segunda Puerta de la Liberación”.

“Monjes, el tercer sello es la Ausencia de Propósito, *appanihita*. Ausencia de propósito significa no perseguir nada. ¿Por qué? Normalmente, la gente intenta evitar un Dharma persiguiendo otro; persigue la riqueza para evitar la pobreza y el buscador espiritual rechaza el nacimiento y la

muerte para alcanzar la liberación. Pero si los dharmas están contenidos unos en otros, si los dharmas son también los demás, ¿cómo se puede escapar de uno para perseguir otro? Dentro del nacimiento y la muerte está el Nirvana; dentro del Nirvana están el nacimiento y la muerte. El Nirvana y el nacimiento y la muerte no son dos realidades separadas. Si rechazáis el nacimiento y la muerte para perseguir el Nirvana, no habréis comprendido la naturaleza interdependiente de todos los dharmas. No habréis comprendido la naturaleza vacía y sin forma de todos los dharmas. Contemplad la Ausencia de Propósito para acabar de una vez por todas con las persecuciones y huidas”.

“La Liberación y la Iluminación no existen fuera de vuestro ser. Sólo tenemos que abrir los ojos para ver que nuestro ser es la esencia misma de la Liberación y la Iluminación. Todos los dharmas, todos los seres, contienen la naturaleza de la Iluminación completa. No la busquéis fuera de vosotros. Si la luz de la atención despierta brilla sobre vuestro propio ser, realizaréis la Iluminación inmediatamente. Monjes, no hay nada en el universo que exista independientemente de vuestra conciencia, ni siquiera el Nirvana o la Liberación. No busquéis esos frutos en otro lugar. Recordad que el objeto de la conciencia no puede existir independientemente de la conciencia.

No persigáis ningún Dharma, ni siquiera Brahma, el Nirvana o la Liberación. Éste es el significado de la Ausencia de Propósito. Ya sois lo que estáis buscando. La Ausencia de Propósito es una puerta maravillosa que conduce a la libertad. Se la llama, la Tercera Puerta de la Liberación”.

“Monjes, ésta es la enseñanza de los Sellos del Dharma, la enseñanza de las Tres Puertas de la Liberación, maravillosas y sublimes. Entregaos con todas vuestras fuerzas al estudio y práctica de las mismas. Si practicáis de acuerdo con esta enseñanza, alcanzaréis la liberación”.

Cuando el Buda acabó de pronunciar este sutra, el venerable

Sariputta se puso de pie y se inclinó ante el Maestro. Los demás monjes siguieron su ejemplo, manifestándole así su profunda gratitud. El venerable Sariputta anunció a la comunidad que al día siguiente habría una sesión especial para estudiar este sutra incommensurablemente profundo y añadió que todos los monjes debían esforzarse por conocerlo, practicarlo y comprenderlo.

El venerable Svasti comprendió que esta enseñanza estaba relacionada con *El Sutra de la Vacuidad*, pronunciado el año anterior, y comprendió, también, cómo guiaba el Buda a sus discípulos, desde las enseñanzas más simples hasta aquéllas

cada vez más sutiles y profundas. Svasti contempló los rostros radiantes y felices de Mahakassapa, Sariputta, Punna, Moggallana y otros, y recordó que también el año anterior todos habían seguido el ejemplo de Sariputta cuando se inclinó ante el Buda al concluir su enseñanza del sutra. ¡Qué profundos eran los lazos entre el maestro y sus discípulos!

Al día siguiente por la tarde, los venerables Yamelu y Tekula visitaron al Buda en su cabaña. Los dos monjes eran hermanos, pertenecían a la casta brahmana y su experiencia en lingüística y literatura antigua era de todos conocida. Cuando recitaban las escrituras, sus voces eran claras como

las campanas y sonoros como los tambores. Los dos hermanos se inclinaron ante el Buda que les invitó a tomar asiento.

El venerable Yamelu dijo: “Señor, deseamos hablarte sobre el tema del lenguaje ya que está relacionado con la difusión de la enseñanza. Señor, expresas tus discursos en *magadhi* pero, al no ser ésta la lengua de muchos monjes ni la de los habitantes de algunas regiones donde aquellos enseñan, la enseñanza es traducida a los dialectos locales. Antes de tomar la ordenación, tuvimos la buena fortuna de estudiar muchas lenguas y dialectos y, según hemos observado, los sublimes y sutiles matices de tu enseñanza podrían

perderse con las traducciones. Desearíamos tu autorización para transcribir tu enseñanza a la métrica clásica de la lengua védica.

Si todos los monjes estudian y divulgan la enseñanza en una sola lengua, evitaremos cualquier error o distorsión en la transmisión de la misma”.

El Buda permaneció un momento en silencio y dijo: “No sería beneficioso seguir vuestra sugerencia. El Dharma es una realidad viva. Las palabras que se emplean para difundirlo han de ser las que la gente usa cotidianamente. No deseo que se transmita en una lengua que sólo unos cuantos eruditos entienden. Yamelu y Tekula, quiero que todos mis

discípulos, tanto ordenados como laicos, estudien en sus lenguas maternas. Así, el Dharma seguirá siendo vivo y accesible. La enseñanza tiene que ser aplicable a la vida presente y compatible con las culturas locales”.

Comprendiendo la intención del Buda, los venerables Yamelu y Tekula se inclinaron ante Él y se retiraron.

Capítulo sesenta y nueve

¿A DÓNDE IRÁ EL BUDA?



UN día de tormenta, un asceta llamado Uttiya fue a visitar al Buda. Ananda le condujo hasta su cabaña y se lo presentó. Invitó al asceta a tomar asiento, y Ananda le ofreció una toalla para que se secara.

Uttiya preguntó al Buda, “monje Gautama, ¿el mundo es eterno o se acabará algún día?”.

El Buda sonrió y dijo: “Asceta Uttiya, con tu permiso, no responderé a

la pregunta”.

Uttiya, entonces, preguntó, “¿es el mundo finito o infinito?”.

“Tampoco responderé a la pregunta”.

“Bueno, pues, ¿el cuerpo y el espíritu son uno o dos?”.

“Tampoco responderé a la pregunta”.

“Cuando te mueras, ¿seguirás existiendo o no?”.

“A esta pregunta tampoco daré respuesta”.

“O quizá sostienes que, después de la muerte, ni seguirás existiendo ni dejarás de existir?”.

“Asceta Uttiya, tampoco voy a responder a la pregunta”.

Uttiya, confundido, dijo, “monje Gautama, te has negado a responder a todas mis preguntas. ¿A qué pregunta me responderías?”.

Y el Buda contestó: “Sólo respondo a las preguntas relacionadas directamente con la práctica del dominio de la mente y el cuerpo para eliminar pesares e inquietudes”.

“¿Cuántas personas crees que se pueden salvar con tu enseñanza?”.

El Buda permaneció en silencio. Uttiya no dijo más.

Ananda, sintiendo que el asceta creía que el Buda no quería o no podía responder a sus preguntas, se compadeció de él y le dijo, “asceta Uttiya, quizás este ejemplo te ayude a

comprender mejor la intención de mi Maestro. Supongamos que un rey reside en un palacio sólidamente fortificado, rodeado por una gran muralla y un ancho foso. Para entrar y salir hay una sola puerta, vigilada día y noche. El guardián permite la entrada sólo a las personas que él conoce y a nadie más. Ha comprobado minuciosamente que, en el muro del palacio, no hay ningún orificio o grieta por donde pueda colarse siquiera un gato. Al rey, sentado en su trono, no le preocupa quién entra en el palacio. Sabe que el guardián impedirá la entrada a cualquier persona *non* grata. Lo mismo ocurre con el monje Gautama. No le interesa saber cuántas personas siguen su Camino. Sólo le interesa

enseñar el Camino que puede disolver la codicia, la violencia y el engaño para que, los que lo sigan, alcancen la paz, la alegría y la liberación. Pregunta a mi Maestro cómo subyugar la mente y el cuerpo, y te responderá”.

El asceta Uttiya comprendió el ejemplo de Ananda pero, enzarzado aún en cuestiones de naturaleza metafísica, no preguntó nada más y se marchó un tanto insatisfecho de aquel encuentro.

Pocos días después, otro asceta llamado Vacchagota fue a visitar al Buda. Sus preguntas eran de naturaleza similar a las de Uttiya.

“Monje Gautama, ¿puedes decirme si existe o no un yo?”.

“El Buda permaneció callado.

Después de formular varias preguntas y no recibir respuesta, Vacchagota se levantó y se marchó. El venerable Ananda preguntó entonces al Buda: ‘Señor, tú hablas del no-yo en tus discursos sobre el Dharma. ¿Por qué no has respondido a las pregunta de Vacchagota sobre el yo?’”.

“Ananda, la enseñanza sobre la vacuidad del yo está destinada a guiar nuestra meditación y no a convertirse en una doctrina. La gente que la considere como una doctrina quedará atrapada por ella. He dicho en varias ocasiones que la enseñanza debe ser como la barca, para cruzar a la otra orilla, o como el dedo que señala la luna. No hemos de quedarnos atrapados en la enseñanza. El

asceta Vacchagota deseaba que le ofreciera una doctrina. Si le dijera que el yo existe, estaría contradiciendo mi enseñanza. Y si le dijera que el yo no existe y se agarrara a esa respuesta como a un dogma, no obtendría ningún beneficio. Es mejor permanecer callado que responder a tales cuestiones. Prefiero que la gente piense que no conozco las respuestas antes de permitir que se vuelva esclava de sus visiones estrechas”.

Un día, el venerable Anuruddha fue interceptado por unos ascetas que se negaban a dejarle pasar hasta que no respondiera a su pregunta. La pregunta era, “hemos oído que el monje Gautama es un maestro completamente Iluminado

y que su enseñanza es sutil y profunda. Tú, que eres su discípulo, podrás responder a esto. Cuando el monje Gautama muera, ¿seguirá existiendo o dejará de existir.”.

Los ascetas dijeron a Anuruddha que debía seleccionar una de las cuatro posibilidades siguientes:

Quando muera, el monje Gautama seguirá existiendo.

Quando muera, el monje Gautama dejará de existir.

Quando muera, el monje Gautama seguirá existiendo y dejará de existir.

Quando muera, el monje Gautama ni seguirá existiendo ni dejara de existir.

El monje Anuruddha, sabiendo que ninguna de las cuatro respuestas era

compatible con la verdadera enseñanza, permaneció callado. Los ascetas no querían aceptar su silencio y trataron en vano de forzarle para que se decantara por una de ellas. Finalmente, el venerable dijo, “amigos míos, de acuerdo con un comprensión, ninguna de las cuatro respuestas expresa con exactitud la verdad con respecto al monje Gautama”.

Los ascetas se echaron a reír. Y uno de ellos dijo, “este monje debe de haberse ordenado muy recientemente. No tiene capacidad para responder a nuestra pregunta. Es evidente que no sabe. Dejémosle partir”.

Unos días más tarde, el venerable Anuruddha fue a ver al Buda y,

trasladándole la pregunta que los ascetas le habían hecho, añadió: “Señor, por favor, ilumínanos para que podamos responder mejor tales cuestiones”.

El Buda dijo: “Anuruddha, es imposible hallar al monje Gautama mediante el conocimiento conceptual. ¿Dónde está el monje Gautama? ¿Es posible hallar a Gautama en la forma?”.

“No, Señor”.

“¿Es posible hallar a Gautama en las sensaciones?”.

“No, Señor”.

“¿Es posible hallar a Gautama en las percepciones, en las formaciones mentales o en la conciencia?”.

“No, Señor”.

“¿Es posible hallar a Gautama

fuera de las sensaciones?”.

“No, Señor”.

“¿Es posible hallar a Gautama fuera de las percepciones, las formaciones mentales o la conciencia?”.

“No, Señor”.

“¿Dónde puedes hallar a Gautama? Anuruddha, en este mismo momento te encuentras enfrente de Gautama y no puedes aprehenderlo. Pues mucho menos cuando muera. Anuruddha, la esencia de Gautama, como la esencia de todos los dharmas, no puede ser aprehendida por el conocimiento conceptual ni por las categorías de la discriminación mental. Los dharmas han de ser percibidos en relación interdependiente con todos los demás dharmas. Para ver el verdadero

rostro de Gautama es necesario ver a Gautama en todos los dharmas que normalmente se consideran como no-Gautama”.

“Anuruddha, si deseas ver la esencia de una flor de loto, tienes que ver la presencia del loto en todos los dharmas, normalmente considerados como no-loto, tales como el sol, el estanque, las nubes, el barro y el calor. Tan sólo si lo contemplas de este modo podrás destruir la red de las visiones estrechas, la red de la discriminación mental que crea la prisión de nacimiento, muerte, aquí, allá, existencia, no-existencia, puro, impuro, incremento y merma. Lo mismo debes hacer si deseas ver a Gautama. Las

cuatro categorías de los ascetas — existencia, no-existencia, existencia y no-existencia, y ni existencia ni no-existencia—, son telas de araña entre telas de araña que nunca podrán atrapar al inmenso pájaro de la realidad”.

“Anuruddha, la realidad propiamente dicha no puede ser expresada ni por el conocimiento conceptual ni por el lenguaje oral o escrito. Lo único que puede ayudarnos a reconocer la esencia de la realidad es la comprensión que surge de la meditación. Anuruddha, una persona que no haya probado un mango no puede conocer su sabor, por muchas palabras y conceptos que otra emplee para describírselo. Sólo podemos entender la realidad a través

de la experiencia directa. Por eso he dicho a los monjes, en diversas ocasiones, que no se enreden en discusiones inútiles, perdiendo un tiempo precioso que puede utilizarse en la contemplación profunda de las cosas”.

“Anuruddha, la naturaleza de todos los dharmas es no condicionada y puede ser llamada ‘talidad’, *tathata*. La talidad es la naturaleza maravillosa de todos los dharmas. El loto surge de la talidad. Anuruddha surge de la talidad. Gautama surge de la talidad. A alguien que surge de la talidad se le denomina *tathagata*, o ‘aquel que viene así’. Surgiendo de la talidad, ¿a dónde regresan todos los dharmas? Regresan a

la talidad. Regresar a la talidad puede también expresarse con el término *tathagata*, o ‘aquél que va así. En verdad, los dharmas no surgen de ningún lugar ni van a ningún otro porque su naturaleza ya es la talidad. Anuruddha, el verdadero significado de la talidad es ‘aquél que viene de ninguna parte’ y ‘aquél que va a ninguna parte’. De ahora en adelante deseo ser llamado ‘Tathagata’. Me gusta este término porque evita la discriminación creada por el empleo de las palabras ‘yo’ y ‘mío’”.

Anuruddha sonrió y dijo, “sabemos que todos surgimos de la talidad, pero reservaremos el nombre de ‘Tathagata’ para ti. Cada vez que te refieras a ti

mismo como ‘Tathagata’, recordaremos que todos tenemos la naturaleza de la talidad que no tiene principio ni fin”.

El Buda sonrió también y dijo: “El Tathagata está complacido con tu sugerencia, Anuruddha”.

El venerable Ananda, que había estado presente en la conversación, siguió a Anuruddha fuera de la cabaña y le sugirió que compartieran esa conversación con el resto de la comunidad durante la discusión de Dharma del próximo día. Anuruddha aceptó con alegría y dijo que comenzaría relatando su encuentro con los ascetas de Savatthi.

Capítulo setenta

LA CODORNIZ Y EL HALCÓN



AUNQUE el Buda nunca le había reprendido o corregido, el monje Svasti era consciente de sus propias limitaciones. Quizá no lo había hecho porque veía cómo se esforzaba por el dominio, aún sin conseguir, de los seis sentidos. Siempre que el Buda corregía a un monje o a una monja, especialmente cuando las correcciones y consejos iban dirigidos a Rahula, Svasti se aplicaba la

corrección como si fuera el autor de la falta, lo que le permitía profundizar en la práctica. El venerable Rahula progresaba rápidamente en su práctica y eso también beneficiaba su desarrollo espiritual.

Un día, estando sentado en compañía de Rahula en el claro de un bosque, Svasti dijo que se sentía muy afortunado de ser un discípulo del Buda y añadió que, gracias a que había conocido la verdadera paz, la alegría y la libertad, no sentía deseo alguno por la vida del mundo. Rahula le puso en guardia, “es posible que eso sea cierto, pero no te engañes. El esfuerzo para observar y controlar constantemente los sentidos es el fundamento mismo de la

práctica y ni siquiera los discípulos más aventajados pueden permitirse relajar la vigilancia”.

Rahula le habló del monje Vangisa, un monje conocido por su inteligencia y don de la palabra. De hecho, era un poeta maravilloso que había compuesto varios *gathas* en los que ensalzaba al Buda, al Dharma y a la Sangha, recibiendo, incluso, las felicitaciones del Buda. Cuando Vangisa se hizo monje, estudió bajo la guía del monje Nigrodhakappa, en Aggalava, justo a las afueras de Savatthi. Pero cuando su maestro falleció, Vangisa se trasladó a Jetavana. Un día, mientras estaban mendigando, Vangisa le confió a Ananda que necesitaba su ayuda y consejo, pues

su mente estaba perturbada por el deseo que sentía por las jóvenes que iban al monasterio a llevar ofrendas de comida. Ananda comprendía que Vangisa, como artista, se sintiera conmovido por la belleza. Apeló a ello para mostrarle cómo emplear la belleza del Camino del Despertar para trascender ese tipo de deseo que no producía más que ansiedad y obstáculos. Ananda le enseñó a dirigir la luz de la atención consciente sobre los objetos de contemplación para que viera con toda claridad la naturaleza vacía y transitoria de los dharmas. Vangisa practicó según las instrucciones de Ananda y llegó a dominar sus sentidos. Sobre dicha práctica, Vangisa escribió un poema que fue bien

conocido por todos los monjes. Decía así:

Incluso después de
ponerme el hábito azafrán.

He corrido detrás de los
deseos

como un búfalo
reclamando arroz del
granjero.

¡Qué avergonzado me
sentía!

El hijo de un poderoso
general, dotado de arco y
flechas,

podría rechazar el
asedio

de un millar de
soldados,

permaneciendo en la
atención,

no seré vencido,
ni siquiera ante una
multitud de bellas mujeres.

Sigo al Señor,
que desciende del sol.
Recorriendo
apaciblemente este camino.

Todos los deseos se
liberan.

Convirtiéndome en
dueño de mis sentidos
avanzo serenamente.

Aunque me encuentre
con innumerables obstáculos,

ninguno podrá perturbar
mi paz.

Como Vangisa era un hombre inteligente y de talento, a veces el orgullo se apoderaba de él y sentía un callado desdén por algunos monjes. Por suerte, gracias a la práctica de la atención, era capaz de reconocer esa arrogancia en su interior. Sobre dicho tema también compuso un *gatha*:

Discípulos de Gautama
¡venced la arrogancia!
El camino del orgullo
sólo conduce al sufrimiento.

El hombre que disimula
silenciosamente su arrogancia
se halla en el sendero
del infierno

igual que el hombre
henchido de orgullo.

Buscad, en su lugar, la
felicidad

de un corazón apacible.

Practicad la atención
para obtener los tres
conocimientos.

El verdadero logro sólo
surge

cuando se subyuga la
arrogancia.

Gracias a su profunda vigilancia, Vangisa fue capaz de trascender muchos pesares y obstáculos. Progresó rápidamente en el camino de la transformación y alcanzó el fruto del No-Retorno, lo cual fue confirmado por Sariputta e día en que su corazón y mente se abrieron, Vangisa compuso un poema para expresar su agradecimiento al Buda:

Intoxicado por sueños de
juventud,
vagué por todas partes,
ciudades y campiñas,
¡hasta que finalmente
encontré al Buda!

Lleno de compasión,
compartió
conmigo su maravillosa
enseñanza.

Mi fe se despertó
y vestí los hábitos de un
monje.

Permaneciendo en la
atención despierta,
concentrando mi corazón
y mi mente,

he obtenido los tres
conocimientos

gracias al Despierto.

El Señor ha sembrado
por doquier las semillas
de la Iluminación.

Debido a que los seres

moran en la oscuridad,
Él ha mostrado el
camino
—las Cuatro Nobles
Verdades,
el Noble Camino
Óctuple,
la Paz, la Alegría y la
Libertad—.

Sus palabras, tan sutiles
y profundas,
su noble vida, libre de
toda falta,
conducen hábilmente a
todos los seres a la
Liberación.

¡Cuán profunda es mi
gratitud!

Una vez, en una sesión especial de enseñanzas destinada a los monjes más jóvenes, el venerable Sariputta puso de ejemplo al monje Vangisa. Les dijo que Vangisa, cuando comenzó su formación espiritual, se sentía a veces perturbado por ciertas aflicciones y estados mentales pero que, gracias a una práctica llevada con determinación, pudo superarlos y alcanzar una gran comprensión. “Por lo tanto, no os dejéis atrapar por ningún complejo mental, de superioridad o de inferioridad. Si practicáis la atención, permaneceréis conscientes de lo que sucede en vuestro interior y nada podrá atraparos. Aprender a dominar los seis sentidos es

un método maravilloso para avanzar con firmeza en el camino”.

Escuchando lo que contaba Rahula sobre Vangisa, Svasti sintió como si conociera a aquel monje. Le había visto alguna vez, pero nunca había hablado con él. Se prometió a sí mismo encontrar la oportunidad de conocerle mejor, pues sabía que podía aprender mucho de su experiencia espiritual.

Svasti recordó la ocasión en que el Buda empleó la imagen del océano para explicar la práctica del dominio de los seis sentidos. Dijo: “Monjes, vuestros ojos son un océano profundo donde se ocultan monstruos marinos, remolinos de agua y peligrosas corrientes. Si no actuáis con atención, los monstruos

marinos, los remolinos de agua y las peligrosas corrientes atacarán vuestro barco y lo hundirán. Vuestros oídos, nariz, lengua, cuerpo y mente son también océanos profundos donde se ocultan los mismos peligros”.

El recuerdo de aquellas palabras abrió la mente de Svasti. Los seis sentidos eran, en realidad, océanos profundos cuyas olas podían alzarse en cualquier momento y hundirnos. El consejo de Rahula era digno de ser escuchado —no debía dormirse en los laureles—. Había que practicar constantemente la enseñanza del Buda.

Una tarde, estando el Buda en el monasterio de Jetavana, sentado fuera de su cabaña, relató una historia a los

monjes más jóvenes para recordarles que debían observar y dominar los seis sentidos y no dejarse arrastrar por las distracciones.

Dijo así: “Un día, un halcón se lanzó sobre una codorniz, atrapándola con sus garras. Mientras remontaba el vuelo, la codorniz empezó a llorar, culpándose por haberse alejado del lugar donde sus padres le habían dicho que permaneciera. ‘Si hubiera escuchado a mis padres, no me encontraría en este apuro’”.

“El halcón preguntó, ‘¿y dónde te dijeron tus padres que te quedaras, enana?’”.

“En el campo recién arado”, respondió la codorniz.

“Para su sorpresa, el halcón le dijo, ‘puedo atrapar la codorniz que desee en el momento que lo desee. Mira, te voy a dejar donde quieras; te concedo una hora más de vida. Luego vendré a por ti, te atraparé, te romperé el cuello y te comeré’. Tal como había dicho, el halcón liberó a la codorniz en el campo recién arado”.

“Sorprendentemente, la pequeña se subió de inmediato a un montículo de tierra recién arada y empezó a mofarse del halcón”.

“¡Eh, halcón! ¿Para qué esperar una hora? ¿Por qué no bajas e intentas atraparme?”.

El halcón, furioso, pegó sus alas al cuerpo y bajó en picado a toda

velocidad. Pero la codorniz le esquivó ocultándose en un surco bajo el montículo de tierra. El halcón falló su intento y se golpeó contra el suelo con tal fuerza que se rompió el esternón y murió en el acto.

“Monjes, debéis vivir con atención en todo momento y dominar los seis sentidos. Si la abandonáis, os adentráis en los dominios de Mara y, allí, el peligro es inevitable”.

Svasti estaba feliz por la cantidad de jóvenes monjes, sinceros y talentosos, que había en la Sangha del Buda. Un día, fue invitado, junto con varios monjes, a casa de un laico llamado Citta. Vivía en el pueblo de Macchikasanda. Durante la visita, Svasti

se percató de lo brillante que era uno de los jóvenes monjes. El discípulo laico Citta era conocido por su devoción a la enseñanza. Su corazón era grande y generoso y era tan amado y apreciado por la gente como el devoto laico Anathapindika. Citta invitaba a menudo a su casa a discípulos de mayor comprensión pura hacerles ofrecimientos de comida y preguntarles sobre el Dharma. Para esta ocasión, invitó a diez monjes ancianos y a dos jóvenes monjes, Svasti e Isidatta. Cuando acabaron de comer, Citta se inclinó respetuosamente ante los monjes y les pidió permiso para sentarse frente a ellos en un pequeño taburete.

Después, Citta hizo la siguiente

pregunta, “respetados venerables, he escuchado *El Sutra Brahmajada* donde el Buda explica las sesenta y dos visiones falsas de sectas contemporáneas. He escuchado, también, las preguntas que le hicieron al Buda los miembros de otras sectas con respecto a la vida, la muerte y el alma, como por ejemplo: si el mundo es finito o infinito, temporal o eterno; si el cuerpo y la mente son uno o dos; si seguirá existiendo el Tathagata después de su muerte, si dejará de existir, si seguirá existiendo y dejará de existir, o si ni seguirá existiendo ni dejará de existir. Venerables, ¿qué origina estas visiones y preguntas de tipo esotérico?”.

Ninguno de los monjes mayores se

aventuró a responder a la pregunta de Citta, incluso después de haberla repetido tres veces. Svasti estaba avergonzado y sentía que sus orejas ardían. De repente, Isidatta tomó la palabra y, dirigiéndose primero a los monjes, preguntó, “respetados hermanos, ¿Puedo responder a la pregunta del discípulo laico Citta?”.

Y los monjes respondieron, “monje, puedes hacerlo si así lo deseas”.

Entonces, dirigiéndose de nuevo a Citta, Isidatta dijo, “señor, tales visiones y preguntas surgen porque la gente se apega a una visión falsa del yo. Si la gente abandonara la idea de un yo separado, no necesitaría escudarse en

tales visiones ni preguntar sobre ellas”.

Citta estaba visiblemente impresionado por la respuesta del joven monje, y dijo, “por favor, venerable, ¿podrías explicarlo con más detalle?”.

“Generalmente, las personas que no tienen la oportunidad de escuchar ni de estudiar el Camino del Despertar piensan que el cuerpo es lo mismo que el yo, o creen que el yo está contenido en el cuerpo y que el cuerpo está contenido en el yo. De la misma manera, consideran que las sensaciones son el yo, o que las sensaciones están contenidas en el yo y el yo contenido en las sensaciones. Esas personas sostienen la misma visión con las percepciones, las formaciones mentales y la

conciencia. Están atrapadas por una visión falsa del yo y, precisamente por eso, se ven esclavizadas por las sesenta y dos visiones falsas que se exponen en *El Sutra Brahmajala* y por preguntas sobre lo finito y lo infinito, lo temporal y lo eterno, uno y dos, existencia y cesación de la existencia. Discípulo laico Citta, tales preguntas y visiones carecen de sentido cuando, a través del estudio y la práctica constantes, se destruye la visión falsa del yo”.

Todavía más impresionado por la sabiduría del joven monje, Citta preguntó respetuosamente a Isidatta, “venerable, ¿de dónde eres?”.

“Soy de Avanti, señor”.

“Venerable, he oído hablar de un

joven procedente de Avanti, llamado Isidatta, que se hizo monje. Aseguran que es sumamente brillante y capaz, pero no le conozco personalmente. ¿Acaso le conoces tú?”.

“Sí, Citta, le conozco”.

“Entonces, venerable, ¿puedes decirme dónde se encuentra ese lúcido monje?”.

Isidatta no respondió.

De hecho, Citta ya se había dado cuenta de que el joven monje que estaba sentado frente a él era Isidatta. Citta preguntó entonces, “¿es posible que seas el monje Isidatta?”.

“Así es, señor”, respondió Isidatta.

Citta, lleno de júbilo, exclamó, “¡es para mí un gran honor! Venerable

Isidatta, mi plantación de mangos y mi residencia privada en Macchikasanda son lugares refrescantes equipados con todo lo necesario. Espero que nos visites a menudo. Te ofrecemos todo cuanto puedas necesitar, comida, hábitos, medicinas o un lugar donde vivir”.

Isidatta no dijo nada. Los monjes dieron las gracias a Citta y se marcharon. Más tarde, Svasti supo que el joven monje no había vuelto a casa de Citta. No deseaba que le colmaran de elogios ni de ofrendas, ni siquiera viniendo de un hombre tan respetado como ese benefactor. Svasti no coincidió con Isidatta durante algún tiempo pero la imagen del brillante y

humilde monje permaneció grabada en su mente y se hizo la promesa de seguir su ejemplo y de visitarle siempre que tuviera oportunidad de pasar por Avanti.

Svasti sabía cuánto amaba el Buda a los jóvenes monjes que mostraban determinación, sabiduría e interés por el bienestar y la felicidad de los demás. Había incluso expresado lo mucho que dependía de ellos para la transmisión de la enseñanza a las futuras generaciones. No obstante, también había observado que el Buda se entregaba en cuerpo y alma a enseñar a todos los monjes, independientemente de sus capacidades individuales. Unos tenían más facilidad que otros. Un monje había abandonado la comunidad en seis ocasiones y, en las

seis ocasiones, el Buda le había recibido para que lo intentara de nuevo. El Buda nunca dejaba de animar a los que les resultaba difícil recordar incluso prácticas tan simples como los dieciséis métodos de observar la respiración.

Bhaddali, un monje que vivía en Jetavana, tenía muchos defectos pero el Buda decidió pasarlos por alto para brindar al monje la oportunidad de enmendarse. Bhaddali parecía incapaz de seguir ciertas disciplinas monásticas. Por ejemplo, durante la comida, todos los monjes debían permanecer sentados hasta que hubieran acabado de comer. No estaba permitido levantarse para pedir una ración suplementaria ni para ocuparse de otras tareas. Esta disciplina

se llamaba “una sentada por comida” pero Bhaddali no lograba recordarla. Su comportamiento en el monasterio era una frecuente causa de aflicción para los otros monjes. El Buda le había convocado varias veces en privado y le había dicho que hiciera la práctica de preguntarse cada mañana al levantarse, “¿qué puedo hacer hoy para contribuir a la felicidad de la comunidad?”. Pero después de varios meses, Bhaddali parecía haber progresado realmente poco y muchos monjes, impacientes, le hablaban con dureza. Consciente de ello, el Buda se dirigió un día a la comunidad diciendo:

“Monjes, aunque un miembro de la Sangha posea defectos graves, no hay

duda de que en su interior quedan algunas semillas de fe y de amor. Debemos relacionarnos con ese individuo de manera que sus buenas semillas estén protegidas y alimentadas ya que, en su defecto, también perecerán. Monjes, si una persona pierde un ojo en un accidente, su familia y amigos harán lo posible para proteger el ojo que le queda, pues saben qué desolador sería su futuro si lo perdiera. Por lo tanto, ayudad a proteger las semillas de la fe y del amor en vuestro hermano, tratándole bondadosamente”.

Svasti estaba presente cuando el Buda pronunció estas palabras y su actitud afectuosa le conmovió profundamente. Cuando alzó la mirada,

vio que Ananda se estaba enjugando las lágrimas y comprendió que también él se había emocionado.

El Buda era bondadoso y comprensivo, pero podía ser también severo cuando la ocasión lo requería. Una persona a la que el Buda no pudiera ayudar era realmente una persona sin futuro. Svasti estuvo presente en una breve pero impresionante conversación entre el Buda y un conocido domador de caballos, un hombre llamado Kesi.

El Buda preguntó a Kesi: “¿Puedes explicarnos, por favor, cómo domas a los caballos?”.

Kesi respondió: “Señor, los caballos tienen diferentes temperamentos. Unos son muy dóciles y

pueden ser domados con el simple uso de palabras dulces. Otros son más difíciles y requieren, además de dulzura, mano firme. Otros son todavía más testarudos y necesitan una disciplina férrea y nada más”.

El Buda se puso a reír y preguntó: “¿Y qué haces cuando te encuentras con un caballo que no responde a ninguno de los tres métodos?”.

“Señor, en tal situación, es necesario matar al caballo. Si se le dejara vivir con el resto de la manada, su influencia negativa afectaría a todos. Señor, por mi parte, me gustaría saber cómo adiestras tú a tus discípulos”.

El Buda sonrió y dijo. “Yo hago lo mismo que tú. Unos monjes responden

simplemente con dulzura. Otros requieren dulzura y también firmeza. Y otros sólo progresan con una disciplina severa”:

“Y qué haces cuando un monje no responde a ninguno de estos métodos?”. “Hago lo mismo que tú, lo mato”.

Los ojos del domador de caballos se abrieron alarmados. “¿Que lo matas, dices? Creía que estabas en contra de toda violencia”.

“Yo no lo mato como tú. Cuando una persona no responde a ninguno de los tres métodos de los que hemos hablado, no puede unirse a la Sangha de los monjes. No le acepto como discípulo y eso es una gran desgracia. Cuando se le niega a alguien la oportunidad de

practicar el Dharma en comunidad, pierde la oportunidad que surge sólo una vez en mil vidas. ¿Qué es eso, pues, sino una muerte a la vida espiritual? Y no sólo es una pena para la persona que ha sido rechazada, es también una gran tristeza para mí, pues yo siento amor e interés por ella y no pierdo la esperanza de que, un día, se abrirá a la práctica del Dharma y volverá con nosotros”.

En el pasado, Svasti había visto al Buda reprendiendo y aconsejando a Rahula. También había estado presente en otras ocasiones en las que el Buda corregía a otros monjes. Ahora comprendía mejor el amor profundo que escondía cada una de sus reprimendas. Svasti sabía también lo mucho que el

Buda le amaba, aunque nunca se lo hubiera dicho. Sólo tenía que mirarle a los ojos para saberlo.

Aquella noche, el Buda recibía a un invitado y Ananda le pidió a Svasti que se ocupara de preparar el té. El invitado en cuestión era un guerrero de porte orgulloso y aristocrático llamado Rohitassa que viajaba con una espada resplandeciente colgada de su espalda. Al llegar a las puertas de Jetavana, Rohitassa desmontó de su corcel y dejó su acero prendido a la montura. Sariputta le condujo hasta la cabaña del Buda. El invitado era un hombre de un tamaño descomunal. Andaba a grandes zancadas y tenía una mirada penetrante.

Cuando Svasti entró en la cabaña

para servir el té, encontró a Rohitassa y a Sariputta sentados en pequeños taburetes enfrente del Buda y, a Ananda, de pie, detrás de Él. Tras servir el té, Svasti se puso al lado de Ananda. Los tres hombres bebieron en silencio. Después de una larga pausa, Rohitassa tomó la palabra: “Señor, ¿existe algún mundo donde no haya nacimiento, enfermedad, vejez y muerte? ¿Existe algún mundo donde los seres no fallezcan? ¿Qué medio de locomoción puede emplearse para dejar atrás este mundo de nacimiento y muerte y llegar a un lugar donde nadie perezca?”.

El Buda respondió: “No existe ningún medio de locomoción para abandonar este mundo de nacimiento y

muerte, por muy rápido que viajes, aunque sea a la velocidad de la luz”.

Rohitassa unió las palmas de las manos y dijo, “tus palabras son bien ciertas. Sé por propia experiencia que no es posible escapar de este mundo de nacimiento y muerte a través de ningún medio de locomoción, por muy rápido que éste sea. Puedo recordar que, en una vida previa en la que estaba dotado de poderes sobrenaturales, era capaz de volar más rápido que una flecha. De un sólo paso, podía saltar desde el Mar del Este hasta el del Oeste. Estaba decidido a escapar del mundo del nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte y buscaba un lugar donde los seres no estuvieran oprimidos por el nacimiento

y la muerte. Día tras día viajé a gran velocidad sin detenerme para comer o beber, descansar o dormir, orinar o defecar. Cien años estuve viajando de este modo sin lograr nada, hasta que un día fallecí al borde de un camino. Señor, ¡tus palabras son realmente ciertas! Nadie puede escapar del mundo del nacimiento y la muerte, sean cuales sean los medios de locomoción, ni siquiera volando a la velocidad de la luz”.

El Buda dijo: “No he dicho, sin embargo, que no sea posible trascender el mundo del nacimiento y la muerte. Escucha Rohitassa. En realidad, sí que puedes trascenderlo. Te enseñaré el camino por el que lograrás tu propósito. El mundo del nacimiento y la muerte

tiene su origen en tu cuerpo de casi dos metros de altura y en él se encuentran, también, los medios de trascenderlo. Contempla tu cuerpo, Rohitassa. Dirige la luz de tu conciencia despierta sobre el mundo del nacimiento y la muerte tal como se revela en tu enorme cuerpo. Contempla hasta que veas la verdad de la transitoriedad, de la vacuidad, del no-nacimiento y de la no-muerte de todos los dharmas. El mundo del nacimiento y de la muerte se disolverá ante ti y el mundo sin nacimiento y sin muerte se revelará por sí mismo. Te liberarás de todo pesar y temor. No necesitarás viajar a ninguna parte para abandonar el mundo de sufrimiento y muerte; sólo tienes que observar profundamente la

naturaleza de tu cuerpo”.

Los ojos de Sariputta brillaban como dos estrellas mientras escuchaba al Buda y el rostro del guerrero Rohitassa irradiaba una gran felicidad. Svasti estaba profundamente conmovido. ¿Acaso era posible descifrar la excelencia y la majestuosidad de la enseñanza del Buda? Era como una pieza de música épica. Aquel día, Svasti vio más claro que nunca que la clave de la liberación estaba en sus manos.

Capítulo setenta y uno

EL ARTE DE AFINAR UN SITAR



AL finalizar la estación del retiro, el Buda emprendió viaje hacia el sur y se detuvo en el Parque de las Gacelas, en Isipatana, donde, treinta y seis años antes, había pronunciado la primera enseñanza sobre las Cuatro Nobles Verdades. El tiempo parecía no haber transcurrido pero habían cambiado muchas cosas desde el primer giro de la rueda del Dharma. La enseñanza se

había propagado por todas las regiones de la cuenca del Ganges y los lugareños habían construido una estupa en conmemoración del acontecimiento, así como un monasterio donde vivían y practicaban muchos monjes. Después de enseñar el Dharma y de animar a la comunidad, el Buda se dirigió hacia Gaya.

En Uruvela, visitó el viejo árbol de la Iluminación. Le pareció más bello y más verde que nunca. En el bosque se habían construido muchas cabañas y el rey Bimbisara estaba planeando erigir una estupa en el lugar donde el Buda alcanzó el Despertar. El Buda visitó también a los niños del pueblo. No eran diferentes de los de antaño. El pequeño

cuidador de búfalos llamado Svasti tenía ahora cuarenta y siete años y era un respetado anciano de la Sangha. Los niños ofrecieron al Buda las papayas que ellos mismos habían recogido. Todos sabían recitar perfectamente los Tres Refugios.

Desde Gaya, el Buda se dirigió hacia el nordeste, a Rajagaha. Al llegar a la capital, subió directamente al Pico del Buitre. Allí se encontró con el venerable Punna, quien le habló de la expansión del Dharma en la isla de Sunaparanta donde acababa de finalizar la estación del retiro con varios monjes más. El número de personas en Sunaparanta que había tomado refugio en el Buda, el Dharma y la Sangha había

ascendido a quinientos.

Durante los días siguientes, el Buda visitó los centros espirituales de la región. Una noche, mientras meditaba, oyó a un monje cantando sutras. Había algo extraño en su voz, quizás cansancio o desánimo. El Buda supo que aquel monje estaba teniendo dificultades en la práctica. A la mañana siguiente, Ananda le informó de que el monje que cantaba sutras la víspera era Sona, un monje que el Buda había conocido, hacía varios años, en Savatthi.

El venerable Sona Kutikanna fue ordenado bajo la guía del venerable Mahakaccana, con quien había estudiado durante varios años en la montaña Pavatta, en la región de Kuraraghara.

Sona era un joven de buena familia, refinado e inteligente, aunque de constitución frágil. Hacía grandes esfuerzos para llevar la vida sin hogar de un monje que toma una sola comida al día y duerme bajo los árboles. Pero su devoción por la práctica nunca flaqueaba. Después de un año, su maestro le llevó a Savatthi para que conociera al Buda.

En esa primera ocasión, el Buda preguntó a Sona: “Sona, ¿disfrutas de buena salud? ¿Experimentas alguna dificultad en tu práctica, en mendigar o en propagar el Dharma?”.

Y Sona respondió: “Señor, soy muy feliz y no experimento ninguna dificultad”.

El Buda le dijo a Ananda que preparara un lugar para que Sona durmiera en su cabaña. Aquella noche, el Buda se sentó a meditar en el bosque hasta las tres de la madrugada y Sona, consciente de ello, no pudo conciliar el sueño.

Cuando el Buda regresó a la cabaña, preguntó a Sona: “¿No duermes?”.

“No, Señor, todavía estoy despierto”.

“¿No tienes sueño? Bueno, entonces, ¿por qué no recitas algunos *gathas* que hayas memorizado?”.

El venerable Sona recitó los dieciséis *gathas* recogidos en *El Sutra de la Plena Conciencia en la*

Respiración. Su voz era clara como una campana. No se atascó en ningún momento ni olvidó ninguna palabra. El Buda le felicitó.

“Recitas maravillosamente. ¿Cuántos años hace que tomaste la ordenación?”.

“Señor, hace poco más de un año. Esta ha sido mi primera estación del retiro”.

Así fue su primer encuentro. Después de oír su canto, el Buda supo que Sona se había esforzado demasiado. Le pidió a Ananda que le acompañara a su cabaña. Al ver al Buda, Sona se levantó de inmediato y le saludó. El Buda les invitó a ambos a sentarse a su lado y, después, le preguntó: “Antes de

ser monje, eras un músico especializado en el sitar de dieciséis cuerdas ¿no es cierto?”.

“Sí, Señor, así es”.

“Si las cuerdas del sitar no están tensas cuando tocas, ¿cuál es el resultado?”.

“Señor, si las cuerdas no están tensas, el sitar estará desafinado”.

“¿Y qué sucede cuando las cuerdas están demasiado tensas?”.

“Señor, si las cuerdas están demasiado tensas, corren el peligro de romperse”.

“¿Y si las cuerdas están tensadas en su justa medida?”.

“Señor, si las cuerdas están tensadas en su justa medida, el sitar

proporciona una música maravillosa”.

“¡Exacto, Sona! Si una persona es holgazana y perezosa, no progresa en la práctica. Pero si se esfuerza demasiado, sufrirá fatiga y desánimo. Sona, has de conocer tus propios límites. No fuerces el cuerpo y la mente más allá de sus capacidades. Sólo entonces obtendrás los frutos de la práctica”.

El venerable Sona, comprendiendo lo profunda que era la sabiduría del Buda, se puso de pie y se inclinó ante él expresando así su gratitud.

Una tarde, cuando el Buda regresaba del Bosque de Bambú, el médico Jivaka le invitó a subir hasta su cabaña en el Pico del Buitre. Jivaka observó con admiración cuán ágilmente

subía el Buda por las escaleras de piedra. Tenía ahora setenta y dos años y estaba saludable y vigoroso como siempre. Sus pasos eran relajados y serenos. Con una mano portaba el cuenco y, con la otra, mantenía levantada una esquina del hábito. El venerable Ananda caminaba del mismo modo. Jivaka se ofreció a llevar el cuenco del Buda; se lo pasó con una sonrisa, diciendo, “sabes que el Tataghata ha subido esta montaña cientos de veces, sosteniendo siempre el cuenco sin dificultad”.

La escalera que ascendía por la ladera de la montaña, cuidadosamente tallada en la piedra, había sido un obsequio del rey Bimbisara, el padre de

Jivaka. Una vez en la cima, el Buda invitó a Jivaka a sentarse con Él en una amplia roca al lado de la cabaña. Jivaka se interesó por la salud y los viajes del Buda. Después, miró primero a Ananda y luego al Buda y, con voz solemne, dijo: “Señor, debo informarte de la situación. Algunos acontecimientos en la Sangha están directamente relacionados con la política actual del reino y creo que debes saberlo”.

El médico explicó al Buda que el venerable Devadatta deseaba reemplazarle como líder de la Sangha. Devadatta contaba ya con el apoyo de muchos monjes así como de la élite gobernante. Su principal consejero era el venerable Kokalika y estaba también

respaldado por los venerables Katamoraka Tissa, Khandadeviputta y Samuddadatta, los cuales, a su vez, contaban con un gran número de estudiantes. El venerable Devadatta era tan inteligente como elocuente y sumamente respetado por muchos monjes y discípulos laicos. Devadatta todavía no había declarado abiertamente su oposición al Buda y a sus discípulos más aventajados pero hacía frecuentes alusiones a la edad avanzada del Buda, preguntándose si poseía todavía la capacidad para guiar a la Sangha. Había incluso insinuado que el modo en que el Buda exponía la enseñanza era demasiado anticuado para afrontar las necesidades de los jóvenes. Devadatta

disfrutaba del apoyo de varios discípulos ricos. El príncipe Ajatasattu, por razones que Jivaka no alcanzaba a comprender, era su más devoto adepto. Ajatasattu veneraba a Devadatta tanto como el rey Bimbisara veneraba al Buda. El príncipe había hecho construir para Devadatta un gran centro espiritual en la montaña Gayasisa, allí donde el Buda había pronunciado *El Sutra del Fuego* ante los hermanos Kassapa y sus mil discípulos. Ajatasattu en persona llevaba frecuentemente ofrecimientos de comida al centro y los mercaderes y políticos, deseosos de mantener una buena relación con el príncipe, hacían lo mismo y asistían a las charlas de Dharma impartidas por Devadatta. La

influencia del monje era cada día mayor; unos trescientos o cuatrocientos monjes se habían comprometido a apoyarle.

Jivaka miró al Buda y después bajó la voz: “Señor, estoy seguro de que estas cosas, por sí solas, no son causa de preocupación, pero hay algo que realmente me preocupa: he sabido que Ajatasattu está impaciente por asumir el trono para poder llevar a cabo sus propios planes. El príncipe desea el trono alegando que nuestro padre lo ha monopolizado durante demasiado tiempo. Y Devadatta, por su parte, desea impacientemente que le cedas el mando de la Sangha. De hecho, estoy seguro de que le ha inculcado al príncipe pensamientos temerarios. Tengo esa

impresión cada vez que visito el palacio para velar por la salud de la familia real. Señor, si algo inesperado le ocurriera al rey Bimbisara, Tú y tu Sangha podríais quedar implicados. Por favor, ten en cuenta lo que te he dicho”.

El Buda respondió: “Gracias Jivaka por explicar al Tatagatha la situación. Es importante saber lo que está ocurriendo. No te preocupes. Me cuidaré de que la Sangha no se vea implicada en estas desafortunadas circunstancias”.

Jivaka se postró ante el Buda y se marchó. El Buda le dijo a Ananda que no hablara con nadie de lo que Jivaka acababa de comunicarles.

Diez días después, el Buda

impartió un discurso de Dharma, en el Bosque de Bambú, a una asamblea de trescientos discípulos. El rey Bimbisara estaba entre los presentes. El Buda habló de los Cinco Poderes necesarios para alimentar los frutos de la Iluminación: la confianza, la energía, la atención, la concentración y la verdadera comprensión.

Cuando el Buda acabó de hablar, el venerable Devadatta se levantó antes de que nadie pudiera formular una pregunta, se inclinó ante el Buda y dijo así: “Señor, eres un hombre de edad avanzada y tu salud no es la que era. Es el momento de tomarte un merecido descanso y de vivir los últimos días de tu vida libre de toda responsabilidad. La

tarea de guiar a la Sangha es demasiada carga para ti. Señor, por favor, retírate, que yo serviré con gusto como nuevo líder de los monjes”.

El Buda miró a Devadatta y respondió: “Devadatta, gracias por tu interés pero el Tathagata posee todavía la salud y la fortaleza adecuadas para guiar a la Sangha”.

El venerable Devadatta se giró hacia la comunidad y trescientos monjes se pusieron de pie y juntaron las palmas de las manos. Devadatta dijo al Buda, “hay muchos monjes que están de acuerdo conmigo. Por favor, Señor, no te preocupes. Sé cómo guiar a la Sangha. Permíteme que te libere de tu carga”.

El Buda dijo: “Ya basta, Devadatta,

no sigas. Entre los discípulos más antiguos hay varios que poseen más capacidad y no he pedido a ninguno de ellos que asuma el liderazgo de la Sangha. Con mayor motivo, no me inclinaría a transferírtelo a ti. No posees aún la habilidad para guiar a la comunidad”. El venerable Devadatta se sintió humillado ante la gran asamblea. Su rostro enrojeció de vergüenza y se sentó enfurecido.

Al día siguiente, en el Pico del Buitre, el venerable Ananda le dijo al Buda: “Señor, siento mucha tristeza por la conducta de mi hermano Devadatta. Me temo que está buscando el modo de vengarse de ti por haberle criticado delante de toda la comunidad. Tengo

miedo de que se produzca un cisma en la Sangha. Con tu permiso, desearía hablar en privado con él y ofrecerle mi consejo”.

El Buda dijo: “Ananda, si he hablado con severidad a Devadatta ante la comunidad y ante el rey es porque quería dejar claro que no le he elegido como sucesor para guiar a los monjes. Cualquier acción que Devadatta emprenda ahora será únicamente en su nombre. Ananda, si crees que hablando con el puedes calmarle, por favor, hazlo”.

Pocos días después, Jivaka visitó al Buda y le informó de que Devadatta tenía intenciones de crear una gran división en la Sangha, aunque todavía no

sabia como iba a hacerlo.

Capítulo setenta y dos **PACÍFICA RESISTENCIA**



ERA el día del discurso semanal del Buda en el Bosque de Bambú. Una gran muchedumbre, entre la que se hallaba el rey Bimbisara y el príncipe Ajatasattu, se había reunido para escucharle. El venerable Ananda advirtió que el número de monjes de otros centros era incluso mayor que en las dos últimas charlas de Dharma. El venerable Devadatta estaba presente, sentado entre los venerables Sariputta y Mahakassapa.

Una vez más, en cuanto el Buda finalizó su discurso, el venerable Devadatta se puso de pie y, tras inclinarse ante el Buda, dijo: “Señor, enseñas a los monjes a vivir una vida simple, libre de deseos y de todo lo superfluo. Desearía proponer cinco reglas que reforzarán nuestro compromiso de vivir en la simplicidad”.

“Primera, los monjes deben vivir en los bosques y no dormir nunca en pueblos y ciudades”.

“Segunda, los monjes deben mendigar y no aceptar nunca invitaciones para comer en casa de discípulos laicos”.

“Tercera, los monjes deben confeccionar sus hábitos con ropa

desechada y no recibir nunca hábitos como ofrenda de los discípulos laicos”.

“Cuarta, los monjes deben dormir siempre bajo los árboles y no en cabañas o construcciones de obra”.

“Quinta, los monjes deben comer sólo comida vegetariana”.

“Señor, si los monjes siguieran estas cinco reglas, conseguirían vivir de manera simple y con pocas necesidades”.

El Buda respondió: “Devadatta, el Tathagata no puede aceptar tus reglas como obligatorias. El monje que desee vivir en los bosques tiene permiso para hacerlo. Pero es perfectamente correcto que otros vivan en cabañas, monasterios, pueblos o ciudades. El

monje que desee mendigar su comida puede rechazar las invitaciones para comer en casa de los discípulos laicos, pero los demás deben sentirse libres para aceptarlas ya que proporcionan ocasiones favorables para compartir la enseñanza. El monje que desee confeccionar sus hábitos con ropa desechada es libre de hacerlo pero los demás pueden perfectamente aceptar hábitos de discípulos laicos, mientras no posean más de tres. El monje que desee dormir bajo los árboles está autorizado a hacerlo pero los demás pueden dormir en cabañas o edificaciones. El monje que desee comer sólo comida vegetariana puede hacerlo pero los demás pueden aceptar ofrecimientos de

comida que contengan carne siempre que tengan la seguridad de que el animal no ha sido sacrificado expresamente para ellos. Devadatta, bajo el orden actual, los monjes tienen muchas oportunidades de establecer contacto con la laicidad y compartir la enseñanza con aquellos que deseen conocer el Camino del Despertar”.

El venerable Devadatta preguntó, “entonces, ¿no aceptas las cinco reglas?”.

Y el Buda respondió: “No, Devadatta. El Tathagata no las acepta”.

Devadatta se inclinó ante el Buda y se sentó, ocultando una sonrisa de satisfacción.

Aquella noche, mientras

descansaba en su cabaña, en el Bosque de Bambú, el Buda dijo a Ananda: “El Tathagata comprende las intenciones de Devadatta. Estoy convencido de que pronto se producirá una escisión en nuestra comunidad”.

No mucho después, el venerable Ananda se encontró con el venerable Devadatta, en Rajagaha, y se detuvieron a hablar un momento. Devadatta informó a Ananda de que estaba creando su propia Sangha y que organizaría sus propias recitaciones de preceptos, ceremonias de confesión, estaciones de retiros y Días de Pavarana para sus seguidores, separadamente de la Sangha del Buda. Profundamente entristecido, el venerable Ananda informó al Buda de la

decisión de su hermano. Durante la siguiente ceremonia de confesión, celebrada en el Bosque de Bambú, varios cientos de monjes que habitualmente acudían estuvieron ausentes. Ananda sabía que habían asistido a la ceremonia en el centro de Devadatta.

Después de la ceremonia, varios monjes fueron a hablar con el Buda a su cabaña. Dijeron: “Señor, los monjes que han tomado partido por Devadatta se acercan para convencernos de que nos unamos a su Sangha. Dicen que sus reglas son más rectas que las tuyas y tienen, como prueba, tu negativa a aceptar las cinco propuestas por Devadatta. Afirman que la vida

monástica en el Bosque de Bambú es demasiado relajada, difiriendo muy poco de la de un laico. Dicen que siempre hablas de vivir de manera simple pero que no eres capaz de instituir las cinco reglas que garantizarían esa vida para los monjes. Aseguran que eres un hipócrita. Señor, sus argumentos no pudieron convencernos. Nuestra fe permanece con tu sabiduría. Pero muchos monjes jóvenes que carecen de experiencia en la práctica, especialmente los que recibieron la ordenación del propio Devadatta, están abandonando la Sangha para seguirle, atraídos por la práctica más austera de las cinco reglas. Hemos creído conveniente venir a informarte”.

El Buda respondió: “Por favor, no le deis demasiadas vueltas. La práctica de la vida noble y pura de un monje es lo más importante”.

Varios días después, Jivaka visitó al Buda en el Pico del Buitre para informarle de que Devadatta contaba ya con más de quinientos monjes residiendo en su centro de Gayasisa. Jivaka le informó también de ciertas intrigas en la capital, en las que Devadatta jugaba un papel crucial, y sugirió al Buda que le excluyera públicamente de la Sangha.

La noticia sobre la Sangha independiente de Devadatta se extendió con gran rapidez y la gente no dejaba de preguntar a los monjes sobre ello. El

venerable Sariputta les aconsejó que respondieran a todas las preguntas diciendo simplemente, “los que siembran malas semillas recogen malos frutos. Crear una escisión en la Sangha es la violación más seria de la enseñanza”.

Un día hablando con un grupo de monjes, el Buda mencionó el consejo de Jivaka de anunciar formalmente la exclusión del venerable Devadatta como miembro de la Sangha del Buda. Sariputta reflexionó sobre la sugerencia de Jivaka y después dijo: “Señor, muchas veces hemos ensalzado públicamente la habilidad y la virtud del venerable Devadatta. ¿Qué pasará ahora cuando le denunciemos?”.

El Buda respondió: “Sariputta, cuando le ensalzabas públicamente, ¿estabas diciendo la verdad?”.

“Sí, Señor. Estaba diciendo la verdad cuando ensalzaba la habilidad y la virtud del venerable Devadatta”.

“¿Estarás diciendo la verdad ahora si denuncias sus acciones?”.

“Sí, Señor”.

“Entonces, no hay problema. Lo importante es decir la verdad”.

Unos días después, en una asamblea de personas laicas, los monjes anunciaron que el venerable Devadatta había sido expulsado de la Sangha del Buda y que, a partir de ese momento, la Sangha no asumía la responsabilidad de sus acciones.

Curiosamente, los venerables Sariputta y Moggallana permanecieron en silencio durante estos acontecimientos. Ni siquiera respondieron a las preguntas de los laicos. El venerable Ananda, advirtiendo su reticencia, les dijo, “hermanos, en ningún momento habéis opinado sobre las acciones del venerable Devadatta. ¿Acaso tenéis vuestro propio plan?”.

Ambos sonrieron y el venerable Moggallana respondió, “exacto, hermano Ananda. Serviremos al Buda y a la Sangha a nuestra manera”.

Los laicos no paraban de hablar del tema. Unos consideraban que el asunto se reducía a una cuestión de celos y de

mezquindad. Pero otros, cuya fe en el Buda y en la Sangha era inquebrantable, comprendían que el Buda tenía, sin duda, razones más profundas para denunciarle.

Una tormentosa mañana, la gente de la capital recibió, consternada, la noticia de que el rey Bimbisara renunciaba al trono en favor de su hijo, el príncipe Ajatasattu. La ceremonia de la coronación del nuevo rey se celebraría al cabo de diez días, con la luna llena.

Al Buda le preocupaba que no hubiera sido el rey Bimbisara en persona quien le informara de estos planes pues, hasta el momento, siempre le había pedido consejo antes de tomar

cualquier decisión importante. Pero su sospecha de que algo andaba mal se confirmó cuando Jivaka fue a visitarle unos días después.

El Buda y Jivaka practicaron juntos la meditación caminando por un sendero de la montaña, con paso lento y silencioso y observando la respiración. Al cabo de un rato, el Buda invitó a Jivaka a sentarse con Él en una amplia roca. Jivaka informó al Buda de que el príncipe Ajatasattu había puesto bajo arresto domiciliario al rey Bimbisara. El rey estaba recluido en sus habitaciones y sólo la reina Videhi estaba autorizada a visitarle. Los dos consejeros más fieles del rey habían sido puestos, igualmente, bajo arresto

pues el príncipe temía que intentaran impedir la coronación. A sus familiares se les dijo, falsamente, que ambos consejeros necesitaban permanecer en el palacio varios días para atender importantes cuestiones políticas.

Jivaka sabía todo esto porque había acudido al palacio para atender una enfermedad de la reina, quien le contó que, un mes antes, la guardia imperial había sorprendido al príncipe tratando de entrar en las habitaciones del rey a altas horas de la noche. Considerando sospechoso su comportamiento, le cachearon y, al descubrir una espada oculta bajo su ropa, le llevaron ante el rey. Una vez informado de lo ocurrido, el monarca miró a su hijo y le preguntó:

“Ajatasattu, ¿por qué intentabas entrar en las habitaciones reales con una espada?”.

“Mi intención era matarte, padre”.

“Pero, ¿por qué quieres matarme?”.

“Deseo ser rey”.

“¿Por qué has de matar a tu propio padre para ser rey? Si me lo hubieras pedido, hubiera abdicado inmediatamente en tu favor”.

“No pensé que lo hicieras. Obviamente he cometido un grave error y te pido perdón”.

El rey preguntó a su hijo, “¿quién te ha impulsado a hacerlo?”.

Al principio, el príncipe Ajatasattu se negó a responder, pero después del persistente interrogatorio de su padre,

confesó que la idea provenía del venerable Devadatta.

En plena noche, el rey hizo llamar a sus dos consejeros principales pues deseaba conocer su opinión. Uno de ellos dijo que intentar asesinar al rey era un crimen que merecía la muerte y, por lo tanto, pedía que el príncipe y el venerable Devadatta fuesen decapitados. Pedía, incluso, la muerte de todos los monjes.

Pero el rey no estaba de acuerdo. “No puedo matar a Ajatasattu. Es mi hijo. En cuanto a los monjes, ya han dejado claro que ellos no se responsabilizan de las acciones del venerable Devadatta. El Buda supo prevenirlo perfectamente. Viendo que

Devadatta era capaz de actos dañinos, desautorizó su relación con la Sangha. Pero tampoco quiero matarle a él. Es primo del Buda y ha sido un respetado monje durante muchos años”.

El segundo consejero exclamó, “¡tu compasión no tiene igual, Majestad! Eres un digno discípulo del Buda. Pero, ¿qué solución propones?”.

El rey dijo, “mañana haré saber a todo el pueblo que renuncio al trono en favor de mi hijo, el príncipe Ajatasattu. Su coronación tendrá lugar en diez días”.

“¿Pero qué pasa con el crimen de intento de asesinato?”.

“Les perdono a ambos, a mi hijo y al venerable Devadatta. Con un poco de

suerte, algo aprenderán de mi perdón”.

Los dos consejeros y el príncipe se inclinaron profundamente ante el rey. El rey ordenó a los guardias que mantuvieran en secreto el incidente.

Al día siguiente, tras conocer la decisión del rey, el venerable Devadatta se dirigió presuroso a la capital. Pidió una audiencia con el príncipe. Mas tarde, éste le dijo a la reina que el venerable Devadatta le ayudaría a organizar la ceremonia de la coronación. Pero todo lo que la reina sabía es que dos días después de que el monje se reuniera con el príncipe, su marido y sus dos consejeros principales se hallaban arrestados en sus propias residencias. Jivaka concluyó diciendo: “Señor, sólo

rezó para que el príncipe libere al rey y a los consejeros cuando concluya la ceremonia de la coronación”.

Al día siguiente, un mensajero real se presentó con una invitación para el Buda y sus monjes para asistir a la ceremonia de la coronación. Los soldados estaban ocupados engalanando las puertas y las calles de la ciudad con banderas y farolillos. Cuando el Buda supo que el venerable Devadatta iba a asistir a la ceremonia acompañado de seiscientos de sus monjes, mandó llamar al venerable Sariputta y le dijo: “Sariputta, no asistiré a la ceremonia de la coronación y es mi deseo que tampoco asista ninguno de nuestros monjes. No podemos mostrar ningún

signo de apoyo a un asunto tan injusto y cruel”.

El día de la coronación, la ausencia del Buda y de todos sus monjes fue descaradamente evidenciada por todos. El pueblo, intrigado, se enteró poco después de la noticia de que el rey Bimbisara y sus dos consejeros estaban bajo arresto domiciliario. A partir de ese momento, una pacífica pero firme resistencia contra el nuevo régimen se puso en movimiento. El venerable Devadatta se proclamó líder de la Sangha pero la gente, advirtiendo las diferencias entre la conducta de sus monjes y la de los del Buda, se abstuvo de dar ofrecimientos de comida a los seguidores de Devadatta. Esta respuesta

negativa del pueblo constituía, al mismo tiempo, un rechazo al nuevo rey.

El rey Ajatasattu se enfureció al tener noticia de esta resistencia pasiva, pero no se atrevió a hacer nada contra el Buda o su Sangha pues sabía que, si lo hacía, recibiría poderosas represalias por parte del pueblo, así como de los reinos vecinos que tenían al Buda en alta estima. Sabía que el rey Pasenadi podía incluso enviar a sus soldados si se enteraba de que el Buda había sido arrestado o dañado. El rey convocó al venerable Devadatta para solicitar su consejo.

Capítulo setenta y tres

EL ARROZ ESCONDIDO



ESTABA el Buda sentado en meditación en el Pico del Buitre a altas horas de la noche cuando, al abrir los ojos, vio a un hombre que se ocultaba detrás de un árbol. El Buda le llamó; el desconocido avanzó hacia Él, a la brillante luz de la luna. Dejó una espada a los pies del Buda como si hiciese un ofrecimiento, y se postró.

El Buda le preguntó: “¿Quién eres y por qué has venido hasta aquí?”.

El hombre exclamó, “permíteme que me incline ante ti, ¡Maestro Gautama! Tengo la orden de matarte, pero no he podido hacerlo aunque he alzado la espada contra ti más de diez veces mientras meditabas. No puedo matarte pero ahora temo por mi vida. Mi amo no me perdonará. Estaba tratando de decidir qué hacer cuando me has llamado. ¡Permite que me postre ante ti!”.

El Buda preguntó: “¿Quién te ordenó que vinieras a matar al Tathagata?”.

“No me atrevo a decirte el nombre de mi amo”.

“Muy bien. No necesitas decirme su nombre. Pero, ¿qué te dijo que

hicieras?”.

“Maestro, me indicó el camino que debía tomar para subir a la montaña y me mostró una senda distinta para regresar después de concluir mi misión”.

“¿Tienes mujer e hijos?”.

“No, Maestro. No estoy casado. Vivo con mi anciana madre”.

“Entonces, escúchame y sigue mis instrucciones. Regresa a tu casa, coge a tu madre y cruzad la frontera esta misma noche. En Kosala podréis comenzar una nueva vida. No regreses por el camino que te ha mostrado tu amo pues, si lo haces, caerás en una emboscada y te matarán. ¡Ahora vete!

El hombre se postró ante el Buda

una vez más y partió a toda prisa dejando atrás su espada.

A la mañana siguiente, los venerables Sariputta y Moggallana visitaron al Buda y dijeron, “consideramos que ha llegado el momento de hacer una visita al grupo de Devadatta. Deseamos ayudar a nuestros hermanos que, movidos por la ignorancia, han tomado el camino equivocado. Te rogamos que nos autorices para ausentarnos durante un tiempo”.

El Buda miró a sus dos discípulos, y dijo: “Id, si lo creéis conveniente. Pero tened mucho cuidado. Proteged vuestras vidas”.



*El hombre exclamó:
“Maestro Gautama,
tengo la orden de matarte,
¡pero no puedo hacerlo!*

Justo en ese momento, el venerable Sariputta vio la espada en el suelo y miró directamente a los ojos del Buda, como interrogándole. El Buda, asintiendo con la cabeza, dijo: “Sí, ayer noche un soldado vino hasta aquí con órdenes de matar al Tathagata pero el Tathagata, a cambio, le ha ofrecido guía. Dejad aquí la espada. Jivaka sabrá qué hacer con ella”.

Moggallana miró a Sariputta y dijo, “quizá sería mejor no dejar solo al Buda en semejantes circunstancias. ¿Qué

piensas tú, hermano mío?”.

Pero antes de que Sariputta pudiera responder, el Buda habló: “No os preocupéis.

El Tathagata es capaz de evitar cualquier peligro”.

Aquella tarde, un grupo de monjes del Bosque de Bambú visitó al Buda. Los monjes estaban tan desconsolados que no podían ni hablar; las lágrimas rodaban por sus mejillas. El Buda preguntó: “¿Qué sucede? ¿Por qué lloráis?”.

Un monje se enjugó las lágrimas y respondió: “Señor, venimos del Bosque de Bambú; en el camino, nos hemos encontrado con los hermanos Sariputta y Moggallana. Cuando les hemos

preguntado a dónde se dirigían, nos han dicho que iban a Gayasisa, junto a Devadatta. Estamos tan descorazonados que no podemos contener las lágrimas. Más de quinientos monjes han abandonado la Sangha pero nunca hubiéramos imaginado que tus dos mejores discípulos pudieran traicionarte”.

El Buda sonrió y les reconfortó diciendo: “Monjes, no os lamentéis. El Tathagata confía en Sariputta y Moggallana. Ellos no traicionarán a la Sangha”. Los monjes, ya más tranquilos, se sentaron en silencio a los pies del Buda.

Al día siguiente, Jivaka invitó al Buda a un ofrecimiento de comida en su

plantación de mangos. El venerable Ananda le acompañó. Cuando acabaron de comer, Jivaka les informó de la llegada de la reina Videhi a la plantación y rogó al Buda que aceptara entrevistarse con ella. El Buda comprendió que Jivaka había preparado secretamente este encuentro y le pidió que la hiciera pasar.

Después de postrarse ante el Buda, la reina empezó a sollozar. El Buda dejó que liberara su dolor y, después, le dijo dulcemente: “Por favor, cuéntame”.

“Señor, la vida del rey Bimbisara corre grave peligro. Ajatasattu tiene la intención de negarle el alimento hasta que perezca y ya no me deja llevarle comida”.

Videhi le contó al Buda que, al principio, cuando su marido fue arrestado en su domicilio, ella le llevaba la comida en una bandeja todos los días. Pero un día, los guardias le confiscaron la bandeja antes de entrar en los aposentos del rey. Cuando Videhi se lamentaba ante Bimbisara, éste le consolaba y le decía que no guardaba rencor a su hijo por los actos que había cometido y que prefería morir de hambre antes que permitir una guerra en el país. A la mañana siguiente, tras esconder unas pequeñas bolas de arroz en el cabello, la reina fue a llevar la bandeja. Los guardias se quedaron con la bandeja pero no detectaron el arroz oculto. Así pudo alimentarle durante

varios días pero, al ver que el rey no moría, Ajatasattu ordenó a los guardias que revisaran a la reina con mayor detenimiento. Los guardias descubrieron entonces las bolas de arroz, y la reina ya no pudo llevarle más alimento de esa manera.

Más tarde se le ocurrió otra idea. Después de bañarse y secarse, untó su cuerpo con una pasta a base de leche, miel y harina. Y cuando la pasta estuvo seca, se vistió. Los guardias no hallaron arroz en el cabello de la reina así que le dejaron pasar a ver al rey. Una vez en sus aposentos, se quitó la ropa y raspó la pasta para alimentar a su marido. Dos veces había podido hacerlo de este modo pero temía que la descubrieran

pronto y que no le dejaran ver al rey nunca más.

La antigua reina se puso a llorar de nuevo. El Buda permaneció en silencio. Después de un largo rato, preguntó por el estado de salud del rey, tanto físico como espiritual. La reina dijo que había perdido mucho peso pero que gozaba, no obstante, de gran fortaleza y determinación. No sentía odio ni arrepentimiento alguno y seguía sonriendo y manteniendo la conversación como si nada hubiera ocurrido. Meditaba mucho. En su aposento, había un largo pasillo donde practicaba la meditación caminando y había, también, una ventana que daba al Pico del Buitre. Sentado frente a ella,

pasaba las horas contemplando la vista y meditando.

El Buda le preguntó si había enviado un mensaje a su hermano, el rey Pasenadi, pero la reina respondió que no tenía modo de hacerlo. El Buda dijo que enviaría a un monje a Savatti para que pidiera ayuda al rey Pasenadi. La reina se lo agradeció.

Videhi le confesó seguidamente que, antes de que el príncipe Ajatasattu naciera, los astrólogos ya habían anunciado que ese niño traicionaría a su padre. Un día, durante el embarazo, la reina sintió, de repente, la extraña urgencia de morder un dedo al rey Bimbisara y de sorberle la sangre. Estaba asustada y sorprendida de tal

deseo pues no se creía capaz de tan terrible pensamiento. Desde pequeña, había temido siempre la visión de la sangre y no podía ver matar ni a una gallina. Aún así, en ese momento sólo deseaba saborear la sangre de su marido. Luchó con todas sus fuerzas para vencer el anhelo hasta llorar desesperadamente. Se sentía avergonzada, pero no dijo nada al rey. Pocos días después, el rey Bimbisara se cortó accidentalmente el dedo cuando pelaba una fruta y la reina, incapaz de controlarse, le agarró el dedo y succionó con fuerza las gotas de sangre. El rey, alarmado, no hizo nada por detenerla. Cuando quiso saber qué le ocurría, ella le habló de su extraño y terrible deseo,

de lo mucho que se había esforzado por vencerlo y de su derrota final. La reina sabía que el bebé que crecía en su vientre era la fuente de su mal.

Los astrólogos reales sugirieron que el niño fuera abortado o sacrificado en el momento de nacer, pero ni el rey ni la reina podían aceptar tal propuesta; cuando el príncipe nació, le pusieron por nombre Ajatasattu, que significa, “el enemigo no nacido”.

El Buda aconsejó a la reina que visitara a su marido una vez cada dos o tres días para no despertar las sospechas del rey Ajatasattu. Quizá podría pasar más tiempo con su marido los días de la visita. El Buda sugirió también que el rey comiera cada día sólo una pequeña

cantidad de la nutritiva pasta, reservando el resto para los días que no recibiera su visita. Después de estas sugerencias a Videhi, el Buda se despidió de Jivaka y regresó al Pico del Buitre.

Capítulo setenta y cuatro

EL BARRITO DE LA REINA ELEFANTA



LOS venerables Sariputta y Moggallana regresaron al Bosque de Bambú después de pasar poco más de un mes en Gayasisa. Los monjes les acogieron con alegría. Se interesaron por la situación en el centro de Devadatta pero Sariputta y Moggallana sólo sonrieron. Pocos días después, más de trescientos monjes de la Sangha de Devadatta regresaron al Bosque de Bambú. Los monjes no

cabían en sí de alegría y dieron una cálida bienvenida a sus hermanos de Gayasisa. Cuatro días después, el venerable Sariputta hizo un recuento exacto de los hermanos que habían vuelto a la Sangha del Buda. Eran trescientos ochenta monjes en total. Sariputta y Moggallana les condujeron hasta el Pico del Buitre para que tuvieran una audiencia con el Tathagata.

De pie, delante de su cabaña, el Buda observó a los monjes, conducidos hasta la cima de la montaña por sus dos discípulos principales. Otros monjes que vivían en el Pico del Buitre salieron de sus cabañas para dar la bienvenida a los que habían regresado. Sariputta y Moggallana les dejaron solos un

momento para hablar con el Buda en privado. Tras inclinarse ante el Buda, éste les invitó a tomar asiento. El venerable Sariputta sonrió y dijo: “Señor, hemos traído de vuelta a casi cuatrocientos monjes”.

El Buda dijo: “Habéis hecho bien. Pero, decidme, ¿qué hicisteis para abrirles los ojos?”.

El venerable Moggallana respondió: “Señor, cuando llegamos a Gayasisa, el hermano Devadatta acababa de comer y se preparaba para dar una charla de Dharma. Parecía que quisiera imitarte en todo. Cuando nos vio llegar, se mostró extremadamente complacido. Devadatta invitó a Sariputta a sentarse a su lado sobre el

estrado, pero Sariputta pretirió sentarse con los demás. Yo tomé asiento al lado de Sariputta. Devadatta dijo entonces, ‘el venerable Sariputta y el venerable Moggallana se han unido a nosotros. Ellos fueron mis mejores amigos en el pasado y desearía aprovechar esta oportunidad para invitar al venerable Sariputta a que imparta hoy la charla de Dharma’”.

“Devadatta se giró hacia Sariputta y juntó las palmas de las manos. Mi hermano aceptó la invitación y habló sobre las Cuatro Nobles Verdades de la manera más bella. Todos los monjes le escucharon embelesados. Pero a Devadatta le pesaban los ojos, como si tuviera sueño. Y a mitad de la charla se

quedó profundamente dormido. Sin duda debía de estar cansado a causa de sus recientes actividades”.

“Permanecemos en Gayasisa más de un mes y participamos en todas las actividades del centro. Cada tres días, el hermano Sariputta impartía una charla de Dharma en la que instruía a los monjes con gran esmero. Una vez, sorprendí al monje Kokalika diciéndole algo al oído a Devadatta, pero éste no pareció prestarle mucha atención. Seguramente Kokalika, como principal consejero, le estaba avisando de que desconfiara de nosotros. Devadatta, no obstante, se alegraba de tener a alguien que tomara la responsabilidad de enseñar el Dharma, especialmente

cuando se trataba de un monje tan capaz como mi hermano Sariputta”.

Un día, tras pronunciar un discurso sobre los Cuatro Fundamentos de la Atención, Sariputta dijo, “esta tarde, mi hermano y yo os dejamos para regresar con el Buda y con la Sangha que dirige. Queridos hermanos, no hay más que un maestro completamente Iluminado y es el maestro Gautama. El Buda fundó la Sangha de los monjes. Él es la fuente para todos nosotros. No tengo la menor duda de que os recibirá cálidamente si regresáis. Queridos hermanos, no hay nada más doloroso que ver una comunidad dividida. En mi vida, he conocido a un solo maestro verdadero: el Buda. Partiremos hoy. Si alguno de

vosotros decide hacer lo mismo, por favor, acudid al Bosque de Bambú. Nos encontraremos allí y os conduciremos hasta el Pico del Buitre para que podáis reuniros con el Buda”.

“Ese día, Devadatta se encontraba en la capital solucionando algunos asuntos, pero el venerable Kokalika, que había sido hostil desde nuestra llegada, se levantó para protestar. Llegó incluso a insultarnos y a maldecirnos, pero nosotros, simplemente, nos levantamos e hicimos como si no le oyéramos. Cogimos nuestros cuencos y nuestros hábitos suplementarios en silencio y dejamos Gayasisa para regresar a Venuvana, donde permanecemos cinco días. Poco después, llegaron trescientos

ochenta monjes que acababan de dejar la Sangha de Devadatta”.

El venerable Sariputta preguntó: “Señor, ¿es necesario que estos monjes sean nuevamente ordenados? Si es así, organizaré una ceremonia de ordenación para ellos antes de que se presenten ante ti”.

El Buda dijo: “No es necesario, Sariputta. Bastará con que se confiesen ante la comunidad”.

Los dos discípulos principales se inclinaron ante el Buda y fueron a reunirse de nuevo con los monjes que les esperaban.

Durante los días que siguieron, treinta y cinco monjes más dejaron Gayasisa. El venerable Sariputta

organizó una ceremonia de confesión para ellos y después les llevó ante el Buda. El venerable Ananda habló a los treinta y cinco monjes recién llegados y les preguntó sobre la situación en Gayasisa. Los monjes le dijeron que, cuando el venerable Devadatta regresó de Rajagaha y se enteró de que casi cuatrocientos monjes le habían abandonado para volver junto al Buda, su rostro enrojeció de furia y se negó a hablar con nadie durante varios días.

Ananda preguntó, “¿qué os dijeron los hermanos Sariputta y Moggallana para que decidierais dejar al hermano Devadatta y regresar al lado del Buda?”.

Uno de los monjes respondió, “los hermanos Sariputta y Moggallana jamás

hicieron la menor crítica al venerable Devadatta ni a su Sangha. Ellos simplemente enseñaban el Dharma con gran entusiasmo. Casi todos nosotros llevamos sólo dos o tres años como monjes y no tenemos todavía estabilidad ni profundidad en nuestra práctica. Cuando escuchamos las charlas de Dharma del hermano Sariputta y recibimos las instrucciones personales del hermano Moggallana, comprendimos cuán maravillosa y sublime era en verdad la enseñanza del Buda. La presencia de los venerables Sariputta y Moggallana con su profunda comprensión y virtud, era como la presencia del propio Buda. Comprendimos que, si bien el venerable

Devadatta era capaz de hablar con gran elocuencia, no podía compararse con ellos. Después de la partida de los venerables Sariputta y Moggallana, muchos de nosotros discutimos sobre estos temas y llegamos a la conclusión de que debíamos marcharnos”.

Ananda preguntó entonces, “¿y qué hizo el monje Kokalika cuando os marchasteis?”.

“Se puso furioso y nos insultó. Pero eso sólo incrementó nuestro deseo de partir”.

Un día, el Buda estaba de pie en la ladera de la montaña admirando el cielo del atardecer, cuando, de repente, oyó que alguien le gritaba, “¡cuidado, Señor! ¡Una roca inmensa baja rodando hacia ti

y va a aplastarte!”.

El Buda miró hacia atrás y vio una roca tan grande como una carreta tirada por bueyes que descendía por la montaña a toda velocidad. Era casi imposible apartarse a tiempo, pues el camino de la montaña estaba de repente todo cubierto de piedras cortantes. Por suerte, la gran roca fue detenida por otras dos rocas, justo antes de que alcanzara al Buda. Pero el impacto de la roca contra las otras dos hizo saltar un fragmento de piedra que se clavó en el pie del Buda. De la herida brotó sangre y su hábito se manchó. El Buda alzó la mirada y vio a un hombre en la cima de la montaña que se alejaba a toda prisa.

La herida era muy dolorosa, así que

el Buda dobló en cuatro su *sanghati* y lo puso en el suelo. Después, se sentó sobre él en posición de loto y empezó a concentrarse en la respiración para calmar el dolor. Los monjes corrieron hacia el Buda y uno de ellos exclamó, “¡esto es sin duda obra de Devadatta!”.

Otro monje dijo, “hermanos, dividámonos en grupos para vigilar la montaña y proteger al Buda. ¡No perdamos tiempo!”.

Todo el mundo se puso a correr de aquí para allá, perturbando el sereno atardecer. El Buda dijo: “Hermanos, por favor no gritéis. Nada justifica este ruido. El Tathagata no necesita ser vigilado o protegido. Por favor, regresad a vuestras cabañas. Ananda, di

al novicio Cunda que vaya a buscar al doctor Jivaka.

Los monjes obedecieron al Buda. Jivaka subió inmediatamente al Pico del Buitre y pidió que el Buda fuera trasladado en palanquín hasta la plantación de mangos.

Pocos días después, los ciudadanos se enteraron de los dos atentados contra la vida del Buda. Estaban escandalizados y consternados. Pero eso no era todo, habían recibido la noticia de la muerte del rey Bimbisara durante su arresto domiciliario. Sus corazones, llenos de dolor, miraban hacia el Pico del Buitre como símbolo de una resistencia moral. Al tiempo que lloraban por su rey, aumentaba su

admiración por el Buda pues, aunque hubiera elegido permanecer en silencio con respecto a los acontecimientos recientes, su silencio fue bien comprendido por la gente.

El rey Bimbisara, cinco años más joven que el Buda, talleció a los sesenta y siete años. Había tomado los Tres Refugios con el Buda a los treinta y uno. Ascendió al trono a los quince y reinó durante cincuenta y dos años. El rey Bimbisara reconstruyó la ciudad de Rajagaha después de que fuera destruida por las llamas. A lo largo de su reinado, Magadha había disfrutado de una paz continua, con la excepción de una breve guerra contra el reino de Anga. El rey Brahmadata de Anga perdió la guerra, y

su país cayó temporalmente bajo la jurisdicción de Magadha. Más tarde, cuando el rey Taxila Pukkusati asumió el trono de Anga, el rey Bimbisara mantuvo estrechas y amistosas relaciones con él para evitar futuros conflictos. Gracias a ello, el nuevo rey se hizo también discípulo del Buda. El rey Bimbisara había comprendido la importancia de mantener buenas relaciones con los reinos vecinos. Se casó con la princesa Kosaladevi, la hermana menor del rey Pasenadi de Kosala, y la hizo su reina. También tomó esposas de las dinastías Madra y Licchavi. Su hermana mayor estaba casada con el rey de Kosala.

El rey Bimbisara mostró un

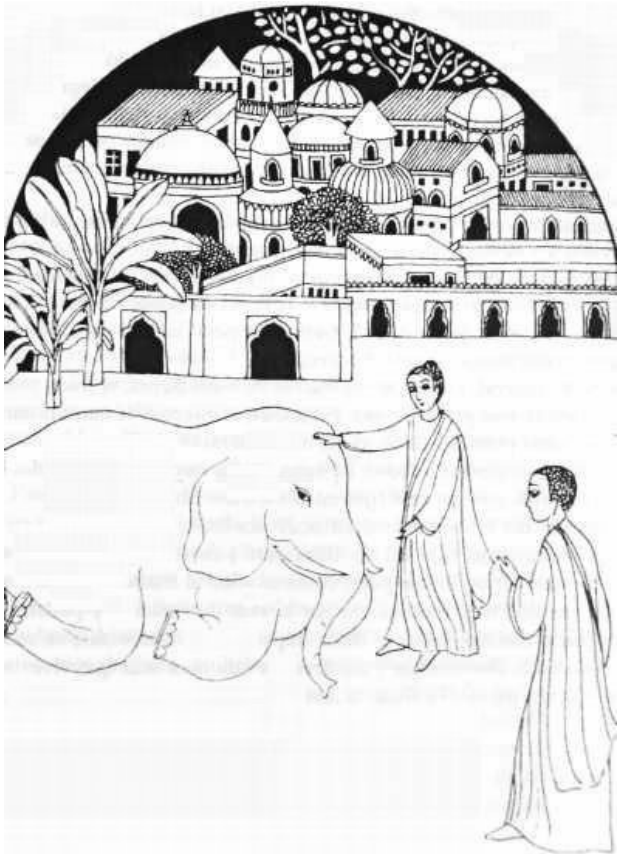
profundo amor y respeto hacia el Buda ordenando la construcción, en los jardines reales, de una estupa que contenía pelo y uñas del Buda. Ofrecimientos de incienso y de luz se encendían regularmente a los pies de la estupa para expresar su gratitud a las enseñanzas del Buda. El rey confió el mantenimiento de la estupa a Shrimati, una dama de compañía del palacio, que cuidaba de las flores y las plantas alrededor de la estupa y se ocupaba de mantener el lugar siempre limpio.

Diez días después del atentado de la roca, cuando el Buda y varios monjes estaban mendigando en la capital, el venerable Ananda vio, de repente, a un gran elefante que venía directo hacia

ellos. Parecía haberse escapado de los establos reales. Ananda reconoció al elefante. Se llamaba Nalagiri y era tristemente famoso por su comportamiento violento. ¿Cómo era posible que el guardián real le hubiera dejado escapar? La gente, presa del pánico, corría para ponerse a salvo. El elefante levantó la trompa, la cola y las orejas y arremetió contra el Buda. Ananda agarró al Buda por el brazo para ponerle a cubierto, pero el Buda no se movió, sino que permaneció de pie, sereno e imperturbable. Algunos monjes se encogieron de miedo detrás del Buda, mientras que otros huían. La gente gritaba al Buda que se salvase. Ananda, conteniendo su respiración, dio un paso

hacia adelante para colocarse entre el Buda y Nalagiri, pero en ese mismo momento, y ante la sorpresa de Ananda, el Buda emitió un grito majestuoso. Era el barrito de la reina elefanta del Bosque de Rakkhita, en Parileyyaka, de quien se había hecho amigo años atrás.

Nalagiri se encontraba tan sólo a unos pocos metros del Buda pero, cuando oyó el resonante berrido, se paró en seco. El poderoso elefante dobló las cuatro patas e inclinó la cabeza hasta tocar el suelo, como si deseara postrarse ante el Buda. Le acarició suavemente y después, cogiéndole de la trompa, le condujo de vuelta a los establos reales.



*El Buda acarició
dulcemente la cabeza de
Nalagiri.*

La gente aplaudía y vitoreaba. Ananda sonreía y pensaba en aquellos días lejanos, cuando el joven Siddhartha no conocía rival en las artes marciales. Siddhartha destacaba en cualquier actividad —tiro al arco, esgrima, carreras de caballos—. Hoy, el Buda había tratado a un elefante furioso como a un viejo y dócil amigo. Los monjes y una gran muchedumbre les siguieron hasta los establos. Al llegar, el Buda miró al guardián con severidad, pero le

habló con voz compasiva: “El Tathagata no necesita saber quién te dio la orden de que soltaras a este elefante pero tienes que comprender la gravedad de tu acción. Podría haber muerto mucha gente. No debes permitir que vuelva a ocurrir algo así”.

El guardián se postró ante el Buda que le ayudó a incorporarse y, a continuación, se reunió con los monjes para seguir mendigando.

El Buda y todos sus monjes asistieron al funeral del rey Bimbisara. La ceremonia fue un evento de gran solemnidad y belleza. El pueblo lloraba a su antiguo monarca y se manifestaba en densas multitudes para rendirle un último homenaje. Más de cuatro mil

monjes estuvieron presentes.

Después del funeral, y antes de regresar al Pico del Buitre, el Buda pasó la noche en la plantación de mangos de Jivaka. El médico le informó de que a la antigua reina Videhi se le había prohibido toda visita al rey durante el último mes. El rey abandonó esta vida en completa soledad. Le encontraron tumbado en el suelo, delante de su ventana favorita, con los ojos fijos en el Pico del Buitre.

Poco después del funeral del monarca, Jivaka fue a visitar al Buda en compañía del príncipe Abhayaraja, hijo del rey Bimbisara y de su mujer Padumavati. Deseaba tomar los votos de un monje pues, como explicó al Buda,

desde la muerte de su padre había perdido todo entusiasmo por la vida de riquezas y poder. El príncipe había escuchado muchas veces al Buda impartiendo enseñanzas, se sentía atraído por el camino de la Iluminación y no deseaba otra cosa más que vivir la vida apacible y libre de un monje. El Buda le aceptó en la Sangha de los monjes.

Capítulo setenta y cinco

LÁGRIMAS DE FELICIDAD



DIEZ días después, el Buda se puso el hábito exterior, tomó su cuenco de mendicante y salió de la ciudad de Rajagaha. Tras cruzar al otro lado del Ganges, se dirigió hacia Savatthi, en dirección norte, deteniéndose unos días en el monasterio de Kutugara. La estación de las lluvias estaba a punto de empezar y debía llegar a Jetavana para preparar el retiro anual. Los venerables

Ananda, Sariputta, Moggallana y trescientos monjes más le acompañaban.

Al llegar a Savatthi, el Buda se dirigió inmediatamente a Jetavana. Muchos monjes y monjas se habían congregado para recibirle. Tenían noticias de los acontecimientos en Magadha y se sintieron aliviados cuando vieron llegar al Buda sano y salvo. La monja Khema, que ahora era abadesa de las monjas, estaba presente.

El rey Pasenadi visitó al Buda en cuanto supo de su llegada. Tras preguntarle por la situación en Rajagaha, el Buda le explicó lo que había sucedido, incluyendo su encuentro con la reina Videhi, la propia hermana del rey Pasenadi. La reina, a pesar de mostrarse

exteriormente serena, tenía el corazón destrozado de tristeza y dolor. El rey Pasenadi dijo al Buda que había enviado una delegación a Rajagaha para pedir a su sobrino Ajatasattu explicaciones sobre el encarcelamiento del rey Bimbisara. Pero un mes después, no habiendo recibido todavía respuesta alguna, había enviado un segundo mensaje al nuevo rey proponiéndole que, si lo consideraba necesario, se presentara personalmente en Savatthi para aclarar la situación. El rey Pasenadi informó también al Buda de su intención de mostrar su oposición a los acontecimientos en Magadha reclamando el territorio que ofreció a ese reino, con motivo de la boda de su

hermana con el rey Bimbisara. El territorio en cuestión se ubicaba cerca de la ciudad de Varanasi, en Kasi.

Desde el primer día de la estación del retiro, todos los centros espirituales y monasterios de la región estaban repletos de monjes y monjas. Cada diez días y siempre después de la comida del mediodía, el Buda impartía en Jetavana una charla de Dharma. Los monjes y las monjas que venían caminando desde los centros más distantes, no tenían tiempo de mendigar si deseaban llegar puntuales al discurso, así que los discípulos laicos de la ciudad se ocupaban de que siempre hubiera comida suficiente para todos.

El tema de la primera enseñanza de

Dharma de la estación fue la felicidad. El Buda explicó a la asamblea que la felicidad es real y que puede experimentarse en la vida cotidiana. “En primer lugar”, dijo, “la felicidad no es el resultado de satisfacer los deseos sensoriales. Los placeres sensoriales ofrecen la ilusión de la felicidad pero, de hecho, son fuente de sufrimiento”.

“Nuestra situación se asemeja a la de un leproso que vive solo en el bosque. Día y noche sufre terribles dolores. Para mitigar su sufrimiento, cava un hoyo en la tierra, enciende un gran fuego y tuesta sus miembros sobre las llamas. Para el leproso es el único modo de sentir cierto bienestar temporal. Al cabo de unos años, se

recupera milagrosamente de la enfermedad y reanuda su vida en el pueblo. Un día, al volver al bosque, ve a un grupo de leprosos tostando sus miembros sobre las llamas, como él hacía en el pasado. Siente lástima por ellos, pues sabe que, en su estado actual, jamás podría mantener sus miembros sobre el fuego. Se resistiría con todas sus fuerzas si alguien le obligara a hacerlo. El hombre comprende que lo que un día consideró como un alivio es, de hecho, una fuente de dolor para quien goza de buena salud”.

“Los placeres sensuales son como el fuego; aportan felicidad sólo a los enfermos. Las personas que gozan de buena salud huyen de las llamas de los

deseos sensuales”.

El Buda explicó a la asamblea que la fuente de la verdadera felicidad se halla en una vida tranquila y libre, en la plena experiencia de las maravillas de la existencia, en permanecer consciente de lo que ocurre en el momento presente, libre de los extremos del apego y la aversión. La persona feliz aprecia las maravillas del momento presente —una brisa fresca, el cielo al amanecer, una flor dorada, un bambú violeta, la sonrisa de un niño— y es capaz de apreciarlas sin apegarse a ellas. La persona feliz, comprendiendo que todos los dharmas son transitorios y carecen de un yo separado, no se ve arrastrada siquiera por tales placeres.

La persona feliz vive en paz, libre de toda preocupación y temor. Sabe que la flor se marchitará pronto y no se entristece por ello. La persona feliz comprende la naturaleza de nacimiento y muerte de todos los dharmas. Su felicidad es una felicidad verdadera y no se preocupa ni teme su propia muerte.

El Buda explicó también que algunas personas consideran necesario sufrir en el presente, sacrificándose y soportando voluntariamente grandes penalidades físicas y mentales, para tener felicidad en el futuro. Pero la vida existe sólo en el momento presente. Este tipo de sacrificio es una pérdida de tiempo. Otras personas están convencidas de que, para obtener paz,

alegría y la liberación en el futuro tienen que practicar la auto-mortificación ahora. Por consiguiente, practican austeridades, se abstienen de comer y se infligen terribles dolores en sus mentes y cuerpos. Tales conductas son sólo causa de sufrimiento. Hay otras incluso que, comprendiendo la brevedad de la vida, no consideran necesario preocuparse por el futuro y tratan de satisfacer en el presente todos sus deseos sensuales, pero apegarse de este modo a los placeres sensuales es causa de sufrimiento en el presente y en el futuro.

El camino indicado por el Buda evitaba estos dos extremos. El Buda enseñaba la forma más inteligente de vivir y de conocer la felicidad tanto en

el presente como en el futuro. El camino de la liberación no obliga a practicar austeridades corporales. Un monje crea felicidad en el momento presente, para sí mismo y para todos los que le rodean, con su modo de comer, de meditar y de practicar los Cuatro Fundamentos de la Atención, las Cuatro Meditaciones Inconmensurables y la Plena Conciencia de la Respiración. Ingiriendo una sola comida al día, el monje mantiene su cuerpo saludable y ligero y dispone de más tiempo para la práctica espiritual. Viviendo una vida apacible y libre, tiene mayor disposición para ayudar a los demás. Los monjes permanecen célibes y sin hijos, no para practicar austeridades, sino como un medio de

mantenerse libres para poder ofrecer mejor servicio a los demás. Un monje es consciente de la felicidad que está presente en cada momento de la vida cotidiana. Si sintiera que su castidad le priva de la felicidad, no estaría viviendo en el espíritu de la enseñanza. El monje que sigue la enseñanza del celibato de acuerdo con su verdadero espíritu irradia tranquilidad, paz y alegría. Semejante existencia aporta felicidad, tanto en el momento presente como en el futuro.

Después de esta exposición, la discípula laica Punnalakkhana se acercó al Buda y le dijo que su marido Sudatta Anathapindika había caído gravemente enfermo. Eran tan tremendos sus

dolores, dijo, que no había podido asistir al discurso de Dharma; su estado de salud empeoraba y temía morir sin haber visto al Buda una última vez.

Al día siguiente, el Buda visitó a Sudatta en compañía de los venerables Sariputta y Ananda. Sudatta, pálido y demacrado y sin apenas poder sentarse, se emocionó al verles. El Buda le dijo: “Sudatta, tu existencia ha sido significativa y feliz. Has aliviado el sufrimiento de tantas personas que la gente te llama ‘Anathapindika’, ‘aquél que se ocupa de los pobres y los abandonados’. El Monasterio de Jetavana es una de tus muchas y maravillosas obras. Has contribuido constantemente con los esfuerzos por

propagar el Dharma. Has vivido de acuerdo con la enseñanza y has conocido la verdadera felicidad compartiéndola con tu familia y con muchas otras personas. Descansa ahora. Le pediré al venerable Sariputta que te visite a menudo y te proporcione consejo y guía. No intentes acercarte al monasterio. Tienes que recobrar las fuerzas”.

Sudatta le dio las gracias uniendo las palmas de las manos.

Quince días después, el Buda impartió una enseñanza sobre los modos de conocer la verdadera felicidad en la vida cotidiana laica y examinó de nuevo el principio de vida “paz en el presente y paz en el futuro” del que había hablado

en su exposición anterior destinada a los monjes y monjas.

Dijo también: “Un monje vive en el celibato con el fin de conocer la paz y la alegría en el momento presente y en el futuro. Pero los monjes sin hogar no son los únicos que pueden disfrutar de tal felicidad. Si vosotros, los discípulos laicos que vivís en el mundo, seguís los principios de la enseñanza, conoceréis también la verdadera felicidad. En primer lugar, no dejéis que el deseo por la riqueza o la fama os encadene de tal modo a vuestro trabajo que obstruyáis la felicidad que vosotros y vuestra familia podríais disfrutar en el momento presente. La felicidad es lo más importante. Una mirada comprensiva,

una sonrisa compasiva, una palabra tierna, una comida compartida con cordialidad y la conciencia despierta son las cosas que generan felicidad ahora. Alimentando la conciencia despierta en el momento presente evitáis el sufrimiento propio y el de quienes os rodean. El modo en que miráis a los demás, vuestra sonrisa e incluso vuestros pequeños detalles pueden crear felicidad. La verdadera felicidad no depende de la riqueza ni del poder”.

El Buda recordó entonces una conversación mantenida años atrás con un mercader llamado Sigala, en Rajagaha. Una mañana, al despuntar el día, el Buda salía del Bosque de Bambú con su cuenco de mendicante cuando se

encontró con un joven a las puertas de la ciudad. Sigala estaba postrándose en seis direcciones —Este, Oeste, Sur, Norte, abajo y arriba—. El Buda se detuvo y le preguntó por el propósito de dichas postraciones. Sigala respondió que, de niño, su padre le había enseñado a postrarse cada mañana en las seis direcciones y que, si bien le complacía obedecer los deseos de su padre, en realidad, desconocía el propósito del ritual.

El Buda dijo: “La práctica de las postraciones puede generar felicidad tanto en el presente como en el futuro”. El Buda le sugirió a Sigala que, cuando se postrara hacia el Este, sintiera gratitud hacia sus padres. Cuando se

postrara hacia el Sur, generara reconocimiento hacia sus maestros. Que al postrarse hacia el Oeste meditara en el amor hacia su mujer e hijos, y al postrarse hacia el Norte, contemplara el amor hacia los amigos. Que cuando se postrase ante la tierra, desarrollara agradecimiento hacia sus compañeros de trabajo y cuando se postrase ante el cielo, meditara en la lealtad hacia las personas sabias y virtuosas.

El Buda enseñó a Sigala los cinco preceptos y la práctica de la mirada profunda para evitar acciones motivadas por la codicia, el enfado, la pasión o el miedo. El Buda le dijo también que evitara las seis acciones que conducen a la ruina —abusar del alcohol, vagar por

las calles de la ciudad a altas horas de la noche, frecuentar las casas de juego, visitar los lugares de libertinaje, rodearse de malas compañías y sucumbir a la pereza—. El Buda le explicó además el modo de determinar quién es digno de ser considerado como un buen amigo. “Un buen amigo es aquél cuyos sentimientos por ti no fluctúan. Seas rico o pobre, feliz o desgraciado, vencedor o vencido, un buen amigo te escucha siempre y comparte tus sufrimientos. Un buen amigo comparte contigo sus alegrías y sus penas y hace tuyas todas tus penas y alegrías”.

El Buda prosiguió con su enseñanza diciendo: “La verdadera felicidad puede alcanzarse en esta vida,

especialmente si se observan los siguientes puntos”:

“1. Mantener relaciones con personas virtuosas y evitar el camino de la degradación”.

“2. Vivir en un entorno favorable para la práctica espiritual y el desarrollo del buen carácter”.

“3. Buscar ocasiones para aprender y profundizar más sobre el Dharma, los preceptos y la propia profesión o trabajo”.

“4. Tomarse el tiempo necesario para cuidar de los padres, esposa e hijos”.

“5. Compartir con los demás el tiempo, los recursos y la felicidad”.

“6. Fomentar las oportunidades

para practicar la virtud. Evitar el alcohol y los juegos de azar”.

“7. Cultivar la humildad, la gratitud y la vida simple”.

8. Aprovechar cualquier oportunidad para estar cerca de los monjes con el fin de estudiar el camino”.

“9. Vivir una vida basada en las Cuatro Nobles Verdades”.

“10. Aprender a meditar para liberarse de penas y temores”.

El Buda ensalzó a los discípulos laicos que aplicaban cotidianamente la enseñanza en la familia y la sociedad y rindió un homenaje especial a Sudatta Anathapindika. Dijo que Sudatta era un ejemplo para los laicos, pues había consagrado todos sus esfuerzos a vivir

una existencia llena de significado, de servicio a los demás y de felicidad. El corazón de Sudatta era realmente profundo, ya que toda su vida había estado guiada por la enseñanza. El Buda aseguró que incluso personas mucho más ricas que él hubieran tenido dificultades para igualar la felicidad que Anathapindika había proporcionado a los demás. Su mujer, Punnalakkhana, profundamente emocionada por el elogio del Buda a su marido, se levantó y dijo respetuosamente: “Señor, los ricos están siempre ocupados, especialmente cuando tienen muchas posesiones. Contentarse con una actividad modesta es sin duda más favorable para avanzar en la práctica espiritual. Cuando vemos

a los monjes, sin hogar ni familia y que poseen poco más que un cuenco, aspiramos a una vida más simple y libre. Pero nuestras responsabilidades nos tienen atados. ¿Qué podemos hacer?”.

El Buda respondió: “Punnalakkhana, los monjes tienen también responsabilidades. El celibato y los demás votos les obliga a vivir con atención, día y noche. Un monje dedica su vida a los demás. Discípulos laicos, el Tathagata desea sugerir un método con el cual podréis vivir la vida de un monje dos veces al mes. Se trata de los Ocho Preceptos para la Laicidad. Podréis venir al templo dos veces al mes y practicarlas durante un día y una noche. Al igual que los monjes, comeréis una

sola vez y practicaréis la meditación sentados y caminando. Durante veinticuatro horas disfrutaréis de una vida célibe, consciente, concentrada, relajada, apacible y feliz como si fuerais monjes o monjas. Transcurridas las veinticuatro horas, podréis volver a vuestra vida seglar y continuar con vuestra práctica habitual de los cinco preceptos y los Tres Refugios”.

“Discípulos laicos, el Tathagata informará a los monjes de los Ocho Preceptos para la Laicidad. Los días especiales de práctica pueden organizarse en los templos o incluso en vuestros hogares. Podéis invitar a algún monje a vuestra casa para que guíe los preceptos y dé enseñanzas”.

Punnalakkhana, feliz con la sugerencia del Buda, preguntó de nuevo, “por favor, Señor, ¿cuáles son?”.

El Buda respondió: “No matar, no robar, no tener actividad sexual alguna, no mentir, no hacer uso del alcohol, no adornarse con joyas, no sentarse ni acostarse en camas lujosas y no hacer uso del dinero. Estas ocho reglas pueden evitar la distracción y la confusión; contentarse con una sola comida al día deja más tiempo para la práctica”.

La gente se mostró satisfecha con las sugerencias del Buda.

Diez días después, el venerable Sariputta, fue informado por un sirviente de Sudatta de que el estado de salud de su amo había empeorado gravemente.

Pidió a Ananda que le acompañara a visitarle y caminaron juntos hasta la ciudad. Hallaron a Sudatta postrado en su lecho. Un sirviente dispuso dos sillas al lado de la cama para los monjes.

El venerable Ananda, consciente del intenso sufrimiento de Sudatta, le aconsejó que meditara en el Buda, el Dharma y la Sangha para aliviar su dolor. “Discípulo laico Sudatta, meditemos juntos en el Buda, el Ser Iluminado; en el Dharma, el Camino de la Comprensión y el Amor; y en la Sangha, la Noble Comunidad que vive en armonía y con atención despierta”.

Sabiendo que Sudatta tenía las horas contadas, el venerable Sariputta le dijo, “discípulo laico Sudatta,

contemplemos ahora del siguiente modo —mis ojos no son yo, mis oídos no son yo, mi lengua, mi cuerpo y mi mente no son yo—”. Sudatta seguía las instrucciones.

Sariputta continuó diciendo, “ahora contemplemos, —lo que veo no soy yo, lo que oigo no soy yo, lo que huelo, gusto, toco y pienso no son yo—”.

Seguidamente, Sariputta le enseñó cómo meditar en las seis conciencias sensoriales —la conciencia visual no soy yo, la conciencia auditiva no soy yo, la conciencia olfativa, gustativa y táctil no son yo—”.

Sariputta prosiguió, “el elemento tierra no soy yo, los elementos agua, fuego, aire, espacio y conciencia no son

yo. No estoy impedido ni limitado por los elementos. El nacimiento y la muerte no pueden tocarme. Sonríe porque nunca he nacido y nunca moriré. El nacimiento no me otorga la existencia y la muerte no me la arrebatara”.

De pronto, Sudatta rompió a llorar. Ananda se inquietó, “¿estás apenado, Sudatta, porque no puedes seguir la meditación?”.

Sudatta respondió, “venerable Ananda, no estoy apenado. Puedo seguir la meditación sin dificultad. Llora porque esta instrucción me ha conmovido profundamente. Durante más de treinta años he tenido el honor de servir al Buda y a los monjes, pero jamás había oído una enseñanza tan

sublime y profunda como la de hoy”.

“Sudatta, el Buda ofrece frecuentemente esta clase de enseñanza a los monjes y las monjas”.

“Venerable Ananda, los discípulos laicos son también capaces de comprender y practicar tal enseñanza. Por favor, pídele al Buda que la comparta con los laicos”.

Sudatta falleció ese mismo día. Los venerables Sariputta y Ananda permanecieron con él y continuaron rezando sutras sobre su cuerpo. La familia de Anathapindika era modélica: todos sus miembros habían tomado refugio en el Buda y consagrado su existencia al estudio y la práctica del Dharma en la vida cotidiana. Pocos días

antes de su muerte, Sudatta supo que su hija menor, Sumagadha, compartía la enseñanza con las gentes de Anga. Sumagadha había contraído matrimonio con un gobernador de esa región, devoto seguidor de los ascetas desnudos. Cada vez que su marido la invitaba a visitar a los ascetas, ella rechazaba la propuesta con gran diplomacia. Con el tiempo, su sólida comprensión del camino del Buda llegó a convertir a su marido y abrió los corazones de muchas personas de aquel país.

Capítulo setenta y seis

LOS FRUTOS DE LA PRÁCTICA



CUANDO la estación del retiro tocaba a su fin, la Sangha recibió la noticia de que había estallado una guerra entre los reinos de Kosala y Magadha. El ejército de Magadha, encabezado por el rey Ajatasattu, había atravesado el Ganges para entrar en Kasi, una región que se hallaba bajo la jurisdicción de Kosala. El rey y sus generales comandaban un inmenso batallón de elefantes, caballos,

carros de batalla, piezas de artillería y soldados. Sorprendido por este ataque imprevisto, el rey Pasenadi no tuvo tiempo de informar al Buda de su partida y le pidió al príncipe Jeta que lo hiciera en su nombre.

Al enterarse de que Ajatasattu había matado a su propio padre para usurparle el trono, el rey Pasenadi quiso mostrar su desacuerdo reclamando un distrito cerca de Varanasi que antes le había ofrecido al rey Bimbisara. Durante casi setenta años, ese territorio había proporcionado a Magadha unos ingresos de más de cien mil piezas de oro; el rey Ajatasattu no estaba dispuesto a renunciar a él y dispuso su ejército para la batalla.

El venerable Sariputta ordenó a los monjes y monjas que permanecieran en Savatthi para que no tuvieran que viajar por una región en guerra. También le pidió al Buda que se quedara hasta que se restableciera la paz.

Dos meses más tarde, las gentes de Savatthi recibieron la desalentadora noticia de que su ejército había sido derrotado en Kasi. El rey Pasenadi y sus generales tuvieron que retirarse a la capital. La situación era extremadamente tensa. El ejército de Ajatasattu atacaba día y noche pero, gracias a un poderoso sistema de defensa. Savatthi no se rindió. El general Bandhula ideó un plan que permitió al rey Pasenadi pasar al contraataque. Esta vez, Kosala se apuntó

la victoria definitiva. El rey Ajatasattu y todos sus generales fueron capturados, más de mil soldados fueron hechos prisioneros y otros tantos murieron en el campo de batalla o huyeron. Kosala confiscó un gran número de elefantes, caballos, carros de batalla y piezas de artillería.

La guerra había durado más de seis meses. La gente de Savatthi celebró la victoria. Después de dismantelar el ejército, el rey Pasenadi visitó al Buda en Jetavana y le describió el terrible precio de la guerra. Dijo que Kosala había actuado en defensa propia cuando el ejército enemigo atacó sus fronteras y añadió que, a su parecer, el rey Ajatasattu estaba mal aconsejado.

“Señor, el rey de Magadha es mi propio sobrino. No puedo matarle ni quiero encarcelarle. Por favor, ayúdame a encontrar una solución sabia”.

El Buda respondió: “Majestad, estás rodeado de consejeros fieles y de amigos. No es de extrañar que hayas salido victorioso de esta guerra. El rey Ajatasattu ha perdido por rodearse de malas personas. El Tathagata sugiere que le trates con todo el respeto que merece el rey de Magadha. Toma el tiempo que necesites para guiarle, pues es tu sobrino, y hazle entender la importancia de rodearse de amigos y consejeros buenos y leales. Después, envíalo de nuevo a Magadha con las instrucciones adecuadas. La estabilidad de la paz

depende de tu habilidad para solventar estos problemas”.

El Buda hizo llamar a un joven monje, de nombre Silavat, y le presentó al rey Pasenadi. El monje Silavat, hijo del rey Bimbisara y hermanastro del rey Ajatasattu, era un hombre sabio y brillante que, desde los dieciséis años, había estudiado el Dharma como discípulo laico bajo la guía del venerable Moggallana.

Después de los cambios acaecidos en Magadha, Silavat pidió a Moggallana que le ordenara y éste le envió seguidamente a Jetavana para proseguir sus estudios. Moggallana sabía que Silavat no deseaba subir al trono, pero, por prudencia, prefería mantenerle fuera

del alcance del celoso rey Ajatasattu.

El rey Pasenadi pidió al joven monje que describiera la situación en Rajagaha. Éste le informó también de que un asesino había sido enviado desde Magadha para matarle, pero que había logrado disuadirle. Ese hombre era ahora un monje que vivía en un centro de Dharma próximo a la capital. El rey se inclinó ante el Buda y regresó a su palacio.

Poco después, el rey Ajatasattu fue liberado y pudo regresar a Magadha. Empleando el amor para sanar las heridas del resentimiento, el rey Pasenadi le entregó a su propia hija en matrimonio. Ahora, Ajatasattu era su yerno además de su sobrino. Además,

como regalo de bodas, le prometió devolverle el distrito colindante con Varanasi, siguiendo al pie de la letra el consejo del Buda.

Con el fin de la guerra, los monjes y monjas reanudaron sus viajes para propagar el Dharma. El rey Pasenadi ordenó la construcción de un nuevo monasterio a las afueras de la capital, al que llamó Rajakarama.

El Buda permaneció en Kosala dos años más, pasando la estación del retiro en Jetavana y, el resto del tiempo, dando enseñanzas por toda la región. De vez en cuando, los monjes le traían noticias de Magadha. El venerable Devadatta ya no gozaba del apoyo del rey Ajatasattu. De los cien monjes que permanecían a su

lado, ochenta habían regresado al Bosque de Bambú con la Sangha del Buda. Devadatta, cada vez más solo, había caído enfermo y no podía desplazarse. Desde el final de la guerra, el rey Ajatasattu no le había visitado ni una sola vez pero tampoco había visitado el Bosque de Bambú. Mantenía relaciones con dirigentes de otras sectas religiosas. Aún así, la Sangha continuó propagando el Dharma sin impedimento alguno. Los laicos y los monjes de Magadha esperaban que el Buda les visitara pronto. Sin él, el Pico del Buitre y el Bosque de Bambú parecían desiertos. Jivaka también esperaba impaciente su regreso.

Ese invierno, la reina Mallika de

Kosala falleció y el rey Pasenadi, profundamente afligido, buscó consuelo en el Buda. La reina había sido su mejor amiga y la amaba con todo su corazón. Había sido una devota discípula del Buda, un espíritu radiante que comprendía los puntos más profundos del Dharma. Antes de que el rey conociera al Tathagata, la reina había compartido con él su comprensión del camino. El rey Pasenadi contó que una noche había tenido una pesadilla que interpretó como premonitoria de una desgracia. Los brahmanes, que gozaban de la plena confianza del rey, propusieron el sacrificio de múltiples animales para solicitar la protección de los dioses pero la reina le disuadió. Ella

había sido a menudo su consejera en asuntos de política, ayudándole a encontrar soluciones a los problemas que acosaban el país. Mallika, una de las discípulas laicas más fervientes del Buda, estudió el Dharma con entusiasmo y construyó una sala de Dharma para el debate en un parque rodeado de hermosos árboles *tinduka*, donde invitaba frecuentemente al Buda y a sus discípulos más aventajados para que dieran charlas sobre la enseñanza y dirigieran los debates. La sala estaba también a disposición de los líderes de otras sectas religiosas.

Lleno de dolor por la pérdida de la que durante más de cuarenta años había sido su compañera, el rey Pasenadi fue a

visitar al Buda. Se sentó en silencio a su lado; poco a poco, sintió que la paz retornaba a su corazón. Había seguido su consejo y dedicaba más tiempo a la meditación. El Buda le recordó la conversación que habían tenido sobre la importancia de vivir acorde con la enseñanza para, así, crear felicidad en su entorno, y le animó a que reformara los sistemas judiciales y económicos de su país, estableciendo que los castigos corporales, la tortura, el encarcelamiento y las ejecuciones no eran medios eficaces para erradicar el crimen. La criminalidad y la violencia eran el resultado natural del hambre y la pobreza y la mejor manera de asegurar la paz social consistía en ayudar al

pueblo permitiendo que cada ciudadano desarrollara una economía próspera para su familia. Era fundamental proporcionar alimentos, semillas y fertilizantes a los agricultores pobres hasta que fueran autosuficientes y productivos. Asimismo, debía conceder créditos a los pequeños comerciantes, aumentar las pensiones de los funcionarios, crear fondos para la jubilación y eximir a los pobres del pago de tributos. Toda coacción y opresión contra los trabajadores tenía que cesar. La gente necesitaba ser libre para elegir su trabajo y contar con diversas ofertas de formación para adiestrarse y perfeccionarse en él. El Buda añadió que una política económica

correcta debía basarse en la participación voluntaria.

El venerable Ananda, que estaba presente en la conversación, pudo preservar las ideas políticas y económicas del Buda en *El Sutra Kutadanta*.

Un día, al atardecer, Ananda encontró al Buda sentado, de espaldas al sol, fuera de la sala de Dharma de Visaka. Sorprendido de que no estuviera contemplando la puesta, como solía hacer, le preguntó por qué. El Buda respondió que estaba calentándose los huesos. Ananda se acercó y le dio un masaje en la espalda. Después, mientras le frotaba también las piernas, se atrevió a comentar: Señor, he sido tu asistente

durante los últimos quince años. Recuerdo la firmeza y el brillo saludable de tu piel. Ahora está arrugada y los músculos de tus piernas, débiles. ¿Por qué? ¿Puedo contar tus huesos!”.

El Buda se rió: “Si vives muchos años, envejeces. Pero mis ojos y mis oídos son tan agudos como siempre. Ananda, ¿echas de menos el Pico del Buitre y los árboles del Bosque de Bambú? ¿No te gustaría volver a trepar hasta la cima de la montaña y contemplar la puesta de sol?”.

“Señor, si quieres volver al Pico del Buitre, permíteme que te acompañe”.

Aquel verano, el Buda regresó a Magadha. Caminaba sin prisa,

deteniéndose en el camino a dar enseñanzas a monjes y laicos en todos los centros de la Sangha. Pasó por los reinos de Sakya, Malla, Videha y Vajji, atravesó el Ganges y entró en Magadha. Antes de dirigirse a Rajagaha, el Tathagata se detuvo en el centro de Nalanda para visitar a la Sangha.

El Bosque de Bambú y el Pico del Buitre estaban espléndidos, como siempre. Las gentes de la capital y de los pueblos vecinos acudieron en tropel a escuchar al Buda. Pasó casi un mes antes de que pudiera aceptar la invitación de Jivaka a su plantación de mangos y conocer la nueva sala de Dharma que había construido en su propiedad con cabida para un millar de

monjes.

Sentado delante de su cabaña, el Buda escuchó a Jivaka mientras le relataba los sucesos durante su ausencia. La reina Videhi había hallado la paz interior. Dedicaba gran parte de su tiempo a la meditación y se había hecho vegetariana. El rey Ajatasattu, por su parte, padecía una terrible angustia. Estaba obsesionado con la muerte de su padre y su alma no hallaba descanso.

Tenía los nervios destrozados y no se atrevía a dormir por la noche pues sufría terribles pesadillas. Muchos médicos y sacerdotes de alto rango, pertenecientes a las sectas de Makkhali Gosala, Ajita Kosakambali, Pakudha Kaccayana, Nigantha Nataputta y

Sanjaya Belatthiputta, habían sido convocados para tratar de curar el terrible mal. Todos ellos confiaban en hallar el remedio pues, de ese modo, su correspondiente secta podría beneficiarse de una consideración especial por parte del rey, pero nadie pudo ayudarle.

Un día, el rey cenó con su mujer, su hijo Udayibhadda y su madre, la antigua reina Videhi. El príncipe Udayibhadda, de casi tres años, era un niño mimado y maleducado pues su padre le consentía todos los caprichos. El príncipe le había pedido permiso para que su perro se sentara con ellos a la mesa a pesar de que normalmente estaba prohibido. El rey, avergonzado, se disculpó ante su

madre diciendo, “no es agradable tener un perro sentado a la mesa, ¿verdad? Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer?”.

La reina Videhi respondió, “amas a tu hijo y por eso le permites que traiga el perro a la mesa. No hay nada extraño en ello. ¿Recuerdas que tu padre se tragó una vez el pus de tu dedo porque te amaba?”.

Ajatasattu, que no recordaba el incidente, le pidió a su madre que se lo contara.

La reina le explicó, “un día, amaneciste con un dedo rojo e hinchado; un forúnculo se había formado bajo la uña. Te dolía mucho y no había manera de que dejaras de llorar. Tu padre estaba tan preocupado que no podía conciliar

el sueño, así que te cogió, te puso sobre su almohada y se metió el dedo infectado en la boca tratando de aliviar tu dolor. Succionó el dedo durante cuatro días y cuatro noches hasta que el forúnculo reventó. Entonces succionó también el pus. No se atrevió a sacar el dedo de su boca para escupirlo por miedo a que sintieras más dolor, así que se lo tragó mientras continuaba succionando. Esto demuestra lo mucho que tu padre te quería. Amas a tu hijo y por eso le has permitido traer el perro a la mesa.

Lo comprendo perfectamente”.

De pronto, el rey se echó las manos a la cabeza y salió corriendo de la habitación sin terminar de cenar. Desde

esa noche, su estado mental se agravó. Finalmente, Jivaka fue llamado al palacio para examinar al rey. Ajatasattu le contó todas sus penas y le habló de la incompetencia de los sacerdotes y brahmanes. Jivaka permaneció sentado sin decir palabra.

“¿Por qué no dices nada, Jivaka?”, preguntó el soberano.

“Sólo te voy a decir una cosa”, respondió Jivaka, “el Maestro Gautama es el único que puede ayudarte a vencer esta agonía. Pídele consejo”.

Ajatasattu permaneció callado unos instantes; luego, murmuró, “estoy seguro de que el Maestro Gautama me odia”.

“No digas eso. El Maestro Gautama no odia a nadie. Era el Maestro

y el mejor amigo de tu padre. Si te acercas a Él, será como acercarse a tu padre. Vete a verle; hallarás la paz interior que buscas y podrás restablecer lo que has destrozado. Mi habilidad como médico no es nada comparada con la maestría del Buda como sanador. Sin ser médico, es el rey de todos los médicos. Algunos le llaman el Rey de la Medicina”.

Ajatasattu dijo que lo pensaría.

El Buda permaneció en el Pico del Buitre durante varios meses. Visitó los centros de la Sangha de la región y aceptó pasar un mes en la plantación de mangos donde Jivaka había organizado un encuentro entre el Tathagata y el rey.

El rey Ajatasattu, a la luz de la

luna, montado sobre un elefante, se dirigió a la plantación acompañado por la familia real, sus concubinas, los guardias del palacio y la reina Videhi. A su llegada, todo estaba en calma. El rey se sintió de repente presa del pánico. Jivaka le había dicho que, en la plantación, había un millar de monjes; si eso era cierto, ¿cómo podía haber tal silencio? ¿Sería una trampa? ¿Acaso Jivaka le había tendido una emboscada? Se giró hacia Jivaka y le preguntó si no era un complot para vengarse. Jivaka soltó una carcajada y, señalando la sala de Dharma, le dijo, “el Buda y todos los monjes están ahí dentro”.

El rey bajó de su montura y entró en la sala seguido por su familia y

asistentes. Jivaka, señalando a un hombre sentado sobre el estrado con la espalda apoyada en un pilar, dijo, “ahí tienes al Buda”.

El rey estaba profundamente impresionado por la paz que reinaba en el lugar. Un millar de monjes rodeaban al Tathagata en perfecto silencio. Ajatasattu había visto al Buda muy pocas veces en su vida, ya que nunca quiso acompañar a su padre cuando asistía a los discursos de Dharma.

El Buda invitó al rey y a la familia real a tomar asiento. El rey se inclinó y tomó la palabra: “Señor, recuerdo que una vez, cuando era niño, te oí hablar en el palacio. Esta noche desearía hacerte una pregunta: ¿Cuáles son los frutos de

la vida espiritual para que cientos e incluso miles de personas abandonen sus hogares y se entreguen a ella?”.

Tras preguntarle el Buda si había planteado esa cuestión a otros maestros, el rey respondió que, de hecho, había preguntado a docenas de maestros, incluso al venerable Devadatta, pero que ninguno de ellos le había dado una respuesta satisfactoria.

El Buda dijo: “Majestad, esta noche el Tathagata te dirá qué frutos de la vida espiritual pueden obtenerse en este mismo momento y cuáles pueden madurar en el futuro. No es necesario que busques respuestas complicadas. Confórmate con mirar y ver esos frutos tan claramente como un mango en la

palma de tu mano”.

“Majestad, escucha bien este ejemplo. Un sirviente satisface día y noche las órdenes y los caprichos de su amo, hasta que se pregunta, ‘mi amo y yo somos seres humanos. ¿Por qué debo aceptar que se aproveche de mí?’. El sirviente decide entonces abandonar a su amo y abrazar la vida sin hogar de un monje. Se dedica a una vida casta, diligente y despierta. Come una vez al día, practica la meditación sentado y caminando y manifiesta en todos sus movimientos una serena dignidad. Se convierte en un monje virtuoso y respetado. Si te encontraras con él sabiendo que antes era un sirviente, ¿acaso le dirías: ‘Eh, amigo, quiero que

me sirvas desde la mañana hasta la noche y que cumplas todas mis órdenes’?”.

El rey respondió, “no, Señor. No me dirigiría a él de ese modo. Le saludaría y hablaría respetuosamente. Le haría ofrecimientos de comida y me aseguraría de que se beneficia de toda la protección que la ley proporciona a los monjes”.

“Majestad, éste es el primer fruto que cosecha un monje: estar libre de todo prejuicio racial, social y de casta. Su dignidad humana ha sido restablecida”.

“¡Excelente, Señor! ¿Puedes decimos más?”.

El Buda continuó: “Majestad, la

dignidad es sólo el primer fruto. Un monje observa doscientos cincuenta preceptos que le permiten vivir en paz y serenidad. Las personas que no los observan se pierden más fácilmente. Pueden cometer infracciones tales como mentir, embriagarse, tener una conducta sexual incorrecta, robar e incluso matar. Actuando así, infligen un cruel castigo a su mente y cuerpo y pueden ser arrestados por la policía y encarcelados. Un monje observa los preceptos de no matar, no robar, no tener relaciones sexuales, no mentir y no hacer uso del alcohol. Éstos, más los otros doscientos cuarenta y cinco preceptos que practica, le proporcionan una vida despreocupada, desconocida para los

que no los practican. Los preceptos ayudan al monje a no cometer errores, lo que le asegura un estado libre de toda preocupación. He aquí otro fruto de la práctica espiritual que puede cosecharse en el momento presente”.

El rey dijo, “¡excelente, Señor! ¿puedes decimos más?”.

El Buda continuó: “Majestad, un monje no posee más que tres hábitos y un cuenco de mendicante. No tiene miedo de perder sus posesiones ni de que le roben. Sabe que durante la noche no será atacado por personas que codician su riqueza. Es libre de dormir solo en el bosque bajo un árbol, relajado y sin preocupaciones. Permanecer libre del temor es una gran

felicidad. Éste es otro fruto de la práctica espiritual que puede cosecharse en el momento presente”.

El rey sintió un escalofrío. Dijo, “¡excelente, Señor! ¿Puedes decirnos más?”.

El Buda continuó: “Majestad, un monje vive de manera simple. Aunque toma una sola comida al día, su cuenco recibe ofrendas de miles de hogares diferentes.

No persigue la riqueza o la fama. Utiliza solamente lo que necesita, permanece desapegado de los deseos y vive en serena despreocupación. Majestad, la no-dependencia es una gran felicidad. He aquí otro fruto de la práctica espiritual que puede cosecharse

en el momento presente”.

El rey dijo, “¡excelente, Señor! ¿Puedes decimos más?”.

El Buda continuó: “Majestad, si supieras cómo practicar la plena atención de la respiración y cómo meditar, podrías experimentar la felicidad del que sigue el camino. Te hablo de la felicidad que proporciona la meditación. Un monje observa los seis órganos de los sentidos y vence los cinco obstáculos de la mente, que son la codicia, el odio, la ignorancia, la apatía y la duda. Utiliza la plena atención de la respiración para generar alegría y felicidad que nutren su cuerpo y mente y le ayudan a progresar en el Camino de la Iluminación. Las sensaciones agradables

que resultan de la satisfacción de los deseos sensoriales no pueden compararse con la alegría y la felicidad que aporta la meditación. La alegría y la felicidad de la meditación impregnan la mente y el cuerpo, sanan toda ansiedad, tristeza y desesperación y permiten experimentar las maravillas de la vida. Majestad, éste es uno de los frutos más importantes de la vida espiritual que puede cosecharse en el momento presente”.

El rey dijo, “¡excelente, Señor! ¿Puedes decimos más?”.

El Buda continuó: “Majestad, viviendo diligentemente con atención y observando los preceptos, un monje es capaz de desarrollar la concentración,

indispensable para la comprensión profunda de todos los dharmas. Gracias a la concentración, un monje ve la naturaleza transitoria y carente de un yo de todos los dharmas.

Y gracias a que ve la naturaleza transitoria y carente de un yo de todos los dharmas, ninguno de ellos puede atraparlo. El monje corta así las cuerdas que atan a casi todos los seres —las de la codicia, el odio, el deseo, la pereza, la duda, la falsa visión del yo, las visiones extremas, las visiones erróneas, las visiones distorsionadas y las visiones que defienden prohibiciones innecesarias— y, al cortar con todas ellas, alcanza la liberación y la verdadera libertad. Majestad, la

liberación es una gran felicidad y uno de los mayores frutos de la práctica espiritual. Algunos monjes presentes esta noche la han alcanzado. Dicho fruto, Majestad, puede cosecharse aquí mismo, en esta vida”.

El rey exclamó, “¡excelente, Señor! ¿Puedes decirnos más?

El Buda continuó: “Majestad, gracias a la práctica de la visión profunda de la naturaleza de todos los dharmas, un monje sabe que los dharmas no son ni producidos ni destruidos, ni puros ni impuros, no crecen ni disminuyen, no son uno ni muchos, no van ni vienen. Gracias a esta comprensión, un monje no hace discriminaciones sino que contempla

todos los dharmas con entera ecuanimidad, libre del temor y la preocupación. Un monje cabalga sobre las olas del nacimiento y la muerte para salvar a todos los seres y muestra el camino para que todos ellos puedan también saborear la liberación, la alegría y la felicidad. Majestad, poder ayudar a otros a liberarse del laberinto del deseo, el odio y la ignorancia es una gran felicidad y un fruto sublime de la práctica espiritual que empieza a realizarse en el presente y se extiende hacia el futuro. Majestad, cuando un monje se relaciona con otras personas, recuerda su responsabilidad de guiar a los demás en el camino de la virtud y la liberación. No se implican en políticas

parciales pero contribuyen a la construcción de la paz, la alegría y la virtud en la sociedad. Los frutos de su práctica espiritual no son sólo para su beneficio y disfrute, son el patrimonio de todo un pueblo y de toda la humanidad”.

El rey se levantó y, uniendo las palmas de las manos con el más profundo respeto, dijo: “Señor, eres el más sublime de los maestros. Empleando palabras simples me has mostrado la luz. Me has ayudado a comprender el verdadero valor del Dharma. Señor, has reconstruido lo que estaba en ruinas, revelado lo oculto, mostrado el camino a quien estaba perdido y aportado luz a mi oscuridad.

Por favor, Señor, acéptame como tu discípulo tal como aceptaste a mis padres en el pasado”.

El rey se postró ante el Buda que, tras aceptarle con una sonrisa, pidió al venerable Sariputta que enseñara los Tres Refugios a la pareja real. Después de la recitación, el rey dijo, “es tarde, por favor, permítenos regresar al palacio. Mañana tengo audiencia a primera hora”.

El Buda asintió con la cabeza.

El encuentro entre el Buda y el rey Ajatasattu benefició a todos los presentes. El tormento mental del rey disminuyó rápidamente. Aquella misma noche, soñó que su padre le sonreía y sintió que todo lo que había destruido se

recomponía. El Buda había transformado su corazón y el reino entero se regocijaba.

A partir de entonces, el monarca visitaba frecuentemente al Buda. Ya no iba montado en elefante ni acompañado por la guardia real; subía solo por la escalera de piedra tallada en la montaña, como tantas veces en el pasado había hecho su padre, el rey Bimbisara. En sus audiencias privadas con el Buda, el rey Ajatasattu pudo abrir el corazón y confesar sus crímenes. El Buda le trataba como si fuera su propio hijo y le aconsejó que se rodeara de personas virtuosas.

Al final de la estación del retiro, Jivaka pidió al Buda que le permitiera

entrar en la vida sin hogar de un monje. El Buda le aceptó y le dio el nombre dárnico de Vimala Kondanna. El monje Vimala Kondanna obtuvo autorización para permanecer en la plantación de mangos, donde residían permanentemente unos doscientos monjes. En ese lugar había sido atendido el Buda después del accidente en el Pico del Buitre. Con tantos árboles en plena producción, el Monasterio de la Plantación de Mangos era un agradable lugar para vivir. El monje Vimala Kondanna siguió cultivando hierbas medicinales para la Sangha.

Capítulo setenta y siete

ESTRELLAS EN LOS OJOS



DESPUÉS de la estación del retiro, el Buda y Ananda viajaron por Magadha, deteniéndose en pueblos apartados y en todos los centros de Dharma que encontraban a su paso, y transmitiendo la enseñanza tanto a monjes como a laicos. El Tathagata invitaba a menudo a Ananda a contemplar los magníficos paisajes que les rodeaban pues, atento siempre a las necesidades de su

Maestro, a veces se olvidaba de admirar la naturaleza.

A lo largo de los casi veinte años que Ananda llevaba asistiéndole, el Tathagata le invitaba a menudo a disfrutar del panorama, diciendo: “¡Mira qué hermoso es el Pico del Buitre, Ananda!” o “¡Ananda, contempla la belleza de las llanuras de Saptapanni!”. El asistente recordó con emoción el día en que el Buda, señalando los dorados campos de arroz ribeteados de hierba, propuso utilizar el mismo patrón para confeccionar los hábitos de los monjes. El Tathagata podía admirar las cosas sin jamás caer en nociones de bonito o feo.

El Buda volvió a Jetavana la siguiente estación de las lluvias. El rey

Pasenadi que estaba de viaje, no regresó hasta bien avanzado el retiro. A su llegada, fue inmediatamente a visitar al Buda y le confesó que no deseaba seguir confinado en el palacio. Era mayor así que había delegado gran parte de sus obligaciones reales en ministros de confianza, pudiendo viajar libremente con un pequeño grupo. Deseaba contemplar y disfrutar de los paisajes de su tierra y de los reinos vecinos. Cuando visitaba otro país, no esperaba una recepción formal. Viajaba como un simple peregrino. Sus excursiones constituían una oportunidad para practicar la meditación caminando — dejar atrás todo pensamiento y preocupación y andar sin prisa,

disfrutando de la naturaleza—. Dichos viajes, dijo, rejuvenecían su corazón.

“Venerable Maestro, tengo setenta y ocho años, como tú. Sé que a ti también te gusta caminar por hermosos lugares pero me temo que mis excursiones, a diferencia de las tuyas, no aportan nada a nadie. Donde quiera que vas, impartes enseñanzas y ofreces consejo. Eres como una luz resplandeciente para todos.

El rey le confió al Buda un doloroso secreto que guardaba en su corazón. Siete años atrás, hubo un golpe de estado en la capital y acusó equivocadamente al comandante en jefe de las fuerzas reales, el general Bandhula, ordenando su ejecución. Años

después, supo que el general era inocente. Movido por un terrible remordimiento, hizo cuanto pudo para restablecer su buen nombre, ayudó generosamente a su viuda y designó al sobrino de Bandhula, el general Karayana, como nuevo comandante en jefe de las fuerzas reales.

Durante el resto del retiro, el rey visitó Jetavana todos los días para asistir a los discursos de Dharma y a las discusiones y, a veces, sólo para sentarse en silencio al lado del Buda. Al finalizar el retiro, el Buda emprendió la ruta y el rey, a su vez, salió de viaje en compañía de un pequeño grupo.

El siguiente año, después de la estación del retiro, el Buda pasó dos

semanas en Kuru. Luego siguió el curso del río hacia Kosali, Varanasi y Vesali antes de regresar al norte.

Un día, estando en Medalumpa, un pequeño distrito en el reino de Sakya, el Buda recibió la inesperada visita del rey Pasenadi que viajaba por la región con el príncipe Vidudabha y el general Karayana. Este último le condujo hasta la entrada del parque donde, según le informaron los lugareños, el Buda se alojaba. El rey se quitó la corona y la espada y se las entregó al general para que las custodiara hasta su regreso. Tras preguntar a un monje por la cabaña del Maestro, el rey caminó sin prisa hasta ella. La puerta estaba cerrada y, antes de tocar, se aclaró la garganta. El Buda se

alegró inmensamente de verle y los venerables Sariputta y Ananda que estaban con él se levantaron para darle la bienvenida.

El Buda le invitó a sentarse a su lado, mientras que Sariputta y Ananda permanecían de pie, detrás de Él. Pero el rey, en lugar de sentarse se arrodilló, besó los pies del Buda y dijo varias veces: “Señor, soy el rey Pasenadi del reino de Kosala. Respetuosamente, te rindo homenaje”.

El Buda le ayudó a incorporarse y a tomar asiento mientras le preguntaba: “Majestad, somos viejos amigos, ¿por qué me saludas hoy de un modo tan formal?”.

El rey respondió: “Señor, me estoy

haciendo viejo y hay varias cosas que deseo decirte antes de que sea demasiado tarde”.

El Buda le miró tiernamente y dijo: “Habla, por favor”.

“Señor, tengo fe absoluta en ti, el Iluminado. Tengo fe absoluta en el Dharma y en la Sangha. He conocido a muchos brahmanes y practicantes de otras sectas. Les he visto practicar honradamente durante diez, veinte, treinta e incluso cuarenta años, y abandonar después su camino para volver a una vida de complacencia. No obstante, entre tus monjes, no veo a ninguno que abandone la práctica”.

“Señor, he visto a reyes oponiéndose a otros reyes, a generales

conspirando contra otros generales, a brahmanes compitiendo con otros brahmanes, a esposas reprendiendo a sus maridos, a niños acusando a sus padres, a hermanos discutiendo con hermanos y a amigos peleándose con amigos. Pero veo que los monjes viven en armonía, alegría y respeto mutuo, mezclándose de forma natural, como la leche y el agua. En ningún otro lugar he presenciado tal osmosis”.

“Señor, dondequiera que vaya, veo practicantes espirituales con el rostro marcado por la preocupación, la ansiedad y las penalidades. Pero tus monjes resplandecen y viven felices, relajados y despreocupados. Señor, todo ello fortalece mi fe en ti y en tu

enseñanza”.

Señor, soy un rey perteneciente a la casta guerrera y tengo el poder de condenar a muerte o de encarcelar a cualquiera. Aun así, durante las reuniones con mis ministros, me interrumpen constantemente. Pero en tu Sangha, aunque haya mil monjes congregados, tan sólo un susurro o el crujir de un hábito perturba tu discurso. Eso es maravilloso, Señor. No necesitas empuñar una espada o amenazar con castigos para que te rindan absoluto respeto. Señor, esto también fortalece mi fe en ti y en tu enseñanza”.

“Señor, he asistido a reuniones de célebres eruditos que elaboran preguntas complicadas con la intención de

confundirte pero, cuando se encuentran contigo y escuchan tu exposición del Dharma, se olvidan, boquiabiertos, de sus vanas cuestiones y no pueden expresar más que su admiración por ti. Señor, esto también fortalece mi fe en ti y en tu enseñanza”.

“Señor, hay dos excelentes jinetes, llamados Isidatta y Purana que trabajan en mi palacio y yo les pago, pero el respeto que me tienen no es nada comparado con el que Tú les inspiras. Una vez me acompañaron en uno de mis viajes. Una tormenta nos sorprendió durante la noche y tuvimos que refugiarnos en una pequeña choza de hojas de palmera. Los dos jinetes no hablaron más que de tu enseñanza y,

cuando finalmente se pusieron a dormir, lo hicieron con la cabeza en dirección al Pico del Buitre y los pies dirigidos ¡hacia mí! Tú no les pagas ningún salario, Señor, pero su consideración hacia ti es muy superior a la que tienen por mí. Esto también fortalece mi fe en ti y en tu enseñanza”.

“Señor, procedes de la casta guerrera, como yo, y ambos tenemos setenta y ocho años. Deseaba aprovechar esta ocasión para expresar mi gratitud por la profunda amistad que hemos compartido. Ahora, con tu permiso, debo retirarme”.

“Por favor, Majestad”, dijo el Buda, “cuidate”.

Después de acompañar al rey hasta

la puerta, miró a sus dos discípulos que permanecían de pie, en silencio, con las manos juntas, y les dijo: “Sariputta y Ananda, el rey Pasenadi acaba de expresar sus sentimientos más profundos hacia las Tres Joyas. Por favor, compartid sus palabras con los demás para que fortalezcan también su fe”.

Un mes después, el Buda regresó al Pico del Buitre donde le esperaban dos tristes noticias. El rey Pasenadi había fallecido en extrañas circunstancias y el venerable Moggallana había sido asesinado por unos ascetas hostiles, justo a la salida del Bosque de Bambú.

El rey Pasenadi no había muerto apaciblemente en su palacio de Savatthi, sino que lo había hecho en Rajagaha y

de manera poco usual en un rey. Después de su visita al Buda en Medalumpa, el soberano había caminado hasta su carruaje descubriendo que el general Karayana había huido con la corona y la espada reales. Su asistente le informó de que el general había ordenado al príncipe Vidudabha que regresara a Savatthi para reivindicar el trono, alegando que el rey Pasenadi estaba demasiado viejo y demasiado débil para seguir reinando. El príncipe trató de resistirse pero, tras la amenaza del general de apoderarse del trono, no tuvo más remedio que ceder a sus exigencias.

El rey Pasenadi, indignado, se puso inmediatamente en camino hacia Rajagaha con la intención de pedir

ayuda a su sobrino y yerno, el rey Ajatasattu. Estaba muy afectado y no quiso detenerse para comer en todo el trayecto. Sólo bebió un poco de agua. Cuando llegó a Rajagaha, era demasiado tarde para llamar a las puertas del palacio y decidió pasar la noche en un albergue. Aquella misma noche, el rey enfermó de repente y murió en los brazos de su asistente sin que hubiera tiempo de pedir ayuda. El asistente sollozó desconsolado por el triste destino de su soberano. A la mañana siguiente, cuando el rey Ajatasattu supo lo ocurrido, mandó organizar un solemne y majestuoso funeral para su tío y suegro y pensó también en enviar un ejército para destituir al rey Vidudabha. Pero el

monje Vimala Kondanna, el antiguo doctor Jivaka, le disuadió arguyendo que la muerte del rey Pasenadi hacía del actual soberano el heredero legítimo. No había pues razón alguna para una guerra. El rey Ajatasattu, comprendiendo la situación, envió un mensajero a Savatthi con una carta oficial de aceptación y reconocimiento del nuevo rey.

El venerable Moggallana era uno de los discípulos más brillantes del Buda, junto con Sariputta y Kondanna. Muchos habían fallecido ya, incluido Kondanna, uno de los cinco primeros discípulos. Los tres hermanos Kassapa habían muerto, al igual que la abadesa Mahapajapati. El monje Rahula había expirado a los cincuenta y un años, poco

después de que lo hiciera su madre, la monja Yasodhara.

El venerable Moggallana era conocido por su intrepidez y rectitud. Debido a su manera de hablar directa y sin concesiones, se había ganado la antipatía de ciertas personas ajenas a la Sangha. El día de su muerte, salió muy temprano acompañado por dos discípulos. Unos asesinos aguardaban escondidos a la salida del monasterio. Cuando apareció, se lanzaron sobre él y sobre los otros monjes y empezaron a golpearles con gruesos palos sin que pudieran defenderse. Los dos discípulos de Moggallana pidieron ayuda y éste profirió un grito que sacudió el bosque, pero era demasiado tarde; cuando los

hermanos del monasterio acudieron en su auxilio, Moggallana estaba muerto y los asesinos habían huido.

El cuerpo del venerable Moggallana ya había sido incinerado cuando el Buda regresó al Pico del Buitre. Una urna con las cenizas había sido dispuesta junto a su cabaña. El Buda preguntó por el venerable Sariputta y le respondieron que, desde el asesinato de Moggallana, había permanecido en su cabaña con la puerta cerrada. Sariputta y Moggallana habían sido como hermanos, tan unidos como una forma y su sombra. El Buda no había descansado todavía de su viaje pero se dirigió inmediatamente a la cabaña de Sariputta para consolarle.

Mientras caminaban hacia allí.

Ananda pensó en lo triste que debía de estar el Buda. ¿Cómo no iba a sentirse apenado si dos de sus mejores amigos acababan de morir? El Buda consolaría a Sariputta pero ¿quién consolaría al Buda? Como si hubiera adivinado los secretos pensamientos de Ananda, el Buda se detuvo, le miró y dijo: “Ananda, todo el mundo te elogia por ser un excelente estudiante y poseer una memoria extraordinaria, pero no creas que eso basta. Es importante cuidar del Tathagata y de la Sangha, pero eso no es suficiente. El tiempo libre del que dispongas, sea cual fuere, debes consagrarlo a romper el concepto de nacimiento y muerte. Aprende a mirar la muerte y el nacimiento como meras

ilusiones, como las estrellas que aparecen en nuestros ojos cuando los frotamos”.

El venerable Ananda bajó la cabeza y siguió caminando en silencio.

Al día siguiente, el Buda sugirió que se construyera una estupa para las reliquias del venerable Moggallana.

Capítulo setenta y ocho

DOS MIL HÁBITOS

AZAFRÁN



UNA tarde, mientras el Buda caminaba en meditación por la ladera de la montaña, dos monjes llegaron al monasterio portando en una camilla al venerable Devadatta. Su salud había sido delicada durante los últimos años y ahora, a las puertas de la muerte, deseaba ver al Buda. Sólo le quedaban seis discípulos; sus más fervientes seguidores le habían abandonado hacía

tiempo y su fiel adepto, el venerable Kokalika, había fallecido de una extraña enfermedad de la piel. Durante los últimos años, en Gayasisa, Devadatta había tenido mucho tiempo y soledad para examinar sus acciones.

Cuando el Tathagata fue informado de que deseaba verle, regresó inmediatamente a su cabaña para recibirle. El venerable Devadatta estaba demasiado débil para incorporarse y apenas tenía fuerzas para hablar. Miró al Buda y, con gran esfuerzo, unió las palmas de las manos y pronunció las palabras, “tomo refugio en el Buda”. El Tathagata puso suavemente su mano sobre la frente del moribundo. Aquella noche, el venerable Devadatta expiró.

Era verano. El Buda se preparaba para salir de viaje cuando Vassakara, el ministro de asuntos exteriores de Magadha, le visitó en nombre del rey Ajatasattu para informarle de sus intenciones de declarar la guerra a Vajji, un país situado al norte del Ganges. No obstante, antes de atacar, el rey deseaba conocer la opinión del Buda.

El Buda preguntó a Ananda, que estaba de pie detrás de El, abanicándole: “Ananda, ¿sabes si las gentes de Vajji se reúnen todavía en grandes asambleas para discutir los asuntos políticos?”.

Ananda respondió: “Señor, he oído que las gentes de Vajji se reúnen a menudo en grandes asambleas para

discutir la situación política”.

“Entonces, Vajji prospera, Ananda. Y, dime, ¿sabes si mantienen todavía el espíritu de colaboración y de unidad en sus reuniones?”.

“Señor, he oído que gozan de gran colaboración y unidad en sus reuniones”.

“Bien, entonces, Vajji todavía prospera. Ananda, ¿acaso las gentes de Vajji respetan y siguen aún las leyes promulgadas en el país?”.

“Señor, he oído que respetan y siguen todas las leyes”.

“Entonces, es cierto que Vajji todavía prospera. Ananda, ¿respetan y escuchan las gentes de Vajji a los líderes competentes?”.

“Señor, he oído que las gentes de Vajji respetan y escuchan a los líderes competentes”.

“Entonces, es seguro que el país prospera todavía. Ananda, ¿has oído si hay violaciones y otros crímenes violentos en Vajji?”.

“Señor, no hay apenas violaciones ni crímenes violentos en el país”.

“Entonces Vajji sigue prosperando. Ananda, ¿has oído si la gente de Vajji protege y mantiene todavía los altares de sus ancestros?”.

“Señor, se dice que la gente de Vajji protege y mantiene todavía los altares de sus ancestros”.

“Entonces Vajji todavía prospera. ¿Has oído si el pueblo de Vajji respeta,

hace ofrecimientos y estudia con maestros espirituales que han realizado el camino?”.

Señor, el pueblo de Vajji sigue respetando, haciendo ofrecimientos y estudiando con maestros espirituales que han realizado el camino”.

“Ananda, es cierto entonces que Vajji prospera todavía. Ananda, hace algún tiempo, el Tathagata tuvo la oportunidad de hablar con los líderes de Vajji sobre las siete prácticas que reportan prosperidad a un país. Se llaman las Siete Prácticas que Evitan la Regresión e incluyen: reuniones públicas para discutir los asuntos del país, colaboración y unidad entre sus gentes, respeto de las leyes

promulgadas, respeto y fidelidad hacia los dirigentes competentes, abstención de violaciones y de otros crímenes violentos, protección de los altares ancestrales y respeto a los maestros que han realizado el camino. Puesto que las gentes de Vajji continúan observando estas siete prácticas, no hay duda de que el país prospera todavía y, por esta razón, el Tathagata está convencido de que Magadha no ganará esta guerra”.

El ministro Vassakara habló: “Señor, si las gentes de Vajji observaran solamente una de las siete prácticas, su país prosperaría. Señor, no creo que el rey Ajatasattu pueda ganar la guerra contra el país de Vajji por el poder y las armas. Vencería únicamente si sembrara

las semillas de la discordia entre sus líderes. Gracias, Señor, por tu consejo. Ahora, debo regresar a mis obligaciones”.

Después de su partida, el Buda se giró hacia Ananda y dijo: “Vassakara sabe ahora cómo urdir un plan para la victoria. El Tathagata teme, no obstante, que en el futuro, el rey Ajatasattu acabe por mandar sus tropas contra el pueblo Vajji”.

Aquella tarde, el Buda pidió al venerable Ananda que invitara a todos los monjes y monjas residentes en Rajagaha a una asamblea en el Pico del Buitre. Siete días después, dos mil monjes y monjas se congregaron en el Pico del Buitre ofreciendo el espléndido

espectáculo de sus hábitos azafrán sobre la montaña.

El Buda caminó lentamente desde su cabaña hasta el estrado del Dharma alrededor del cual estaban reunidos monjes y monjas. Subió a la plataforma, miró a la comunidad, sonrió y dijo: “Monjes y monjas, el Tathagata os enseñará hoy los Siete Métodos para evitar el declive de la enseñanza y de la Sangha.; Escuchad todos!

“En primer lugar, reuniones frecuentemente en grupos para estudiar y discutir sobre el Dharma. Segundo, reuniones y dispersaos siempre con espíritu de colaboración y unidad. Tercero, respetad y seguid los preceptos que se hayan decretado.

Cuarto, respetad y seguid el consejo de los ancianos de la Sangha que poseen virtud y experiencia. Quinto, vivid una vida pura y simple, libres del deseo y la codicia. Sexto, apreciad la vida serena y apacible. Y séptimo, vivid con atención plena para así obtener la paz, la alegría y la liberación, y convertiros en refugio y apoyo para los amigos que recorren el camino”.

“Monjes y monjas, si vivís según estas siete prácticas, el Dharma florecerá y la Sangha no se debilitará. Nada exterior podrá perturbarla. Sólo la división y la discordia en su seno provocaría la escisión. Monjes y monjas, cuando el rey león muere en la selva, ningún animal osa comer su carne,

pero los gusanos lo devoran desde dentro. Proteged pues el Dharma viviendo de acuerdo con estas siete prácticas y no seáis como los gusanos que devoran el cadáver del león”.

El Buda les aconsejó también que evitaran perder su precioso tiempo conversando innecesariamente, durmiendo en exceso, persiguiendo la fama y el reconocimiento, persiguiendo los deseos, permaneciendo con personas de poca virtud y conformándose con una comprensión superficial de la enseñanza. Les recordó que el camino que todo monje y monja debe recorrer es el de los Siete Factores del Despertar —la atención, la investigación de los dharmas, la energía, la alegría, la

tranquilidad, la concentración y el soltar —. El Buda habló de nuevo sobre la transitoriedad, la vacuidad del yo, el no-apego, la liberación y el modo de vencer el deseo y la codicia.

Los dos mil monjes y monjas permanecieron en el Pico del Buitre durante diez días durmiendo bajo los árboles, en cuevas y cabañas o cerca de los riachuelos. El Buda impartió una enseñanza de Dharma diaria. El décimo y último día, anunció que podían regresar a sus centros.

Tras la partida de los monjes y las monjas, el Tathagata le dijo a Ananda: “Mañana visitaremos el Bosque de Bambú”.

Después de esta visita, el Buda y

Ananda dejaron Rajagaha y se dirigieron a Ambalatthika, el refrescante parque que el rey Bimbisara había destinado, desde hacía muchos años, para los seguidores del camino. Los monjes descansaban frecuentemente en aquel lugar cuando se dirigían a Nalanda. El venerable Sariputta residió una vez allí con Rahula. El Buda visitó a los monjes de Ambalatthika y les habló de los Preceptos, la Concentración y la Comprensión.

El Buda prosiguió hacia Nalanda acompañado por un centenar de monjes. Los venerables Ananda, Sariputta y Anuruddha caminaban a su lado. En Nalanda, el Tathagata se alojó en la plantación de mangos de Pavarika.

Al día siguiente por la mañana, el venerable Sariputta permaneció sentado al lado del Buda durante un largo y apacible momento. Finalmente, dijo: “Señor, estoy convencido de que no existe un maestro espiritual en el pasado, presente y futuro cuya sabiduría y logros superen los tuyos”.

El Buda dijo: “Sariputta, esas palabras son tan osadas como el rugido del león. ¿Acaso has conocido a todos los maestros espirituales del pasado, del presente y del futuro para permitirte tal afirmación?”.

Señor, no he conocido a todos los maestros de los tres tiempos, pero hay una cosa de la que estoy completamente seguro. He vivido a tu lado durante más

de cuarenta y cinco años. He escuchado tu enseñanza y observado cómo vives. Sé que vives constantemente con atención despierta. Eres dueño de los seis sentidos y jamás muestras ningún signo de los cinco obstáculos —codicia y deseo, enfado y odio, distracción, agitación, y duda o recelo—. Es posible que haya maestros del pasado, presente o futuro con tu misma sabiduría y despertar, pero no creo que haya ninguno que supere tu comprensión”.

En Nalanda. El Buda habló de nuevo sobre los Preceptos, la Concentración y la Comprensión. Seguidamente, regresó a Pataligama donde multitudes de monjes y discípulos laicos le dieron la bienvenida. Tras

recibir ofrecimientos de comida y bebida, el Tathagata impartió una enseñanza de Dharma.

A la mañana siguiente, el venerable Sariputta recibió noticias de que su madre, de más de cien años de edad, estaba muy enferma; pidió permiso para visitarla. El Buda se despidió de Sariputta quien, después de postrarse tres veces, se marchó camino de Nala en compañía del novicio Cunda.

Cuando el Buda y los monjes pasaron por las puertas de la ciudad de Pataligama, dos oficiales de Magadha se le acercaron para saludarle. Eran Sunidha y Vassakara, a quienes el rey Ajatasattu había encomendado la transformación de Pataligama en una

ciudad importante. Dijeron, “hemos pensado cambiar el nombre de esta puerta de la ciudad por el de ‘Puerta de Gautama’. Permite que te acompañemos hasta el embarcadero. A partir de ahora, le llamaremos el ‘Embarcadero de Gautama’”.

El Ganges estaba tan crecido por las recientes lluvias que los cuervos podían posarse en las orillas más altas y beber sumergiendo el pico en la comente. Cinco balsas transportaron al Buda y a los monjes a la otra orilla. El venerable Ananda permaneció junto a Él.

Al contemplar la ciudad de Vesali al otro lado del río. Ananda recordó que hacía veinticinco años, el Buda había

sido recibido por un inmenso gentío en esa misma orilla. En aquella época, Vesali estaba casi destruida a causa de la peste. Jóvenes y ancianos por igual morían a montones. No se podía hacer nada, ni siquiera los mejores médicos de Vesali podían. Se erigieron altares por doquier y se recitaron oraciones incesantemente pero la situación no mejoraba. Finalmente, la gente puso su mirada en el Buda. El gobernador Tomara viajó hasta Rajagaha para rogar al Buda que fuera a Vesali con la esperanza de que su virtuosa presencia cambiara el trágico curso de los acontecimientos. El Buda aceptó. El rey Bimbisara y su reina, los oficiales del palacio y los ciudadanos de Rajagaha le

desearon un buen viaje.

Cuando la embarcación del Buda llegó a Vesali, la orilla estaba repleta de altares, banderas y flores para recibirle con los honores de un salvador. Los vitores de las gentes llenaban el aire. Le acompañaban el venerable Vimala Kondanna, el antiguo Jivaka, y varios de los discípulos de más antigüedad. En cuanto los pies del Buda pisaron la orilla, un trueno agitó los cielos y empezó a llover. Era la primera lluvia tras una larga sequía. Proporcionó un refrescante alivio y reavivó la esperanza. El Buda y los monjes fueron conducidos a un parque en el centro de Kotigam.



*Cuando la embarcación
del Buda llegó a Vesali,
la orilla estaba repleta de
altares, banderas y flores
dándole la bienvenida.*

Allí, habló de los Tres Tesoros. Pocos días después, fueron invitados a Vesali. Durante su estancia, se alojaron en el Monasterio de Kutagara, en Mahavana. Gracias al mérito del Tathagata y a la destreza de Vimala Kondanna, la propagación de la peste se detuvo y, finalmente, desapareció. El Buda permaneció en Vesali durante seis meses.

Los pensamientos de Ananda

volvieron al presente al llegar a la orilla. El Buda caminó hasta Kotigama donde fue recibido por un gran número de monjes. Habló sobre los Cuatro Fundamentos de la Atención y también sobre los Preceptos, la Concentración y la Comprensión. Después de varios días, el Buda se puso en camino hacia Nadika. Allí, durmieron en una casa de ladrillos denominada Ginjaivasatha.

En Nadika, el Buda pensó en los numerosos monjes que habían fallecido en esa región. Pensó en su hermana, la monja Sundari Nanda, en los monjes Salha y Nadiya, en la discípula laica Sujata que tiempo atrás le había ofrecido leche, y en los discípulos laicos Kakudha, Bhadda y Subhadda.

Unos cincuenta discípulos de la región habían alcanzado los frutos de la Entrada en la Corriente, del Último Regreso y del No-Regreso. La monja Nanda había alcanzado el logro del Último Regreso y los monjes Salha y Nadiya, el estado de *arhat*.

El Buda enseñó a sus discípulos que quien tiene fe en el Buda, el Dharma y la Sangha sólo necesita mirar en su corazón para saber si ha entrado o no en la corriente de la liberación. Por lo tanto, no había necesidad de preguntar a nadie. En Nadika, habló a los monjes de los Preceptos, la Concentración y la Comprensión. Anduvo hasta Vesali donde descansó en la plantación de mangos de Ambapali. Allí habló de la

contemplación del cuerpo, de las sensaciones, de la mente y de los objetos de la mente.

Cuando Ambapali se enteró de que el Buda se alojaba en su plantación de mangos, fue a visitarle inmediatamente y le invitó, a Él y a sus monjes, a un ofrecimiento de comida. Después de comer pidió la ordenación y fue aceptada en la Sangha de las monjas.

El Buda volvió a hablar de los Preceptos, la Concentración y la Comprensión durante su estancia en Vesali. Seguidamente, visitó el pueblo de Beluvagamaka y, como faltaba poco para la estación de las lluvias, decidió pasarla allí. Era la cuadragésimo quinta estación del retiro desde que el Buda

alcanzara el Despertar. El Buda pidió a los monjes y monjas de la región que, durante este retiro, permanecieran en los centros de Dharma de Vesali o en hogares de amigos y familiares.

A mitad del retiro, el Buda cayó gravemente enfermo. Aunque el dolor era insufrible, de sus labios no salió ni una queja. Acostado, seguía atentamente la respiración. Al principio, sus discípulos temieron que no sobreviviría a la enfermedad pero, para su alegría, recobró poco a poco las fuerzas y, al cabo de muchos días, pudo sentarse en una silla fuera de su cabaña.

Capítulo setenta y nueve

LOS CHAMPIÑONES DEL SÁNDALO



EL venerable Ananda se sentó al lado del Tathagata y le habló tiernamente. “En todos los años que hemos pasado juntos nunca te había visto tan enfermo. Me sentía paralizado. No podía pensar con claridad ni llevar a cabo mis tareas. Nadie creía que pudieras salir de ésta, pero yo me decía: ‘El venerable Maestro no nos ha confiado su último testamento, así que no puede entrar

todavía en el Nirvana'. Este pensamiento me ha salvado de la desesperación".

El Buda dijo: "Ananda, ¿qué más podéis esperar de mí tú y la Sangha? He enseñado el Dharma extensa y profundamente. ¿Crees que he ocultado algo a los monjes? Ananda, la enseñanza es el verdadero refugio. Toda persona debe tomar la enseñanza como su propio refugio y vivir de acuerdo con ella. Toda persona debe ser una luz para sí misma. Ananda, el Buda, el Dharma y la Sangha están presentes en todos los seres. La capacidad para alcanzar la Iluminación es el Buda, la enseñanza es el Dharma y la comunidad que sirve de apoyo es la Sangha. Nadie puede arrebatarnos estos

Tres Refugios. Aunque el cielo y la tierra se desmoronen, los Tres Refugios permanecen intactos en cada uno de nosotros. Cuando un monje vive con atención consciente y contempla el cuerpo, las sensaciones, la mente y los objetos de la mente, es como una isla dentro de sí mismo. Posee el más auténtico de los refugios. Nadie, ni siquiera un gran maestro, puede ser un refugio más estable que tu propia isla de la atención consciente, las Tres Joyas en tu interior”.

Al final del retiro, el Buda estaba casi completamente restablecido.

Una mañana, el novicio Cunda, asistente del venerable Sariputta, llegó al lugar preguntando por Ananda. Cunda

informó a Ananda de que Sariputta había fallecido en Nala. Le entregó el hábito, el cuenco y la urna con las cenizas del venerable hermano. Después, se cubrió el rostro con las manos y sollozó. El venerable Ananda lloró también. Cunda le explicó que, al llegar a Nala, Sariputta había cuidado de su anciana madre hasta que murió. Después de la ceremonia de cremación, Sariputta reunió a sus familiares y a todos los lugareños y, tras impartir una enseñanza de Dharma, les confirió los Tres Refugios y les mostró cómo practicar. Seguidamente, se sentó en posición de loto y pasó al Nirvana. Un poco antes, el venerable Sariputta le había pedido a Cunda que entregara el hábito, el cuenco

y sus cenizas al Buda. También quiso que Cunda le pidiera al Buda que le admitiera a su lado. El venerable Sariputta le dijo asimismo que deseaba morir antes de que lo hiciera su maestro.

El venerable Ananda se enjugó las lágrimas y, juntos, fueron a ver al Buda. El Tathagata contempló serenamente los hábitos, el cuenco y las cenizas de su mejor discípulo. No dijo nada. Después, miró dulcemente a Cunda y le dio unas palmaditas en la cabeza.

El venerable Ananda dijo: “Señor, cuando me he enterado de que nuestro hermano Sariputta había muerto, me he sentido paralizado. Mis ojos y mi mente se han nublado. Me siento profundamente afligido”.

El Buda miró a Ananda y dijo: “Ananda, ¿se ha llevado tu hermano, al morir, tus preceptos, concentración, comprensión y liberación?”.

Ananda respondió quedamente, “no es esa la razón de mi tristeza. Sariputta vivió la enseñanza con todo su ser. Nos enseñó, guió y animó a todos. La Sangha se siente vacía sin la presencia de Sariputta y de Moggallana. ¿Cómo podríamos no sentir tristeza?”.

“Ananda, ¿cuántas veces tengo que recordarte que el nacimiento va unido a la muerte y que lo que está unido debe separarse? Todos los dharmas son transitorios. No hemos de apegarnos a ellos. Tienes que trascender el mundo del nacimiento y la muerte, de la

generación y la disolución. Ananda, Sariputta era una importante rama que ayudaba a nutrir el árbol. El árbol es la comunidad de monjes que practica la enseñanza de la Iluminación. Si abrieras los ojos y miraras, verías a Sariputta en ti mismo, en el Tathagata, en la comunidad de monjes, en todas las personas a las que Sariputta enseñó, en Cunda y en todos los caminos que Sariputta recorrió para propagar el Dharma. Abre los ojos, Ananda, y verás a Sariputta en todas partes. No pienses que nuestro hermano ya no está con nosotros. Está aquí ahora y estará aquí siempre”.

“Ananda, Sariputta era un bodhisatva, un ser Iluminado que

empleaba su comprensión y su amor para guiar a otros hasta la orilla de la Iluminación. Con su gran sabiduría, se ganó la admiración de los monjes y será recordado por las generaciones futuras como un bodhisatva de gran comprensión. En la comunidad hay muchos bodhisatvas que, al igual que Sariputta, han tomado el Gran Voto. El monje Punna, la monja Yasodhara y el discípulo laico Sudatta son bodhisatvas de gran compasión que han vivido en el voto de ayudar a todos los seres sin temer a la adversidad ni al sufrimiento. La monja Yasodhara y el discípulo Sudatta han fallecido, pero el venerable Punna continúa trabajando con coraje y energía para servir a todos los seres. El

Tathagata piensa en el venerable Moggallana y sabe que era un bodhisatva de gran valor y energía. Pocos podrían compararse con él. El venerable Mahakassapa, con su vida sencilla y humilde, es un bodhisatva que vive simplemente. El venerable Anuruddha es un bodhisatva de gran determinación y diligencia”.

“Ananda, si las generaciones futuras siguen estudiando y practicando el camino de la liberación, los bodhisatvas seguirán manifestándose en este mundo. Tener fe en el Buda, el Dharma y la Sangha es tener fe en el futuro de la comunidad. En el futuro habrá otros bodhisatvas tan grandes como Sariputta, Moggallana, Punna,

Anuruddha, Yasodhara y Anathapindika. Ananda, no debes llorar por la muerte del hermano Sariputta”.

El Buda anunció al mediodía, cerca de la aldea de Ukkacela a orillas del Ganges, la muerte del venerable Sariputta y exhortó a los monjes a que se esforzaran por seguir el ejemplo de aquél, que había tomado el Gran Voto de ayudar a todos los seres. Dijo: “Monjes, tomad refugio en vosotros mismos y ser una isla dentro de vosotros mismos. No confiéis en nada más y no seréis arrastrados por las olas del dolor y la desesperación. Debéis tomar refugio en el Dharma y considerar el Dharma como la isla”.

Una mañana, el Buda y Ananda

entraron en Vesali para mendigar y, después de comer en un bosque cercano, el Buda dijo: “Ananda, esta tarde regresaremos al templo de Capala para descansar”.

En el camino hacia el templo, el Buda se detuvo varias veces para admirar el paisaje. Dijo: “Ananda, la ciudad de Vesali es tan bella. El templo de Udena es tan hermoso. Todos los templos de Gotamaka, Sattambaka y Bahuputta son hermosos. El templo de Capala donde pronto descansaremos es también muy agradable”.

El venerable Ananda, después de preparar un lugar para que el Buda descansara, salió a practicar la meditación caminando. Mientras

caminaba, la tierra tembló de repente bajo sus pies. Todo su ser se conmocionó. Regresó a toda prisa junto al Buda y le encontró sentado apaciblemente. Ananda le habló del temblor que acababa de sentir.

El Buda dijo: “Ananda, el Tathagata ha tomado su decisión. Dentro de tres meses abandonará este cuerpo”.

El venerable Ananda sintió que sus brazos y piernas se paralizaban. Su ojos se nublaron y su cabeza le daba vueltas. Se arrodilló ante el Buda y le suplicó, “por favor, Señor, no nos dejes tan pronto. Ten piedad de tus discípulos”.

El Buda no respondió. Ananda repitió tres veces su súplica. Entonces el Buda dijo: “Ananda, si tienes fe en el

Tathagata sabrás que mis decisiones son siempre oportunas. He dicho que abandonaré este cuerpo dentro de tres meses. Ananda, invita a todos los monjes de la región a que se reúnan en la sala de Dharma de Kutagara, en el Gran Bosque”.

Siete días después, mil quinientos monjes y monjas se congregaron en la sala de Dharma de Kutagara. El Buda tomó asiento en el estrado. Miró a la comunidad y dijo: “¡Monjes y monjas! Todo cuanto el Tathagata os ha transmitido debéis estudiarlo, observarlo, practicarlo y verificarlo por vosotros mismos, con atención e inteligencia, para poder transmitirlo a las generaciones futuras. Debéis continuar

viviendo y practicando el camino para asegurar la paz, la alegría y la felicidad de todos los seres”.

“Monjes y monjas, la esencia de la enseñanza del Tathagata puede hallarse en los Cuatro Fundamentos de la Atención, en los Cuatro Esfuerzos Correctos, en las Cuatro Bases de la Fuerza Espiritual, en las Cinco Facultades, en los Cinco Poderes, en los Siete Factores del Despertar y en el Noble Camino Óctuple. Debéis estudiar, practicar, realizar y transmitir estas enseñanzas”.

Monjes y monjas. Todos los dharmas son transitorios. Nacen y mueren, surgen y se disuelven. Esforzaos para alcanzar la liberación. En tres

meses, el Tathagata abandonará este cuerpo”.

Mil quinientos monjes y monjas escuchaban en silencio al Buda y absorbían su enseñanza directa. Comprendían que era la última oportunidad de ver y de escuchar al Buda impartiendo una enseñanza de Dharma. Todo el mundo estaba afligido sabiendo que su maestro desaparecería pronto.

A la mañana siguiente, el Buda fue a Vesali a mendigar y luego comió en el bosque. Seguidamente, Él y varios monjes abandonaron Vesali. Mirando hacia atrás a la ciudad, con los ojos de una elefanta reina, el Buda le dijo al venerable Ananda: “Vesali es tan bella.

Ésta es la última vez que el Tathagata la contempla”. Se giró de nuevo y dijo, “vayamos a Bhandagama”.

Aquella tarde, en Bhandagama, el Buda dio una enseñanza de Dharma sobre los Preceptos, la Concentración, la Comprensión y la Liberación a trescientos monjes. Descansó allí varios días y siguió hacia Hatthigama, Ambagama y Jambugama. En todos estos lugares instruyó a los monjes. Después, viajaron hasta Bhoganagara donde el Buda descansó en el templo de Ananda. Muchos monjes de la región acudieron a escuchar la enseñanza. Habló de la importancia de verificar la enseñanza uno mismo.

“Siempre que alguien hable de la

enseñanza, aunque afirme que ésta proviene directamente de autoridades reconocidas, no os apresuréis a aceptar sus palabras como la auténtica enseñanza del Tathagata. Comparad lo que dice con los sutras y los preceptos. Si está en contradicción con éstos, desechad lo que dice. Pero si sus palabras están en consonancia con ellos, aceptad y practicad lo que dice”.

El Buda fue a continuación a Pava. Descansó en una plantación de mangos perteneciente a un discípulo laico llamado Cunda, hijo de un herrero. Cunda invitó a comer en su casa al Buda y a los casi trescientos monjes que viajaban con El. Su mujer y sus amigos sirvieron a los monjes, mientras Cunda

servía personalmente al Buda un plato especial que él mismo había preparado con champiñones de sándalo llamado *sukara maddava*.

Cuando acabó de comer, el Buda dijo a Cunda: “Querido Cunda, por favor, entierra el resto de los champiñones y no permitas que nadie los coma”.

Cuando todo el mundo terminó de comer, el Buda impartió un discurso sobre el Dharma. Luego, Él y los monjes descansaron en la plantación de mangos. Aquella noche, el Buda padeció violentos dolores de estómago. No pudo dormir en toda la noche. Por la mañana, se puso en camino hacia Kusinara con los monjes. En el trayecto, su dolor de

estómago empeoró hasta tal punto que se vio obligado a detenerse y descansar bajo un árbol. El venerable Ananda dobló el *sanghati* suplementario del Buda y lo dispuso bajo el árbol para que descansara sobre él. El Buda le pidió a Ananda que le trajera un poco de agua para saciar su sed.

Ananda dijo: “Señor, el agua de este riachuelo está llena de barro pues acaba de pasar una caravana de bueyes. Por favor, espera a que lleguemos al río Kakuttha donde el agua es dulce y clara. Allí te proporcionaré también agua para que puedas lavarte”.



*Para sorpresa de Ananda,
al llenar la jarra,
el agua turbia se volvió
perfectamente clara.*

Pero el Buda dijo: “Ananda, estoy demasiado sediento. Por favor, tráeme agua”.

Ananda obedeció y, para su sorpresa, cuando llenó la jarra, el agua turbia se volvió perfectamente clara. Después de beber, el Buda se recostó para descansar. Los venerables Anuruddha y Ananda permanecieron a su lado. Los demás monjes se sentaron en círculo a su alrededor.

En ese momento, pasaba por allí un hombre de Kusinara. Cuando vio al Buda y a los monjes, se inclinó respetuosamente. Se presentó como Pukkusa, un miembro del clan Malla. En el pasado, había sido discípulo de Alara Kalama, el maestro con el que el joven Siddhartha había estudiado. Pukkusa había oído hablar mucho del Buda. Se inclinó otra vez y le ofreció dos hábitos nuevos. Aceptó uno y le sugirió que ofreciera el otro al venerable Ananda. Pukkusa pidió ser aceptado como discípulo. El Tathagata le habló de la enseñanza y le confirió los Tres Refugios. Lleno de júbilo, Pukkusa dio las gracias al Buda y se despidió.

El hábito que llevaba el Buda

estaba gastado y sucio del viaje así que Ananda le ayudó a ponerse el nuevo. Después, el Buda se levantó y, acompañado por los monjes, prosiguió camino hacia Kusinara. Cuando llegaron a orillas del río Kakuttha, se bañó y bebió más agua. Seguidamente se encaminó hacia una plantación de mangos cerca de allí. El Buda pidió al monje Kundaka que le doblara el hábito suplementario y lo extendiera en el suelo para tumbarse.

El Buda llamó al venerable Ananda y le dijo: “Ananda, la comida que tomamos en casa del discípulo laico Cunda fue la última del Tathagata. Es posible que la gente acuse a Cunda de servirme un plato envenenado. Por ello,

deseo que le digas que las dos comidas que más he apreciado en mi vida han sido la que tomé justo antes de alcanzar el Despertar y la última antes de pasar al Nirvana. Debería sentir felicidad por haberme ofrecido una de estas dos comidas”.

Tras descansar un rato, el Buda se levantó y dijo: “Ananda, crucemos el río Hirannavati y adentrémonos en el bosque de árboles *sal* del pueblo Malla. Ese bosque, a la entrada de Kusinara, es espléndido”.

Capítulo ochenta

SED DILIGENTES



LLEGARON al bosque cuando caía la noche. El Buda le pidió a Ananda que le preparara un lugar entre dos árboles *sal*. Se acostó de un lado con la cabeza hacia el norte. Todos los monjes se sentaron a su alrededor. Sabían que esa misma noche pasaría al Nirvana.

El Buda contempló los árboles y exclamó: “¡Ananda, mira! No es todavía primavera y, sin embargo, los árboles *sal* están repletos de flores rojas. ¿Ves

los pétalos que caen sobre el hábito del Tathagata y de todos los monjes? Este bosque es realmente maravilloso. ¿Ves el horizonte resplandeciendo con el sol de poniente? ¿Oyes la suave brisa susurrando entre los árboles? El Tathagata encuentra todo esto hermoso y conmovedor. Monjes, si deseáis complacerme, si queréis expresar vuestro respeto y gratitud hacia mí, sólo hay un modo de hacerlo, y es viviendo en la enseñanza”.

Hacía calor y el venerable Upavana quiso abanicar al Buda, pero rehusó. Quizá porque no deseaba que nadie le tapara el espléndido espectáculo de la puesta de sol.

El Buda preguntó al venerable

Anuruddha: “No veo a Ananda, ¿dónde está?”.

Otro monje respondió, “he visto al hermano Ananda llorando detrás de un árbol mientras se decía a sí mismo, ‘mi maestro se muere y yo no he alcanzado todavía mi meta espiritual. Nadie se ha ocupado de mí como lo ha hecho Él’”.

Tras pedirle al monje que fuera a buscar a Ananda, el Buda trató de consolar a su asistente diciendo: “No estés triste, Ananda. El Tathagata te ha dicho muchas veces que todos los dharmas son transitorios. En el nacimiento está la muerte; en la generación, la disolución; en la unión, la separación. ¿Cómo puede haber nacimiento sin muerte? ¿Cómo puede

haber generación sin disolución? ¿Cómo puede haber unión sin separación? Ananda, durante muchos años has cuidado de mí con todo tu corazón. Has dedicado todo tu esfuerzo a asistirme y te estoy inmensamente agradecido. Tu mérito es grande, Ananda, pero aún puedes ir más lejos. Si te esfuerzas tan sólo un poco, superarás el nacimiento y la muerte, alcanzarás la libertad y trascenderás todo pesar. Sé que puedes hacerlo y nada me haría más feliz”.

Dirigiéndose entonces a los demás monjes, el Buda dijo: “Otros asistentes en el pasado dejaron caer alguna vez mi hábito o mi cuenco, pero Ananda nunca. Se ha preocupado de satisfacer todas mis necesidades desde el más pequeño

detalle hasta la más grande de las empresas. Ananda siempre supo dónde y cuándo un monje, una monja, un discípulo laico, un rey, un oficial o un practicante de otra secta religiosa debía entrevistarse conmigo. Organizaba todas las audiencias de la manera más eficaz e inteligente. El Tathagata sabe que ningún maestro Iluminado del pasado, del presente o del futuro podría tener jamás un asistente más capacitado y leal que Ananda”.

El venerable Ananda se enjugó las lágrimas y dijo: “Señor, por favor, no pases al Nirvana en este lugar. Kusinara es sólo una pequeña ciudad de casas de barro. Hay otros lugares mucho más dignos, como Sampa, Rajagaha,

Savatthi, Saketa, Kosambi o Varanasi. Por favor, Señor, elige uno de esos para que muchas más personas tengan la oportunidad de contemplar tu rostro por última vez”.

El Buda respondió: “Ananda, Kusinara es también importante aunque sólo sea una pequeña ciudad de casas de barro. El Tathagata considera que este bosque es muy agradable. Ananda, ¿ves las flores *sal* cayendo sobre mí?”.

El Buda le pidió a Ananda que fuera a Kusinara y anunciara al pueblo Malla que el Buda pasaría al Nirvana en la plantación de árboles *sal* durante la última fase de la noche. Cuando los mallas conocieron la noticia, se dirigieron inmediatamente hacia el

bosque. Un asceta llamado Subhadda preguntó al venerable Ananda si podía hablar con el Buda. Ananda rehusó diciendo que estaba demasiado fatigado para recibir a nadie. Pero el Buda que oyó la conversación dijo: “Ananda, deja que el asceta Subhadda hable conmigo. El Tathagata le recibirá”.

El asceta Subhadda se arrodilló ante el Buda. Hacía mucho tiempo que se sentía atraído por su enseñanza pero no había tenido ocasión de conocerle personalmente. Se inclinó y dijo: “Señor, he oído hablar de grandes líderes espirituales como Purana Kassapa, Makhali Gosala, Ajita Kesakambali, Pakudha Kaccayana, Sanjaya Belatthiputta y Nigantha

Nataputta. Desearía saber si alguno de ellos ha alcanzado la verdadera Iluminación”.

El Buda respondió: “Subhadda, no es necesario discutir ahora si han alcanzado o no la Iluminación. El Tathagata te enseñará el camino con el que tú podrás alcanzar la Iluminación”.

El Buda habló al asceta sobre el Noble Camino Óctuple y concluyó diciendo: “Subhadda, donde quiera que se practique realmente el Noble Camino Óctuple, hallarás a personas que han alcanzado la Iluminación. Si sigues el camino, tú también lograrás esa meta sublime”.

El corazón del asceta se abrió de repente llenándose de una felicidad

inmensa y le pidió al Buda que le aceptara como monje. El Buda le dijo al venerable Anuruddha que efectuara la ceremonia de ordenación en ese mismo momento y en ese mismo lugar. Subhadda fue el último discípulo que recibió el Buda.

Después de afeitarse la cabeza, recibió los preceptos y, luego, un hábito y un cuenco. El Buda miró a los monjes sentados a su alrededor. Muchos monjes de los pueblos vecinos se habían acercado, sumando ahora un total de quinientos. El Buda les dijo: “¡Monjes! Si tenéis alguna duda o confusión con respecto a la enseñanza, ahora es el momento de preguntar al Tathagata. No dejéis pasar esta oportunidad.

No vaya a ser que después tengáis que arrepentiros diciendo, ‘aquél día me encontré cara a cara con el Buda y permanecí callado’”.

Por tres veces repitió el Buda estas palabras pero ningún monje habló.

El venerable Ananda exclamó: “¡Señor, es maravilloso! Tengo fe en la comunidad de monjes. Tengo fe en la Sangha. Todo el mundo ha comprendido claramente tu enseñanza. Nadie tiene dudas ni confusión acerca de tu enseñanza o del camino a seguir para alcanzar la meta”.

El Buda dijo: “Ananda, hablas desde la fe, mientras que el Tathagata tiene conocimiento directo y sabe que todos los monjes aquí presentes poseen

fe profunda en las Tres Joyas y que hasta el último de ellos ha obtenido, como mínimo, el logro de la Entrada en la Corriente”.

Tras contemplar serenamente a la comunidad, el Buda habló. “Monjes, escuchad lo que el Tathagata dice ahora. Los dharmas son transitorios. Si hay nacimiento hay muerte. ¡Sed diligentes en vuestros esfuerzos por alcanzar la liberación!”.

El Buda cerró los ojos. Había pronunciado sus últimas palabras. La tierra tembló. Las flores *sal* cayeron en forma de lluvia. Todo el mundo se estremeció. Sabían que el Buda había pasado al Nirvana.

*Lector, por favor, deja
de leer un momento
y observa la respiración
durante unos minutos antes
de proseguir.*

El Buda había muerto. Algunos monjes alzaron los brazos y se echaron al suelo sollozando, “¡el Buda ha fallecido! ¡El Buda nos ha dejado! ¡Los ojos del mundo ya no están con nosotros! ¿En quién tomaremos refugio ahora?”.

Mientras unos monjes lloraban y se retorcían, otros permanecían sentados en silencio, observando la respiración y meditando en la enseñanza del Buda. El

venerable Anuruddha tomó la palabra, “hermanos, ¡no lloréis ni os lamentéis! El Buda, nuestro Maestro, nos ha enseñado que en el nacimiento está la muerte, en la generación la disolución, en la unión la separación. Si comprendéis y seguís la enseñanza del Buda, pondréis fin a este alboroto inmediatamente. Por favor, sentaos y contemplad la respiración. Ahora, permaneceremos en silencio”.

Todo el mundo retomó su lugar y acató las instrucciones del venerable Anuruddha. Al cabo de un rato, Anuruddha, seguido de los monjes, comenzó a recitar varios sutras que todos conocían de memoria y que hablaban de la transitoriedad, de la

vacuidad de un yo, del no-apego y de la liberación. La serena dignidad de la Sangha fue restablecida.

Los mallas encendieron sus antorchas. El sonido de los cantos resonaba de forma impresionante en la oscura noche, mientras todos los presentes se concentraban plenamente en las palabras de los sutras. Después de una larga recitación, el venerable Anuruddha impartió un discurso sobre el Dharma ensalzando los logros espirituales del Buda —su sabiduría, compasión, virtud, concentración, alegría y ecuanimidad—. Cuando acabó de hablar, el venerable Ananda relató bellos episodios de la vida del Buda. A lo largo de la noche, los dos venerables

se relevaron para tomar la palabra. Los quinientos monjes y los trescientos discípulos laicos escuchaban en silencio. A medida que unas antorchas se extinguían, otras se encendían en su lugar.

Y así, hasta que despuntó el día.

Capítulo ochenta y uno

CAMINO VIEJO, NUBES BLANCAS



AL amanecer, el venerable Anuruddha dijo al venerable Ananda, “hermano, ve a Kusinara y notifica el fallecimiento de nuestro Maestro a las autoridades para que hagan los preparativos necesarios”.

El venerable Ananda se puso el hábito exterior y partió a la ciudad. Los dignatarios mallas estaban reunidos tratando sobre cuestiones locales. Según fueron informados del fallecimiento del

Buda, expresaron sus sinceras condolencias y, dejando de lado todos los asuntos, comenzaron con los preparativos del funeral. Para cuando el sol alcanzó la cima de los árboles, todo el pueblo de Kusinara estaba ya al corriente del triste suceso. Muchos se golpeaban en el pecho y sollozaban, lamentando no haber podido contemplarle y postrarse a sus pies antes de su desaparición. La gente de la ciudad acudió al bosque con flores, incienso, instrumentos musicales y estandartes de tela. Se postraban ante el cuerpo del Buda y le ofrecían incienso y flores. Entonaban cantos, realizaban danzas especiales y colgaban coloridos banderines por todo el bosque. Cada

día, los quinientos monjes recibían ofrendas de comida. En muy poco tiempo, una atmósfera festiva se había adueñado en el bosque de árboles *sal*. De vez en cuando, el venerable Anuruddha hacía sonar una gran campana para invitar a los presentes a guardar silencio y, seguidamente, dirigía la recitación de algunos pasajes de los sutras.

Durante seis días y seis noches, las gentes de Kusinara y de la vecina ciudad de Pava acudieron para ofrecer flores, incienso, danzas y música. El espacio entre los dos árboles *sal*, se cubrió enseguida de una tupida alfombra de flores *mandarava* y de otras especies. El séptimo día, las autoridades mallas

se bañaron en aguas perfumadas con incienso, se vistieron para la ocasión y portaron el cuerpo del Buda a Kusinara. Atravesaron la ciudad, salieron por la puerta Este y llegaron finalmente a Makut-Bandhana, el templo principal de los mallas.

Las autoridades locales habían preparado un funeral digno de un rey. El cuerpo del Buda fue envuelto en numerosas capas de tela y depositado en un ataúd de hierro que, a su vez, se introdujo en otro mayor. Fue colocado finalmente sobre una gran pira funeraria de fragante madera.

Había llegado la hora de encender la pira pero, justo en el momento en que las autoridades se acercaban con sus

antorchas, un hombre a caballo llegó con un mensaje de Mahakassapa rogando que le esperaran, pues el venerable, en compañía de quinientos monjes, llegaría pronto desde Pava para asistir al funeral.



*Durante seis días y seis
noches,
las gentes de Kusinara y
de la vecina ciudad de
Pava
acudieron para ofrecer
flores, incienso, danzas y
música.*

El venerable Mahakassapa estaba enseñando el Dharma en Campa, cuando le informaron de la irrevocable decisión del Buda de abandonar su cuerpo en unos pocos meses y su deseo de, antes, viajar al norte. Mahakassapa se puso en camino inmediatamente para reunirse con Él. Allí por donde pasaba, los

monjes le pedían permiso para acompañarle y, cuando llegaron a Bhandagama, eran ya quinientos. En Pava, se encontraron a un viajero que venía en dirección opuesta con una flor *sal* prendida de su camisa. El hombre les informó que el Buda había fallecido hacía seis días en el bosque de árboles *sal* cerca de Kusinara. Con estas noticias, Mahakassapa y los monjes se pusieron en camino sin perder un segundo. Un hombre a caballo aceptó llevar un mensaje de su parte al venerable Anuruddha avisándole de que llegarían pronto y de que deseaban asistir al funeral.

Al mediodía, el venerable Mahakassapa y los quinientos monjes

entraron en el templo de Makuta-Bandhana. El venerable cubrió su hombro derecho con su hábito, juntó las palmas de las manos y, solemnemente, dio tres vueltas alrededor del altar. Luego, se postró ante el Buda junto con los quinientos monjes. Después de la tercera postración, se prendió fuego a la pira. Todo el mundo, monjes y laicos por igual, se arrodillaron y unieron las palmas de sus manos. El venerable Anuruddha hizo sonar la campana y dirigió la recitación de diversos pasajes sobre la transitoriedad, la vacuidad de un yo, el no-apego y la liberación. El sonido era realmente majestuoso.

Cuando el fuego se extinguió, vertieron perfume sobre las cenizas. El

féretro se abrió y las autoridades conservaron las reliquias del Buda en una jarra de oro que los discípulos más antiguos se turnaban para custodiar. Hacía ya varios días que se habían enviado mensajes a otras ciudades anunciando el fallecimiento del Buda. Delegaciones de Magadha, Vesali, Sakya, Koliya, Bulaya, Pava y Vetha acudieron para presentar sus respetos. Las reliquias se dividieron en ocho partes que se conservarían en el interior de otras tantas estupas. La gente de Magadha haría una estupa en Rajagaha, los licchavis construirían una en Vesali, los sakya la erigirían en Kapilavatthu, el pueblo de Bulaya en Allakappa, la gente de Koliya en Ramagama, la de Vetha en

Vethadipa y los mallas, en Kusinara y Pava.

Cuando las distintas delegaciones regresaron a su país, los monjes volvieron a sus localidades para practicar e impartir la enseñanza. Los venerables Mahakassapa, Anuruddha y Ananda llevaron el cuenco de mendicante del Buda al Monasterio del Bosque de Bambú.

Un mes más tarde, el venerable Mahakassapa organizó una asamblea de monjes, en Rajagaha, con el propósito de reunir todos los sutras y preceptos que el Buda les había enseñado. Quinientos monjes serían seleccionados en función de su experiencia y posición en la Sangha. La asamblea comenzaría

con la estación del retiro y finalizaría seis meses más tarde.

El venerable Mahakassapa estaba considerado, en la Sangha del Buda, como el cuarto discípulo de más alto rango después de Kondanna, Sariputta y Moggallana, y era sumamente apreciado por su modo de vida simple y su humildad. El Buda había depositado en él toda su confianza y le amaba profundamente. Todo el mundo en la Sangha estaba al corriente de la siguiente anécdota: unos veinte años antes, el venerable Mahakassapa se confeccionó un hábito con varios cientos de trozos de tela desechada y, un día, después de doblarlo, invitó al Buda a sentarse sobre él. El Buda comentó que

ese *sanghati* era un asiento muy cómodo y el venerable Mahakassapa se lo ofreció. El Buda lo aceptó con una sonrisa y, a cambio, le regaló el suyo. Todo el mundo sabía también que aquella vez en Jetavana, cuando el Buda mostró una flor de loto a la asamblea sin decir una palabra, el único monje que sonrió fue Mahakassapa. Había recibido, pues, la transmisión del tesoro del Dharma del Buda.

El rey Ajatasattu se hizo cargo de la gestión financiera durante la asamblea. El venerable Upali, que gozaba de gran consideración por su profundo conocimiento de los preceptos, fue invitado a recitarlos todos ante la asamblea, explicando asimismo las

condiciones y las situaciones específicas que llevaron a la creación de cada uno de ellos. Al venerable Ananda se le invitó a recitar todos los discursos de Dharma impartidos por el Buda, incluyendo los detalles sobre el tiempo, el lugar y la situación en que se originaron.

La presencia de quinientos respetables monjes era necesaria porque, como es natural, los venerables Upali y Ananda no podían recordar cada detalle. Durante esa reunión especial, se recogieron todos los preceptos en lo que se denominó el *Vinaya pitaka*, la cesta de la disciplina, y todos los discursos del Buda en *El Sutra pitaka* o cesta de los sutras. Los sutras se dividieron a su

vez en cuatro categorías de acuerdo con su extensión y tema. El venerable Ananda declaró a la asamblea que el Buda le había sugerido que abandonaran los preceptos menores después de su muerte. Pero cuando se le preguntó a qué preceptos se refería el Buda, Ananda tuvo que admitir que olvidó preguntárselo. Después de una larga discusión, los monjes decidieron preservar todos los preceptos, tanto para los monjes como para las monjas.

Recordando las palabras del Buda, todos estuvieron de acuerdo en no traducir los sutras a la métrica clásica de la lengua védica. Los sutras y los preceptos se habían transmitido principalmente en *ardhamagadhi*. La

asamblea decidió apoyar la traducción de los sutras a otras lenguas y dialectos con el fin de que la gente pudiera estudiarlos en su lengua materna. También decidieron aumentar el número de *bhanakas*, monjes cuya tarea consistía en recitar los sutras para transmitirlos tanto a las generaciones presentes como a las futuras.

Cuando terminó la reunión, todos los monjes regresaron a sus centros para proseguir con la práctica y la transmisión de la enseñanza.



El venerable Svasti, de pie, a orillas del río Neranjara, contemplaba el fluir de las aguas. Los jóvenes cuidadores de búfalos, en la otra orilla,

se preparaban para vadear el río con sus animales. Cada niño llevaba consigo una hoz y una cesta que luego llenaría con hierba *kusa* mientras los búfalos pacían; él también lo había hecho cuarenta y cinco años atrás.



*El venerable Svasti
contemplaba
a los jóvenes cuidadores
de búfalos mientras
vadeaban el río
Neranjara.*

El Buda se había bañado en ese mismo río. Ahí estaba el árbol *bodhi*, más verde y saludable que nunca. El venerable Svasti había dormido bajo sus frondosas ramas aquella noche. El bosque ya no era el lugar silencioso y solitario de antaño; se había retirado la maleza de una buena parte del mismo y el árbol *bodhi* era ahora en un lugar de peregrinación.

Svasti se sentía honrado por haber sido uno de los quinientos monjes invitados a participar en la asamblea. Tenía ahora cincuenta y seis años y hacía cinco que el venerable Rahula, su mejor amigo en el camino, había fallecido. Rahula era la encarnación misma de la entrega esforzada y diligente. A pesar de ser de sangre real, había vivido en la más auténtica simplicidad. Su modestia le impidió hablar de sus grandes logros en la difusión del Dharma.

El venerable Svasti había acompañado al Buda en su último viaje desde Rajagaha hasta Kusinara y estuvo con Él en las últimas horas de su vida.

Svasti recordó que, en el camino

desde Pava a Kusinara, Ananda le había preguntado al Buda a dónde se dirigía y el Buda había respondido: “Hacia el norte”. Svasti lo entendió. Durante toda su vida, el Buda había viajado sin pensar en el destino, dando cada paso con atención consciente, disfrutando del momento presente. Como un príncipe elefante que regresa a su tierra natal cuando sabe que ha llegado su hora, el Buda se dirigía al norte en los últimos días de su vida. No necesitaba llegar a Kapilavatthu o a Lumbini antes de pasar al Nirvana. Bastaba con caminar en esa dirección. Kusinara, de hecho, estaba considerada como los jardines de Lumbini.

Atraído del mismo modo por su

tierra natal, el venerable Svasti había regresado el día anterior, a orillas del río Neranjara. Ese era su hogar. Todavía se sentía como un niño de once años que cuidaba los búfalos de otro hombre para dar de comer a sus hermanos pequeños. El pueblo de Uruvela no había cambiado. Las papayas seguían creciendo frente a cada una de las casas. Los campos de arroz estaban aún ahí. El apacible río seguía fluyendo y los cuidadores de búfalos todavía bañaban a los animales en sus aguas. Sujata ya no vivía en el pueblo y cada uno de sus hermanos habían formado una familia y se había trasladado a otro lugar. Pero Uruvela sería siempre el hogar de Svasti. Recordó la primera vez que vio

al joven monje Siddhartha practicando la meditación mientras caminaba por el bosque. Recordó todas aquellas comidas que los niños del pueblo habían compartido con Siddhartha bajo la fresca sombra del árbol *pippala*. Las imágenes de aquella época parecían cobrar vida. Cuando los cuidadores de búfalos vadearan el río, se les acercaría y les hablaría. Cada uno de esos niños era Svasti. Hacía mucho tiempo, el Buda le había brindado la oportunidad de entrar en el camino de la paz, la alegría y la liberación; él enseñaría ahora ese mismo camino a estos niños.

Svasti sonrió. Un mes antes, en Kusinara, el venerable Mahakassapa habló de un encuentro que tuvo con un

joven monje llamado Subhada que viajaba con él a Pava.

Cuando Subhada supo que el Buda había fallecido, comentó descaradamente, “el viejo ha muerto. A partir de ahora somos libres. Nadie podrá sermonearnos ni hacernos reproches”. El venerable Mahakassapa se quedó paralizado al oír un comentario tan absurdo, pero no le dijo nada.

Sin embargo, no escatimó palabras con el venerable Ananda, a pesar de ser éste uno del discípulos más antiguos y respetados. La presencia del venerable Ananda en la asamblea era esencial para recoger con exactitud todos los sutras. No obstante, tres días antes de que comenzara la reunión, Mahakassapa le

dijo a Ananda que estaba considerando seriamente prescindir de su participación en la asamblea puesto que no había alcanzado todavía la verdadera realización. Los otros monjes temieron que Ananda se sintiera ofendido por ese comentario y decidiera marcharse, pero Ananda se retiró simplemente a su cabaña y cerró la puerta. Permaneció tres días y tres noches en profunda meditación y, poco antes del amanecer, el día en que comenzaba la asamblea, alcanzó el Gran Despertar. Después de practicar la meditación durante toda la noche, decidió descansar un poco y, en el momento mismo en que se recostó sobre la estera, alcanzó la Iluminación.

Aquella mañana, cuando

Mahakassapa se encontró con Ananda, le miró directamente a los ojos y supo instantáneamente lo que había ocurrido. Le dijo solamente que le vería en la asamblea.

Svasti alzó la mirada y vio las nubes blancas flotando en el cielo azul. El sol estaba ya alto y la verde hierba brillaba en la luz de la mañana. El Buda había recorrido muchas veces ese mismo camino. Sus huellas estaban por doquier y, con cada paso consciente, Svasti sabía que caminaba sobre ellas. Las mismas nubes que el Buda había contemplado flotaban hoy en el cielo. Cada paso sereno traía a la vida el *Camino viejo, nubes blancas* del Buda; su camino se hallaba justo bajo sus pies.

El Buda había desaparecido, pero el venerable Svasti veía su presencia por doquier. Las semillas del árbol *bodhi* habían sido sembradas por toda la cuenca del Ganges. Habían prendido en árboles fuertes y sanos. Cuarenta y cinco años antes, nadie había oído hablar del Buda o del Camino del Despertar. Ahora era frecuente encontrar a monjes y monjas de hábito color azafrán. Se habían abierto muchos centros de Dharma. Los reyes y sus familias habían tomado los Refugios, al igual que muchos eruditos y oficiales. Los miembros más pobres y oprimidos de la sociedad habían hallado refugio en el Camino del Despertar. Hacía cuarenta y cinco años, Svasti era un niño intocable

cuidador de búfalos. Hoy era un monje que había trascendido todas las barreras de castas y prejuicios y que había sido respetuosamente recibido incluso por los reyes.

¿Quién era este Buda capaz de producir un cambio tan profundo en la sociedad? El venerable Svasti se hacía esta pregunta mientras contemplaba a los niños atareados cortando la hierba *kusa* que crecía en la orilla. Aunque muchos de los discípulos más aventajados habían muerto, aún había muchos monjes que demostraban gran determinación y comprensión. Buena parte de ellos eran aún jóvenes.

El Buda era como la semilla de un poderoso árbol *bodhi* que se había

abierto para que las raíces arraigaran con fuerza en la tierra. Quizá, la gente no veía la semilla cuando miraba el árbol, pero ahí estaba. No había perecido. Se había convertido en árbol. El Buda enseñó que no hay nada que pase de la existencia a la no-existencia. El había cambiado de forma, pero seguía estando presente. Cualquier persona capaz de una contemplación profunda podría verle en la Sangha; podría verle presente en los jóvenes monjes diligentes, bondadosos y sabios. El venerable Svasti comprendió que tenía la responsabilidad de alimentar el cuerpo del Dharma del Buda. El cuerpo del Dharma eran la enseñanza y la comunidad. Mientras el Dharma y la

Sangha permanecieran fuertes, el Buda estaría presente.

El venerable Svasti sonrió al ver cruzar a los niños hasta su orilla. Si él no les aportaba ecuanimidad, alegría y paz, ¿quién lo haría? El Buda había iniciado el trabajo. Sus discípulos tendrían que continuarlo. Las semillas del árbol *bodhi* que el Buda sembró seguirían echando raíces por todo el mundo. El venerable Svasti sentía como si el Buda hubiera sembrado diez mil preciosas semillas en la tierra de su propio corazón y estaba dispuesto a cuidarlas delicadamente para que se convirtieran en fuertes y saludables árboles *bodhi*. La gente decía que el Buda había muerto y, sin embargo, él

veía que estaba más presente que nunca. Estaba presente en su mente y en su cuerpo; estaba presente allí donde miraba: en el árbol *bodhi*, en el río Neranjara, en la verde hierba, en las nubes blancas, en las hojas. Los cuidadores de búfalos eran el propio Buda. El venerable Svasti sentía una conexión especial con ellos. Enseguida se les acercaría y les hablaría. Ellos también podrían continuar la tarea del Buda. Svasti comprendía que proseguir con esa tarea significaba mirar todas las cosas con conciencia despierta, caminar con paso apacible y sonreír con compasión tal y como lo había hecho el Buda.

El Buda era la fuente. El venerable

Svasti y los jóvenes cuidadores de búfalos, los ríos que brotaban de ella; allí donde fluyeran, estaría el Buda.

FIN

APÉNDICES

Abreviaciones empleadas para los sutras

*LA transliteración en chino es del
Tripitaka Revisado de Taisho*

T.	Tripitaka Revisado de Taisho
Tch'ang	Tch'ang A Han King (T. 1) (Dirghagama)
Tchong	Tchong A Han King (T. 25) (Madhyagama)
Tsa	Tsa A Han King (T. 99) (Samyuktagama)
Tseng	Tseng Yi A Han King (T. 125) (Ekottaragama)

Sv.	Sutta-vibhanga
Para.	Parajika-pali
Mv.	Mahavagga
Cv.	Cullavagga
Kh.	Khandhaka
D.	Digha-nikaya
M.	Majjhima-nikaya
S.	Samyutta-nikaya
A.	Anguttara-nikaya
Kh.	Khuddaka-nikaya
Khp.	Khuddaka-patha
Ud.	Udana
Iti.	Itivuttaka
Sn.	Sutta-nipata
Dh.	Dhammapada
Thag.	Theragatha

Thig. Therigatha

Jat. Jatakapali

Yin. Vinaya

Nota del autor

EN mi investigación y en la escritura de este libro, me he inspirado casi exclusivamente en los textos del llamado “Vehículo menor”, empleando intencionadamente pocos escritos del mahayana para demostrar que las ideas y doctrinas más expansivas asociadas a éste se encuentran ya en los primeros *Nikayas* pali y *Agamas* chinos. Basta con leer estos sutras con mente abierta para comprender que todos ellos pertenecen al budismo, tanto los de la Tradición del Norte como los de la del Sur.

Los sutras mahayana ofrecen un

modo más liberal y amplio de contemplar y comprender las enseñanzas básicas del budismo, impidiendo su declive que podría resultar de un aprendizaje y una práctica excesivamente literales y rígidos. Los sutras mahayana nos ayudan a descubrir la profundidad de los textos *Nikayas* y *Agamas* y son como una luz proyectada sobre un objeto bajo el microscopio; un objeto que ha sido, de alguna manera, distorsionado por medios artificiales de preservación. Naturalmente, los *Nikayas* y los *Agamas* están más cerca de la forma original de la enseñanza del Buda, pero han sido alterados y modificados por la comprensión y la práctica de las tradiciones que las han transmitido. Los

eruditos y los practicantes contemporáneos deberían ser capaces de restablecer el budismo de los orígenes partiendo de los textos disponibles en las dos tradiciones, la del Norte y la del Sur. Debemos familiarizarnos con los escritos de ambas corrientes.

Me he abstenido de describir los numerosos milagros que se citan a menudo en los sutras para embellecer la vida del Buda. Él mismo aconsejó a sus discípulos que no perdieran tiempo ni energía en el logro y el empleo de los poderes sobrenaturales. No obstante, he incluido muchas de las dificultades que encontró durante su vida causadas por la sociedad civil y por sus propios discípulos. Si el Buda aparece en este

libro como un hombre próximo a nosotros es, en parte, gracias al relato de tales dificultades.

He conservado la versión pali de la mayor parte de los nombres de las personas, los lugares y los términos técnicos budistas por ser ésta más fácil de pronunciar empleando, no obstante, la versión sánscrita de los nombres y términos con los que los occidentales están familiarizados como: Siddhartha, Gautama, Dharma, sutra. Nirvana, karma, atman y bodhisalva. Una lista de los numerosos equivalentes pali sánscrito se encuentra al final del apéndice.

Fuentes y contenidos de los capítulos

PRIMERA PARTE

Capítulo uno: Andar, sólo andar

RESUMEN: El Buda se detiene en el pueblo de Uruvela, cerca del río Neranjara, y conduce a Svasti al Monasterio del Bosque de Bambú, en Rahagaha, para su ordenación como monje. Svasti conoce a Rahula.

Fuentes: Fo Chouo Fou Yao King

(T. 186), Fo So Hing Tsan (T. 192), Fo Pen Hing Tsi King (T. 190), Fo Chouo Fang Nieou King (T. 123), Lalitavistara; Buddhacarita.

Nota adicional: Svastika, el joven que corta hierba *kusa*, se menciona en Lalitavistara, T. 186 y T. 187. Una traducción francesa del Lalitavistara, por P. Foucaux puede hallarse en los Anales del Museo Guimet, volumen VI (1884) y volumen XIX (1892).

Capítulo dos: El cuidado de los búfalos de agua

El Buda pronuncia *El Sutra sobre el cuidado de los búfalos de agua*. Svasti confiesa a Rahula que echa de menos a

su familia. Rahula le dice a Svasti que el venerable Ananda desea conocerle.

Culagopalaka Sutta (M. 34); Mahagopalaka Sutta (M. 33); A. 11, 18; Fo Chouo Fang Nieou King (T. 123) (Tseng 43, 6); Fang Nieou King (Tseng 49, 1).

El contenido de *El Sutra sobre el cuidado de los búfalos de agua* en este capítulo ha sido extraído del T. 123. Los detalles sobre el modo de cuidar búfalos de agua se mencionan asimismo en Tseng 43. 6; Tseng 49, 1; M. 34 y M. 33.

Capítulo tres: Un haz de hierba kusa

Svasti se encuentra por primera vez con

Siddhartha y le ofrece hierba *kusa* para que emplee como asiento de meditación.

Fo Chouo Yao King (T. 186); Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 186); Lalitavistara: Buddhacarita; Fo Chouo Fang Nieou King (T. 123).

Capítulo cuatro: El cisne herido

Svasti conoce a Sujata. Siddhartha les cuenta la historia del cisne herido por la flecha de Devadatta.

Fo Chouo Fou Yao King (T. 186); Fo Pen Hing Tsi King (T. 190); Lalitavistara; Buddhacarita.

Capítulo cinco: Un cuenco de leche

Sujata encuentra a Siddhartha desmayado cerca del río.

Fo So Hing Tsan (T. 192); Fo Chouo Fou Yao King (T. 186); Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T 187); Lalitavistara; Buddhacarita.

El Buddhacariia menciona a una niña llamada Nandabala que ofrece un cuenco de leche al Buda. Es posible que Nandabala y Sujata sean la misma persona.

Capítulo seis: Bajo el yambo

Nace el príncipe Siddhailha. Asila Kaladeva visita el palacio Siddhartha asiste al ritual del arado de los campos. Se sienta en meditación por primera vez.

Acchariya-abbhuta Sutta (M 123).

Mahapadana Sutta (D. 14). Nalaka Sutta (Sn III 11); Fo So Hing Tsan (T. 192). Fo Chouo Fou Yao King (T. 186), Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187); Fo Pen Hing Tsi King (T. 190); Buddhacarita.

El Fo So Hing Tsan (T. 192). La traducción del Huddhacarita Sulla, es tratado en forma abreviada bajo el nombre de Buddhacarita. Su autor es Ashvaghosha. El Buddhacarita fue traducido en 1893 por E. B. Cowell e imprimido en el volumen XLVI de los Libros Sagrados de Oriente. El Fo So Hing Tsan fue también traducido al inglés por S. Beal, bajo el nombre *La leyenda romántica del Buda Sakya*, publicado en Londres en 1875.

En la Tradición del Sur, el sueño y el embarazo de la reina Mahamaya así como el nacimiento de Siddhartha están recogidos en M. 123 y en D. 14. La visita del ermitaño Asita se relata en Sn. III, 11.

Capítulo siete: Un elefante blanco para el vencedor

Siddhartha profundiza en sus estudios. Se opone a la filosofía y el modo de vida de los brahmanes. Asiste a una competición de artes marciales organizada por Dandapani.

Fo Chouo Fou Yao King (T. 186); Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187); Fo Fen Hing Tsi King (T. 190);

Lalilavistara; Buddhacarita.

Capítulo ocho: El collar enjoyado

Siddhartha se encuentra con Yasodhara en una humilde aldea. La reina Gotami obsequia a las jóvenes del reino.

Fo Chouo Fou Yao King (T. 186);
Fo Pen Hing Tsi King (T. 190);
Lalitavistara; Buddhacarita.

Capítulo nueve: El camino de la compasión

Siddhartha y Yasodhara celebran su boda y viajan por todo el reino. La reina Gotami y Yasodhara unen sus esfuerzos para ayudar a los necesitados.

A. III. 38; Fo Chouo Fou Yao King (T. 186); Fo Pen Hing Tsi king (T. 190); Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187); Lalitavistara; Buddhacarita.

La ofrenda del rey a Siddhartha de los tres palacios se menciona en A. III. 38.

Capítulo diez: Esperando un bebé

Siddhartha se prepara para reinar. Yasodhara anuncia su embarazo.

Fo Chouo Fou Yao King (T. 186); Fo Pen Hing Tsi King (T. 190); Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187); Lalitavistara; Buddhacarita.

Capítulo once: Flauta de luz de

luna

Siddhartha toca la flauta mientras que Anuruddha escucha. Yasodhara da a luz Rahula.

Fo Chouo Fou Yao King (T. 186);
Fo Pen Hing Tsi King (T. 190); Fang
Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187);
Lalitavistara; Buddhacarita.

Capítulo doce: Kanthaka

En una excursión primaveral, Siddhartha encuentra a un moribundo. Yasodhara tiene tres sueños que anuncian la partida de Siddhartha. Siddhartha pide permiso a su padre para hacerse monje. Éste se opone. Siddhartha abandona el palacio

en plena noche después de una fiesta.

Fo Chouo Fou Yao King (T. 186);
Fo Pen Hing Tsi King (T. 190); Fang
Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187);
Lalitavistara; Buddhacarita.

*Capítulo trece: Los inicios de la
práctica espiritual*

Siddhartha cruza el río Anoma y le dice a Channa que regrese al palacio con Kanthaka portando su pelo, su collar y su espada. Siddhartha cambia su ropa principesca por un hábito de monje con un cazador y conoce a un monje. El monje conduce a Siddhartha hasta el centro espiritual del maestro Alara Kalama. Siddhartha aprende a mendigar

y a practicar la meditación sentado, los cuatro dhyanas y tres de las concentraciones sin forma.

Fo Chouo Fou Yao King (T. 186); Fo Pen Hing Tsi King (T. 190); Lalitavistara; Buddhacarita; Pasarasi Sutta (M. 126); Mahasaccaka Sutta (M. 36).

Los estudios de meditación de Siddhartha con el maestro Kalama, su logro del Reino de la No-Materialidad y su separación del maestro Kalama se citan en M. 26 y Tchong 204. Éstos se mencionan también en M. 36, M. 85, M. 100, Tsa 110 y Wou Fen Liu (T. 1421).

Capítulo catorce: Al otro lado del Ganges

Siddharta deja al maestro Kalama y entra en Magadha, tras cruzar el Ganga (río Ganges), en busca de otro maestro espiritual. Se encuentra con buscadores de diferentes sectas. Conoce al rey Bimbisara y se dirige al centro espiritual de Uddaka Ramaputta.

Fo Chouo Fou Yao King (T. 186);
Fo Pen Hing Tsi King (T. 190);
Lalitavistara; Buddhacarita; Pabbajja Sutta (Sn. III, 1); Pasarasi Sutta (M. 26);
Mahasaccaka Sutta (M. 36);
Bodhirajakumara Sutta (M. 85), Tsa 107.

El encuentro de Siddhartha con el rey Bimbisara se cita en Sn. III, 1.

Capítulo quince: El asceta del

bosque

Siddhartha alcanza el Reino de Ni Percepción ni No-Percepción bajo la dirección del maestro Ramaputta. No habiendo logrado tampoco su propósito con este maestro, Siddhartha se instala en la montaña Dangsiri para un periodo de ascetismo y ayuno. Abandona tales mortificaciones y vuelve a alimentarse normalmente. Sus cinco amigos le dejan. Gautama practica bajo el árbol *pippala*.

Fo Chouo Fou Yao King Z (T. 186);
Fo Pen Hing Tsi King (T. 190); Pabbajja
Sutta (Sn. III, 1); Pasarasi Sutta (M. 26);
Mahasaccaka Sutta (M. 36);
Bodhirajakumara Sutta (M. 85);
Bhayabherava Sutta (M. 4); Wou Fen Liu

(T. 1421).

El logro de Siddhartha del Reino de Ni Percepción ni No-Percepción se recoge en M. 26. Sus esfuerzos por controlar el miedo se mencionan en M. 4 y en Tseng 23, 31. Sus prácticas de mortificación se citan en M. 36 así como en M. 85, M. 100 y Wou Fen Liu (T. 1421).

Capítulo dieciséis: ¿Estaba Yasodhara realmente dormida?

Svasti ruega a la monja Pajapati que le cuente la vida del Buda antes y después de hacerse monje.

Fo Chouo Fou Yao King (T. 186);
Fo Pen Hing Tsi King (T. 190);

Lalitavistara; Buddhacarita; Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187).

Capítulo diecisiete: Hoja de pippala

Bajo el árbol *pippala*, Gautama medita sobre la naturaleza de la vacuidad, la transitoriedad y la interdependencia de todas las cosas.

Fo Chouo Fou Yao King (T. 186); Fo Pen Hing Tsi King (T. 190); Lalitavistara; Buddhacarita; Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187); Tsa 287, Tseng 38.4.

El descubrimiento de Siddhartha de la naturaleza interdependiente de todas las cosas se recoge en S. XII, 65, Tsa 287 y en otros muchos sutras.

Capítulo dieciocho: La estrella matutina ha salido

Gautama medita en la naturaleza de la coproducción dependiente y en la naturaleza sin nacimiento ni muerte de todas las cosas. Alcanza los seis *abhijñas* y trasciende el nacimiento y la muerte. Alcanza el completo despertar. Esa mañana, recibe la visita de Svasti.

Fo Chouo Fou Yao King (T. 186); Lalitavistara; Buddhacarita; Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187); Mahasaccaka Sutta (M. 36); S. XII. 65; XXII. 26; Pasarasi Sulla (M.26). Dhammapada 153 – 154; Ud. I. 1 – 3.

El pasaje “Oh carcelero...” se cila en Dh. 153 – 154.

*Capítulo diecinueve: La
mandarina de la atención despierta*

Los niños del pueblo visitan a Gautama y traen consigo una cesta de mandarinas, cocos frescos y azúcar de palma. Gautama les enseña la práctica de la Plena Conciencia. Los niños le dan a Gautama el nombre de “Buda”, llaman su camino el “Camino del despertar” y el árbol *pippala*, “árbol bodhi”.

Lalitavistara; Nian Tchou King (Tchong 98); Satipatthana Sutta (M 10).

Las nociones sobre la Plena Conciencia han sido extraídas de M. 10 y Tchong 98.

Capítulo veinte. El ciervo

El Buda cuenta a los niños la historia de una de sus vidas previas que trata de la amistad entre un ciervo, una tortuga y una urraca.

Cheng King 0 154); Jalaka (Kh. 10); Siuan Tsi Po Yuan King (T. 200); Purnamukhavadanashataka; Lieou Tou Tsi King (T. 152).

Capítulo veintiuno: El estanque de lotos

El Buda visita un estanque de lotos y reflexiona sobre el modo de enseñar el camino. Se encuentra con el monje Upaka a quien pregunta sobre los

maestros Kalama y Ramaputta. Se despide de los niños del pueblo y se dirige a Varanasi para reunirse con sus cinco amigos.

Fo Chouo Fou Yao King (T. 186);
Fo Pen Hing Tsi King (T. 190);
Lalitavistara; Fang Kouang Ta Tchouang
Yen King (T. 187); Vin. Mv. Kh. I. S. VI,
1.

La comparación que se hace entre ciertas características de la gente con la flor del loto se encuentra en Vin. Mv. Kh. 1.

*Capítulo veintidós: Girando la
rueda del Dharma*

El Buda enseña el camino a sus cinco

amigos en el Parque del Ciervo.

Lalitavistara; Buddhacarita; Vin. Mv. Kh. 1; S. LVI, 11; Pasarasi Sutta M. 26; Fo Chouo Tchouan Fa Louen King (T. 109); Fo Chouo Pa Tcheng Tao King (T. 112).

El encuentro entre el Buda y los cinco amigos que practicaron las mortificaciones con Él se relata en Vin. Mv. Kh. 1 y S. LVI, 11.

Capítulo veintitrés: El néctar del Dharma

El Buda ordena a Yasa e instruye a los padres de éste sobre los cinco preceptos de los discípulos laicos.

Vin. Mv. Kh. 1; Fo Chouo Fou Yao

King (T. 186); Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187). La ordenación de Yasa se recoge en Vin. Mv. Kh. 1.

Capítulo veinticuatro: La toma de refugio

Cincuenta y cuatro amigos de Yasa piden la ordenación. El Buda envía a sus discípulos a enseñar el Dharma y formaliza el ritual de la ordenación.

Vin. Mv. Kh. 1; Sseu Fen Liu (T. 1428); Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187); Lalitavistara.

La mayor parte de los detalles contenidos en este capítulo se citan en Vin. Mv. Kh. 1.

Capítulo veinticinco: Música celestial

El Buda convierte a treinta jóvenes tocando la flauta.

Vin. Mv. Kh. 1; Sseu Fen Liu (T. 1428); Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187); Lalitavistara; Fo Chouo Fou Yao King (T. 186).

El episodio entre el Buda y los treinta jóvenes se relata en Vin. Mv. Kh. 1.

Capítulo veintiséis: El agua también se eleva

El Buda habla con Kassapa sobre la naturaleza del universo y el principio de

la interdependencia.

El Buda duerme en la sala del altar que arde en llamas durante la noche. El Buda explica la vacuidad y su diferencia con el nihilismo a Kassapa.

Vin. Mv. Kh. 1; Sseu Fen Liu (T. 1428); Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187); Lalitavistara; Fo Pen Hing Tsi King (T. 190).

La ordenación de los tres hermanos Kassapa se relata en Vin. Mv. Kh. 1.

Capítulo veintisiete: Todos los dharmas arden

El Buda enseña a Kassapa las Cuatro Verdades Nobles y le explica por qué no es necesario tener un yo separado para

alcanzar la liberación. Los tres hermanos Kassapa y sus novecientos discípulos solicitan la ordenación al Buda. El Buda pronuncia *El Sutra del Fuego*.

Vin. Mv. Kh. 1; Fo Pen Hing Tsi King (T. 190); Fo Chouo Fou Yao King (T. 186); S. XXXV, 28. *El Sutra del Fuego* se recoge en Vin. Mv. Kh. 1, así como en S. XXXV, 28.

Capítulo veintiocho: El bosque de las palmeras

El Buda regresa a Rajagaha con mil monjes. El rey Bimbisara junto con su familia y asistentes visitan al Buda para escuchar su discurso de Dharma.

Vin. Mv. Kh. 1; Lalitavistara; Fo Pen Hing Tsi King (T. 190); Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187).

Capítulo veintinueve: La coproducción dependiente

Muchas personas acuden al Bosque de las Palmeras para recibir la ordenación o convertirse en discípulos laicos. El venerable Kondanna da un discurso sobre las Tres Joyas. Gracias a su encuentro con Assaji, Sariputta y Moggallana piden ser ordenados por el Buda.

Vin. Mv. Kh. 1, 23, 1 ff.; Lalitavistara; Fo Chouo Fou Yao King (T. 186).

El *gatha* que recita Assaji a Sariputta se encuentra en Vin. Mv. Kh. 1, 23, 5.

SEGUNDA PARTE

Capítulo treinta: El bosque de bambú

El Buda y los monjes comparte una comida en el palacio. El Buda habla de los cinco preceptos como principios de vida que pueden crear paz y prosperidad duraderas para el reino. El Buda cuenta a los niños una historia de sus vidas previas sobre un árbol plumerilla. El rey Bimbisara ofrece el bosque de bambú al

Buda y a la Sangha.

Vin. Mv. Kh. 1; Jataka (Kh. 10); Siuan Tsi Po Yuan King (T. 200); Pumamukhavadanashataka; Lieou Tou Tsi King (T. 152); Cheng King (T. 154).

La invitación al palacio y el ofrecimiento del Bosque de Bambú por el rey Bimbisara se relatan en Vin. Mv. Kh. 1.

Capítulo treinta y uno: Regresaré en primavera

La comunidad de monjes organiza una estación de retiro en el Bosque de Bambú. Kaludayi es enviado por el rey Suddhodana para invitar al Buda a volver a su hogar. Kaludayi pide la

ordenación.

Vin. Mv. Kh. 1; Fo Chouo Fou Yao King (T. 186); Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 157): Lalitavistara; Thag.

El viaje de Kaludayi ordenado por el rey Suddhodana para invitar al Buda a que regrese se menciona en Thag. (527 – 33).

Capítulo treinta y dos: El dedo no es la luna

El Buda habla a Dighanakha del apego a los conceptos y de la naturaleza de las sensaciones. Su discurso provoca el despertar de Sariputta y Dighanakha pide la ordenación. Un rumor para manchar la reputación del Buda circula

por la capital.

Dighanakha Suita (M. 74); Tch'ang Tcho Fan Tche Ts'ing Wen King (T. 584).

Capítulo treinta y tres: La belleza que no se marchita

Ambapali y Jivaka visitan al Buda. El Buda habla a sus monjes sobre la belleza y la fealdad S. 47, I; Tsa 622; Mahapurinibhana Sulla (1). 16); Vin. Mv. Kh. 6; Jivaka Sutta (M 55).

Capítulo treinta y cuatro: El reencuentro

El Buda regresa a Kapilavalthu. El rey

Suddhodana entra en la ciudad para recibir al Buda. El Buda explica al rey el significado y el propósito de mendigar. Rahula le pregunta al Buda por su herencia. El Buda y su asistente son invitados a comer al palacio. El Buda cuenta la historia de su búsqueda espiritual.

Vin. Mv. Kh. I; Fang Kouang Tu Tchouang Yen King (I. 187), Lalitavistara.

Capítulo treinta y cinco: La luz del sol naciente

El Buda y la Sangha son invitados a comer en el palacio con los huéspedes del rey Suddhodana. El Buda imparte un

discurso sobre las Cuatro Verdades Nobles y sobre la meditación como medio de trascender el sufrimiento. Gotami y Yasodhara visitan al Buda en el Monasterio de Nigrodha.

Vin. Mv. Kh. 1.

Capítulo treinta y seis: El voto de las flores de loto

Yasodhara invita al Buda y a Kaludayi a comer en su palacio. El Buda cuenta a los niños de una humilde aldea la historia de una vida previa en la que Megha recibe de una joven unas flores de loto que ofrece al maestro iluminado Dipankara.

Siuan Tsi Po Yuan King (T. 200);

Fo Pen Hing Tsi King (T. 190);
Pumamukhavadanaskata; Jataka (Kh.
10); Cheng King (T. 154).

*Capítulo treinta y siete: Una
nueva fe*

Nanda y Rahula se unen a la Sangha. El
rey Suddhodana critica al Buda por
permitir que Rahula se haga monje. El
Buda da un discurso sobre política y
sobre el camino de la virtud.

Vin. Mv. Kh. 1; Sseu Fen Liu (T.
1428).

Las palabras del rey al Buda;
“Maestro, sufrí lo indecible cuando
abandonaste el hogar para hacerte
monje... el dolor es como un cuchillo

cortando mi piel, carne, huesos y médula...”, han sido extraídas, casi literalmente, de Vin. Mv. Kh. 1.

Capítulo treinta y ocho: ¡Oh felicidad!

Seis príncipes del clan Sakya abandonan sus hogares y piden la ordenación junto con un barbero. El Buda pasa la estación del retiro en el Bosque de Bambú. El venerable Baddhiya saborea las alegrías del Dharma. Mahakassapa recibe la ordenación.

Vin. Cv. Kh. 7; Ud. 11, 10; Sseu Fen Liu (T. 1428).

La experiencia de Baddhiya sobre las alegrías del Dharma se mencionan en

Vin. Cv. Kh. 7.

*Capítulo treinta y nueve:
Esperando el amanecer*

El mercader Sudatta va en busca del Buda antes del amanecer. Sudatta pide a Sariputta que le ayude a preparar la venida del Buda al reino de Kosala para enseñar el Dharma.

Vin. Cv. Kh. 6; S. X, 8; Tsa 592 y 593.

El primer encuentro de Sudatta con el Buda se describe en Vin. Cv. Kh. 6.

*Capítulo cuarenta: Cubrir de oro
la tierra*

Sudatta adquiere la plantación del príncipe Jeta para construir un monasterio para los monjes. El venerable Sariputta sale al encuentro del Buda. El Buda enseña el Dharma a los príncipes Licchavi. Vin. Cv. Kh. 6; S. X, 8; Sseu Fen Liu (T. 1428).

Capítulo cuarenta y uno: ¿Ha visto alguien a mi madre?

El Buda pasa la estación del retiro en Jetavana. Otras sectas religiosas expresan su desacuerdo con el concepto búdico del amor.

Piyajatika Sutta (M. 87); Tchong 216 (T. 26).

Capítulo cuarenta y dos: El amor es comprensión

El rey Pasenadi visita al Buda y recibe enseñanzas sobre el amor y la comprensión.

Piyajatika Sutta (M. 87); Ud. VI, 4; Metta Sutta (Sn. I, 8); Tchong 216 (T. 26).

El pasaje en que el Buda habla al rey sobre el joven príncipe, la pequeña serpiente, la chispa de fuego y el joven monje se halla en S. III. 1.

Capítulo cuarenta y tres: Todas las lágrimas son saladas

El Buda invita a Sunita, el porteador de

estíercol, a que se una a la Sangha de los monjes. El rey Pasenadi pregunta al Buda por qué ha aceptado en la Sangha a un intocable.

Fo Pen Hing Tsi King (T. 190); Fang Kouang Ta Tchouang Yen king (T. 187); Lalitavistara.

Capítulo cuarenta y cuatro: Los elementos volverán a reunirse

Nanda echa de menos a su prometida. El Buda vuelve a Vesali para la estación del retiro. El rey Suddhodana, en su lecho de muerte, pide al Buda que regrese. El Buda habla a su padre del nacimiento y la muerte y le ayuda a elegir un sucesor. Tras el funeral, la

reina Pajapati pide la ordenación. El Buda rechaza su petición.

Ud. 111,2; Vin.Cv. Kh. 10; A. Vil, 51; Fang Kouang Ta Tchouang Yen King (T. 187); Sseu Fen Liu (T. 1428).

La oposición del Buda a la ordenación de Gotami se menciona en Vin. Cv. Kh. 10 y en T. 1428. Referencias adicionales pueden encontrarse en A. VII, 51 y A. VII, 53.

Capítulo cuarenta y cinco: Abrir la puerta

Mahapajapati y sus compañeras demuestran su intención y capacidad para vivir la vida sin hogar. Ocho reglas se crean como requisito para que las

mujeres se ordenen.

Ud, 111, 2; Vin. Cv. Kh. 10; A. VIII, 51 – 53; Tchong 116 (T. 26); Tchong 130 (T. 26); Sseu Fen Liu (T. 1428); Wou Fen Liu (T. 1421).

El relato detallado de los esfuerzos de Mahapajapati y sus compañeras para ser aceptadas en la Sangha se expone en Vin. Cv. Kh. 10; T. 1428 y T. 1421.

Capítulo cuarenta y seis: Un manojo de hojas de simsapa

El Buda se ocupa del monje Malunkyaputta y de cuestiones esotéricas. Tras las disputas y la división en la Sangha de Kosambi, el Buda se retira solo al bosque y establece los seis principios para la armonía de la comunidad.

Vin. Mv. Kh. 10; Upakkilesa Sutta (M. 128); Culamalunkya Sutta (M. 63); Tchong 205 (T. 26); Tchong 221 (T. 26); S. 56, 31; Tsa 404; Fo Chouo Tsien Yu King (T. 94); Kulagosinga-Sutta (M. 31); Kosambiya Sutta (M. 48); Tchong 72 (T. 26).

El episodio con el monje Malunkyaputta puede encontrarse en M. 63 y Tchong 221 (T. 26). La división en la Sangha se recoge en Vin. Mv. Kh. 10 y M. 128. La armoniosa vida en comunidad de Anuruddha, Kimbila y Nandiya se relata en M. 128 y en Vin. Mv. Kh. 10.

Capítulo cuarenta y siete: Seguir el Dharma

El Buda pasa la estación del retiro en el Bosque de Rakkhita y entabla amistad con la reina de los elefantes. El Buda regresa a Savatthi. Sus discípulos más antiguos le preguntan cómo acoger a los monjes de Kosambi.

Vin. Mv. Kh. 10; Ud-IV, 5; Upakkilesa Sutta (M. 128).

La amistad entre el Buda y la elefanta se recoge en Vin. Mv. Kh. 10. Ver también Ud. IV. 5. El arrepentimiento y la reconciliación entre los monjes de Kosambi se cita en Vin. Mv. Kh. 10.

Capítulo cuarenta y ocho: Cubrir el barro con paja

Los discípulos más aventajados del Buda establecen las Siete Prácticas de Reconciliación.

Vin. Mv. Kh. 10; Sseu Fen Liu (T. 1428).

Las Siete Prácticas de Reconciliación son los últimos elementos en la lista de los preceptos de los monjes en las tradiciones del Norte y del Sur.

Capítulo cuarenta y nueve: Las lecciones de la tierra

Rahula cuenta a Svasti cómo se elaboraron los preceptos monásticos. El Buda se encuentra con un granjero que

acusa a los monjes de no ganarse la vida trabajando. El Buda enseña a Rahula la Palabra Correcta, la Plena Conciencia Correcta y las Cuatro Meditaciones Ilimitadas.

Ambalatthikarahulovada Sutta (M 61); Maharahulovada Sutta (M 62); Vin Sv Para 1 A VIII, 11; Kasibharadvaja Suita (Sn I. 4); Cularahulovada Sutta (M. 147); Tchong 14 (T. 26). Tsa 897 (T. 99); Tchong 200 (T. 26).

La acusación del granjero de que el Buda no ara la tierra ni planta semillas esta lomada de Sn I 4 y S. VII, 11 La instrucción del Buda a Rahula se halla en M. 62. M 147. Tseng 17, 1 (T. 125) Tchong 200 (T. 26).

Capítulo cincuenta: Un puñado de salvado

Veranja sufre una época de carestía. El Buda indica a Sariputta que no todos los preceptos han sido anunciados. Svasti tiene nostalgia de su tierra natal. El Buda enseña a Meghiya los Cuatro Modos de Establecer la Mente en la Plena Conciencia.

Vin. Sv. Para. I; Ud. IV. I; A. IX. 3; Tsa 897 (T. 99); Sseu Fen Liu (T. 1428).

La instrucción del Buda a Meghiya se cita en Ud. IV. I y A. IX. 3. De acuerdo con la Tradición del Sur, los preceptos completos son 227 para los monjes y 311 para las monjas. Según la Tradición del Norte que se basa

principalmente en Sseu Fen Liu (T. 1428) de la tradición Dharmagupta hay 250 preceptos para los monjes y 358 para las monjas.

Capítulo cincuenta y uno: El tesoro de la visión profunda

Rahula recibe la ordenación completa. El Buda le enseña la contemplación de los dieciocho reinos de la existencia. El Buda pronuncia *El Sutra sobre la Mejor Manera de Vivir Solo*. El Buda habla a un grupo de niños sobre la compasión. El Buda muestra un loto a la comunidad para abrirles a la experiencia directa de las maravillas de la vida.

S. XXI. 10: Melta Sutta (Sn. I, 8);

Ud. V. 4; Bhaddekaratta Sutta (M. 131); Ananda Bhaddekaratta Sutta (M. 132); Mahakaccana Bhaddekaratta Sutta (M. 133); Tseng 49. 10 (T. 125); Tchong 165, 166, 167 (T. 26); y Fo Chouo Tsouen Chang King (T. 77).

El encuentro entre el Buda y un grupo de niños que está dañando a los cangrejos puede hallarse en el Metta Sutta, Sn. I, 8. *El Sutra sobre la mejor manera de vivir solo* se ha tomado de M. 131. Ver también M. 132, M. 133, Tchong 165, 166, 167 (T. 26) y T. 77.

Capítulo cincuenta y dos: Campos de mérito

El Buda resuelve un conflicto entre

Sakya y Koliya y pasa la estación del retiro en Kapilavatthu. Regresa al Pico del Buitre. Sugiere a Ananda un nuevo modo de coser los hábitos. Visaka, una discípula laica, visita al Buda. Los discípulos más avanzados sugieren que Ananda sea el asistente del Buda y le piden al Buda que vuelva cada año a Savatti para la estación del retiro.

Vin. Mv. Kh. 8; Ud. VIII, 8; Sseu Fen Liu (T. 1428).

La idea del Buda de coser los hábitos como campos de mérito se menciona en Vin. Mv. Kh. 8. Visaka, la discípula laica se menciona en Vin. Mv. Kh. 8, Ud. VIII, 8 y T. 1428.

Capítulo cincuenta y tres: Vivir en

el presente

El Buda pronuncia el Satipatthana Sutta.
Convierte a Angulimala.

Satipatthana Sutta M. 10;
Mahasatipatthana Sutta (D. 22);
Angulimala Sutta (M. 86); Nian Tan
King (Tchong 1); Nian Chu King (Tchong
98) (T. 26); Tseng 12, 1 (T. 125); Yang
Kiue Mo lo King (T. 120).

El Satipatthana Sutta se encuentra
en tres documentos: M. 10, Tchong 98 y
Tseng 12, 1 (T. 125). Es el sutra
fundamental sobre la meditación. M. 10
proviene de la tradición Theravada,
Tchong 98 de la tradición Sarvastivada y
Tseng 12, 1 de la tradición
Mahasanghika. La historia de

Angulimala se relata en M. 86. En el canon chino, además de T. 120, hay varios sutras más que mencionan a Angulimala.

Capítulo cincuenta y cuatro: Vivid con atención consciente

Upali, el intelectual, abandona la secta Nigantha para seguir la enseñanza del Buda. El Monasterio de Jetavana es perturbado por falsas acusaciones.

Upali Sutta (M. 56); Lalitavistara; Tchong 133 (T. 26); Fo Chouo Fou Yao king (T. 186).

Capítulo cincuenta y cinco: La aparición de la estrella matutina.

El Buda cuida a un monje enfermo

de disentería. La monja Dhammadinna pronuncia un discurso sobre la vacuidad a los discípulos laicos Visakha y Sudatta y es ensalzada por el Buda. Se relatan las historias de las monjas Patacara y Uppalavanna.

Vin. Mv. Kh. 8; AV. 123 – 124; Culavedalla Sutta (M. 44); Tchong 210 (T. 26); Sseu Fen Liu (T. 1428).

El poema de Patacara se halla en el Therigatha. El discípulo laico llamado Visakha que escuchó el discurso de la monja Dhammadinna era un hombre y no la discípula laica Visakha. La historia de Uppalavanna se relata en T. 1428. Ver también Thig.

TERCERA PARTE

Capítulo cincuenta y seis: La plena conciencia en la respiración

El Buda pronuncia *El Sutra de la Plena Conciencia en la Respiración*. Angulimala es golpeado por un grupo encolerizado.

Anapanasati Sutta M. 118); Angulimala Sutta (M. 86); Tsa 1077 (T. 125); Tseng 17, 1 y 38, 6 (T. 125); Fo Chouo Ta Nyan Pan Cheou Yi king (T. 602), Tsa 1077 (T. 125).

La exposición general de *El Sutra de la Plena Conciencia en la Respiración* en este capítulo viene de M. 118. La versión de T. 602 del canon

chino no es tan clara ni precisa. La agresión a Angulimala se relata en M. 86.

Capítulo cincuenta y siete: La balsa no es la orilla

El Buda transmite el equivalente de *El Sutra de la Serpiente*. El venerable Bhandā da un discurso sobre el Dharma en el monasterio de las monjas. El Buda ordena a Prakriti, la joven intocable.

S. LIV, 9; Alagaddupama Sutta (M. 22); Sseu Fen Liu (T. 1428); Tchong 200 (T. 26).

Los ejemplos de coger una serpiente y emplear una balsa para cruzar el río así como la enseñanza del

Buda referente al estudio y la práctica inteligentes, libres de las visiones estrechas y de la ignorancia, pueden ser hallados en M. 22. La historia sobre Bhandá se relata en T. 1428.

Capítulo cincuenta y ocho: Un puñado de tierra preciosa

Los niños ofrecen un puñado de tierra al Buda que les cuenta la historia de una vida previa en la que era Visvantara. Jivaka, el médico le pregunta al Buda sobre el vegetarianismo.

Jivaka Sutta (M. 55);
Avadanashataka;
Pumamukhavadanashataka.

Las preguntas de Jivaka sobre el

vegetarianismo se han tomado de M. 55.

Capítulo cincuenta y nueve: La red de teorías

La monja Subha se libra de ser violada por un extraño personaje. El Buda pronuncia *El Sutra Brahmajala*.

El venerable Moggallana explica brevemente a Svasti las filosofías de las diversas sectas religiosas contemporáneas.

Samannaphala Sutta (D. 2); Brahmajala Sutta (D. 1); Tch'ang 21 (T. 1); Thig.

Para encontrar la historia de la monja Subha, leer Thig. Los nombres y las edades de los líderes de las diversas

sectas religiosas de aquel tiempo se registran en D. 2 y en otros muchos sutras. Sus filosofías se mencionan en D. 1.

Capítulo sesenta: La pena de Visakha

El Buda habla con Sonodanda sobre las características fundamentales de un brahmán. Visakha expresa su deseo de tener muchos niños y nietos. El venerable Ananda promete plantar un árbol *bodhi* en Jetavana.

Vasettha Sutta (M. 98); Ud. VIII. 8; Tch'ang 22 (T. 1); Sonadanda Sutta (D. 4).

El encuentro con Sonadanda se

relata en D. 4 y en M. 98. La historia de los cabellos mojados de Visakha se ha tomado de Ud. VIII, 8.

Capítulo sesenta y uno: El rugido del león

El Buda enseña sobre la coproducción dependiente. La joven Cinca acusa falsamente al Buda. El Buda transmite *El Sutra del Rugido del León*.

Ud. IV. 8; S. XII. 2; Culasihanada Suita (M. 11); A. IV. 33; Mahanidana Sulla (D. 15); Yuan K'i King (T. 124); Lalitavistara; Tchong 97 (T. 26); Tsa 684 (T. 125); Jou Lai Che Tseu Heou King 0 835); Fo Chouo Fou Yao King (T. 186).

La coproducción dependiente se

enseña en muchos sutras. Lo esencial de *El Sutra del Rugido del León* de este capítulo se ha lomado de M. II

Capítulo sesenta y dos: El rugido de Sariputta

El venerable Sariputta es falsamente acusado por un monje celoso. El Buda transmite *El Sutra Kalama*.

Kalama Sutta (A. III. 65): Sariputtasibañada (A. IX. II).

La anécdota de los celos como origen de la falsa acusación a Sariputta se encuentra en A. IX, II *II Sutra Kalama* es el vehículo principal de la enseñanza del Buda con respecto a la libertad de pensamiento. Se le llama

también el Kesamutta Sutta. La historia de Kokalika se ha extraído de S. 6. 1. 10.

Capítulo sesenta y tres: El camino al mar

El Buda espera a que coma un granjero antes de dar su discurso sobre el Dharma. El Buda habla de un tronco de madera arrastrado por la corriente hacia el mar. Svasti se hace cargo de un joven pastor de búfalos que se une a la Sangha.

S. XXXV. 200.

Las palabras del Buda sobre el tronco de madera han sido extraídas de S. XXXV, 200.

Capítulo sesenta y cuatro: El círculo de nacimiento y muerte

El Buda pronuncia *El Sutra sobre las Ocho Realizaciones de los Grandes Seres*. El venerable Vakkali muere. El Buda habla de lo que no tiene principio ni fin.

A. VIII, 30; S. XII, 15; S. XXII, 87; S. VX, 1; Tchong 74 (T. 26); Tsa 1265 (T. 125); Tseng 26, 10 (T. 125); Tseng 42, 6 (T. 125); Fo Chouo A Na Liu Pa Nien King (T. 46); Fo Chouo Pa Ta Jen Kiao King (T. 779).

En este capítulo, las Ocho Realizaciones de los Grandes Seres se han tomado de T. 779 que se mencionan

asimismo en otros sutras de las tradiciones del Norte y del Sur. La historia de la muerte del venerable Vakkali se relata en S. XXII, 87, en Tsa 47 (T. 125) y en Tseng 19 (T. 99). Las reflexiones del Buda sobre lo que no tiene ni principio ni fin, al final del capítulo, se hallan en S. XV, 1. La parábola de las flechas y la enseñanza del Buda sobre las sensaciones se citan en S. XXXVI, 1, 6. Su enseñanza sobre la contemplación de las sensaciones en el momento de la muerte se ha tomado de S. XXXVI, 1,7.

Capítulo sesenta y cinco: Ni lleno ni vacío

El Buda enseña sobre la vacuidad, la ausencia de nacimiento y la ausencia de muerte.

S. XXXV, 85; Culasunnata Sutta (M. 121); Mahasunnata Sutta (M. 122); Tsa 232 (T. 99); Fo Chouo Wou Yun Kiai K'ong King (T. 102); Tao Hing Pan Jo King (T. 224); Pan Jo Po Lo Mi To Sin King (T. 251); Ta Fang Kouang Fo Houa Yen King (T. 278).

La sección en la que Ananda pregunta sobre la naturaleza del mundo y la respuesta del Buda han sido tomadas de S. XXXV, 84. La sección en la que Ananda pregunta sobre lo que el Buda quiere decir con “Todos los dharmas están vacíos”, viene de S. XXXV, 85. El ejemplo que da el Buda de la sala de

Dharma, la Sangha de monjes, el mercado, los búfalos de agua y el pueblo se ha tomado de M. 121, cuyos contenidos son básicamente los mismos que en Tsa 232 (T. 99). Las explicaciones siguientes están basadas en el principio de la interdependencia y en la vacuidad del yo. Todas las ideas de este capítulo referentes a la ausencia de nacimiento y muerte, la interpenetración y la interexistencia de las que se habla en *El Sutra Prajnaparamita* y en *El Sutra Avatamsaka*, son la expansión natural e inevitable de la enseñanza original del Buda sobre la coproducción dependiente, la ausencia de un yo y la vacuidad.

Capítulo sesenta y seis: Cuatro montañas

El Buda transmite *El Sutra Ullambana* sobre la piedad filial. Anima al rey Pasenadi a dedicar más tiempo a la práctica espiritual en el tiempo que le queda de vida. El Buda cuenta una historia sobre unos ciegos y un elefante.

Ud. VI, 4; S. 111, 25; Fo Chouo Yu Lan Pen King (T. 685); Fo Chouo Hiao Tseu King (T. 687); Fo Chouo Fou Mou Ngen Nan Pao King (T. 684).

El Sutra Yu Lan no existe en el canon pali. Para encontrar la historia sobre las cuatro montañas, ver S. III, 3, 5. El emperador vietnamita Tran Thai

Tong se inspiró en este sutra para escribir la pieza “Cuatro Montañas, Prefacio y *Gathas*”, en el tratado Khoa Hu Luc (*Tratado sobre la vacuidad*). La historia sobre los ciegos y el elefante es de Ud. VI, 4.

Capítulo sesenta y siete: El poeta del océano

El venerable Punna pide permiso al Buda para proclamar el Dharma en una región conocida por su violencia y su barbarie. El Buda habla sobre las ocho características del mar.

Punnovada Sutta (M. 145); S. XXXV. 63 – 64; Tsa 311 (T. 99); A. VIII. 19; Fa Hai King (T. 34); Fo Chouo Hai

Pa Tó King (T. 35).

Las ocho características del mar se detallan en A. VIII, 19. Ver también T. 35.

Capítulo sesenta y ocho: Tres puertas maravillosas

El Buda habla sobre el problema de la división en la Sangha. Pronuncia *El Sutra sobre el Sello del Dharma*. Los dos venerables Yamelu y Tekula solicitan permiso para traducir los sutras a la métrica clásica pero el Buda rechaza la propuesta.

Vin. Cv. Kh. 5; Samagama Sutta (M. 104); Pasadika Sutta (D. 29); Tsa 80 (T. 99); Fo Chouo Tcheng Fa Yin King

(T. 103); Fo Chouo Fa Yin King (T. 104).

Las palabras del Buda sobre el problema de la división se han tomado de M. 104. Los contenidos del *El Sutra sobre el Sello del Dharma* en este capítulo son de T. 104. La petición de los dos venerables de traducir los sutras se menciona en Vin. Cv. Kh. 5.

Capítulo sesenta y nueve: ¿A dónde irá el Buda?

Algunos ascetas preguntan sobre cuestiones filosóficas al Buda que permanece en silencio. Gracias al venerable Anurudha, el Buda recibe el nombre de Tathagata.

S. XLIV, 2; Aggivaccha Sutta (M. 72); Alagaddupama Sutta (M. 22); A. X, 95; S. XIV, 10; Tsa 106 (T.99); Iti IV, 13.

La anécdota sobre el Buda negándose a responder a las preguntas del asceta Uttiya se ha tomado de A. X, 95. El incidente referente al asceta Vacchagotta proviene de S. XIV, 10. La conversación con Anurudha se menciona en S. XLIV, 2. En lo que concierne al título de Tathagata, ver M. 22 y M. 72; Iti. IV, 13 y A. IV, 23.

Capítulo setenta: La codorniz y el halcón

Rahula habla a Svasti del monje Vangisa, el poeta. El Buda compara los

seis órganos sensoriales con un océano lleno de monstruos marinos y torbellinos. El Buda cuenta la historia del halcón y la codorniz sugiriendo que la mejor protección de los monjes es la Plena Conciencia. Svasti recuerda la historia del monje Isidatta y de Citta el laico. El Buda propone una manera suave de ocuparse de los miembros débiles de la Sangha que preservará en ellos las buenas semillas que les quedan. Tiene lugar una conversación entre el Buda y Kesi, un domador de caballos. El guerrero Rohitassa pregunta al Buda sobre el modo de escapar del mundo del nacimiento y la muerte.

Tsa 1208 – 1221 (T. 99): S. VIII, 1 – 12; S. XLVII, 1, 6; Tsa 24, 15 (T. 99);

S. SLI. 2 – 3; Tsa 570 (T. 99); Tchong 194 (T. 26); M. 65.

La historia de Vangisa se relata en Tsa 1208 – 1221 (T. 99) y Tchong 192 (T. 26). La historia de Isidatta se halla en S. XLI, 2 – 3 y Tsa 570 (T. 99). La conversación entre el Buda y el domador de caballos se ha tomado de A. IV, 12, 110. La historia de Rohitassa se recoge en Tseng 43. 1 (T. 125). A. VI. 45, Tsa 1307 y S. 11,3, 6.

Capítulo setenta y uno: El arte de afinar un sitar

El Buda alienta al venerable Sona a cuidar de su salud. Jivaka informa al Buda sobre las ambiciones del

venerable Devadatta y del príncipe Ajatasattu. Devadatta pide al Buda que lo transfiera el liderazgo de la Sangha.

Ud. V, 6; Vin Mv. Kh. S; A. VI, 55; Vin. Cv. Kh. 7; Tchong 123 (T. 26). Tsa 254 (T. 99); Sseu Fe Liu (T. 1428).

Las preguntas del Buda a Sona sobre el modo de afinar un sitar se mencionan en Vin. Mv Kh. 5. Ver también A. VI. 5.V La petición de Devadatta para hacerse cargo de la Sangha se relata en T. 1428 y Vin. Cv. Kh. 7.

Capítulo setenta y dos: Pacífica resistencia

Devadatta prepone cinco reglas y

organiza una Sangha independiente. El rey Bimbisara renuncia a su trono en favor de su hijo, el príncipe Ajatasattu. El Buda y su Sangha no asisten a la coronación del nuevo rey.

Vin. Cv. Kh. 7; Vin. Sv. Sangh. 10; Sseu Fen Liu (T. 1428).

La propuesta de cinco nuevas reglas y la creación de una Sangha independiente por Devadatta se relatan en Vin. Cv. Kh. 7. Ver también Vin. Sv. Sangh. 10. El intento de asesinato perpetrado por el príncipe Ajatasattu sobre la persona del rey Bimbisara se describe en Vin. Cv. Kh. 7 y T. 1428.

Capítulo setenta y tres: El arroz escondido

La primera tentativa de asesinato contra el Buda falla. Los venerables Sariputta y Moggallana se marchan a Gayasisa. El Buda se reúne con la reina Videhi.

Vin. Cv. Kh. 7; Sseu Fen Liu (T. 1428).

El intento de asesinato contra el Buda y la partida de Sariputta y Moggallana a Gayasisa pueden encontrarse en Vin. Cv. Kh. 7 y T. 1428.

Capítulo setenta y cuatro: El barrito de la reina elefante

Los venerables Sariputta y Moggallana regresan a la comunidad del Buda con cuatrocientos monjes de Gayasisa. El

Buda es herido en un segundo atentado. El Buda, pacifica al elefante Nagagiri y escapa, así, a un tercer intento de asesinato.

Vin. Cv. Kh. 7; Sseu Fen Liu (T. 1428).

El regreso de los monjes bajo la guía de los dos discípulos principales del Buda se recoge en Vin. Cv. Kh. 7. El lanzamiento de una roca y la liberación de un elefante salvaje, dos acciones destinadas a matar al Buda, se registran en Vin. Cv. Kh. 7 y T. 1428.

Capítulo setenta y cinco: Lágrimas de felicidad

El Buda parte de Magadha y regresa a

Savatthi para la estación del retiro. El Buda transmite *El Sutra Singala*. El discípulo laico Sudatta cae gravemente enfermo. El Buda crea las Ocho Observancias para la Laicidad. Los venerables Sariputta y Ananda visitan a Sudatta y le dan una enseñanza.

Magandiya Sutta (M. 75); Culadhammasammadana Sutta (M. 45); Singala Sutta (D. 31); Anathapindikovada Sutta (M. 143); Tchong 135 (T. 26); Tsa 1031 y 1032 (T. 99); Tseng 51, 8 (T. 125); Fo Chouo Che Kia Yue Viet Lieou Fang Li King (T. 16); Fo Chouo Pa Koan Tchai King (T. 89).

Para la sección sobre los placeres sensoriales y el leproso que tuesta su cuerpo en el fuego, ver M. 75. Las

cuatro clases de felicidad se describen en M. 45. El episodio sobre las lágrimas de Sudatta cuando escucha la enseñanza de Dharma de los dos venerables se ha tomado de M. 143. Ver también Tchong 28 (T. 26).

Capítulo setenta y seis: Los frutos de la práctica.

Estalla la guerra entre Kosala y Magadha. Fallece la reina Mallika. El Buda habla al rey Pasenadi sobre la política y la virtud. El Buda vuelve al Pico del Buitre. Jivaka organiza un encuentro entre el Buda y el rey Ajatasattu. El Buda pronuncia *El Sutra sobre los Frutos de la Práctica de un*

Monje.

S. XLVIII, 41; Kutadanta Sutta (D. 5); Samannaphala Sutta (D. 2); Tch'ang 27 (T. 1).

La invasión de Kosala por el rey Ajatasattu se recoge en S. III, 14 – 15. Las sugerencias del Buda describiendo cómo la ley puede tratar los conflictos y los crímenes se han extraído de D. 5, aunque en este sutra el Buda no hablaba al rey Pasenadi ni al rey Bimbisara, sino a un brahmán llamado Kutadanta. La invitación de Jivaka al rey Ajatasattu para que se encuentre con el Buda se menciona en D. 1 y Tch'ang 27 (T. 1).

Capítulo setenta y siete: Estrellas en los ojos

El Buda regresa a Savatthi para la estación del retiro. El rey Pasenadi ensalza al Buda y a la Sangha. Al volver al Pico del Buitre, el Buda es informado de la muerte del rey Pasenadi y del venerable Moggallana.

Dhammacatiya Sutta (M. 89),
Tchong 213 (T. 26).

La visita y las alabanzas del rey Pasenadi al Buda y se encuentran en M. 89 y Tchong 213 (T. 26).

Capítulo setenta y ocho: Dos mil hábitos azafrán

El venerable Devadatta se arrepiente. El rey Ajatasattu explora la idea de invadir

Vajji. El Buda habla sobre las siete prácticas que aseguran la fuerza y la continuidad de la Sangha. El venerable Sariputta ensalza al Buda. El Buda pasa la estación del retiro en el pueblo de Beluvagamaka y cae gravemente enfermo.

Mahaparinibbana Sutta (D. 16); Tch'ang 2 (T. 1); Fo Pan Ni Yuan King (T. 5); Mahavastu.

El episodio del mensajero enviado por el rey Ajatasattu para solicitar la opinión del Buda sobre la idea de invadir Vajji se indica en D. 16 y Tch'ang 2 (T. 1). La sección sobre la gente de Vesali pidiendo al Buda que acuda a Rajagaha para ayudarles durante una epidemia se encuentra en el

Mahavastu.

*Capítulo setenta y nueve: Los
champiñones del sándalo*

El Buda habla sobre la naturaleza de las Tres Joyas. El Buda es informado de la muerte del venerable Sariputta en Nala. El Buda deja Vesali y cruza el Ganges para dirigirse hacia el norte. Cunda le ofrece su última comida. El Buda entra en el bosque de árboles *sal* en Kusinara.

S. XLVII, 1,9; Tsa 638 (T. 99); Mahaparinibbana Sutta (D. 16); Tch'ang 2 (T. 1); Fo Pan Ni Yuan King (T. 5).

Todos los detalles de este capítulo se han tomado de D. 16 y T. 5.

Capítulo ochenta: Sed diligentes

El Buda ensalza al venerable Ananda. El asceta Subhadda es la última persona ordenada por el Buda. El Buda pasa al Nirvana.

Mahaparinibbana Sutta (D. 16); Tch'ang 2 (T. 1); Fo Pan Ni Yuan King (T. 5).

Todos los detalles de este capítulo son de D. 6 y T. 5.

Capítulo ochenta y uno: Camino viejo, nubes blancas

La gente de Kusinara ofrece incienso, flores y música al Buda. El venerable Mahakassapa conduce a quinientos

monjes al funeral del Buda. Varias delegaciones de diferentes regiones reciben reliquias del Buda para ponerlas en las estupas. Mahakassapa organiza un concilio en Rajagaha para poner por escrito todos los preceptos y sutras. El venerable Svasti regresa a Uruvela y contempla las orillas del río Neranjara y las nubes blancas en el cielo.

Mahaparinibbana Sutta (D. 16); Tch'ang 2 (T. 1); Fo Pan Ni Yuan King (T. 5).

Los detalles sobre el funeral del Buda y el reparto de sus reliquias son de D. 16 y T. 5.

Equivalentes sánskritos de los nombres y lugares palis

Pali	Sánscrito
Ajila	Ajila Keshakambala
Kcsamkambuli	
Anathapindika	Anathapindada
Ajatasattu	Ajatasatru
Assaji	Ashvajit
Bhadda Kapilani	Bhadra Kapila
Bhaddiya	Bhadrika
Bhadda Kapilani	Bhadrakapila
Channa	Chandaka

Dighanakha	Dirghanakha
Gayasisa	Gayashiras
Gijjhakuta	Gridhrakuta
Isipatana	Mrigadava
Kaludayi	Kalodayin
Kapilavatthu	Kapilavastu
Kassapa	Kashyapa
Kosambi	Kaushambi
(Annata)	(Ajnata) Kaundinya
Kondanna	
Kusinara	Kushinagari
Mahanama	Mahanaman
Maha Pajapati	Mahaprajapati
Makkhali	
Gosala	Maskari Goshaliputra
Moggallana	Maudgalyana

Neranjara	Nairanjana
Nigrodha	Nyagrodha
Nagantha	Nigrantha-jnatiputra
Nataputta	
Pakudha	Kakuda Katyayana
Kaccayana	
Pataliputta	Pataliputra
Punna	Purna, Pumamaitrayaniputra
Purana Kassapa	Pu rana Kashyapa
Rajagaha	Rajagriha
Ramagama	Ramagrama
Sanjaya	Sanjayin Vairatiputra
Balatthiputta	
Sariputta	Shariputra
Savatthi	Shravasti

Siddhattha	Siddhartha
Uppalavanna	Utpalavama
Uruvela	Uruvilva
Uddaka	Udraka
Ramaputta	Ramaputra
Vappa	Dashabala Kashyapa
Veranja	Vairanti
Vesali	Vaishali

Monjes y laicos practican el arte de vivir conscientemente en la tradición de Thich Nhat Hanh en comunidades de retiro en Francia y EE.UU. Invitamos a hombres y mujeres, parejas y familias a unirse a estas comunidades para pasar un Día de Atención Plena o por periodos más largos.

Para informarse, visiten www.plumvillage.org o contacten:

Plum Village
13 Martineau
33580 Dieulivol,
Francia

info@plumvillage.org

Green Mountain Dharma
Center

P.O. Box 182

Hartland Four Corners,
VT 05049

mf master @
vermontel.net

Tel: 802 436 1103

Deer Park Monastery
2499 MeIru Lane
Escondido, CA 92026
deerpark@plumvillage.or
Tel: 769 291 1003

Para un listado completo de
Sanghas que practican en la tradición de
Thich Nhat Hanh, Visite
www.iamhome.org

Si desea recibir información sobre
nuestro fondo editorial o sobre nuestras
publicaciones futuras puede solicitarla
a:



EDICIONES DHARMA

Apdo. 218

03660

Novelda

(Alicante)

http:

www.edicionesdharma.com

E-mail:

pedidos@edicionesdharma.com

* * *

notes

Notas a pie de página

¹ A lo largo del libro hemos utilizado monje o monja en vez de su transliteración del pali *bhikkhu bhikkhuni* para facilitar la lectura.